

Jerónimo Zurita

REVISTA DE HISTORIA

Edad Media, instrucciones de uso

Juan José Carreras Ares, Esteban Sarasa,
Miquel À. Marín Gelabert, Francisco Javier Caspístegui,
Dieter Berg, Mauro Moretti, Ignacio Peiró Martín
IGNACIO PEIRÓ MARTÍN, Coord.

Miscelánea *Historia socio-cultural.* Jesús Martínez Martín
Las cuatro barras. Pere Anguera

Libros Enzo Traverso, Jacques Olivier Boudon



La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
<https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/2738>



Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- **BY (Reconocimiento):** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **NC (No comercial):** La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.
- **ND (Sin obras derivadas):** La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Jerónimo Zurita

REVISTA DE HISTORIA

82

2 0 0 7

Publicación número 2.796
de la Institución «Fernando el Católico»
Organismo Autónomo de la Excm. Diputación de Zaragoza
Plaza de España, 2
50071 Zaragoza (España)
Tel. +34 976 28 88 78/79 - Fax +34 976 28 88 69
ifc@dpz.es

Toda la colección de la revista está accesible en formato electrónico en la dirección
<http://ifc.dpz.es/publicaciones/biblioteca2/id/8>

Diseño: Fernando Lasheras
Ilustración de cubierta: José Luis Cano
Maquetación: Virtual diseño gráfico
Impresión: Cometa, S.A. Zaragoza
I.S.S.N. 0044-5517
Depósito legal: Z. 281-1988
IMPRESO EN ESPAÑA • UNIÓN EUROPEA

Jerónimo Zurita

REVISTA DE HISTORIA

82
2 0 0 7



Institución «Fernando el Católico» (C.S.I.C.)
Excm. Diputación de Zaragoza
Zaragoza 2008

Jerónimo Zurita

REVISTA DE HISTORIA

CONSEJO DE REDACCIÓN

DIRECTOR: Pedro Rújula López

CONSEJEROS: Carlos Forcadell Álvarez, Carlos Laliena Corbera, José Manuel Latorre Ciria, Ignacio Peiró Martín, María Luz Rodrigo Estevan, Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Esteban Sarasa Sánchez, Eliseo Serrano Martín.

SECRETARIO: Gustavo Alares López

CONSEJO ASESOR

Pere Anguera Nolla (U. Rovira i Virgili, Tarragona), Jordi Canal i Morell (EHES, París), Julián Casanova Ruiz (U. de Zaragoza), Salvador Claramunt Rodríguez (U. de Barcelona), Carlos Estepa Díez (C.S.I.C. Madrid), Eloy Fernández Clemente (U. de Zaragoza), Ricardo García Cárcel (U. Autónoma de Barcelona), Luis G. Germán Zubero (U. de Zaragoza), Nilada Guglielmi (C.O.N.I.C.E.T. Buenos Aires), Jesús Martínez Martín (U. Complutense de Madrid), Adriano Prosperi (U. degli Studi. Pisa), Guillermo Redondo Veintemillas (U. de Zaragoza), Adeline Roucquoi (C.N.R.S.), Pedro Ruiz Torres (U. de Valencia), José A. Salas Auséns (U. de Zaragoza), Jorge Uría González (U. de Oviedo), Julio Valdeón Baruque (U. de Valladolid), Bernad Vincent (U. de París VII).

SUMARIO

Presentación	7
DOSSIER	
Edad Media, instrucciones de uso. JUAN JOSÉ CARRERAS ARES	11
El medievalista en el franquismo. ESTEBAN SARASA SÁNCHEZ	27
La formación de un medievalista: José María Lacarra, 1907-1940. MIQUEL À. MARÍN GELABERT	39
José Antonio Maravall entre el medievalismo cultural y el historiográfico. FRANCISCO JAVIER CASPÍSTEGUI	99
Medieval studies as a state-supporting power. Basic problems of German medieval studies in the German Empire until the Republic of Weimar. DIETER BERG	139
Appunti sulla storia della medievistica italiana fra Otto e Novecento: alcune questioni istituzionali. MAURO MORETTI	155
Las metamorfosis de un historiador: El tránsito hacia el contemporaneismo de José María Jover Zamora. IGNACIO PEIRÓ MARTÍN	175
MISCELÁNEA	
Historia socio-cultural. El tiempo de la historia de la cultura. JESÚS MARTÍNEZ MARTÍN.	237
Las cuatro barras: de bandera a señora. PERE ANGUERA	253
LIBROS	
Enzo Traverso, <i>A ferro e fuoco. La guerra civile europea 1914-1945</i> , por JAVIER RODRIGO	275
Jacques Olivier Boudon, <i>Napoléon et les cultes. Les religions en Europe à l'aube du XIX^e siècle</i> , por JAVIER RAMÓN SOLANS	277
RESÚMENES/ABSTRACTS	281

PRESENTACIÓN

Las primeras revistas históricas nacieron en la segunda mitad del siglo XIX al mismo tiempo que surgía la profesión de historiador. Su función era mantener en contacto e informados a los historiadores y hacerles partícipes de los principales avances en el conocimiento de la disciplina. Desde entonces el medio profesional y la forma de concebir la propia historia han cambiado mucho, pero las revistas continúan siendo un instrumento clave para definir tanto el territorio como las últimas fronteras en el estudio del pasado y para testar el estado de salud de este campo profesional.

Desde su fundación en 1951 la revista *Jerónimo Zurita* ha sido un referente de su época. Lo fue en los primeros tiempos de la Institución «Fernando el Católico» en el contexto de la cultura oficial del franquismo y también en la renovación democrática del ente cultural durante la dirección del profesor Esteban Sarasa. La etapa que ahora se inicia pretende continuar esta tendencia proponiendo contenidos que sean los que ocupan y preocupan a la profesión, sirviendo de mirador desde el que puedan contemplarse las nuevas corrientes historiográficas, los ámbitos que concitan interés y los principales focos de actividad. Los dossieres proporcionarán la oportunidad de guiar con criterio editorial las apuestas temáticas de la revista. Mientras, la sección de miscelánea recogerá los artículos que merecen ser ofrecidos al lector sin el imperativo de hallarse integrados en ningún discurso genérico más amplio. Por su parte, las reseñas de libros cumplirán la función de orientar a nuestros lectores sobre las obras que han generado interés entre los investigadores que se encuentran en el entorno de la revista.

Queremos que esta publicación hecha desde Zaragoza sea una plataforma de participación lo más amplia posible. Concebimos una revista histórica como un espacio de encuentro e intercambio intelectual que se guía por la afinidad entre los participantes y el interés de las propuestas que se dan

cita en sus páginas, de manera que el resultado será la prueba de nuestra capacidad para dar coherencia y sentido a este territorio del historiador.

Comenzamos la singladura con el dossier *Edad Media, instrucciones de uso* coordinado por Ignacio Peiró que aborda el tema de la construcción de la historia medieval en el siglo XX, donde hunde sus raíces el medievalismo que conocemos en la actualidad. En este período se produjo una gran transformación de la profesión en toda Europa, siendo la historia medieval su principal protagonista. Historiadores como Lot y Bloch en Francia, Huizinga en Holanda, Dospch en Austria o von Below y Hintze en Alemania, propiciaron una renovación en los enfoques historiográficos. En el caso español, una buena parte de la recepción del nuevo método histórico se realizó por parte de los medievalistas y en el período de entreguerras. En esa época, además, se generó una abundante literatura sobre la decadencia y la crisis que remitía a una resurrección de lo premoderno, esto es, de la Edad Media. Lo que en algunos países se bautizó como «revolución conservadora» o «antimodernismo utópico», terminó contaminado y manejado por los fascismos europeos. En la década de 1950 los medievalistas y modernistas iniciaron su transformación hacia el contemporaneísmo.

El tema se plantea aquí desde distintas perspectivas. De un lado analizando el desarrollo del fenómeno en España, a través de una visión general y del estudio de diversas trayectorias particulares de historiadores clave como José María Lacarra, José Antonio Maravall y José María Jover que fraguaron su obra en las décadas posteriores a la guerra civil. De otro se abre la perspectiva para comprobar, desde otros ámbitos historiográficos, los usos del medievalismo en el contexto de la Italia fascista y de Alemania desde el I Reich hasta la República de Weimar. Finalmente hemos considerado oportuno, al tiempo que pertinente, comenzar el monográfico recuperando un artículo del maestro Juan José Carreras sobre el influjo de la idea del medioevo en la Europa contemporánea cuyo título, además, ha servido para dar nombre al dossier.

En la parte miscelánea se dan cita dos textos dedicados, el primero, a revisar el cambio de posición de la historia cultural en el panorama historiográfico, a cargo de Jesús Martínez Martín, y el segundo, un estudio de Pere Anguera sobre el surgimiento y consolidación de las cuatro barras como símbolo de Cataluña.

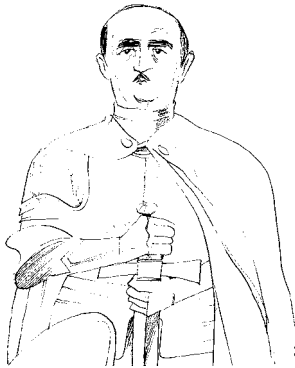
Supongo que el primer número de un nuevo equipo editorial tiene algo de declaración de intenciones. Las nuestras se cifran, sobre todo, en reflejar con criterio y sensibilidad lo que acontece en el mundo de la historia. Esperamos que esta entrega de la revista *Jerónimo Zurita* que aparece con el número 82 sea capaz de alcanzar las expectativas de quienes la han visto gestarse y las de aquellos que aguardaban desde hace tiempo su aparición.

Pedro RÚJULA

DOSSIER

Edad Media, instrucciones de uso

Coordinado por
IGNACIO PEIRÓ MARTÍN



Juan José Carreras Ares, Esteban Sarasa,
Miquel Marín Gelabert, Francisco Javier Caspístegui,
Dieter Berg, Mauro Moretti, Ignacio Peiró Martín

EDAD MEDIA, instrucciones de uso*

Juan José Carreras Ares
Universidad de Zaragoza

En la madrugada del sábado 30 de junio de 1934 Adolfo Hitler llegaba de improviso a Munich, poco después comenzaba en toda Alemania la noche de los cuchillos largos, Röhm y sus partidarios de la SA eran asesinados, y, de paso, algunos políticos conservadores hostiles al nacionalsocialismo. Toda Europa se escandalizó, pero especialmente aquellos que creían, como sucedía en algunos círculos ingleses, en una posible restauración de la monarquía en Alemania. Pasada la primera impresión, cuando intentaron comprender lo ocurrido, no remitieron, como sería lógico, a la última y más famosa matanza nocturna de la historia moderna europea, la noche de San Bartolomé, sino, como hizo el *Times*, a la Edad Media: Alemania, dijo este diario, ha dejado de ser Europa, ha retornado a la Edad Media.¹ Hay que suponer que a muchos de los lectores del diario conservador no debió de hacerles gracia esta comparación con una edad histórica que, tanto en Inglaterra como en el continente, especialmente entre católicos y conversos, se consideraba no un mero objeto de conocimiento, sino referencia obligada para diagnosticar los males del presente y para proporcionar el oportuno remedio. No se había perdido el amor y veneración por el mundo clásico, pero a nadie se le ocurría buscar entre griegos o romanos instrucciones para hacer frente a la crisis social y política de la Europa de entreguerras, para hacer frente a cosas como la masificación y la desvertebración de la sociedad.

* Este artículo apareció publicado en Encarna Nicolás y José A. Gómez (coords.), *Miradas a la Historia. Reflexiones historiográficas en recuerdo de Miguel Rodríguez Llopis*, Murcia, Universidad de Murcia, 2004, pp. 15-28.

¹ «Germany has ceased for the time being to be a modern European country. She has reverted to medieval conditions», *Times*, 3-7-1934, en Gema Martínez de Espronceda, *Opinión pública y relaciones internacionales*, tesis doctoral, Zaragoza, 1993, vol. II, p. 385.

Además, la Edad Media nunca había dejado de ser objeto de pasión «a cominciare del primo momento in cui i secoli compresi fra la romanità e l'Europa moderna sono stato abbracciati con un unico sguardo –dice en su clásica monografía Giorgio Falco– essi sono stati ora esaltati, ora condonati, secondo i momenti di cultura».² Por eso no extraña que, a la altura de los años treinta, el imaginario europeo dispusiese de más de una Edad Media e incluso que todavía hoy, para indignación de los historiadores, no se vacile en calificar sin más de medievales los actos de violencia o fanatismo.³

Como es sabido, el primer «momento de cultura» que concibió la Edad Media como periodo no la trató muy bien, estigmatizándola de «oscura»; «la edad más dichosa» sólo se hará realidad cuando sus tinieblas se disipen, tal como proclamó Petrarca al final del último canto de *África*: «Poterunt discussis forte tenebris, ad purum priscumque iubar remeare nepotes».⁴ Todo lo que vino después del Renacimiento generalmente no contribuyó a mejorar la idea que se fue formando de la Edad Media, aunque nunca dejó de ser una época viva en la memoria colectiva de muchas regiones europeas.⁵ En todo caso fue en el siglo XVIII cuando la Edad Media, como incómoda pausa en una historia concebida en singular como proceso universal de la Razón,⁶ fue degradada al máximo, sólo digna de ser conocida para mejor despreciarla en la terrible frase de Voltaire.⁷ Aunque una obra tan profusa (y contradictoria) como la de este gran escritor francés abunda en juicios menos expeditivos sobre los siglos medios, la opinión de la época retuvo sobre todo la inmisericorde desmitificación de los papas, reyes y santos venerados y respetados por eruditos y cronistas. La piqueta del racionalismo volteriano redujo, por ejemplo, el acuerdo entre el papa Alejandro II y Guillermo el Conquistador, tras la batalla de Hastings de 1066, a un bárbaro reparto de los

² G. Falco, *La polemica sul Medio Evo*, Turín, 1993, t. I (único publicado), v.

³ Basta hojear la prensa diaria para darse cuenta de esto; por ejemplo, al día siguiente de la designación de Rajoy como sucesor de Aznar el diario alemán *Die Welt* lo explicaba diciendo: «se aplicó lo que los españoles llaman «dedazo»: la designación al estilo «medieval».

⁴ En F. Rico, *El sueño del humanismo*, Madrid, 1993, pp. 23-24.

⁵ De la inmensa bibliografía sobre la transmisión de las imágenes sobre la Edad Media el mejor estudio comparado es el de Frantisek Graus, *Lebendige Vergangenheit. Überlieferung im Mittelalter und in der Vorstellungen der Mittelalter*, Viena, 1975. Limitado a la investigación académica en el siglo XX, N. F. Cantor, *Inventing the Middle Ages*, Nueva York, 1991.

⁶ R. Koselleck, «Historia magistrae vita» (1967), en *Vergangene Zukunft*, Frankfurt, 1979, pp. 38-66 (hay una nebulosa traducción, *Futuro pasado*, Barcelona, 1993, pp. 41-66).

⁷ En su Historia universal, el *Essai sur les moeurs et l'esprit des nations* de 1756, el escritor francés describe la Europa del siglo XV diciendo que «la barbarie, la superstition, l'ignorance, couvraient la face du monde, excepté en Italie», «il ne faut pas connaître –concluye– l'histoire de ce temps-là que pour la mepriser», ed. de R. Pomeau, París, 1963, vol. II, pp. 10-11.

despojos de una legítima propiedad entre un ladrón normando y un encubridor lombardo.⁸ La imagen de la Edad Media es la que corre principalmente con los costes de la lucha ilustrada contra las falsas tradiciones y supersticiones, pues en la defensa de lo «verosímil» en la explicación de lo sucedido en los siglos oscuros los escritores como Voltaire a menudo se hundían en los mayores anacronismos.⁹

Pero no todos comulgaban con esta visión de la Edad Media, había los eruditos que cultivaban piadosamente la historia local o los nobles de las academias provinciales que mimaban la imagen de una edad en la que creían encontrar el origen legítimo de sus privilegios.¹⁰ Y naturalmente está Charles-Louis de Secondat, barón de Montesquieu, consejero del Parlamento de Burdeos y académico. En 1721 este ilustre personaje no había dudado en competir en el campo de la irreverencia con el inquieto Voltaire a través del persa de sus famosas cartas.¹¹ Veintitantos años después, en la obra *L'esprit des Lois*, ya no hay rastros de aquella actitud. La ardua investigación sobre el origen histórico de las instituciones políticas propias de Europa tiene un efecto: de pronto la Edad oscura deja de serlo, pues esta Edad es la que había alumbrado la «monarquía templada» con su nobleza y sus cuerpos intermedios, desconocidos en la Antigüedad de griegos y romanos, y con una religión, la cristiana, que propicia más que otras el gobierno moderado. El gobierno gótico, sinónimo de gobierno bárbaro, deja también de serlo, pues fue un buen gobierno, el mejor para su época y capaz de ser mejor.¹² Pero Montesquieu no se limita a dar a conocer las leyes y costumbres originales del derecho

⁸ «Ainsi un barbare, fils d'une prostituée, meurtrier d'un roi légitime, partage les dépouilles de ce roi avec un autre barbare: car, ôtez les noms de duc de Normandie, de roi d'Angleterre, et de pape, tout se réduit à l'action d'un recéleur lombard: et c'est au fond à quoi toute usurpation se réduit», *Essai*, t. I, p. 429.

⁹ Sobre la «verosimilitud» y lo «probable» como criterios de verdad propios de la historia razonada, ver *Essai*, t. I, pp. 203 y ss., y sobre el resultado de la aplicación de tales criterios, el episodio de Juana de Arco, *Essai*, t. I, pp. 750-752, donde todo se reduce al pragmatismo de una serie de nobles inquietos con la marcha de la guerra y la situación financiera del reino. Es natural que tales pasajes despertasen la indignación de autores como Herder.

¹⁰ Sobre todo a partir del siglo XVII, aparte de la obra de F. Graus citada en la nota 5, Blandine Barret-Kriegel, *Les historiens et la monarchie*, París, 1988, 4 vols., especialmente vol. III, pp. 221 y ss.

¹¹ Por ejemplo, en los pasajes dedicados al papa de Roma, a la comparación entre católicos y protestantes o las referencias a las supersticiones de Europa, cartas XXIV y CXVII, pp. 45 y 204, ed. de G. Truc, París, 1950.

¹² En el libro XI, cap. 8, el «gouvernement gothique» se califica de «un bon gouvernement qui avoit en soi la capacité de devenir meilleur», y que en su momento fue «la meilleure espèce de gouvernement que les hommes aient pu imaginer», ed. de G. Truc, París, 1944, vol. I, pp. 175-176. Hay que tener en cuenta que «gothique» en la época, como sucede a veces todavía hoy con «medieval», era sinónimo de bárbaro y mal gusto hasta en obras de teatro muy populares, ver s. v. «gothique», *Dictionnaire historique de la langue française*, París, 2000.

político europeo, también intenta comprenderlas, justificando incluso aquellas prácticas medievales que más podían repugnar a un espíritu ilustrado, como las ordalías o los juicios de Dios. Lo de menos aquí es el contenido de sus reflexiones, que nos recuerda a veces la antropología materialista anglosajona, sino el espíritu que las anima, que por momentos parece próximo al historicismo que a partir de Herder tanto ha de beneficiar a la individualización de la Edad Media como época con derecho a ser juzgada o comprendida de acuerdo con sus propias categorías.¹³

Con Herder ya estaríamos al otro lado de la raya que separaría al racionalismo ilustrado del prerromanticismo historicista. Con independencia de si las cosas son así, lo que es evidente es que la Edad Media imaginada por el filósofo alemán es completamente distinta a todas las anteriores.¹⁴ Es una Edad Media que comienza devolviendo al racionalismo ilustrado los golpes que había recibido con las diatribas de Voltaire o Gibbon, a los que Herder se refiere citándolos: «Todo pensador elegante que considere el orden de nuestro siglo como el non-plus ultra de la humanidad», dice sarcásticamente Herder, se cree con derecho a declarar contra «siglos enteros de barbarie alabando las luces de nuestra época». Muy bien, continúa, pero «yo no pretendo aquí defender las migraciones eternas y las devastaciones de los pueblos, las hostilidades y las guerras feudales, los ejércitos de monjes, las peregrinaciones, las cruzadas; sólo pretendo explicarlas, explicar cómo alienta el espíritu que las animó», una «Gärung menschlicher Kräfte», una fermentación de energías humanas. La Edad Media de Montesquieu es pálida figura frente al vehementemente imaginario herderiano: «Bajo el fresco cielo, en el desierto y en la selva, surgió una primavera (...) godos, vándalos, borgoñones, anglos, hunos hérulos, francos y búlgaros, eslavos y lombardos, vinieron y se asentaron, y todo el mundo nuevo, desde el Mediterráneo al Mar Negro, desde el Atlántico hasta el Mar del Norte, es obra suya, su descendencia, su constitución». No se limitaron a aportar energías, «Menschenkräfte», aportaron también leyes e instituciones. «Europa se pobló y se edificó, linajes y familias, señores y siervos, reyes y súbditos se compenetraron más fuerte y estrechamente».¹⁵ El cuadro histórico que ofrece Herder

¹³ Por eso no es de extrañar la atención que presta a Montesquieu Meinecke en su *Die Entstehung des Historismus* (1937), *Werke*, t. III, 1959, pp. 116-179 (*El historicismo y su génesis*, trad. de J. Mingarro y T. Muñoz, México, 1943, pp. 107-158). Los textos de Montesquieu en libro XXVIII, especialmente caps. 16 y ss., pp. 225 y ss.

¹⁴ La cita de la raya de Meinecke, en p. 355, p. 305 de la traducción. El problema de la continuidad o ruptura entre Ilustración e historicismo no se ve ahora como lo veía Meinecke hace medio siglo, cf. O. G. Oexle y J. Rüsen, eds., *Historismus in den Kulturwissenschaften*, Colonia, 1996, pp. 45-119.

¹⁵ Las citas de *Auch eine Philosophie der Geschichte* de 1774 son por la traducción de Pedro Ribas, *Otra filosofía de la historia*, en Herder, *Obra selecta*, Madrid, 1982, pp. 273-368; las páginas entre paréntesis son de la edición alemana de W. Harich, *Zur Philosophie der Geschichte*, Berlín, 1952, vol. I, pp. 443-527; 306 (471-472) (313-315) (478-480).

encierra el caudal de imágenes que conformarán en gran medida la percepción de la Edad Media hasta muy entrado el siguiente siglo. Incluso hay algo más, su crítica a la masificación urbana de la Europa de su siglo, a través de una cierta alabanza del sistema feudal, que «socavó el hervidero de las ciudades populosas» del final del Imperio romano, proporcionó las instrucciones de uso para hacer lo mismo más adelante, enfrentando en la época de entreguerras la idea de una «nueva Edad Media» a la civilización desarraigada de las grandes ciudades del siglo pasado.¹⁶ Sin embargo, no está de más advertir que Herder no es responsable del uso que el irracionalismo del pensamiento conservador (a la espera de peores usos en contextos también peores) hizo de muchas de sus imágenes e ideas. Hasta el fin de su vida fue fiel a su ideal humanitario y, como otros grandes de su tiempo, Kant o Hegel, celebró «el magnífico orto» que fue la Revolución francesa.

En el pórtico del siglo XIX el romanticismo contrarrevolucionario de Novalis canonizó la Edad Media como arma arrojadiza contra la modernidad, añadiéndole la condena de la Reforma, por haber roto su unidad espiritual y aun política al abrir el camino a las extravagancias de la razón y a la locura de la Revolución. Novalis no era el primero en decir cosas semejantes, pero sí el primero en decir las mejor y en el mejor momento. Teniendo en cuenta cuál fue la marcha de la historia europea, no es de extrañar que su Edad Media, contra el espíritu irenista del mismo Novalis, se transformase en estandarte de todas las posteriores Edades Medias excluyentes y reaccionarias. El comienzo de su *La cristiandad o Europa* sigue conservando su valor tópico, expresión de la máxima utopía medievalizante en épocas de crisis: «Eran tiempos de bella magnificencia, cuando Europa era una tierra cristiana, cuando una sola cristiandad habitaba esta parte del mundo, cuando una vasta comunidad (Gemeinschaft) agrupaba a todas las provincias de este reino espiritual (...) la unidad de todos, cada uno en su lugar».¹⁷ No faltan ninguno de los ingredientes que serán habituales en todas las utopías de nuevas Edades Medias en épocas de crisis: unidad espiritual, unidad política, jerarquías sociales.

Por fortuna, la imagen pública de la Edad Media no quedó sólo en manos de escritores católicos y reaccionarios, también los herederos liberales de la Ilustración reclamaron a la Edad Media como parte de su conciencia histórica; una Edad Media memoria propia de las «clases medias», reivindicación militante de la burguesía: «¿Por qué cubrir con

¹⁶ «Ihre Feudaleinrichtung, wie untergrub sie das Gewühl volkreicher, üppiger Städte (...) machte gesunde und eben damit auch vergnügte Leute!», *op. cit.*, p. 472, trad. p. 306.

¹⁷ *Die Christenheit oder Europa*, 1799, traducimos de la edición de J. Baxa, *Gesellschaft und Staat im Spiegel deutscher Romantik*, Jena, 1924, pp. 192-215. Hay una traducción de M. Truyol, Madrid, 1978.

un silencio desdeñoso las revoluciones de las comunas en la Edad Media, primera expresión del espíritu de la libertad?», decía en 1820 A. Thierry, «¿no tiene tanto derecho el Estado Llano a que se le dediquen libros y se estudien sus antepasados como lo tiene la nobleza de Francia?»¹⁸ Esta es la tarea que desarrolló públicamente Guizot en sus conferencias de la Sorbona, en vísperas de la revolución de 1830. La Edad Media de la burguesía liberal es la Europa vertebrada socialmente por «la lucha de las diversas clases», burgueses contra feudales e Iglesia, una lucha en cuyo seno, sigue diciendo Guizot, «surgió la unidad nacional hoy tan evidente».¹⁹ La idea de la Edad Media legitimada histórica y socialmente como genealogía del Estado nación liberal y burgués del siglo XIX europeo pasó de Francia al resto de los países, incluido naturalmente el nuestro. Tuvo una influencia directa en la Edad Media de Carlos Marx, según confesión del mismo interesado.²⁰

Hago merced al auditorio de las distintas Edades Medias que usufructuó la opinión pública durante el resto del siglo XIX, un relato que excedería el tiempo prudencial de una conferencia.²¹

Pero no quiero abandonar el siglo XIX sin referirme a la Edad Media del decadentismo de la literatura finisecular, una Edad Media que escandalizó a los lectores de novela histórica, acostumbrados a los «héroes medianos», habituales en el género desde Walter Scott,²² y rompiendo además con la imagen aceptada de la época. Se trata de la novela del escritor francés de origen flamenco Joris-Karl Huysmans, *Là-bas*, publicada en 1891. El protagonista, Dartal, asqueado por el positivismo y utilitarismo de la época que le ha tocado vivir, se entrega a una investigación histórica, la reconstrucción de la vida de Gilles de Rais, mariscal de Francia y compañero de armas de Juana de Arco, ajusticiado en 1440, reo de los pecados más nefandos. Adentrándose en un pasado de misas negras, sadismo y satanismo, Dartal entra en relación también con

¹⁸ Cita en Pierre Rosanvallon, *Le moment Guizot*, París, 1985, pp. 195-196.

¹⁹ Las conferencias fueron publicadas con el título de *Histoire de la civilisation en Europe*, un texto de factura clásica editado con un excelente prólogo por P. Rosanvallon, «Le Gramsci de la bourgeoisie», París, 1985; traducido por Fernando Vela con un prólogo de Ortega y Gasset, Madrid, 1966. La séptima lección es la que más interesa aquí, en las pp. 170-189 y 161-184, respectivamente.

²⁰ «Por lo que hace a mí, no me corresponde el mérito de haber descubierto ni la existencia de clases en la sociedad, ni la lucha que sostienen entre ellas. Mucho antes los historiadores burgueses habían presentado el desarrollo histórico de esta lucha de clases», Marx a Joseph Weydemeyer, 5 de marzo de 1852, en *MEW*, 28, pp. 507-508.

²¹ En descargo de este pecado por omisión remito a Alain Guerreau, *L'avenir d'un passé incertain. Quelle histoire du Moyen Âge?*, París, 2001, pp. 42-67. En todo caso, el precipitado de la concepción dominante en la historiografía decimonónica, la idea de la «tradicón cultural europea» de un Ranke o un Acton, será reactivado en la época de entreguerras, y en esa época lo trataremos.

²² «Mittelmässige Helden», en el sentido que da G. Lukács a la expresión, en *Der Historische Roman*, Berlín, 1955, pp. 23 y ss.

sus siniestras tradiciones en el presente. Como todas las Edades Medias, ésta también comporta una crítica del presente: al final, por ejemplo, frente a la multitud tornadiza que aclama al general Boulanger por las calles de París, se evoca en contraste el «naïve et miséricordieuse plèbe du Moyen Âge».²³

«La guerra era una leyenda», dijo Stefan Zweig recordando agosto de 1914, «y precisamente la distancia la había convertido en algo heroico y romántico», pero tras cuatro años de horrores su aura había desaparecido, y también la «fe en el progreso ininterrumpido e imparable se había perdido». De esta manera, en 1919 Paul Valéry concluyó lapidariamente: «Nous autres, civilisations, nous savons que nous sommes mortelles», y como mortales, proseguía, podemos ser engullidas por el abismo de la historia.²⁴ La voluntad de hacer frente a la crisis que entonces se sentía suponía evidenciar las carencias del presente, para poder diagnosticar el mal y lograr remedio. Lo primero fue la crítica de la modernidad, entendida como racionalismo excesivo, materialismo y masificación; la fórmula magistral de lo segundo generalmente consistió en dosis variables de irracionalismo, espiritualidad y jerarquía, y en el tema que nos ocupa la nostalgia, la evocación o la resurrección de lo premoderno, esto es, de la Edad Media. Exagerando, podría decirse que nada nuevo desde el vademécum romántico de Novalis, lo que sucede es que la coyuntura política y social era muy distinta a la de la Europa de la Restauración o del parlamentarismo liberal de la segunda mitad de siglo. La nostalgia de la Edad Media ahora podía encontrarse compartiendo nada menos que con los fascismos sus lucha contra la razón y la ideología ilustrada y la búsqueda de una tercera vía entre el materialismo capitalista y el materialismo comunista. De esta manera, lo que en algunos países se bautizó de «revolución conservadora» o «antimodernismo utópico», terminó contaminado y manejado por el fascismo.²⁵

De todos los que escribieron sobre la decadencia o la crisis, la delantera como sabemos la llevó Spengler, que ya en 1911 había imaginado una guerra mundial y una crisis histórica inminente y en 1918 publicó el primer volumen de su *Decadencia de Occidente*. Pero su Edad Media, subsumida en el desarrollo del Espíritu, era demasiado universal, y tratándose de Europa la primavera de la cultura fáustica que la constituía

²³ J. K. Huysmans, *Là-bas*, París, p. 347. La novela fue traducida por G. Gómez y prologada por Vicente Blasco Ibáñez, Valencia, s. a.

²⁴ Stefan Zweig, *Die Welt von gestern*, citamos por la traducción de J. Fontcuberta, *El mundo de ayer*, Barcelona, 2001, pp. 19 y 289. Paul Valéry, *La crise de l'esprit*, cartas escritas en abril y mayo de 1919, en *Variété*, t. I, París, 1924, pp. 11-12.

²⁵ Ésta es una de las tesis centrales del discutido libro del marxista húngaro G. Lukács, *Die Zerstörung der Vernunft*, la destrucción de la razón, Berlín, 1953, pp. 603-674. Zeev Sternhell habla de «fascismo espiritualista» en *Ni droit ni gauche. L'idéologie fasciste en France*, París, 1983, pp. 234-288.

continuaba sin cesura en el espléndido verano, que comenzaba en 1500, así la modernidad quedaba bien librada hasta el mismo siglo XIX, y la Edad Media no podía ser utilizada como única piedra de contraste en la crisis europea.²⁶

Nada en común tenía Spengler con lo que por aquellos años, en su libro *La Edad Media y nosotros*, el filósofo alemán Paul Ludwig Landsberg llamaba «el nuevo amor a la Edad Media» que reinaría en todas partes.²⁷ Frente a la negatividad de la Edad Moderna, la Edad Media para Landsberg proporcionaba un patrón realizable (Massgestalt) de positividad con su idea de orden jerárquico y una estática es-tamental que garantizaba la felicidad y solidaridad de los individuos. El ordo metafísico que todo esto implicaba se vio amenazado desde el siglo XIV por el nominalismo, auténtico cáncer del mundo medieval cuyos efectos se desvelarían con la Reforma y la Contrarreforma. La superación de la crisis del presente se lograría recuperando la espiritualidad y la «soziale Gebundenheit», solidaridad de la comunidad medieval.²⁸

Es fácil suponer el destino que podían tener ideas como éstas en el ambiente violentamente antidemocrático de los círculos conservadores de la República de Weimar.²⁹ Un testimonio de lo que pasó es la tertulia del grabador y exquisito artista Sixtus Kridwiss en la novela de Thomas Mann *Doktor Faustus*.³⁰ Los asistentes, «hombres de saber, de ciencia, eruditos, profesores de Universidad», además de títulos nobles y algunos estudiantes, se complacían en constatar la época de violencia que había abierto la Revolución francesa. Había que recuperar, decían, la autoridad y la dictadura de la fe y la jerarquía, pero no de «forma reaccionaria, con la nostalgia del ayer y del anteayer, sino de modo verdaderamente innovador, restaurando el sistema medieval teocrático o –lo mismo da– creando un sistema equivalente». El bueno de Serenus Zeitblom, el narrador de la novela, se espanta al darse cuenta de hasta qué grado de violencia e inhumanidad están dispuestos para ayudar al parto de

²⁶ *Der Untergang des Abendlandes*, Munich, 1918-1922, citamos por la traducción de García Morente, 1944-1945, vol. I, pp. 77-78, 33 y ss. y 83-84.

²⁷ *Die Welt des Mittelalter und wir*, Bonn, 1922, fue traducido por Pérez Bances, Madrid, 1925. Landsberg huyó de Alemania en 1933 y dio seminarios en la Universidad de Barcelona hasta 1937. Vuelto a Francia, fue detenido por la Gestapo y murió en el campo de concentración de Oranienburg.

²⁸ En *op. cit.*, pp. 9, 23, 76, 79 y ss.

²⁹ K. Sontheimer, *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik*, Munich, 1962, especialmente pp. 307-357, donde se repasan los conceptos comunes a conservadores y nacionalsocialistas, como comunidad (Gemeinschaft), orden (Ordnung) y otros, en una lista que podría generalizarse al resto de los países.

³⁰ Compuesta entre 1943 y 1947, se editó por primera vez en Nueva York en 1947. Todas las citas son del capítulo XXXIV (continuación) por la traducción de E. Xammar, Barcelona, 1991, pp. 421-423, 425 y 427.

una nueva Edad Media «entre pavor y tinieblas», igual que al final de la Antigüedad.³¹

Pero hablar con pertinencia de la Edad Media en la época de entreguerras no es hablar sólo de la Edad Media de los vencidos. Cierta pesimismo cultural en casi todos los países coincide en su cronología de los orígenes de la decadencia.³² «Voilà cinq cents ans que notre mort a commencé», proclamaba dramáticamente el filósofo Jacques Maritain, católico converso como tantos otros en Francia, Inglaterra, Alemania o Austria.³³ La muerte se perfecciona en el drama del alejamiento de la cristiandad medieval a través de los que Maritain llama los tres reformadores: Lutero, que separó al hombre de Dios; Descartes, que desnaturalizó la razón humana, y Rousseau, que despoja de trascendencia al mensaje evangélico.³⁴ Sin embargo, Maritain, aunque había renegado de un mundo fundado sobre «le cadavre de la chrétienté médiévale», no dudó en hablar de «refaire la Renaissance», recuperando la filosofía tomista como «humanisme intégral» no sacral, sino abierto a la modernidad. No parecía a la postre perseguir tanto el ideal utópico de una «nueva Edad Media», como el fruto posible de una «nouvelle Chrétienté».³⁵

Otra cosa sucede tratándose de Nicolás Berdiaeff, cuya obra más conocida se llama precisamente *Una nueva Edad Media*.³⁶ El filósofo

³¹ A la vista de parecidos textos, no es de extrañar que el medievalista O. G. Oexle hable de «Mittelalterberschwörungen», conjuras medievales, en la República de Weimar, en *Geschichtswissenschaft im Zeichen des Historismus*, Göttingen, 1996, pp. 143-144.

³² Michela Nacci, «The Present as Nightmare: cultural Pessimism among European Intellectuals in the Period between the two World Wars», en *The Intellectual Revolt against Liberal Democracy 1870-1945*, ed. por Z. Sternhell, Jerusalén, 1996, pp. 105-131. González Cuevas ha recordado que la crisis de entreguerras se tradujo en algunos intelectuales españoles en una revalorización de la «fuerza», que, por ejemplo, en el caso de Ortega le llevaría en 1921 en *España invertebrada* a defenderla como muestra de vitalidad histórica, reivindicando el espíritu del «guerrero medieval» frente a los valores burgueses («Política de lo sublime y teología de la violencia en la derecha española» en Santos Juliá, *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, 2000).

³³ J. Maritain, *Primaute du spirituel*, París, 1927, p. 260. En realidad el resurgir de la intelectualidad católica y las conversiones, tan frecuentes entre los defensores de la Edad Media, databan de la época anterior a la guerra: Maritain se convirtió en 1906, por ejemplo. Richard Griffiths, *The Reactionary Revolution: the Catholic Revival in French Literature: 1870-1914*, Londres, 1965.

³⁴ *Trois Reformateurs*, París, 1925.

³⁵ *Humanisme intégral*, París, 1936, pp. 136 y ss. Maritain, al revés de otros medievalizantes de la época, no dudó en oponerse a los fascismos a partir de 1933, apoyó a la República española y se incorporó a las filas de De Gaulle desde el principio.

³⁶ Quizá convenga decir algo sobre este personaje, que nació en Kiev en 1874. Abandonó el marxismo en Rusia para convertirse al cristianismo ortodoxo. Redactó su libro en Berlín, donde fue discípulo de Max Scheler, como Landsberg, antes de su traslado definitivo a París. Traducida al francés en 1928, su *Nouvelle Moyen Âge* fue un éxito de público y se tradujo a casi todas las lenguas europeas. En castellano tuvo ocho ediciones sólo de 1931 a 1938, una de ellas en la editorial derechista de Cultura Española.

ruso, como hizo seis años antes Landsberg, dice responder a un sentimiento actual: «Hay espíritus dotados de alguna intuición que retrocederían gozosamente a la Edad Media». Motivo habría para desear tal cosa, «pues nuestra época es el final de los tiempos modernos y el comienzo de una nueva Edad Media». La historia de nuestra decadencia, afirma Berdiaeff, comenzó con el Renacimiento, que muy pronto perdió su dimensión cristiana originaria para caer preso de una dialéctica autodestructiva, una dialéctica que llevó a «la rebelión y la protesta inherentes a la Reforma, engendrando esa revolución de la historia moderna que termina en las ‘luces’ del siglo XVIII, en el racionalismo, en la Revolución francesa y sus últimos efectos: el positivismo, el socialismo, el anarquismo». Como el grupo de amigos que se reunían en el *Doktor Faustus*, Berdiaeff cree inevitable la violencia en el cambio de época: como sucedió en otro tiempo en el paso a la antigua Edad Media, el orden actual sería derribado «por la fuerza de un caos bárbaro». Resulta inquietante que el místico y medievalizante Berdiaeff, frente a su repulsa del comunismo como «jerarquía satanocrática», muestre cierta comprensión con el fascismo: «una sacudida vital –dice– de grupos sociales súbitamente agrupados y unidos, convengamos que algo propio de una nueva Edad Media». Y, también como los reunidos en el salón de Kridwis, afirma que la vuelta a la Edad Media no es una restauración, «es una revolución del espíritu, una actividad creadora hacia adelante». Sus apasionados pasajes defendiendo la vieja Edad Media, que recuerdan, en clave reaccionaria y en peor estilo, a la prosa de Herder, ofrecen una síntesis de un núcleo de argumentación común a muchos autores. Por eso, a pesar de su extensión, leeremos uno casi entero: «En fin, ya es hora de que los ‘progresistas’ dejen de hablar de las tinieblas de la Edad Media y el oponerles la antorcha de la historia moderna. Opiniones demasiado bajas, permítaseme la frase, para estar a la altura de los conocimientos históricos contemporáneos. No es necesario idealizar a la Edad Media: la barbarie, la grosería, la crueldad, la violencia, la ignorancia (...). Pero sabemos también que los tiempos medievales fueron eminentemente religiosos; que iban arrastrados por la nostalgia del cielo; que ésta convertía a los pueblos en como poseídos de una locura sagrada. Sabemos que la cultura de la Edad Media estaba dirigida hacia lo trascendental y el Más Allá. Los tiempos medievales no prodigaban su energía en lo exterior, sino que preferían concentrarla en lo interno: ellos forjaron la personalidad bajo el aspecto del monje y del caballero; en esos tiempos bárbaros florecía el culto a La Dama y los trovadores entonaban su canto. Quiera Dios –concluye Berdiaeff sin ironía alguna– que reaparezcan estos rasgos en la nueva Edad Media». Berdiaeff repite insistentemente que lo que va a llegar es algo completamente nuevo, lo que sucede es que cuando

desciende a los detalles su nueva Edad Media se desvela como un régimen autoritario, de un corporativismo cristiano, antiparlamentario y antidemocrático.³⁷

La publicística entregada por esos años a la defensa de Europa o el Occidente frente al peligro de las razas amarillas, negras o eslavas, no siempre simpatizó con los proyectos medievalizantes, sino más bien todo lo contrario. Pero también se figuraron una Edad Media a la medida de sus ideas, con por ejemplo un Carlomagno defendiendo tenazmente en el siglo IX «el territorio de la raza blanca», y así todos sus sucesores hasta el siglo XVI.³⁸ Pero el más conocido de los «defensores de Occidente», Henri Massis, católico converso y políticamente maurrasiano, supo aunar los dos géneros: la custodia vigilante del Occidente frente a los peligros que venían de fuera del continente, y la lamentación por la perdida unidad espiritual medieval. Para hacer frente, especialmente, a la deletérea influencia de un Oriente despersonalizado y pasivo (una obsesión enfermiza de un autor que desconfiaba de la europeidad de los alemanes, pero estaba seguro del espíritu cristiano europeo del dictador Salazar, al que nunca dejó de admirar) hacía falta «reinventar» una auténtica civilización del mismo tipo que la medieval, «cette grande époque organique, où la communion dans une même foi avait fait de l'Europe entière un seul peuple». Al final de su libro, la defensa de Occidente se transforma en una agresión al resto del mundo considerado como tierra de misión para una Europa ciudadela de la verdadera fe...³⁹

El agresivo libro de Massis abunda en citas de autores católicos ingleses como prueba, dice, de «la general nostalgia por la vuelta a la Edad Media», citas en todo caso fáciles de encontrar. Efectivamente, para empezar en Gran Bretaña la crítica al materialismo o a los excesos de la civilización industrial siempre había ido acompañada, cuando menos, por una alabanza de la estética medieval, como sucedió con John Ruskin a mediados del siglo anterior. Pero en vísperas de la primera guerra mundial un autor católico, Hilaire Belloc, para escándalo de la opinión fue más lejos que nadie en la reivindicación de lo medieval a costa de

³⁷ Las citas de *Una nueva Edad Media* han sido espigadas de la traducción de José Renom, Barcelona, 1938, pp. 12, 53, 23, 64, 77-78. Su concepción de la modernidad como el ocaso o disolución de los valores renacentistas hasta llegar a la Revolución francesa y sus nefastas consecuencias fue de curso legal en la historiografía del primer franquismo, así por ejemplo en la *Historia General Moderna* de Vicens Vives, Barcelona, 1942, pp. 512 y ss. y 605 y ss.

³⁸ La cita es del más popular de este tipo de libros: M. Muret, *El ocaso de las naciones blancas*, trad. de E. Retg, Madrid, s. a., pp. 15-16 y 248-249.

³⁹ *La Défense de l'Occident* se publicó en 1927. Citamos por la reedición de 1956, donde añade una serie de textos, que mantienen su ideología reaccionaria, adaptándola al nuevo contexto. Entre paréntesis la paginación de la traducción de A. Abellán, Madrid, 1945 (la primera edición en castellano se hizo en el mismo año de su publicación en Francia), pp. 162-163 (212-214), 167 (223).

la modernidad: en *The Servile State*, de 1912, contrapuso el capitalismo burócrata y esclavizador a unas «libres instituciones medievales». Tras la primera guerra mundial Belloc prosiguió sin inmutarse su defensa de la ortodoxia, formando un tándem con Chesterton, tándem que se convirtió al catolicismo por su influencia, que el cáustico Bernard Shaw bautizó cáusticamente de «Chesterbelloc». La reivindicación de la cristiandad medieval frente a la crisis de entreguerras fue también tema de autores de tan diversa estatura como T. S. Eliot y Christopher Dawson.⁴⁰

Christopher Dawson fue uno de los historiadores profesionales que más se arriesgaron en la defensa de la Edad Media, con la publicación en 1932 de su *The Making of Europe: An Introduction to the History of European Unity*, una panorámica de los siglos que iban del 400 al año mil, época que consideraba como la de la formación de Europa. Para Dawson el conocimiento de la Edad Media era medicina necesaria en época de crisis, los orígenes sobre todo cristianos de Europa no eran una mera cuestión académica, ya que su ignorancia se contaría entre las causas intelectuales de la guerra europea.⁴¹ Todavía hay mucha gente, dice el historiador inglés, que a pesar de los progresos de la medievalística califican de «edad tenebrosa» aquella época, mientras que en «los últimos ciento y pico de años entre los historiadores católicos ha existido la tendencia a idealizar al cristianismo con miras a exaltar sus ideales religiosos», y aquí conviene recordar que Dawson, como tantos otros apologetas de la Edad Media, se había convertido al catolicismo en 1914.⁴² Dawson es uno de los principales responsables de la difusión académica, antes y después de la segunda guerra mundial, del «mito de una civilización medieval común», que en muchos casos todavía goza de buena salud. Un mito que suponía que, en algún momento, «todos los hombres considerados civilizados hablaban la misma lengua, pensaban los mismos pensamientos, profesaban la misma fe y perseguían los mismos ideales».⁴³

⁴⁰ N. O'Sullivan, *Conservatism*, Londres, 1976; sobre Eliot y Dawson, pp. 134 y ss. De Eliot, al que no hay tiempo para tratar aquí, interesa especialmente su *The Idea of a Christian Society*, Londres, 1939, escrita años después de su conversión al anglicanismo o, tal como él mismo dijo, al «anglocatolicismo». De Dawson hablamos ahora mismo.

⁴¹ J. J. Carreras Ares, «La idea de Europa en la época de entreguerras», en *Razón de Historia*, Madrid, 2000, pp. 303 y ss.

⁴² Citamos por la traducción de Elías de Tejada, *Los orígenes de Europa*, Madrid, 1945, pp. 1-5. Es de notar que a continuación Dawson afirma tranquilamente que «es muy difícil para quien no sea católico» comprender aquella época. Pero así puestos siempre hay quien quiere más, y su propio traductor le echó en cara su condición de «inglés»: no bastaba con ser católico, además, había que ser español (Elías de Tejada, *La monarquía tradicional*, Madrid, 1954, pp. 31 y ss.).

⁴³ G. Barraclough, «La continuidad de la tradición española», un artículo de 1947, en *La historia desde el mundo actual*, trad. de Nicolás Ramiro, Madrid, 1959, pp. 47-63 y 58.

Hasta aquí la época anterior a la segunda guerra mundial. Podría pensarse que después de 1945 la Edad Media perdería su valor de uso, tras haber salido fiadora de las críticas a la democracia parlamentaria y al materialismo de la civilización capitalista, lo que en muchos casos le había acercado peligrosamente a los fascismos e incluso le había llevado a colaborar con ellos. Pero no sucedió tal cosa. Durante los años que siguieron al fin de la guerra, dice Barraclough, apenas pasó un día sin que se leyese o se escuchase algo sobre «nuestros valores occidentales» y «nuestra tradición europea», y, naturalmente, al final de este tipo de discurso de nuevo estaba una Edad Media. Casi siempre se trataba de la teoría de la «tradición cultural heredada», que combinaba el legado clásico con el legado cristiano y la historia de los pueblos latinos y germánicos, una teoría dominante en la historiografía decimonónica y que había sido reformulada, entre otros, por Dawson. «Como consecuencia de la segunda guerra mundial –sigue diciendo el medievalista inglés Barraclough–, obtuvo extensa difusión y apareció, desprendida de su marco histórico, transformada en un dogma, en un artículo de fe».⁴⁴

Esta situación es la que explica que, apenas terminada la contienda, las Rencontres Internationales de Ginebra se inaugurasen con un tema que, por lo visto, se consideraba de especial urgencia, el tema del «espíritu europeo». Con algunas excepciones, como la del marxista Geórg Lukács o el suizo von Salis, se concluyó que el «espíritu europeo», es decir, Europa, un continente que Jaspers afirmó disfrutaba de «una esencia que ya tiene varios milenios», era inocente: los pecadores habían sido los europeos. El escritor católico francés Georges Bernanos, por ejemplo, citando a Chesterton, calificó al capitalismo europeo de «civilización cristiana convertida en loca», y confesó que en su viaje a través del devastado continente «he visto el espectro de Europa, esto es lo que yo he visto, he visto el espectro de la antigua cristiandad», así no es de extrañar que el título de su conferencia fuese «Europa libre, Europa cristiana». A través de las ruinas de otra guerra, otra vez una Edad Media.⁴⁵

Pero en Ginebra hubo un invitado que no aceptó el veredicto: Europa era culpable, decía el intelectual judío francés Julien Benda, pues el mal venía de demasiado lejos, de la negativa a aceptar «la jurisdicción cristiana que le ofrecieron los papas del siglo XIII». E incluso viene de antes, del momento de la división del Imperio carolingio en el 843, pues «el florecimiento de las nacionalidades debido al acto de Verdun le ha costado a Europa mil años de matanzas, de allí salió di-

⁴⁴ Barraclough, art. citado, pp. 47-48. El autor inglés añade como digno de atención que «la obra de zapa y quebranto a la que los historiadores profesionales sometieron las premisas históricas de esta teoría, no han logrado privarle de su eficacia como dogma político, ni romper el hechizo que manifiestamente ejerce sobre la opinión pública», pp. 48-49.

⁴⁵ *L'esprit européen*, Neuchâtel, 1946; citamos por la traducción, *El espíritu europeo*, Madrid, 1957, prologada por Julián Marías, pp. 305, 380 y 281.

rectamente la guerra de 1914 y la guerra de 1939». Con «el monje que llora», Benda se lamenta de que «en vez de reyes vemos ahora reyezuelos, se ha olvidado lo universal, cada uno no piensa sino en sí mismo».⁴⁶ Una Edad Media, la de Benda, que es la de la unidad carolingia, tan remota y breve que no parecería terapia aplicable en la Europa de la posguerra. Sin embargo, toda la imaginaria historicista que acompaña la construcción europea aprovechó a fondo a Carlomagno con sus Premios Carlomagno, su Academia Carlomagno, por no hablar de las publicaciones, exposiciones y conmemoraciones tuteladas por las autoridades comunitarias.

Pero además había un país en la Europa de la posguerra donde la imagen del Imperio carolingio ofrecía réditos políticos inmediatos. Se trata de la República Federal de Alemania, que algunos círculos democristianos presentaban como nuevo vivero carolingio de misioneros para convertir al este del Elba, no a los paganos de antaño, sino a los comunistas de hogaño, una manera de consolidar el Limes y evitar encarar el molesto problema de la reunificación. En cambio, a mediados de los años cincuenta, Hermann Heimpel, un importante medievalista alemán, contemplando en un viaje un mapa de las líneas ferroviarias germano occidentales, constataba que reproducía una silueta que cualquier estudiante identificaría con un mapa del Imperio carolingio; la reunificación iba para largo, concluía melancólicamente el historiador. Así pues, no todos compartían el entusiasmo carolingio del gobierno.⁴⁷

Pero además, en Alemania la recuperación de la Edad Media, de una cierta Edad Media, era cosa que respondía a algo más que al oportunismo político. Cualquier conocedor de la publicística alemana posterior a 1945 sabe de la tendencia generalizada a plantear el problema de las responsabilidades argumentando por elevación, es decir, contemplando el régimen nacionalsocialista como un episodio más, si bien extremo, de una crisis general europea incubada desde finales del siglo XIX. Pero, profundizando algo más, solía decirse, los orígenes del mal nos llevaban hasta la Reforma o al Renacimiento, y en estos sitios, como en los años treinta, se topaba inevitablemente con la Edad Media, una Edad incontaminada de todos los males de nuestro tiempo. En este recorrido habrían ido quedando atrás todas las incómodas preguntas sobre la responsabili-

⁴⁶ *Op. cit.*, pp. 29-31 y 45. «El monje que llora» es Florus, diácono de Lyon en su *Quaerele de divisione imperii*. Seguramente Benda tomó la cita del volumen de Halphen, *Les barbares. Des grandes invasions au XI siècle*, que el ilustre medievalista incluyó en la cuarta edición ampliada de su libro en 1940. La interpretación que hace Halphen del pasaje Florus no tiene nada que ver con la de Benda.

⁴⁷ E. Wolfrum, *Geschichtspolitik in der Bundesrepublik Deutschland*, Darmstadt, 1999, p. 189. La cita de Heimpel en un artículo de 1954 incluido en *Kapitulation vor der Geschichte?*, Göttingen, 1960, p. 23.

dad del propio presente.⁴⁸ Por estas razones el «ordo» medieval despertó pasiones hasta entre los economistas que asesoraban a Ludwig Ehrhard, el padre del «milagro económico» alemán. Algunos ya se pronunciaron antes del fin de la contienda: en 1942 Wilhelm Röpke, uno de los fundadores del neoliberalismo con Hayek y von Mises, publicó en el exilio suizo *Die Gesellschaftskrisis der Gegenwart*, deslizado una y otra vez alabanzas a la auténtica sociedad jerarquizada que fue la Edad Media y a su «sistema de ordenación internacional de índole teológico y moral».⁴⁹ En 1944 Röpke fue más allá de un par de alusiones a la bondad de lo medieval. En *Civitas humana* llevó a cabo la ritual crítica conservadora del racionalismo, la secularización, la sociedad de masas y el sufragio universal, haciendo una abierta apología de la sociedad «feudal» como modelo jerárquico, orgánico y equilibrado, una eficaz barrera frente a los males de nuestro tiempo. Frases increíbles, pero que así fueron dichas por la máxima autoridad de la economía de mercado de entonces.⁵⁰ En los primeros años de la República federal políticos después destinados a altas funciones, como Alfred Müller-Armack, que fue secretario de Estado para asuntos europeos con distintos gobiernos, escribieron libros como *El siglo sin Dios*, un título exculpatorio, que desplazaba toda la responsabilidad a la secularización que irrumpía a partir del Renacimiento a la manera del Berdiaeff de los años veinte.⁵¹ Lo que llama la atención de esta nueva Edad Media no es su originalidad, sino quienes la proclaman y desde dónde la defienden.

Esta Edad Media invocada por políticos o ensayistas conservadores sigue a veces prestando buenos servicios. En el último tercio del siglo pasado ha surgido una nueva Edad Media, una Edad Media que no se queda atrás, como la de los románticos, o que se anuncia en el horizonte como la de Berdiaeff, sino una Edad Media que ya está entre nosotros: no se trata de una profecía, sino de una comprobación, «la Edad Media ha comenzado ya», dice Umberto Eco. Pero, según éste y otros autores, habría resultado ser no la utopía de un orden realizado, sino el nacimiento de una época de inseguridad, de medievalización traumática de núcleos urbanos con residencias protegidas por guardias privados, con ritos satánicos a la manera de Gilles de Rais, compañero de armas de una Juana de Arco que hoy sería «una guerrillera carismática como el

⁴⁸ No debe creerse que la argumentación es privativa de la publicística, también argumentaban así historiadores, y algunos importantes; ver W. Schulze, *Deutsche Geschichtswissenschaft nach 1945*, Munich, 1993, especialmente entre las pp. 76-80.

⁴⁹ Por la traducción de J. Medem, *La crisis social de nuestro tiempo*, en su segunda edición de Madrid, 1956, pp. 54 y 305.

⁵⁰ *Civitas humana*, Zürich, 1944, pp. 30 ss., en Alemania se reeditó varias veces a partir de 1946.

⁵¹ *Das Jahrhundert ohne Gott*, Münster, 1948. Müller-Armack, además, no era un político corriente, sino un importante teórico de la llamada «economía social de mercado».

Che». Y así sucesivamente, hasta llegar a revivir las catedrales de piedra como tebeos místicos o los campus universitarios como monasterios del Cister, etcétera.⁵²

Quiero concluir refiriéndome a la Edad Media en las autonomías a manera de homenaje a la persona que recordamos en estas jornadas. En la España democrática los historiadores se han visto solicitados en la búsqueda de las raíces de las comunidades en que trabajan, y no todos los profesionales han sabido o han podido atemperar las ansias identitarias de muchas de ellas. Por eso, es ejemplar la valentía de la *Historia de la Región de Murcia* de Miguel Rodríguez Llopis. Miguel se niega a la solución más halagadora, la de hacer comenzar la historia propia de Murcia con los cartagineses o romanos, por no hablar de las culturas protohistóricas, tan alegremente empadronadas por algunas comunidades. Miguel sitúa el origen de la región a mediados del siglo XIII, con la llegada de los conquistadores aragoneses y castellanos, haciendo problema de las supuestas raíces islámicas de lo murciano. Juzga con dureza Miguel el muy reciente fenómeno del «atractivo popular de nuestro pasado musulmán, manipulado por el poder político, justificado por pseudointelectuales», y que a poco que se analice muestra «la ideología antimusulmana que rezuma». También es implacable Miguel con el «paroxismo de la memoria histórica», que sacudió a su propia universidad y a toda la sociedad murciana durante la dictadura franquista, cuando se hizo abuso del pasado medieval para legitimar anacrónicamente al «Caudillo» y a su política. No siempre resulta cómodo socialmente hablando decir muchas de las cosas que dice Miguel y cómo las dice, quizá por eso sean muy pocas las comunidades autónomas que dispongan de una historia general de tal excelencia, inserta en una tradición científica local libre de concesiones identitarias. Me gustaría terminar ofreciendo en homenaje a la memoria de Miguel una cita de un cronista medieval, que habla de la fortaleza de espíritu que ha de tener el historiador:

*Sapientis enim est officium non more volubilis
rotae rotari, sed in virtutum constantia ad
quadrati corporis firmari.*⁵³

Es del prólogo al libro primero de la *Historia de duabus Civitatibus*, del obispo Otton de Freising.

⁵² U. Eco, «La Edad Media ha comenzado ya», en la colección de artículos de este estilo debidos a Furio Colombo, Francesco Alberoni y Giuseppe Sacco, *La nueva Edad Media*, Madrid, 1995, p. 9-34.

⁵³ Una traducción podía ser: «El oficio (deber) del sabio no es girar como una rueda (inconstante), sino permanecer como un cuerpo sólido en la firmeza de sus virtudes».

EL MEDIEVALISTA EN EL FRANQUISMO

Esteban Sarasa Sánchez
Universidad de Zaragoza

A José Luis Martín y Ernest Lluch, maestros y amigos universitarios
que se quedaron en el camino de la transición.
In memoriam.

Entre el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad, tal y como expuso en su día Gramsci, se puede situar la postura del «medievalista» en el franquismo; porque de ambas formas respondieron, en una casuística plural, quienes ejercieron desde dentro el oficio de historiar la Edad Media española durante los años del régimen anterior. Es decir, sin considerar, claro está, en este momento, a los medievalistas del exilio, encabezados por Sánchez Albornoz desde Argentina.

Además, también es un aspecto a considerar el de la «colonización» extranjera del hispanismo centrado en los siglos de la llamada tradicionalmente «reconquista», desde Pelayo hasta la toma de Granada por los Reyes Católicos en 1492; seguramente por las facilidades dadas por los grandes vacíos historiográficos en el propio solar hispano, pero también, al menos en algunos casos, por la fascinación que los «santones medievalistas» afectos al régimen les produjo en su día el interés despertado fuera de España por quienes no estaban contaminados por la presumible adhesión marxista de quienes, desde el exilio o desde la oposición interior al régimen, conspiraban para atacar las esencias del pasado hispano y del presente, tan gloriosos el uno como el otro.

Pero, a la hora de resumir en unas cuantas páginas la visión retrospectiva del medievalismo y, especialmente, del «medievalista» en el franquismo, acaso sea un buen punto de partida analizar algunos títulos y algunas circunstancias que puedan dar idea de los aires que corrieron entre los años cuarenta y setenta en el panorama historiográfico dentro de nuestras fronteras; y nunca mejor dicho lo de «dentro de nuestras fronteras», pues, fuera de ellas, ejemplos como los de Pierre Vilar o Manuel Tuñón de Lara tuvieron que esperar a 1975 para empezar a aparecer libremente por estas tierras para exponer su magisterio perso-

nalmente y con la garantía de lo leído de ellos y sobre ellos por quienes se preocupaban de buscar «la otra visión del pasado de España», que, aunque no precisamente en los dos casos nombrados, también afectaba a los siglos medievales; aunque, bien es verdad que la Edad Media siempre resultó menos sospechosa para los censores académicos y menos comprometida para los arriesgados intérpretes del pasado de los reinos cristianos.

Así, en 1950, fray Justo Pérez de Urbel publicaba su libro sobre *Sancho el Mayor de Navarra*,¹ ejemplo de buena erudición y de conocimiento y dominio de las fuentes escritas utilizadas por quien sería abad del Valle de los Caídos, con una visión muy castellana del monarca que sentaba el modelo a seguir a la hora de abordar estudios semejantes sobre cualquiera otro «héroe del pasado», en contraste con el planteamiento que, por ejemplo, había ofrecido Menéndez Pidal sobre Rodrigo Díaz de Vivar en *La España del Cid*² veinte años antes; personajes ambos, Sancho Garcés III de Pamplona y el Cid Campeador, de principios y finales del siglo XI respectivamente (el primero muerto en 1035 y el segundo en 1099).

Porque, mientras que en el prólogo de la primera edición de 1929 de *La España del Cid*, Menéndez Pidal escribió que: «Y aun la vida del Cid tiene, como no podía menos, una especial oportunidad española ahora, época de desaliento entre nosotros, en que el escepticismo ahoga los sentimientos de solidaridad y la insolidaridad alimenta el escepticismo. (Pues) contra esta debilidad actual del espíritu colectivo pudieran servir de reacción todos los grandes recuerdos históricos que más nos hacen intimar con la esencia del pueblo a que pertenecemos y que más pueden robustecer a aquella trabazón de los espíritus -el alma colectiva-, inspiradora de la cohesión social»; Pérez de Urbel, treinta años después, situaba a su biografiado como adalid de la cristiandad, rompedor del aislamiento hispano con respecto a los nuevos aires europeos y defensor de la Iglesia de Cristo. Valores que constituyen un ejemplo de contraste entre dos obras históricas, referidas la cidiana a un hombre del pueblo y la del monarca pamplonés a otro de la elite del poder, que tuvieron su vigencia durante los años del franquismo como referentes ineludibles y en unas décadas en las que la historia política e institucional prevaleció por encima de cualquiera otra de carácter social o económico; salvo en el caso excepcional de Vicens Vives como pionero de la escuela de Annales en España a través, entre otros títulos, de su novedosa *Historia social y económica de España y América*.³

¹ Diputación Foral de Navarra (Institución «Príncipe de Viana»), Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1950.

² Espasa-Calpe, Madrid, 1929.

³ Sobre Vicens Vives puede consultarse la amplia introducción de Miquel A. Marín Gela-

En efecto, la herencia de Sánchez Albornoz en la pléyade de medievalistas formados en su seno (Valdeavellano, Lacarra, etc.), dejó un poso de corte jurídico-institucional que se refrendó en el interés por la historia política, las instituciones urbanas, sobre todo, o la foralidad, entre otras cuestiones; poso fecundado, no obstante, por las relaciones, epistolares sobre todo, con el patriarca del medievalismo hispano, desde su atalaya argentina hasta las escuelas que empezaban a formarse en la Península, dentro de un acusado personalismo en el que la idea de «escuela» respondía, más que a la comprensión de una agrupación científica en torno a un maestro, a la mera vinculación administrativa de quienes aspiraban a formarse y situarse en el medievalismo y siguiendo los pasos del escalafón previsto por los dirigentes académicos y científicos de entonces, dentro del sistema controlado por los de arriba y asumido por los de abajo.⁴

Pero, aparte de personas y de obras, también algunas circunstancias reflejan la situación al respecto. Por ejemplo la que, precisamente, podría servir para cerrar el tiempo gris de la historiografía franquista por el acusado contraste con el ambiente todavía generalizado de 1975; año en el que, para comienzos del otoño estaba convocado en Barcelona el *Segundo Congreso Internacional de Estudios sobre las Culturas del Mediterráneo Occidental* (a celebrar entre el 29 de septiembre y el 4 de octubre), cuando se cometieron los últimos ajusticiamientos del franquismo que produjeron una corriente de protestas que también afectaron a dicho congreso con la ausencia previa o la partida inmediata de la ciudad condal de algunos medievalistas extranjeros (como Georges Duby) que estaban anunciados de antemano.⁵ Congreso que se celebró en medio de manifestaciones por las ramblas barcelonesas y en un clima de tensión y protesta internacional que se dejó notar en las sesiones y entre los asistentes al evento.

Desde luego que, aun siendo Cataluña en general, y Barcelona en particular, un espacio mucho más abierto a los nuevos aires historiográficos que desde los años sesenta, al menos, se venían ensayando en las universidades catalanas, aunque no en todos los departamentos ni áreas académicas, así como en otros ambientes científicos, como el del Institut de Estudis Catalans o la Institució Milà y Fontanals (del CSIC);

bert a la reedición de su *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*, Cortes de Aragón-Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2006.

⁴ Sobre todos estos aspectos, véase el reciente libro de Miquel A. Marín Gelabert *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2005.

⁵ Las actas con las contribuciones de los participantes se publicaron en 1978 por la Universidad Autónoma de Barcelona con la colaboración de otras instituciones públicas nacionales y extranjeras; pero sin presentación alguna ni alusión a las circunstancias que rodearon las jornadas.

lo cierto es que el contraste con el resto de la historiografía y posicionamiento convencional de otros centros académicos e investigadores españoles era acusado y manifiesto, salvo en reductos muy concretos donde la ruptura ya se había producido anteriormente con el componente político correspondiente, como en el caso salmantino y vallisoletano o de algún elemento aislado en Madrid.⁶

En efecto, Abilio Barbero y Marcelo Vigil, en su libro *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*, abrían una zanja importante en la interpretación del sentido y contenido definidor del título señalado al constatar en la nota preliminar que: «Nuestras investigaciones están orientadas en otra dirección, como se verá por el contenido del libro. Nos mantenemos al margen de las cuestiones de la pérdida de España y de considerar la Reconquista como una empresa nacional. Desde un punto de vista estrictamente histórico creemos que estos problemas son ficticios, y si utilizamos la palabra Reconquista, es solamente como un término convencional, pero consagrado por el uso, que se aplica tanto para designar a una época muy amplia de la historia peninsular, es decir, la Edad Media, como a la constitución y expansión en este mismo período de estados cristianos diferentes del musulmán. Queremos poner de relieve aquí, por una parte, que la formación de estos estados, nacidos después de la invasión musulmana, tiene su origen en períodos anteriores a dicha invasión, y, por otra parte, que este proceso histórico hay que explicarlo por la diferente forma de estar organizada la sociedad en las diversas regiones de la Península Ibérica».⁷

Visión que contrastaba con la tradicional, sostenida sin apenas discusión por la mayoría del medievalismo español que, por cierto, mantuvo durante años la ocasión de encontrarse y contrastarse, aunque con ideas comunes, en las ya clásicas Semanas Medievales de Estella, que perduraron en su primera etapa hasta 1978, para recrearse posteriormente, con otros aires, y llegar hasta nuestros días. Semanas que eran excepcionales en España como únicas por su periodicidad y continuidad anual, al margen de encuentros, coloquios o congresos surgidos y celebrados esporádicamente en el país, bien de carácter general o bien centrados en la época medieval exclusivamente; y sin olvidar las otras semanas medievales barcelonesas en el Archivo de la Corona de Aragón y las universidades catalanas, con aires más europeos, historiográficamente hablando, a pesar de que las semanas

⁶ Por ejemplo Abilio Barbero, que, junto con Marcelo Vigil, había publicado en 1974 *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*, y publicaría en 1978 su novedoso libro sobre *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*. Precisamente la Universidad de Salamanca editó en su revista *Studia Historica* VI, 1988, un estado de la cuestión para los años comprendidos entre 1975 y 1985 que analiza historiográfica e ideológicamente lo que supuso el paso alrededor de 1975 en el quehacer histórico.

⁷ Obra citada, Ariel, Barcelona, 1974, pp. 5 y 6.

estellesas se explayaban en la relación con el «Camino de Santiago, camino de Europa».⁸

Precisamente, en ese mismo año del final de la primera etapa estellesa, en 1978, el libro de Barbero y Vigil sobre *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, abundando sobre el anterior de ambos autores, apuntaba al respecto en su introducción⁹ lo siguiente:

Por desgracia, con pocas excepciones, hemos encontrado escasa ayuda en las monografías existentes sobre el objetivo de este libro. Esta ha sido una de las razones que ha motivado que nos tuviéramos que apoyar fundamentalmente en las fuentes. En efecto, la investigación histórica realizada en España durante los últimos decenios, por lo que se refiere a las épocas históricas sobre las que hemos centrado nuestro trabajo, es en general descorazonadora. Se ha extendido la costumbre de publicar por publicar, observándose una falta de originalidad y, sobre todo, de imaginación en los planteamientos históricos, y una ausencia de pensamiento científico. No se pretende aportar conocimientos nuevos estructurando de manera diferente los datos ya conocidos, sino que reina una erudición que consiste en hacer citas acumulativas de datos y autores. Cada afirmación tiene que ser refrendada por una autoridad o varias autoridades, de forma que el pensamiento creador ha sido ahogado por un farrago de repeticiones de cosas ya dichas con su nota correspondiente a pie de página. La técnica científica, en el sentido de corroborar toda afirmación ajena a partir de la cual se elabore un conocimiento nuevo, se ha convertido en un mero recetario que hace más científicos aquellos trabajos que más notas tienen o citan más autores, sobre todo si éstos son más modernos. Lo normal, por consiguiente, ha sido repetir los mismos tópicos con palabras diferentes, con lo que se pretende darles un cierto barniz de novedad; publicar las mismas fuentes y los mismos documentos con las interpretaciones de sus primeros comentadores o editores, y dar a la luz documentación inédita sin pasar de la lectura del documento. Se puede asimismo comprobar que las pretendidas introducciones teóricas o metodológicas consisten en reseñar una detrás de otra opiniones de historiadores muertos o vivos más en boña, estando de acuerdo con todas ellas y sin tener en cuenta que muchas se contradicen de manera flagrante. Así, no es extraño encontrar en estas exposiciones resúmenes de las interpretaciones y explicaciones a problemas históricos dadas por autores tan dispares en sus planteamientos teóricos y metodológicos como Gibbon, Marx, Weber, Rostvtzeff, Lot, Bloch, Boutruche, Dobb, Ganshof, Altheim, Braudel, Duby, Kula y un largo etcétera. Todo puede caber en este cajón de sastre, y se amalgaman las conclusiones de los autores citados, aceptando todos sus presu-

⁸ La última Semana de la primera etapa fue la del año 1978, con la edición número XVII; y la segunda etapa, hoy vigente, se inició con la XVIII Semana de 1991; aunque con otra orientación y disciplina y saliéndose, empero, del franquismo.

⁹ Editorial Crítica, Barcelona, 1978, pp. 16-17.

puestos en una especie de sincretismo que hace inútil cualquier investigación seria. En gran parte de los casos, la introducción teórica y el desarrollo del trabajo concreto no tienen nada que ver. Es preciso señalar que éstos no son procedimientos exclusivos de los historiadores españoles, sino que se hallan ampliamente extendidos en la historiografía extranjera donde también existe una competencia por el número de páginas publicadas.

Actualmente en la investigación española muchas veces lo que se realiza es una aplicación mecánica de modelos elaborados, sobre todo por historiadores franceses, para estudiar aspectos referentes a las economías, las sociedades o las mentalidades. El objetivo de esta acumulación inútil de materia impresa ha solido ser el de conseguir méritos para hacer una rápida carrera académica estimada habitualmente por una obra medida al peso, sin tener en cuenta su valor científico. Una vez conseguidos los puestos académicos ambicionados, se han solido utilizar éstos como trampolín hacia una plataforma de poder que tiene como meta reforzar los supuestos ideológicos del orden establecido.

Como puede apreciarse, en este texto precedente se resume un diagnóstico de lo que había sido la historiografía española hasta entonces y, en parte, lo que seguía siendo de momento; pues, aunque la fecha de publicación es la de 1978, el libro era, en definitiva, un compendio de lo que ambos autores venían elaborando a través de trabajos previos sobre el particular desde tiempo atrás. Y eso que, hablando de renovación, Salustiano Moreta había publicado ya su libro *Rentas monásticas en Castilla: problemas de método* en 1974 (Universidad de Salamanca) y José Ángel García de Cortázar irrumpía en las últimas semanas medievales de Estella de la primera etapa, antes del impacto de su discurso de inauguración del curso académico 1978-79 en la Universidad entonces de Santander (hoy de Cantabria) sobre *La Historia rural medieval: Un esquema de análisis estructural de sus contenidos a través del ejemplo hispanocristiano*,¹⁰ en donde apuntaba como «protagonistas de nuestra historia de Economía rural medieval» a la tierra, los hombres, el capital y el tiempo; tratando de aplicar sobre el marco teórico de una región, la proyección de la economía y la evolución histórica con insistencia metodológicamente consciente. Metodología que ya había experimentado anteriormente cuando, en 1969, la Universidad de Salamanca le había editado su también renovadora monografía sobre *El dominio del monasterio de San Millán de la Cogolla (siglos X a XIII). Introducción a la historia rural de Castilla altomedieval*; dentro de una nueva perspectiva de historia rural en la que, tanto el libro de Moreta mencionado como este de García de Cortázar, desvelaban la mano de los círculos salmantino y vallisoletano. En unos años del final del franquismo, cuyo término aún era una incógnita, en los que, por ejemplo, Reyna Pastor (discípula

¹⁰ Universidad de Santander, Santander, 1978, 141 pp.

heterodoxa de Sánchez Albornoz), aún en Argentina, veía publicados dos impactantes libros por la nueva visión que introducía en la historia medieval española: *Conflictos sociales y estancamiento económico en la España Medieval*¹¹ y *Del Islam al Cristianismo. En las fronteras de dos formaciones económico-sociales*,¹² y libro este último que llevaba en la cubierta una faja con un texto muy expresivo: *Un análisis objetivo del fenómeno de la Reconquista, en polémica con la historiografía tradicional española*. Frutos ambos de sus anteriores investigaciones dispersas en trabajos precedentes.

Pero, volviendo a la situación del «medievalista» en el franquismo, y considerando a quienes ejercieron su dedicación dentro del sistema universitario español entre 1940 y 1975, o desde el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, se puede considerar que los hubo desde la adscripción doctrinal al régimen, hasta los indiferentes hacia el mismo dentro de los límites del orden permitido; desde los colaboracionistas, hasta los opositores declarados intelectualmente; y desde los orgánicos hasta los exiliados interiormente. Aunque no se trata ahora de poner nombres a los representantes de cada una de las posiciones registradas al efecto, pues siempre cabe la ambigüedad por parte de los protagonistas y la tendenciosidad por parte de los exégetas sobre el reciente pasado historiográfico; sino que, más bien, conviene, en todo caso, glosar algunas figuras a través de sus aportaciones y, en su caso, opiniones, de las que cada cual puede deducir lo oportuno y colocar a cada figura en su sitio.

Y es que, el oficio de historiador en una época determinada y en condiciones concretas, no dista mucho, todavía, al menos para el medievalista, de lo que ya a comienzos del siglo XIII, anotaba al respecto el arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, en su *De rebus Hispaniae* (Historia Gótica) de 1243, cuando opinaba sobre la importancia de conservar la memoria del pasado y la necesidad de ponerla por escrito para rescatarla de un posible olvido; añadiendo la finalidad de la historia como espejo de virtudes, instrumento político y fundamento de construcción del presente y el futuro.¹³ Ideas que bajo el franquismo se entendieron de distintas formas según sus intérpretes; pues, como escribió recientemente Juan José Carreras al referirse a la Edad Media en las autonomías, y como colofón a unas apreciaciones sobre el panorama europeo especialmente, «En la España democrática los historiadores se han visto solicitados en la búsqueda de las raíces de las comunidades en que trabajan, y no todos los profesionales han sabido o han podido atem-

¹¹ Ariel, Barcelona, 1973.

¹² Península, Barcelona, 1975.

¹³ Hay una traducción al castellano, con introducción, notas e índices, a cargo de Juan Fernández Valverde, Alianza Editorial, Madrid, 1989.

perar las ansias identitarias de muchas de ellas....el paroxismo de la memoria histórica durante la dictadura franquista hizo abuso del pasado medieval para legitimar anacrónicamente al Caudillo y a su política».¹⁴

No obstante lo antedicho, Julio Valdeón en 1991 aún advertía sobre lo que podía parecer como una «revolución historiográfica» posterior a 1975, cuando apuntaba que: «Puede dar la impresión de que el medievalismo español ha rejuvenecido en las últimas décadas gracias a su encuentro feliz con la historia social. No echemos las campanas al vuelo. Lo social ciertamente nos sale al paso por todas partes. Pero con frecuencia el término en cuestión no pasa de ser una etiqueta. En nombre del eclecticismo se manejan en muchas ocasiones categorías de análisis contradictorias entre sí. A veces se habla en un determinado trabajo de la estructura social y a la postre se confunden grupos sociales con grupos jurídicos... La historia social, pese a todo, ha adquirido carta de naturaleza en el medievalismo español. Pero ¿cuáles son sus perspectivas? El fin de las ideologías, el proclamado fin de la historia y tantos otros fines de sesión no parecen avalar un futuro prometedor para una forma de entender la historia como proceso conflictivo y dialéctico y por lo tanto comprometida».¹⁵ Reflexiones que, retrospectivamente, se pueden constatar para el medievalismo en el franquismo, aunque con signos diferentes, cuando la historia social era sospechosa, salvo que se aplicase para refrendar al régimen y justificarlo por parte de los afectos e incondicionales.

Pero, independientemente del estado general de las universidades, cátedras e institutos de investigación historiográfica de la época franquista, y que, por lo general, fueron estancos en cuanto a asunción, más que sumisión, de la realidad política e intelectual,¹⁶ se puede confirmar que las personalidades que destacaron como medievalistas durante el régimen salido de la guerra civil, o bien se acomodaron a las circunstancias sin implicarse en el sistema ni definirse políticamente, o bien se identificaron claramente con la causa de los vencedores; pero, eso sí, en unos y otros casos los hubo que asumieron cargos académicos cuando estos eran nominados y aprobados por la autoridad correspondiente y no elegidos por los claustros.

Al respecto es muy significativo lo escrito por Ignacio Peiró en el año 2000:

¹⁴ «Edad Media, instrucciones de uso», en *Miradas a la Historia*, Murcia, 2004, p. 27, y en este mismo número de la revista *Jerónimo Zurita*, p. 26.

¹⁵ «La Historia social en España. Edad Media», en *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas*, Asociación de Historia Social, Diputación de Zaragoza, Siglo XXI Editores, Madrid, 1991, pp. 162-163.

¹⁶ *La Universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)*, J. J. Carreras Ares y M. A. Ruiz Carnicer, coordinadores, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1991.

Con una legislación que había entregado la Universidad al cuerpo de Catedráticos para que la gobernasen, en este universo vivieron y trabajaron lastres generaciones de historiadores que nos ocupan: las dos primeras por edad y formación, y la tercera (compuesta por los profesores Abilio Barbero, Manuel Fernández, Ángel Juan Martín Duque, Luis Suárez Fernández y Antonio Ubieto), por ser discípulos o haber estado cercanos a los maestros que les precedieron. Durante el franquismo, los diferentes ministros de Educación no hicieron mas que reforzar el poder de aquellos que habían llegado a la cima, consolidando la figura de los catedráticos y las cátedras como base de la organización universitaria.¹⁷

Autor que también reflexiona por escrito sobre la idea de «catedráticos en la Academia (de la Historia) y académicos (de la Historia) en la Universidad», al mencionar que, por ejemplo, «no parece ninguna casualidad que un numerario tan poco ortodoxo como Ramón Carande promoviera a la categoría académica a sus amigos Luis García de Valdeavellano, Julio Caro Baroja o José María Lacarra. (Como) tampoco lo parece que, en los discursos de ingreso y contestación de estos personajes, fueran mencionados todos aquellos maestros del pasado (desde Eduardo de Hinojosa, pasando por Díez Canseco o Sánchez Albornoz) de quienes se consideraban discípulos».¹⁸

Es decir que, cierta «tolerancia» respecto de la Academia no quería decir que todo no estuviera bajo control, pues, al fin y al cabo, en dicho ámbito del saber historiográfico se trabajaba más hacia adentro que hacia fuera; salvo que, en algún momento, los dirigentes del Estado le encargaran algún informe o declaración.

Pero, volviendo de nuevo a la situación del medievalista en los años considerados, Ángel J. Martín Duque definió hace ya una década la por él llamada «Generación de 1968» dentro del «medievalismo hispánico»;¹⁹ aunque, tal y como subtitula su aportación, «Un ensayo de egohistoria», se trata, sobre todo, de reconstruir el pasado sobre dicha generación a través de dos momentos sucesivos: el de «la generación superviviente o de 1940» y «la generación solapada o diluida»; en ambos casos desde su visión personal, que justifica lo de la «egohistoria».

Así, entre los «supervivientes» de 1940 aparecen figuras de la talla de Lacarra, Antonio de la Torre y del Cerro, Ángel Ferrari o Julio González;

¹⁷ «Aspectos de la historiografía universitaria española en la primera mitad del siglo XX», en *Historiadores de la España Medieval y Moderna*, Esteban Sarasa y Eliseo Serrano, coordinadores, *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 73 (1998), Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2000, p. 21.

¹⁸ *Ibidem*, P. 26.

¹⁹ «Las Semanas de Estella y el medievalismo hispánico. Un ensayo de egohistoria», en *La Historia Medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998)*, XXV Semana de Estudios Medievales, Pamplona, 1999, pp. 25 y ss.

mientras que entre los «solapados» o «diluidos» constan, por ejemplo, Luis Suárez, Ubieto, Emilio Sáez, Federico Udina, Salvador de Moxó, Eloy Benito Ruano o el propio Martín Duque; si bien todos ellos nombres relacionados con la creación de cátedras de la especialidad entre 1940 y 1968, y, por lo tanto, con una visión meramente académica por parte del autor y sin valoración alguna de índole ideológica o política.²⁰

Valoración algo distinta de algunos ejemplos que al respecto pueden mencionarse por sus planteamientos más que académicos, como los siguientes: C. Batlle y M.^a T. Ferrer, «Balanz de les activitats historiogràfiques referents a l'edat mitjana en la postguerra franquista»;²¹ E. Guinot, «la historiografía medieval valenciana en temps imperials (1939-1957)»;²² A. Furió, «De la autarquía al intercambio: la historia medieval valenciana entre 1939 y 1989».²³

Pero no se trata aquí de ofrecer ni estados de la cuestión al uso, que sin negarles la utilidad, a veces se convierten en meras compilaciones pretendidamente asépticas sobre autores y títulos,²⁴ ni tampoco de repasar eruditamente una época precedente en historiografía medieval;²⁵ sino que se trata, más bien, de desvelar las diversas posturas ante el franquismo, desde la connivencia hasta la del mantenimiento de la dignidad frente a la dictadura; tal y como expresa Jean Bruller (1902-1991), con el seudónimo de Vercors, en su corta narración titulada *El silencio del mar*, escrita en 1941 en la Francia ocupada y que él mismo adaptó para el teatro en 1949; en donde defendía que «el desprecio al enemigo se expresa con el silencio, y la dignidad que debe mantenerse ante él, también».²⁶

Porque esta última fue la postura de algunos medievalistas en los años estudiados. No obstante, Miguel Ángel Ladero,²⁷ al escribir sobre «Las épocas a tener en cuenta», menciona para los años comprendidos entre 1940 y 1955/1957 el predominio de las corrientes propias de la

²⁰ *Ibidem*, pp. 33-36.

²¹ *Cuadernos de Historia Económica de Cataluña*, 19 (1978), pp. 321-330.

²² *La Història Oficial (1939-1960)*, en *Saitabi*, 47 (1997), pp. 119-152.

²³ *Hispania*, 175 (1990), pp. 903-920.

²⁴ Como, por ejemplo, lo aparecido en el número monográfico dedicado a las jornadas sobre *Cincuenta años de Historiografía española y americanista, 1940-1989*, en conmemoración de los cincuenta años de *Hispania* y *Revista de Indias*, en *Hispania*, 175, L/2 (1990); en el que se incluye, entre otros, el artículo citado en la nota precedente.

²⁵ Como ofrece M. A. Ladero en su «Aproximación al medievalismo español (1939-1984)», en *La Historiografía en Occidente desde 1945*, III Conversaciones Internacionales de Historia, Eunsu, Pamplona, 1985, pp. 69-87; o lo mostrado, aunque ya para los últimos años del franquismo y casi hasta finales del siglo XX, en la XXV Semana de Estudios Medievales de Estella, bajo el título de *La Historia Medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998)*, Gobierno de Navarra, Pamplona, 1999.

²⁶ La narración se publicó clandestinamente y fue el primer libro de las celeberrimas Les Editions de Minuit.

²⁷ En «Aproximación al medievalismo español (1939-1984)», obra citada.

historia institucional, mantenidas por discípulos indirectos y seguidores de Eduardo de Hinojosa y de Sánchez Albornoz; a la vez que la obra, con escasez de medios pero con calidad y profesionalidad de autores, «hoy clásicos», como Lacarra, Vázquez de Parga, Uría, Julio González o Ballesteros.²⁸ Para añadir que:

«A partir de 1955/1957 y hasta 1966/68 hubo, al par que cierta flexibilización político-ideológica, un fuerte desarrollo económico y cambios sociales que incidieron en mejores posibilidades de dotación para el desarrollo de las investigaciones –todavía a cargo de muy pocas personas– y facilitaron, paulatinamente, más medios para difundirla y mejores perspectivas de deducción profesional, combinada con la docencia universitaria. Hubo un aumento cuantitativo de los trabajos. Fue, también, época de importante renovación metodológica, con la introducción de las propuestas creadas por la llamada «Escuela de Annales» francesa, en especial por Vicens Vives, que supo combinarlas con su propia iniciativa renovadora, y también a través de historiadores como Braudel y sus primeros continuadores, o Vilar, que conocían bien la problemática de la historia hispánica de los siglos XVI y XVII.

Se produjo así, entre los medievalistas, cierta renovación de los temas tratados, al par que se difundía el efecto de las polémicas obras interpretativas de Castro (Américo) y Sánchez Albornoz. «Desentrañar el sentido de nuestra historia y acudir a sus grandes temas. Cómo se produce la repoblación. Qué es la nobleza. Hasta qué punto los reinos españoles actúan en los grandes problemas medievales», escribe L. Suárez refiriéndose a las preocupaciones primeras de aquellos años».

Precisamente, la mención a Luis Suárez Fernández aporta un ejemplo contradictorio, porque, a pesar de su clara inclinación ideológica (hoy forma parte de la Fundación Francisco Franco como custodio del archivo del generalísimo), mereció el respeto y consideración de quienes se manifestaron, también claramente, en contra del régimen con serios compromisos personales frente a la dictadura, dentro del campo del medievalismo.

Finalmente, el mismo Ladero añade para los años iniciados a partir de 1968/1970, que «los factores de cambio social y político han introducido, acaso por vez primera, la polémica y valoración sobre las propuestas ideológicas y metodológicas del pensamiento marxista».²⁹

En definitiva, desvelar la posición de «el medievalista en el franquismo», invita a considerar las diversas situaciones personales de sus protagonistas, el compromiso, la connivencia, la indiferencia o la oposición, más o menos manifiesta privada o públicamente, al régimen; pero también el ámbito académico o institucional, el entorno político y social,

²⁸ Obra citada, p. 71.

²⁹ *Ibidem*, p. 72.

así como la actividad de dichos protagonistas; que lo fueron, no siempre por voluntad propia, sino por su misma condición de «humanistas», o al menos de «historiadores».

En definitiva, desde mediados del siglo pasado, los intentos sucesivos por imponer la normalización interior de la historiografía española por parte del régimen, ofrecieron un doble comportamiento: el del aparente fracaso por la participación de los historiadores en general y de algunos medievalistas en particular en congresos y encuentros internacionales, con aportaciones de diferente calidad e interés; y, por contraste, el del también aparente éxito de la uniformidad interpretativa animada por el control gubernamental del acceso a los puestos profesoriales de las instancias universitarias, «apropiándose el Estado de la memoria histórica a través de usos públicos deformados y el secuestro de la comunidad historiográfica a través de la manipulación de los resortes de la alta cultura institucionalizada».³⁰ De manera que, por un lado, a través de la mencionada participación internacional, algunos profesionales fueron introduciendo los nuevos idearios de la investigación, especialmente en lo social y en lo económico; y, por otro, a pesar del omnipresente control del sistema, no faltaron iniciativas que, más o menos publicitadas, camuflaron actividades que, o bien pasaron inadvertidas al régimen, o bien el mismo se hizo el permisivo al considerar que su influencia era reducida y entre elementos ya identificados.

Y para finalizar, la propuesta al respecto de los medievalistas que vivieron el franquismo, lo sobrevivieron e iniciaron la transición, es la de evaluar sus trayectorias personales e institucionales, en su caso, y relacionarlas con su producción intelectual; trayectorias personales más allá del contenido de la obra publicada y producción intelectual más acá de sus opciones personales y de sus manifestaciones. Pero eso sería cuestión de otro trabajo con indicadores de exclusión e inclusión para cada ejemplo en particular, con nombre y apellido.

³⁰ Como señala M. A. Marín en «El fracaso de la normalización interior de la historiografía española en los años cincuenta», en *Usos públicos de la historia*, VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Universidad de Zaragoza, 2002, pp. 426 y 427.

LA FORMACIÓN DE UN MEDIEVALISTA: José María Lacarra, 1907-1940*

Miquel À. Marín Gelabert

*Grupo de Investigación de Historia de la Historiografía
de la Universidad de Zaragoza*

José María Lacarra y de Miguel, Doctor en Filosofía y Letras (Sección de Historia), miembro del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos adscrito al Archivo Histórico Nacional y colaborador del Instituto de Historia Medieval del Centro de Estudios Históricos, cuenta veintisiete años cuando el 10 de junio de 1934 solicita una prórroga de la pensión que está cursando en París.

Concedida, como a tantos otros historiadores españoles del primer tercio del siglo, por la Junta para la Ampliación de Estudios, y finalizada en julio de ese mismo año, la pensión solicitada en esta ocasión debería trasladarle a Berlín y Viena durante el siguiente semestre.¹ El joven Lacarra proyectaba perseguir en el mundo académico alemán los mismos referentes que había pretendido en el parisino: la historia centrada en el documento y las instituciones jurídico-políticas de la Edad Media española, especialmente aragonesa y navarra.

* Este texto corresponde a una parte de la intervención llevada a cabo en el marco del curso *José María Lacarra y el medievalismo de la primera mitad del siglo XX* celebrado en Zaragoza los días 22 y 23 de noviembre de 2007. Deseo agradecer vivamente a la Institución «Fernando el Católico» el auspicio de este curso que conmemora el centenario del nacimiento del historiador estellés con el objetivo más amplio de acceder a las mutaciones del medievalismo europeo en la primera mitad del siglo pasado. Quiero agradecer también a Ignacio Peiró, por las horas dedicadas a su organización y por la revisión del presente texto. A Luis G. Martínez, por acercarme a los fondos documentales conservados en el Archivo de la Secretaría de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Finalmente, a Gustavo Alares, por permitirme el acceso a documentación referente a al CEMA.

¹ Solicitud de prórroga de la pensión de José María Lacarra remitida desde París al Presidente de la Junta para la Ampliación de Estudios, firmada 10 de junio de 1934, 2 hojas. Archivo de la Secretaría de la JAE (Centro de Documentación de la Residencia de Estudiantes), carpeta personal de José María Lacarra, 83-10 [En adelante ASJAE-epJML, 83-10].

Si hasta 1933 vive un momento ciertamente exitoso, a partir de 1934 José María Lacarra comenzará a negociar su futuro en el marco de ese corto siglo xx que Eric Hobsbawm bautizó como *edad de los extremos*, cuya historiografía ha sintetizado Lutz Raphael.² La prórroga de su pensión será denegada, ese mismo año fallecerá su padre, el especialista en derecho foral, Victoriano Lacarra Mendiluce,³ y se reincorporará a su destino laboral.

En los meses anteriores, París había sido un hervidero intelectual. Y Berlín había alcanzado su punto de ebullición en todos los sentidos posibles. La historiografía francesa estaba asistiendo, especialmente desde 1919, a una mutación esencial en su matriz disciplinar que afectaba a la concepción científica de la historia y a su función social, con el medievalismo como locomotora. No sólo estaba presenciando la desaparición biológica de la generación de los nacidos en las décadas intermedias del siglo anterior,⁴ cuya aportación esencial fue la consolidación de la Historia como disciplina y que asistieron de forma diversa a los debates metodológicos del cambio de siglo.⁵ Se asistía, además, a un verdadero impulso de modernización de la disciplina. La pugna, al contrario de lo que, algo reduccionistamente, se ha escrito en más de una ocasión, no implicaría en lo esencial a los partidarios de *Revue Historique* frente a los de la nueva *Annales*. Basta con echar un vistazo al listado de colaboradores y a la dirección interpretativa de las reseñas para reconocer que muchos de ellos publican en ambas revistas y, a pesar de desave-

² Cf. Lutz Raphael, *Geschichtswissenschaft im Zeitalter der Extreme. Theorien, Methoden, Tendenzen von 1900 bis zur Gegenwart*, München, C. H. Beck, 2003.

³ El padre de José María Lacarra fue un reputado abogado, autor de varios ensayos sobre el Derecho Foral navarro y colaborador del *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos de Navarra* en los años veinte y treinta. Una semblanza en «Don Victoriano Lacarra Mendiluce», *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra*, 1934, pp. 69-72. También, s.v. «Lacarra Mendiluce, Victoriano Horacio» (María J. Lacarra) en *Gran Enciclopedia de Navarra VI*, Pamplona, 1990, pp. 375-376.

⁴ Por citar solamente algunos ejemplos, nos referimos a autores como Gabriel Monod (1912), fundador de la *Revue Historique*; Albert Malet (1915), con cuya colección de manuales universitarios se formaron los historiadores del cambio de siglo; Alphonse Aulard (1918), el más renombrado especialista de su tiempo en el estudio de la Revolución Francesa; Ernest Lavisse (1922), fundador del imaginario nacional francés; o medievalistas considerados fundadores de la disciplina como Gaston Paris (1902), profesor de l'École des Hautes Études y administrador del Collège de France o Paul Meyer (1917), profesor en el Collège de France y catedrático en l'École des Chartes.

⁵ Cf. Pim Den Boer, *History as a Profession. The Study of History in France, 1818-1914*, Princeton University Press, 1998; y Christian Simon, *Staat und Geschichtswissenschaft in Deutschland und Frankreich, 1871-1914. Situation und Werk von Geschichtswissenschaftlern an den Universitäten Berlin, München, Paris. Band 1. Text*, Bern-Frankfurt am Main Peter Lang, 1988.

nencias y disputas personales por el mercado de cátedras universitarias, compartían un mismo *habitus* y reconocían –aceptaran o no– las reglas y los límites del campo medievalista. Si bien ambas representan diferentes matices en las propuestas comunitarias, están en el mismo bando. En esta querrela entre modernizantes y arcaizantes, en la que se mezclaron cuestiones sociales, políticas y religiosas, ambas se enfrentaban profesionalmente a la vieja historia factual y documental⁶ representada, de un lado, por los *chartistes*, y de otro, por los ultraconservadores historiadores del derecho y de las instituciones, especialmente consolidados en torno a la Société d'Histoire de France y a la Facultad de Derecho de la Universidad de París y sus órganos de difusión.⁷

Lo que sí ocurrió, en cambio, en los años veinte y treinta, fue lo que podríamos denominar la ocupación jerárquica de los espacios de visibilidad en el medievalismo francés por parte de los profesores de l'École pratique des Hautes Études y, en menor medida, de l'École des Chartes, ya en declive, siendo así que durante toda la década observamos una dura contienda metodológica e interpretativa disputada a través de recensiones y recapitulaciones disciplinares en forma de estados de la cuestión. En ellos, Charles Samaran, Louis Halphen o Charles Petit-Dutaillis, por poner un ejemplo, ocupaban el espacio oficial del medievalismo y relegaban a otros autores, Henri See o Marc Bloch entre otros, hacia la periferia, de forma que pasaban a informar de la historia económica y social o de historiografías extranjeras. Es en este contexto que los proyectos en torno a la *Revue de Synthèse Historique* y más tarde a *Annales*, aglutinaron a otros historiadores (Berr, Febvre, Hauser, Carcopino, Mauss, Renouvin, Bloch, Simiand...) y a colegas europeos atentos a las nuevas iniciativas que conformaron una comunidad de intereses intelectuales (Barbagallo, Deleito, Huizinga, Cassirer...).

Sólo a modo de ejemplo, uno de los historiadores que más atención había dedicado a la renovación de la historiografía española, Marc Bloch,⁸ proyectaba en 1928 trasladarse de Strasbourg a l'École Normale

⁶ *Historisant*, de acuerdo al término acuñado por François Simiand en su debate con Charles Seignobos.

⁷ La *Revue d'Histoire de Droit Français et Étranger* y la *Bibliothèque de l'École de Chartes*. Cf. Olivier Dumoulin, «Histoire et historiens de Droit, 1815-1890», en J.-F. Sirinelli (ed.), *L'Histoire des Droits. Vol. II*, Paris, Gallimard, 1992, pp. 327-398; y Max Turull, «La Historia del Derecho en Francia. Planes de estudio en las Facultades de Derecho (1880-1995) y manualística histórico-jurídica (1954-1994)». *Anuario de Historia del Derecho Español*, LXVI, 1996, pp. 1035-1091.

⁸ Marc Bloch es uno de los autores que más literatura han generado desde la historia de la historiografía internacional. Desde la biografía pionera de Carole Fink (*Marc Bloch. A Life in History*. 1989, Cambridge, Cambridge University Press.), hasta las últimas a cargo de Ulrich Raulff (*Ein Historiker im 20. Jahrhundert: Marc Bloch*. Frankfurt, Fischer, 1995), Olivier Dumoulin (*Marc Bloch*. Paris, Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques, 2000) o Massimo Mastrogregori (*Introduzione a Bloch*. Bari, Laterza,

Supérieur y, en diciembre de 1933, su asalto a la cátedra del Collège de France.⁹ Fracasará en ambas ocasiones. Únicamente dos años más tarde, en 1936, obtendría al fin una cátedra *sorbonniene* de historia económica que apenas tuvo tiempo de dinamizar.

Estamos presenciando, en realidad, las manifestaciones superficiales de un desplazamiento de placas tectónicas en la epistemología y la organización de las ciencias sociales desde las últimas décadas del siglo XIX.¹⁰ Además de los grandes debates ya investigados por la historia de la historiografía,¹¹ la nueva conciencia profesional produjo una nueva hornada de manualística acerca de la teoría y el método de la historia. Estos manuales, producidos en su mayoría en los entramados académicos alemán y francés (Langlois & Seignobos, Bernheim, Lacombe, Bauer), fueron absorbidos por historiografías menos potentes, como la española o la italiana con años de demora. En España, desde las primeras aportaciones en este sentido a cargo de un joven Rafael Altamira, hasta los trabajos de los años 1910 a cargo de Eduardo Ibarra, Antonio Ballesteros, José Deleito Piñuela o Zacarías García Villada, la recepción del método histórico se mantuvo como han demostrado Juan José Carreras para el caso de Rafael Altamira o Pedro Ruiz Torres para el caso de José Deleito

2001), Su figura ha sido profusamente abordada desde la perspectiva de la generación de su obra (Mastrogregori), de su función internacionalista y su influencia (Olin & Hill, Moretti), como pionero del comparativismo (Sewell, Walker, Romagnoli), en sus relaciones con el nacionalismo historiográfico (Raulff, Schöttler) o con el uso de la lingüística o la sociología (Schöttler, Walker).

⁹ Esta coyuntura en O. Dumoulin, *Marc Bloch o el compromiso del historiador*. Granada, Universidades de Granada y Valencia, 2003, pp. 58 y ss. (traducción castellana de la edición francesa de 2000); o C. Fink, *Marc Bloch. Una vida para la historia*. Universitat de València, 2004, pp. 175 y ss. (traducción castellana de la edición inglesa en 1989).

¹⁰ Algunos ejemplos en este sentido en Lutz Raphael, «Die 'Neue Geschichte' - Umbrüche und neue Wege der Geschichtsschreibung in internationaler Perspektive (1880-1940)», en W. Küttler, et al., *Geschichtsdiskurs. Krisenbewusstsein, Katastrophenerfahrungen und Innovationen, 1880-1945*. Frankfurt am Main, Humanities Online, 1997 pp. 51-89; Laurent Muchielli, «Aux origines de la Nouvelle Histoire en France. L'évolution intellectuelle et la formation du champ des sciences sociales (1880-1930)», *Revue de Synthèse*, 4, 1, 1995, pp. 55-98; Reba N. Soffer, *Ethics and Society in England. The Revolution in the Social Sciences, 1870-1914*. University of California Press, 1978; Benedikt Stuchtey, «Literature, Liberty and Life of the Nation: British Historiography from Macaulay to Trevelyan» en Stefan Berger, Kevin Passmore & Mark Donovan (eds.), *Writing National Histories. Western Europe since 1800*. London & New York, Routledge, 1999, pp. 30-46; y John Burrow, «Historicism and Social Evolution», en Benedikt Stuchtey & Peter Wende (eds.), *British and German Historiography, 1750-1950. Traditions, Perceptions, Transfers*. Oxford, Oxford University Press, 2000, pp. 251-264.

¹¹ Vid. William Lamont (ed.), *Historical controversies and historians*. London, University College London, 1998; H. Lehmann, *Historikerkontroversen*. Göttingen, Wallstein Verlag, 2001; M. Sabrow, R. Jessen, & K. Grosse Kracht (eds.), *Zeitgeschichte als Streitgeschichte. Grosse Kontroversen seit 1945*. München, C. H. Beck, 2003 y Klaus Grosse Kracht, *Die Zankende Zunft. Historische Kontroversen in Deutschland nach 1945*. Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2005.

Piñuela, a medio camino entre el conocimiento de oídas, la recepción formal y la inserción en los debates internacionales.¹² Y si bien desde los años veinte se puede hablar de un incipiente proceso de actualización teórica y metodológica, resulta evidente que una buena parte de la comunidad profesional española se mantuvo al margen y que la producción internacional se recibió con retraso y muy localizadamente. Un ejemplo de esta situación puede ser rastreado a través de las recensiones publicadas en los primeros años de *Anuario de Historia del Derecho Español*.¹³ Y José María Lacarra publicó algunas de ellas.

Por su parte, los institucionalistas alemanes, en la periferia académica del medievalismo en su país,¹⁴ habían dedicado ocasionalmente su atención a las raíces germánicas del derecho español, particularmente sobre fuentes que, como los fueros, ofrecían la seguridad de no tener que investigar, como lo hacían sus colegas en otras facultades, sobre realidades sociales y económicas que requerían una dedicación archivística mucho más ardua, e *in situ*.¹⁵ Además, se habían granjeado un cierto prestigio gracias al auspicio de las páginas del *Anuario*. Así que, mientras el joven Lacarra trabajaba en París en las entrañas archivísticas del viejo medievalismo y atendía cursos introductorios de los jerarcas de la disciplina, se estaba librando a su alrededor una batalla de Waterloo de la que devendría una irrefrenable renovación. Y mientras planeaba

¹² Cf. Juan José Carreras, «Altamira y la historiografía europea» en A. Alberola (ed.), *Estudios sobre Rafael Altamira*. Alicante, Institución Juan Gil Albert, 1987, pp. 395-413; y Pedro Ruiz Torres, «La historia en la Universidad de Valencia, 1845-1939», en Pedro Ruiz Torres (ed.), *Discursos sobre la Historia. Lecciones de apertura de curso en la Universidad de Valencia, 1870-1930*. Universitat de València, 2000, pp. 9-70. También Gonzalo Pasamar, «La fundación de la profesión de historiador en España», *Historia y Crítica*, IV, 1994, pp. 53-84.

¹³ Cf. Alfonso García-Gallo, «Breve historia del *Anuario*», en *Anuario de Historia del Derecho Español. Historia del Anuario e Índices*, Tomo LI bis, Madrid, 1982, pp. vii-liii

¹⁴ Cf. Una magnífica comparación entre las características generales del medievalismo alemán y el francés en los años treinta, a partir de la comparación de la vías de superación de los métodos histórico-jurídicos en Brunner y Bloch, en O.-G. Oexle, «Von der völkischen Geschichte zur modernen Sozialgeschichte», en H. Duchhardt & G. May (eds.), *Geschichtswissenschaft um 1950*. Mainz, Verlag Philipp von Zabern, 2002 pp. 1-36. Para el caso de Otto Hintze, *vid.*, Winfried Schulze, «Otto Hintze und die deutsche Geschichtswissenschaft um 1900», en N. Hammerstein (ed.), *Deutsche Geschichtswissenschaft um 1900*. Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1988 pp. 323-340; y G. di Costanzo, «Otto Hintze e la storia costituzionale e amministrativa comparata», en Pietro Rossi (ed.), *La storia comparata. Approcci e prospettive*. Milano, Il Saggiatore, 1990 pp. 73-79.

¹⁵ Reiteramos que, con ello, no queremos caracterizar el hispanismo medievalista alemán en su conjunto, ni tampoco a ese grupo de medievalistas alemanes que se acercaron a las fuentes de la historia medieval española (p.e. Peter Rassow) con objetivos más amplios. Una visión general de hispanismo germánico en Juan José Carreras, «Distante e intermitente. España en la historiografía alemana». *Ayer*, 31, 1998, pp. 267-279 y Odilo Engels, «El Medievalismo español en la historiografía alemana». *Medievalismo*, 6, 1996, pp. 249-268.

su visita a Alemania y Austria, el mundo académico alemán hacía unos meses que había volado por los aires.

Efectivamente, la primera mitad de los años treinta es para la historia de la historiografía europea un periodo de grandes paradojas. En el momento de mayor auge de una concepción comunitaria de las prácticas y los objetivos de la ciencia histórica a nivel internacional, sin embargo, se comenzaba a vivir al borde de un abismo cuya profundidad tan solo se intuía.

La profesionalización del historiador era un proceso definitivamente consolidado en todos los Estados y la Historia había ampliado desde principios de siglo su ámbito de actuación, superando los anclajes factuales de la crítica positivista. Desde la primera década del siglo XX, se había ido consolidando a través de sucesivas reformas una estructura académica y de investigación en países como Alemania, Francia, Reino Unido, Italia o España, cada cual de acuerdo a sus posibilidades demográficas, su potencia económica y su tradición científica.

Este movimiento había permitido la promoción y diversificación de cátedras de historia en la enseñanza universitaria,¹⁶ el auspicio de investigaciones y políticas de intercambio y el desarrollo de nuevas normas y prácticas de reproducción académica (tesis doctorales, concursos de oposición, formas de vinculación laboral universitaria, seminarios, congresos). En definitiva, una reconfiguración de las redes intelectuales y académicas a nivel europeo.¹⁷ A la par, se producía la expansión de toda una serie de categorías historiográficas que tendían a la homogenización de enfoques disciplinares y temáticos, más allá de los debates interpretativos acerca de las vicisitudes históricas de la formación de cada Estado (p.e. feudalismo o mercado). No debemos olvidar que la Historia estaba llamada a representar un papel protagonista en los procesos europeístas en el periodo de entreguerras.¹⁸

¹⁶ Cf. Olivier Dumoulin, «La professionalisation de l'histoire en France (1919-1939)» en DDAA, *Historiens et sociologues aujourd'hui*. Paris, CNRS, 1986, pp. 49-61; Wolfgang Weber, «Sozialgeschichtliche Aspekte des Historiographischen Wandels 1880-1945», en W. Küttler, et al., *Geschichtsdiskurs. Bd. 4...*, op. cit, pp. 90-107; Ignacio Peiró «Aspectos de la historiografía universitaria española en la primera mitad del siglo XX», en Esteban Sarasa y Eliseo Serrano (eds.), *Historiadores de la España Medieval y Moderna*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2000, pp. 7-28; o Miquel À. Marín, *Los historiadores españoles en el franquismo. La historia local al servicio de la patria, 1948-1975*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2005.

¹⁷ Un ejemplo en Peter Schöttler, «French and German Historians' Networks: The Case of Early Annales» y Victory Karady, «Student Mobility and Western Universities: Patterns of Unequal Exchange in the European Academic Market, 1880-1939», en Christophe Charle, Peter Wagner & Jürgen Schriewer (eds.), *Transnational Intellectual Networks*. Frankfurt, Campus, 2004, pp. 115-134 y 361-400, respectivamente.

¹⁸ Vid. Juan José Carreras, «La idea de Europa en la época de entreguerras» en Pedro Ruiz Torres (ed.), *Europa en su historia*. Universitat de València, 1993, pp. 83-94. Para las relaciones hispanistas cf. Antonio Niño Rodríguez, *Cultura y diplomacia. Los hispanistas*

Mientras tanto, el devenir histórico de los totalitarismos se cerniría sobre el *ökumene* del historiador.¹⁹ Ciertamente, como señaló en su momento Hans Georg Gadamer «...qué inocencia había aún en todo ello, en todos estos errores y malas interpretaciones que de manera grotesca se desarrollaban en un momento –Pascua de 1933– en el que nuevo estilo político de Hitler y el arte de la organización de las masas pronto empezarían a hablar su inequívoco lenguaje [...] Los círculos intelectuales defendíamos la común convicción de que, al llegar al poder, Hitler renunciaría a los muchos sinsentidos, con inclusión del antisemitismo, que aquel ‘tamborero’ se había dedicado a propagar».²⁰

Así, mientras en abril de 1933 el filósofo de Marburg asistía en un cine de París a la proyección entre risotadas de un desfile alemán junto a Alexander Koscheffnikov –más tarde, Kojève–, su colega en Marburg Karl Löwith dudaba si acometer o no la beca que la Fundación Rockefeller le había concedido para ampliar estudios en Roma.²¹ No reiniciarían sus polémicas, con Heidegger como pretexto, esta vez en la Universidad de Heidelberg, hasta que veinte años más tarde, Gadamer propiciara su retorno desde Estados Unidos.

Al mismo tiempo, en Leiden estaba a punto de estallar lo que la historiografía posterior ha llamado *el incidente von Leers* y no es otra cosa que la expulsión por parte del medievalista holandés Johan Huizinga,²²

franceses y España, 1875-1931, Madrid, Casa de Velázquez, 1988 y Jesús de la Hera, *La política cultural de Alemania en España en el periodo de entreguerras*. Madrid, CSIC, 2002. Sobre la percepción de Europa en la generación del 14, Emilio de Diego, «Una percepción de la idea de Europa en España en el periodo de entreguerras, 1918-1939». *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2003, número extraordinario, pp. 311-324.

¹⁹ Vid. Juan José Carreras, «El entorno ecuménico de la historiografía» en Carlos Forcadell & Ignacio Peiró (eds.), *Lecturas de la Historia. Nueve reflexiones sobre historia de la historiografía*. Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2001, pp. 11-22. Las relaciones entre el proyecto representado por los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas y el advenimiento del nazismo, en K. D. Erdmann, *Towards a Global Community of Historians. The International Historical Congresses and the International Committee of Historical Sciences, 1898-2000*. New York, Berghahn Books, 2005, pp. 139 y ss.

²⁰ Cf. Hans Georg Gadamer, *Mis años de aprendizaje*. Barcelona, Herder, 1996, pp. 58-59.

²¹ «...Durante este periodo mi entorno personal en Marburgo se iba deshaciendo. Se había vuelto brumoso por lo irremediable de las situaciones de desprecio y falsedad, y junto al hecho de que resultara insoportable vivir al margen de la Universidad como alguien únicamente ‘tolerado’, resultaba desagradable verse tratado con la consideración que se le dedica a un enfermo...». Karl Löwith, *Mi vida en Alemania antes y después de 1933. Un testimonio*. Madrid, Visor, 1992, pp. 98 y ss. La importancia de las becas de Fundación Rockefeller para la configuración cultural de la Europa de entreguerras y más allá, en Brigitte Mazon, *Aux origines de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales. Le rôle du mécénat américain (1920-1960)*. Paris, Cerf, 1988 o Emmanuelle Loyer, «La débâcle, les universitaires et la Fondation Rockefeller: France/États Unis, 1940-1941». *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 48/1, 2001, pp. 138-159.

²² Cf. Ch. Strupp, *Johan Huizinga. Geschichtswissenschaft als Kulturgeschichte*. Göt-

rector de la Universidad que acogía el Congreso del *International Student Service*,²³ del jefe de la expedición alemana, el historiador Johann Von Leers,²⁴ por haber publicado en los meses anteriores al encuentro un libelo antisemita.²⁵

Ese mismo año se publicarían en Alemania las leyes raciales universitarias, y un buen número de historiadores perderían su cátedra, y más tarde, su lugar de residencia e incluso su vida.²⁶ La perspectiva del joven Gadamer, las dudas de Löwith y las contradictorias reacciones internacionales al afer Huizinga nos ponen en la pista de la complejidad histórica e intelectual del momento.

En las tres décadas que siguieron, Lacarra será testigo, desde España, de la destrucción y reconstrucción de una comunidad académica y profesional, de la negación del pasado inmediato de la profesión al que él mismo había contribuido, de la pérdida y recuperación de los contactos internacionales de los historiadores españoles, y finalmente, de la reubicación de los límites del campo medievalista, de sus prácticas académicas y de sus usos públicos. En estos contextos y procesos históricos, Lacarra actuó de forma incesante y compleja, como corresponde, por otra parte, a una verdadera edad de extremos.

El medievalismo vivió un proceso paralelo de contracción y reordenación de disciplinas, territorios, sectores y prácticas de la investigación. En las décadas anteriores había representado un papel fundamental en el proceso de profesionalización de la ciencia histórica debido a cuatro circunstancias. En primer lugar, uno de los elementos identitarios centrales de la profesión era la competencia en la crítica heurística. Planes de estudios, concursos de oposición y debates profesionales centraban

tingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2000. Una magnífica visión general de una biografía poco conocida en España, en Ch. Strupp, «Johan Huizinga (1872-1945)», en L. Raphael (ed.), *Klassiker der Geschichtswissenschaft. I. Von Edward Gibbon bis Marc Bloch*. München, C. H. Beck, 2006 pp. 190-211.

²³ Institución nacida en 1925 en el seno de la World Student Christian Federation.

²⁴ Nacido en 1902 y formado en las universidades de Kiel, Rostock y Berlín en abril de 1933 era editor de la publicación periódica nacionalsoliciasta *Angriff* (asalto). Además, era miembro de la sección racial del Ministerio para la Propaganda y director de la sección *Hochschule für Politik* del Ministerio de Asuntos Exteriores. Entre 1940 y 1945 ocupó la cátedra de Historia Alemana en la Universidad de Jena.

²⁵ La narración del incidente en Wilhelm Otterspeer, «Huizinga before the Abyss: The von Leers's Incident at the University of Leiden. April 1933», *Journal of Medieval and Early Modern Studies*, 27/3, 1997, pp. 385-444.

²⁶ A propósito de los primeros años treinta, en relación con la historiografía alemana, cf. Winfried Schulze, «German Historiography from the 1930s to the 1950s», en H. Lehmann & J. van Horn Merton (eds.), *Paths of Continuity: Central European Historiography from the 1930s to the 1950s*. Washington DC, New York, Cambridge (Mass.), Cambridge University Press, 1994 pp. 19-42; y Winfried Schulze, Gerhard Helm & Thomas Ott, «Deutsche Historiker im Nationalsozialismus. Beobachtungen und Überlegungen zu einer Debatte», en W. Schulze & O.G. Oexle (eds.), *Deutsche Historiker im Nationalsozialismus*. Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch Verlag, 1999 pp. 11-51.

su atención en la competencia documental (arqueológica, paleográfica, epigráfica, numismática, bibliológica) del historiador. En segundo lugar, universidades y demás instituciones en las que se había formado el historiador (la École des Chartes o, hasta 1900, la Escuela Superior de Diplomática, por ejemplo) tenían como objetivo la instrucción de profesorado de enseñanza secundaria y de un conjunto de profesionales tales como archiveros, bibliotecarios o conservadores de museo. Todos ellos se verían *destinados* de acuerdo con el despliegue de la administración del Estado por todo el territorio. Ello incidió –tercera circunstancia– en la promoción de una práctica historiográfica local basada en la recuperación documental de corte arqueológico y medievalista que alimentaba y era alimentada por el metarrelato nacional. Y por último, en cuarto lugar, los estados-nación europeos cargaron una buena parte de su identidad en la historia, y remontaron sus orígenes fundacionales a la Edad Media.²⁷

El historiador era medievalista. El especialista en los tiempos modernos era muy minoritario y su práctica resultaba en realidad una adaptación *del método* a manifestaciones documentales procedentes de la época anterior. En consecuencia, la práctica archivística como recurso para el dominio integral y la ampliación del horizonte heurístico del medievalismo y, por ende, de la ciencia histórica, involucró al conjunto de la profesión.

Tal como veremos más adelante, en el *cursus honorum* de un historiador español de la primera mitad del siglo xx, acceder al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos era, además de una estabilización laboral, en muchas ocasiones, un paso previo al asalto a la cátedra universitaria. Todas estas características quedan reflejadas en la trayectoria de José María Lacarra y de Miguel.

En este breve acercamiento al Lacarra historiador intentaremos, a partir de aquí, rastrear sucintamente la evolución del medievalismo, especialmente en España, desde la perspectiva comparada de la historia de la historiografía. En cierta manera, estamos en condiciones de observar

²⁷ Algunos ejemplos en Stefan Berger, «Geschichten von der Nation. Einige vergleichende Thesen zur deutschen, englischen, französischen und italienischen Nationalgeschichtsschreibung seit 1800», en S. Conrad & C. Conrad (eds.), *Die Nation Schreiben. Geschichtswissenschaft im internationalen Vergleich*. Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2002 pp. 49-77; y Benedikt Stuchtey, «Literature, liberty and life of the nation: British historiography from Macaulay to Trevelyan» o C. Crossley, «History as a principle of legitimation in France (1820-1848)», ambos en Stefan Berger, Kevin Passmore & Mark Donovan (eds.), *Writing National Histories...*, op. cit. pp. 30-46 y 49-56, respectivamente. Para el caso español, Ignacio Peiró, «Valores patrióticos y conocimiento científico: la construcción histórica de España», en Carlos Forcadell (ed.), *Nacionalismo e Historia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1998, pp. 29-51 y Juan Sisinio Pérez Garzón; «La creación de la historia de España» en Juan Sisinio Pérez Garzón et al.; *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 63-110.

la construcción de un historiador en el marco profesional e intelectual en el que despliega su actividad, desde su formación a la acumulación progresiva de su poder y su prestigio.

Ahora bien, debido a las limitaciones propias de una publicación como la presente, nos ceñiremos a la fase de formación, dejando para próximas publicaciones las fases de consolidación de su trayectoria profesional y de madurez.²⁸ En este sentido, José María Lacarra representa en buena medida un nexo que conecta las prácticas medievalistas españolas desde principios de siglo hasta la gran renovación de la disciplina en los años ochenta. Renovación a la que contribuyó de forma preliminar y parcial con su propia obra, y de forma incuestionable con la fundación de un centro de estudios, el CEMA, y un Departamento de Historia Medieval en la Universidad de Zaragoza a través de los cuales cohesionó una potente escuela de medievalistas cuya actividad continúa. Por esto planteamos este trabajo como la primera de cuatro entregas.

Intentaremos analizar de forma engarzada la construcción personal de José María Lacarra como *historiador medievalista* con el objetivo de mostrar cómo la profesión, la disciplina, el marco académico y el campo del saber observaron un proceso de mutación esencial que alteró el orden y la dinámica de su matriz disciplinar desde los años veinte hasta el final de la década de los años cuarenta. Este primer periodo nos permitirá llegar hasta la crisis de 1936-1939 en términos historiográficos y tratar el modo en que afectó a la trayectoria individual de un profesional en una fase expansiva en términos de ciclo de vida.

A partir de la obtención de su cátedra zaragozana, Lacarra abre un periodo de implantación institucional que le conectará con la Institución Príncipe de Viana y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, con el Centro de Estudios Medievales de Aragón como punto de fuga de toda perspectiva. Desde este momento y hasta que en 1949 acceda al decanato de Zaragoza y sea leída la primera tesis doctoral por él di-

²⁸ José María Lacarra, por su peso académico y su obra medievalista demanda una monografía extensa que permita esclarecer una buena parte de las meándricas manifestaciones del complejo contexto vital en el que se desarrolló su generación. En cualquier caso, como no puede ser de otro modo, las referencias a la globalidad de su trayectoria serán continuas. El análisis de una hipotética primera fase de un proceso no resulta productivo –cualquiera que sea el proceso– si no es desde la perspectiva integrada del marco general. Además, debemos tener en cuenta que cada una de las múltiples variables institucionales, disciplinares, académicas, políticas o sociales que entran en juego poseen un *tempo* distintivo. Resulta evidente que cada historia de los archivos, de la universidad, de la investigación, de las categorías historiográficas, de las revistas de historia, de las instituciones locales o de las relaciones interdisciplinares posee una periodización consolidada diferente a la de la trayectoria vital de José María Lacarra. Es por ello que, aunque en el título pueda leerse como límite temporal el año de su acceso a la cátedra, en realidad varios de los objetos deben ser rastreados hasta los años sesenta y setenta. Y la propia obra de Lacarra, hasta el final de su vida.

rígida, la de Antonio Ubieto Arteta, se distingue una segunda fase de su trayectoria en la que, en paralelo, publicará la primera parte de su obra mayor. Es la primera una obra caracterizada por el uso de los artículos en revistas especializadas y de las notas breves, del predominio de la alta edad media y Alfonso el Batallador, y por la primera entrega de catalogación documental. Además, recibió, en 1945, el Premio Francisco Franco por su estudio de las peregrinaciones a Santiago redactado junto a Luis Vázquez de Parga y Juan Uría Riu.²⁹

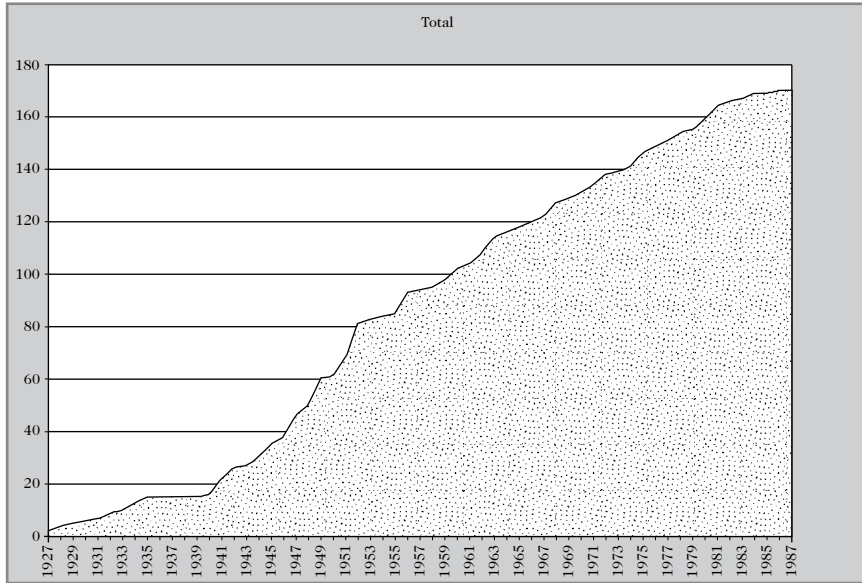
Hemos de tener en cuenta, sin embargo, que a partir de los primeros años cincuenta se dan dos elementos fundamentales que invitan a situar un umbral, si bien amplio, entre dos periodos. Por un lado, Lacarra ha cumplido una buena parte del *cursus* típico de la élite de la historiografía española del siglo XX, aunque cuenta apenas cuarenta y tres años de edad y tiene por delante otros cuarenta años de madurez intelectual hasta su fallecimiento. Por otra, culmina la implantación *ex novo* de todo un sistema académico, cultural e ideológico que tenía en los saberes históricos y en las cátedras universitarias algunos de sus pilares de sostén. Al mismo tiempo, este proceso de reinstitucionalización cultural en la España de los cuarenta, comenzó a mostrar los primeros síntomas de desadecuación a finales de la década. En los siguientes lustros, tendrían lugar un conjunto substancial de intentos de readecuación y reordenamiento.³⁰ En el caso de la ciencia histórica, hemos abordado este proceso en otro lugar en términos de *normalización historiográfica*.³¹

²⁹ *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*. Madrid, CSIC, 1948-1949, 3 vols.

³⁰ Desde la última reordenación del CSIC (1949) a la creación de los Departamentos universitarios (1965), pasando por los nuevos planes de estudios en historia, la colación del grado de Doctor por parte de todas las universidades del país y el crecimiento del profesorado universitario.

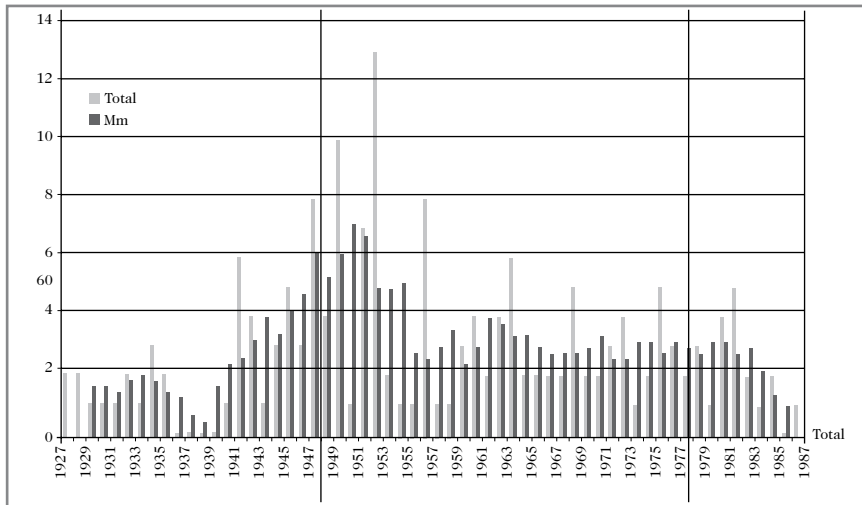
³¹ Entendemos por proceso de normalización la creación de normas implícitas y explícitas que organizan la práctica profesional. Es decir, la formación paulatina de las condiciones necesarias para la estructuración de una comunidad historiográfica profesional en sus formas de sociabilidad, intercambio y reproducción, en el contexto de un entramado legal y de una geografía académica que determinaba el desarrollo de la actividad del historiador, el despliegue de sus expectativas y la proyección de sus carreras. Todo ello determina, finalmente, los umbrales del desarrollo posible de los procesos y las formas de cientificación, profesionalización y modernización. Cf. Miquel A. Marín Gelabert, «El fracaso de la normalización interior de la historiografía española en los años cincuenta» en Carlos Forcadell, Gonzalo Pasamar, Ignacio Peiró, Alberto Sabio y Rafael Valls (eds.), *Usos de la Historia y políticas de la memoria*. Zaragoza, Prensas Universitarias, 2004, pp. 247-273; Miquel A. Marín Gelabert, «El aleteo del lepidóptero. La reincorporación de la historiografía española al entorno de la profesión en Europa en los años cincuenta»; *Gerónimo de Ustariz*, 19, 2003, pp. 119-160 y *Los historiadores españoles en el franquismo. La historia local al servicio de la patria, 1948-1975*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico-Universidad de Zaragoza, 2005, pp. 44 y ss.

Gráfico 1. Producción historiográfica acumulada de José María Lacarra



Fuentes: Elaboración propia a partir de «Lacarra y de Miguel, José María», en Emilio Sáez, et al.: *Repertorio de medievalismo hispánico, 1955-1975*. Vol. II. Barcelona, El Albir, 1978, pp.348-352.; «Lacarra, José María», en Agustín Ruiz Cabriada: *Biobibliografía del Cuerpo Facultativo de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Madrid, Junta Técnica de Archivos, Bibliotecas y Museos, M.E.N., 1958; Á.J. Martín Duque: «José María Lacarra y de Miguel». *Anuario de Estudios Medievales*, 6, 1969, pp.651-665; y Antonio Ubieta Arteta: «Introducción». José María Lacarra: *Estudios dedicados a Aragón. I*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza (Facultad de Filosofía y Letras), 1987, pp.7-20.

Gráfico 2. Producción historiográfica. Acumulación anual y media móvil



Fuentes: Vid. Fuentes gráfico 1.

Su trayectoria y su función comunitaria en este nuevo proceso de expansión del campo medievalista es diferente. Si en el primer periodo, la crisis identitaria del historiador y de la disciplina puede ubicarse en los años de la guerra civil y su consecuencia inmediata –la implantación violenta del Nuevo Estado–, este segundo periodo tiene, en la década de los sesenta, un momento de transición fundamental hacia una modernización definitiva de la disciplina, que no se producirá hasta los años ochenta. En efecto, entre los últimos cincuenta y los últimos sesenta se consolidan además las escuelas disciplinares. El medievalismo es uno de los casos más precoces y modélicos. Y es en este contexto en el que José María Lacarra constituirá un ejemplo significativo.

Desde los años cincuenta hasta 1975 despliega toda su madurez intelectual y académica. Es la fase más importante y también la más rica de su trayectoria porque coincide con procesos comunitarios sustanciales: la normalización de las prácticas y la formación de las escuelas disciplinares. Es en el marco de este proceso, que Lacarra, a través del CEMA y de su cátedra, dirigió un gran número de tesinas y tesis doctorales,³² cohesionó a su alrededor un grupo de discípulos y a través de las páginas de *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, gestionó las capacidades de atribución propias de un órgano de difusión intelectual. Es también su periodo de mayor producción. Es la coyuntura en la que aparecen los nuevos catedráticos de historia medieval que marcarían la formación de escuelas disciplinares. Son Luis Suárez Fernández, Joan Reglá o Emilio Sáez Sánchez. Es el momento que Lacarra participa de tribunales de oposición a cátedra y al CFABA y se abre al contexto europeo a través de los congresos internacionales. Una vez reincorporado en 1948 al CFABA, y destinado desde 1953 al Archivo de Histórico Zaragoza, su obra archivística aumenta el ritmo de producción, en consonancia con su colaboración con la Institución Príncipe de Viana y con otro proceso general de gran importancia: la revitalización de la investigación archivística y la catalogación masiva de archivos locales.³³

Otra de las características de esta nueva fase es que, además de mantener su obra documental y sus investigaciones propias de la historia política, Lacarra se abre tímidamente a las nuevas historias económico-sociales que empiezan a hacerse sitio, a la interpretación histórica más allá de la región y a la síntesis más allá del universo biográfico de Alfonso el Batallador. Colofón a toda esta trayectoria, será elegido para suceder a Ramón d'Abadal y de Vinyals en la medalla número 9 de la Real Academia de la Historia.³⁴

³² Cf. Miquel À. Marín Gelabert, «La investigación histórica en la Universidad de Zaragoza, 1955-1970», *art. cit.*

³³ Una primera aproximación, en Miquel À. Marín Gelabert, *Los historiadores españoles en el franquismo...*, *op. cit.*, pp. 299-303.

³⁴ De la que era Académico Correspondiente desde 1947.

Cuadro 1. Distribución disciplinar de la obra de José María Lacarra por fases*

	1927-1948	1927-1948p	1949-1975	1949-1975p	1976-1987	1976-1987p
Instituciones jurídico-administrativas	28,85	31,25	19,13	24,44	22,73	22,73
Filología	3,85	4,17	2,61	3,33	2,27	2,27
Arte	15,38	16,67	3,48	4,44	2,27	2,27
Política	25,00	27,08	31,30	40,00	40,91	40,91
Noticias	5,77	–	21,74	–	0,00	–
Historia urbana	1,92	2,08	2,61	3,33	0,00	0,00
Sociedad	9,62	10,42	7,83	10,00	22,73	22,73
Religión	7,69	8,33	3,48	4,44	6,82	6,82
Historiografía	0,00	0,00	3,48	4,44	0,00	0,00
Economía	0,00	0,00	4,35	5,56	2,27	2,27
Desconocido	1,92	–	0,00	–	0,00	–

Fuentes: Vid. Gráfico 1.

* Porcentaje de cada disciplina respecto del periodo, y valores ponderados eliminando las noticias publicadas en EEMCA y los desconocidos.

En la última fase de su vida, desde el fin del franquismo y su jubilación de la cátedra hasta su fallecimiento, su productividad desciende de nuevo y desciende también su actividad pública, lo que no significa que dejara de dirigir tesis o de acudir a congresos. Es el momento de la recolección de honores y distinciones y es también el momento del relevo en Zaragoza. Un relevo que comenzó con la liquidación de *EEMCA* y la aparición de una nueva publicación periódica,³⁵ y que siguió con la publicación de su legado historiográfico. Por una parte, algunas de sus síntesis: en particular, su aportación a *Historia de Zaragoza* (1976), *Historia del Reino de Navarra en la Edad Media* (1976), *Fueros de Navarra* (1976) y *Alfonso el Batallador* (1978). Por otra, la publicación de compilaciones de sus artículos dispersos. Y por último, el segundo volumen, en colaboración con su discípulo Á. J. Martín Duque, de la *Colección diplomática de Irache*.

La figura de Lacarra historiador, bien como fundador de una tradición académico-profesional, bien como autor con una cierta influencia disciplinar, ha sido tratada de forma profusa por la historiografía posterior. En cualquier caso, debemos diferenciar, de una parte, la ubi-

³⁵ El marco de las nuevas publicaciones periódicas medievales a partir de los años sesenta ven en Antonio Malalana, «Visibilidad internacional de las revistas españolas de historia medieval», *En la España Medieval*, 30, 2007, pp. 455-496.

cación de su figura y su obra en los análisis y diagnósticos generales de la historia del medievalismo español; y de otra, el conjunto de homenajes y semblanzas publicados en los últimos cuarenta años.³⁶ Son objetos de observación distintos. Así debe ser, porque los recursos, los objetivos y los públicos de unos y otros son igualmente distintos. Y también porque, desde la perspectiva de la historia de la historiografía, mientras unos deben ser analizados como elementos propios de procesos de formación y consolidación de la memoria disciplinar en los que operan agentes que son al mismo tiempo objeto y sujeto; en los segundos, en cambio, la consolidación de una memoria de escuela neutraliza por lo general cualquier posibilidad de inserción más amplia. En este sentido, la historia de la historiografía observa la memoria disciplinar y la memoria de escuela como resortes de un objeto jerárquicamente superior, entendido en términos de matriz disciplinar, de comunidad profesional o de formación y articulación de campos del saber histórico.³⁷ Es decir, la evolución en el tiempo de las prácticas histórica e historiográfica en una comunidad que permiten y al tiempo determinan la inserción de un profesional en los diferentes marcos y niveles de actuación a los que accede en cada fase de su ciclo de vida intelectual.

³⁶ Nos referimos, en lo esencial al conjunto de textos formado por Miguel Ángel Ladero Quesada; «Aproximación al medievalismo español (1939-1984)», en V. Vázquez de Prada, I. Olabarri y A. Floristán, *La historiografía en occidente desde 1945. Actitudes, tendencias y problemas metodológicos*, Pamplona, EUNSA, 1985, pp. 69-86; Julio Valdeón; «Glosa de un balance sobre historiografía medieval española en los últimos treinta años (ii)», en VVAA, *La Historia Medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998). XXV Semana de Estudios Medievales*, Pamplona, Departamento de Cultura del Gobierno de Navarra, 1999, pp. 825-842; Emilio Mitre Fernández, «La historiografía sobre la Edad Media», en J. Andrés Gallejo, et al., *Historia de la historiografía española*. Madrid, Encuentro, 1999, pp. 67-115; y Jaume Aurell Cardona, «Le médiévisme espagnol au XXè siècle: de l'isolationnisme à la modernisation». *Cahiers de Civisation médiévale*, 48, 2005, pp. 201-218.

³⁷ La articulación de esta perspectiva disciplinar en historia de la historiografía en Horst-W. Blanke; «Theorieprobleme der Historiographieggeschichte», en K.H. Jarausch, J. Rüsen & H. Schleier. *Geschichtswissenschaft vor 2000. Perspektiven der der Historiographieggeschichte, Geschichtstheorie, Social- und Kulturgeschichte. Festschrift für Georg G. Iggers zum 65. Geburtstag*. Hagen, Margit Rottmann Medienverlag, 1991 pp. 185-213 y Jörn Rüsen, «Die Etnwicklung der disziplinären Matrix und des theroretisch-methodologischen Instrumentarius der Geschichtswissenschaft – ein strukturgenetischer Aufsatz» y Wolfgang Wächter, «Voraussetzungen wissenschaftlicher Geschichtsforschung. Zur Entwicklung der disziplinären Matrix der Geschichtswissenschaft», en W. Küttler (ed.), *Historiographieggeschichte als Methodologiegeschichte. Zum 80. Geburtstag von Ernst Engelberg*. Berlin, Akademie Verlag, 1991, pp. 53-67 y 68-80, respectivamente. Por lo que se refiere a la construcción disciplinar en España, cf. Miquel À. Marín Gelabert, «La historia de la historiografía en España: recepción y crisis de una disciplina, 1976-2007», en Teresa M. Ortega (ed.), *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*. Granada, Universidad de Granada-Universidad de Zaragoza, 2008, pp. 391-437.

Entre el primero de los homenajes recibidos, a más una década de distancia de su jubilación, y los últimos homenajes acontecidos en 2007, varias generaciones de historiadores aragoneses y navarros han abordado su semblanza y su obra.

El primer homenaje a José María Lacarra fue auspiciado por la cátedra de Historia Medieval de la Universidad de Valencia en 1965. Recientemente fundado el Departamento de Historia Medieval y bajo la dirección de uno de sus principales discípulos, y a la postre su sustituto en la cátedra de Historia Medieval de la Universidad de Zaragoza en 1977, Antonio Ubieta Arteta, el primer número de la revista llamada a ser el órgano de difusión de su investigación le dedicó en 1968 un monográfico.³⁸ El mismo motivo de este homenaje, los veinticinco años de Lacarra al frente de la cátedra, fue el que movió a la Facultad aragonesa de Filosofía y Letras a publicar una miscelánea en seis volúmenes en la que participó un buen número de historiadores aragoneses y del resto del Estado.³⁹

Poco después, en 1969, otro discípulo, Ángel J. Martín Duque iniciaría desde las páginas del *Anuario de Estudios Medievales*, una serie de semblanzas que ha seguido aumentándose, si bien no ha existido gran variación en su contenido, hasta 2007.⁴⁰ En este texto, además, se nos ofrece la primera suma bibliográfica de la obra de Lacarra.

Los años setenta vienen marcados por varios textos de naturaleza diversa. En primer lugar, la respuesta al discurso de recepción del maestro estellés en la Real Academia de la Historia, a cargo de Luis García de Valdeavellano.⁴¹ Hacia 1977, los cinco volúmenes que celebraban su

³⁸ *Ligarzas*, 1, 1968. Departamento de Historia Medieval, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Valencia.

³⁹ La relevancia de esta nómina, a la altura de los años centrales de la década de los sesenta reside en dos circunstancias. De una parte, nos permite, a grandes rasgos y con la ayuda de los voluminosos homenajes de 1977 y 1986, ubicar a varias generaciones de medievalistas, sus temas y sus formas de investigación en un momento en que la disciplina acomete una de sus mayores transformaciones y el campo del saber, una ampliación considerable. Podemos, con alguna excepción, identificar *el medievalismo académico*. De otra parte, en fin, nos permite identificar una práctica académica, la del homenaje, cuya mutación en las décadas siguientes también resulta significativa.

⁴⁰ A modo de ejemplo, cf. «José María Lacarra y de Miguel». *Anuario de Estudios Medievales*, 6, 1969, pp. 651-665; «José María Lacarra, maestro de historiadores. In memoriam». *Príncipe de Viana*, LI, 1989, pp. 15-18; o «Lacarra y de Miguel, José María». *Gran Enciclopedia Navarra*. VI. Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1990, pp. 376-378. A éstas, deberemos unir a buen seguro algunas futuras gracias a los actos celebrados en los últimos meses, en particular su conferencia de clausura bajo el título «Evocación de un maestro» en el curso *Historia de las historias de Navarra en el centenario de José María Lacarra* organizado en septiembre de 2007 por la Sociedad de Estudios Históricos de Navarra.

⁴¹ Cf. Luis García de Valdeavellano, «Contestación al discurso de recepción...», José M. Lacarra, *El juramento de los Reyes de Navarra, 1234-1329*. Madrid, Real Academia de la Historia, 1972, pp. 109-127.

jubilación de la cátedra universitaria. Y en 1979, el análisis que del medievalismo aragonés realizaba Antonio Ubieto en un congreso local.

Los años ochenta, un momento de transición general hacia un nuevo medievalismo, observan la aparición primera de nuevos analistas del medievalismo aragonés y de la figura de Lacarra. Son, sin embargo, los miembros más jóvenes de su escuela: J. A. Sesma, I. Falcón, E. Sarasa. Pero son también años en los que, como veremos más adelante, se produce la recopilación de una parte considerable de su obra, y algunos de los prólogos de estas compilaciones nos ofrecen ciertos matices al relato general del maestro.⁴²

Poco antes de su fallecimiento, *Príncipe de Viana*, la revista a cuya fundación había contribuido directamente, le rendía homenaje en un doble volumen en el que publican, además de sus discípulos navarros, también la última generación de sus discípulos aragoneses.⁴³ Es en él que podemos leer por primera vez alguna de sus «facetas inéditas».⁴⁴ La semblanza publicada por Antonio Ubieto con motivo de una compilación de sus estudios sobre Aragón en 1987, además de una revisión de su obra, corrige y continúa la relación de sus obras.⁴⁵ Y, por último, en la noticia de su fallecimiento publicada por Luis Vázquez de Parga en el Boletín de la Real Academia de la Historia, hallamos el único obituario publicado tras su fallecimiento las revistas profesionales mayores.⁴⁶

Los años noventa y dos mil, por último, ofrecen dos novedades. En primer lugar, reflexiones historiográficas y revisiones de su labor realizadas por esa segunda generación de sus discípulos. Autores que, desde la jubilación del maestro, habían accedido a la gestión del Departamento de Historia Medieval de la Universidad de Zaragoza, y con ello, también a sus resortes académicos: la reproducción de la docencia, la revista *Aragón en la Edad Media*, las representatividad de revisiones disciplinares publicadas en compilaciones estatales, el propio CEMA, o la organización de cursos y congresos de historia medieval. En suma, los autores que protagonizan la modernización definitiva del medievalismo aragonés y su nueva articulación en el entramado profesional del medievalismo español e internacional. Así, con el antecedente inmediato de Esteban

⁴² Un ejemplo en Á. J. Martín Duque, «De la batalla de Roncevalles a las Cortes de Navarra», en J. M. Lacarra, *Investigaciones sobre historia de Navarra*. Pamplona, Ediciones y Libros, S.A., 1983, pp. 9-16.

⁴³ *Homenaje a José María Lacarra. Príncipe de Viana*. Anejos 2 y 3, 1986.

⁴⁴ Cf. María Jesús Lacarra Yanguas, «Facetas inéditas del profesor Lacarra». *Homenaje a José María Lacarra, I. Príncipe de Viana*. Anejo 2, 1986, pp. 395-408.

⁴⁵ Con el antecedente de «Los estudios de Edad Media de Aragón». *Estado actual de los estudios sobre Aragón*. I. Zaragoza, 1979, pp. 246-247; cf. «Introducción», en José María Lacarra, *Estudios dedicados a Aragón. I*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza (Facultad de Filosofía y Letras), 1987, pp. 7-20.

⁴⁶ Cf. Luis Vázquez de Parga, «Don José María Lacarra», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 184/3, 1987, pp. 401-403.

Sarasa en el cincuentenario de la revista *Hispania*,⁴⁷ debemos destacar principalmente, la serie de artículos publicados por Isabel Falcón o José Á. Sesma en la nueva revista asociativa *Medievalismo* o la aportación del propio Sesma en el congreso «Quince historiadores de la España medieval y moderna» celebrado en 1998 en Zaragoza.⁴⁸ Las revisiones más generales del medievalismo aragonés de esta época ya revelan que la sombra de Lacarra, si bien alargada, es cada vez más tenue.⁴⁹ No debemos olvidar, por otra parte, que en los años noventa se desarrollan en España algunos campos de investigación que resultan clave para un mejor conocimiento del personaje. Entre ellos, la historia de la universidad y de la política institucional de la alta cultura, y la historia de la historiografía. A la par, aparecen una buena parte de investigaciones biográficas que resultan contextualmente imprescindibles, por ejemplo, la de Jaime Vicens Vives. Y, a medida que van falleciendo las cohortes nacidas entre 1905 y 1920, sus semblanzas nos permiten atisbar tendencias y dibujar el perfil de prácticas académicas en las que se involucró el maestro.⁵⁰

Derivado de todo ello, en segundo lugar, nos encontramos por primera vez con ejemplos de estudios que abordan la figura de José María Lacarra desde nuevas perspectivas, bien sea la historia de la historiografía, bien la del Derecho, y que aplican nuevos enfoques a nuevas fuentes. Sin duda, la única manera de acceder a una visión más completa que enriquezca o corrija la visión tradicional de su trayectoria y su obra.⁵¹ Por último, en 2007 se publicó el primer volumen de su *Obra dispersa*, cuya voluntad de continuación invita a pensar que en un futuro no le-

⁴⁷ Cf. Esteban Sarasa Sánchez, «Cincuenta años de historia medieval de Aragón (1940-1989)», *Hispania*, L/2, 175, 1990, pp. 701-17.

⁴⁸ Cf. J. A. Sesma Muñoz, «El discreto magisterio de Don José María Lacarra». *Historiadores de la España Medieval y Moderna. Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 73, 1998, pp. 69-87 y «La investigación medieval en la Comunidad autónoma de Aragón» en Cristina Segura Graño (ed.), *Presente y futuro de la historia medieval en España*. Madrid, Universidad Complutense, 1990, pp. 109-128. También, J. Ángel Sesma Muñoz, & I. Falcón, «La escuela de medievalismo de Zaragoza», *Medievalismo*, 16, 2006, pp. 257-267.

⁴⁹ Una buena parte de la ampliación del medievalismo operó, como no podía ser de otro modo, sobre territorios de la investigación en los Lacarra no era reconocido como una autoridad. Un ejemplo en Esteban Sarasa Sánchez, «El feudalismo en Aragón: una hipótesis de trabajo y comprensión para la época medieval», *Homenaje a José M. Lacarra, II. Príncipe de Viana, anejo 3*, 1986, pp. 669-687. También, Ester Palacios, et al., «Balance crítico y perspectivas de una década sobre la historia de Aragón en la Edad Media», *Studia Historica. Historia Medieval*, 6, 1988, pp. 57-94.

⁵⁰ Nos referimos esencialmente a tres esferas: la del medievalismo, la de los departamentos de historia de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza, y la de las instituciones (universidad, CFABA, CSIC).

⁵¹ Principalmente, Roldán Jimeno Aranguren, «José María Lacarra y de Miguel: iniciador de la moderna historiografía del Derecho Histórico Navarro». *Notitia Vasconiae*, 1, 2002, pp. 549-575 y a María José Solanas Bagüés, «Historiadores españoles en París: la experiencia de Carlos Riba, Pascual Galindo y José María Lacarra». *Rolde*, 113, 2005, pp. 4-17.

jano se tendrá acceso a la obra completa del maestro de una forma más efectiva.⁵²

Con estos desarrollos, el relato de la vida y de la obra de Lacarra consolidado en la memoria profesional incluye un itinerario articulado a partir de diez estaciones. 1. Su formación en la Universidad de Madrid en los años veinte. (Ubieto, Martín Duque, Sesma, Jimeno) 2. Una primera inserción profesional en la que comienza a publicar en el Anuario de Historia del Derecho Español, accede por oposición al Cuerpo Facultativo de Archiveros, colabora en el Centro de Estudios Históricos y viaja a París pensionado por la JAE. En este periodo lee su tesis doctoral. (Ubieto, Martín Duque, Sesma, Jimeno, Solanas, Luis G. Martínez) 3. La guerra civil rompe una evolución 'natural' hacia una cátedra universitaria de historia. (Ubieto, Martín Duque, Sesma) 4. Aún así, se hace con una cátedra en 1940 y tramita la excedencia temporal del Cuerpo. (Ubieto, Martín Duque, Sesma, Jimeno) 5. Accede también a gestión institucional: Facultad, CEMA, Patronato Menéndez Pelayo. (Ubieto, Martín Duque, Sesma, Falcón, Sarasa) 6. Reincorporado al CFABA, es nombrado inspector de archivos y director del archivo de protocolos de Zaragoza. (Ubieto, Martín Duque) 7. Ya en el Decanato de Filosofía y Letras de Zaragoza, se lee la primera tesis dirigida por él, comienza a involucrarse de lleno en la organización de congresos, participa en el grueso de congresos internacionales gracias a los cuales el medievalismo español se presenta ante el nuevo contexto internacional, comienza a colaborar con Vicens Vives... (Ubieto, Martín Duque, Sesma, Sarasa, Falcón) 8. A partir de la nueva posibilidad de obtener el grado de doctor en la propia universidad, comienza a aumentar el grupo de sus discípulos, siendo uno de los más prolíficos directores de investigaciones del momento (Marín, Sesma). 9. Desde finales de los años sesenta comienza a recolectar honores y distinciones (Ubieto, Martín Duque, Sesma, Jimeno). 10. Y a partir de su jubilación académica, su actividad comienza a disminuir, publicándose mayoritariamente compilaciones de sus textos dispersos.

Como no puede ser de otro modo, tal estructura narrativa apenas puede ponerse en cuestión pero aporta muy poco: un hilo conductor, un eje cronológico y una dirección interpretativa de tipo valorativo. Es decir, la formación y el despliegue del prestigio de un historiador. No obstante, se acomete de forma superficial y, por lo general, sin abrirse a territorios interpretativos que requieren de otros tipos de investigaciones. En consecuencia, quedan por formular una buena parte de los interrogantes que permitirían avanzar en el conocimiento del medievalismo del siglo xx.

⁵² Cf. J. A. Sesma (ed.), *En el centenario de Don José María Lacarra (1907-2007): obra dispersa: trabajos publicados entre 1927 y 1944*. Pamplona, Fondo de Publicaciones del Gobierno de Navarra, 2007.

Probablemente, el primer interrogante es la naturaleza de la cesura radical operada en la llamada *escuela de medievalismo de Zaragoza*, de manera que *la nueva generación tras la guerra hubo de partir casi de cero, sin apenas poder establecer continuidad con lo anterior*.⁵³ En la memoria profesional del medievalismo aragonés, todo parece comenzar con José María Lacarra, aunque se reconozca la existencia de una generación anterior de historiadores instalados en la Universidad y en el CFABA que cultivaron el medievalismo y que lo hicieron antes y más allá de 1940: León C. Riba, Ricardo del Arco, Andrés Giménez Soler, Áurea Javierre Mur, Mariano Usón o, en otra esfera, Eduardo Ibarra o José M. Ramos Loscertales. De hecho, es importante recordar el papel de catedráticos como Riba o Usón en los tribunales de oposición a cátedra durante los primeros cuarenta. Y tampoco debemos minusvalorar el número de tesis doctorales leídas en las primeras décadas del siglo sobre temas medievales aragoneses tanto en la Facultad de Filosofía y Letras como en la de Derecho.⁵⁴

Si bien es cierto que no es posible todavía una investigación exhaustiva sobre el fondo documental privado del profesor Lacarra que, de acuerdo con Isabel Falcón, ha sido conservado por su familia,⁵⁵ es posible, sin embargo acceder a otros fondos documentales y cruzarlos con multitud de fuentes disponibles. Es así que podemos disponer de documentación que nos ilustra su actividad en torno a la JAE o al CSIC, en congresos internacionales y en intercambios locales, en la gestación de la obra de otros autores, en la promoción de la disciplina, en su valoración de tendencias y corrientes, en su labor administrativa, en la dinámica de reproducción docente, etc. Todo un conjunto de enfoques no abordados hasta el momento. Y además, desde la perspectiva de la historia de la historiografía podemos comenzar a abordar elementos de su trayectoria significativos desde un punto de vista comunitario, evitando análisis en términos de singularidad.

⁵³ Cf. Antonio Ubieta, «Los estudios sobre Edad Media aragonesa» en *I Jornadas de estado actual de los estudios sobre Aragón*. Zaragoza, 1979, pp. 235-252; Cf. Eloy Fernández Clemente, «Sobre los orígenes de la moderna historiografía medieval aragonesa: el II Congreso de Historia de la Corona de Aragón», *Homenaje al Profesor Emérito Antonio Ubieta Arteta. Aragón en la Edad Media, VIII*, Universidad de Zaragoza, 1989, pp. 249-256. La cita, de J. Á. Sesma Muñoz, & I. Falcón, «La escuela de medievalismo de Zaragoza», art. cit., p. 260.

⁵⁴ A modo de ejemplo, para la Facultad de Filosofía y Letras, Mariano Usón, Pascual Cruz Navarro, Manuel Ferrandis Torres, Francisco Macho, Ricardo de Apraiz, José Rius o Luis Doperto; y para la Facultad de Derecho, Pío Ballesteros Álava, Luis Navarro Canales, Eduardo García de Diego o Nicolás Santos de Otto, leyeron la tesis antes que José María Lacarra. Cf. ADES. *Catálogo de tesis doctorales sobre Geografía e Historia que se conservan en el archivo de la Universidad Complutense de Madrid*, 1900-1987. Universidad Complutense, 1988, pp. 1-23 y 70 y ss., respectivamente.

⁵⁵ Isabel Falcón, «El Centro de Estudios Medievales de Aragón», *Medievalismo*, 10, 2000, pp. 337-347. Mencionado en la p. 337.

En primer lugar, su colaboración con un núcleo de medievalismo en los años veinte y treinta: el del *Anuario de Historia del Derecho Español*. Un núcleo dinámico, pero al fin truncado por la guerra, y recompuesto a la manera del nuevo régimen dictatorial, con el que dejó de colaborar a partir de la guerra civil pero cuya adscripción no conllevó aparentes rémoras en su trayectoria. ¿Cuál era la función y el horizonte de expectativas del joven Lacarra en el entorno del *Anuario*? ¿Qué significaba el *Anuario* en el contexto del medievalismo de los años veinte? ¿Cuál era la concepción medievalista del joven Lacarra? ¿Qué relación posee el viaje a Francia con su actividad en torno al *Anuario*? ¿Por qué su trayectoria académica no fue afectada del mismo modo en que lo fue para una parte considerable de ese grupo inicial? Y, ¿de qué manera su formación medievalista se vio determinada por ese inicio en sus fases posteriores de desarrollo?

Seguidamente, no cabe duda de que Lacarra contribuyó desde las instituciones del Estado, y probablemente desde algunas de las más politizadas (universidad, Consejo, Inspección de archivos), a la configuración de la alta cultura desde su labor medievalista. Parece evidente también que su propia obra intelectual, sin apoyar explícitamente la versión canónica del medievalismo castellanista que sustentaba en último término las esencias del origen del Estado, del caudillismo como tradición propia y de una parte importante del imaginario identitario nacional, tampoco entró en ningún momento en conflicto con ella.⁵⁶ Es más, colaboró con investigadores tan alejados como Juan Uría, Luis Suárez Fernández o Jaime Vicens Vives. Además, Lacarra extendió su área de influencia sobre el distrito universitario de Zaragoza. Su condición de navarro, de fundador de la Institución Príncipe de Viana y sus relaciones personales en el País Vasco, le permitieron ejercer una influencia sólida en la historiografía vasca y Navarra, y a través del despliegue de sus discípulos, su influencia se bifurcó también hacia las universidades de Valencia o Navarra. Tampoco debemos olvidar que una vez Jaime Vicens Vives hubo abandonado el medievalismo y hasta que ya en la segunda mitad de los sesenta se consolidaran varias escuelas disciplinares, siendo quizás la de Emilio Sáez Sánchez en Barcelona la más influyente gracias a su *Anuario*, la publicación periódica del CEMA, *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón* era, por detrás de *Hispania*, el órgano de difusión de los trabajos especializados en época medieval y el umbral de criba y de recepción del medievalismo europeo. Todo ello enriquece y matiza la imagen del historiador renuente a implicarse con el régimen, que se refugia en la vertiente más técnica de su profesión para eludir la

⁵⁶ Cf. Gonzalo Pasamar, *Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991, pp. 311-316.

conflictividad potencial del entorno. Lacarra fue Decano durante dieciocho años, miembro del CSIC durante treinta, director de un archivo estratégico, inspector de archivos de la zona noroeste, miembro de tribunales de oposición, director de tesis doctorales y representante oficial de los historiadores españoles en congresos internacionales. ¿Cómo influyó todo ello en un proceso recíproco de configuración personal y reconfiguración comunitaria del medievalismo?, ¿cómo afectó a su investigación efectiva?, ¿cómo influyó a la distribución de sus publicaciones, a sus medios de investigación, a la perspectiva disciplinar, a la recepción de los nuevos medievalismos de los años cuarenta y setenta?

En tercer lugar, las relaciones entre los historiadores españoles y su contexto internacional fueron cambiantes y angostas, pero no dejaron de existir incluso en los momentos más difíciles del primer franquismo. ¿Cómo se relacionaba el medievalismo español con su entorno? ¿Qué vectores de influencia podemos intuir a partir de los años veinte? ¿Qué medievalismo español se fue recepcionando en Francia o el Reino Unido? ¿Y qué sector de los medievalismos francés o alemán fue recepcionado en España entre los años veinte y cuarenta? ¿qué papel representó en la historiografía oficial del franquismo en todo ello?

En último lugar, terrenos más resbaladizos, como el despliegue de las redes de influencia o la acumulación de prestigio, pueden ser abordados gracias a testimonios autobiográficos, epistolarios y otras fuentes de carácter biográfico. Todo parece indicar que Lacarra fue respetado unánimemente y que a su nombre siempre fue unida una percepción de excelencia técnica y de dominio de la documentación. Los honores y distinciones atesorados al final de su trayectoria revelan, además, su prestigio social y académico. Su experiencia al frente del CEMA y sus buenas relaciones con el medievalismo oficial y con Jaime Vicens Vives permitieron su intervención en el *Índice Histórico Español*. Y su poder académico le convertía en un referente para jóvenes y visitantes. Recuérdese en este sentido el testimonio del hispanista Gabriel Jackson⁵⁷ en su paso por Zaragoza en octubre de 1960. Aunque tampoco debemos olvidar otro tipo de circunstancias. Por ejemplo, sus escasas incursiones en las síntesis disciplinares o el hecho de no participar en la *Historia de España* de Ramón Menéndez Pidal, y que en su lugar se eligiera a Ricardo del Arco en los años cuarenta y a Juan Reglá en los cincuenta.

Si podemos responder a alguno de estos interrogantes quizás estaremos en condiciones de comprender un poco más el contexto de las decisiones del joven Lacarra que va a París y al que hubiera complacido viajar a Alemania, su forma de gestionar la cátedra en el primer franquis-

⁵⁷ Cf. Gabriel Jackson, *Historia de un historiador*. Madrid, Anaya-Mario Muchnik, 1993, principalmente pp. 129 y ss.

mo y el despliegue de su escuela a partir de los años sesenta en el marco de despliegue de otras escuelas.

La universidad española en la que se formó José María Lacarra presentaba una estructura organizativa que, por lo que se refiere a los estudios de historia, aportaba tres elementos determinantes. El primero de ellos tiene que ver con el plan de estudios en la sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Los planes de estudios, en los primeros años veinte, apenas se diferenciaban de los sancionados por la reforma de García Alix en 1900. Desde el polémico contexto de la reforma Silió en materia de autonomía universitaria en 1918-1919, que acabó en agua de borrajas, y hasta que con la reforma universitaria de 1928, se modificara parcialmente el plan de estudios, las asignaturas cursadas, el orden y las prácticas examinadoras apenas cambiaron.⁵⁸ Para conseguir la licenciatura en la sección de historia debían pasarse primero los llamados cursos comunes o preparatorios, en los que el estudiante cursaría Historia de España e Historia Universal junto con otras asignaturas afines a las secciones de filosofía y literatura. Ya en la sección de historia, el primer curso –tercero de la carrera– se dedicaba a la Arqueología, la Geografía Descriptiva y las asignaturas propias de la edad antigua y medieval, una universal y otra de España. Del mismo modo, el último curso incluiría las asignaturas propias de las edades, más la de Paleografía y Numismática. Se daba así la paradoja, denunciada repetidamente, de que, siendo una licenciatura pensada para formar profesores y potenciales miembros del CFABA, no sólo no existían materias que formaran en la pedagogía de la historia o el método histórico, sino que las pocas materias destinadas a introducir en las habilidades propias del gremio, p.e. Paleografía y Diplomática, se cursaban después de las asignaturas que supuestamente debían recibir los frutos de esas habilidades: las de historia antigua y medieval.

Además, la docencia chocaba con otros impedimentos cotidianos que impedían la formación de futuros investigadores: la mala formación de base. Como denunciaba José Deleito, «...al comenzar los cursos superiores, llamados de investigación, el profesor que dirige éstos no puede contar con la base natural de los cursos generales, y se le ofrece este

⁵⁸ A propósito de la participación de los catedráticos en los debates en torno a la reforma de César Silió, en Mónica Soria, «Los catedráticos ante la autonomía Silió», en *Aulas y Saberes, VI Congreso de Historia de las Universidades Hispánicas*. Vol. II. València, Universitat de València, 2003, pp. 477-492. Especialmente interesante resulta la intervención de los catedráticos de Historia en el debate: Pío Zabala o el Marqués de Lozoya. Un ejemplo específico en M. N. Gómez, «La Universidad de Sevilla y la reforma de Silió: un estatuto de autonomía», *Cuestiones pedagógicas*, 1, 1984, pp. 61-90.

dilema: o empezar de nuevo por el principio, suministrando nociones elementales históricas, con lo cual desnaturaliza estos cursos imposibilitando todo trabajo serio y personal en ellos, o prescindir de esas nociones, dedicándose a trabajar sobre un tema concreto o sobre una porción mínima de su asignatura, lo cual es sencillamente empezar a construir la casa por el tejado, y sin preocuparse siquiera de haber puesto los cimientos...». ⁵⁹

En este contexto se desarrollan los estudios de José M. Lacarra en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Madrid y su primer contacto con el profesorado que va marcar su formación. Eduardo Ibarra⁶⁰ (1866-1944) regentaba, en régimen de acumuladas las asignaturas de Historia Universal e Historia Universal de la Edad Media. Manuel Gómez Moreno⁶¹ (1870-1970). Y dos jóvenes profesores, Claudio Sánchez Albor-

⁵⁹ Cf. «La enseñanza universitaria de la historia en España», *La Lectura*, XX, 237, 1920, pp. 113-123, cita de las pp. 114-115. Una segunda entrega de este mismo artículo en *La Lectura*, XX, 237, 1920, pp. 213-230. Destacamos, del mismo autor, «La investigación erudita y la síntesis en Historia», *La Lectura*, XIX, 225, 1919, pp. 133-155 y 239-252. Ambos artículos son una divulgación de su discurso inaugural del curso 1918-1919 leído en la Universidad de Valencia (*La enseñanza de la historia en la universidad española y su reforma posible*. Valencia, 1918) en el que, propone un nuevo plan de estudios en historia y una nueva relación entre investigación y docencia. En 1925, André D. Tolédano se hacía eco de esta situación en *Revue de Synthèse Historique* en un magnífico artículo comprensivo en que se felicitaba de ver en España una iniciativa de implantar en el marco académico el ideario de la revista francesa, cf. «L'enseignement de l'histoire dans les universités espagnoles», *RSH*, XL, pp. 183-188.

Una aproximación a los planes de estudio y el ejemplo de su implantación en la Universidad de Valencia en el primer tercio del XX en Marc Baldó Lacomba, «Regeneracionismo en la Universidad y creación de la Sección de Historia, 1900-1923», en *El siglo XX: balance y perspectivas. V Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Valencia, Universitat de Valencia, 2000, pp. 99-106 y María Fernanda Mancebo; «Los profesores de la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia (1919-1939). Una aproximación a la ciencia de la Historia» en *Doctores y escolares. II Congreso Internacional de Historia de las Universidades Hispánicas*, vol. II, Valencia, Universitat de Valencia, 1998, pp. 13-30. Un acercamiento al discurso de deleite desde la historia de la historiografía en Pedro Ruiz Torres, «La historia en la Universidad de Valencia (1845-1939)», en *Id.* (ed.), *Discursos sobre la historia. Lecciones de apertura de curso en la Universidad de Valencia, 1870-1937*, València, Universitat de València, 2000, pp. 9-70, especialmente pp. 39-53.

⁶⁰ José M. Lacarra publicaría una semblanza en Hispania en 1944 con motivo de su fallecimiento. Para profundizar en el conocimiento de este autor, *vid.* el estudio introductorio a la reedición de *Estudios de historia económica. El problema cerealista en España durante el reinado de los Reyes Católicos* (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, en prensa), a cargo de Ignacio Peiró.

⁶¹ Cf. Domingo Sánchez Mesa, «Notas para un currículum vitae», en *Homenaje a Gómez Moreno, 1870-1970*. Granada, Universidad de Granada, 1972, pp. 35-56; Juan Antonio Gaya Nuño, «Ante el centenario de Gómez Moreno, Historia de sus libros», *Archivo Español de Arte*, xliii, 1969, pp. 1-12; Julio Caro Baroja, «Don Manuel al hilo del recuerdo (Gómez Moreno en su centenario vivo)», en *Id.*; *Semblanzas ideales. Maestros y amigos*, Madrid, Taurus, 1972, pp. 245-262; y Fernando Chueca, «D. Manuel Gómez Moreno en el recuerdo», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 187/2, 1990, pp. 197-208.

noz⁶² (1893-1984), desde 1920, en Historia Antigua y Medieval, y Agustín Millares Carlo⁶³ (1893-1980), que lo era desde 1926 en Paleografía.

Además, también asistió a las asignaturas de Eloy Bullón (1879-1957): la de Geografía Descriptiva; Elías Tormo (1869-1957): Historia del Arte; Hugo Obermayer (1877-1946), quien era el catedrático de Historia Primitiva; Antonio Ballesteros Beretta (1880-1849): de Historia de España, Historia de América e Historia Moderna de España; o Pío Zabala (1879-1968): Historia de España e Historia Contemporánea.

A partir de 1928, cuando José María Lacarra ya es licenciado, se volvieron a reformar los estudios de Historia, en 1931 y finalmente en 1935. De todas formas, estos cambios, pretendieron modernizar sin éxito –porque carecieron de tiempo para ello– el marco académico en la medida en que, por ejemplo, ampliaron la capacidad de las facultades para ofrecer títulos especializados. Es en este contexto, que un decreto de 27 de abril de 1935, acabaría universalizando el plan de estudios que fuera aprobado en 1931 para las Facultades de Filosofía y Letras de Madrid y Barcelona y, en reconocimiento de la tradición medievalista de la Universidad de Zaragoza, le permitiría ofrecer las licenciaturas de «Historia Medieval»⁶⁴ y de «Archivero, Bibliotecario y Arqueólogo».⁶⁵

El segundo de los elementos incide en la promoción de la investigación a través del Centro de Estudios Históricos⁶⁶ de la Junta para la

⁶² Claudio Sánchez Albornoz es sin duda uno de los historiadores españoles del siglo XX sobre el que más se ha escrito y al que más se ha homenajeado. Por ello, seleccionamos sólo algunas referencias significativas por diversas razones. Cf. Sonsolo Cabeza Sánchez-Albornoz, *Semblanza histórico-política de Claudio Sánchez-Albornoz*, Madrid, Fundación Universitaria Española, Diputación Provincial de León, 1992; José Manuel Cuenca Toribio, «El legado historiográfico de Claudio Sánchez Albornoz», *Hispania*, XLV/159, 1985, pp. 191-207; José Manuel Pérez-Prendes y Muñoz de Arracó, «Semblanza y obra de don Claudio Sánchez-Albornoz», *En la España Medieval V. Estudios en memoria del profesor D. Claudio Sánchez-Albornoz*, Madrid, Universidad Complutense, 1986, pp. 19-52; VVAA, o *Sánchez Albornoz a debate. Homenaje de la Universidad de Valladolid con motivo de su centenario*, Universidad de Valladolid, 1993. Diversos momentos del análisis de su aportación a la historia del feudalismo español en, José Á. García de Cortázar, «La inmadurez del feudalismo español (En torno al legado de Sánchez Albornoz)», *Revista de Occidente*, 50, 1985, pp. 35-52; Carlos Estepa, «Sánchez Albornoz y el feudalismo castellano», en *Sánchez Albornoz a debate...*, *op. cit.*, pp. 21-31. Aunque no incluiremos las referencias, nótese la publicación parcial de sus epistolarios con Rafael Gibert o Emilio Sáez.

⁶³ Cf. VVAA, *Actas del Congreso Agustín Millares Carlo, maestro de medievalistas (Boletín Millares Carlo*, 13, 1994), en particular, José M. Ruiz Asencio, «Millares Carlo, paleógrafo» y Ángel Riesco, «Don Agustín Millares Carlo, archivero-bibliotecario y maestro de archiveros y bibliotecarios», pp. 157-174 y 175-200, respectivamente.

⁶⁴ La Facultad de Zaragoza fue la única de nueva capacitación en este campo.

⁶⁵ En este caso, también las ofrecerían las Facultades de Filosofía y Letras de las universidades de Granada, Valladolid, Salamanca, Sevilla y Valencia.

⁶⁶ La reciente tesis doctoral de José María López Sánchez, constituyendo un magnífico ejercicio de recuperación documental y de historia institucional, adolece, sin embargo, desde la perspectiva de la historia de la historiografía, de falta de investigación. Por ello,

Ampliación de Estudios, que contaría, a partir de 1932, con un Instituto de Estudios Medievales dirigido por Sánchez Albornoz, desde el que se promocionó principalmente la historia medieval de corte institucionalista, cercana a la del Derecho, y en el que colaboró Lacarra hasta su disolución durante la guerra. De hecho, los cursos de Doctorado de la Universidad de Madrid constituían una suerte de duplicidad de instancias investigadoras junto al CEH y, de hecho, una cierta polarización que enfrentaba prácticas historiográficas diferentes. Con el seminario berlinés como referente universal, debemos sin embargo diferenciar claramente entre las formas de acceder a la investigación de autores como Sánchez Albornoz y Antonio Ballesteros Beretta, por ejemplo.⁶⁷

El tercer elemento característico sería la estructura de las cátedras. Organizadas en torno a dos grandes bloques: Historia de España e Historia Universal –en conjunto, 30 de 43, en 1931–, y completadas por un grupo de cátedras más bien auxiliares desde el punto de vista docente, encargadas de la formación técnica. Los medievalistas representan cerca de la mitad de los catedráticos de historia antes de la guerra civil.

La formación de José María Lacarra, en este contexto, le inicia en la trayectoria típica de un historiador del primer tercio del siglo xx en España: compagina los estudios de Derecho⁶⁸ e Historia en la Universidad

que los capítulos dedicados a la contextualización historiográfica europea y española, así como una buena parte de las conclusiones historiográficas a propósito del papel del CEH o del Instituto de Sánchez Albornoz, se limiten a reproducir los tópicos de la bibliografía más general y obsoleta. Cf. José María López Sánchez, *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*. Madrid, Marcial Pons, 2006; también «Reinterpretar la cultura española, el Centro de Estudios Históricos» *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 24, 2004, pp. 143-169 y su traducción alemana «Im Dienste der Wissenschaft: der Centro de Estudios Históricos und die Begründung eine liberale Nationalbewusstseins in Spanien, 1910-1936», *Berichte zur Wissenschaftsgeschichte*, 29, 2006, pp. 121-136.

⁶⁷ En torno a Antonio Ballesteros y a las sesiones de seminario en su domicilio de Guzmán, 37, gracias a una mítica biblioteca, se formaron en las décadas anteriores a la guerra civil medievalistas y modernistas como Juan Contreras y López de Ayala, Ciriaco Pérez Bustamante, Cayetano Alcázar o Julián M. Rubio, que más adelante ocuparon cátedras universitarias. Cf. Manuel Ballesteros Gaibrois, «Maestros del americanismo. Antonio Ballesteros Beretta (1880-1949)», *Quinto Centenario*, 3, 1982, pp. 1-27.

⁶⁸ Algunas semblanzas de José María Lacarra afirman que el historiador estellés se licenció en Derecho e Historia en 1928 en la Universidad de Madrid. Cf. Antonio Ubieto, «Introducción», en José María Lacarra, *Estudios dedicados a Aragón...*, *op. cit.*, p. 7; Roldán Jimeno, «José María Lacarra y de Miguel: iniciador...», *art. cit.*, p. 553; y s.v. «Lacarra y de Miguel, José María», en Ignacio Peiró & Gonzalo Pasamar, *Diccionario Akal. Historiadores españoles contemporáneos*. Madrid, Akal, 2002, p. 343. Otras, como las firmadas por Á. J. Martín Duque, afirman que se licenció en 1933. Cf. «José María Lacarra y de Miguel». *Anuario de Estudios Medievales...*, *art. cit.* p. 651. Nótese, sin embargo que en febrero de 1933, en el texto de la solicitud de la pensión de estudios en París, el propio Lacarra afirma «...Que tiene terminada la carrera de Filosofía y Letras, sección de Historia, con las asignaturas correspondientes al curso de Doctorado, y aprobadas catorce asignaturas de la carrera de Derecho...». Cf. Solicitud de José María Lacarra, dirigida el 2 de febrero de 1933 al Presidente de la Junta para la Ampliación de Estudios. ASJAE-

Cuadro 2. Catedráticos de Universidad. Historia. Escalafón de 1931

<i>Historia del arte</i> Elías Tormo Monzó, Madrid.	<i>Historia de España</i> Antonio Ballesteros Beretta, Madrid; Claudio Sánchez Albornoz, Madrid; Pío Zabala Lera, Madrid; Antonio de la Torre y del Cerro, Barcelona; José Palanco Romero, Granada; Cayetano Alcázar Molina, Murcia; Miguel Lasso de la Vega, Oviedo; José M. Ramos Loscertales, Salamanca; Ciriaco Pérez Bustamante, Santiago; Juan de Mata Carriazo Arroquia, Sevilla; Juan M. Aguilar y Calvo, Sevilla; Juan de Contreras y López de Ayala, Valencia;
<i>Historia del arte hispano colonial</i> Diego Angulo Íñiguez, Sevilla.	Luis Pericot García, Valencia; Julián M. Rubio Esteban, Valladolid; Manuel Ferrándiz Torres, Valladolid; José Salarrullana de Dios, Zaragoza; Andrés Jiménez Soler, Zaragoza
<i>Historia primitiva del hombre</i> Hugo Obermaier, Madrid.	<i>Historia Universal</i> Francisco de P. Amat y Villalba, Madrid; Eduardo Ibarra Rodríguez, Madrid; Pedro Bosch Gimpera, Barcelona; Tomás López Carbonero, Granada; José Téllez de Meneses Sánchez, Salamanca; Joaquín Hazañas y de la Rúa, Sevilla; Jesús Pabón Suárez de Urbina, Sevilla; José Casado García, Valencia; José Deleito Piñuela, Valencia; Joaquín J. Baro Comas, Valencia; Claudio Galindo Guijarro, Valladolid; León C. Riba García, Zaragoza; Mariano Usón Sesé, Zaragoza
<i>Numismática y Epigrafía</i> José Ferrándiz Torres, Madrid.	
<i>Paleografía</i> Agustín Millares Carló, Madrid; Antonio Marín Ocete, Granada.	
<i>Arqueología</i> José V. Amorós Barra, Barcelona.	
<i>Arqueología, numismática y epigrafía</i> Luis Gonzalvo Paris, Valencia; Cayetano Mergelina Luna, Valladolid.	
<i>Arqueología arábiga</i> Manuel Gómez Moreno Martínez, Madrid.	
<i>Geografía política y descriptiva</i> Eloy Bullón Fernández, Madrid; Eduardo Pérez Agudo, Barcelona; Ángel Bozal Pérez, Sevilla; Ramón Velasco Pajares, Valencia; Gaudencio A. Melón y Ruiz de Gordejuela, Valladolid.	

Fuente: Escalafón de Catedráticos Numerarios de Universidad, 1931

de Madrid, licenciándose con premio extraordinario en 1928. Comenzó pronto a investigar objetos propios de la Historia del Derecho, y a colaborar en el *Anuario*, incluso antes de finalizar su licenciatura. Preparación y contexto familiar le dirigían hacia la historia del derecho basada en la recuperación y análisis de documentos. Sin embargo, la necesidad de asegurarse un modo de vida, y el hecho de no haber concluido la carrera de Derecho, le invitaron a opositar al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, oposición que obtuvo en 1930.

epJML, 83-10. Antes de su marcha a París, además de proseguir con su colaboración en el Instituto de Estudios Medievales del Centro de Estudios Históricos y en la cátedra de Sánchez Albornoz de la Universidad de Madrid, y de cumplir con las obligaciones laborales de su destino en el Archivo Histórico Nacional, se produjo la lectura de su tesis doctoral. Así las cosas, parece poco probable que tuviera tiempo material de finalizar la licenciatura en Derecho.

Nos situamos, pues, ante los primeros elementos que marcan la inserción profesional del joven historiador. De un lado, tras una brillante licenciatura, accede al círculo exclusivo de la excelencia universitaria y comienza a afilar sus armas profesionales en las páginas de la principal publicación periódica de los últimos años veinte. Por otra, sube un segundo escalón en el *cursus* del historiador al acceder al CFABA en la primera oposición a la que pudo presentarse, con sólo veintitrés años de edad. Y a partir de ahí, preparar en condiciones óptimas una tesis doctoral con el objetivo probable de acceder a una cátedra universitaria. De ahí que, varios de sus biógrafos hayan presentado –equivocamente, como veremos más adelante– la oposición a la cátedra de Historia Medieval de la Universidad de Murcia celebrada en 1936, como el primer destino *natural* de Lacarra. Ello invita a analizar estos elementos como integrantes de un continuo en la práctica profesional.

José María Lacarra debe ser encuadrado, por promoción universitaria, corporativa y doctoral, en un grupo no excesivamente amplio que incluye a Enrique Lafuente Ferrari (1898-1985), Luis Vázquez de Parga (1908-1994), Santiago Montero Díaz (1911-1985), Manuel Ballesteros Gaibrois (1911-2002), Emilio Camps Cazorla (1903-1952), Felipe Mateu y Llopis (1901-1998) o Filemón Arribas Arranz (1903-1968), entre otros. Estamos ante un conjunto de historiadores que se consolidarán en los años cuarenta en la docencia universitaria y que, desde las instituciones estatales de la alta cultura, protagonizarán trayectorias diversas a partir de la utilización de los mismos resortes de sociabilidad profesional. Por lo general, se proyectarán desde el CFABA a la cátedra universitaria y desarrollarán en paralelo, con intermitencias o excedencias, y con implicaciones ideológicas distintas en el nuevo régimen, una actividad investigadora medievalista. Además, accederán por designación, a cargos de responsabilidad en instituciones que van del archivo de Real Chancillería de Valladolid a la dirección de bibliotecas, pasando por altos cargos en el Ministerio de Educación o el decanato en Facultades de Filosofía y Letras.⁶⁹

Desde una perspectiva más amplia, el Cuerpo y las instituciones servidas por él en los distritos universitarios periféricos, serán un trampolín hacia la cátedra universitaria hasta los primeros años cincuenta.⁷⁰ Hasta la segunda mitad de esta década, la promoción de cátedras medievalistas y técnicas (Paleografía y Diplomática) llevó a ostentar cátedras universitarias a un conjunto de historiadores, a veces con décadas de experien-

⁶⁹ Lacarra o Mateu y Llopis fueron Decanos de las Facultades de Filosofía y Letras de Zaragoza y Barcelona, y Arribas Arranz fue Secretario General de la Universidad de Valladolid.

⁷⁰ Cf. Ignacio Peiró & Gonzalo Pasamar, *La Escuela Superior de Diplomática (Los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, Madrid, ANABAD, 1996, en particular, pp. 203 y ss.

cia en el Cuerpo, por ejemplo, Joaquín M. de Navascués (1900-1975), Julio González González (1908-1991) o Antonio Ubieta (1923-1990).⁷¹ Es, en realidad, un momento de transición en el que el meritoriaje y la competición por el acceso a la cátedra comenzará a pasar también por el ‘grupo de investigación’ consolidado en instituciones reconocidas por la alta cultura y por un bagaje de publicaciones mayor. En el caso del grupo que formará Lacarra en torno al CEMA, estaríamos hablando, en un primer momento, de investigadores como Ángel Canellas, el propio Antonio Ubieta o Á. J. Martín Duque.

Las oposiciones al Cuerpo constituían sin duda por su dureza un refrendo de la propia formación y una preparación a lo que podría ser una oposición a cátedra. Así, frente a un tribunal presidido por Manuel Gómez Moreno, y compuesto por tres representantes del Cuerpo (Vicente Castañeda, Emilio Ruiz Cañabate y Francisco Álvarez Ossorio), uno de la Facultad de Filosofía y Letras (Agustín Millares Carlo), otro de la Academia de la Historia (el Conde de Cedillo) y un último de la Academia de San Fernando (Francisco J. Sánchez Cantón), los ejercicios de oposición de 1930 cubrieron las veintisiete vacantes del Cuerpo.

Enrique Lafuente Ferrari, Rosa Rodríguez Troncoso y Concepción Muedra se hicieron con las tres primeras plazas y por ello accedieron al servicio de la Real Academia de la Historia, el Archivo Histórico Nacional y la Biblioteca Nacional, respectivamente. Les siguieron Emilio Camps (Museo Arqueológico Nacional), María África Ibarra (Academia de la Historia) y, con el número 6, José María Lacarra (Archivo Histórico Nacional). En esas mismas oposiciones obtuvieron plaza Felipe Mateu y Llopis (7), Ramón Paz Remolar (8), Felipa Niño (9), Luis Vázquez de Parga (12), Florentino Zamora Lucas (21) o Filemón Arribas (23).

La guerra, la obtención de la cátedra zaragozana y su excedencia hasta 1948 dilataron hasta los años cincuenta la aparición de Lacarra como miembro de tribunales de oposición al CFABA.

Desde su destino en el Archivo Histórico Nacional acometió el doctorado en Historia. Entre 1930 y 1933, aunque no debemos dejar de lado sus primeras investigaciones en los años veinte, trabaja sobre la documentación referente al conjunto de fueros que finalmente constituirá su tesis doctoral, leída en 1933 bajo la dirección de Claudio Sánchez Albornoz y con el título *Contribución al estudio de los Fueros municipales navarros y sus familias*.⁷²

Durante el sexenio republicano, la historia medieval fue la que aglutinó más tesis doctorales, especialmente bajo la dirección de Eduardo

⁷¹ En el caso de los arqueólogos, habría que mencionar a Martín Almagro Basch, Gratiniano Nieto Gallo o Antonio Arribas Palau.

⁷² Universidad de Madrid, 68 páginas, más 196 de documentación. Cf. ADES, *Catálogo de tesis...*, op. cit., p. 13, n. Reg. 396.

Ibarra y Claudio Sánchez Albornoz, con el auspicio del Instituto de Estudios Medievales y del Anuario de Historia del Derecho Español. En esos años leen su tesis Lacarra, Esperanza Guerra, África Ibarra, Gaya Nuño, Vicens Vives, Francisco Abbad, Palomeque, Camps o Maria del Carmen Pescador. Pero no debemos dejar de lado que las prácticas diferían en cierta manera y que el medievalismo del *Anuario* se aleja en sus fuentes, en sus métodos y en sus objetivos del medievalismo al uso en la universidad.⁷³ Y más allá, el hecho de que el grupo del *Anuario* acumulase entre 1926 y 1936 un extraordinario poder académico y político, no hizo sino aumentar esta distancia. Al final de la guerra, el nuevo estado instauró un sistema cultural en el que las cátedras de historia del derecho y las de historia medieval desarrollarían dinámicas diferentes.

En este sentido, la tesis de Lacarra, breve en el contexto de las tesis de Historia del momento, pero de longitud similar a otras en el ámbito de la historia del derecho, había sido adelantada en las colaboraciones previas en *AHDE* y fue publicada en el número de 1933 con el título «Notas para la formación de las familias de los fueros de Navarra». Debe ser entendida como un jalón más en el proyecto comunitario de extensión medievalista propiciado desde el grupo.⁷⁴ El proyecto contaría con la colaboración de varias generaciones de historiadores. Laureano Díez Canseco (1860-1930) fue el impulsor inicial pero no efectivo.⁷⁵ La ges-

⁷³ Recuérdese, además, que Ramón Carande será Rector de la Universidad de Sevilla desde 1930, José M. Ramos Loscertales lo será de la de Salamanca en ese mismo año, Manuel Torres será Decano de la Facultad de Derecho de Salamanca y Subsecretario de Estado; Ramón Prieto Bances, Decano de la de Oviedo y Subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública y Ministro de Instrucción Pública en 1935; Galo Sánchez será Consejero de Cultura; y Claudio Sánchez Albornoz será Rector de la Universidad de Madrid, director del Instituto de Estudios Medievales desde 1932 y finalmente Ministro.

⁷⁴ Para un encuadre del proyecto del Anuario y de su trascendencia posterior en la historia, pero principalmente en la práctica el medievalismo resulta imprescindible remontarse al nacimiento del Centro de Estudios Históricos y a la organización, en él, de los saberes propios de la disciplina medievalista. No lo haremos por cuestión de espacio, pero debemos tener en cuenta el papel fundador del binomio Hinojosa-Altamira. A principios de los años veinte, con Hinojosa enfermo y mermado y habiendo disminuido el compromiso de Altamira con la institución hasta el punto de desaparecer su sección, el papel de Sánchez Albornoz, discípulo del primero y catedrático desde 1920 gana enteros. Teresa Rodríguez de Lecea; «La enseñanza de la Historia en el Centro de Estudios Históricos: Hinojosa y Altamira», en José Manuel Sánchez Ron coord.; *1907-1987, la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones 80 años después*, vol. II, Madrid, CSIC, 1988, pp. 519-534. La discusión acerca de la existencia o no de una 'escuela de Hinojosa', Mariano Peset, «Eduardo Hinojosa: historiador y político» en E. Hinojosa, *El régimen señorial y la cuestión agraria en Cataluña durante la Edad Media*. Pamplona, Urgoiti, 2003.

⁷⁵ El *Anuario* publicó con motivo de su fallecimiento un obituario en que se señalaba que «no estaba organizado para el trabajo disciplinado que supone el libro o la cátedra. Incompatible con toda labor metódica, se dio él mismo, en cambio, desinteresadamente a quienes se preocupaban de cosas intelectuales.» Parece que ésta es la mejor caracterización de su función en el grupo. Cf. «Don Laureano Díez Canseco», *AHDE*, VII, 1930, pp.

tión efectiva del grupo estaba en manos de Claudio Sánchez Albornoz y de un reducido conjunto de colaboradores ya asentados en la Universidad: Ramón Prieto Bances,⁷⁶ Galo Sánchez,⁷⁷ José M. Ots Capdequí,⁷⁸ José M. Ramos Loscertales⁷⁹ y Ramón Carande.⁸⁰ Más adelante, se va incorporando un nuevo grupo de investigadores que accederá a la cátedra antes de la guerra civil. Es así que entre Manuel Torres López⁸¹ y Luis

v-viii, cita de la p. v. *Vid.* además Salvador Rus Rufino, «Un incorregible ágrafo: Laureano Díez Canseco Berjón (1860-1930)». *Anuario de Filosofía del Derecho*, 10, 1993, pp. 457-488.

⁷⁶ Cf. Ignacio de la Concha, «Necrología. El Excmo. Sr. D. Ramón Prieto Bances», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 43, 1973, p. 627; s.v. «Prieto Bances, Ramón», *Diccionario Akal. Historiadores españoles contemporáneos...*, *op. cit.*, pp. 500-501.

⁷⁷ Cf. Alfonso García-Gallo, «Galo Sánchez», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 31, 1961, pp. 1-8 y Gonzalo Martínez Díez, «In Memoriam Galo Sánchez», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 39, 1969, p. 876; s.v. «Sánchez Sánchez, Galo», *Diccionario Akal. Historiadores españoles contemporáneos...*, *op. cit.*, p. 575; y Ramón Carande, «Galo» en *Id. Galería de raros atribuidos a Regino Escaro de Nogal*, Madrid, Alianza, 1983, pp. 190-193.

⁷⁸ Cf. Alfonso García-Gallo, «José María Ots Capdequí», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 45, 1975, pp. 3-6; y Mariano Peset, *José María Ots Capdequí. Obra dispersa*. València, Generalitat Valenciana, 2002 y «José María Ots Capdequí, un historiador con vocación americanista», en Ángeles Egido (ed.), *Republicanos en la memoria. Azaña y los suyos*. Madrid, Eneida, 2006, pp. 227-242.

⁷⁹ Cf. Ramón Carande, «Ramos Loscertales» en *Id. Galería de raros... op. cit.*, pp. 180-183; Luis García de Valdeavellano, «En la muerte de José María Ramos Loscertales», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 26, 1956, pp. 895-901 y «Don José María Ramos Loscertales», *Archivo de Filología Aragonesa*, 28-29, 1981, pp. 215-224; Claudio Sánchez Albornoz, «Ramos Loscertales», *Cuadernos de Historia de España*, xxv-xxvi, 1957, pp. 377-380; y Martín S. Ruipérez, *Dos figuras señeras de la Universidad de Salamanca en el siglo XX: Ramos Loscertales y Torvar*. Salamanca, Publicaciones de la Asociación de Antiguos Alumnos de la Universidad de Salamanca, 1995.

⁸⁰ Ramón Carande ha sido objeto de numerosos homenajes, entre los que destacamos los publicados como *Homenaje a Don Ramón Carande* (Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 2 vols., 1963), *Actos de investidura como doctores «Honoris causa» de los Excmos. Señores D. Miguel Delibes Setién, D. Bartolome Bennassar y D. Ramón Carande Thorvar*, Universidad de Valladolid, 1983 y *Cuadernos Hispanoamericanos. Homenaje a Ramón Carande* (465, 1989). Además, con el tiempo han sido publicadas varias biografías: cf. o Rocío Yñiguez, *Ramón Carande. Un siglo de vida*. Madrid, FUE, 2002; Bernardo Víctor Carande, *Ramón Carande. Biografía Ilustrada*. Fundación El Monte, 2003; o la más reciente de Luis Palacios, *Ramón Carande, un personaje raro*. Madrid, Universidad Rey Juan Carlos, 2007. Además, *vid.* Antonio M. Bernal, «Don Ramón Carande: la proyección internacional de la historiografía española en el siglo XX», en Esteban Sarasa Sánchez & Eliseo Serrano Martín, *coords.*; *Historiadores de la España Medieval y Moderna...*, *op. cit.*, pp. 225-242 y Agustín Guimerà Rabian, «*In Mundo Semper*': Don Ramón Carande en la memoria», *Hispania*, xlvii, 1965, 1987, pp. 349-356, entre muchos otros.

⁸¹ Cf. Remedios Morán, «Don Manuel Torres López: Salamanca (1926) - Madrid (1949) la coherencia de una trayectoria», *Cuadernos de Historia del Derecho*, 6, 1999, pp. 143-210; y José Manuel Pérez-Prendes y Muñoz de Arracó, «Manuel Torres López, 1900-1987», *Interpretatio. Revista de Historia del Derecho*, 10, 2004, pp. 201-218.

García de Valdeavellano,⁸² acceden a la cátedra, utilizando una expresión muy grata a Claudio Sánchez Albornoz, hasta cinco ‘compañeros’. Unos y otros soportan el peso de la publicación con sus estudios, y lo que resulta más significativo, la reseña de obras españolas y extranjeras. Por último, un reducido grupo de jóvenes elegidos que, como en el caso de Lacarra, combina la edición de fuentes, las noticias bibliográficas y algunos extensos artículos que son, en ocasiones, sus tesis doctorales. Son los casos de las de J. M. Ots Capdequí (1926) Luis García de Valdeavellano (1931), Alfonso García Gallo (1934) o Juan Beneyto, entre las de historia del Derecho; y de Ángel Ferrari (1936) o el propio Lacarra, entre las de Historia.

Una de las características esenciales del proyecto en torno al *Anuario*, que marca en buena medida a una generación de medievalistas, es sin duda la incorporación a la historiografía europea, siguiendo la línea marcada por Almatira e Hinojosa en los años diez y desarrollada por Sánchez Albornoz a partir de los veinte, cuyos vectores originales pueden rastrearse a través de la recepción de investigaciones. Se trata sin duda de una tendencia propiciada por la labor de la JAE desde los años diez. No debemos olvidar que entre 1908 y 1936 son pensionados por la JAE Ramón d’Abadal (1911), Ramón Carande (1911-1914), Fernando Valls (1910-1), R. Prieto Bances (1926), José M. Ots (1934-5), Juan Beneyto (1931-2), José Deleito (1908-1914-1933), Ángel Ferrari (1934) o Luis García de Valdeavellano (1934-5), entre muchos otros. La experiencia del viaje, ya trabajada en historia de la historiografía desde diferentes perspectivas por Peiró o Solanas,⁸³ permitió en lo esencial el

⁸² Luis García de Valdeavellano será en la segunda mitad del siglo XX el especialista en historia del derecho y de las instituciones más influyente entre los historiadores medievalistas principalmente gracias a sus estudios sobre la génesis del feudalismo español. Cf. de José M^a Font Rius, «Don Luis García de Valdeavellano y Arcimís», *Anuario de Estudios Medievales*, 7, 1970-1971, pp. 771-788 y «Don Luis García de Valdeavellano y Arcimís. Semblanza» *Historia de la Hacienda Española (Épocas antigua y medieval). Homenaje al profesor García de Valdeavellano*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1982, pp. 11-30. De José M. Pérez-Prendes y Muñoz Arracó, «Luis García de Valdeavellano», en Esteban Sarasa Sánchez & Eliseo Serrano Martín coords.; *Historiadores de la España Medieval y Moderna...*, op. cit., pp. 259-282 y «Luis García de Valdeavellano: marco y notas para una biografía intelectual», *Interpretatio. Revista de Historia del Derecho*, 10, 2004, pp. 135-172. Además, Rafael Gibert, «Don Luis García de Valdeavellano desde la Historia del Derecho» *Historia de la Hacienda Española (Épocas antigua y medieval). Homenaje al profesor García de Valdeavellano*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1982, pp. 37-52.

⁸³ Ignacio Peiró Martín; «Aspectos de la historiografía universitaria española en la primera mitad del siglo XX», *art. cit.*; y M. J. Solanas, «La formación de los historiadores españoles en las universidades europeas (1900-1936)», en Alberto Sabio & Carlos Forcadell, *Las escalas del pasado*. Univesidad de Zaragoza, 2005, pp. 297-320 o «Transferencias culturales: origen, desarrollo y aplicación al estudio de la historia de la historiografía española» en Ignacio Peiró & Pedro Rújula (eds.), *La Historia en el presente*. Instituto de Estudios Turoleses, 2007, pp. 379-392.

acceso a prácticas y métodos de investigación diferentes que luego se incorporaban en mayor o menor medida a la investigación española. De ahí que resulte significativo atender a las tendencias que nos indican las noticias bibliográficas aparecidas en el *Anuario*.

De las más de 250 reseñas del periodo, casi un 60% son noticias bibliográficas foráneas. Este valor contrasta con el 28% de la publicación de colaboraciones de autor no español. Si observamos, además, la distribución por países, los tres más reseñados, Alemania, Francia e Italia, suman más del 70% de todas las noticias bibliográficas. No en vano, son también los países que más pensionados reciben.

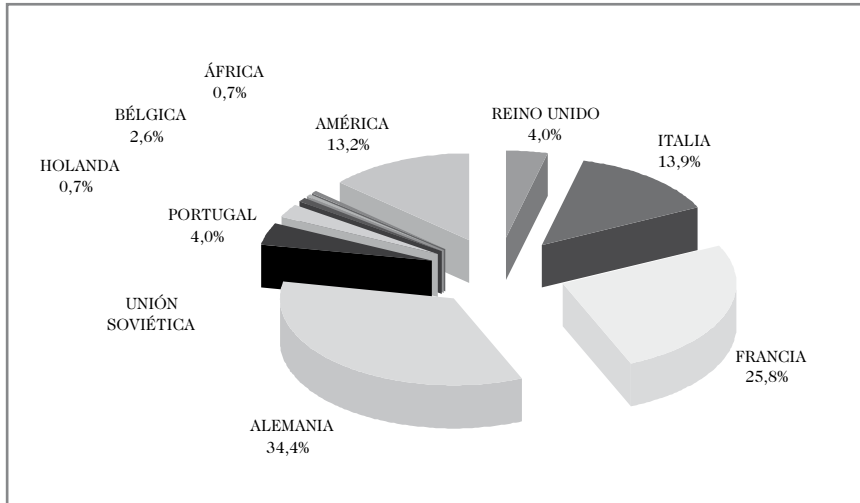
Entre los autores extranjeros que colaboran en el *Anuario* son los principales, por parte de Alemania, Ernst Mayer, sobre el que volveremos más adelante, G. v. Below,⁸⁴ Peter Rassow,⁸⁵ o Heinrich Finke,⁸⁶

⁸⁴ Georg v. Below (1858-1927) Formado en la Universidad de Berlín, es discípulo de Max Lenz, uno de los protagonistas de la recuperación de Ranke a finales del XIX y de Conrad Varrentrapp. Habilitado en Marburg en 1886 con una tesis histórico-jurídica, pasó por las universidades de Marburg y Münster, hasta que en 1905 recaló definitivamente en la cátedra de Historia Medieval y Ciencias Auxiliares de la Historia en la que se jubiló en 1925. Esa misma cátedra fue seguidamente ocupada por Eric Caspar, antes de pasar a Berlín en 1930, Hermann Heimpel, hasta 1934, y ya en los años cuarenta Gerd Tellenbach. Von Below fue el receptor en Freiburg de un buen número de pensionados de la JAE. Su principal aportación en el medievalismo de la primera mitad del siglo XX fue el acercamiento explícito a la teoría sociológica junto a Otto Hintze. Ramón Carande se consideró discípulo de v. Below. Cf. «Recuerdos de la Alemania guillermina», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 465, 1989, pp. 7-23. Un acercamiento a su obra en la tesis doctoral de Hans Cymorek: *Georg von Below und die Deutsche Geschichtswissenschaft um 1900*. Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1998; y Otto-Gerhard Oexle, «Ein politischer Historiker: Georg von Below», en N. Hammerstein (ed.), *Deutsche Geschichtswissenschaft um 1900*. Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1988 pp. 283-312.

⁸⁵ Peter Rassow (1889-1961). Formado en Bonn, Heidelberg y Berlín, 1908-1912. Licenciado en Historia y Teología (Evangélica), su tesis doctoral versó sobre «Die Kantslei Bernhards von Clairveux». Habilitado por Breslau en 1927 por «Die Urkunden Alfons VII. Von Spanien» en Historia medieval y moderna, fue uno de los principales discípulos de Johannes Ziekursch. En los años veinte fue (1926) Privatdozent de la Comisión Histórica de München, (1932) Profesor fuera del plan de asignaturas en Mainz y desde 1941, catedrático de Historia de Alemania en Colonia donde trabajaron al tiempo Kellenbenz o Konetzke, y en la que fue rector Th. Schieder. Cf. «Peter Rassow», en Wolfgang J. Weber, *Biographisches Lexikon zur Geschichtswissenschaft in Deutschland, Österreich und der Schweiz: die Lehrstuhlinhaber für Geschichte von den Anfängen des Faches bis 1970*. 2 ed., Frankfurt am Main, Peter Lang, 1987, p. 463.

⁸⁶ Heinrich Finke (1855-1938). Formado en las universidades de Göttingen y Münster, licenciado en Historia y Teología (católica), se habilitó en 1887 con una tesis sobre las fuentes del Concilio de Konstanz. Discípulo de Julius Weiszäcker, al igual que Paul Kehr, comenzó trabajando en archivos. Entre 1899 y 1928 fue el titular de la cátedra de Historia Medieval y Moderna de la Universidad de Freiburg, donde coincidió con v. Below, con Friedrich Meinecke y Gerhard Ritter. Se puede considerar uno de los fundadores del hispanismo alemán a través de *Acta Aragonensia. Quellen zur deutschen, italienischen, französischen, spanischen, zur Kirchen- und Kulturgeschichte aus der diplomatischen Korrespondenz Jaumes II* (1908). Uno de sus primeros colaboradores españoles a través de la Görres Gesellschaft, fue el catedrático de Latín de la Universidad de Zaragoza y

Gráfico 3. Distribución por países de las noticias bibliográficas aparecidas en el AHDE, 1924-1936



Fuente: Elaboración propia a partir de los fondos de la revista.

clásicos de la historia del derecho que además habían dedicado su atención a España en algún momento, pero que, salvo excepción, no se hallaban en el núcleo duro del medievalismo alemán de los años veinte y treinta.⁸⁷ En cambio, por parte de Francia, junto con reguladores de la historia del derecho, como Olivier Martin, publican integrantes de varias generaciones de medievalistas universitarios con gran ascendencia académica en diferentes momentos. Son Ferdinand Lot, Louis Halphen, Henri See, o Marc Bloch, que junto a enfoques clásicos de la disciplina, aportan también algunos estudios significati-

luego de la Universidad de Madrid, Pascual Galindo Romeo. En 1925 publicó su autobiografía. Cf. H. Heimpel, «Heinrich Finke», *Historische Zeitschrift*, 160, 1939, pp. 534-545; W. Goetz, «Heinrich Finke zum 80. Geburtstag», en *Historiker in meiner Zeit. Gesammelte Aufsätze*. Köln, Böhlau, 1957, pp. 246-255; y «Heinrich Finke», en Wolfgang J. Weber, *Biographisches Lexikon zur Geschichtswissenschaft in Deutschland, Österreich und der Schweiz...*, op. cit., pp. 146-147.

⁸⁷ Para un primer vistazo al medievalismo alemán de los años veinte, cf. Dieter Berg, «Mediävistik - eine politische Wissenschaft. Grundprobleme und Entwicklungstendenzen der deutschen mediävistischen Wissenschaftsgeschichte im 19. und 20. Jahrhundert», en W. Kuttler, J. Rüsen & E. Schulin (eds.), *Geschichtsdiskurs. Grundlagen und Methoden der Historiographiegeschichte*. Frankfurt am Main, Humanities Online, 1993 pp. 317-330. Imprescindibles por su exhaustividad, Marc Bloch, «Histoire de l'Allemagne, Moyen Âge» e «Histoire de l'Allemagne, Moyen Âge (suite en fin)». *Revue Historique*, 159, mayo-agosto de 1928 y 162, julio-diciembre, 1932, pp. 108-158 y 62-101, respectivamente.

vos que acercan la práctica de la historia a la economía y a la sociología.⁸⁸ No debemos olvidar, en cualquier caso, que la relación entre el grupo del *Anuario* y los historiadores franceses (principalmente instalados en las instituciones parisinas), se incrementó en gran medida a partir de la celebración entre abril y mayo de 1932, de la Semana de Historia del Derecho Español, en Madrid y Salamanca. Esta reunión puede ser considerada la puesta la largo del proyecto global en torno a Sánchez Albornoz, quien ese mismo año fue nombrado rector de la Universidad de Madrid y director del Instituto de Estudios Medievales del CEH.

Organizado en torno a seis secciones, y con la participación de más de setenta especialistas de casi todas las universidades españolas, contó, además con la participación de un buen número de especialistas alemanes, italianos, franceses y portugueses.⁸⁹ No en vano, será a partir de ese momento que Marc Bloch comenzará a informar del grupo y del *Anuario* en su revista.⁹⁰ Y será también el momento en que

⁸⁸ Nótese que cuando la guerra civil constriña las expectativas vitales de Claudio Sánchez Albornoz, un grupo de medievalistas franceses intercederá en su favor ante la Fundación Rockefeller. En este grupo se hallaban F. Lot, L. Halphen, O. Martin, Charles Petit-Dutaillis y M. Bloch. Cf. Nicolás Sánchez Albornoz, «La Fundación Rockefeller y los exiliados españoles», *Historia* 16, 164, 1994, pp. 116-120. Para el trabajo realizado por la Fundación Rockefeller en la protección de los científicos en Francia, *vid.* Emmanuelle Loyer, «La débâcle: les universitaires et la Fondation Rockefeller: France/États-unis, 1940-1941», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 48/1, 2001, pp. 138-159.

⁸⁹ Las secciones fueron las siguientes: 1: fuentes; 2: instituciones; 3: derecho privado, penal y procesa; 4: tiempos modernos; 5: derecho oriental; y 6: El método en la Historia del Derecho. Los participantes extranjeros fueron, por parte francesa, Olivier Martin, Charles Petit-Dutaillis, Ferdinand Lot, Louis Halphen y Marc Bloch; por parte alemana, Konrad Beyerle, Alphons Dopsch, Erna Patzelt y el Baron Klaus von Schwerin; por parte italiana, Melchior Roberti; y por parte portuguesa, Manuel Paulo Mérea o Luis Cabral de Moncada.

⁹⁰ Queda todavía por abordar su paradójica relación con España. Mientras en los años veinte y treinta la obra del profesor de Strasbourg fue azote y escándalo entre los historiadores del Derecho francés, sus recensiones a obras españolas desde los últimos años veinte y sus contactos con el grupo de historiadores del *Anuario de Historia del Derecho Español* apuntan una valoración positiva de lo que en aquellos momentos se veía como la incorporación internacional de una historiografía nacional periférica y menor. En este sentido, en los años anteriores a la guerra civil española, Marc Bloch acabaría dedicando parte de su atención a la nueva historiografía española desde las páginas de *Annales d'Histoire Économique et Sociale*. Él fue el encargado de dar recepción, si bien con la demora propia de la época, a los diferentes números del *Anuario* de Sánchez Albornoz. Así, en una nota publicada en 1934 (*AHES*, 39, noviembre, 1934, pp. 612-616) titulada «Les historiens espagnols au travail», después de congratularse por los progresos de la historiografía española, añade: «Tout cela, en un mot, remarquablement nourri, soigneux, intelligent. Me sera-t-il permis, cependant, d'exprimer une discrète inquiétude? Rien de plus beau que l'effort d'europanisation entrepris, au cours de ces dernières décades et sous l'impulsion de savants aujourd'hui illustres, par l'école historique espagnol qui, trop longtemps, s'était résignée à travailler presque en vas close. Mais, après avoir beaucoup lu, encore faut-il, par un nouveau progrès, apprendre a se dégager de ses lectures.

localizamos las pensiones de la JAE para que jóvenes historiadores como Lacarra, Beneyto o Ferrari, amplíen su formación en Freiburg, Berlín y París, y de vuelta, publiquen investigaciones y noticias bibliográficas.⁹¹

No obstante, en el caso alemán las relaciones culturales que implicaban a historiadores españoles se remontan a una década antes. Con Freiburg como núcleo celular de las relaciones historiográficas con España, tras el fin de la primera guerra mundial, y especialmente a partir de los primeros años veinte se revitalizan las relaciones culturales entre Alemania y España. Es el momento de la asociación Deutschland-Spanien, de la implantación en Madrid y Barcelona de institutos alemanes siguiendo la estela de los institutos franceses, y sobre todo, de la implantación en España del Centro de Intercambio Intelectual Germano-Español de Madrid, y de la Görres Gesellschaft, una institución cuyas principales características (defensa del catolicismo, fomento de la excelencia científica y promoción de las relaciones culturales internacionales), hacían óptima su influencia en España.⁹² Tal como afirma Jesús de la Hera, tres fueron los factores imperantes en el desarrollo de las nuevas relaciones culturales a partir de 1925: un hispanismo previo que cultivaba la historia eclesiástica, la artística y la de las instituciones jurídico-administrativas,⁹³ con el propio Heinrich Finke a la cabeza, la nueva orientación cultural de la JAE, y el reconocimiento a la neutralidad de España en la guerra de 1914.

Son circunstancias que nos acercan a la comprensión de la configuración interna del grupo y de una parte del medievalismo español. También, porque nos ayudan a analizar quién recepciona las diferentes historiografías nacionales y qué parte de esas historiografías nacionales son recepcionadas. Y por último, porque nos permiten atisbar una fracción substancial de la visibilidad europea de la historiografía española en un momento de incorporación al contexto.⁹⁴

Surtout le péril serait grave de s'habituer à accorder aux historiens plus d'attention qu'à l'histoire même...» (p. 613).

⁹¹ Beneyto sería el encargado de recensionar las obras de Alphons Dopsch (1931 y 1933), Georg Dahn (1932), Ferrari lo haría con Hüffer (1934), y Lacarra con Meijers & Blécourt (1933), Limouthin-Lamotte (1933) o Meijers & Salverda de Grave (1934).

⁹² El contexto de estos años, en Jesús de la Hera, *La política cultural de Alemania en España en el periodo de entreguerras...*, *op. cit.*, pp. 15-25, y 48-56.

⁹³ Con autores como E. Hübner, H. Obermayer o A. Schulten en el campo de la Arqueología, entre muchos otros.

⁹⁴ Desde los antecedentes lejanos de algunos estados de la cuestión de la historiografía española en la primera década de siglo a cargo de Altamira (1907, 1908), que habían como resultado un primer interés sobre lo que se producía en España, y hasta las notas de Marc Bloc en *Annales*, la curiosidad por la historia española contrastaba en Francia con la poca atención dedicada a la historiografía española. De hecho, la Revue de

Así, Ots, Ramos, Carande y en menor medida, Riaza, Sánchez Albornoz o García de Valdeavellano,⁹⁵ son los mayores recepcionistas de historiografía alemana. J. A. Rubio es el principal divulgador de las pocas obras anglosajonas. Y finalmente, un grupo numeroso de jóvenes autores se reparten las noticias francesas (p.e. Lacarra) o italianas (p.e. Beneyto).

Lo que nos interesa destacar esencialmente, para concluir con el periodo formativo de José María Lacarra, es la determinante influencia de su colaboración con Sánchez Albornoz en torno al Instituto de Estudios Medievales y al *Anuario*, en su decisión de buscar una ampliación formativa en Francia y particularmente en el ambiente académico del París conservador. Tal como señalaba en su solicitud su propósito era: «ampliar estudios y especialmente para imponerse en la metodología sobre investigaciones medievales e historia de las instituciones, cree [el abajo firmante] necesario seguir en París los cursos que explica en la Facultad de Letras M. Lot sobre Historia de la Edad Media y tal vez los que el mismo profesor desarrolla en l'École Pratique des Hautes Études; los de M. Halphen en esta misma Escuela, y quizá el curso de Historia General del Derecho Francés de M. Olivier Martin en la Facultad de Derecho...».⁹⁶

No es éste el lugar ni contamos con el espacio suficiente para abordar monográficamente su estancia en París. Tampoco sabemos mucho sobre el día a día. Sin embargo, en noviembre y diciembre de 1933, a poco de su llegada, dos actos académicos le hubieran permitido rápidamente situarse en el marco de referencias simbólicas de la profesión. El 8 de noviembre l'École de Chartes iniciaba sus actividades. La lección de apertura era pronunciada por su Director, Charles Samaran.⁹⁷ Un discurso lleno de tradición y conservación de

Synthèse, publicó en los años 1910-1912 un extenso informe acerca de «Les études relatives à l'histoire économique de l'Espagne et leurs résultats» (Pierre Boissonade, 63 de 1910; 65, 67 y 69 de 1911; y 72 y 73 de 1912) y transcurrieron casi dos décadas hasta el informe publicado por José Deleito Piñuela en 1930. No es ésta una cuestión baladí, pues indica la distancia existente entre sus intereses y los del abundante hispanismo del cambio de siglo estudiado en profundidad por Antonio Niño Rodríguez, *Cultura y diplomacia...*, op. cit. Por otra parte, resulta igualmente significativo que Jean Gautier Dalché («L'historiographie française et le Moyen Âge hispanique entre la fin du XIX^e siècle et 1980», *Medievalismo*, 12, 2002, pp. 257-271) mencione sólo de pasada la Semana de Historia del Derecho Español –incluso errando la fecha– para ejemplificar la falta de atención, ya de por sí marginal, ajena a l'École des Hautes Études Hispaniques (1923).

⁹⁵ Recuérdese que unos años más tarde, Luis García de Valdeavellano será el traductor del manual de Wilhelm Bauer (1921) al español. Cf. *Introducción al estudio de la historia*. Barcelona, Bosch, 1944.

⁹⁶ Cf. Solicitud de José María Lacarra, dirigida el 2 de febrero de 1933 al Presidente de la Junta para la Ampliación de Estudios, f.3. ASJAE-cpJML, 83-10.

⁹⁷ Cf. Charles Samaran, «Du cours de bibliographie et archives de l'histoire de France a l'École des Chartes». *Bibliothèque de l'École des Chartes*, XCIV, 1, 1933, pp. 95-115.

los valores eternos de la institución: la excelencia por el método.⁹⁸ Apenas un mes más tarde, Lucien Febvre, tal como indicaba la tradición en el caso de los nuevos catedráticos, inauguraba el curso del Collège de France, y realizaba un ejercicio similar para acometer el propósito opuesto. Se anclaba en la tradición intelectual de la institución para refundar la historia: *les textes, oui: mais ce sont de textes humains*.⁹⁹

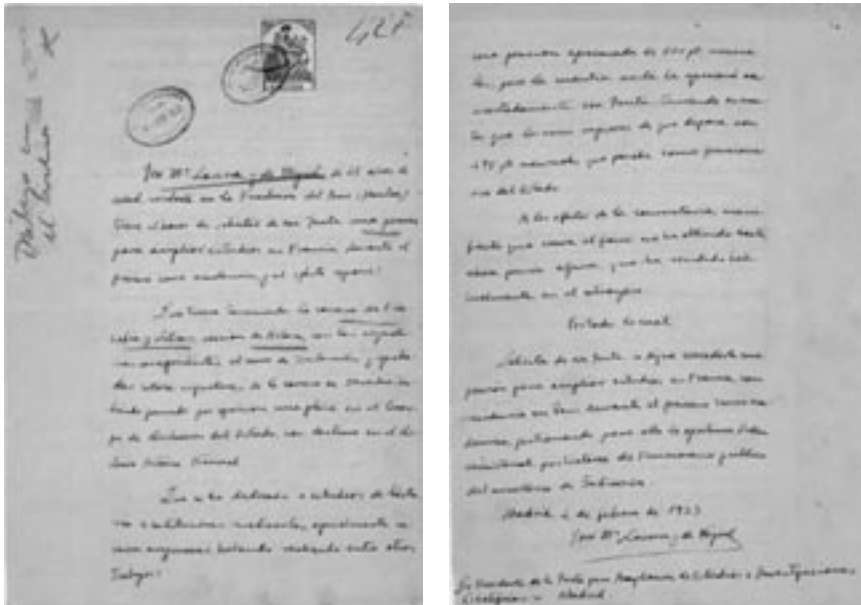
Sabemos, gracias a los informes mensuales contenidos en su expediente del Archivo de la Secretaría de la JAE, que acudió como oyente a los cursos de Lot¹⁰⁰ y Halphen,¹⁰¹ al igual que a los de M. Dupont-

⁹⁸ «Nous n'avons pas, a l'École des Chartes, l'exorbitante prétention d'enseigner tout ce que devrait savoir ou tout ce qu'apprendra, au cours d'une longue carrière, un archivist ou un bibliothécaire idéal (...) Nous croyions que l'ensemble doit passer avant le détail, l'essentiel avant l'accessoire, la formation de l'esprit scientifique (la méthode en un mot) avant la pratique plus ou moins empirique d'un métier. Il a paru cependant que, si l'École devait rester fidèle à ces principes directeurs qui ont fait jusqu'ici sa force et sa gloire, il n'était pas moins souhaitable de développer dans les limites rasoinnables de tout ce qui, dans les questions si complexes et si mouvantes d'archives et bibliothèques, touche à la technique et à l'enseignement professionnel...» *Ibid.*, p. 96.

⁹⁹ «...Histoire, science de l'homme, et alors les faits, oui: mais ce sont des faits humains; tâche de l'historien: retrouver les hommes qui les ont vécus, et ceux qui dans chacun d'eux, plus tard se sont logés en eux avec toutes leurs idées, pour les interpréter (...) Entre disciplines proches ou lointaines, négocier perpétuellement des alliances nouvelles; sur un même sujet concentré en faisceau la lumière de plusieurs sciences hétérogènes: tâche primordiale, et de toutes celles qui s'imposent à une Histoire impatiente des frontières et des cloisonnements, la plus pressante sans doute, et la plus féconde (...) Collaboration des hommes, concordance des méthodes, analogie des développements...». Cf. Lucien Febvre, «De 1892 a 1933. Examen de conscience d'une histoire et d'un historien. (Leçon d'ouverture du cours d'histoire de la civilisation moderne pononcée au Collège de France, le 13 décembre 1933 sous la présidence de M. Le Ministre d'Éducation nationale)». *Revue de Synthèse*, VII/2, 1934, pp. 93-106, citas de las pp. 102 y 103.

¹⁰⁰ Ferdinand Lot (1866-1952), era en 1934 director de estudios de l'École Pratique des Hautes Études (desde 1917) y Profesor de Historia Medieval en la Sorbona (desde 1920). Especialista en historia institucional, antropológica y económica de la Edad Media francesa, fue el maestro de Louis Halphen y por extensión de una parte importante del medievalismo francés del siglo XX. En diciembre de 1930 había sido nombrado para el Consejo de perfeccionamiento de l'école des Chartes, con quien venía colaborando desde principios de siglo. *Vid.* Ch. Ed. Perrin, *Un historien français: Ferdinand Lot*, Paris, Droz, 1968.

¹⁰¹ Louis Halphen (1880-1950), formado en l'École des Chartes, era desde 1928 Director de l'École Pratique des Hautes Études. Hasta ese momento había sido profesor en la Universidad de Burdeos (1910-1928), y a partir de 1937, substituirá a Lot en su sillón de Historia Medieval de Francia de la Sorbona. Inhabilitado por las tropas de ocupación, pasó a Grenoble, en donde permaneció escondido cuando, en 1943, la ciudad fue ocupada de nuevo. En 1944 pasó de nuevo a su cátedra parisina. Halphen representa, como señala Dumoulin, el espíritu contrario a la renovación propuesta por la escuela de los *Annales*. Cf. Ch.-E. Perrin, «Preface», en *Mélanges Louis Halphen*, Paris, PUF, 1951 y s.v., «Halphen (Louis Sigismond Isaac)», en Ch. Charle, *Les professeurs de la Faculté des Lettres de Paris. Dictionnaire Biographique, 1909-1939, vol.II*. Paris, Institut National de Recherche Pédagogique-Éditions du CNRS, 1986, pp. 101-103.



Solicitud por parte de J.M. Lacarra, de una pensión de investigación en París, 1933.

Ferrier¹⁰² y M. Grand¹⁰³ en l'École des Chartes, y que, además, trabajó asiduamente en la biblioteca de l'École des Chartes.¹⁰⁴ Por último, conocemos también que investigó en los *Archivos Nacionales* sobre ciertos manuscritos españoles que faltaban en un catálogo redactado por Julián Paz y que debía ser publicado en breve.¹⁰⁵

¹⁰² Gustave Dupont-Ferrier (1865-1956) fue un archivero y paleógrafo formado en l'École des Chartes (1888) fue profesor de instituto, de la Escuela Normal de Fontenay aux Roses y finalmente de la propia École des Chartes en la que ocupó la cátedra de Historia de las instituciones políticas, administrativas y judiciales. Presidió l'École en 1924-1925 y la Societé d'Histoire de France.

¹⁰³ Roger Grand (1874-1962) era Profesor de l'École des Chartes entre 1919 y 1942. Ostentó la cátedra de Derecho civil y canónico y miembro del comité de dirección de la *Revue d'Histoire du Droit Français et Étranger*. De la Societé d'Histoire de France, fue además, fundador de la Societé des lettres, sciences et arts «La Haute Auvergne». Entre 1927 y 1932 fue Senador.

¹⁰⁴ Cf. «Nota de los trabajos realizados por el pensionado que suscribe», enviados por José María Lacarra, dirigida el 2 de febrero de 1933 al Presidente de la Junta para la Ampliación de Estudios. ASJAE-cpJML, 83-10

¹⁰⁵ Se refiere a Julián Paz Espeso, *Documentos relativos a España existentes en los Archivos Nacionales de París: catálogo y extractos de más de 2000 documentos de los años 1276 a 1844*. Instituto Valencia de Don Juan, 1934, 387 p. Cf. «Nota de los trabajos realizados por el pensionado que suscribe», fechada en París en 15 de enero de 1934. Julián Paz Espeso, había trabajado en París pensionado por la JAE entre 1910 y 1914, momento en el que fue lector de español en la Sorbona. Padre de Ramón Paz Remolar, amigo de

En definitiva, a pesar de haber tenido la posibilidad de acceder a Bloch en la *Semana de Historia del Derecho Español*, no parece, sin embargo, que se acercara al umbral de ese nuevo medievalismo, que comenzaba a ampliar hacia la historia social, económica y antropológica –esto es, hacia los intercambios entre el nuevo funcionalismo, la teoría económica liberal, el simbolismo antropológico y la historia entendida como ciencia–, el estudio clásico de la época medieval como historia de las instituciones político-administrativas basada en la acumulación e interpretación de genealogías documentales.

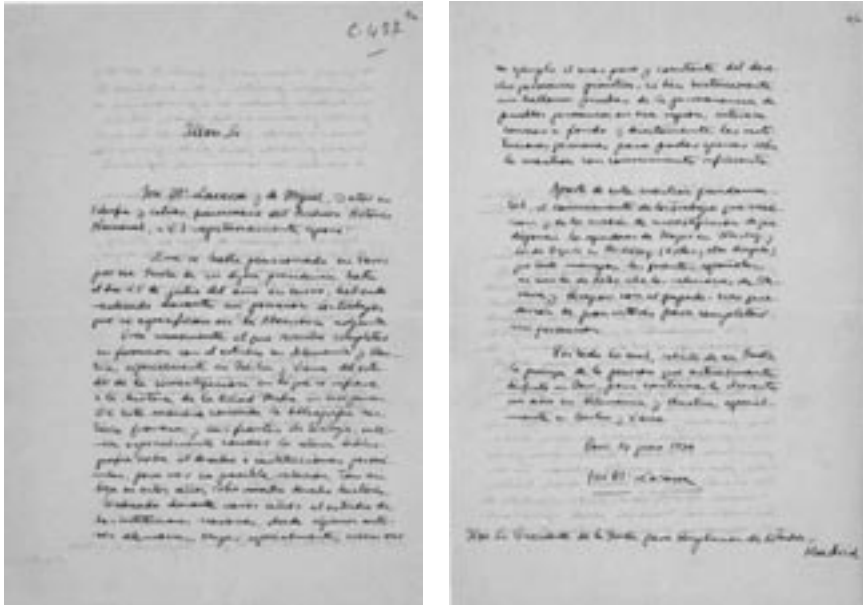
Pudo tener acceso a través de su círculo formativo. En las páginas del *Anuario* se recibieron formalmente una parte significativa de las nuevas ideas.¹⁰⁶ Sin embargo, era ese mismo círculo formativo el que constreñía la posibilidad de su desarrollo. Y en el caso de jóvenes historiadores con mayor audacia, p.e. Ángel Ferrari, el ascenso del nazismo y la guerra civil se encargaron de volar el castillo de arena. Desde la perspectiva de la larga duración historiográfica y a la luz de este contexto, no deja de resultar paradójica la euforia con la que se dio el espaldarazo inicial a la conversión *annaliste* de una parte de los historiadores españoles tras el Congreso Internacional de Ciencias Históricas de París en 1950.

Su elección parisina, por tanto, pasaba por ser la correcta de un medievalista tradicional, conservador, institucionalista y atento a referentes de investigación consolidados en las dos décadas anteriores, pero ajeno al conjunto de la renovación historiográfica que estaba operando en el cerrado ambiente del medievalismo francés.¹⁰⁷ En la medida en que tampoco contaba con alternativa alguna en el París de 1933 y que

José M. Lacarra, opositor al CFABA en 1930 y colaborador del Instituto de Estudios Medievales del CEH. *Vid.* Luis M. de la Cruz, «Una familia de archiveros-bibliotecarios: los Paz», *Medievalismo*, 4, 1994, pp. 233-255, en particular, 248 y ss.

¹⁰⁶ Recuérdese, a modo de ejemplo, cómo un artículo de Marc Bloch publicado en *Annales*, era saludado por Luis García de Valdeavellano en el volumen del *Anuario* de 1933 del siguiente modo: «Destacamos de los últimos números de *Annales d'Histoire économique et sociale* [sic], que con tanto acierto y tan excelente orientación publican dos destacados profesores de Estrasburgo, Marc Bloch y Lucien Febvre, el excelente artículo del primero (...) M. Marc Bloch nos da con este breve y sugestivo trabajo muy cumplidamente la medida de su talento y de la certera orientación de sus preocupaciones fundamentales...» (p. 492).

¹⁰⁷ Una buena guía del estado de la historiografía medieval francesa de los años veinte y treinta en Olivier Dumoulin, *Marc Bloch o el compromiso del historiador*. Granada, Universidad de Granada-Universitat de València, 2003. Para una historia del medievalismo francés, Charles Ridoux, *Évolution des études médiévales en France de 1860 à 1914*. Paris, Champion, 2001. Además, *vid.* Louis Halphen, «Le Moyen Âge jusqu'aux Valois», *Revue Historique*, clii, mayo-agosto de 1926, pp. 202-223; clv, mayo-agosto de 1927, pp. 307-401; y clxi, mayo-agosto de 1929, pp. 170-181 y 316-333, respectivamente. Y Charles Petit-Dutaillis, «Fin du Moyen Âge, 1328-1498», *Revue Historique*, clii, mayo-agosto de 1926, pp. 224-230; y clvii, enero-abril de 1928, pp. 83-93.



Solicitud por parte de José M. Lacarra, de la ampliación de la pensión de investigación, 1934.

algunos de los objetivos principales de Lacarra no eran sino acceder a fondos archivísticos y a la biblioteca de l'École des Chartes, la estancia entre noviembre de 1933 y junio de 1934 debe ser considerada un estadio necesario y típico en la formación del medievalista español. Su siguiente elección, en cambio, debe ser analizada quizás en términos diferentes.

Así, en junio de 1934, desde París, solicita por carta la ampliación de su pensión de estudios para: «...completar con el estudio en Alemania y Austria, especialmente en Berlín y Viena del estado de la investigación en lo que se refiere a la historia de la Edad Media en esos países. De esta manera, conocida la bibliografía histórica francesa y sus fuentes de trabajo, interesa especialmente conocer la extensa bibliografía sobre el derecho e instituciones germánicas, para ver su posible relación, tan en boga en estos años, sobre nuestro derecho histórico. Dedicado durante varios años al estudio de las instituciones navarras, donde algunos autores alemanes, Mayer especialmente, creen ver un ejemplo[,] el más puro y constante[,] del derecho germánico primitivo (...) Aparte de esta cuestión fundamental, el conocimiento de los trabajos que realizan y de los medios de investigación de que disponen los seguidores de Mayer en Würzburg, y los de Beyerle en Heidelberg (Keller y otros discípulos) que tanto manejan las fuentes españolas, así como los de Kehr, sobre las re-

laciones de Navarra y Aragón con el papado, creo que me serán de gran interés para completar mi formación...»¹⁰⁸

Tres elementos destacan de esta solicitud. Evidentemente, el primero es la propia voluntad de prorrogar su estancia fuera de España. No obstante, se trata de una voluntad algo indeterminada, pues no sólo no aparece en la solicitud contacto académico alguno en los lugares de destino, sino que tampoco se incluye un plan de trabajo o propuesta de pensión económica, tal como ocurrió en la primera solicitud de beca. En segundo lugar, resulta significativa la elección del destino: no a Freiburg i. Breslau, donde unos años antes habían sido pensionados el ya catedrático de historia del derecho de la Universidad de Salamanca, Manuel Torres López, y el futuro titular de la misma cátedra, Juan Beneyto Pérez, en el entorno académico del historiador del derecho, especialista en época visigótica y colaborador del *Anuario*, el Barón von Schwerin¹⁰⁹ (1880-1944), sino a una serie de contextos académicos bien diferentes, alejados entre sí, y dos de ellos descabezados en ese momento: Berlín y Viena, con Würzburg y Heidelberg al fondo del paisaje. Inferimos, por la redacción del documento, que José María Lacarra debe conocer en 1934, el fallecimiento, en 1932, de Ernst Mayer,¹¹⁰ y en 1933, de Konrad Beyerle.¹¹¹ Aún así, marca como referente a los discípulos de aquellos, o

¹⁰⁸ Solicitud de prórroga de la pensión de José María Lacarra remitida desde París al Presidente de la Junta para la Ampliación de Estudios, firmada 10 de junio de 1934, ff. 1 y 2. ASJAE-cpJML, 83-10.

¹⁰⁹ Claudius Freiherr v. Schwerin, (1880-1944), había sido *Privatdozent* en la Universidad de München (1907-1914), ordinario *ad personam* en la de Berlín (1917-1919), de donde pasó a Strassburg, hasta que en 1919 obtuvo plaza de ordinario en la Universidad de Freiburg en 1919. De allí pasaría a la München en 1935 tras el fallecimiento de Beyerle. Murió a causa de los bombardeos aliados en junio de 1944. Cf. Wolfgang Simon, *Claudius Freiherr von Schwerin. Rechtshistoriker während dreier Epochen deutscher Geschichte* (Rechtshistorische Reihe 84), Frankfurt am Main, Peter Lang 1991. Una aproximación a la época en Marcel Senn, «Juristenschicksale und Schicksaljuristen», *Rechtshistorisches journal*, 11, 1992, pp. 181-194.

¹¹⁰ Ernst Mayer (1862-1932). El profesor de la universidad de Würzburg es sin duda el más prolífico hispanista alemán sobre temas jurídicos de la edad media. *Vid.* Historia de las Instituciones sociales y políticas de España y Portugal durante los siglos V a XIV (Junta para la ampliación de estudios e investigaciones científicas. Centro de estudios históricos, trad. Galo Sánchez, 1925-1926), *El antiguo derecho de obligaciones español según sus rasgos fundamentales* (Barcelona, 1926). Con motivo de su fallecimiento se publicó en el *Anuario* una nota de homenaje, cf. X. X. «Ernesto Mayer», *AHDE*, X, 1933, pp. 539-541. La editorial alemana de Aalen, Scientia reeditó en 1991, y la navarresa Analecta, en 2006, la reimpresión del libro de editado por la Junta, aunque, desgraciadamente, sin añadir ningún estudio introductorio. En Alemania, su prestigio se afianzaría con *Mittelalterliche Verfassungsgeschichte* (1906). Sus discípulos le dedicaron *Festschrift Ernst Mayer (Würzburg) zum 70. Geburtstage*. Weimar, Böhlau, 1932.

¹¹¹ Konrad Beyerle (1867-1933). Uno de los más destacados historiadores del derecho alemán de su época, era en 1934 profesor de la Ludwig-Maximilians-Universität München donde substituyó a Karl von Gareis desde 1918. Colaborador del *Anuario*, había participado en 1932 en la Semana de Historia del Derecho. Largamente relacionado con la Gör-

más bien a la infraestructura intelectual creada a su alrededor para, –y éste representaría el tercer elemento–, seguir teniendo acceso a nuevos métodos y nueva bibliografía. Porque a pesar del transcurso de un cuarto de siglo desde que Altamira e Hinojosa abrieran el proceso de europeización de la historia, la escasez material y la estructura académica hacían todavía necesario un acopio esencial de materiales. No hace falta decir que las prácticas académicas, incluso en el entorno de seminarios especializados, no permitían el acceso a la bibliografía básica de especialidad. De ahí la importancia del viaje y del contacto material con los medios de investigación en los grandes centros europeos, para la creación de la propia identidad profesional. Lo que estaba haciendo José María Lacarra con esta segunda propuesta, era afianzar su identidad dentro de la especialidad. Y en esa identidad proyectada, el medievalismo alemán apenas existía más allá de los nombres y las dedicaciones hispanistas de ese grupo de autores, a los que unió a Keller¹¹² y a Kehr.¹¹³

Porque la diferencia principal entre el medievalismo alemán y el francés es que en el alemán se está produciendo una renovación esencial relacionada, en primer lugar con el sistema cultural weimeriano, que llevará a un número importante de nuevos medievalistas a situarse en puestos universitarios de prestigio. Además, tal como han señalado autores como Oexle, Berg o Goetz, el desarrollo de la *neue Verfassungsgeschichte* desde principios de siglo, acercó al medievalista tradicional y

res Gesellschaft, una asociación de raíces cristianas que dinamizó las relaciones culturales con España, es autor de inició en 1928 para esta institución una colección editorial denominada Spanischen Forschungen cuyo primer título fue editado en colaboración con Heinrich Fincke y G. Schreiber, *Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens*. Cf. Thomas Hense, *Konrad Beyerle. Sein Wirken für Wissenschaft und Politik in Kaiserreich und Weimarer Republik*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 2002; Christoph Weisz, *Geschichtsauffassung und politisches Denken Münchener Historiker der Weimarer Zeit*. Berlin, Duncker & Humblot, 1970. En su momento, la comunidad profesional le despidió con V. Stutz, «Konrad Beyerle, ein Nachruf», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte*, 54, 1934 y Eugen Wohlhaupter, «Konrad Beyerle. Nachruf», *Historisches Jahrbuch*, 53, 1933, pp. 272-277. Su óbito fue homenajeado en el número del *Anuario* correspondiente a 1933. Cf. Luis García de Valdeavellano, «Konrad Beyerle», *AHDE*, X, 1933, pp. 545-547.

¹¹² Robert v. Keller era, en 1933, profesor de Historia del Derecho en la Universidad de Heidelberg. Había publicado *Freiheitsgarantien für Person und Eigentum im Mittelalter: Eine Studie zur Vorgeschichte moderner Verfassungsgrundrechte* (1933). Investigó también objetos propios de la historia e instituciones económicas.

¹¹³ Paul Kehr (1860-1944). Formado en las universidades de Göttingen y München, y discípulo de Julius Weiszäcker y Ludwig Weiland, se doctoró en 1883. Ocupó la cátedra de historia medieval que había dejado Weiland en 1895, hasta que en 1902 pasara a dirigir el Preußischen Historischen Instituts de Roma. Además, fue hasta 1941 director del Kaiser-Wilhelm-Institut für deutsche Geschichte, de Göttingen y al tiempo entre 1919 y 1934 presidió la dirección central de los Monumenta Germaniae Historica (MGH). Es tío de Eckhart Kehr (1902-1933), el discípulo de Rothfels y Meinecke cuyo legado fue reivindicado por H. U. Wehler en los inicios de la escuela de Bielefeld.

conservador al diálogo con la sociología.¹¹⁴ Estamos pensando en autores como Brunner, Hintze, Theodor Mayer o Heinrich Dannenbauer. Esta forma de medievalismo, que en las primeras décadas del siglo desconectó su evolución en Alemania del desarrollo jurídico-institucional en boga en toda Europa, le acercó sin embargo al discurso de la historia política. Ello le permitió el desarrollo de la articulación de toda una serie de categorías en torno a las ideas de estado, pueblo, estratificación, nación o dominio. Al tiempo, si en lo esencial, el conservadurismo generalizado protegió a los medievalistas (Ludwig Dehio o Paul Kehr son dos ejemplos) de los desmanes nazis que esquilmaron otras disciplinas, les permitió desarrollar tendencias historiográficas originales (p.e. *Volksgeschichte*¹¹⁵) y conectar con prácticas profesionales más allá del Elba (p.e. *Östforschung*¹¹⁶) sin la cesura radical de 1933 (con excepciones como la de E. Kantorowicz¹¹⁷), convirtió también al medievalismo en un objeto de deseo para el nazismo y en un desconocido para el resto de Europa.

¹¹⁴ Cf. Hans Werner Goetz, «La recherche allemande en histoire médiévale au XX^e siècle: évolutions, positions, tendances». *Cahiers de Civilisation Médiévale*, 48, 2205, pp. 129-140 (principalmente, pp. 130-134). Una magnífica investigación a propósito de la *Vetreibung* sufrida por los medievalistas, en Jürgen Petersohn, «Deutschsprachige Mediävistik in der Emigration. Wirkungen und Folgen des Aderlasses der NS-Zeit (Geschichtswissenschaft-Rechtsgeschichte-Humanismusforschung)», *Historische Zeitschrift*, 277/1, 2003, pp. 1-60.

¹¹⁵ Vid. Willi Oberkrome, *Volksgeschichte. Methodische Innivation und völkische Ideologisierung in der deutschen Geschichtswissenschaft, 1918-1945*. Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1993 y «Geschichte, Volk und Theorie. 'Das Handwörterbuch des Grenz- und Auslandsdeutschtums'», en P. Schöttler (ed.), *Geschichtsschreibung als Legitimationwissenschaft*, op. cit. pp. 104-127; Matthias Middell & Vera Ziegeldorf (eds.), «*Weltforschung*». *Eine Diskussion zur völkisch-nationalistischen Historiographie in Deutschland, 1919-1960*. Berlin, Clio-on-line & Humboldt Universität zu Berlin, 2005; O. G. Oexle, «Von der völkischen Geschichte zur modernen Sozialgeschichte», en H. Duchhardt & G. May (eds.), *Geschichtswissenschaft um 1950*. Mainz, Verlag Philipp von Zabern, pp. 1-36; y Peter Schöttler, «Von der rheinischen Landesgeschichte zur nazistischen Volksgeschichte oder Die 'unhörnare Stimme des Blutes'», en W. Schulze & O. G. Oexle (eds.), *Deutsche Historiker im Nationalismus*. Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch Verlag, 1999, pp. 89-113.

¹¹⁶ Hans Mommsen, «Der faustische Pakt der Östforschung mit dem NS-Regime. Anmerkungen zur Historikerdebatte», en W. Schulze & O.G. Oexle. *Deutsche Historiker im Nationalsozialismus...*, op. cit., pp. 265-273.

¹¹⁷ Pocos medievalistas alemanes del siglo xx han recibido la atención de sus colegas como este autor. Cf. dos aproximaciones comprensivas en O. B. Rader, «Ernst Hartwig Kantorowicz (1895-1963)», en Lutz Raphael (ed.), *Klassiker der Geschichtswissenschaft*. Vol. 2. München, C. H. Beck, 2006 pp. 7-26. Y R. E. Lerner, «Ernst Kantorowicz and Theodor E. Mommsen», en H. Lehmann & J.J. Sheehan. *An Interrupted Past: German-Speaking refugee Historians in the United States after 1933*. Washington, German Historical Institute, 1991 pp. 188-205.

Cuadro 3. Distribución por Universidades de las cátedras de Historia Medieval dotadas en la Universidad alemana entre 1933 y 1945

Universidad	n.	Universidad	n.
Berlin	2	Kiel	1
Basel	1	Köln	2
Bonn	1	Königsberg	1
Erlangen	1	Leipzig	1
Frankfurt a.M.	2	Marburg	2
Freiburg	4	München	1
Freiburg (Sch)	1	Münster	2
Giesen	2	Prag	2
Göttingen	1	Rostock	1
Graz	1	Strassburg	3
Halle	1	Wien	2
Hamburg	3	Würzburg	1
Heidelberg	1	Possen	1
Jenna	2	Total	43

Fuente: Elaboración propia a partir de Wolfgang J. Weber: *Priester der Klio: Historisch-sozialwissenschaftliche Studien zur Herkunft und Karriere deutscher Historiker und zur Geschichte der Geschichtswissenschaft 1800-1970*. Frankfurt am Main, Peter Lang, 1984; y *Biographisches Lexikon zur Geschichtswissenschaft in Deutschland, Österreich und der Schweiz: die Lehrstuhlinhaber für Geschichte von den Anfängen des Faches bis 1970*. 2 ed., Frankfurt am Main, Peter Lang, 1987.

En 1934, en medievalismo en Berlín está dominado por Erich Caspar –procedente de Freiburg– y Robert Holtzmann –procedente de Halle– quienes, en el contexto de los siguientes años serían substituidos por Rörig y Baethgen. En Viena, Hans Hirsch ocupó la cátedra de historia medieval hasta su fallecimiento en 1940, y pasarían tres años más antes que Leo Santifaller, también formado en el contexto medievalista del Berlín de los *Monumenta*, acometiera la renovación. E. E. Strengel, que había substituido a Kehr en la dirección de los *MGH*, es catedrático en Marburg. Theodor Mayer, quien acabaría substituyendo a Strengel en los *Monumenta*, toma la cátedra que Hermann Heimpel deja libre en Freiburg, y cuatro años más tarde pasa a Marburg para substituir, también en la cátedra, a Strengel.¹¹⁸ En Göttingen, Percy E. Schramm, en Bonn, Max Braubach, y en Tübingen, Heinrich Dannebauer, serán los catedráticos con mayor duración en el cargo, y junto a Fritz Kern, en Bonn, los únicos medievalistas que mantuvieron su cátedra desde antes del nazismo y hasta más allá de control aliado. En definitiva, entre 1933 y 1945 se removieron hasta 43 cátedras de historia medieval.

Alemania no sólo perdió la primacía medievalista que le había conferido en el siglo XIX la *Monumenta Germaniae Historica*, con la que,

¹¹⁸ En 1945 Mayer sería relegado de la dirección de los *Monumenta* por los aliados.

Cuadro 4. Relación de catedráticos de Historia Medieval en la Universidad alemana en 1934

Historiador	Universidad	Años de permanencia	Comentarios, sustituido por:
Eric Caspar (viene de Freiburg)	Berlín	1930-1935	Substituido por Fritz Rörig (1935-1952)
Robert Holtzmann	Berlín	1930-1939	Friderich Baethgen (1939-1947)
Wilhelm Levison	Bonn	1912-1935	Substituido por Walther Holtzmann (1936-1955)
Fritz Kern	Bonn	1922-1947	Richard Nurnberger (1949-1955)
Max Braubach	Bonn	1928-1967	
Hermann Aubin	Breslau	1929-1945	
Leo Santifaller	Breslau	1929-1943	Heinrich Appelt (1944-1945)
Bernhard Schmeidler	Erlangen		E. v. Guttenberg (1921-1936)
Ernst Kantorowicz	Frankfurt a. M.	1932-1934	Paul Kirn (1935-1959)
Georg Kuntzel	Frankfurt a. M.	1914-1934	
Walter Platzhoff	Frankfurt a. M.	1923-1945	Otto Vossler (1946-1967)
H. Heimpel	Freiburg i. B.	1931-1934	Th. Mayer (1934-1938)
Th. Mayer	Giessen	1930-1934	E. V. Guttenberg (1935) Gerd Tellenbach (1938-1942)
A. Hassenclever	Göttingen	1929-1938	E. Botzenhardt (1938-1945)
Percy E. Schramm	Göttingen	1929-1963	
W. Holtzmann	Halle	1931-1936	M. Lintzel (1936-1955)
O. Westphal	Hamburg	1933-1936	O. Vesse (1938-1943) H. Aubin (1946-1954)
Klaus Hampe	Heidelberg	1903-1934	Fritz Ernst (1937-1963)
Harold Steinacker	Innsbruck	1918-1945	
Georg Mentz	Jenna	1900-1935	S. Kaehler (1935-1936) E. Maschke (1938-1942)
Otto Becker	Kiel	1931-1953	K. D. Erdmann (1953-1978)
Fritz Rörig	Kiel	1923-1935	
Martin Spahn	Köln	1920-1940	Peter Rassow (1941-1958)
Gerhard Kallen	Köln	1927-1953	
Johannes Ziekursch	Köln	1927-1944	Th. Schieder (1948-1976)
Friedrich Baethgen	Königsberg	1929-1939	H. Grundmann (1939-1944)
H. Heimpel	Leipzig	1934-1941	E. Maschke (1942-1945)
E. E. Stengel	Marburg	1922-1937 1942-1946	Th. Mayer (1938-1941)
Heinrich Günther	München	1923-1935	Max Buchner (1936-1941)
Anton Eitel	Münster	1927-1941	G. Tellenbach (1942-1944) H. Grundmann (1944-1959)
Heinz Zatscheck	Prag	1934-1945	
Hans Spägenberg	Rostock	1921-1934	Heinz Maybaum (1935-1945)
Heinrich Dannenbauer	Tübingen	1933-1961	
Hans Hirsch	Wien	1926-1940	Heinz Zatscheck (1941-1942) Leo Santifaller (1943-1957)
Max Buchner	Würzburg	1926-1936	W. Engel (1936-1945)a

Fuente: Elaboración propia a partir de Wolfgang J. Weber: *Priester der Klio: Historisch-sozialwissenschaftliche Studien zur Herkunft und Karriere deutscher Historiker und zur Geschichte der Geschichtswissenschaft 1800-1970*. Frankfurt am Main, Peter Lang, 1984; y *Biographisches Lexikon zur Geschichtswissenschaft in Deutschland, Österreich und der Schweiz: die Lehrstuhlinhaber für Geschichte von den Anfängen des Faches bis 1970*. 2 ed., Frankfurt am Main, Peter Lang, 1987.

en último término, pretendía entroncar el proyecto iniciado por el Instituto de Estudios Medievales en 1932 y en el que se integraron enseguida Lacarra, Vázquez de Parga o Ramón Paz Remolar, sino que, en buena medida a causa del nazismo y como respuesta a la *catástrofe*, hubo de reinventarse en los años posteriores. Así, es durante esta llamada hora cero de la historiografía en la que aparece un nuevo grupo de medievalistas que se reinventa en los años cincuenta y sesenta. Algunos de ellos se incorporan al contexto internacional a través de los resortes de la especialidad. Otros, en cambio, y siguiendo una tendencia observable también en un buen número de medievalistas italianos, británicos o españoles, van dejando atrás el periodo medieval y se acercan a la investigación de época contemporánea. Pensamos en Heimpel, en Erdmann, en Conze, pero también en Barraclough, en Vicens Vives...

En definitiva, de haber accedido a la segunda ampliación de estudios, José María Lacarra hubiera hallado otro mundo en disolución y otra batalla de Waterloo. Con la probable diferencia que, en la Alemania imaginada del Würzburg post-mayer, del *viejo Heidelberg* de Keller, Hampe y Baethgen, o del disperso grupo de los *Monumenta*, hubiera carecido de los referentes sólidos de que gozó en París.¹¹⁹

Así las cosas, finalizada su estancia parisina, 1934 se iba a revelar como un punto de inflexión en la trayectoria del joven y prometedor historiador. De una parte, vería publicada la tesis doctoral¹²⁰ que, bajo la dirección de Claudio Sánchez Albornoz, había representado el trabajo de muchos años y que ya hemos mencionado más arriba. Además de algunas notas documentales menores en números anteriores del *Anuario*, Lacarra había sometido su tesis doctoral al refrendo de la sección de instituciones de la Semana de Historia del Derecho Español de 1932, una sección en la que participaron Bloch, Halphen, Lot, Beyerle, Dopsch, Carande o García de Valdeavellano y en cuyo transcurso bien pudo proyectar su futura identidad profesional.¹²¹

¹¹⁹ La descripción del viejo Heidelberg de los años veinte y primeros treinta, en Norman F. Cantor, «The Nazi Twins: Percy E. Schramm and Ernst H. Kantorowicz», en *Inventing the Middle Ages. The lives, works and ideas of the great medievalists of the twentieth century*. New York, W. Morrow, 1991, pp. 79-117.

¹²⁰ Ignoramos si Lacarra conoció la publicación de su tesis en París. La única traza que nos conduce al momento de la publicación del *Anuario* es que el nombramiento de Prieto Bances como Subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública llegó con el número cerrado (p. 509). Teniendo en cuenta que se publicó el 18 de marzo de 1934, es probable que el volumen del *Anuario* correspondiente a 1933 no se viera la luz hasta poco antes o ya después del verano de 1934.

¹²¹ Además de algunas notas documentales menores en números anteriores del *Anuario*, Lacarra había sometido su tesis doctoral al refrendo de la sección de instituciones de

Un año después, en 1935, Marc Bloch, desde las páginas de *Annales* ensalzaría la aportación del historiador español afirmando que «...L'important travail de M^r José M^a Lacarra sur les *fueros* navarrais n'apporte pas seulement de très utiles précisions sure les filiations de ces coutumes; l'exposé qui, incidemment, y est donné de la formation urbaine de Pampelune (p. 214 et suiv.) doit être signalé à tous les historiens des villes...». ¹²²

De otra, se reincorporaría a su destino en el Archivo Histórico Nacional y a sus colaboraciones como auxiliar en la cátedra de Historia Antigua y Medieval de Claudio Sánchez Albornoz en la Universidad de Madrid. Además se involucraría de lleno en la tarea de la compilación de las *Monumenta Hispaniae Historica*, que siguiendo el modelo alemán, no representaban sino el objetivo primordial del Instituto de Estudios Medievales.

Los dos últimos años de la República son, además, un momento de auge del medievalismo, como queda demostrado por el predominio en la investigación, el prestigio de los proyectos institucionales y la dotación de nuevas cátedras de historia medieval. Tanto Á. J. Martín Duque como J. Á. Sesma mencionan las oposiciones a la cátedra de Murcia con fecha prevista en 1936, suspendidas finalmente *a causa de los sucesos de febrero*, y a las que él se presentaba como único candidato. ¹²³ Ejemplo de que la memoria de escuela a veces interfiere en el trabajo del historiador, ambos biógrafos aciertan y se equivocan al tiempo. Entre 1935 y 1936, se plantearon dos concursos de oposición a cátedra de historia medieval en la Universidad de Murcia. Al primero, cátedra de Historia Medieval Universal, que no sería suspendido, corresponde una intrahistoria compleja. Convocado el concurso en turno libre en julio de 1935, en el mes de septiembre uno de los aspirantes, el miembro del CFABA, Ricardo Blasco, solicitó la anulación de la convocatoria, solicitud que fue

la Semana de Historia del Derecho Español, una sección en la que participaron Bloch, Halphen, Lot, Beyerle, Dopsch, Carande o García de Valdeavellano y en cuya jornada pudo probablemente proyectar su identidad profesional. A pesar de que el artículo de Lacarra aparece con el título «Notas para la formación de las familias de los Fueros Navarros» (*AHDE*, X, 1933, pp. 203-272) en el contexto de una segunda entrega de materiales procedentes de la Semana de 1932 resulta evidente que se trata de la publicación de la tesis, no sólo porque coincida con el número de páginas (eliminando la documentación) sino porque a buen seguro, en las jornadas de 1932 a Lacarra no se le hubiera permitido una comunicación tan extensa.

¹²² Cf. «L'Espagne, ses historiens et ses hôtes», *Annales d'Histoire Économique et sociale*, 34, 1935, p. 432. Nótese que un cuarto de siglo más tarde, tras una evolución considerable, el nuevo Lacarra de los últimos años cincuenta acude al Congreso Internacional sobre el alto medioevo, en Spoleto, con una ponencia titulada «Panorama de la historia urbana en la Península Ibérica desde el siglo V al siglo X» abriendo con ello un periodo de tímido acercamiento a enfoques de la historia económica y social siempre a través de sus constantes vitales: documentación e instituciones jurídico-administrativas.

¹²³ Cf. Á. J. Martín Duque, «José María Lacarra y de Míguel», *Anuario de Estudios Medievales...*, art. cit., p. 652; y J. Á. Sesma, «El discreto encanto...», art. cit., p. 71.

denegada, emplazando los ejercicios de oposición para el 17 de enero siguiente. En la última semana de septiembre, se declaraban admitidos como aspirantes a José María Lacarra, Santiago Montero Díaz, Antonio Palomeque Torres y Luis Querol y Roso. En el mes de octubre se nombró un tribunal presidido por Eloy Bullón y formado por Martiniano Martínez (U. de Barcelona), Carmelo Viñas (U. de Santiago) y los catedráticos de Zaragoza León C. Riba y Mariano Usón. Otra reclamación propició la reconfiguración del tribunal en el mes de diciembre, siendo substituido León C. Riba por el también aragonés Eduardo Ibarra (U. de Madrid). Finalmente, una orden ministerial de 22 de febrero nombraba, en virtud de oposición, catedrático de Historia de la Edad Media Universal a Santiago Montero Díaz.¹²⁴ El segundo concurso, esta vez para cubrir la cátedra de Historia de la Edad Media de España, y después de haberse elegido un tribunal que había de dirigir finalmente (23/06/1936) Ramón Prieto Bances (U. de Oviedo), fue suspendido por los sucesos de julio.

Esta dinámica perdura apenas dos cursos hasta el golpe de estado que comenzó la guerra civil.

Poco conocemos de su vida durante el transcurso de la guerra civil, como por lo general, poco conocemos de la historiografía madrileña de esos años.¹²⁵ A falta de investigaciones con documentación de archivo y ante la escasez de informaciones efectivas transmitidas por sus biógrafos, tres circunstancias sobresalen a la hora de analizar su trayectoria. La primera es que, a pesar de no haber salido de Madrid durante la guerra, no fue apartado del servicio tras la toma de la ciudad. En segundo lugar, en 1939 inicia su colaboración con la fundación, en Pamplona, de

¹²⁴ En cambio, el nombramiento no se ejecutó. El 26 de febrero, Cayetano Alcázar, catedrático de Historia de España desde 1926, recibía la orden de acumular la cátedra de Montero Díaz a cambio de una gratificación de 2.000 pts. En cambio, un mes después, a Montero Díaz se le acumulaba la cátedra pendiente de concurso: Historia de España en la Edad Media. El primer semestre de 1936 representa un momento de frenética y no siempre comprensible actividad en materia de provisión de cátedras. El caso más espectacular en esta dirección es la adjudicación, en abril de 1936, a poco de finalizar el curso, de la cátedra de Historia de España de la Universidad de Oviedo al catedrático de Lógica y Teoría del Conocimiento, d. Faustinno L. de la Vallina y Argüelles, en régimen de acumulación.

¹²⁵ Tan sólo el contenido de algunos epistolarios y las referencias dispersas en textos biográficos en los que el joven Lacarra no aparece. A propósito de la disolución del Centro de Estudios Históricos, cf. Prudencio García Isasti, «El Centro de Estudios Históricos durante la guerra civil, 1936-1939», *Hispania*, lvi/9, 194, 1996, pp. 1071-1096. Y a propósito de la depuración universitaria, la tesis doctoral de Jaume Claret Miranda, *La repressió franquista a la Universitat espanyola* (Universitat Pompeu Fabra, 2004, 479 p. Dirigida por Josep Fontana, publicada como *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1939-1945*. Barcelona, Crítica, 2006. De la tesis doctoral, *vid.* las páginas referentes a la Universidad de Madrid, pp. 141-174. A partir de 1939, cf. Carolina Rodríguez López, *La universidad de Madrid en el primer franquismo. Ruptura y continuidad (1939-1951)*. Madrid, Dykinson-Universidad Carlos III de Madrid, 2002.

la Institución Príncipe de Viana, dependiente de la Diputación Foral de Navarra y del Consejo de Cultura Navarra, de la que fue su primer secretario. Y por último, apenas un año después del fin de la contienda, pudo preparar con garantías de éxito su acceso a una cátedra universitaria.

Desde los primeros años cuarenta, las instituciones locales de cultura tuvieron la función de cohesionar la nueva cultura en el territorio. Sus revistas privilegiaron la práctica de la historia erudita con tintes profesionales y es así que un buen número de archiveros de Cuerpo o catedráticos de universidad dirigieron la cultura local desde las páginas de sus revistas.¹²⁶ En este sentido, desde los institutos aragoneses, primero la Institución Fernando el Católico, más tarde el Instituto de Estudios Turolenses, y finalmente el Instituto de Estudios Altoaragoneses, hasta el más alejado de los institutos andaluces, los historiadores tomaron un papel directivo y regulador de las prácticas culturales.

Su función en Pamplona le permitió un primer anclaje con la cultura oficial. José María Lacarra fue el primer secretario de la Institución y el principal promotor de los contenidos de la revista, aunque la dirección de la revista recayera en Manuel Irigoyen. Así permaneció manifiestamente hasta varias décadas más adelante, cuando Antonio Ubieto le substituyera también en Príncipe de Viana.¹²⁷

Las oposiciones a la cátedra de Historia Medieval de la Universidad de Zaragoza de noviembre de 1940 deben ser analizadas en el continuo de las oposiciones a cátedra de historia, al menos, de los primeros años cuarenta, en el marco de la reconstrucción del academicismo.¹²⁸ A pesar

¹²⁶ Hemos dedicado una parte considerable de nuestros estudios a esta cuestión, por lo que evitaremos profundizar en su desarrollo histórico. Cf. Miquel À. Marín Gelabert, «Estado, historiografía e institucionalización local: una primera aproximación al Patronato Cuadrado», *Mayurqa*, 24, 1997-1998, pp. 133-154; «Por los infinitos rincones de la patria...». La articulación de la historiografía local en los años cincuenta y sesenta», en Pedro Rújula & Ignacio Peiró (eds.), *La Historia Local en la España Contemporánea*, Barcelona, L'Avenç-Universidad de Zaragoza, 1999, pp. 341-378; «La investigación histórica en la Universidad de Zaragoza, 1955-1970», en Ignacio Peiró & Pedro Rújula (eds.), *En construcción. Historia local contemporánea*, Daroca, Centro de Estudios Darocenses-Institución Fernando el Católico, 2003, pp. 457-510 y por último, *Los historiadores españoles en el franquismo...*, *op. cit.*

¹²⁷ Cf. L. J. Fortún, «Los siglos altomedievales en la revista Príncipe de Viana», *Príncipe de Viana*, 200, 1993, pp. 573-584; José María Romera, «Cincuenta años de Príncipe de Viana (1940-1990)», *Príncipe de Viana*, LI, 1990, pp. 7-20. La Institución Príncipe de Viana nació con el objetivo de velar por el Patrimonio Histórico y Artístico de Navarra en un momento anterior a la reorganización de la administración del Estado en esta materia. Así, una orden ministerial de 11 de noviembre de 1940, autorizaba a la Diputación Foral de Navarra a que, a conservar y restaurar por iniciativa propia a través de la institución para mayor bien de la cultura patria.

¹²⁸ Cf. Gonzalo Pasamar, «La formación de la historiografía profesional en los inicios del franquismo (Academicismo y legitimación)», *Perspectiva Contemporánea*, 1, 1988, pp. 135-149; «Oligarquías y clientelas en el mundo de la investigación científica: el CSIC en la Universidad de posguerra» en J.J. Carreras Ares & M. A. Ruiz Carnicer (eds.), *La*

de que en 1936 existiera un proceso que tendía a la especialización de la investigación y también de las cátedras, la ruptura bélica determinó la erradicación de las iniciativas culturales anteriores, de quienes las habían impulsado y de las ideas que las habían inspirado. Por lo que tiene que ver con la implantación académica, además de la depuración universitaria, ya estudiada por Jaume Claret, que determinó la *ocupación* de la universidad, se produjo todo un nuevo proceso de provisión de cátedras que generó una burocracia desbordante. Desde una perspectiva más amplia, los primeros cuarenta son un momento de reordenamiento, pero no son en ningún caso unos años determinantes para la suerte del medievalismo, mucho más influido por las promociones de los años cincuenta. Además, no debemos olvidar que el objetivo esencial era *ser* catedrático. Y en este sentido, el título de la cátedra no dejaba de ser un marco referencial. Una vez *en la plaza*, y dependiendo de la universidad en la que se recayera, era muy probable que la docencia acabara implicando las materias más diversas. Por esta razón, los aspirantes se presentaban a cátedras tan distantes como las universales y las de arqueología, las de medieval o las de contemporánea. Y los miembros del tribunal, a pesar de que en el primer franquismo se llegó a sobrerreglamentar las idoneidades en la formación de tribunales, hacían que prácticamente cualquier catedrático pudiera ser nombrado para cualquier concurso de oposición.

Los catedráticos de historia de la Universidad de Zaragoza en los años treinta formaban un grupo con cierta influencia estatal y sin duda con un currículo relevante. Dos catedráticos de historia de España, Andrés Giménez Soler (1869-1938) y José Salarrullana (1867-1955), y dos catedráticos de historia universal, Mariano Usón (1889-1944) y León C. Riba García (1872-1949), sin olvidar al catedrático de Latín Pascual Galindo Romeo (1892-1990), que habían auspiciado un buen número de investigaciones y publicaciones de corte medievalista, entre las que destaca la iniciativa de los Congresos de Historia de la Corona de Aragón.¹²⁹ E igualmente no debemos olvidar los trabajos medievalistas de aragoneses instalados en otras Universidades: Eduardo Ibarra (1866-1944) o José M. Ramos Loscertales (1890-1956). Dos de los catedráticos de historia en Zaragoza, Usón y Riba, participaron en buena parte de los primeros tribunales del nuevo régimen.¹³⁰

universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975), Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1991, pp. 305-340; e *Historiografía e ideología en la postguerra española...*, *op. cit.*

¹²⁹ Cf. Eloy Fernández Clemente, «Sobre los orígenes de la moderna historiografía medieval aragonesa: el II Congreso de Historia de la Corona de Aragón», *art. cit.*; e Ignacio Peiró Martín, «Historia de la historiografía: fuentes y metodología de trabajo» en *Metodología de la investigación científica sobre fuentes aragonesas. Vol. X*. Zaragoza, I.C.E., 1996, pp. 21-64.

¹³⁰ La depuración de la Universidad de Zaragoza en Jaume Claret Miranda, *La repressió franquista a la Universitat espanyola...*, *op. cit.*, pp. 291-312.

Cuadro 5. Aspirantes a concurso de oposición a cátedra de Historia en 1940-1941

Panel 1

Cátedra	Historia Antigua, Universal y de España	Historia Universal de la Edad Media	Historia Universal, Antigua y Media	Historia de España	Historia de España, Edad Media	Historia Universal
Universidad	Santiago	Valladolid	Sevilla	Valladolid	Zaragoza	Madrid
Turno	Auxiliares	Libre		Auxiliares		
Orden ministerial	O. 20/9/1940 O. 27/9/1940 O. 6/10/1940	O. 20/9/1940 O. 7/10/1940	O. 20/9/1940 O. 7/10/1940 (L)	O. 20/9/1940	O. 20/9/1940 O. 6/10/1940	O. 8/03/1941
Aspirante	Vicens Vives, Jaime	Álvarez Rubiano, Pablo	Álvarez Rubiano, Pablo	Álamo y del Álamo, Juan del	Álamo y del Álamo, Juan del	Montero Díaz, Santiago
Aspirante	Almagro Basch, Martín	Ballesteros Gaibrois, Manuel	Ballesteros Gaibrois, Manuel	Ruméu de Armas, Antonio	Ruméu de Armas, Antonio	Palomeque Torres, Antonio
Aspirante	Álvarez Rubiano, Pablo	Ferrari Núñez, Ángel	Valle Abad, Federico	Esteve Barba, Francisco	Esteve Barba, Francisco	
Aspirante	Esteve Gálvez, Francisco	Valle Abad, Federico	Palomeque Torres, Antonio	Ballesteros Gaibrois, Manuel	Ballesteros Gaibrois, Manuel	
Aspirante	Esteve Barba, Francisco	Palomeque Torres, Antonio	Esteve Gálvez, Francisco	Lacarra y de Miguel, José M.	Lacarra y de Miguel, José M.	
Aspirante	Ballesteros Gaibrois, Manuel	Esteve Barba, Francisco	Vicens Vives, Jaime	Sosa Pérez, Luis	Sosa Pérez, Luis	
Aspirante		Vicens Vives, Jaime		Vicens Vives, Jaime	Vicens Vives, Jaime	
Aspirante				Álvarez Rubiano, Pablo	Álvarez Rubiano, Pablo	
Aspirante				Calzada Rodríguez, Luciano de	Calzada Rodríguez, Luciano de	
Aspirante				Calvo Serer, Rafael	Calvo Serer, Rafael	
Aspirante				Pérez Villanueva, J.	Pérez Villanueva, J.	
Aspirante				Genovés Amorós, Vicente	Genovés Amorós, Vicente	
Aspirante				Uría Riu, Juan	Uría Riu, Juan	
Aspirante				Palomeque Torres, Antonio	Palomeque Torres, Antonio	

Panel 2

Cátedra	Historia de España	Historia Universal, Antigua y Media	Historia Universal, Moderna y Contemporánea	Historia Universal, Moderna y Contemporánea	Historia Universal
Universidad	Granada	Madrid	Sevilla	Valencia	Valencia
Turno	Auxiliares		Libre	Libre	Auxiliares
Orden ministerial	O. 8/1/1941 O. 18/3/1941	O. 17/4/1941	O. 20/7/1941 O. 18/8/1941	O. 18/8/1941	O. 20/9/1940
Aspirante	Sánchez Bella, Ismael	Montero Díaz, Santiago	Sánchez Bella, Ismael	Sánchez Bella, Ismael	Yela Utrilla, J. F.
Aspirante	Rumeu de Armas, Antonio	Palomeque Torres, Antonio	Rumeu de Armas, Antonio	Rumeu de Armas, Antonio	Palomeque Torres, Antonio
Aspirante	Esteve Barba, Francisco		Álvarez Rubiano, Pablo	Álvarez Rubiano, Pablo	Álvarez Rubiano, Pablo
Aspirante	Gamir Sandoval, Alfonso		Rodríguez Casado, Vicente	Rodríguez Casado, Vicente	Calvo Serer, Rafael
Aspirante	Calzada, Luciano de la,		Genovés Amorós, Vicente	Genovés Amorós, Vicente	Ballesteros Gaibrois, Manuel
Aspirante	Álvarez Rubiano, Pablo		Calvo Serer, Rafael	Calvo Serer, Rafael	Vicens Vives, Jaime
Aspirante	Palomeque, Antonio				Pérez Villanueva, J.
Aspirante	Genovés, Vicente				Genovés Amorós, Vicente
Aspirante	Masià de Ros, M ^a Ángeles				Valle Abad, Federico
Aspirante	Apraiz Buesa, Odón				

Cuadro 6. Provisión de Cátedras de Historia Medieval, Tribunales, 1940-1941

Panel 1

Cátedra	Historia Universal de la Edad Media	Historia Universal, Antigua y Media	Historia Universal, Antigua y Media	Historia de España, Edad Media
Universidad	Valladolid	Sevilla	Sevilla	Zaragoza
Turno	Libre	Previo de traslado	Libre	Auxiliares
Orden ministerial	O. 28/8/1940	O. 28/8/1940	O. 19/9/1940	O. 28/8/1940
Presidente	León C. Riba (CSIC- U. Zaragoza)	C. A. González Palencia (U. Madrid)	C. A. González Palencia (U. Madrid)	Antonio de la Torre (U. Barcelona-CSIC)
Vocal	Jesús Pabón (U. Madrid)	Fernando Valls (U. Barcelona)	Fernando Valls (U. Barcelona)	Mercedes Gaibrois (RAH)
Vocal	Santiago Montero (U. Murcia)	Manuel Ferrandis (U. Valencia)	Mariano Usón (U. Zaragoza)	Fernando Valls (U. Barcelona)
Vocal	Antonio Marín (U. Granada)	Santiago Montero (U. Murcia)	Santiago Montero (U. Murcia)	Justo Pérez de Urbel (CSIC)
Vocal	José Camón (U. Zaragoza)	Julio Martínez Santa-Olalla (U. Santiago)	Julio Martínez Santa-Olalla (U. Santiago)	Carmelo Viñas Mey (U. Santiago)
Presidente S	Vicente Castañeda (RAH-CSIC)	Eduardo Ibarra (CSIC)	Eduardo Ibarra (CSIC)	Miguel Gómez Campillo (AHN-CSIC)
Vocal S	Ciriaco Pérez Bustamante (U. Santiago)	Pascual Galindo (U. Zaragoza)	Pascual Galindo (U. Zaragoza)	Blas Taracena (MAN)
Vocal S	José Ferrandis (U. Madrid)	Mariano Usón (U. Zaragoza)	Manuel Ferrandis (U. Valencia)	José López Ortiz (Universidad de Madrid)
Vocal S	J. M. Igual (Catedrático de Instituto)	Joaquín Baró (U. Valencia)	Joaquín Baró (U. Valencia)	Juan Contreras (U. Valencia)
Vocal S	Fernando Arranz (Catedrático de Instituto)	Modesto Jiménez (Catedrático de Instituto)	Modesto Jiménez (Catedrático de Instituto)	José Vallejo (U. Sevilla)

Panel 2

Cátedra	Historia de España	Historia Universal, Antigua y Media	Historia Universal, Moderna y Contemporánea	Historia Universal
Universidad	Granada	Madrid	Sevilla	Granada
Turno	Auxiliares	Libre	Libre	Libre
Orden ministerial	O. 24/4/1941	O. 24/03/1941	O. 13/16/1941	O. 26/11/1941
Presidente	Torre, Antonio de la (CSIC, U. Madrid)	Riba, León C. (CSIC)	Riba, León C. (CSIC)	Ballesteros
Vocal	Lasso, Miguel (U. Zaragoza)	Pabón, Jesús (Madrid)	Pabón, Jesús (Madrid)	Pabón, Jesús (Madrid)
Vocal	Pérez Bustamante, C. (com. Madrid)	Usón, Mariano (U. Zaragoza)	Pérez Bustamante, C. (U. Valladolid)	Pérez Bustamante, C. (U. Valladolid)
Vocal	Alcázar, Cayetano (com. Madrid)	Pérez Bustamante, Ciriacó (U. Vad., com. Madrid)	Baró, Joaquín (U. Barcelona)	Montero Díaz, Santiago (U. Madrid)
Vocal	Ferrandis Torres, M. (U. Valladolid)	Baró, Joaquín (U. Val, com. Barcelona)	Manzano Manzano, Juan (U. Sevilla)	Usón, Mariano (U. Zaragoza)
Presidente S	Marín Ocete, Antonio (U. Granada)	Ibarra, Eduardo (CSIC)	Ibarra, Eduardo (CSIC)	Ibarra, Eduardo (CSIC)
Vocal S	Valls, Fernando (Agr. Prov. Barcelona)	Martínez, Martiniano (jubilado)	Casado García, José (Jubilado)	Baró, Joaquín (U. Barcelona)
Vocal S	Viñas, Carmelo (Agr. Prov. Madrid)	Alcázar, Cayetano (U. Valencia)	Valls, Fernando (U. Barcelona)	Valls, Fernando (U. Barcelona)
Vocal S	Pérez Villanueva, J. (Agr. Prov. Madrid)	Valls, Fernando (U. Barcelona)	Ferrandis Torres (U. Valladolid)	Almagro, Martín (U. Santiago)
Vocal S	Pérez de Urbel, J. (CSIC)	Viñas, Carmelo (U. Vad, com. Madrid)	Usón, Mariano (U. Zaragoza)	Ballesteros, Manuel (U. Valencia)

Así las cosas, en 1940 salen a concurso varias cátedras generalistas de historia en Zaragoza, Valladolid, Granada, Sevilla, Madrid, Barcelona o Valencia. La dinámica de la provisión en este primer momento, priorizaba el concurso de méritos sobre el concurso de traslado que propició el movimiento del grupo de los más cercanos al régimen hacia las universidades mayores, y el turno de auxiliares las para cátedras de desarrollo en universidades periféricas. Es en virtud de los concursos de traslado que historiadores como el Marqués de Lozoya, Jesús Pabón, Antonio de la Torre, Carmelo Viñas, Santiago Montero, Cayetano Alcázar o Ciriaco Pérez Bustamante pasarán de universidades menores, p.e. como Murcia o Santiago, a Barcelona o Valencia, y finalmente a la de Madrid, a través de la figura de la agregación en comisión, después con cátedra en propiedad.

En los meses de mayo y junio de 1936 se habían tramitado algunos concursos de oposición, como el de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Madrid,¹³¹ o el ya mencionado de Historia medieval de España de la Universidad de Murcia, que quedaron congelados por el ínterin bélico.

Una vez la burocracia universitaria retomó su velocidad de crucero se dotó un número considerable de cátedras, y entre ellas, las medievalistas o generalistas a las que se presentaron especialistas en historia medieval. Estamos pensando en cátedras como la de Historia Universal de la Edad Media en la Universidad de Valladolid, la de Historia Universal, Antigua y Media de la Universidad de Sevilla o la de Historia de España, Edad Media, de la Universidad de Zaragoza.

Los tribunales nombrados en estos años contaron en realidad con un número limitado de integrantes, que se fueron repitiendo hasta bien entrada la década de los años cuarenta, cuando, por razones biológicas y por el ascenso del nuevo academicismo regulado en el entorno del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, se establecieron de nuevo las jerarquías políticas de la profesión. Una tipificación más bien superficial distinguiría rápidamente tres grupos. Los *seniors*, catedráticos en los últimos años de su trayectoria universitaria, nacidos en el entorno de 1880, estarían representados por Usón, Riba, Antonio Ballesteros, J. J. Baró, Fernando Valls Taberner, o Cándido A. González Palencia y, nombrados como suplentes pero que actuaron en ocasiones, el aragonés Eduardo Ibarra o Martiniano Martínez. Diez años después ninguno formaría parte del escalafón. Un segundo grupo sería el formado por quie-

¹³¹ La cátedra existía con anterioridad y pertenecía a Eduardo Ibarra, pero fue desdoblada en 1935 poco antes de su jubilación en enero de 1936. Ibarra pasó a ser catedrático de Historia Moderna. El nombramiento del tribunal para juzgar los ejercicios de este concurso tiene como característica novedosa que su Presidente, miembro del Consejo Nacional de Cultura, era Doña María de los Dolores Cebrián. Renunció por motivos de salud y fue substituida por el propio Eduardo Ibarra, quien debería juzgar junto a León C. Riba, Jesús Pabón, Joaquín Baró y Ciriaco Pérez Bustamante.

nes habían accedido a la cátedra en los años veinte y, desde la jerarquía que les confería el nuevo poder político, iban a regular sectores de la profesión en las décadas siguientes: Jesús Pabón, Ciriaco Pérez Bustamante, Cayetano Alcázar, Carmelo Viñas, Juan Contreras (marqués de Lozoya). Finalmente, el tercer grupo, estaría formado por catedráticos recién nombrados y de confianza absoluta que, desde universidades menores, pasaron rápidamente a universidades mayores: Montero Díaz, Martín Almagro o Manuel Ballesteros.

Quienes optaron a las nuevas cátedras forman también un grupo reducido y repetido. Casi en su totalidad, accedieron en los años cuarenta a la cátedra universitaria. Así, Ángel Ferrari,¹³² Manuel Ballesteros,¹³³ Martín Almagro,¹³⁴ José María Lacarra,¹³⁵ Antonio Palomeque,¹³⁶ Vicente Rodríguez Casado,¹³⁷ Antonio Rumeu de Armas,¹³⁸ Luciano de la Calzada,¹³⁹ o Pablo Álvarez Rubiano,¹⁴⁰ lo hacen en las oposiciones celebradas hasta 1942. Otros, que no cejaron en su empeño de acceder a la cátedra, lo harían antes de 1950. Son Alfonso Gamir o Jaime Vicens Vives. Sin embargo, desde este momento y hasta mediada la década de los cincuenta, las únicas cátedras correspondientes a prácticas medievalistas que saldrían a concurso serían las de Paleografía y Diplomática, que acabarían siendo obtenidas por Ángel Canellas, la de Zaragoza, y C. A. Floriano Cumbreño, la de Oviedo.

No podemos pasar por alto algo que deviene de gran significación. Al final de la década de los cuarenta, Ballesteros, Uría, Lacarra y Calzada son decanos de las Facultades de Filosofía y Letras de Valencia, Oviedo, Zaragoza y Murcia. Esto, unido a que en el mismo momento, Floriano y Canellas ya habían sido decanos, muestra la implantación académica de este grupo de nuevos catedráticos.

En conclusión, los méritos de José María Lacarra a la hora de opositar son los propios de la élite de los jóvenes medievalistas del momento. Atesora –aunque pocas– publicaciones. Posee experiencia docente gracias a su colaboración en la cátedra de un Claudio Sánchez Albornoz quien, activo parlamentario desde 1932, director de un Instituto en el CEH e historiador productivo, no podía en los treinta mantener el ritmo

¹³² Historia Universal Edad Media, Universidad de Madrid, 6 de noviembre de 1940.

¹³³ Historia Universal, Universidad de Valencia, 11 de noviembre de 1940.

¹³⁴ Historia Antigua Universal y de España, Universidad de Santiago, 25 de octubre de 1940.

¹³⁵ Historia de España, Edad Media, Universidad de Zaragoza, 23 de noviembre de 1940.

¹³⁶ Historia Universal, Universidad de Granada, 3 de junio de 1942.

¹³⁷ Historia Universal, Moderna y Contemporánea, Universidad de Sevilla, 3 de junio de 1942.

¹³⁸ Historia de España, Universidad de Granada, 28 de mayo de 1942.

¹³⁹ Historia de España, Universidad de Murcia, 28 de mayo de 1942

¹⁴⁰ Historia Universal, Moderna y Contemporánea, Universidad de Zaragoza, 22 de diciembre de 1942.

docente de los años veinte. Ha sido distinguido con la formación en el extranjero en un lugar y a través de una especialidad que, contrariamente, no puede ser considerada *extranjerizante*. Su implicación en el *Anuario* nunca llegó a la complicidad política e intelectual de Sánchez Albornoz, Prieto Bances u Ots Capdequí, quienes sí sufrieron las consecuencias. Colabora en una Institución local de cultura creada para mayor gloria del régimen. Además, es miembro del CFABA, y su trayectoria investigadora, centrada en la recuperación y análisis jurídico-documental, no ha rozado ninguno de los aspectos más sensibles de la nueva cultura impuesta por las armas. Así pues, además de méritos suficientes para obtener una cátedra, no posee impedimento alguno.

El 27 de septiembre, son finalmente admitidos a concurso junto a José María Lacarra, Juan del Álamo y del Álamo, Jaime Vicens Vives, Luis de Sosa, Pablo Álvarez Rubiano, Luciano de la Calzada, Manuel Ballesteros Gaibrois y Francisco Esteve Barba. Desconocemos todavía la intrahistoria de los ejercicios de oposición. A falta de ulteriores investigaciones en el Archivo General de la Administración, tan sólo conocemos la composición del tribunal, formado por De la Torre como Presidente, y Fernando Valls (U. Barcelona), Mercedes Gaibrois (RAH), Pérez de Urbel (CSIC) y Carmelo Viñas (U. Santiago) como vocales. Conocemos, además, el contenido de una carta conservada en el Archivo de la Real Academia de la Historia, en la que Santiago Montero Díaz intercede en favor de Lacarra ante Mercedes Gaibrois, afirmando su posicionamiento político de la siguiente forma: *su conducta en la zona roja, no solamente merece la depuración sin sanción, sino que merecería en rigor una recompensa por la pureza de su actuación y por la adhesión probada al Movimiento Nacional. Aparte de cuanto Vd. conoce, (relación con la zona nacional para el envío de objetos de arte, salvación de objetos preciosos y bibliotecas, negativa a colaborar con las autoridades rojas, etc.) yo podría añadir detalles tan espléndidos como el de acercarse espontáneamente a mí en Valencia, durante el año 37, en una época en que yo vivía bajo un nombre supuesto, estaba buscado por la policía roja, destituido de mi cátedra y en que catedráticos de la Universidad –hoy depurados sin sanción– y amigos nuestros se negaron a recibirme en su casa...*¹⁴¹

Cuando José María Lacarra y de Miguel es nombrado el 23 de noviembre de 1940 catedrático de «Historia de España, Edad Media»¹⁴² de la Universidad de Zaragoza, el medievalismo español en su conjunto estaba inmerso en un viraje que le ocuparía varias décadas. Los referentes

¹⁴¹ Carta de Santiago Montero a Díaz a Mercedes Gaibrois, Madrid, 25 de octubre de 1940. Cf. Archivo de Doña Mercedes Gaiboris Riaño, Real Academia de la Historia, Correspondencia 1936-1942, carta 4, signatura 9/8161, sobre 4/5.

¹⁴² Fue un otoño feliz para los Lacarra, puesto que desde el 30 de septiembre, Esperanza Ducay Bermejo, su esposa, era, también por oposición, catedrática de instituto (Latín).

de este nuevo medievalismo: pueblo, héroes, imperio, reconquista, pauta castellana... iban a imponerse gracias a historiadores como Ramón Menéndez Pidal,¹⁴³ Fray Justo Pérez de Urbel¹⁴⁴ y Antonio de la Torre,¹⁴⁵ entre muchos otros. Precisamente Antonio de la Torre y del Cerro, que había pasado de la Universidad de Barcelona, donde había dirigido la tesis de Jaime Vicens Vives, al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, ocuparía finalmente la cátedra que Sánchez Albornoz había dejado al partir hacia el exilio y de la que José María Lacarra había sido auxiliar, y sería su principal interlocutor en Madrid.

Se cerraba así una década en la que se había producido la profesionalización definitiva del historiador en España, con la historia medieval como punta de lanza, y el historiador medievalista como guardián del *método*. Pero lo hacía después de una guerra civil que había liquidado el proyecto del Centro de Estudios Históricos substituyéndolo por un imperial Consejo Superior de Investigaciones Científicas; y había expulsado a Altamira, Bosch Gimpera, Ots Capdequí o Sánchez Albornoz,¹⁴⁶ substituidos por los Martínez Santa-Olalla, Martín Almagro, Ciriaco Pérez Bustamante o Antonio de la Torre.

No era lo único que se substituíía, también el europeísmo de las décadas anteriores dejaba por unos lustros su sitio a la autarquía y la cerrazón cultural. En los siguientes años, el medievalista debía de asegurar el terreno sobre el que pisaba y debía guardarse de errar en la elección de la referencia disciplinar o de la bibliografía foránea utilizada. Gran cantidad de autores desaparecieron de las bibliografías universitarias y sus libros, de las recensiones en las revistas del Consejo. La figura de Sánchez Albornoz no sería recuperada, aunque modestamente, por sus discípulos hasta la segunda mitad de los cuarenta.¹⁴⁷

¹⁴³ Vid. dos versiones diferentes de una valoración intelectual en Joaquín Pérez Villanueva, *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo*. Madrid, Espasa-Calpe, 1991; y Peter Linehan, «The Court Historiographer of Francoism? *La leyenda oscura* of Ramón Menéndez Pidal». *Bulletin of Hispanic Studies*, LXXIII, 1996, pp. 437-450.

¹⁴⁴ Clemente de la Serna, «Fray Justo Pérez de Urbel», *Studia Silensia. III. Homenaje a Fray Justo Pérez de Urbel*, vol.I, Burgos, Abadía de Silos, 1976, pp. 23-108; y Tomás Moral, «Fray Justo Pérez de Urbel y el Medioevo. In Memoriam (1895-1979)», *Anuario de Estudios Medievales*, 15, 1985, pp. 599-607.

¹⁴⁵ Antonio Rumeu de Armas, «In Memoriam. Don Antonio de la Torre (1878-1966)», *Hispania*, 104, 1966, pp. 483-488; Ramón Paz, «Bibliografía de Don Antonio de la Torre (1878-1966)», *Hispania*, 104, 1966, pp. 489-494; y s.v. «Torre y del Cerro, Antonio de la», *Diccionario Akal. Historiadores españoles contemporáneos...*, op. cit., pp. 622-623.

¹⁴⁶ Cf. Mariano Peset, «Tres historiadores en el exilio, Rafael Altamira, José M^a Ots Capdequí y Claudio Sánchez Albornoz», en Manuel Tuñón de Lara (ed.), *El primer franquismo. V Coloquio de Historia Contemporánea de España*, Madrid, Siglo XXI, 1989, pp. 211-243.

¹⁴⁷ Luis Vázquez de Parga firmó las primeras recensiones a nuevas obras del maestro en en *Anuario* en 1945 (XVI, pp. 814-817) y en la revista *Hispania*, en el número 37 (IX, 1949, pp. 663-666).

Sin embargo, de la experiencia del sexenio republicano, Lacarra extraerá algo que pondrá en práctica en los años siguientes y que podríamos llamar *modelo de profesionalización*. Frente a la ideologización y la publicística del entorno, el joven historiador estellés abordó la etapa siguiente de su trayectoria con un proyecto que sentaría las bases de la profesionalización del medievalismo en Aragón y Navarra. En primer lugar, con su propio asentamiento docente a través de la cátedra. En segundo lugar, a través de la consolidación y el control sobre un instituto de investigación que, con los años, le proveería de colaboradores, becarios y presupuesto para acopiar y sistematizar las fuentes y la bibliografía especializada. Frente a la prioridad de consolidar los valores culturales de la España imperial, promovió la excelencia por el método y el dominio de las fuentes. Además, mediante la gestión de dos publicaciones periódicas (una académica, otra local), que le permitían dar salida a las investigaciones y entrada a las noticias profesionales y las novedades bibliográficas. Y por último, con su compromiso personal como vocal en el Patronato Marcelino Menéndez Pelayo del CSIC. En definitiva, un modelo que conectaba, en la medida de lo posible con principios y actitudes de la etapa anterior sin entrar en conflicto con el falangismo universitario y con la cultura impuesta por el nuevo régimen.

JOSÉ ANTONIO MARAVALL

entre el medievalismo cultural y el historiográfico*

Francisco Javier Caspístequi
Universidad de Navarra

«Hace quince años [1950], bajo las bóvedas de la catedral de Auxerre, impresionantes en tanto que manifestación de una capacidad técnica, bellas como resultado artístico, el autor de estas páginas leía una breve y bien compuesta monografía sobre ese monumento. En ella encontró citado un testimonio del estado de espíritu con que sus constructores emprendieron la obra nueva de tan hermoso edificio gótico.»¹

El medievalismo entre la ensoñación y la utilidad

En 1888 William Morris (1834-1896) publicó *El sueño de John Ball*. Sus páginas reflejaban la idealizada visión de un tiempo pasado, perdido definitivamente, pero cuyo encanto perduraba elevado a la condición de mito.² No se trataba de una mera ensoñación, sino de la voluntad de convertir ese tiempo alejado en un futuro más justo, en referencia para la acción. A lo largo del siglo XIX se produjo en Europa un rescate de la Edad Media como alternativa a un tiempo cuya progresiva aceleración resultaba incómoda;³ un tiempo cuyas pautas y esquemas tanto rompían con el más cadencioso *fluir* del Antiguo Régimen. A su vez, este interés despertó el de unos nuevos profesionales, los historiadores, que comenzaron a prestar atención creciente hacia los tiempos medievales

* El historiador vive en un contexto que explica una parte importante de su reflexión y de su escritura. En el contexto de quien firma estas páginas las influencias de Ignacio Olabarri y Jesús Longares forman una base insustituible. Sobre ella descansa la amistad iluminadora y sugerente de Ignacio Peiró y la complicidad con Miquel Marín. Alrededor, además, las inspiraciones inducidas por la sabiduría de Mauro Moretti y Esteban Sarasa. De todos ellos es lo que haya de bueno en estas páginas. El resto, del firmante.

¹ José Antonio Maravall, *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966, p. IX.

² Recientemente se han traducido algunas de sus obras al castellano: *El sueño de John Ball*, Barcelona, Barataria, 2007; *La reina campesina/La casa de los lirios*, Barcelona, Siete Noches, 2007.

³ Leslie Workman, «Preface», *Studies in Medievalism*, 8 (1996), p. 1.

alejándose del modelo del aficionado erudito.⁴ La intersección de ambos intereses mostró la curiosidad que existía hacia la Edad Media entre un creciente público lector. De hecho, en el Reino Unido, la conservación del pasado medieval alcanzó niveles de tarea nacional, y durante el prolongado período victoriano se reconstruyó una imagen del medievo que fue transmitida a través de muy diversos caminos. El público, encandilado por las novelas de Walter Scott o William Harrison Ainsworth y por los grabados que acompañaban sus cada vez mayores tiradas, comenzó a reclamar el acceso a los lugares en los que se conservaba esa herencia histórica.⁵ El movimiento del *National heritage* o el de *Arts and crafts* desarrolló una indudable capacidad de atracción, se recuperó con fuerza el gótico como estilo arquitectónico «nacional»,⁶ y se reivindicaron las bondades del mundo rural:

the rural past was preferable to the urban present, and the contemporary English countryside was idyllic yet beleaguered. It was idyllic because, in contrast to the squalor and deprivation of the towns, it was the very embodiment of decency, Englishness, national character and national identity. But it was beleaguered because it was more than ever threatened by the forces of modernity.⁷

Todo ello comenzó a repercutir en el resto de Europa, bien a través de la literatura, bien de un genérico interés por lo histórico, y por

⁴ Un ejemplo significativo es el de Frederic Maitland (1850-1906). Véanse, al respecto, Philippa Levine, *The amateur and the professional. Antiquarians, historians and archaeologists in Victorian England, 1838-1886*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; Elizabeth A. Fay, *Romantic Medievalism: History and the Romantic Literary Ideal*, Gordonsville, VA, Palgrave Macmillan, 2002, p. 6; Natalie Fryde, «Frederic William Maitland (1850-1906)», en: Jaume Aurell y Francisco Crosas (eds.), *Rewriting the Middle Ages in the Twentieth Century*, Bruselas, Brepols, 2005, pp. 25-33.

⁵ Peter Mandler, *History and national life*, Londres, Profile Books, 2002, pp. 23-30. Es revelador el «uso» de Robin Hood por autores como John Keats, el propio Scott, o Thomas Love Peacock: «In various ways they brought together the noble status and inherent dignity of the gentrified outlaw with the vigor and dynamic meaning of the old social bandit, and they did this not simply in terms of narrative, but also, preeminently, in terms of values. The noble bandit now came to symbolize values central to the nineteenth and even twentieth centuries –especially ideals of national identity, masculine vigor and natural value» (Stephen Knight, *Robin Hood: A Mythic Biography*, Ithaca, Cornell University Press, 2003, pp. 100-1).

⁶ David Cannadine, «Parliament: the palace of Westminster as the palace of varieties», en su *In Churchill's shadow. Confronting the past in modern Britain*, Londres, Penguin, 2003 (ed. original, 2002), pp. 3-25.

⁷ David Cannadine, *In Churchill's shadow*, p. 226. Señala Carl Schorske: «El dios dinero quería redimirse a sí mismo poniéndose la máscara de un pasado preindustrial que no era suyo» (*Pensar con la historia. Ensayos sobre la transición a la modernidad*, Madrid, Taurus, 2001 –ed. original: *Thinking with History. Explorations in the Passage to Modernism*, Princeton, Princeton University Press, 1998–, p. 90).

un creciente impulso ruralista. No se trataba solamente de un reflejo conservador, incluso tradicionalista, sino que apareció también una reivindicación del pasado medieval desde sectores radicales o claramente socialistas, como muestra el ya citado William Morris o John Ruskin (1819-1900), creador del término «medievalismo». En definitiva, el pasado era útil, servía para nacionalizar a las masas, «giving the people a long pedigree of blood and culture, reaching back many centuries, history conveyed to the powerless and disenfranchised a tremendous sense of entitlement and potential for the future».⁸ Y en ese marco, el recurso a tiempos medievales era todavía más útil:

Tory authors and historians looked to the medieval period for feudal paternalism and an interdependent community as a solution to economic crisis and class unrest; Whigs located a primitive democracy in the medieval village, and more particularly in pre-Norman medievalism, while the feudal system at large provided a contractual system that ensured individual liberties. Yet Whiggish and radical uses of the past, like Enlightenment antiquarian ones, located the discontinuities of the past through a scientific and theoretic lens, while Tory and nationalist ones insisted emotionally on the historical and cultural continuities that must not be erased or forgotten.⁹

Esta tendencia medievalizante se desarrolló en otros países, como Alemania, con la recuperación de los elementos vinculados a la Hansa o a la orden teutónica entendidos como antecedentes del prestigio del presente;¹⁰ en Francia, especialmente vinculada a la recuperación tras la derrota de 1870 y, por tanto, fácilmente legible desde posiciones políticas e ideológicas contrapuestas;¹¹ y también en España, ya desde fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, como justificación de la necesaria

⁸ Peter Mandler, *History and national life*, p. 22; Leslie J. Workman y Kathleen Verduin (eds.), *Medievalism in Europe*, II, Cambridge, D.S. Brewer, 1997.

⁹ Elizabeth A. Fay, *Romantic Medievalism*, p. 1. Esta es la idea que expresaba Santiago Montero Díaz en el capítulo «El medievalismo en el espíritu europeo», de su *Introducción al estudio de la Edad Media*, Murcia, Imp. Suc. de Nogues, 1948, pp. 100-4.

¹⁰ Markus Reisenleitner, *Die Produktion historischen Sinnes: Mittelalterrezeption im deutschsprachigen historischen Trivialroman vor 1848*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 1992; Maike Oergel, *The return of King Arthur and the Nibelungen: national myth in nineteenth-century english and german literature*, Nueva York, Walter de Gruyter, 1998; Rainer Kipper, *Der Germanenmythos im Deutschen Kaiserreich: Formen und Funktionen historischer Selbst-thematisierung*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2002.

¹¹ Elizabeth Emery y Laura Morowitz, *Consuming the Past: The Medieval Revival in fin-de-siècle France*, Burlington, Ashgate, 2003, pp. 19, 181, 204, destacan la maleabilidad del concepto y su incorporación a espacios privados además de a la esfera pública. Para una visión más general, véase Barbara G. Keller, *The Middle Ages reconsidered: attitudes in France from the eighteenth century through the romantic movement*, Nueva York, Peter Lang, 1994.

renovación política impulsada por las turbulencias en torno a 1789; pero también a fines del XIX como contrapunto del positivismo y el naturalismo literario, aunque sin una clara definición ideológica.¹²

En buena medida, estas utilizaciones del pasado medieval acababan convirtiéndolo en un elemento fundacional de la herencia nacional, reforzando los argumentos nacionalizadores que en el período del fin de siglo se difundieron por doquier.¹³ No en vano señaló Hobsbawm que entre 1870 y 1914 se produjo un período de inflación en la creación de tradiciones, y en buena parte de ellas gravitaba el pasado medieval. Este influjo se mantuvo hasta entrado el siglo XX, especialmente vinculado al período transcurrido entre el inicio de la primera guerra mundial y final de la segunda, reforzando los argumentos escapistas y críticos lanzados en el siglo XIX ante el avance definitivo del mundo moderno. Gilbert Keith Chesterton (1874-1936) escribió su *Autobiografía* cuando mediaban los años treinta, y en ella recogía el incidente de un oficinista al que una invención moderna, la puerta giratoria, devolvía una y otra vez a su puesto de trabajo. De esa anécdota extraía Chesterton una enseñanza: «cualquier mejora mecánica lleva aparejada un nuevo problema. No pido que se crea en la fábula –añadía–, pero no he abandonado la moraleja al ver cómo el automovilismo conducía a la masacre, la aviación destruía ciudades y las máquinas hacían aumentar el desempleo».¹⁴ En tiempos de maquinismo y profunda crisis, el recurso al pasado fue habitual «to find and define a solid, unifying core for a culture which seemed to be rapidly losing its coherence».¹⁵ De hecho, uno de los usos habituales de la historia en este período fue la justificación de la guerra, pues, como señala J. Bauvois-Cauchepin, «[l]es histoires nationales de la fin du XIX^e siècle et de la première moitié du XX^e siècle procédaient, en général, d'une culture de guerre, d'une rhétorique de guerre, d'une vision duale des sociétés simplifiée à

¹² José Manuel Nieto Soria, *Medievo constitucional. Historia y mito político en los orígenes de la España contemporánea (ca. 1750-1814)*, Madrid, Akal, 2007. Recoge Ignacio Peiró la preeminencia de los estudios dedicados a Edad Media en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* entre 1877 y 1902 (37,3%), aunque por siglos, el más estudiado fuese el XVI (*Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando del Católico, 2006 (2^a, 1^a de 1992), pp. 293-8; Rebeca Sanmartín Bastida, *La edad media y su presencia en la literatura, el arte y el pensamiento españoles entre 1860 y 1890*, Madrid, Universidad Complutense, 2006.

¹³ Véase: Frits van Oostrom, «Spatial Struggles: Medieval Studies between Nationalism and Globalization», *Journal of English and Germanic Philology*, 105/1 (2006), pp. 5-24.

¹⁴ Barcelona, Acantilado, 2003 (ed. original, 1936), pp. 139-40. Julio Camba, por su parte, señalaba: «Siempre ha habido máquinas en el mundo; pero jamás como un fin, sino como un medio, y así como antes lo primero era un propósito a realizar y luego la máquina para realizarlo, ahora se comienza por inventar la máquina, luego se ve a qué propósito puede responder, y después se realiza este supuesto propósito como si, efectivamente, fuese un propósito de alguien. Y éste es el hecho monstruoso de la civilización moderna» (*La ciudad automática*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934 –2^a; la 1^a, de 1932–, p. 251).

¹⁵ Peter Mandler, *History and national life*, p. 59.

l'extrême». Lo significativo, señala, es que durante la I Guerra Mundial esta radicalización se llevó hasta sus últimas consecuencias,¹⁶ mientras aumentaba el desconcierto en una Europa en la que nada quedaba asentado con firmeza y todos miraban atrás, al pasado,¹⁷ tras la hecatombe de la guerra. Terminada ésta, asumir y racionalizar el duelo por los millones de muertos que había producido se convirtió en objeto de una recuperación de la historia, preferentemente medieval, tanto entre los vencedores como entre los vencidos. Sin embargo, era ésta una historia medieval con matices respecto a la rescatada en el período anterior a 1914:

Prior to the 1914-18 conflict, medievalism had essentially been a discourse of identity, fuelled by cultural despair in the era of industrialisation. In the commemoration of Great War, medievalism was transmuted into a discourse of mourning in an age of industrialised carnage, a discourse recovering the individual soldier who had perished in the anonymous battles of *matériel* of the machine age. Medievalism as a mode of war commemoration is best understood as a state of mind rather than a state of history, an amalgam of temporal notions rather than a coherent set of intellectual propositions.¹⁸

Entre 1909 y 1920 se produjo la beatificación y canonización de Juana de Arco en Francia, que pasó a convertirse en la encarnación de la nación para sectores como *Action Française*, con la Primera Guerra Mundial como elemento de refuerzo de los componentes nacionalistas.¹⁹ En Alemania, por su parte, algunos sectores de jóvenes intelectuales en torno a Stefan George (1868-1933) trataron de refugiarse en unas cien-

¹⁶ *Enseignement de l'histoire et mythologie nationale. Allemagne-France du début du XX^e siècle aux années 1950*, Berna, Peter Lang, 2002, p. 247; Olivier Dumoulin, *Le rôle social de l'historien. De la chaire au prétoire*, Albin Michel, París, 2003, pp. 189-216. Olivier Loubes indica, para este período, cómo la escuela francesa era la institutriz de la nación, pero por ello mismo una institución compleja que participaba en primera línea en su construcción, insertando a los alumnos en un territorio común e inculcándoles un sentimiento patriótico, una cierta idea de Francia (*L'école et la patrie. Histoire d'un désenchantement 1914-1940*, París, Belin, 2001, pp. 9-10. Para la escuela y la I Guerra Mundial, pp. 19-49).

¹⁷ Así lo expresaba R.N. Coudenhove-Kalergi, uno de los pioneros en la creación de lazos transnacionales, cuando veía que, tras la guerra, una Europa decadente «mira hacia atrás en lugar de mirar hacia delante. Las librerías están inundadas de memorias»; o cuando criticaba la imaginación de los dirigentes, «demasiado pendiente del pasado en lugar de estarlo del porvenir» (*PanEuropa. Dedicado a la juventud de Europa*, Madrid, Teinos, 2002 –ed. original, 1923–, pp. 4, 90). Es en este ambiente donde, señala Juan Pablo Fusi, cabe entender figuras como las de Spengler o Toynbee (*El malestar de la modernidad. Cuatro estudios sobre historia y cultura*, Madrid, Biblioteca Nueva/Fundación Ortega y Gasset, 2004, pp. 22-4).

¹⁸ Stefan Goebel, *The great war and medieval memory. War, remembrance and medievalism in Britain and Germany, 1914-1940*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, p. 14.

¹⁹ Véase Gerd Krumeich, *Jeanne d'Arc à travers l'histoire*, París, Albin Michel, 1989.

cias humanas a las que se trataba de diferenciar de las arrolladoras ciencias naturales. Poetas, filósofos, filólogos e historiadores bucearon en los esplendores imperiales de la Edad Media germánica desde un punto de partida claramente erudito.

Mientras, la historiografía española mantuvo hasta la guerra del catorce una curiosidad significativa hacia su pasado medieval, en el que se asentaban, para diversos autores, las raíces de su nacionalidad.²⁰ Los volúmenes que se comenzaron a publicar a fines del siglo XIX dentro la historia de España dirigida por Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897), mostraban una visión del medievo español que respondía a este patrón, con los visigodos como los primeros que habrían forjado la nación española a través de la unidad religiosa y la unificación legislativa,²¹ y con el destacado papel de Castilla en el proceso de unificación nacional, culminado en los Reyes Católicos.²² Lo significativo es que estos puntos de vista habían cuajado en unos académicos claramente vinculados ya con la profesionalización de la historia. Como señala Ignacio Peiró:

[E]n general, los historiadores formados en la época de la profesionalización creyeron en las bondades de la metodología histórica basada en la transcripción de documentos, su crítica y su confrontación con fuentes paralelas. Esta confianza y profunda fe en el método, consolidado por Claudio Sánchez Albornoz y transmitido por sus discípulos medievalistas reunidos en el entorno del *Anuario de Historia del Derecho Español*, fue cobrando cada vez más importancia hasta llegar a ser uno de los criterios definidores de la formación y deontología profesional del historiador universitario.²³

Eran historiadores que buscaban la ciencia, como indicaba uno de los principales representantes franceses de esta corriente:

²⁰ Véase, sin ir más lejos, la introducción de José Antonio Maravall a Francisco Martínez Marina, *Discurso sobre el origen de la Monarquía y sobre la naturaleza del gobierno español*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957, pp. 42-5.

²¹ El doble argumento en que se basaba el protagonismo visigodo fue utilizado para ofrecer su visión de España tanto por tradicionalistas como por liberales. De hecho, los primeros insistieron en el papel de lo religioso: así, para Manuel García Morente (*Ideas para una filosofía de la historia de España*, Madrid, Rialp, 1957), el cristianismo constituía el elemento central y un factor providencial en la configuración de España durante la Edad Media (pp. 257-67); en cuanto a los segundos, resaltaban el papel de lo legislativo: Carlos Petit, «El catedrático y su biblioteca. Visigotismo y profesión universitaria en Rafael de Ureña», en la edición a Rafael de Ureña, *La legislación gótico-hispana (Leges antiquiores-liber iudiciorum)*. *Estudio crítico*, Pamplona, Ugoiti, 2003, pp. CXIII-CXVIII.

²² Ignacio Peiró, *Los guardianes de la historia*, pp. 332-8.

²³ «Aspectos de la historiografía universitaria española en la primera mitad del siglo XX», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 73 (1998), p. 15.

Grâce aux progrès des sciences et des méthodes scientifiques, l'histoire possède aujourd'hui de merveilleux moyens d'investigation. [...] [L]a critique des textes, établie sur des principes et des classifications vraiment scientifiques, lui permet de reconstituer, si non dans leur pureté primitive, du moins sous une forme aussi peu altérée que possible tous les écrits historiques, juridiques, littéraires qui ne nous ont pas été conservés dans des manuscrits originaux et autographes. Ainsi secondée, armée de pareils instruments, l'histoire peut, avec une méthode rigoureuse et une critique prudente, sinon découvrir toujours la vérité complète, du moins déterminer exactement sur chaque point le certain, le vraisemblable, le douteux et le faux.²⁴

No es de extrañar que en esta situación de práctica profesional articulada en torno al más estricto cumplimiento de la devoción crítica, el público lector se alejase paulatinamente de los académicos y éstos rechazasen de su seno a quienes no se ajustaban a los parámetros que definían la comunidad científica.²⁵ Lo más significativo es que, en buena medida, la imagen del historiador erudito de las primeras décadas del siglo XX se vinculaba con el medievalista, con el integrante de la *École des Chartes* o, como señalaba la citada referencia del profesor Peiró, con los historiadores en torno a Sánchez Albornoz y al *Anuario de Historia del Derecho Español*. Tal vez así se entiendan las irónicas palabras de Chesterton cuando justificaba la ausencia de hitos cronológicos en sus memorias: «espero que nadie lo interprete como una falta de respeto a esa gran escuela académica de historia que hoy se conoce como «1066 y todo lo demás»». Ironía sobre ironía, el autor británico se refería a un libro en el que se daba una visión humorística de la historia de Inglaterra, sumando la imagen de una historia tradicional y erudita con su propio desdén hacia lo cronológico.²⁶

Además, la España de los años diez y veinte reclamaba una revisión del pasado que sirviese para la modificación de su presente. La figura de

²⁴ Gabriel Monod, «Introduction. Du progrès des études historiques en France depuis le XVIe siècle», *Revue Historique*, I/1 (1876), p. 27. Señalaba que el objetivo de la revista sería «un recueil de science positive et de libre discussion, mais elle se renfermera dans le domaine des faits et restera fermée aux théories politiques ou philosophiques» (p. 36).

²⁵ Sirva el ejemplo de Ernst Kantorowicz, cuyo *Kaiser Friedrich der Zweite* (2 vol., Berlín, Georg Bondi, 1927 y 1931) fue un éxito de público pero el blanco de las críticas profesionales, hasta el punto de generar una sonora controversia historiográfica (Véase F.J. Caspistegui, «Ernst H. Kantorowicz (1895-1963)», en: S. Aurell y F. Crosas (eds.), *Rewriting the Middle Ages*, pp. 195-221).

²⁶ *Autobiografía*, p. 352. El libro al que hace mención era el de Walter Carruthers Sellar y Robert Julian Yeatman, *1066 and all that. A memorable history of England, comprising all the parts you can remember, including 103 good things, 5 bad kings and 2 genuine dates*, Londres, Methuen, 1930, un éxito de público desde su primera aparición, con más de medio centenar de ediciones e incluso una adaptación teatral.

José Ortega y Gasset (1883-1955) actuó como eje de cuantos aspiraban a la transformación. A través de sus iniciativas políticas, periodísticas o intelectuales, trató de canalizar el descontento y con ello proporcionó argumentos sobre los que se izaron muchas de las iniciativas posteriores. En uno de los libros publicados en estos años veinte hacía una reflexión sobre la historia medieval española que él mismo juzgaba provocadora, «una historia de España vuelta del revés». Para Ortega, un pueblo vital era un pueblo creador, y mientras los francos creaban el feudalismo, los visigodos, ya romanizados, civilizados y escasamente innovadores, no lo adoptaron. Los germanos, cuya fuerza y autoridad estarían en la base de su concepción del Estado, primero ganaban sus derechos y luego los defendían. A diferencia de ellos, romanos y demócratas –continuaba Ortega–, consideraban que los derechos eran inherentes a la persona. Sobre esta base, la debilidad visigoda llevaba a una permanente sensación de decadencia, que Ortega extendía a todo el período posterior al inicio de la Edad Media: «en nuestro pasado la anormalidad ha sido lo normal. Venimos, pues, a la conclusión de que la historia de España entera, y salvo fugaces jornadas, ha sido la historia de una decadencia». Bajo este declive permanente latía la ausencia de liderazgo capacitado. Frente a ello, pretendía encontrar la respuesta rastreando en los tiempos medios las bases de la futura regeneración del país mediante la corrección de errores seculares:

Éste es el valor que tiene para mí transferir toda la cuestión de la Edad Moderna a la Edad Media, época en que España se constituye. Y si yo gozase de alguna autoridad sobre los jóvenes capaces de dedicarse a la investigación histórica, me permitiría recomendarles que dejaran de andar por las ramas y estudiaran los siglos medios y la generación de España. Todas las explicaciones que se han dado de su decadencia no resisten cinco minutos del más tosco análisis. Y es natural, porque mal puede darse con la causa de una decadencia cuando esta decadencia no ha existido.

El secreto de los grandes problemas españoles está en la Edad Media. Acercándonos a ella corregimos el error de suponer que sólo en los últimos siglos ha decaído la vitalidad de nuestro pueblo, pero que fue en los comienzos de su historia tan enérgico y capaz como cualquiera otra raza continental. Ensaye quien quiera la lectura paralela de nuestras crónicas medievales y de las francesas. La comparación le hará ver con ejemplar evidencia que, poco más o menos, la misma distancia hoy notoria entre la vida española y la francesa existía ya entonces.²⁷

²⁷ *España invertebrada. Bosquejo de algunos pensamientos históricos, Obras Completas*, III (1917-1925), Madrid, Fundación Ortega y Gasset/Taurus, 2004 (ed. original, 1921), pp. 421-512, las citas, respectivamente, en las pp. 496, 502 y 503. Énfasis añadido.

Escrito a comienzos de los años veinte, fue reeditado en varias ocasiones antes de la guerra civil. En sus incitaciones encontramos los ecos del gran tema de debate nacional desde el 98, la gran pregunta sobre el ser de España, las razones de sus fracasos y de sus éxitos, con una mirada permanente hacia un pasado al que se pedían respuestas. Tras la quiebra de 1936, la pregunta se mantuvo y muchas de las inquietudes que reflejaba Ortega siguieron formulándose en un marco claramente distinto, pero siempre buscando dar salida a la demanda del filósofo madrileño: «Yo sé que un día, espero que próximo, habrá verdaderos libros sobre historia de España, compuestos por verdaderos historiadores», señalaba en el prólogo a la edición de 1934 de *España invertebrada*.²⁸ Años después se refería José Antonio Maravall (1911-1985) a la «función de integradora de la comunidad» que tenía la historia. Y lo mencionaba al analizar la obra de síntesis a la que daba nombre Ramón Menéndez Pidal (1868-1969):

Sin duda, tenía ya presente esta orientación de la obra pidaliana Ortega, cuando un día, en un momento especialmente problemático y virulento de nuestro tiempo presente, me hablaba de que tenía puesta una gran esperanza en la aparición de la monumental *Historia de España* que por entonces empezaba a publicarse bajo la dirección de aquél. Merced a ese esfuerzo que nuestra escuela histórica iba a llevar a cabo, guiada por su gran maestro, se pondría en claro ante las gentes una línea histórica española dotada de sentido y capaz, a su vez, de darlo a los programas de futuro que los españoles, o por lo menos aquellos españoles necesitados de un esquema intelectualmente válido para organizar su existencia, formularan.²⁹

Una doble influencia, un doble magisterio, interpretaba Maravall en su pasado de pre-guerra: por un lado el recibido de Ortega; por otro, el que le llegaría de Menéndez Pidal. Tras ellos, una común preocupación por España que, de hecho, se mantendría en unas preguntas que se siguieron formulando, sobre todo tras el final de la II Guerra Mundial, con un marcado acento histórico y un peso significativo de lo medieval en la búsqueda de sus raíces.

²⁸ *Ibidem*, p. 431.

²⁹ José Antonio Maravall, «Menéndez Pidal y la renovación de la historiografía», en su: *Menéndez Pidal y la historia del pensamiento*, Madrid, Arion, 1960, p. 151 (publicado originalmente, con el mismo título, en la *Revista de Estudios Políticos*, 105 (1959), pp. 49-99).

José Antonio Maravall en el medievalismo, cultural y profesional, de la España de los cincuenta

Cuenta Günter Grass en sus memorias que la Edad Media era un espacio entre la historia y el mito en el que solía refugiarse cuando era un muchacho, durante la II Guerra Mundial, en las guardias de campamento o en sus momentos de ensoñación. Cómo, incluso, cuando el aún joven aprendiz de artista planteaba realizar su primer viaje a Italia, a comienzos de los años cincuenta, por medio del «antiguo instinto alemán, me sentí atraído, como en otro tiempo los teutones, los emperadores Staufer y los romanos alemanes, devotos del Arte, por Italia. El lejano objetivo de mi viaje era Palermo: con él me había familiarizado ya de joven, sonámbulamente, como doncel o halconero de Federico II».³⁰ No sería de extrañar que un joven estudiante en la Alemania de fines de los treinta y comienzos de los cuarenta hubiese leído la biografía que al emperador alemán dedicó el ya mencionado Ernst Kantorowicz y cuyo éxito lo hizo libro de cabecera de los jefes nazis, en buena medida por la visión nacionalista regeneradora contenida en el rescate de un momento glorioso de la historia alemana. Éste podría ser un hilo interesante, aunque imaginario, entre Grass, Kantorowicz y Maravall pues en los tres la conexión medieval les llevaba a la reflexión sobre su propio país, al refugio en un tiempo que proporcionaba consuelo y respuestas o, al menos, la posibilidad de obtenerlas.³¹ Este medievalismo cultural compartido por amplios sectores europeos, lo resumía bien uno de los historiadores españoles del momento, al afirmar su doble componente, profesional y de reflexión general:

Se ha heredado el entusiasmo romántico por la Edad Media, y la objetividad del positivismo. El gusto romántico y hegeliano por las síntesis se ha superado en el sentido de la documentación y la fidelidad rigurosa del dato. Al mismo tiempo, el método y rigor de la ciencia positivista se ha enriquecido dotando a la historia de una amplitud y una elevación que no cabía en la estrecha concepción filosófica positivista. Hoy en día la especialidad medievalista es una de las constituídas sobre base más firme y apoyada en

³⁰ *Pelando la cebolla*, Madrid, Alfaguara, 2007 (ed. original, *Beim Häuten der Zwiebel*, Göttingen, Steidl Verlag, 2006), p. 330.

³¹ En cambio, para un coetáneo de Grass, Joachim Fest, el período de refugio, no sólo durante la guerra sino durante toda su vida, fue el Renacimiento italiano. Tal vez influyese en ello el hecho de que las posiciones de ambos en sus años juveniles difiriesen radicalmente, más cercanas a opciones totalitarias las del futuro premio Nóbel y claramente opuestas las del posterior biógrafo de Hitler. En 1939, recuerda este último que su padre le indicó que si iba a dedicarse a la historia, «haría bien en no remontarme más allá del siglo XV para acercarme al presente; de lo contrario, caería inevitablemente muy cerca de las épocas dominadas por los nazis» (*Yo no. El rechazo del nazismo como actitud moral*, Madrid, Taurus, 2007 –ed. original, Reinbek, Rowohlt Verlag GmbH, 2006–, p. 102).

disciplinas auxiliares de mayor desarrollo, eficacia y autonomía en el orden del conocimiento.³²

El medievalismo representaba, por tanto, una *summa* historiográfica y, a la par, reflexiva, canalizando inquietudes y tranquilizando conciencias académicas mediante la segura adscripción a un método. Se podía pensar la nación porque la vía para hacerlo estaba fundada sobre la base erudita. Además, se podía seguir al entonces influyente Romano Guardini (1885-1968), para quien «[l]a antropología de la Edad Media, considerada tanto en sus principios como en su conjunto, es superior a la de la Edad Moderna; su doctrina ética y moral considera un ser más completo y conduce a realizaciones más elevadas».³³ El componente unitario de este período histórico, para Guardini, serviría como contrapunto a una modernidad en declive y por tanto sería útil como referente, como ideal en el que mirarse desde un presente que, tras la guerra, mostraba todos los horrores atribuidos a la conciencia moderna.

Es en este contexto en el que cabría entender a José Antonio Maravall, para quien la preocupación por España había estado muy presente antes de la guerra civil como, de hecho, escribía en 1934:

el español de nuestros días, para encuadrar con plena responsabilidad su presencia en el mundo, ha de empezar por plantearse su posición ante España. [...] Y resulta que en esa comunidad de existencia que llamamos España ha intervenido aquel pasado, porque España es una masa de experiencias espirituales que han vivido generaciones anteriores. Ahora bien, al tenerse que formar el individuo ante esta España concreta, que hunde en el pretérito una de sus raíces, necesariamente tiene que contar con esa presencia actual de los tiempos pasados.³⁴

³² Santiago Montero Díaz, *Introducción al estudio de la Edad Media*, p. 79; también, p. 104.

³³ *El ocaso de la Edad Moderna. Un intento de orientación*, Madrid, Guadarrama, 1963 –1ª ed. en castellano, 1958; ed. orig.: *Das Ende der Neuzeit*, Basilea, Hess Verlag, 1950–, pp. 19-47, p. 36 para la cita. Es significativo que mencione a Dante como la encarnación de la plenitud de esta imagen medieval (p. 41).

³⁴ José Antonio Maravall, «Castilla, o la moral de la creación», *Revista de Occidente*, XLVI (1934), pp. 59-75, la cita, en la p. 64 –mencionaba este artículo, sin citarlo, como testimonio de su dramático interés juvenil por la nación y su historia, en su discurso de ingreso en la Academia: *Los factores de la idea de progreso en el Renacimiento español*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1963, p. 7–. Cuando escriba *El concepto de España en la Edad Media*, recogerá esta idea al afirmar: «Ese grupo humano, objeto de una historia –porque aunque se trate de grupos, en la medida en que pueden ser reunidos en una concepción histórica, aparecen formando un grupo superior–, por el hecho de ser a su vez sujeto de un acontecer en conjunto, toma un carácter de comunidad, al que corresponde el carácter unitario del espacio en que se encuentra instalado. La unidad de ese que propiamente más que espacio es ámbito, resulta precisamente del hecho indicado: de ser el escenario en que mora un grupo humano al que algo le sucede

La visión, como él mismo escribía líneas después de éstas, no era tradicionalista, no se quedaba en tiempos previos, sino que buscaba autoconstruirse con la colaboración de un pasado que actuaba en el presente pero sin determinarlo. La influencia de Ortega en el entonces joven estudiante y poeta fue enorme y, por tanto, la mirada hacia la Edad Media se hacía plenamente lógica en el sentido en que el maestro lo proponía en su *España invertebrada* que, significativamente, se reeditaba ese mismo año 1934. No es de extrañar, por tanto, que cuando formulaba que «[e]l secreto de los grandes problemas españoles está en la Edad Media», Maravall tratara de buscar la respuesta en un espacio concreto, tuviera que llegar «hasta Castilla y arrancársela con esfuerzo. Así lo han hecho los mejores españoles de hoy, a los que otros españoles nos ennoblecemos de llamar maestros». ³⁵ Y añadía que era cada uno quien debía pensar, enraizado en la sangre que le ataba a la tierra castellana, influido por ella y por la profundidad moral que representaba. De ahí surgía la respuesta a la pregunta de Ortega: «cuando esto fue así para un pueblo entero –no para la total suma de sus habitantes, sino para la unidad espiritual que él es–, ese pueblo pudo ejecutar la obra de Castilla». ³⁶ En el único momento activo de su historia durante el siglo XVI, el protagonismo estuvo en el pueblo, no en sus dirigentes, decía Ortega, y España surgió como potencia mientras ese pueblo aguantó. Para Maravall,

[a] un pueblo como el español, allá en su hora original y no cuando lo falsearon políticas extranjeras, al que cualquier desaprensivo de allende los Pirineos ha considerado como pasivo, estático y aun casi budista, corresponde en rigor una historia de pura acción. Porque no es el español aquel al que influencias raciales de gentes extrañas pueden haber hecho así en alguna comarca determinada. La original aportación del español a la historia es un ejemplo noble de la moral de la creación.

en común» (p. 9). Años más tarde, al elaborar el prólogo para la edición de la *Historia de la civilización ibérica*, de Joaquim Pedro de Oliveira Martins (Madrid, Seminarios y Ediciones, 1972), señalaba la importancia que el autor portugués daba a la Edad Media como período formativo clave de la nación: «La fase medieval nos muestra cómo se descomponen los elementos recibidos de la herencia antigua y se reconstruyen con otros nuevos» (p. 16).

³⁵ «Castilla, o la moral de la creación», p. 68. Luis Díez del Corral, amigo íntimo de Maravall y un paralelo cercano en el proceso de evolución, señalaba en la reseña a *El concepto de España en la Edad Media*, sus conexiones con el *España invertebrada* de Ortega (Luis Díez del Corral, en: *Revista de Estudios Políticos*, LIV/82 (1955), p. 200 -publicado posteriormente en su *De historia y política*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1956, pp. 149-74). También destacaba esta relación Luis García de Valdeavellano en su reseña (*Anuario de Historia del Derecho Español*, XXV (1955), p. 877).

³⁶ «Castilla, o la moral de la creación», p. 71. Una idea muy similar la expresaba cinco años después cuando afirmaba «el sentido metafísico de la unidad de los hombres de ayer, de hoy y de mañana, de la nación de los españoles» («Metafísica de la unidad de España», *Arriba*, 29-XI-1939, p. 3).

Los entusiasmos colectivos brotaron una época en Castilla ante una empresa moral, lanzando a la acción, a la creación de nuevos hechos perdurables. En ese momento pudo Castilla vivir con plenitud su participación en la historia universal.³⁷

Pero un impulso así no fue flor de un día, sino algo que se había fundado en un pequeño rincón desde el cual se extendió todo. Castilla la Vieja y Fernán González supusieron el telón sobre el que se desarrolló la historia: «Esos héroes y estas hazañas castellanas son históricas, no por pasadas, sino porque colaboran con nosotros a construir nuestro porvenir, a dar realidad a la historia mejor, que es la historia por hacer del futuro». Y añadía Maravall:

Por consiguiente, aquellos actos de la primera historia castellana que se produjeron en los orígenes del español, en cuanto nacieron en un clima de cultura moral del hombre y en tal clima actuaron, llevaban en sí una posibilidad de influencia en el desenvolvimiento de la existencia de la comunidad espiritual humana que vino después. ¿Hay una serie de actitudes, valores, energías, de entonces vigentes en la actualidad? Aunque así no fuera, los factores que actuaron en aquel momento han sido parte en la elaboración del presente. La obra moral, histórica del hombre, la hereda aquél que le sucede. Ella constituye una herencia que obliga, que supone para el que la recibe estar en deuda con el que le entrega su pasado. Y obliga, en primer lugar, a saber qué es lo que se hereda.³⁸

El activismo, la acción, hacia el interior y hacia el exterior, y no la esencia, o cualquier elemento inherente al ser común, conformarían el momento de arranque. Este historicismo orteguiano, en el que la presencia del influjo trascendental apenas se percibe, serviría como fundamento del desarrollo futuro de Castilla y, a partir de ella, de España, todo lo cual, según Ortega, no sería sino una excepción en la historia de una decadencia. Y ni las gentes extrañas, los musulmanes, ni los malos dirigentes («En Castilla, por lo tanto, importa todo lo contrario a la retórica muerta»), habrían participado en esos rasgos genuinos. Sólo la gente común, una gleba que sembraba la semilla desde la cual habría de regenerarse todo, «morir para sobrevivirse»,³⁹ era la que habría de impulsar el corazón de España, que era Castilla, como señalaba Ortega: «España es una cosa hecha por Castilla, y hay razones para ir sospechando que, en

³⁷ «Castilla, o la moral de la creación», p. 72.

³⁸ *Ibidem*, pp. 62 y 63. Posteriormente formularía el carácter de misión y de destino de los españoles en el artículo «Una vieja opinión sobre los españoles», *Arriba*, 24-XI-1940, p. 3. Véase también la interpretación de Santiago Montero Díaz, *Introducción al estudio de la Edad Media*, pp. 124-6.

³⁹ «Castilla, o la moral de la creación», pp. 72 y 73.

general, sólo cabezas castellanas tienen órganos adecuados para percibir el gran problema de la España integral». ⁴⁰

Por último, Maravall habría descubierto a Kantorowicz a partir de la publicación de *Los dos cuerpos del rey* (1957), una sugerente historia social e intelectual de las ideas a la que recurrió el historiador valenciano en repetidas ocasiones y hacia la que mostró su admiración, muy cercano a un estilo historiográfico con el que se reconoció de inmediato. ⁴¹ Por forzar el hilo de la imaginación, cuenta Grass en las mencionadas memorias que realizó un viaje a «la España hoscamente cerrada de Franco» en el otoño de 1954. ⁴² Unos meses antes había aparecido en las librerías el libro de Maravall, *El concepto de España en la Edad Media*. ¿Por qué no imaginarnos a un joven alemán observándolo en el escaparate de una librería, ya letraherido, sin comprenderlo, pero atraído por un título suficientemente transparente como para recordarle sus afanes medievalistas de juventud?

Junto a esta necesidad cultural que buscaba respuestas en el tiempo medio, el medievalismo profesional de los primeros años cincuenta partía todavía de una comprensión de la historia institucional y política, firmemente apoyada en la seguridad positivista del dato. En el caso español suponía además un elemento añadido, y es que en el método se podía conseguir refugio dentro de un clima intelectual poco aireado. Una consecuencia de ello fue lo que Miquel Marín ha denominado el fracaso de la normalización historiográfica, en parte por el control que el Estado seguía ejerciendo sobre la historia, en cuanto disciplina y en cuanto a contenidos, y en parte por la debilidad investigadora y asociativa de los historiadores. ⁴³ Es reveladora la impresión de Hugh Trevor-Roper (1914-2003), modernista, en una carta de estos años:

I shall go for a fortnight to Spain, to visit the archives of Simancas and see, if I can, the few Spanish historians whom I respect. What wonderful subjects of history there are in Spain, if only there were historians to exploit them –or rather, if only Spanish historians had, as English and French historians have, the antiquarian researches of two centuries on which to base their work!⁴⁴ But

⁴⁰ *España invertebrada*, p. 447.

⁴¹ Lo cita en *El concepto de España en la Edad Media*, a partir de la segunda edición, p. 439.

⁴² *Pelando la cebolla*, p. 417.

⁴³ «El proceso de normalización interior de la historiografía española en los años cincuenta», en: Carlos Forcadell et al. (eds.), *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, pp. 247-52.

⁴⁴ No era una queja extraña en la propia España, donde un artículo de la década previa señalaba: «Nos falta el siglo XIX. Un Mommsen, un Savigny, un Fustel de Coulanges, un Grote, son cosas que no se sustituyen con retórica. Nos falta –triste es decirlo– todo un aspecto de la ciencia de hoy, que es esencial. [...] una gran escuela histórica, un hacer y entender español de la Historia, no la tenemos, salvo en algunas cuestiones parciales

alas, except for the work of the Duke of Alba and his *Real Academia*, there is almost nothing: the history of Spain has been written almost entirely –as to the 16th & 17th centuries– from Venetian ambassadors' *Relazioni*, from Don Quixote, and from the 500 surviving comedies of Lope de Vega (Thank God the other 1000 have been lost!).⁴⁵

Por su parte, Peter Linehan, medievalista británico, se refería a la situación ya en los sesenta, mencionando irónicamente a unos historiadores españoles para quienes «History was the past, and the past was dead. Indeed it was its very deadness that was History's principal recommendation. For the dead have no tales to tell. The fact that Spaniards had been more given to 'historical and practical' than to 'speculative' pursuits had been the saving of Spain [...]. History had saved Spain from 'errors and heresies'». ¿Cómo la historia habría conseguido este objetivo? Muy sencillo, interpretaba Linehan, porque para ellos, «historical research was a process akin to that of consulting a railway timetable [...] there was nothing to discover because it had all been discovered already. The story was complete, cut and dried, as in a railway timetable».⁴⁶

Aunque estas dos impresiones jueguen con la ironía, es evidente que la España sometida a una década de régimen dictatorial no fue pródiga en una historiografía relevante. Sin embargo, la inquietud ya añeja por la esencia nacional siguió produciendo frutos significativos, especialmente en el tránsito entre los años cuarenta y cincuenta: Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro (1885-1972), Claudio Sánchez Albornoz (1893-1984), Jaime Vicens Vives (1910-1960), Manuel García Morente (1888-1942) y el propio Maravall,⁴⁷ fueron autores que en esos años mantuvieron la reflexión sobre el ser de España oscilando entre el ensayo y la reflexión histórica, vinculándose a respuestas esencialistas o desmitificadoras, pero insertos, de grado, como rechazo o por casualidad, en el marco que Ortega construyera unas décadas más atrás.⁴⁸ Todos

e inexcusables», Carlos Alonso del Real, «Historiadores en peligro», *Escorial. Revista de cultura y letras*, II/5 (1941), p. 414.

⁴⁵ La carta la escribe en Oxford, el 9 de agosto de 1953. Publicada en: Richard Davenport-Hines (ed.), *Letters from Oxford. Hugh Trevor-Roper to Bernard Berenson*, Londres, Phoenix, 2007 (1ª ed., 2006), p. 122.

⁴⁶ «History in a changing world: the case of medieval Spain», en su *Past and present in medieval Spain*, Aldershot, Variorum, 1992, pp. 6-7.

⁴⁷ Ramón Menéndez Pidal, *Los españoles en la historia*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947; Américo Castro, *España en la historia (cristianos, moros y judíos)*, Buenos Aires, Losada, 1948 –reeditado, con reformas, como *La realidad histórica española*, México, Porrúa, 1954–; Jaime Vicens Vives, *Aproximación a la historia de España*, Barcelona, Vicens Vives, 1952; Manuel García Morente, *Ideas para una filosofía de la historia de España*, Madrid, Rialp, 1957 (ed. original, 1942); Claudio Sánchez Albornoz, *España, un enigma histórico*, Buenos Aires, Sudamericana, 1956.

⁴⁸ Véanse, entre otros: Eloy Benito Ruano, «En principio fue el nombre», en: *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1997, pp. 13-27;

ellos fijaron una considerable, cuando no exclusiva, atención en la Edad Media. Algunos para suavizar las ideas de Marcelino Menéndez Pelayo sobre la esencialidad de la unión entre España y el catolicismo; otros para relajar el vínculo entre Castilla y España, que Fray Justo Pérez de Urbel consideraba crucial; incluso quienes seguían a Ortega y trataban de buscar en el medioevo las raíces del eterno declive de España. Sin embargo, estas reflexiones provocaron las críticas de los medievalistas profesionales, distanciados de cualquier filosofía de la historia mediante el rigor metodológico.

Sin embargo, tampoco el refugio metodológico-profesional iba a ser suficiente mediada la década de los cincuenta, y sus insuficiencias quedarían de manifiesto a través de la crítica de sus más novedosos practicantes. Así, Vicens Vives, en el primer número del *Índice Histórico Español*, hablaba de crisis en el medievalismo e insistía en un aspecto de ella: «Los medievalistas, en general, desconocen el rumbo presente de los estudios históricos similares en el extranjero y continúan aferrados a viejos sistemas filológicos, eruditos y diplomáticos, cuyo contenido cultural y social es absolutamente insuficiente». Sólo salvaba a José María Lacarra (1907-1987), al que consideraba «maestro de nuestro medievalismo», pero su impresión, en general, era poco halagüeña.⁴⁹ Unos años más tarde, en la reedición de su conocida *Aproximación a la historia de España*, iba más lejos en la crítica, al señalar la negativa influencia que en sus maestros jugó el libro de Ernest Bernheim, que les había llevado a realizar «una fría y estéril historia de las instituciones. Poco a poco fue olvidándose el factor humano, que es la base de toda historiografía».⁵⁰ Y añadía:

Este virus penetró profundamente en el campo de nuestro medievalismo, en el que causó serios estragos al emparejarse con otro no menos peligroso: el puro

Carlos Dardé, *La idea de España en la historiografía del siglo XX*, Santander, Universidad de Cantabria, 1999, pp. 9-23; Juan Pablo Fusi, *España. La evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de Hoy, 2000, pp. 11-17.

⁴⁹ «Los estudios históricos españoles en 1952-1954», *Índice Histórico Español*, I (1953-54), pp. XVI y XVII. El propio Vicens se encontraba abandonando el medievalismo de forma paralela a la transformación de su concepción de la historia, aunque alguno de sus últimos trabajos como medievalista aún se ajustase a una historia más vinculada a los trabajos que criticaba (cf. Miquel A. Marín Gelabert, «La fatiga de una generación. Jaime Vicens Vives y su *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*», en: Jaime Vicens Vives, *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006, pp. VII-CXX).

⁵⁰ *Aproximación a la historia de España*, Barcelona, Vicens Vives, 1968 (5ª, 1ª, 1952; definitiva, la 2ª, 1960), p. 13. Las palabras entrecomilladas pertenecen al «A guisa de prólogo» (pp. 7-23), firmado en febrero de 1960. El libro de Bernheim al que se refería Vicens era la *Introducción al estudio de la historia*, Barcelona, Labor, 1937 (ed. original: *Lehrbuch der historischen Methode und der Geschichts-Philosophie. Mit Nachweis der wichtigsten Quellen und Hilfsmittel zum Studium der Geschichte*, Leipzig, Duncker & Humblot, 1889).

filologismo, el mito del documento. Por esta profunda razón el actual medievalismo español se halla metido en el callejón sin salida en que se discuten las palabras y no los hombres. En general, se ha olvidado que toda palabra es un eco del pasado y que no refleja en absoluto la nueva realidad vital que intenta definir.⁵¹

Criticaba la historia institucional, la filologista, pero también a los culturalistas, a quienes no consideraba capaces de aportar un conocimiento exacto del pasado español. Les criticaba la exigencia previa, para su realización, de un esquema mental; el hecho de que se refirieran a minorías exiguas, lo que, pensaba, la equiparaba a la antigua historia política; y, por último, les reprochaba la ausencia de un método que sirviera para fijar la aportación de la disciplina a su país o a su sociedad.⁵² De hecho, consideraba más peligrosa la reflexión globalizadora, el esquema mental previo, poco aferrado a las raíces de la disciplina. Así, al hablar de los libros de Castro y Sánchez Albornoz, señalaba: «Este tipo de género historiográfico debería tratarse con especial cuidado para no convertirlo en encubierta programación de tipo político, por lo menos hasta que nuestra ciencia no pisara más firme en el suelo de las realidades concretas (esto es, fechadas y avaladas por cifras estadísticas)».⁵³ No se trataba de una contradicción, en modo alguno, sino de la búsqueda de un cierto equilibrio. La documentación era fundamental y su labor de archivo un sólido basamento de la obra que dejó; sin embargo, un exceso de erudición lastraba las que, en 1960, pero incluso ya en 1954, estaban siendo las pautas rectoras de su trabajo historiográfico. De hecho, la buena historia se apoyaba, para Vicens, en las realidades concretas respaldadas por un método similar al de cualquier otra ciencia.

En esta misma línea crítica coincidía José María Lacarra, uno de los pocos medievalistas a los que Vicens admiraba. De hecho, el historiador estellés mostraba una considerable distancia con las reflexiones globales, aunque admitiera, con elegancia, las posibilidades que ofrecían:

La historia de España y, más concretamente, la *España medieval*, ha sido objeto de exposiciones de conjunto, de interpretaciones y de valoraciones —és-

⁵¹ *Aproximación a la historia de España*, p. 13.

⁵² *Aproximación a la historia de España*, p. 15. La ausencia de método según Vicens suponía la permanencia de un mal método, permanencia que extendía a lo temático Miguel Ángel Ladero Quesada («Aproximación al medievalismo español (1939-1984)», en: V. Vázquez de Prada, I. Olábarri y A. Floristán Imízcoz (eds.), *La historiografía en occidente desde 1945. Actitudes, tendencias y problemas metodológicos*, Pamplona, Eunsa, 1985), que diagnosticaba una «continuidad casi completa con respecto a los temas e intereses de la época anterior, centrados, sobre todo, en los siglos altomedievales, hasta el siglo XIII inclusive» (p. 71).

⁵³ «Los estudios históricos españoles en 1952-1954», p. XI.

tas no siempre encerradas en el marco de una exposición histórica— que han centrado en la Edad Media el interés de investigadores procedentes de campos diversos. Si en muchos aspectos no se ha llegado a conclusiones muy firmes, es innegable que tan variadas colaboraciones han venido a ensanchar las perspectivas del historiador. Recomendaríamos a los ‘aficionados’ un poco de contención en la *ola de fácil ‘filosofía de la historia’ que nos amenaza*.⁵⁴

No deja de ser llamativa la advertencia sobre dos factores fundamentales: primero la garantía que se depositaba en la profesionalidad de los historiadores frente a unos aficionados cuya intervención tendía a lo evanescente; y segundo, la filosofía de la historia como un mal para la práctica de la historia. De alguna manera, era una forma de fundamentar el trabajo del historiador académico, sometido a norma y cuyo carácter profesional estaba garantizado. Este camino hacia la normalización era una posibilidad con la que el profesorado universitario pudo comenzar a contar en esos primeros años cincuenta, creando un perfil historiográfico en el que el Estado, que aún mantenía el control en muchos otros aspectos, no podía someter por completo. Esto supuso, de todas formas, la aparición de distintos tipos de profesionales y, por tanto, de sonoras rupturas, generacionales en parte, pero también metodológicas.⁵⁵

En definitiva, el medievalismo español de la primera mitad de los años cincuenta daba cita a dos tipos de historiadores: aquellos que se ajustaban a los parámetros disciplinares, básicamente vinculados a una metodología que, aunque variable, confería el estatus profesional adecuado; y quienes apoyaban en una visión de la historia medieval española visiones tendentes a lo político, según Vicens, o a lo filosófico, según Lacarra.

Sirva todo ello como puerta de entrada a un contexto complejo y a preguntarnos por el espacio investigador y la definición profesional de un historiador a comienzos de los años cincuenta. Pese a lo que hemos visto a partir de su artículo seminal de 1934, José Antonio Maravall no se convirtió en un medievalista aunque el medievalismo cultural proporcionase un persistente telón de fondo. Su obra histórica inicial se había vinculado a la época moderna, donde habían aparecido ya sus primeras publicaciones a mediados de la década anterior, comenzando por su tesis, dedicada a la teoría del Estado en el siglo XVII.⁵⁶ En esta

⁵⁴ «Los estudios de Edad Media española de 1952 a 1955», *Índice Histórico Español*, II (1955-1956), pp. XII-XIII. Énfasis añadido.

⁵⁵ Miquel A. Marín Gelabert, «El proceso de normalización interior de la historiografía española en los años cincuenta», p. 249, 255.

⁵⁶ *Teoría del Estado en España en el siglo XVII*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1944 (2ª ed., Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1997; trad. al francés, *La philosophie politique espagnole au XVII^e siècle*, París, J. Vrin, 1955). En 1943 había publicado dos artículos: «Sobre el problema político español en las postrimerías

línea siguieron sus trabajos hasta 1953, en que publicó su primer texto de temática medieval, «La formación de la conciencia estamental entre los letrados». ¿Por qué, si parecía acercarse a una respuesta histórica a las demandas de Ortega, dejó ese camino y se vinculó a la modernidad? La respuesta, tentativa por supuesto, podría ir en la dirección del influjo ambiental. Es evidente que la investigación histórica preferida por quien se mantuvo en las cercanías del nuevo régimen político instaurado en 1939, se mostraría acorde con sus pautas principales. De hecho, una parte de sus artículos de tono histórico publicados en el diario *Arriba* entre 1939 y 1942, se acercaba a temáticas más vinculadas con el mundo moderno que con el medieval, aunque en ellos perviviese la sombra de lo medieval como inspiradora de lo moderno.⁵⁷ Y ello aunque esta especialización temporal estuviese matizada por la novedad de la perspectiva de una historia del pensamiento político que Maravall aportaba. Este punto de vista venía en buena medida condicionado por su propia formación jurídica e incluso por su trayectoria académica, dado que en 1946 obtuvo la cátedra de Derecho Político y Teoría de la Sociedad, todo lo cual lo vinculaba a un área no especialmente transitada. De hecho, ya hemos visto cómo su tesis trató ya sobre historia del pensamiento político en la época moderna.

¿Por qué entonces el regreso a la Edad Media? En buena medida, y como el mismo Maravall justificaba en los años sesenta y posteriores, por las necesidades que el estudio de la historia moderna implicaba;⁵⁸

de la Casa de Austria», *Revista de Estudios Políticos*, 9, pp. 152-7, y «Un problema de la teoría del poder en la doctrina española», *Revista de Estudios Políticos*, 12, pp. 401-42.

⁵⁷ Véase la nota 63. José Álvarez Junco, en el «Prólogo» a la última edición de los *Estudios de Historia del Pensamiento Español. Serie Primera, Edad Media* (Madrid/Agencia Española de Cooperación Internacional/ Cultura Hispánica, 2001), señala que durante esta época, «en el pasado creía hallar un fuerte sentido de la identidad nacional, basado en una fórmula política cristiana e integradora» (p. 21).

⁵⁸ Así lo hizo, por ejemplo, en la introducción a la recopilación de sus trabajos medievalistas, al afirmar que «el estudio, el más objetivo y científico posible de la Edad Media española, sigue siendo un trabajo ineludible para penetrar en el análisis de nuestra situación histórica moderna» (*Estudios de historia del pensamiento español. Serie I. Edad Media*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1967, p. 11); también lo afirmó así, de forma tajante, en las adiciones a la edición de 1983: «Nosotros nos hemos ocupado de algunos puntos de Historia Medieval tan sólo en la medida en que nos era necesario para entender ciertos aspectos de la Historia social de la mentalidad moderna» (p. 30); en el prólogo a la segunda edición de *El concepto de España en la Edad Media* (Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1963, p. 7), señalaba que los siglos modernos dependían «de la propia visión que de su convivencia política tuvieron los españoles, a través de los siglos medievales en que se fraguaron las comunidades políticas de la Europa moderna». Por último, en el prólogo a la tercera edición de este mismo libro (Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1981, p. 10), hablaba de comunidad protonacional para referirse a las bases compartidas, no políticas, previas a los nacionalismos contemporáneos, y señalaba que «el Medievalo –cuyo legado es herencia forzosa para la modernidad– llevó

también por la búsqueda de razones para fenómenos que, más allá de una historia política tradicional, le llevaban a rastrear sus orígenes fuera de los límites aceptados en la distribución profesional del tiempo histórico;⁵⁹ por el hecho de que su perspectiva fuese la del historiador de las ideas, una *rara avis* historiográfica en los años cincuenta; o tal vez, en definitiva, por proporcionar un campo de «entrenamiento» de las habilidades historiográficas: «hay que reconocer que unos años de formación e investigación como medievalista vienen muy bien a quienes luego van a hacer historia moderna de alguno de nuestros países europeos».⁶⁰

En cualquier caso, sigue persistiendo una duda más allá de los límites de área académica. Y es que el arranque de su faceta medievalista coincidió con los últimos años de su estancia parisina, en la que había ejercido como Director del Colegio de España desde 1949. Fue a su regreso de dicha estancia cuando se pudo apreciar un cambio considerable en la forma de concebir la historia,⁶¹ pero podría cabernos la duda de si fue en aquella etapa cuando puso en marcha la realización de su obra medievalista. La respuesta que avanzamos es que, en buena medida, el

a los grupos peninsulares al nivel de las amplias y caracterizadas comunidades, que se muestran ya interiorizadas en la conciencia de sus miembros, pero sin que hubieran solidificado fuertemente con el carácter excluyente del tipo de nación posterior a 1789». Señala Carmen Iglesias («España y Europa en el pensamiento de José Antonio Maravall», en: Esteban Sarasa y Eliseo Serrano (coords.), *Historiadores de la España medieval y moderna. Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 73, 1998, p. 214) que el libro de 1944 le llevó al Renacimiento y éste, «le obligó a bucear en aspectos clave de la Edad Media, quizás para averiguar si había ya en ella indicios del 'umbral de modernidad'». De igual modo, Julio Valdeón («Maravall como estudioso de la Edad Media española», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 477/8, 1990, p. 250; lo recuerda en la p. 257) señala que «Maravall buceó en el medievo para desentrañar las raíces de la época moderna, campo fundamental de su investigación».

⁵⁹ Sirva de ejemplo el hecho de que en *El concepto de España en la Edad Media*, se preguntaba por el concepto de nación, del que afirmaba: «si esa típica forma de comunidad política que es la nación, ni existe propiamente, ni, en consecuencia, actúa en la Historia de Europa hasta un momento dado, muy próximo a nosotros, muy moderno, es necesario, una vez sentado lo anterior, añadir que con ello no quiere decirse que no hayan existido antes otras formas políticas de vida en común; otras formas, cuyo principio de fusión y cuya capacidad de obrar han presentado una intensidad que difícilmente se puede dejar de reconocer» (p. 555 –ed. de 1954–). No habría nación, señalaba, pero no podría negarse la existencia de comunidad. Más espontáneamente lo dice al hablar de la existencia de un sentimiento de independencia, que matiza señalando: «no digamos, ¡por Dios!, un sentimiento nacional» (p. 132 de la ed. de 1954; en la de 1964 se sustituye por «no digamos, en modo alguno...», p. 127).

⁶⁰ Recordaba los orígenes medievalistas de Marcelin Defourneux al realizar la reseña al libro de éste, *L'Inquisition espagnole et les livres français au XVIIIe siècle*, París, PUF, 1963, publicada en *Revista de Occidente*, 20 (1964), pp. 255-62. Recogida en la edición de Carmen Iglesias, *Estudios de historia del pensamiento español (siglo XVIII)*, Madrid, Mondadori, 1991, p. 567 para la cita.

⁶¹ Véase mi «La Teoría del saber histórico en la historiografía de su tiempo», en: José Antonio Maravall, *Teoría del saber histórico*, ed. de F.J. Caspistegui e Ignacio Izuzquiza, Pamplona, Urgoiti, 2007, pp. XLVIII-LVIII.

interés por ese período histórico estaba presente en su obra de forma muy temprana. De hecho, ya en su tesis, publicada en 1944, señalaba que la renovación del Renacimiento se fraguaba desde tiempo atrás y que su asimilación se asentó gracias «en gran parte a los vigorosos jugos medievales de que estaba nutrido».⁶² Mediante sus críticas a Jacob Burckhardt (1818-1897), mostraba la importancia del cristianismo de los tres últimos siglos medievales, y consideraba que el origen del Renacimiento estaba en la continuidad respecto a la Edad Media.⁶³ De hecho, señalaba:

El hecho de que todo pasado, en grado tanto mayor cuanto más próximo sea, esté actualizado en el presente, cuyas específicas circunstancias contribuye a crear, nos obliga, para comprender una época dada, a echar una mirada al tiempo que la precedió, así como también al que le sigue. La razón histórica, cuyo carácter es discursivo, como toda razón, exige contar lo que ha pasado antes para encontrar sentido a lo que viene después.⁶⁴

Encontramos en esta propuesta la conexión con las preocupaciones previas a la guerra, con el historicismo orteguiano, la importancia de la historia en la conformación de los individuos y, por extensión, de las naciones. En definitiva, está aquí la razón de sus incursiones hacia la Edad Media como fundamento en el que apoyar su investigación modernista.⁶⁵

José Antonio Maravall como autor de historia medieval

En anexo a este texto se incluye la producción medievalista de nuestro autor. Por comenzar de forma cuantitativa, cabría hacer el siguiente desglose de la obra completa de José Antonio Maravall:⁶⁶

⁶² *Teoría española del estado en el siglo XVII*, p. 21. Esta idea la defiende, apoyándose extensamente en la obra de Maravall, Ottavio di Camillo, «Interpretations of the Renaissance in Spanish historical thought: the thirty years», *Renaissance Quarterly*, 49/2 (1996), pp. 360-83.

⁶³ Ya había defendido estas ideas en varios artículos publicados en su fase menos ideológica dentro del diario *Arriba*. Valgan como ejemplos los siguientes: «La interpretación del Renacimiento. El sentido de la tesis de Burekhardt, I», 30-V-1942, p. 5; «La interpretación del renacimiento. El sentido de la tesis de Burekhardt, y II», 6-VI-1942, p. 5; «El hombre nuevo del renacimiento», 9-VII-1942, p. 3; «El Imperio de las otras culturas», 15-VII-1942, p. 3; «El ideal del sabio», 19-VIII-1942, p. 3.

⁶⁴ *La teoría española del estado en el siglo XVII*, p. 73.

⁶⁵ De forma evidente lo señalaba al afirmar que «[f]ue el Renacimiento filosófico del siglo XIII el que dio el impulso para la renovación política de los siglos siguientes» (*La teoría española del estado en el siglo XVII*, p. 77).

⁶⁶ Aunque hay casos de atribución doble, creemos que los datos pueden ser orientativos. Se han calculado a partir de la bibliografía procedente de la edición de la *Teoría del saber histórico* citada, pp. 213-31.

Tipos de escritos	Cantidad		% sobre total	% sobre históricos
Históricos	211		55,38	
<i>Edad Media</i>	29		7,61	13,74
<i>Edad Moderna</i>	135		35,43	63,90
<i>Siglo XIX y teoría</i>	47		12,33	22,27
Literarios, periodísticos y opinión	166		43,56	
Jurídicos	4		1,04	
TOTAL	381	211	100	100

Destaca de este cuadro la importancia que en un historiador caracterizado profesionalmente tuvo su presencia pública, su intervención en diversos medios de opinión, hasta el punto de alcanzar un significativo porcentaje de su producción. Sin embargo, es preciso tener en cuenta el mucho mayor volumen que alcanza su obra histórica, tanto en términos absolutos como en lo que concierne a la relevancia de sus resultados, por lo que una mera atribución cuantitativa puede resultar engañosa. En cualquier caso, es significativo observar la escasa presencia porcentual de su producción como medievalista. Sin embargo, pese a lo reducido del dato, llama la atención la concentración temporal de su publicación:

Períodos	Número de publicaciones
1953-1960	12
1961-1969	13
1972-2007	4
TOTAL	29

Como puede verse, tres lustros asisten a la aparición de casi el noventa por ciento de todas sus publicaciones con una temática medieval. Como señalábamos en el punto anterior, la inquietud en la búsqueda de las raíces medievales se remontaba hasta sus primeros tiempos como historiador, no fue producto de su etapa parisina. De hecho, el libro medievalista por excelencia es *El concepto de España en la Edad Media*, publicado, como señala el propio Maravall, en diciembre de 1953 aunque, de hecho, figure 1954.⁶⁷ Es decir, lo terminó en París, como también una parte significativa de los artículos que posteriormente engrosarían el primer volumen de sus *Estudios de historia del pensamiento español*.⁶⁸

⁶⁷ «Prólogo» a la tercera edición de *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1997, p. 14.

⁶⁸ Editado a principios de 1967 por el Instituto de Cooperación Iberoamericana. Marcel Ba-

Sin embargo, como ya señalábamos, ninguno de estos estudios surgió ni, en buena parte, se benefició de las novedades conceptuales adquiridas en esa estancia, sino que más bien fue el producto de la acumulación de materiales realizada desde años atrás, como era su costumbre y con la ya expresada finalidad de buscar una base sobre la que construir su reflexión modernista. Hay varios indicios en *El concepto de España* que nos conducen a esta opinión, como el escaso uso de bibliografía no española y, cuando la utilizó, con un carácter fundamentalmente documental,⁶⁹ como la colección de los *Monumenta Germaniae Historica*, la *Patrología latina* de Migne, o ediciones de fuentes realizadas en Francia, tanto de textos españoles como franceses, en este caso sí, aprovechando las bibliotecas parisinas. Pero también el uso minoritario de obras históricas españolas posteriores a 1949,⁷⁰ dejando aparte las de carácter documental, que se añadían a las abundantemente citadas *España sagrada* iniciada por el P. Flórez, la Biblioteca de Autores Españoles, o la *Hispania Illustrata*. También es significativa la casi nula presencia de la ya poderosa escuela de *Annales*, lo que muestra el escaso impacto que en él causó, al menos en este período.⁷¹ Fueron unos años en los que se mostró cercano a autores franceses menos vinculados a la escuela por

taillon, al recibir un ejemplar, se lo agradecía a Maravall considerándolo una «utilísima colección» (París, 6-IV-1967); Felipe Ruiz Martín, por su parte, concordaba con la visión admirativa del mismo ejemplar (Bilbao, 29-III-1967). Ambas cartas proceden del Legado José Antonio Maravall. Biblioteca de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Castilla-La Mancha, Ciudad Real.

⁶⁹ Hay excepciones, como las referencias contenidas en la *Histoire de l'art* de Pierre Lavedán, París, PUF, 1950 o el libro de Marcelin Defourneaux, *Les français en Espagne aux XI^e et XII^e siècles*, París, PUF, 1949 (citados en la p. 107 –si no se indica lo contrario, las páginas se refieren a la edición de 1954–); o a Charles Petit-Dutaillis, *La monarchie féodale en France et en Angleterre*, París, La Renaissance du Livre, 1933 (citado en la p. 148); Louis Halphen, *A travers l'histoire du Moyen Âge*, París, PUF, 1950 (citado en la p. 362).

⁷⁰ Por ejemplo, las de Ramón de Abadal, *Cataluña carolingia*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1926-1952; los volúmenes colectivos *La reconquista española y la repoblación del país*, Zaragoza, 1951 (citado en la p. 152) o *Historia de España. Estudios publicados en la revista Arbor*, Madrid, 1953 (citado en la p. 437); Justo Pérez de Urbel, *Sancho el Mayor de Navarra*, Madrid, Diputación Foral de Navarra. Institución Príncipe de Viana, 1950 (citado en la p. 454), Luis García de Valdeavellano, *Historia de España*, Madrid, Revista de Occidente, 1952 (citado en la p. 266); Martín de Riquer, *Los cantares de gesta franceses: sus problemas, su relación con España*, Madrid, Gredos, 1952 (citado en la p. 282); así como textos de García Gómez, Menéndez Pidal, o del propio Maravall, «Sobre el concepto de monarquía en la Edad Media española», entonces en prensa y que en parte se incorporó a este libro; o el ya mencionado «La formación de la conciencia estamental en los letrados».

⁷¹ De hecho, sólo cita a Pierre Vidal de la Blache (se refiere a él como Vidal de la Blanche), *Principes de Géographie humaine*, París, Armand Colin, 1948 (p. 49 de la edición de 1954; esta edición fue la 4ª del libro de Vidal de la Blache, originalmente aparecido en 1922) y a Marc Bloch, *La société féodale. La formation des liens de dépendance*, París, Albin Michel, 1939 (lo recoge en la p. 379) y en ambos casos de manera contextual, sin repetir la referencia.

excelencia, como Marcel Bataillon (1895-1977), Étienne Gilson (1884-1978) o Roland Mousnier (1907-1993),⁷² pero cuya presencia directa tampoco es apreciable en las páginas de esta obra, aunque en algunos casos sea significativa su influencia. Valga de ejemplo que por esos mismos años usase el libro de Étienne Gilson, *Le rôle de la pensée médiévale dans la formation du système cartésien*,⁷³ en su obra sobre Carlos V y en sintonía con la necesidad de considerar el orden medieval para una mejor comprensión del mundo moderno. No se trataría simplemente de una referencia erudita, dado que la relación con la obra de este autor se remontaría incluso a 1936, cuando tradujo uno de sus trabajos, *Por un orden católico*.

Tampoco se añadieron grandes novedades al respecto en su segunda y definitiva edición,⁷⁴ más allá de atender las recomendaciones recibidas de los autores de las reseñas y completar algunas –escasas– lagunas documentales y cuestiones de matiz –que en ocasiones suplementaban y confirmaban hacia la modernidad las afirmaciones realizadas–.⁷⁵ De hecho, en la mayor parte de los casos se incorporaron elementos y bibliografía y fueron escasas las supresiones de fragmentos de texto. Por ejemplo eliminó un párrafo en el que mostraba una crítica especialmente dura contra Russell,⁷⁶ sobre el sentido de la palabra «tierra» en Pere

⁷² Véase «La Teoría del saber histórico en la historiografía de su tiempo», pp. LV-LVI.

⁷³ París, J. Vrin, 1930. En *Poder, honor y élites en el siglo XVII* (Madrid, Siglo XXI, 1979), señalaba Maravall que un período histórico «es una construcción móvil [...], es una estructura del movimiento, dinámica por sí misma, en la cual las posiciones de sus elementos varían en la diacronía del acontecer» (p. 2).

⁷⁴ La consideramos definitiva porque el propio Maravall, en el prólogo a la tercera (1981), señala: «En esta ocasión faltó a lo que habitualmente he hecho en las sucesivas ediciones de otras de mis obras, en las que he procurado siempre incorporar algunos pasajes o revisar otros, añadir algunas referencias bibliográficas no conocidas antes o algún dato nuevo. El texto que tiene ante sí el lector es exactamente el que quedó establecido en la segunda edición (1964)» (p. 9).

⁷⁵ Hacía referencia, por ejemplo, a la necesaria precisión terminológica cuando mencionaba la presencia en las crónicas medievales de la distinción entre catalanes y españoles. Ponía un ejemplo castellano de 1518 –al hilo de su historia sobre las Comunidades de Castilla de 1963– y señalaba: «Aplicar el rigor lógico y gramatical del castellano o del catalán, etc., para interpretar el sentido de frases que encontramos en los textos medievales es un proceder ingenuo que puede llevar a contrasentidos historiográficos graves» (p. 78, de la edición definitiva). Entre 1954 y 1964, especialmente en Cataluña, la reafirmación del catalanismo parecía hacer necesaria la precisión, que no será la última adición al texto original (véanse, por ejemplo, pp. 143, 156 y 161 de la 2ª ed., en lo referente a la concepción de la «marca»). Tal vez algo de eso pueda verse en la mención que hace Vicens Vives en los comentarios a la segunda edición de *Aproximación a la historia de España*: «La tendencia francesa de Cataluña, que Maravall ha intentado rebajar, queda absolutamente probada en las últimas obras de R. de Abadal» (p. 188).

⁷⁶ Le criticaba la falta de visión del cuadro cultural de la época en que se desarrollan las grandes crónicas hispanas medievales y el desenfoque que sufría por ignorar las procedentes de la primera Edad Media (p. 41 de la ed. de 1954; p. 46 de las siguientes). El artículo al que se refería era «Chroniclers of medieval Spain», *Hispanic Review*, VI (1938), pp. 218-35.

Albert;⁷⁷ quitó un párrafo en el que matizaba el uso de la palabra «nación» comparándola con «pueblo», del que decía: «La idea de que a un pueblo concebido formando cuerpo, corresponda un poder político que le es propio o, paralelamente, la idea de que a un poder corresponda un pueblo íntimamente vinculado a aquél, es muy moderna»;⁷⁸ en la nueva edición se incrementó el tono europeo de un párrafo en el que parecía insistirse en demasía en el componente peculiar;⁷⁹ también, por último, suprimió un párrafo dedicado a Cataluña, en el que decía:

Supongo que el título de ‘Cataluña Carolingia’, que Abadal ha dado a la colección diplomática que está publicando, quiere decir que renuncia y tiene por equivocado servirse de ese nombre de Marca, optando por emplear una denominación más historiográfica que histórica. Ello hace pensar que tan excelente medievalista ha advertido que es vano buscar un nombre propio a lo que todavía no lo tiene.⁸⁰

Nos encontramos, por tanto, ante una obra de gran empaque documental, prolija en el detalle, muy enraizada en la tradición positivista pero con la salvedad de que todo el material procedía de fuentes publicadas. Salvo algunas obras de los siglos XVI y XVII, sólo hemos localizado tres referencias a material manuscrito procedente de la Biblioteca Nacional.⁸¹

Un último aspecto sería el del papel de la producción medievalista de Maravall en el conjunto de su obra. Comenzábamos señalando su escasa cuantía numérica y continuábamos indicando que, en buena parte, esa producción se había conformado documentalmente antes de los años cincuenta, aunque posteriormente se hubiesen añadido elementos significativos en torno a preocupaciones modernistas concretas. Tal vez quepa compararlo con la visión que ofrece Miquel Marín acerca de Jaime Vicens Vives. El historiador catalán terminó el proceso de publicación de su obra medievalista a mediados de la década de los cincuenta con la *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*. Sin

⁷⁷ Página 378 de la edición de 1954.

⁷⁸ En este caso simplemente eliminó el párrafo, sin sustituirlo (p. 507 de la 2ª ed.).

⁷⁹ Página 520 de la edición de 1954, 488 de la de 1964.

⁸⁰ En la edición de 1954, p. 156; en la de 1964 suaviza mucho la crítica, señalando la existencia de menciones a dicha Marca Hispanica a partir del 821, aunque considerase más recomendable el uso, incluso para el siglo IX, de la expresión Cataluña Carolingia (pp. 149-50 de la 2ª ed.). El propio Abadal se mostrará de acuerdo con Maravall en la necesidad de restringir el uso de Marca al período anterior al s. X (Ramón d'Abadal, «Nota sobre la locución ‘Marca Hispánica’», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XXVII (1957-58), pp. 157-64). También hay una pequeña supresión en la p. 549 suavizando un contraste muy marcado entre Castilla y Cataluña.

⁸¹ *Las memorias históricas de Cataluña* (p. 34) y las dos ocasiones en que cita la Crónica de Fr. García de Euguí (pp. 353 y 543).

embargo, cuando esta obra vio la luz tras diversos retrasos, su autor ya había abandonado no sólo la temática, sino también el método asociado a ella. De hecho, en el análisis que Vicens realizaba de la historiografía española en los primeros años cincuenta, citado más arriba, su visión del medievalismo era especialmente negativa, sobre todo por los lastres metodológicos que seguía arrastrando. Y sin embargo, su *Historia crítica* reflejaba parte de esos lastres. Como señala Miquel Marín, «se trata de un texto cuyos marcadores interpretativos poseen una dinámica que en el momento de su publicación ya se había roto parcialmente»,⁸² y se pregunta por la aplicabilidad de esta situación al propio historiador. ¿Ocurrió algo similar con Maravall? Es evidente que, a partir de mediados de los años cincuenta, el rumbo investigador de nuestro historiador varió, incorporando las novedades a las que había asistido en su estancia parisina, por lo que las obras de los primeros años sesenta se alejaron de modelos previos. Sin una ruptura radical como la que llevó a Vicens a terminar con su medievalismo historiográfico, pero en una línea claramente dirigida hacia el contacto interdisciplinar, hacia la historia social de las mentalidades, hacia una mayor inserción de lo español en lo europeo. Como en Vicens, el siglo XV sirvió de gozne, de puente para transitar de un tiempo a otro. Es significativa la introducción a la primera edición de *El mundo social de la Celestina*, en la que señalaba:

El siglo XV es, en nuestra Historia, una de las fases de más interesante sentido europeo, como pueda serlo más tarde el siglo XVIII. Y siendo rico y variado lo que de propio y peculiar de la situación cultural española se encuentra en aquel final del Medioevo, hay, sin embargo, una estrecha correspondencia con lo que en otras partes de la común cultura occidental se da. Podemos, por ello, suponer que la aplicación de ciertas categorías historiográficas a nuestras obras literarias, artísticas, políticas, etc., surgidas de ese primer brote de la época moderna que es el siglo XV –más los primeros años del XVI–, ha de resultar siempre fecunda y esclarecedora.⁸³

Pese a incluirla en el ámbito medieval, la referencia era renacentista, el tono, los personajes y las actitudes anunciaban o reflejaban el nuevo tiempo y la Edad Media ya no era un reflejo de la unidad previa, sino un

⁸² «La fatiga de una generación. Jaume Vicens Vives y su *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*», p. XXIII. Es significativo el comentario que realizaba al artículo de Maravall sobre la idea de reconquista (1954), del que señalaba su carácter general, «utilizando por vez primera ampliamente textos de crónicas y de cartularios catalanes». Se apoyaba, decía Vicens, en la idea de la conquista musulmana como usurpación, pero dejaba de lado, en su opinión, «otros factores de base (económicos, sociales, culturales) que ayudarían a formar un criterio exacto de tal coyuntura» (J.V.V. [Jaime Vicens Vives], *Índice Histórico Español*, I (1953-54), p. 472).

⁸³ Madrid, Gredos, 1968 (2ª; 1ª, 1964), p. 7.

antecedente global, europeo y, por tanto, común. De alguna manera, la Castilla cantada en 1934 había dejado su espacio a una Europa mucho más cercana a la postura del Maravall de los años sesenta.⁸⁴ En cierto modo, la percepción medievalizante que había caracterizado a una significativa parte de la cultura europea hasta los años cuarenta, comenzaba a quedar desplazada por inquietudes distintas, europeístas. Como señalaba Günter Grass de su regreso al mundo escolar, tras la guerra:

la segunda hora estaba dedicada a la Historia, en otro tiempo mi asignatura favorita. Su terreno, ampliamente fechado, había ofrecido suficientes espacios vacíos en los que podía refugiarse mi fantasía y asentar unos personajes imaginados, que por lo general iban vestidos medievalmente y estaban implicados en guerras interminables [...]. [V]eo al profesor de Historia al alcance de la mano: bajo, vigoroso, con el pelo al cepillo y sin gafas, pero con pajarita bajo la barbilla, iba entre los bancos arriba y abajo, giraba sobre los talones, echaba raíces de pronto como obedeciendo una orden irrevocable del Espíritu del Siglo y abría la clase de Historia con la pregunta clásica: «¿Dónde nos habíamos quedado?», para responderse a sí mismo inmediatamente: «En el Despacho de Ems». [...] Como si el pequeño profesor me hubiera dado la salida con el ominoso Despacho, me puse en pie [...], me fui sin decir nada y –sin dejarme detener por terminantes palabras pedagógicas– abandoné no sólo la clase para participantes en la guerra atrasados en el programa de estudios, sino también, para siempre, el colegio y su aire viciado, conservado por principio.⁸⁵

El medievalismo cansaba, la experiencia vivida era muy superior a la experiencia indirecta de la ensoñación medieval. En la piel de un historiador español, la visión de los tiempos medios con la respuesta a los problemas del presente se hizo cada vez menos creíble y en muchos casos, incluido Maravall y, en buena medida también Vicens, se dejó de lado el refugio y el sentido que hasta entonces se había situado en el período histórico medieval.

La emancipación de los textos

Uno de los elementos básicos a la hora de examinar la obra de un historiador es comprobar su repercusión, el impacto que causa tanto en el seno de la comunidad científica como, si es el caso, en el conjunto de la sociedad. En las páginas que siguen se ofrece un esbozo de la fortuna

⁸⁴ Lo decía en el prólogo a *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento* (Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1960): «Al situarnos en el ángulo visual de una disciplina histórica que, en cierta medida y con la amplitud que queremos darle, podemos llamar *nueva*, probablemente algunos datos cambien en su interés e importancia respecto al papel que se les venía atribuyendo en la historiografía sobre esta época» (pp. 3-4; énfasis añadido).

⁸⁵ *Pelando la cebolla*, pp. 229-31.

historiográfica del Maravall medievalista, especialmente centrada en *El concepto de España en la Edad Media*.

Tal vez la más visible de las reacciones fuesen las reseñas incluídas en las revistas especializadas. De hecho, su aparición fue inmediata, con varios ejemplos el mismo 1954, otras más en 1955 y dos provenientes del extranjero en 1957.⁸⁶ Todas ellas resaltaban la erudición mostrada en sus páginas, lo que, de alguna manera, lo haría más válido en un contexto en el que la metodología positivista era la seña de identidad del historiador, y –para bien o para mal– especialmente del medievalista. De hecho, Luis García de Valdeavellano (1904-1985), en su reseña, destacaba el estrecho vínculo de esta obra con «las reglas más rigurosas del método histórico, y todas sus conclusiones, se acepten o no, están siempre fundamentadas en el más exigente examen crítico de las fuentes». Maravall habría consultado «todas las publicadas».⁸⁷ Por su parte Díez del Corral (1911-1998) consideraba «abrumadora» la aportación de evidencias; para Ramón de Abadal (1888-1970) era exhaustiva y, significativamente, Francisco López Estrada (1918-), catedrático de Literatura Española y especialista en el medievalismo, opinaba que en la trayectoria de Maravall como historiador, este libro era «especialmente histórico».⁸⁸ Todo ello llevaba a acreditarlo de «gran erudito y de historiador profundo» por el profesor Abadal. De alguna manera, la puerta de entrada en el ámbito medievalista, el rigor documental, había conseguido que alguien ajeno a ese ámbito, con un prestigio ya asentado en otras temáticas, como señalaba López Estrada, viese reconocido su trabajo por una parte granada del medievalismo de la época. Sin embargo, ese rigor documental admitía matices y, dejando de lado las menciones a la forma de cita o a la oscuridad de las referencias, la opinión más crítica procedía de José María Lacarra, que cuestionaba que en el

⁸⁶ Ramón de Abadal, en: *Índice Histórico Español*, I (1953-54), p. 635; Luis Díez del Corral, en: *Revista de Estudios Políticos*, LIV/82 (1955), pp. 193-206; Luis García de Valdeavellano, en: *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXV (1955), pp. 877-90; Richard Konetzke, en: *Historische Zeitschrift*, 183 (1957), pp. 659-61; José María Lacarra, «El concepto de España», *Arbor*, XXXI/115-6 (1955), pp. 583-7; Francisco López Estrada, «Un estudio sobre el significado de España en la Edad Media», *Anales de la Universidad Hispalense*, XV/1 (1954), pp. 85-96; Francisco López Estrada, en: *Revista de Filología Española*, XXXVIII (1954), pp. 335-41; Gratiniño Nieto, en: *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LX/2 (1954), pp. 671-5; y Valentín de Pedro, en: *Cuadernos de Historia de España*, 25-26 (1957), pp. 365-9.

⁸⁷ *Anuario de Historia del Derecho Español*, p. 878. En otros momentos insistió en la abundancia de la documentación.

⁸⁸ La referencia de Díez del Corral, en la p. 196, que insistía en un aspecto importante al afirmar que «la historiografía es una ciencia que suele practicarse, particularmente en nuestro país, de manera empírica, sin plantearse los problemas metódicos imprescindibles, pero ello no es sino una razón de más para hacerse cuestión de ello y para examinar la manera peculiar de haberlos resuelto en la práctica un libro escrito con rigor intelectual como el de J.A. Maravall» (p. 194); la referencia de López Estrada en la *Revista de Filología Española*, p. 336.

libro, «[l]as más variadas cuestiones, planteadas a veces incidentalmente, son minuciosamente desarrolladas con extraordinaria acumulación de referencias, que, si avaloran enormemente la publicación, hacen perder con frecuencia el hilo de la argumentación». De hecho, consideraba el medievalista estellés que el libro era más una «suma de pequeñas monografías en que se pasa revista a los grandes temas de la Edad Media peninsular».⁸⁹ Dos años después su juicio era aún más duro, cuando mostraba una amplia serie de carencias en el libro de Maravall, lo que significaba una enmienda completa al contenido del trabajo:

Libro lleno de sugerencias y de rica y variada erudición a base de textos literarios o de alusiones documentales, deja al lector un tanto insatisfecho. Junto al concepto de España –oscilante y contradictorio en ocasiones, si sólo nos atenemos a los textos– desearía uno conocer la formación y evolución de ese concepto, y para ello sólo la historia, las formas de vida, las reacciones impensadas ante coyunturas adversas, la evolución de las instituciones jurídicas, económicas y de las ideas, podrían rellenar los muchos huecos que se advierten entre esporádicas alusiones de cronistas, poetas o notarios reales.⁹⁰

Pese a todo, Maravall respetó la opinión de Lacarra y, de hecho, incorporó sugerencias y corrigió elementos criticados por éste. A finales de los años sesenta, fue uno de los académicos que impulsó el ingreso del medievalista navarro en la Real Academia de la Historia, gestionando los votos de otros historiadores cercanos, como Ramón Carande (1887-1986).⁹¹

Muy crítico también, aunque no con Maravall, sino con los medievalistas españoles, era Díez del Corral, que afirmaba que estaban estos

mucho más preocupados por saber lo que hizo tal o cual rey que por precisar la figura genérica del rey hispano, mucho más ufanos de haber encontrado un nuevo título de *imperator* o *imperante* que de plantear con rigor lo que podían significar tales términos en la realidad histórica de nuestra Edad Media, a diferencia de lo que significaban más allá de los Pirineos.⁹²

⁸⁹ «El concepto de España», p. 586 y 583, respectivamente. En esta opinión coincidía la brevísima nota aparecida en la sección de libros recibidos del *Journal of the History of Ideas*, 20/1 (1959), p. 144: «A rather thorough, though disjointed, journey through various Dark Ages and Mediaeval manuscripts seeking the concept of Spain as a national entity rather than a geographic expression».

⁹⁰ «Los estudios de Edad Media española de 1952 a 1955», p. XIII.

⁹¹ Carta de Ramón Carande, Sevilla, 21-I-1969. Legado José Antonio Maravall. Biblioteca de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Castilla-La Mancha, Ciudad Real.

⁹² *Revista de Estudios Políticos*, p. 197.

No deja de sorprender este ataque al conjunto de los medievalistas y el intento de marcar distancias entre Maravall y ellos realizado por alguien que, como el autor de *El concepto de España en la Edad Media*, estaba al margen de ese sector historiográfico. De alguna manera parecía querer parar las posibles críticas que llegasen desde él, resaltando aspectos que, suponía, no interesaban a los medievalistas, especialmente lo relativo al método novedoso o a la importancia de lo conceptual. Además, resaltaba la lejanía respecto a los europeos, a los que sí interesarían esas cuestiones, como a ellos mismos. Este distanciamiento mostraría una apreciable renovación en la forma de concebir no sólo la disciplina histórica, sino también sus presupuestos ideológicos, claramente influidos por la estancia parisina de ambos.⁹³

Este componente crítico –hacia el libro y hacia el medievalismo– nos lleva a valorar un segundo aspecto: el de la utilización política y las visiones ideologizadas de la historia. Maravall no pretendía escribir un libro político; ni siquiera llegó a tiempo para la polémica entre Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz.⁹⁴ Sin embargo, una parte de los autores de las reseñas interpretaban el libro, en mayor o menor grado, desde una óptica política o ideológica. Así, Ramón de Abadal consideraba el concepto de España como un «[t]ema gozne sobre el que giran nuestras historias políticas de España, con más pasión política que imparcialidad histórica», en las que, destacaba, no caía el autor. Luis García de Valdeavellano interpretaba el tema abordado como la «verdadera clave de la nacionalidad española» y, de hecho, terminaba la reseña señalando: «Los que hemos creído siempre que la unidad de España tiene precisamente en la historia su más radical afirmación nunca agradeceremos bastante a Maravall su fecunda indagación sobre el concepto de España en la Edad Media».⁹⁵ Menos político y más poético era el punto de vista de Valentín de Pedro (1896-1966), que lanzaba una genérica y orteguiana interpretación del tema del libro, en la que afirmaba «que el pasado alienta en la historia con una palpitación de presente, estableciendo una perfecta continuidad entre ayer y mañana».⁹⁶ Sin embargo, el análisis más político era el de Gratiniano Nieto (1917-1985), para quien Maravall

⁹³ Véase «La Teoría del saber histórico en la historiografía de su tiempo».

⁹⁴ Aunque Díaz del Corral sí lo sitúe en su reseña, aparecida cuando ya estaban en la calle los libros de ambos. De hecho, colocaba a Maravall en la línea de Hinojosa y Sánchez Albornoz y consideraba que la de Castro tenía un «valor representativo e interpretativo *harto laxo*» (p. 196). Manuel Ríu Ríu, en la referencia a la publicación del libro de Stephenson, decía que Maravall resumía los puntos básicos de C. Sánchez Albornoz y L. García de Valdeavellano (*Índice Histórico Español*, IX (1963), p. 220).

⁹⁵ *Anuario de Historia del Derecho Español*, pp. 877 y 890.

⁹⁶ *Cuadernos de Historia de España*, p. 366. Ya es significativo que la reseña se publique en la revista de Sánchez Albornoz.

demuestra, con gran acopio de citas, cómo a lo largo de la Edad Media hay en España un sentido unitario del que ni siquiera escapan regiones a las que se ha calificado de separatistas; sentido unitario, que es una de las constantes más acusadas y uno de los factores que con más vigor y más fuerza actuaron a lo largo de la Edad Media en la configuración política que, en definitiva, había de tener España.

Aunque en este párrafo la referencia a esas «regiones separatistas» no es explícita, en las páginas siguientes lo especificaba con claridad al aludir a Cataluña, lo cual no dejaba de ser significativo si lo relacionamos con algunos de los párrafos suprimidos en la segunda edición del texto de Maravall, en los que la referencia catalana era habitual.⁹⁷

En cualquier caso, junto a la lectura profesional, metodológica, de valoración del tema como aporte al progreso del conocimiento, se superpuso otra, más política e ideológica, que en buena medida acompañó a su autor y a la obra al menos en los años siguientes a su publicación.⁹⁸ De hecho, José María Lacarra, que en su reseña de *Arbor* no entraba en este tema, al revisar el panorama del medievalismo español en 1956 incluía el libro de Maravall en un grupo con los de Castro y Sánchez Albornoz:

La historia de España y, más concretamente, la *España medieval*, ha sido objeto de exposiciones de conjunto, de interpretaciones y de valoraciones –estas no siempre encerradas en el marco de una exposición histórica– que han centrado en la Edad Media el interés de investigadores procedentes de campos diversos. Si en muchos aspectos no se ha llegado a conclusiones muy firmes, es innegable que tan variadas colaboraciones han venido a ensanchar las perspectivas del historiador.⁹⁹

Maravall era situado en el grupo de aquellos que realizaban reflexiones globales sobre la España medieval, habitualmente junto a los ya mencionados Castro y Albornoz y, en ocasiones, con la más genérica compañía de Vicens Vives, *Aproximación a la historia de España*.¹⁰⁰ Además, y en esta línea de utilización instrumental de la obra,

⁹⁷ *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, pp. 671 para la cita, 673-4 y 674, para las menciones a Cataluña. Recordaba también en varias ocasiones que el autor era Catedrático de Derecho Político y que la edición era del Instituto de Estudios Políticos. Véanse las notas 75 y 80.

⁹⁸ Esto es lo que ha llevado a Antonio Elorza a considerar esta obra, y la dedicada a Carlos V, insertas en una «sobrecarga de 'lo español'» («El historiador y la política», *El País*, 20-XII-2006).

⁹⁹ «Los estudios de Edad Media española de 1952 a 1955», p. XI.

¹⁰⁰ Así lo hacen, por ejemplo, Manuel Riu en su *Lecciones de historia medieval* (Barcelona, Teide, 1982 –7ª ed., 1ª, 1969–, p. 18) o en su *Edad Media (711-1500), Manual de Historia de España*, 2, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, en cuya bibliografía incluye a Maravall en el apartado, «Ensayos interpretativos de la historia medieval de España» (p. 569); Luis

comenzaba a circular por las páginas de quienes reivindicaban la unidad española frente a posiciones que cuestionaban ésta. Así, cuando Salvador de Madariaga (1886-1978) trataba de rebatir los argumentos de Manuel de Irujo (1892-1981), se apoyaba en el libro de Maravall, al que consideraba uno de los más científicos de los publicados por esos años, porque

prueba hasta la saciedad que, a pesar de la multiplicidad de sus reyes, España era una, vivida y sentida como una por todos los españoles, desde Barcelona hasta Lisboa; descrita como una por sus historiadores [...] e invocando la *costumbre de España* desde Navarra hasta Cataluña y desde Galicia hasta Andalucía. Toda esta faramalla de distinciones étnicas y de naciones distintas no es más que separatismo retrospectivo y retropolado que no conoció ningún Pedro, Jaime, Sancho ni Alfonso; y los pueblos españoles, mucho antes de que los unieran políticamente Fernando e Isabel, se sabían y sentían una sola España, como los mismos reyes que los gobernaban se sabían y sentían una sola familia. Además, todos estos reyes –cinco o seis, tres o cuatro, según los tiempos– se llamaban todos a la vez «reyes de España».¹⁰¹

Por otro lado, también se le fue incluyendo dentro de uno de los dos sectores de la polémica clásica, varias veces mencionada, entre Castro y Sánchez Albornoz. De hecho, se le consideraba seguidor de este último, pese a que él hubiese buscado distanciarse de esa controversia.¹⁰² Luis

Suárez Fernández (*Historia de España. Edad Media*, Madrid, Gredos, 1978 –1ª, 1970–, p. 683), y «Del imperio hispánico a las monarquías», en: *Historia general de España y América*, IV. *La España de los cinco reinos (1085-1369)*, Madrid, Rialp, 1984, p. XLVII; Emilio Mitre Fernández, *La España medieval. Sociedades. Estados. Culturas*, Madrid, Istmo, 1979, p. 363; y en «La historiografía sobre la Edad Media», en: Andrés-Gallego, José (coord.), *Historia de la historiografía española*, Madrid, Encuentro, 2003 –2ª ed.–, p. 105; José Ángel García de Cortázar, *Historia de España dirigida por Miguel Artola*, 2, *La época medieval*, Madrid, Alianza, 1988, p. 388.

¹⁰¹ *Memorias de un federalista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1967, pp. 108-9; también, p. 289. Estos halagos no impedirán que Maravall polemizase con Madariaga, sin citarlo, a raíz, precisamente, de la cuestión de los caracteres nacionales (José Antonio Maravall, «Sobre el mito de los caracteres nacionales», *Revista de Occidente*, 3 (1963) pp. 257-76).

¹⁰² Así lo hace, por ejemplo, Joseph F. O'Callaghan, *A history of Medieval Spain*, Ithaca, Cornell University Press, 1975, p. 21, o el medievalista británico J.N. Hillgarth, más partidario de las tesis de Castro, en: *The Spanish kingdoms 1250-1516*. Vol. I, *1250-1410. Precarious balance*, Oxford, Clarendon Press, 1976, pp. 14-15; vol. II, *1410-1516. Castilian hegemony*, Oxford, Clarendon Press, 1978, pp. 197-8; y en «Spanish historiography and Iberian reality», *History and Theory*, 24 (1985), p. 26 (publicado en *Spain and the Mediterranean in the later Middle Ages. Studies in political and intellectual history*, Aldershot, Ashgate/Variorum, 2003). El propio Sánchez Albornoz utilizó la obra de Maravall en apoyo de sus tesis, como se puso de manifiesto en *España, un enigma histórico*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971, pp. 13, 443, 470, 586 y 697-8; aún en 1974 le escribía para adherirse a él: «He vuelto a leer sus críticas a Castro, merecidas».

Suárez defendía en su discurso de contestación al de entrada de Julio Valdeón en la Academia, no solamente al historiador, sino también la idea que veía reflejada en él, al afirmar que ambos

compartimos, desde hace muchos años, la admiración por una obra del que fuera académico, José Antonio Maravall. Porque España es una realidad histórica, algo más que un espacio para vivir, una comunidad, en suma, que se ha constituido en el transcurso del tiempo. Y, en el origen, está Roma. He aquí el primer mensaje que los historiadores están obligados a transmitir: amor a Roma, pues lo contrario sería ingratitud. La Península no se hizo culpable de este pecado. Conservó su nombre y no quiso, ni pudo, llamarse Gotia. Porque, en el origen descubría la que creía ser esencia de su legitimidad. Ni los musulmanes ni los judíos fueron capaces de conservar su nombre.¹⁰³

En relación a esta última afirmación, el vínculo entre Maravall y el lado «romanista» de la polémica queda críticamente de manifiesto en las afirmaciones recientes del grupo reunido en torno a Eduardo Subirats, para quien la europeización forzada de España habría tenido como resultado genérico la exclusión en su historia de las influencias islámicas y judaicas, y como consecuencia historiográfica, la postergación de Américo Castro. Lo significativo de esta explicación es que carga las tintas en el papel de José Antonio Maravall:

Este historiador es el responsable por la ‘normalización’ de la historia cultural española, en el sentido de su adaptación sin resistencias ni fisuras a las clasificaciones y categorías historiográficas del Renacimiento, el Barroco o la Ilustración europeos. Para encajar la realidad histórica española dentro de estos esquemas Maravall tuvo que emprender, sin embargo, una cruzada positivista de desarabización y desjudaización [...]. Los argumentos de Maravall, sin embargo, estaban dotados de una incontestable eficacia retórica e institucional. Por un lado restablecía una identidad hispanoeuropea e hispanocatólica, acorde con el tradicionalismo español más arcaico; por otro, otorgaba a este casticismo una dimensión progresista, con arreglo a un concepto doctrinario de lucha de clases. En esta medida Maravall constituye un paradigma de las estrategias oficiales tardo y posfranquistas de redención de la identidad española como nación esencialmente latina, radicalmente euro-

Y continuaba: «No hay un historiador auténtico que pueda seguir sus falacias, pero todos los ensayistas que ignoran la Historia de España le siguen como una falange» (Buenos Aires, 9-V-1974. Legado José Antonio Maravall. Biblioteca de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Castilla-La Mancha, Ciudad Real).

¹⁰³ Julio Valdeón Baroque, *Las raíces medievales de España, discurso leído el día 9 de junio de 2002 en el acto de recepción pública por el Excmo. Sr. D. --- y contestación por el Excmo. Sr. D. Luis Suárez Fernández*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2002, pp. 94-5.

pea y moderna, pero católica y romana a pesar de todo, y limpia de cualquier traza semítica.¹⁰⁴

La percepción pasaría ya de lo historiográfico a cuestiones identitarias y de comprensión de la nación y su esencia, repitiendo de alguna manera el tono del debate de los años cincuenta. Como en aquellos momentos, la lectura de la obra de Maravall se realizaría desde presupuestos que verían en todos sus pasos una actitud situada más allá de lo académico o lo profesional para situarlo en el ámbito de lo esencial, ideológico o directamente político en un sentido partidista. No quiere esto decir que no hayan existido críticas de otro tipo, pero éstas se refieren generalmente, como se ha podido ver en las reseñas, a cuestiones concretas, y no al conjunto de su obra.¹⁰⁵

Por último cabría hacer mención a la inserción de Maravall en los repertorios nacionales e internacionales de medievalistas. Aquellos que apuestan por la recogida de información bibliográfica, prescindiendo del carácter del autor, incluyen habitualmente en sus páginas las obras de Maravall.¹⁰⁶ Un buen reflejo de ello son las palabras de uno de los historiadores que más ha defendido la obra de nuestro autor, Julio Valdeón: «podemos afirmar con toda rotundidad que la mencionada obra de José Antonio Maravall [*El concepto de España...*] ha adquirido la categoría de un clásico de la historiografía sobre la España medieval. Aunque sólo fuera por ese libro los medievalistas hemos contraído una deuda con el profesor Maravall».¹⁰⁷ En cambio, junto a las menciones, cabe señalar

¹⁰⁴ Eduardo Subirats, «Nota preliminar», a E. Subirats (coord.), *Américo Castro y la revisión de la memoria (El Islám en España)*, Madrid, Libertarias, 2003, pp. 16-17. Inciden en esta crítica otras colaboraciones de este libro, como la de Juan Goytiso, «Américo Castro en la España actual», pp. 23-4; y del propio Eduardo Subirats, «La península multicultural», pp. 43-4; y «Américo Castro secuestrado», pp. 215-6 (previamente publicada en *El Mundo*, 11-IX-2001). El propio Maravall calificaba a Castro como maestro pese a las discrepancias y le dedicaba su libro *La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*, Barcelona, Ariel, 1990 -1ª ed., 1975-, pp. 13-15.

¹⁰⁵ Valgan como ejemplos los de Robert B. Tate, «The 'Anacephaleosis' of Alonso García de Santa María, bishop of Burgos, 1435-1456», en: Frank Pierce (ed.), *Hispanic Studies in honour of I. González Llubera*, Oxford, Dolphin Book, 1959, pp. 387-401; Salustiano Moreta, «La expansión del siglo XI (1035-1109)», en: Paulino Iradiel; Salustiano Moreta y Esteban Sarasa, *Historia medieval de la España cristiana*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 103; Peter Linehan, *History and the historians of medieval Spain*, Oxford, Clarendon Press, 1993, pp. 233 y 656; o José Luis Villacañas Berlanga, *La formación de los reinos hispánicos*, Madrid, Espasa, 2006, pp. 645-6 y 652.

¹⁰⁶ Por ejemplo Emilio Sáez y Mercè Rossell, *Repertorio del medievalismo hispánico (1955-1975)*, II. G-M, Barcelona, El Albir, 1976, pp. 532-5 y Gray Cowan Boyce, *Literature of medieval history 1930-1975*, Millwood, Kraus International Publications, 1981, vol. I, p. 124; III, 1274, 1276 y 1294; IV, 1884-5 y 2206.

¹⁰⁷ «Maravall como estudioso de la Edad Media española», p. 254. Este reconocimiento lo reitera en trabajos posteriores, en los que además respalda las tesis de Maravall, por ejemplo: «Castilla y las Españas medievales», en: Antonio Rodríguez de las Heras et al.

también los silencios, por ejemplo en los repertorios franceses del medievalismo o incluso en las revisiones historiográficas realizadas en España, principalmente sobre la base no tanto de la obra publicada como de la pertenencia del autor al colectivo de los medievalistas.¹⁰⁸ En este último caso estaríamos ante un no reconocimiento que tiene menos de historiográfico que de «gremial», pues la exclusión vendría motivada principalmente por la carencia de un rasgo, cual es el de la inclusión en la comunidad de los historiadores de la Edad Media, a la que se definiría principalmente por la dedicación prioritaria a ese ámbito, o incluso por formar parte del grupo de quienes ostentan una plaza universitaria específica. De igual modo cabría entender la ausencia de los trabajos de Maravall en síntesis generales o en trabajos monográficos.¹⁰⁹ Y no cabría

(eds.), *Sobre la realidad de España*, Madrid, Universidad Carlos III, 1994, pp. 113, 114, 126. También valoran *El concepto de España...* Antonio Domínguez Ortiz, «España: nación, estado, imperio», en ese mismo volumen coordinado por el prof. Rodríguez de las Heras, p. 134; o, en el volumen *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1997, las colaboraciones de Miguel Ángel Ladero Quesada, «España: reinos y señoríos medievales (siglos XI a XIV)», p. 100; Luis Suárez Fernández, «España. Primera forma de estado», pp. 139 y 149; y Carlos Seco Serrano, «España: ¿estado plurinacional o nación de naciones?», p. 319; Thomas F. Glick, *Cristianos y musulmanes en la España medieval (711-1250)*, Madrid, Alianza, 2000 (1ª ed. en castellano, 1991), pp. 78, 126, 271, 276, 278 y 289, donde señala que este libro era «un análisis magistral de los cambiantes significados geográfico, político y cultural del concepto de España»; Vicente Cantarino, *Entre monjes y musulmanes. El conflicto que fue España*, Madrid, Alhambra, 1978, pp. 120, 130, 138-9 y 193-4.

¹⁰⁸ Por ejemplo en el *Repertoire des médiévistes européens, supplément aux Cahiers de Civilisation Médiévale*, de los años 1960 y 1965; o en los trabajos de Marcelin Defourneaux, «Les études historiques en Espagne au début de 1960», *Revue Historique*, 224 (1960), pp. 401-8; Juan Cabestany Fort, «Los estudios de Edad Media española de 1956 a 1965», *Índice Histórico Español*, XI (1965), pp. XIII-LII; Charles-Emmanuel Dufourcq y Jean Gautier-Dalche, «Histoire de l'Espagne au Moyen Âge. Publications des années 1948-1969 (1ere partie)», *Revue Historique*, 245 (1971), pp. 127-68 y «(2e partie)», *Revue Historique*, 245 (1971), pp. 443-82; Ángel J. Martín Duque, a pesar de hacer un balance genérico de los episodios previos a 1968 (pp. 23-39), no hace referencia a Maravall, en buena medida porque limita el medievalismo a los integrantes de los cuerpos estatales de profesores («Las 'Semanas de Estella' y el medievalismo hispánico. Un ensayo de 'egohistoria'», en: *XXV Semana de Estudios Medievales. La historia medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998). Estella, 14 a 18 de julio de 1998*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, pp. 23-49); tampoco lo incluye entre los medievalistas, aunque sí entre los modernistas y en el ámbito de la historia del pensamiento político, José María Jover Zamora, *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999, pp. 296 y 303; Miguel Á. Ladero Quesada, «Trayectorias y generaciones. Un balance crítico: la Edad Media», en: Benoît Pellistrandi (coord.), *La historiografía francesa del siglo XX y su acogida en España*, Madrid, Casa de Velázquez, 2002, pp. 311-24; Jaume Aurell, «Le médiévisme espagnol au XX siècle: de l'isolationnisme à la modernisation», *Cahiers de civilisation médiévale*, III/191 (2005), pp. 201-18.

¹⁰⁹ No aparecía como medievalista, por ejemplo, en uno de los manuales por excelencia del final del franquismo, el de Antonio Ubieto; Juan Reglá y José María Jover, *Introducción a la historia de España*, Barcelona, Teide, 1963. Sólo se le mencionaba como modernista

hablar de obsolescencia en sus propuestas, puesto que hay autores que siguen incluyendo sus trabajos en obras recientes.¹¹⁰

Medievalismo cultural y práctica historiográfica

En definitiva, no podemos hablar en sentido pleno de un Maravall medievalista, pues su interés por ese período de la historia resultó en buena medida circunstancial. Sin embargo, el autor de *El concepto de España en la Edad Media* estuvo inserto en un marco europeo que desde el siglo XIX y aún en el período de entreguerras, mostró un considerable interés hacia la Edad Media considerada como un refugio, como un tiempo al que referir aspiraciones políticas y sociales, como una inspiración. En esta corriente Maravall participó impulsado por el magisterio de Ortega y trató incluso de darle un tono historiográfico, concordando con las pautas y patrones que en la posguerra española marcaban el rumbo de la producción histórica. De hecho, aunque la erudición es un aspecto relevante del conjunto de su producción, se ha destacado especialmente en lo que toca a sus escritos sobre la Edad Media. Por otro lado, buena parte de ellos, muy relacionados con *El concepto de España en la Edad Media*, se interpretaron desde su publicación como un elemento más en la escalada polémica en torno al ser de España. Pese al reiterado y manifiesto rechazo que Maravall expresó hacia los esencialismos sobre todo a partir de los años sesenta, esta fase de su producción historiográfica quedaría vinculada a la controversia. En buena medida, y pese a la perspectiva profesional-académica, el medievalismo cultural seguía estando vivo en la España de mediados de los cincuenta y esta circunstancia pesó considerablemente en la construcción de la fama de este libro en especial.

En cualquier caso, esta fase quedaría claramente en retroceso tras su regreso de París y la evolución paulatina hacia formas de expresión histórica crecientemente distanciadas de los modelos previos, cada vez más criticados por una comunidad historiográfica en proceso de transformación. En un camino que muestra paralelismos con otros autores,

(p. 267); en la novena edición (1972, con la participación ya de Carlos Seco Serrano), se añadía la referencia a su papel en la renovación del ensayismo tras la guerra, junto con Laín, Tovar y otros.

¹¹⁰ Valga como ejemplo José Manuel Nieto Soria, «La ideología política bajomedieval en la historiografía española», *Hispania*, L/2, 175 (1990), pp. 667-81, que afirma que Maravall «ha desplegado un extraordinario esfuerzo investigador que se ha materializado en numerosas obras, cuya utilización representa hoy un punto de partida imprescindible para el tratamiento de este tipo de cuestiones» (p. 675); en «Ideología y poder monárquico en la península», en: *XXV Semana de Estudios Medievales. La historia medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998). Estella, 14 a 18 de julio de 1998*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, pp. 335-81, señala este mismo autor: «La aportación de José Antonio Maravall [...] resulta sencillamente decisiva, tanto por la diversidad de los problemas abordados, como por su capacidad de profundización en ellos y de proposición de nuevas respuestas y de nuevas vías de estudio» (p. 342).

Maravall optó por temas y perspectivas cuya carga polémica fuese menor, al menos potencialmente, y sus aproximaciones al medievalismo se centraron en aspectos que iluminasen sus preocupaciones modernistas, en una línea que había iniciado ya desde principios de los cuarenta, pero a la que le pesó el lastre de un medievalismo cultural de gran capacidad de arrastre.

En este sentido, es significativo apreciar la consideración que Maravall obtuvo entre los medievalistas, para los cuales no dejó de ser un profesional prestigioso, pero situado fuera de su espacio propio. De hecho, los límites disciplinares y, dentro de éstos, los temáticos y temporales, jugaron un papel mucho más tendente a la exclusión que a la integración, favorecido por una concepción de la disciplina sujeta a unos perfiles muy marcados, tanto en las prácticas profesionales, como en las sociabilidades intelectuales. Los criterios de pertenencia estaban dictados más por la inserción en la comunidad a partir de las redes profesionales que por la producción de escritos históricos. En un contexto de precaria normalidad historiográfica, sólo era efectiva la capacidad de reconocer y ser reconocido para legitimar una trayectoria profesional y quien no se ajustaba a esos patrones sólo podía aspirar, en el mejor de los casos, al respeto, pero no al reconocimiento entre iguales. En buena medida, este fue el caso de Maravall entre los medievalistas, probablemente el grupo más definido y significado entre los historiadores españoles del primer franquismo.

Anexo: Bibliografía medievalista de José Antonio Maravall¹¹¹**1953**

«La formación de la conciencia estamental de los letrados», *Revista de Estudios Políticos*, 70, págs. 53-81 [EHPE, t. I, págs. 331-362; EHM, págs. 97-106].

1954

El concepto de España en la Edad Media, Madrid, Instituto de Estudios Políticos [2ª ed. 1964; 3ª ed. 1981; 4ª ed, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1997].

«Sobre el sistema de datación por los reyes francos en los diplomas catalanes», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LX/2, págs. 361-374 [EHPE, t. I, págs. 437-451].

«El concepto de reino y los «Reinos de España» en la Edad Media», *Revista de Estudios Políticos*, 73, págs. 81-144.

«La idea de reconquista en España durante al Edad Media», *Arbor*, 101, págs. 1-37. [También en separata, Madrid, Impr. de J. Pueyo].

«El culto de Carlomagno en Gerona», *Clavileño*, 26, págs. 19-22 [EHPE, t. I, págs. 413-421].

«Sobre el concepto de Monarquía en la Edad Media española», en VV.AA., *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, t. V, Madrid, Patronato Marcellino Menéndez Pelayo, págs. 401-417 [EHPE, I, págs. 65-86].

1955

«La ‘morada vital hispánica’ y los visigodos», *Clavileño*, 34, págs. 28-34 [EHPE, t. I, págs. 397-412].

1956

«La idea de cuerpo místico en España antes de Erasmo», *Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político* (Universidad de Salamanca), 10-12, págs. 29-44 [EHPE, t. I, págs. 179-200].

1957

«La estimación de Sócrates y de los sabios clásicos en la Edad Media española», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXIII / 1, págs. 5-68 [EHPE, t. I, págs. 269-330].

1958

«El pensamiento político español del año 400 al 1300», *Cahiers d'histoire Mondiale*, IV/4, págs. 818-832 [EHPE, t. I, págs. 33-63; extractos en EHM, págs. 75-81].

¹¹¹ Esta bibliografía parte de la elaborada para la ya citada edición de José Antonio Maravall, *Teoría del saber histórico*, pp. 213-31. A ella se le han hecho algunas correcciones y adiciones. Las siglas EHPE indican el volumen *Estudios de Historia del Pensamiento Español*, I; y EHM, *Escritos de Historia Militar*. Hemos optado por incluir algunas obras que en ocasiones se citan dentro de la producción medievalista de Maravall, como *El mundo social de la Celestina* o *Estado moderno y mentalidad social*.

1960

«Cómo se forma un refrán. Un tópico medieval sobre la división de reinos», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXVIII/1, págs. 5-13 [EHPE, t. I, págs. 87-96].

1961

«El régimen político territorial en la obra de Pere Albert», en VV.AA., *Album Helen Maud Cam. Études présentées a la Commission Internationale pour l'Histoire des Assemblées d'Etats*, vol. XXIV, Lovaina-París, Université de Louvain-Eds. Béatrice Nauwelaerts, págs. 79-92 [EHPE, t. I, págs. 147-159].

«El problema del feudalismo y el feudalismo en España», prólogo a Carl Stephenson, *El feudalismo medieval*, Madrid, Europa [EHPE, t. I, págs. 423-436; EHM, págs. 107-116].

1962

«En torno a una mención de los hispanos en el Pseudo-Fredegario», en VV.AA., *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina*, Murcia, Universidad, págs. 529-538 [EHPE, t. I, págs. 385-396].

1964

El mundo social de «La Celestina», Madrid, Gredos [3ª ed., 1986; extractos en EHM, págs. 259-262].

«La corriente democrática medieval en España y la fórmula *Quod omnes tangit*», en VV.AA., *Album Émile Lousse. Études publiées par la section belge de la Commission Internationale pour l'Histoire des Assemblées d'Etats*, vol. XXX, Lovaina-París, Université de Louvain-Eds. Béatrice Nauwelaerts [EHPE, t. I, págs. 161-178; EHM, págs. 83-95].

1965

«La 'cortesía' como saber en la Edad Media», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 186, págs. 528-538 [EHPE, t. I, págs. 255-268].

«Von Lehnswesen zur ständischer Herrschaft. Das politische Denken Alfons des Weisen», *Der Staat. Zeitschrift für Staatslehre*, 4, págs. 307-340.

«Del régimen feudal al régimen corporativo en el pensamiento de Alfonso X», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLVII, págs. 213-268 [EHPE, t. I, págs. 97-146].

«La morada vital hispánica y los visigodos», *Clavileño*, 34, [EHPE, t. I, págs. 397-411].

1966

«La idea del saber en una sociedad estática», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 197 y 198, págs. 324-350 y 533-557 [EHPE, t. I, págs. 201-253].

«La sociedad estamental castellana y la obra de don Juan Manuel», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 201, págs. 751-768 [EHPE, t. I, págs. 453-472].

1967

Estudios de historia del pensamiento español. Serie I. Edad Media, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana [2ª ed., 1973; 3ª ed. 1983; 4ª ed., Centro de Estudios Constitucionales, 1997; 5ª ed., Agencia Española de Cooperación Internacional, Cultura Hispánica, 2001].

1969

«Franciscanismo, burguesía y mentalidad precapitalista: la obra de Eiximenis», en VV. AA., *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Valencia, Suc. de Vives Mora, t. II/1, págs. 285-306 [EHPE, t. I, págs. 363-384].

1972

Estado moderno y mentalidad social. Siglos XV a XVII, Madrid, Revista de Occidente [2ª ed., Madrid, Alianza, 1986; Trad. italiana, Bolonia, Il Mulino, 1987; extractos en *EHM*, págs. 119-215].

«Sobre el origen de ‘español’», en VV.AA., *Studia Hispanica in honorem R. Lapesa*, t. II, Madrid, Gredos, págs. 343-354 [EHPE, I, págs. 15-32].

1981

«Pobres y pobreza del Medievo a la primera modernidad (para un estudio histórico-social de la picaresca), *Cuadernos Hispanoamericanos*, 367-368, págs. 189-242.

2007

Escritos de historia militar, recopilación y estudios de Carmen Iglesias y Alejandro Diz, Madrid, Ministerio de Defensa.

MEDIEVAL STUDIES AS A STATE-SUPPORTING POWER.

Basic problems of German medieval studies
in the German Empire until the Republic
of Weimar

Dieter Berg

University of Hannover, Germany

Introduction

The spread assumption of an actual crisis of humanities in Germany is principally also valid for the field of medieval studies. The current broad and common interest in problems of medieval history and its dealing in a popular way are not able to evoke a significant change.

It is necessary to give a critical and comparative description of German medieval studies especially according to research done in Western Europe and the USA. Just a comparative perspective –having insight to the historical development of these studies– can be helpful when dealing the question why research of German medievalists only have minor impact on foreign researchers since many years. Unfortunately, innovative processes –e.g. in case of the development of new methodological concepts– have been implemented by German researchers far too seldom. Nearly exclusively well-known became their internationally recognised works in the fields of text-criticism and editing primary sources.

The following paper is meant as a contribution to the mentioned critical description of German medieval studies, by referring to the history of historiography. Mainly I want to concentrate on two different aspects. After an introductory comment about the most important institutions in medieval studies I will try to outline the most influential publications of leading German medievalists since the middle of the 19th century and to mention current images of the Middle Ages.

At the same time it is necessary to consider methodological disputes, in this case between the main protagonists Heinrich Sybel (1817-1895) and Karl Lamprecht (1856-1915). Additionally, these different images of the Middle Ages have to be related to contemporary political and social developments as well as to the impact of certain images of the

Middle Ages during the German Empire («Kaiserreich») and the Weimar Republic. In this connexion especially the longevity of certain images with its political implications for several decades –even until today– has to be estimated. The German medieval studies and its concepts of the Middle Ages have to be recognized in their political and social dimension as a «political science».

The beginnings

Already a first glance at the history of historiography of the actual medieval studies reveals a high affinity to social and political developments in the German Empire of the 19th century. Hence, the political crisis during the Napoleonic era and the following French occupation shows an approach of leading intellectuals towards the period of the Middle Ages, which has been a taboo during the period of Enlightenment. In view of this desolate situation of state and society in the beginning of the 19th century members of nobility as well as the middle class tried to seek orientation and to cope with the contemporary crisis by turning to alleged height of the First Empire during the Middle Ages, the Holy Roman Empire.

This situation of crisis also explains the creation of a specific universal-historical concept due to romanticists from Heidelberg, who understood the history of the German Empire as part of a universal-human process of evolution. In this process the single people –i.e. also the German people– deploy their specific individuality according to God's plans. The contemporary period of decay was to overcome by the recourse of «undamaged» epochs –the Middle Ages– so that the evolution of people could be lead to perfection.

In search of orientation guide-lines one turned not only to the study of literary sources –like German myths and tales– in which a concrete «spirit of the people» («Volksgeist») was meant to be detected. At the same time romantically minded political philosophers like Adam Heinrich Müller (1779-1829) glorified the Holy Roman Empire of the Middle Ages as an ideal. The latter was supposedly born by this «spirit of the people» («Volksgeist») and met completely the requirements by its corporate hierarchy, thereby suiting its religious designation. The organic unity of society and state –as a part of metaphysical order– was meant to be realised in the German Empire of the Middle Ages.

An important element of this «ideal expectation» of the medieval German Empire can also be seen in the assumption that it was characterized by prestige, power and unity. Apart from the problems of the medieval structure of society, the concept of a powerful German Empire offered the German enemies of Napoleon a possibility of strengthening the political self-confidence of their German contemporaries by an ap-

peal to this medieval ideal. Simultaneously, authors like Johann Gottlieb Fichte (1762-1814) and August Wilhelm Schlegel (1767-1845) tried to raise their German contemporaries' awareness of a national identity. Due to this change of a political self-conception one hoped to assist forces, which worked towards a strengthening of the Empire by the mere thought of a unified nation.

This nexus of historical reflexion of medieval history as well as the strive to overcome current social crises after the foundation of the «Deutsche Bund» (German Union) is especially clear in the academic political activities of Freiherr Karl vom Stein (1757-1831). In reaction to the experiences from the Napoleonic Wars of Liberation Stein tried to strengthen the political patriotism of the Germans by founding the «Gesellschaft für ältere deutsche Geschichtskunde» (the society for the ancient German history of historiography) in 1819.

At the end of the Prussian reforms and at the beginning of the Restoration Stein endeavoured to give an impetus for the realisation of the idea of the national state in the «Deutsche Bund» (German Union), when collecting and editing all primary sources from the history of Germany from c. 500 until c. 1500. Significantly, the reformer only hesitantly received support for his private research project from influential persons of political life. The latter were worried that the support of national thought by studies of medieval history might be exploited by bourgeois powers for domestic political aspects. If the appeal of the idea of a German nation had supported the war against the Napoleonic occupation until as late as 1815, it might then be implemented against the movement of Restoration and in favour of a drastic reform of the entire society. The recourse to example of the German Empire in the Middle Ages was not necessarily enhancing –as in the view of some romanticists– a justification of existing feudal respectively social structures of class and power. In fact an appraisal of the political and social role of the bourgeoisie in the Middle Ages –as done by Gustav Stenzel (1792-1854) 1830 in his *History of the Prussian State* («Geschichte des preussischen Staates»)– could well serve contemporary efforts of emancipation of the middle class in the states of the German Union («Deutsche Bund»).

Although Stein's research society under the direction of Heinrich Pertz (1795-1876) limited its work in the following years to the development of a new method of text-criticism and to the exemplary edition of primary sources, the political reservations still remained. Leopold von Ranke (1795-1886) and his scholars received greater support. They were generally not estimated as suspicious by von Metternich and the governing powers. This was mainly due to their concept of nativeness of historical individuality and their claim for objectiveness in their history works based on new methodological maxims of source criticism.

Additionally, Ranke as an «objective» historian abstained from giving a judgement of past times. He aspired to describe historical facts and chronological sequences in their genesis, in their interrelation and in their consequences. Ranke also abjured to disabuse others about past times «which were directly related to God» and renounced to the possibility exploiting his historical knowledge to solve contemporary political problems.

Since the 1830s a co-operation between Stein's «Gesellschaft für ältere Geschichtskunde» and the circle of Ranke's scholars became reality. Pertz and his colleagues published their editions as early as 1826 continuously. These works served leading Ranke scholars when using their new methods of source criticism and exemplifying their historical theory of findings, the latter later known as historicism («Historismus»). Due to the superiority of this historical method, the postulate of not having any political affiliation as well as objectiveness of description –firstly linked to the study of medieval history–, medieval studies advanced to the most accredited and leading discipline within historical science. As late as in the 1840s these historical methods and principles of critical assessment of sources, but also the editing methods of the scholars of the *Monumenta Germaniae Historica* were absorbed by historians doing historical research of modern times. However, the claim for leadership of medieval studies was not contested. By reason of its complex methodological instruments it remained the authoritative discipline in the field of historical science.

The publishing results of the cooperation between the MGH (*Monumenta Germaniae Historica*) and the school of Ranke were very considerable and essential for research in medieval studies since the 1830s. Since that time not only decisive editions of primary sources emerged –most of them still used today–, but also relevant *regestae* and interpretations of the history of the German medieval empire. Here to mention are Johann Friedrich Böhmer's (+1863) «*Regesta Imperii*» as well as the «*Jahrbücher der deutschen Geschichte*» (*Annals of the German history*), that are also still used today due to its wide range of source material. Important Ranke scholars, who later became leading researchers in medieval studies, were involved in these projects; such as Georg Waitz (1813-1886), Rudolf Köpke (1812-1870), Heinrich Sybel (1817-1895) and Wilhelm Giesebrecht (1814-1889).

According to the principles of their master, the Ranke scholars tried to write an «objective» –as they claimed– politically non-affiliated history of the Empire on the basis of monographs about German monarchs since Otto the Great. But if the depicted image of the history of the Empire is analysed in detail, one will find clear preferences and contemporary perspectives. In general only the political history of events is con-

sidered and the monarch is described as the protagonist. Political active persons are only those amongst the social elite, i.e. the nobility, which is identified as the people. Since Otto I the German Empire is presented as the leading power, in which «German nationality» is manifested, like Wilhelm Doenniges (1814-1872) stated in his annals of Otto I.

This is even associated with the thesis of political supremacy of the German people above all others. All non-aristocratic classes of the population as well as problems from the field of social or economic history were not taken into consideration. Despite the claim of objectiveness all these interpretations primarily served the glorification of single monarchs and the accordant elite, which formed and represented a unified and therefore powerful Empire claiming a European supremacy. The exploitation of this ostensibly objective image of the Empire in the Middle Ages in relation to the idea of a national state as well as in relation to a historical legitimacy of the prevalent system was not only obvious, but also implemented by the political powers of the Restoration period.

However, not all descriptions of medieval history written by scholars of Ranke had a stabilising impact on the existing political regimes within the members of the Deutsche Bund (German Union). E.g. historians like Johann Gustav Droysen (1808-1884), Heinrich Sybel (1817-1895) or Georg Waitz (1813-1886) were influential supporters of liberalism. The example of Georg Waitz' «Deutsche Verfassungsgeschichte» (German constitutional history) shows the relevance of constitutional studies of the history of the German medieval empire in relation to the political discussion in the German «Vormärz» (pre-March period) and in the National Assembly.

Based on the postulate that history is the intrinsic source for the insight of a nation and its character and that all modern constitutional and state institutions can also be detected in German history, Waitz started his analysis of German constitutional history analysing the Germanic tribes. Here the liberal historian Waitz –always strictly «objective» according to the principles of the school of Historicism– designed a picture of the old Germanic constitution including obvious lineaments of a liberal constitutional state.

According to Waitz the decisive element in the Germanic constitution was «freedom» of the individual member of the people («Volksgenosse»), whose political rights were based on properties possessed as a free man. In a close connection to this freedom of the people was kingship, which owed its creation an election process, undertaken by the people and hence had a constitutional character. The nobility, which had only a greater prestige, had no genuine power in the Germanic constitution. The latter was based on a cooperative order of free individuals, to which the mass of «dependent people» in the lower social stratum did

not belong. Later developments of the constitution like the instalment of feudalism or the patrimonial system were not to be seen as part of the «spirit of the German people» («German Volksgeist»). They represented a special development and an alien element, not having something in common with the German national character.

Due to the link between freedom and the legal system within the community of the members of the people («Volksgenossen»), old Germanic freedom was able to be preserved. According to Waitz it symbolized the undetachable heritage of the German people, which had to be recalled by historical reflection. Simultaneously, the analysis of the old Germanic constitution offered the possibility to seek and detect paradigms to solve contemporary constitutional problems. This was done by the principles of modern source criticism, however, but also by the interpretation of the source material aiming towards the pursuit of the constitutional ideal –perhaps unknowingly.

The Revolution of 1848 and further developments

The ambivalence between the standards of the Ranke school –to proclaim objective historical truth– and the implicit covering of research objects in connection with actual political problems remained in the following years. Especially after the revolution of 1848 and the emerging wish of the German bourgeoisie of creating a strong national state, German medievalism almost received a national mission. Due to its high prestige and the standards of «objectivity» and «truth» in its historical works, German medievalists obtained the task to give reasons for and to legitimate historically the wish of creating a German national state. In this context Ranke and his scholars completely controlled the personal and conceptual development in their discipline. Therefore in the 40s only those authors could find appreciation concerning their studies who dedicated themselves to this so-called history craft –both in method and conception.

However, the predominance of the Ranke scholars did not exclude controversies, especially if they contained a political background. A prime example for the important role of German medievalists in daily political discussions about a national state is the famous dispute between Sybel (1817-1895) and Ficker (1826-1902). The origin of the conflict between the liberal Prussian protestant Heinrich Sybel and the catholic Julius von Ficker from Paderborn, who was not a member of the Ranke school, lay in the panegyric hymn written by Wilhelm von Giesebrecht and dedicated to the medieval emperors in his history of the German Empire («Geschichte der deutschen Kaiserzeit»), the first volume being published in 1855.

Major objective of Giesebrecht, a Ranke scholar, was –according to the prologue– the glorification of a period in which the emperor was

able to determine the history of the Occident and in which the German people was unified, on the height of its strength, able to determine its fate and capable to rule over other people. With his work Giesebrecht tried to strengthen the national consciousness of his contemporaries. Additionally, he gave orientation guidelines concerning the concept of a German national state while falling back on the history of the medieval empire. Leading principle was the insight that the past had to legitimate what was to come.

Against the background of the dualism between Prussia and Austria, the strive of the Austrian Empire against the movements of independence in Italy and the shaping of a future national state due to a «kleindeutsch» (small German) or «großdeutsch» (large German) concept, in the year 1859 Sybel began to criticise fundamentally Giesebrecht's suggestion of an universal medieval empire. Central point of this struggle was the question of judging the imperial policy of German sovereigns from the Ottonian emperors to the Staufen emperors, and here especially their intensive political engagement in Italy. The universality of the medieval concept of empire remained controversial. Disputable was also the problem, whether the medieval empire was weakened in the High Middle Ages and thereby decaying into several territories, because or despite its connection to universal papacy and the connected Italian policy. Here, Sybel condemned the intervention of German rulers in Italy due to a false interpreted concept of the medieval Empire. Their political interests in Italy prevented them from paying attention to their original national duties in the German Empire. On the contrary, Ficker –following the ideas of Giesebrecht– not only defended the imperial policy of the German sovereigns since the Early Middle Ages, but entitled the universal medieval Empire as a genuine national power and as the genuine expression of the national identity.

The reference to everyday politics of this academic dispute since 1859 is evident. Again, analysis of medieval history had been misused to canonize actual political and social decisions. There were two competing concepts of a future national state –traditionally described as the small German («kleindeutsche») or large German («großdeutsche») solution. The catholic historian from Paderborn, Ficker, recurred to the example of a universal empire in the Middle Ages. This was to deduce the necessity of a large German Empire («großdeutsches» Reich) under the rule of a catholic Austrian emperor. The Prussian protestant historian, Sybel, used the same source material to prove the failure of a universal imperial policy in the Middle Ages, thereby deducing a small German («kleindeutsch») understanding of the concept of empire and of the Empire as a political power. In awareness that the universal imperial policy in the Middle Ages had been the tomb of the national welfare» («Grab

der Nationalwohlfahrt»), Sybel asked for a solution of a small protestant Prussian empire.

The discussion about a political assessment of medieval imperial politics of the Empire was over latest in 1866 after the battle of Königgrätz. However, medieval research was still functionalised by the Ranke scholars for the political configuration of the German Union. Since the 1850s medieval research projects were additionally promoted by a growing interest in the history of the old Empire. Here, the foundation of the historical commission of the Bavarian Academy («Historische Kommission bei der bayrischen Akademie») in Munich had a positive effect. Not only the editorial work on the annals of the German history («Jahrbücher der deutschen Geschichte») was continued, but also new and important editorial projects of source material were started. Here to mention are p.ex. the papers of the German National Assembly («Deutsche Reichstagsakten»), the chronicles of the German towns («Chroniken der deutschen Städte») as well as the papers of the general assemblies of the Hanseatic League («Hanserecesse») and the famous «Germania Sacra». The quality and value of these editorial works can still be estimated as very important. Until today these fundamental editions have not been substituted and are still being used in historical research.

Important for the understanding of German medievalism during the 50s and 60s is the fact that leading historians did not disclaim the exploitation of their research results for the political future of their state. Waitz, Sybel and other historians did not hesitate to interfere in actual politics of their time. They engaged for their political conviction as members of parliament and as publicists. Especially as the latter they provided in the field of the historical research –i.e. medievalism– high reputation as educational authorities. However, the long-term objective remained the unified German national state.

The foundation of the German Empire in 1871

This objective seemed to be achieved due to the foundation of the German Empire in 1871. Historians supporting the small German («kleindeutsch») solution such as Sybel saw themselves approved in their actual interpretation of medieval history linked to daily politics. In the aftermath the major task of national-thinking medievalists was to maintain these political achievements. At the same time the political and academic leading position had to be secured and defended against lots of threats. On the one hand this was contemporary history. Due to the fundamental changes in society and economy it had gained a growing interest since the 70s. On the other hand the specialisation within the subject, a specialisation in medieval and modern history, was intensified. This evoked a high need for seeking a specified academic and

public profile among medievalists. All fields of historical science had to compete more and more with newly created disciplines like national economy and sociology. Both academic disciplines seemed to be more qualified finding solutions for social problems in context with a proceeding industrialisation process than the traditional disciplines.

Historians and especially medievalists saw themselves threatened in their social leading position as functional elite and in relation to social values by three different forces: supporters of positivism, materialism and socialism. Most important was the movement of socialists, who had to be restrained by an alliance between nobility and bourgeoisie. German historians had a strong impact on securing existing structures of society and sovereignty. Especially medievalists tried to endure their importance as normative benefactors within politics and culture. Additionally, they tried to give historical reference for future developments in the Empire. They advocated their elitist position as they did not only produce specialised knowledge, but also worked as academic teachers.

The functional elite of these so-called «Mandarins» –as Fritz K. Ringer called them in his famous study «The Decline of the German Mandarins» (Cambridge Mass. 1969)– was a «functional governing class» that –using the elite knowledge– decisively standardised the education of teachers in high and middle schools, but also «bourgeois education» in higher bureaucracy in the fields of justice and medicine. As an accepted functional elite university professors in the field of medieval history lived mainly separated from new, productive social groups, but they still felt deeply obliged with the state and its society. Since they highly identified themselves with the ideal of a national state, they had to detect every single attempt of changing society as subversive. Additionally, they at least had to try preventing it. It was not by chance that medievalists as well as historians in the field of modern history tried to secure their state supporting elite function when strictly selecting young scholars. Until the end of the Empire no socialist gained entry to the selected and well protected guild of medievalists.

The further development of medievalism can only be explained against the background of the struggle defending the existing society against revolutionary tendencies. Concerning research institutions members of the described elite helped creating a very close connection between medievalist research institutes, e.g. the *Monumenta Germaniae Historica*, and the state. Therefore the *Monumenta Germaniae Historica* were changed from a proprietary company into a semi-governmental corporation. Furthermore, they tried to utilising history associations, who steadily grew in number, by fostering the general association of German history associations («Gesamtverein deutscher Altertumsvereine») for the young Empire.

In case of productivity of German medievalists one can find a steadily growing number of publications since the 70s. Due to the high amount of publications in several fields of research one cannot assume a coherent image of the Middle Ages in the Empire. However, one can detect a limitation of research interests as it refers to the investigated time period and the inner circle of leading medievalists. On the one hand medievalists were concentrating on the history of the Empire from Saxons to the Hohenstaufen, on the other hand they concentrated on kingship, urban history, the expansion to the East and the traditional constitutional history of the Empire.

The limitation to certain fields of research interest was not arbitrarily. For all important medievalists it was a common interpretation –e.g. Georg von Below (1858-1927)– that only the state had to be in the focus of historical research. As the state governs the historical world and therefore history could only be seen through the eyes of the state, especially the fields of constitution, administration and economy were of specific interest. Since the 80s the history of the medieval cities found increasing attention. This is comprehensible against the background of an alliance between aristocracy and bourgeoisie under the reign of Bismarck. Especially investigations on the development of communal autonomy and economy of the city in the high Middle Ages were important. Further, the history of the Hanseatic League and the important trade companies were intensively investigated as examples of bourgeois assertiveness. Von Below and other historians identified and exploited these insights from the history of the medieval bourgeoisie in daily politics and used them as a treasure trove concerning empiric analogies which could be used in contemporary politics («Fundgrube empirischer Analogien für die Gegenwart»).

Some historians even went further when exploiting and functionalising their results in daily politics. Since the 80s they did not hesitate to legitimate the imperial endeavours of the government with recourse to the history of the Hanseatic League and the so-called colonization of the East. Even in Bruno Gebhardt's manual of German history («Handbuch der deutschen Geschichte») in its edition from 1891 the major task of the kings was described as securing and increasing the territory of the Empire. According to Gebhardt (1858-1905) the majority of German monarchs had this task of expansion in alliance with the burghers of the cities even after the times of the Staufer. On the one hand this happened by economical activities of the Hanseatic League, on the other hand due to the expansion of the German nation when colonizing the Slavs.

The expansion of the Empire did only experience obstacles by certain territorial rulers, who pursued individual interests. These rulers as representatives of particular powers weakened the power of kingship

since the Staufer in the interior of the Empire. In respect to the wish of creating a central royal power that had its objectives domestically as well as in foreign policy, the aims of single German rulers creating their own territories had to be viewed as condemnable. Sectionalism of German rulers was rated destructive so that the development of several territorial states of the late Middle Ages demonstrating their cultural variety could only be seen as an aberration and decline of the Empire.

The categories for the evaluation of the Empire's history are reasonable: The ideal image of a central national state ruled by a strong monarch was normative and mother-of-all German nation. The state was the highest objective under which all individual interests had to subordinate. Any efforts against centralism were principally estimated as an aberration. The same was valid for political powers that tried to query the stability of the existing structures of sovereignty. Since the investiture contest the papacy proved to be destabilising as it sought to be a universal power interfering unauthorized into the autonomous fiefdom of secular power.

Georg von Below (1858-1927) was surely the most important representative of this governmental image of medieval history. His efforts aimed at the implementation of a political historiography –i.e. of a historiography that was confronted only with those parts of culture that had the closest contact to the state. His concept of history was decisive for the development of medievalism until World War I and further; not to mention the so-called dispute of methods («Methodenstreit») with Karl Lamprecht (1856-1915).

For Below, who saw himself as a representative and defender of the Wilhelminian system of society, this debate was more than a pure academic dispute. He struggled for political historiography that appreciated the importance of nation, state and leading elite personalities. He dismissed cultural history («Kulturgeschichte») like it was postulated by Lamprecht. The latter proposed a special analysis in the field of social history, especially in order to show the process of paraphrase («Prozesshaftigkeit») of history and not the academic research on individual rulers. The historian Below disliked this kind of analysis. On the one hand this assumption of a kind of natural historical development saw Lamprecht in the tradition of having a materialistic philosophy and therefore supporting the position of social-revolutionists. On the other hand the cultural history written Lamprecht incorporated all elements that were not German. Below evaluated Lamprecht's sectionalist historiography as containing ideas of pacifism, cosmopolitanism and internationalism.

Below's «victory» in this dispute of methods –like that one over the liberal historian Otto von Gierke– had a deep impact on medievalism in

Germany. For a long time a change of perspective in favour of social history was hindered and social historical research discriminated as politically dangerous. At the same time political historiography («politische Geschichtsschreibung») prevailed –this meant a concentration on the history of the state and its constitution. This governmental point of view looked towards political ideals of the Empire, having the normative of a central national state. Federal or sectional elements in medieval history were seen as destabilising and destructive.

The concept of a national state was linked to the idea of a universal importance of the medieval emperorship. Only those epochs that helped establishing a universal thought of this emperorship were viewed as the height, the period of blossom («Blütezeit») of the Middle Ages. This included a successful struggle against interference of the papacy in the field of the medieval «state». The development of several different territories in the Empire after the ending of the Hohenstaufen had to be estimated as phenomena of decline and degeneration, as the royal central power was severely weakened. A strong leading figure was determinative for the historical development so that world history could be seen as the history of power –determined by the power of strong individual rulers. History of social developments or social groups was almost completely neglected, if not involved in the process of political thought.

From the end of the Empire to the end of the Weimar Republic

Latest since the Wilhelminian times the German medievalism gained the image of a conservative science, which stood against any power or kind of political change including ideas of materialism or socialism. Social history remained proscribed in Germany –in the very contrast to Western Europe. The social theories of Lamprecht were successfully integrated and enhanced in historical research especially in England, France and the USA. In Germany the governmental image of the medieval Empire and its personalised approach dominated even after the fall of the German Kaiserreich. Decisive elements of this image could even be exploited by the Nazis. Like in the German Kaiserreich certain images of the Middle Ages were functionalised in daily politics. Thus, German medievalists were able to describe the German Middle Ages as the fate of Germany («Deutschlands Mittelalter als Deutschlands Schicksal»). One did not hesitate to show continuity from the First Reich to the Third Reich: This Third Reich was meant to include essential elements of the medieval Empire, i.e. unity, power of a leader/ruler, pure power of the state on the domestic level and occidental oriented mission in the field of foreign relations («Einheit, Herrschaft des Führers, reine Staatlichkeit nach innen, abendländische Sendung nach außen»).

This kind of explanations –having a clear propagandistic character– can only be seen in the tradition of a political history, in which scientific insight was exploited for political interests such as stabilising and legitimating sovereignty. Until today the role of medievalism in this matter is not completely and sufficiently analysed. However, I claim that a sufficient estimation of the role of medievalism e.g. for the NS-ideology can only be recognised in context with this science since the late 18th century. Due to the lack of time more detailed examples will be given in the written version of this paper.

Conclusion and outlook

I would like to summarise my reflections and give some thesis:

1. Since its beginnings in the 19th century, the discipline of medieval studies in Germany had never been a science without purpose and aims. This discipline was always closely linked to the political and social situation in Germany.
2. Since the 19th century there was a close relation between the discipline of medieval studies and the political movement of the creation of a national state. The link to the history of the first medieval empire served as a point of reference legitimating the national political claims since the 19th century.
3. Since the 19th century we can see two main research focuses in the work of German medievalists: a) the edition of medieval source material to reinforce the national movement; b) the concentration on research about the history of the empire and the state in the Middle Ages with similar aims.
4. Since the 19th century the discipline of medieval studies in Germany considered itself as a state supporting science. At the universities only protestant, national-conservative professors could be found who did not accept Jews and socialists as university teachers until World War I.
5. The training of German scholars in the seminar method was exemplary and served as a model for medievalists in Western Europe and in the United States. This training included the method of source criticism and was used during many decades especially also in the case of teachers training.
6. Not the beginning but the end of World War I manifested a breach in the development of the discipline of medieval studies in Germany: after the defeat the German medievalists even became more radical in politics, they refused to accept the Weimar Republic, they claimed the revision of the treaty of Versailles with the recuperation of the lost territories of the Empire and claimed authoritarian forms of government.

7. Other fields and methods of historical research –like p. ex. cultural history proclaimed by Lamprecht– were rejected, but accepted quickly in Western Europe and the United States.
8. The anti-democratic attitudes of the majority of the German medievalists helped the national socialists to take over the power. No considerable resistance could be noticed by German history professors against the movement of chasing away from the universities colleagues for political or racial issues.
9. The majority of professors arranged with the system, in their writings they adopted the style and language of the ideology of the national socialists and figured as opportunists and helpers. Only some of them rejected the national socialists at the end of World War II. A prominent personality like Marc Bloch cannot be found in German universities in the field of politics or in the field of research.
10. But the national socialists were not capable to homogenise German universities. Attempts to introduce more academic teachers who were members of the party, did not succeed.
11. Concerning research topics, the majority of German medievalists concentrated during the Third Reich/Empire on traditional topics like the history of the German Empire and German constitutional history, a new field was German regional history, especially concerning the border regions of the Germany which were lost in the Treaty of Versailles. The work on the edition of exclusively German source material was continued.
12. The occupation with foreign medieval research was rejected; especially the new currents of the *Annales* in France, these works were only taken slowly into consideration in Germany in the 1960s.
13. Nevertheless since the 1920s some very important research works were published, which mainly were taken into consideration after World War II, for examples studies published by Herbert Grundmann (1902-1970), Percy Ernst Schramm (1894-1970) and Gerd Tellenbach (1903-1999).
14. Only the actual research projects could prove the suspicion that some German medievalists helped consciously or unconsciously by doing research in the fields of regional history, history of the settlement etc. to support the Nazi politics of expansion and destruction. These historians actually discussed the question of the relation between power and historical research and the question of the political and social responsibility of academics and their research topics. These discussions are not finished.
15. There was a continuity of academic staff at the universities after the end of World War II. Only some professors who were very deeply involved in the atrocities of the Nazi regime were excluded from

universities. Questions about the presumptive political involvement of professors concerning their work at universities were not asked in the 1960s. First research projects started in the 1980s.

16. The Federal Republic of Germany tried to provide continuity and objectivity also concerning the research topics in medieval history following the principles of Ranke. Only in 1960s professors started to discover new fields of research and included slowly and very cautiously ideas provided by the French school of the *Annales*. Nevertheless in Germany the research in the field of medieval studies continued in the years after World War II to be very traditional and only receptive. Since the 1960s German medievalists did not start important innovations in this field.

APPUNTI SULLA STORIA DELLA MEDIEVISTICA ITALIANA FRA OTTO E NOVECENTO: alcune questioni istituzionali¹

Mauro Moretti

Università per Stranieri di Siena

Venticinque anni fa, in uno dei convegni più importanti dedicati alla storiografia italiana nella prima metà del XX secolo, Girolamo Arnaldi tracciava un profilo di storia della medievistica italiana fra le due guerre, registrando, nel corso degli anni Venti, un netto mutamento di prospettive e di percezione a proposito della condizione degli studi di storia medievale in Italia. I testi ai quali Arnaldi faceva riferimento, inquadrandoli in un contesto più ampio di analisi e di diagnosi sulla situazione della storiografia italiana, erano essenzialmente due: il saggio storiografico-bibliografico di Pietro Egidi, *La storia medioevale*, apparso nel 1922, ed il breve, polemico intervento del più giovane Raffaello Morghen, *La crisi degli studi medievali e l'opera dello Stato*, pubblicato nel 1927.² Si tratta, in effetti, di scritti di natura molto diversa – il primo è un bilancio, piuttosto dettagliato e articolato, il secondo registra, con preoccupazione, i sintomi e le manifestazioni di un cambiamento in atto –, sui quali può essere utile soffermarsi, nell'ambito di questa breve esposizione.

¹ Si riprende qui il testo di una lezione, destinata a studenti universitari, tenuta nell'ambito del corso «José María Lacarra y el medievalismo de la primera mitad del siglo XX», Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 22-23 novembre 2007.

² Cfr. G. Arnaldi, *Gli studi di storia medievale*, in B. Vigezzi (a c. di), *Federico Chabod e la «nuova storiografia» italiana 1919-1950*, Milano, Jaca Book, 1984, pp. 21-63, particolarmente pp. 23-31; P. Egidi, *La storia medioevale*, Roma, Fondazione Leonardo, 1922; R. Morghen, *La crisi degli studi medioevali e l'opera dello Stato*, in «Accademie e biblioteche d'Italia», 1, 1927, pp. 15-19. Molti spunti analitici e interpretativi in A. De Vincentiis, *L'albero della vita. Medievistica italiana e medievistica romana alla metà del XX secolo*, in «Reti Medievali», VII, 2006/2, http://www.dssg.unifi.it/_RM/rivista/mater/Devinentiis2.htm.

Pietro Egidi era, all'epoca, un personaggio di un certo rilievo nel mondo accademico italiano.³ Docente di storia moderna a Torino, avrebbe assunto nel 1923 la direzione della «Rivista storica italiana», e sarebbe stato impegnato, nel corso degli anni Venti, in varie iniziative scientifiche internazionali, fra le quali una presso l'archivio di Simancas. Il suo allievo più importante, Federico Chabod, avrebbe sottolineato l'importanza, nell'esperienza intellettuale di Egidi, della «guerra, di cui egli aveva sentito e sofferto, intimamente, i problemi».⁴ In ogni caso, di fronte al consolidamento del regime fascista, al delitto Matteotti ed al discorso mussoliniano del 3 gennaio 1925, Egidi avrebbe manifestato sentimenti non dubbi, com'è testimoniato da una lettera a Morghen del 5 marzo 1925, che riguardava un altro importante medievista italiano dell'epoca, Pietro Fedele:

Quanto a quello che mi dice per le onoranze Fedele, Ella e i suoi compagni di comitato mettono me in una dolorosissima condizione. Lei sa se io abbia affetto profondo e veramente fraterno per Fedele; se la miscellanea fosse stata ideata un anno fa, avrei aderito di gran cuore; ideata oggi che Fedele è ministro, ed in un ministero fascista dopo il discorso del 3 gennaio – e dopo il misfatto del giugno scorso – francamente non posso. Si ha un bel dire che si vuole onorare lo studioso; ma il fatto è che si pensa farlo nel momento che è ministro di un governo che io considero di violenza e di oppressione.⁵

Mettendo mano a quella che avrebbe dovuto essere una guida bibliografica sulla storia medievale italiana, Egidi aveva l'occasione di ripercorrere, in qualche misura, anche la propria vicenda formativa e scientifica. Nato nel 1872, aveva compiuto i suoi studi nell'università del 'metodo storico', potendosi poi confrontare, da giovane studioso, con le nuove tendenze emerse a fine secolo nella storiografia italiana. Come avveniva quasi necessariamente, all'epoca, i personali lavori di ricerca erano stati condizionati dalle peregrinazioni legate alla carriera di insegnante: agli studi di argomento laziale si erano affiancate delle indagini sull'Italia meridionale, e poi, dopo il definitivo passaggio sulla cattedra universitaria torinese, di storia sabauda; alle edizioni di fonti avrebbero

³ Su Egidi cfr. F. Chabod, *In memoria di Pietro Egidi* (1929), in Id., *Lezioni di metodo storico*, Roma-Bari, Laterza, 1974, pp. 161-176; P. Cancian, *La medievistica*, in A. D'Orsi (a c. di), *La città, la storia, il secolo. Cento anni di storiografia a Torino*, Bologna, il Mulino, 2001, pp. 135-214, pp. 161-166.

⁴ Cfr. Chabod, *In memoria di Pietro Egidi*, cit., p. 167.

⁵ P. Egidi a R. Morghen, 5 marzo 1925, in G. Braga, A. Forni e P. Vian (a c. di), *Lettere a Raffaello Morghen 1917-1983*, introduzione di O. Capitani, Roma, Istituto storico italiano per il Medioevo, 1994, pp. 63-64. Su Fedele, che sarà ricordato più volte in queste pagine, cfr. almeno F. Avagliano e L. Cardì (a c. di), *Pietro Fedele storico e politico: atti della tavola rotonda nel cinquantenario della scomparsa di Pietro Fedele*, Montecassino, Pubblicazioni Cassinesi, 1994 (ma 1996).

fatto seguito lavori molto attenti ai dati economici, e poi ricerche di storia politica. Nel 1922 la considerazione retrospettiva della storia della storiografia italiana recente era significativamente basata su una serie di dati istituzionali. Sul ruolo dell'università, anzitutto; anche se, per la verità, scrivendo che «cattedre di storia nazionale vennero istituite nelle università», e che «solo parecchi anni dopo [...] l'insegnamento fu sdoppiato, e s'ebbe, come si ha ancora, una cattedra di storia antica e una di moderna, compresa in questa anche la medievale»,⁶ Egidi forniva indicazioni non del tutto esatte. In effetti, al momento dell'unificazione nazionale, dopo una breve fase di difformità nell'assetto didattico e nei titoli degli insegnamenti, il regolamento generale universitario del 1862 aveva già fissato quella distinzione, per le cattedre, fra storia antica e storia moderna che, come osservava Egidi, sussisteva ancora nel 1922.⁷ Qualche maggiore specificazione si ebbe ai livelli meno formalizzati dell'insegnamento universitario, per i corsi tenuti da professori incaricati e da liberi docenti; nel 1874-75, ad esempio, esisteva un incarico di storia del medio evo all'università di Roma; nel 1885 situazione analoga a Bologna, con alcuni insegnamenti medievistici, di carattere anche più tecnico, impartiti per libera docenza a Padova, Roma, Torino. Ma alla fine del XIX secolo l'unica rilevante eccezione al sistema delle due cattedre di storia, antica e moderna, nelle facoltà di lettere era rappresentata dall'insegnamento di Storia del diritto e delle istituzioni medievali presente nella sezione di filosofia e filologia dell'Istituto di studi superiori di Firenze, un centro di carattere universitario retto da una normativa particolare che consentiva, fra l'altro, la creazione di cattedre speciali.⁸ Si insegnava storia moderna, dunque, e non storia medievale, con i professori che di solito alternavano corsi di storia medievale, e di storia moderna propriamente detta. Ma la denominazione delle cattedre non rappresentava di certo un elemento di debolezza istituzionale o intellettuale; al contrario, la centralità, culturale e tecnica, della medievistica – intesa, magari, in senso cronologicamente 'largo' – era così netta da non avere nemmeno bisogno di essere enunciata. Un altro esempio, sul

⁶ Cfr. Egidi, *La storia medioevale*, cit., pp. 7 e 20.

⁷ Sul punto, e per le informazioni nel testo, cfr. M. Moretti, *Note su storia e storici in Italia nel primo venticinquennio postunitario*, in P. Schiera-F. Tenbruck (a c. di), *Gustav Schöller e il suo tempo: la nascita delle scienze sociali in Germania e in Italia*, Bologna – Berlin, il Mulino – Duncker & Humblot, 1989, pp. 55-94; M. Moretti, *Storici accademici e insegnamento superiore della storia nell'Italia unita. Dati e questioni preliminari*, in «Quaderni storici», XXVIII, 82, 1993, pp. 61-98.

⁸ Per la situazione fiorentina, e in generale per le vicende della medievistica italiana fra fine Ottocento e inizio Novecento cfr. il fondamentale studio di E. Artifoni, *Salvemini e il Medioevo. Storici italiani fra Otto e Novecento*, Napoli, Liguori, 1990; cfr. poi M. Moretti, *Carlo Cipolla, Pasquale Villari e l'Istituto di Studi superiori di Firenze*, in G. M. Varanini (a c. di), *Carlo Cipolla e la storiografia italiana fra Otto e Novecento*, Verona, Accademia di Agricoltura Scienze e Lettere, 1994, pp. 33-81.

quale si soffermava Egidi: quello dell'Istituto storico italiano, fondato nel 1883 con dei complessi compiti istituzionali, che così Egidi riassumeva:

a) tracciare un comune piano di studi e d'investigazioni tra le varie società [storiche], in modo da coordinare gli sforzi, promuovere un mutuo scambio di notizie, d'indirizzi, di raffronti, aiutare e incoraggiare le utili iniziative ed avviarle ad un fine comune; b) dettare norme precise del metodo da seguire nelle ricerche e nelle pubblicazioni; c) dare alla luce le fonti della storia medievale di interesse nazionale.⁹

Egidi insisteva, giustamente, sulle lunghe discussioni che avevano preceduto la fondazione dell'Istituto, ma ometteva di ricordare le circostanze che l'avevano accelerata: la lettera di papa Leone XIII del 18 agosto 1883, *Saepenumero considerantes*, che criticava la parzialità delle ricostruzioni storiche dedicate al papato, ed in pratica «era l'annuncio ufficiale dell'apertura degli Archivi vaticani». ¹⁰ Occorreva quindi, da parte del regno d'Italia, rispondere all'iniziativa vaticana; qui va soprattutto sottolineata, però, sin nella denominazione dell'Istituto, l'immediata, programmatica coincidenza fra storia nazionale e riferimento alle fonti medievali.

Come avrebbe scritto Gioacchino Volpe, uno fra i maggiori storici italiani fra Otto e Novecento –di soli quattro anni più giovane di Egidi, ma destinato a traversare larga parte del XX secolo–, durante la prima metà dell'Ottocento, nel momento in cui era ancora possibile prospettare varie soluzioni al problema nazionale italiano,

Tutti si richiamavano alla storia. Ma quale storia? Noi avevamo avuto federazioni italiche e Impero romano, domini stranieri e Monarchie indigene, municipalismo medievale e Regno longobardo o napoleonico Regno d'Italia, universalismo papale e universalismo imperiale, furori repubblicani di umanisti e di giacobini e lealismo monarchico, Repubbliche oligarchiche e Stato sacerdotale.¹¹

Le diverse «tradizioni politiche» italiane sembravano in effetti poter legittimare più di un futuro per la nazione; ma certamente all'età medievale, nei suoi molteplici aspetti, si era in sostanza guardato, «seguendo la comune opinione che nel medioevo dovessero ricercarsi i germi del

⁹ Cfr. Egidi, *La storia medioevale*, cit., pp. 14-15.

¹⁰ Cfr. A. Forni, *L'Istituto storico italiano*, in P. Vian (a c. di), *Speculum mundi. Roma centro internazionale di ricerche umanistiche*, introduzione di M. Pallottino, Roma, Presidenza del Consiglio dei Ministri – Dipartimento per l'informazione e l'editoria, 1992, pp. 599-654, p. 599.

¹¹ Cfr. G. Volpe, *L'Italia in cammino* (1927), Roma-Bari, Laterza, 1991, p. 25.

sentimento nazionale»,¹² opinione comune, allora, in un ambito europeo ben più largo, al quale guardavano quegli italiani colti che aspiravano ad un diverso assetto politico della penisola. La soluzione unitaria, monarchica e costituzionale del problema italiano definì in qualche modo il campo, e fu persino utilizzata come principio d'ordine retrospettivo; così, uno dei massimi storici della letteratura italiana, Alessandro D'Ancona, inaugurando all'università di Pisa l'anno accademico 1875-76, parlava del *Concetto dell'unità politica nei poeti italiani*, osservando che l'obiettivo finalmente conseguito consentiva di riavvolgere «l'arruffata matassa della storia italiana»:

A traverso il laberinto della storia italiana noi avremo un filo sicuro, una guida immancabile, se attento orecchio porgeremo ad ogni parola, che di cose pubbliche ci abbiano lasciato i nostri antenati, sien esse di meditazione o di lamento, di speranza o di conforto [...]. Politici e poeti testimonieranno concordemente che sempre fu pensato e sperato di ridurre in libertà l'Italia dal giogo di straniere dominazioni, e darle ordinamento federativo od unitario; e insieme, tolta via la confusione delle due potestà nella persona del Pontefice, francar Roma dal dominio sacerdotale.¹³

Lasciamo da parte –ma ci si tornerà in breve– la questione romano-pontificia, evidentemente non evitabile dalla medievistica otto-novecentesca italiana; la citazione precedente serve a documentare, sulla base di un solo esempio, il fatto che anche nella seconda metà del XIX secolo le implicazioni etico-politiche dell'accostamento alla storia dell'Italia medievale non furono certo accantonate con l'affermazione, piuttosto rapida e larga, di una prassi erudita e dei principii del 'metodo storico'. Quelle implicazioni rimasero vive, ad esempio, nella diffusa attività storiografico-erudita legata ai centri di ricerca ed alle associazioni locali e cittadine (Egidi, nel 1922, avrebbe elencato, accanto all'Istituto storico italiano, altre 34 fra deputazioni –cioè, strutture locali per la ricerca storica e l'edizione di fonti che ricevevano modesti finanziamenti dallo Stato– e società, ed altri 18 istituti ed accademie non dediti esclusivamente agli studi storici, con 37 diverse collane editoriali locali per la pubblicazione di fonti e memorie, e 127 riviste e periodici, somma totale che comprendeva però alcune riviste che nel frattempo avevano sospeso la loro attività),¹⁴ con la rivendicazione delle tradizioni e delle esperien-

¹² Così Egidi, *La storia medioevale*, cit., p. 7.

¹³ Cfr. A. D'Ancona, *Il concetto dell'unità politica nei poeti italiani* (1875), in F. Diaz-M. Moretti (a c. di), *Storici dell'Ottocento*, Roma, Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, 2003, pp. 975-1019, pp. 980-981.

¹⁴ Cfr. Egidi, *La storia medioevale*, cit., pp. 75-85; sull'associazionismo storico locale, tema da lungo tempo ed estesamente affrontato dalla storiografia, cfr. da ultimo –anche per il riferimento alla bibliografia in materia– G. B. Clemens, *Sanctus amor patriae. Eine*

ze municipali proposta magari in maniera cautamente complementare rispetto alla nuova dimensione nazionale. Ma in sostanza il centro di gravità del discorso medievistico, pure articolato in tematiche di innegabile, intrinseca 'politicità', venne spostandosi, fra anni Sessanta e Novanta, verso la dimensione del 'mestiere' e la sfera accademica, alimentato anche da progetti di ricerca e di valorizzazione di fonti che avrebbero dovuto accertare l'esistenza di una 'scienza nazionale'. Esempari, da questo punto di vista, le osservazioni di uno dei maestri della storiografia erudita e filologica italiana, Carlo Cipolla, nella sua prolusione accademica torinese del 1882:

Le carte e i monumenti che conservano le memorie del passato possono da un giorno all'altro scomparire nei turbini della vita. Affrettiamoci a prenderne possesso, e assicuriamo contro gli insulti del tempo e le contraddizioni degli uomini tanta parte di noi [...]. Mettiamo noi stessi alla luce le nostre ricchezze, e non permettiamo che tutte ce le rubino i numerosi e valenti stranieri, che pellegrinano ogni anno per la Penisola, scavando nei nostri archivi oggi quello che da tempo avremmo avuto il sacro dovere di conoscere noi medesimi. Scriviamo noi la nostra storia: pubblichiamo noi le nostre cronache, i nostri codici diplomatici.¹⁵

Su un piano istituzionale, in senso largo, il bilancio stilato da Egidi era nel complesso positivo: «ingente» era stato il

lavoro compiuto dalle due ultime generazioni dei nostri studiosi. Le quali, se non han forse prodotto storici di prim'ordine, da poter reggere al confronto dei maggiori delle altre nazioni, hanno però tenuto con onore il loro posto, e ingiustamente vennero e vengono poco apprezzate da Italiani e da stranieri.¹⁶

La polemica esplicita era qui rivolta alle sintesi storiografiche di Gooch e Fueter; ma è tutt'altro che escluso che Egidi pensasse, soprattutto per la valutazione della storiografia italiana postunitaria, anche ai recenti e «poderosi» volumi di Benedetto Croce sulla storia della storiografia italiana,¹⁷ oltre che a numerose e rumorose intemperanze dei tempi e degli ambienti delle riviste culturali italiane del primo Novecento. C'erano, naturalmente, delle zone d'ombra nel quadro: l'Istituto storico

vergleichende Studie zu deutschen und italienischen Geschichtsvereinen im 19. Jahrhundert, Tübingen, Niemeyer, 2004.

¹⁵ Cfr. C. Cipolla, *I metodi e i fini nella esposizione della storia italiana* (1882), in Id., *Per la storia d'Italia e de'suoi conquistatori nel Medio Evo più antico. Ricerche varie*, Bologna, Zanichelli, 1895, pp. 9-56, p. 55.

¹⁶ Cfr. Egidi, *La storia medioevale*, cit., pp. 2-3.

¹⁷ Cfr. B. Croce, *Storia della storiografia italiana nel secolo decimono*, Bari, Laterza, 1921.

italiano non era riuscito a svolgere un'opera di coordinamento delle sparse iniziative dell'erudizione locale, e la pur pregevole attività editoriale condotta in proprio era stata svolta «con qualche lentezza».¹⁸ Ma alla storiografia italiana, entrata a pieno titolo nel circuito della cooperazione scientifica internazionale, i riconoscimenti in fondo non erano mancati, com'era attestato anche dallo svolgimento a Roma del congresso storico internazionale nel 1903.¹⁹ E la questione della circolazione internazionale di alcuni prodotti della storiografia italiana va comunque tenuta presente; in fondo, fra le poche sintesi generali sul Medioevo europeo citate da Marc Bloch nella bibliografia della *Société féodale* c'erano *Il Medioevo* di Gioacchino Volpe, ed il volume dallo stesso titolo pubblicato nel 1935 da Corrado Barbagallo –ed anche, fra i repertori, quello di Egidi–,²⁰ e l'unica opera in lingua non tedesca ricordata da Friedrich Meinecke nella prefazione a *Die Entstehung des Historismus* era quella di Giorgio Falco, del 1933, *La polemica sul medio evo*.

Sintetica, ma molto nitida, era anche la trattazione proposta da Egidi dei principali filoni di ricerca che avevano caratterizzato gli studi italiani di storia medievale: la lunga «predilezione per la storia e le istituzioni longobarde»,²¹ che veniva dai primi decenni del secolo, e che da allora era stata in stretto rapporto con un'altra tematica centrale, quella delle «origini dei comuni italiani».²² All'età comunale

di preferenza si volsero gli studiosi: nel periodo del risorgimento e nei primi decenni del nuovo regno, perché nei comuni, più o meno convenzionalmente, si credeva riconoscere i progenitori della libertà e della democrazia; negli anni successivi, perché vi si riscontravano lotte di classi e fenomeni economico-sociali strettamente analoghi a quelli che tormentavano la generazione presente; nell'uno e nell'altro tempo forse, perché la ricerca era più localizzata e quindi più facile, come più agevole e più breve giungere a qualche concreto risultato, a qualche più o meno solida conclusione.²³

¹⁸ Cfr. Egidi, *La storia medioevale*, cit., pp. 15-16.

¹⁹ Sul tema cfr. K. D. Erdmann, *Die Ökumene der Historiker. Geschichte der Internationalen Historikerkongresse und des Comité International des Sciences Historiques*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1987.

²⁰ Cfr., su alcuni punti accennati nel testo, B. Arcangeli, *Storiografie a confronto: Marc Bloch e la storiografia italiana*, in «Società e storia», XIX, 71, 1996, pp. 155-175.

²¹ Cfr. Egidi, *La storia medioevale*, cit., p. 47.

²² Ivi, p. 29. Cfr., a questo proposito, le osservazioni di G. Tabacco, *La città italiana fra germanesimo e latinità nella medievistica ottocentesca*, in R. Elze-P. Schiera (a c. di), *Italia e Germania. Immagini, modelli, miti fra due popoli nell'Ottocento: il Medioevo*, Bologna –Berlin, il Mulino– Duncker & Humblot, 1988, pp. 23-42; E. Artifoni, *Ideologia e memoria locale nella storiografia italiana sui Longobardi*, in C. Bertelli-G. P. Brogiolo (a c. di), *Il futuro dei Longobardi. L'Italia e la costruzione dell'Europa di Carlo Magno*. Saggi, Milano, Skira, 2000, pp. 219-227.

²³ Cfr. Egidi, *La storia medioevale*, cit., pp. 49-50; e cfr. M. Vallerani, *Il comune come mito politico. Immagini e modelli tra Otto e Novecento*, in E. Castelnuovo e G. Sergi (a c.

Alla grande quantità di studi sulla storia comunale italiana non si erano però affiancati dei tentativi adeguati di interpretazione più generale, difficili anche per la grande varietà di luoghi, forme e tempi di quella storia; Egidi dava conto delle articolate discussioni sulle origini del comune, e, rifacendosi al gran saggio di Volpe, *Questioni fondamentali sull'origine e svolgimento dei comuni italiani* (1904), metteva in dubbio la possibilità, sul piano storiografico, di una riduzione unitaria del fenomeno comunale, propendendo per sistemazioni di natura tipologica. Bisognerà poi osservare che la presentazione dello stato degli studi portava Egidi ad accogliere una periodizzazione lunga dell'età medievale: da un lato le ricerche altomedievali, centrate sulla questione longobarda e, con Malfatti e Crivellucci, sulla formazione dello Stato pontificio e sui rapporti fra Chiesa e poteri politici; dall'altro, fra Villari e Cipolla, Tommasini ed Ercole, la crisi del sistema degli Stati italiani, l'avvio delle dominazioni straniere, le biografie di Savonarola e Machiavelli. Egidi notava sul primo versante una certa ripresa degli studi «sulla storia del cristianesimo e della chiesa nei primi secoli»,²⁴ ricordando –e la citazione era significativa– il modernista e scomunicato Ernesto Buonaiuti, accanto allo storico del diritto Francesco Ruffini, e una ormai radicata attenzione per la storia economica e sociale altomedievale; sul secondo la mancanza di «uno studio complessivo sulla trasformazione dei comuni in signorie»–²⁵ tema che, nell'Italia dei primi anni Venti, di fronte alla crisi di un sistema democratico, e all'avvento di un 'signore', avrebbe anche potuto suggerire analogici ravvicinamenti–.²⁶ Infine, e in modo del tutto pertinente, Egidi rilevava che gli studi di storia medievale non italiana erano stati «scarsissimi. Il medioevo italiano è così vario e ricco, che i nostri studiosi quasi mai ne uscirono»,²⁷ con l'eccezione dell'islamistica di Leone Caetani, e di alcune indagini bizantinistiche di Francesco Cognasso –ed è singolare, in una rassegna scrupolosa, la disattenzione mostrata per una delle opere principali della storiografia italiana nel secolo XIX, la *Storia dei Musulmani di Sicilia* di Michele Amari.²⁸

di), *Arti e storia nel Medioevo. IV. Il Medioevo al passato e al presente*, Torino, Einaudi, 2004, pp. 187-206.

²⁴ Cfr. Egidi, *La storia medioevale*, cit., p. 46.

²⁵ Ivi, p. 59.

²⁶ Egidi, come direttore della «Rivista storica italiana», avrebbe ospitato di lì a poco nella rivista alcuni importanti interventi sul tema, quelli di F. Chabod, *Di alcuni studi recenti sull'età comunale e signorile nell'Italia settentrionale*, XLII, 1925, pp. 19-47, e di G. B. Picotti, *Qualche osservazione sui caratteri delle signorie italiane*, XLIII, 1926, pp. 7-30. Uno dei punti allora in discussione era quello della 'legalità' dell'avvento al potere dei signori; credo, tuttavia, che occorra cauta nel proporre interpretazioni direttamente politiche di simili testi.

²⁷ Cfr. Egidi, *La storia medioevale*, cit., p. 68.

²⁸ Sull'opera storica di Amari cfr. I. Peri, *Michele Amari*, Napoli, Guida, 1976; e M. Moretti, *Introduzione a Michele Amari*, Roma, Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, 2003, pp. III-XLVII. Per una nuova edizione dei *Musulmani* cfr. M. Amari, *Storia dei Musulmani*

Un aspetto della dinamica culturale-istituzionale di quei decenni non emergeva dal profilo proposto da Egidi. Attento a sottolineare la sopravvivenza di interessi e sentimenti di tipo ‘localistico’ nel tessuto associativo e nella produzione storiografica del secondo Ottocento, ed anche a registrare la ‘conquista’ delle società e deputazioni di storia patria da parte degli storici universitari, Egidi non dava invece rilievo né alla connotazione marcatamente ‘romana’ dell’impresa scientifico-editoriale dell’Istituto storico italiano, né, soprattutto, al costituirsi ed al permanere di specifici indirizzi di ricerca storica nelle diverse sedi universitarie, una delle varie manifestazioni del policentrismo accademico e culturale tipico della vicenda postunitaria. Era invece piuttosto lucida la segnalazione di un passaggio mediato e in fondo non troppo traumatico –al di là di varie, aspre, ma contingenti frizioni personali– fra la generazione degli universitari del ‘metodo storico’ e quella dei più giovani storici attenti al «rinnovamento degli studi sul diritto e sulle istituzioni medievali» ed alla «diffusione della teoria del materialismo storico». ²⁹ Egidi parlava, in fondo, di una transizione della quale era stato testimone partecipe; ed indicava in personaggi come Pasquale Villari– «fu dei primi tra i vecchi ad accogliere senza sprezzo il nuovo indirizzo economico giuridico; fu soprattutto un animatore»–³⁰ il tramite di una più generalizzata apertura, anche sul piano accademico, a storici come Gaetano Salvemini e Gioacchino Volpe. Anche a proposito di queste due grandi figure si nota però, da parte di Egidi, una reticenza singolare, considerando la data di pubblicazione dello scritto. Egidi riconosceva senza esitazioni il loro primato nel rinnovamento della medievistica italiana, ma non si soffermava sui robusti interessi contemporaneistici che si erano manifestati ormai da tempo, e che erano ben documentati; osservava, casomai, a proposito di Salvemini, come «disgraziatamente la vita politica pare abbia intiepidito l’ardore per gli studi»,³¹ ma mostrava, ad esempio, di attendersi ancora da Volpe «una sintetica storia dei nostri comuni» e, presa visione del volumetto sulla storia altomedievale redatto da Volpe per l’università popolare di Milano, dichiarava di considerare quelle pagine «una succosa ricapitolazione fatta per stabilire saldamente il punto d’onde si voglia partire per un lungo viaggio»–³² ed in effetti questa aspettativa di

di Sicilia, presentazione di G. Giarrizzo, con un saggio di M. Moretti, Firenze, Le Monnier, 2002-2003, 4 volumi.

²⁹ Cfr. Egidi, *La storia medioevale*, cit., p. 28.

³⁰ Ivi, p. 21; e cfr. M. Moretti, *Pasquale Villari storico e politico*, con una nota di F. Tessitore, Napoli, Liguori, 2005.

³¹ Cfr. Egidi, *La storia medioevale*, cit., p. 34. Documento importante, proprio in riferimento al tempo in cui Egidi scriveva, degli atteggiamenti mentali e delle posizioni politiche salveminiane è G. Salvemini, *Memorie e soliloqui. Diario 1922-1923*, a c. di R. Pertici, introduzione di R. Vivarelli, Bologna, il Mulino, 2001.

³² Cfr. Egidi, *La storia medioevale*, cit. p. 34.

Egidi sarebbe stata soddisfatta, nel 1926, con la pubblicazione della sintesi volpiana su *Il Medioevo*–.³³ Riprendendo in mano, nel 1922, alcuni scritti di storia religiosa e sociale apparsi originariamente fra il 1907 e il 1912, Volpe dichiarava di aver avuto molti dubbi circa l'opportunità di riproporli in volume;

Più che mai certe pagine e certi giudizi gli son parsi riecheggiare con troppa immediatezza voci dell'attimo fuggente e rispecchiare situazioni contingenti del tempo in cui furono scritte e pronunciati. *E poi, il 1907 o 1912 sono passati da dieci o quindici anni che valgono quasi un secolo.*³⁴

Il senso di questo stacco non sembra trasparire, invece, dalle pagine di Egidi. Si sfiora, qui, una questione di notevole rilievo, che è stata oggetto di molti interventi, ed alla quale vorrei riservare solo un accenno. Lasciando del tutto da parte il quadro più generale dell'incidenza della Grande guerra sul mondo degli studi storici,³⁵ occorre comunque dar conto di quel cambiamento nella «*materia* degli studi» del quale avrebbe parlato nel 1930 un medievalista russo trapiantato in Italia, Nicola Ottokar;³⁶ sempre nel 1930, interpretando in positivo quelle tendenze che nel saggio di Morghen ricordato in apertura erano state registrate con grande preoccupazione, un giovane storico 'contemporaneista', Walter Maturi, avrebbe seccamente scritto che

bisogni spirituali, poi, largamente sentiti da tutte le persone colte hanno fatto dell'interesse per la storia del Risorgimento la nota dominante della storiografia italiana contemporanea. L'Italia si trova a una svolta decisiva del suo cammino, ha bisogno di rifarsi alle sue origini prossime e non può pensare, almeno per il momento, agli interessanti cartari dei monasteri medievali.³⁷

³³ Sulla più tarda fase della medievistica volpiana cfr. A. Crea, *Il medioevo di Gioacchino Volpe nella storiografia successiva agli anni venti*, in «Aevum», LXXII, 1998, pp. 782-800.

³⁴ Cfr. G. Volpe, *Chiarimento e giustificazione* (1922), in Id., *Movimenti religiosi e sette ereticali nella società medievale italiana (secoli XI-XIV)*, introduzione di C. Violante, Roma, Donzelli, 1997, pp. 3-8, p. 7. Il corsivo è mio.

³⁵ Per un rapido profilo –non del tutto soddisfacente, rispetto all'ampiezza ed alle implicazioni dello spazio tematico e bibliografico affrontato– cfr. G. G. Iggers, *Gli storici di fronte alla guerra*, in V. Calì, G. Corni, G. Ferrandi (a c. di), *Gli intellettuali e la Grande guerra*, Bologna, il Mulino, 2000, pp. 97-127.

³⁶ Cfr. N. Ottokar, *Osservazioni sulle condizioni presenti della storiografia in Italia* (1930), in Id., *Studi comunali e fiorentini*, Firenze, La Nuova Italia, 1948, pp. 91-104, p. 95; su Ottokar cfr. E. Sestan, *Nicola Ottokar*, in Id., *Storiografia dell'Otto e Novecento*, a c. di G. Pinto, Firenze, Le Lettere, 1991, pp. 345-354, ed ora L. Pubblici-R. Risaliti (a c. di), *Nicola Ottokar storico del Medioevo. Da Pietroburgo a Firenze*, Firenze, Olschki, 2008.

³⁷ Cfr. W. Maturi, *La crisi della storiografia politica italiana*, in «Rivista storica italiana», XLVII, 1930, pp. 1-29, p. 2.

I due più importanti storici italiani d'inizio secolo, Salvemini e Volpe, entrambi autori di grandi studi di storia medievale, divennero di fatto degli storici dell'età contemporanea, precedendo e incoraggiando altri analoghi percorsi individuali.³⁸ L'itinerario di Salvemini è complesso, ma cronologicamente meglio definito: gli interessi per la storia della Rivoluzione francese, e per la cultura politica del Risorgimento italiano, accompagnano la sua carriera di studioso già negli anni a cavallo fra i due secoli.³⁹ Lo stesso non si può dire di Volpe, che del resto avrebbe cercato di proporre, a caldo, una sistemazione autobiografica del suo percorso, in pagine molto note, dell'estate 1922, nelle quali si cercava di dar conto sia del superamento del prevalente interesse per la storia medievale – «La quale non richiama più, ora, l'attenzione nostra come la richiama allora» –, sia del distacco metodologico da una storiografia sociologizzante, della quale non si «appagava più lo scrivente già prima della guerra e meno che mai se ne appaga ora». Oggetti della ricerca e procedimenti storiografici venivano dunque ridefiniti nella prospettiva delle

nostre vive aspirazioni ad una storia che non sia «economica» o «giuridica» o altro del genere, ma «storia» senza epiteti, tutta risonante degli echi della vita e capace di risolvere in sé le particolari e speciali storie del diritto, dell'economia, del pensiero, della politica.⁴⁰

Nel 1922 Volpe poneva comunque, correttamente, l'accento su uno svolgimento del proprio pensiero storico avviato già nel corso del primo decennio del secolo; ma anche nel 1925, in un altro breve scritto forse ancor più citato, Volpe avrebbe rammentato, come dato generazionale,

³⁸ I due svolgimenti intellettuali – che restano a mio avviso ben distinti, e certo non solo per ragioni politiche, e sul terreno politico – sono stati esaminati congiuntamente nella tesi di perfezionamento di P. Cavina, *Un percorso parallelo: l'itinerario di Gaetano Salvemini e Gioacchino Volpe dal medioevo alla età contemporanea* discussa presso la Scuola Normale Superiore nell'anno accademico 2003-04, relatore il prof. Roberto Vivarelli; tesi che ora diviene un libro: P. Cavina – L. Grilli, *Gaetano Salvemini e Gioacchino Volpe: dalla storia medievale alla storia contemporanea*, Pisa, Scuola Normale Superiore, 2008.

³⁹ Oltre a quanto si è sin qui citato, sulla prima fase dell'attività storiografica, e politica, di Salvemini cfr. H. Büttler, *Gaetano Salvemini und die italienische Politik vor dem Ersten Weltkrieg*, Tübingen, Niemeyer, 1978; M. Moretti, *Il giovane Salvemini fra storiografia e 'scienza sociale'*, in «Rivista storica italiana», CIV, 1992, pp. 203-245; S. Bucchi, *Nota ai testi*, in G. Salvemini, *Medioevo Risorgimento Fascismo. Antologia di scritti storici*, a c. di E. Tagliacozzo e S. Bucchi, Roma-Bari, Laterza, 1992, pp. VII-XLI; M. Moretti, *Salvemini e Villari. Frammenti*, in D. Antiseri (a c. di), *Gaetano Salvemini metodologo delle scienze sociali*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 1996, pp. 19-68; A. De Francesco, «Il meglio ch'io abbia scritto in vita mia». Note sulla «Rivoluzione francese» di Gaetano Salvemini, in «Nuova rivista storica», LXXXIX, 2005, pp. 147-184; B. Bracco, *Storici italiani e politica estera. Tra Salvemini e Volpe 1917-1925*, Milano, Angeli, 1998.

⁴⁰ Cfr. G. Volpe, *Prefazione alla prima edizione (1922)*, in Id., *Medio Evo italiano*, introduzione di C. Violante, Roma-Bari, Laterza, 1992, pp. 3-7, pp. 6-7.

l'«effetto della guerra e della nuova temperie spirituale precedente alla guerra stessa» nel determinare «un maggiore apprezzamento di taluni valori nell'esame dei fatti storici (ad esempio, *nazione* invece di *classe*)», e nel recupero, in chiave rinnovata, della storia politica e degli individui.⁴¹ Evidentemente non si può sottovalutare in alcun modo il peso di un'esperienza come quella della guerra –che Volpe visse, nell'ultima fase del conflitto, impegnato nei servizi di propaganda– nel ridisegnare una gerarchia di rilevanze storiografiche, e nel connotare lo strumentario concettuale e lessicale dello storico; ma penso anche che, in un caso come quello di Volpe, vadano tenuti ben presenti anche alcuni motivi chiaramente individuabili già nella prima fase della sua produzione scientifica.⁴² Lo aveva notato, a ragione, Ottokar nel 1930, dichiarando di non credere alla presunta «conversione» di Volpe negli anni di guerra;⁴³ e molto più di recente è stato ripreso uno spunto –proposto nel dibattito coevo, nel 1922, anno che torna spesso in questa esposizione– riguardante il «disegno storiografico complessivo» sulla storia del popolo e della nazione italiana dall'XI secolo in avanti, abbozzato negli scritti medievistici del giovane Volpe.⁴⁴

Come che sia, era il silenzio su queste tendenze, su questi sviluppi, che rendeva troppo lineare e disteso il bilancio positivo –giustamente positivo, s'intenda– steso da Egidi sull'opera dei medievisti italiani du-

⁴¹ Cfr. G. Volpe, *Prefazione* a Id., *Momenti di storia italiana*, Firenze, Vallecchi, 1925, pp. VI-VII.

⁴² Sul 'caso' Volpe la bibliografia, anche molto recente, è ormai davvero cospicua, e richiederebbe una messa a punto critica; mi limito qui all'indicazione di alcuni testi di riferimento. Per la formazione, ed alcuni aspetti della medievistica volpiana, cfr. C. Violante, *Gioacchino Volpe e gli studi storici su Pisa medioevale*, in G. Volpe, *Studi sulle istituzioni comunali a Pisa. Città e contado, consoli e podestà. Secoli XII-XIII* (1902), Firenze, Sansoni, 1970, pp. IX-LVIII; O. Capitani, *Gioacchino Volpe, storico del Medioevo*, in Id., *Medioevo passato prossimo*, Bologna, il Mulino, 1979, pp. 191-209. Per più generali accostamenti alla figura di Volpe cfr. I. Cervelli, *Gioacchino Volpe*, Napoli, Guida, 1977; G. Belardelli, *Il mito della «nuova Italia». Gioacchino Volpe tra guerra e fascismo*, Roma, Edizioni Lavoro, 1988; *Gioacchino Volpe e la storiografia del Novecento*, numero monografico degli «Annali della Fondazione Ugo Spirito», XII-XIII, 2000-2001, Roma, Fondazione Ugo Spirito, 2003; E. Di Rienzo, *Un dopoguerra storiografico. Storici italiani tra guerra civile e Repubblica*, Firenze, Le Lettere, 2004; E. Di Rienzo, *Storia d'Italia e identità nazionale. Dalla Grande Guerra alla Repubblica*, Firenze, Le Lettere, 2006; F. Cossalter, *Come nasce uno storico contemporaneo: Gioacchino Volpe tra guerra, dopoguerra, fascismo*, Roma, Carocci, 2007; R. Bonuglia (a c. di), *Gioacchino Volpe tra passato e presente*, Roma, Aracne, 2007; E. Di Rienzo, *La storia e l'azione. Vita politica di Gioacchino Volpe*, Firenze, Le Lettere, 2008. Documenti rilevanti in A. Frangioni, *Volpe e Chabod, una lunga storia (con il carteggio Volpe-Chabod)*, in «Nuova storia contemporanea», VI, n. 5, 2002, pp. 91-130; *Gioacchino Volpe e Walter Maturi. Lettere 1926-1961*, a c. di P. G. Zunino, in «Annali della Fondazione Luigi Einaudi», 39, 2005, pp. 245-326.

⁴³ Cfr. Ottokar, *Osservazioni sulle condizioni presenti della storiografia in Italia*, cit., p. 101.

⁴⁴ Cfr. Di Rienzo, *Storia d'Italia e identità nazionale*, cit., p. 92.

rante oltre un sessantennio; silenzio che sembrerebbe contraddire l'asserzione di Chabod citata in apertura sul significato, anche per Egidi, della guerra, ma che forse è da riferire semplicemente alla natura 'tecnica' del suo contributo storiografico-bibliografico, e magari anche alla persistente debolezza istituzionale, nel 1922, di quelle nuove tendenze storiografiche.

Alcuni anni dopo, Raffaello Morghen avrebbe consegnato a poche pagine polemiche un profilo molto allarmato della situazione della medievistica italiana:⁴⁵ un numero sempre minore di studenti universitari si volgeva alle ricerche di storia medievale, mentre cresceva il numero di quanti si accostavano alla storia moderna e a quella del Risorgimento; in questo nuovo orientamento era stato importante l'esempio fornito dalle scelte di alcune figure rappresentative, prima fra tutte quella di Volpe, ed era anche significativa la funzione di indirizzi intellettuali –ormai, del resto, da tempo divergenti– come l'idealismo di Benedetto Croce⁴⁶ e l'attualismo di Giovanni Gentile nel concentrare l'attenzione degli studiosi sul problema delle origini e dei caratteri dell'età moderna. E tuttavia, in chiave operativa, il breve intervento di Morghen si spostava dal terreno del confronto culturale a quello dei supporti istituzionali. In fondo, anche Egidi aveva rilevato, a proposito dell'Istituto storico italiano, «un difetto della sua costituzione, per cui gli è negato di avere, come hanno tutte le imprese consimili, collaboratori fissi, che esclusivamente e continuatamente lavorino per esso»;⁴⁷ e Morghen non chiedeva nulla di molto diverso. In Italia non si era determinato, fra seminari universitari ed imprese editoriali in campo storico, un circuito 'virtuoso' paragonabile, in qualche modo, all'esperienza tedesca dei *Monumenta*; si sollecitava qualche altra forma di intervento statale a supporto di una importante tradizione di ricerca. Gentile, da ministro della pubblica istruzione nel primo governo Mussolini, aveva recuperato, dandole corpo, un'idea circolante da vari decenni, ed aveva istituito, alla fine del 1923, una Scuola storica nazionale presso l'Istituto storico italiano, destinata alla ricerca, allo studio ed alla pubblicazione delle fonti della storia italiana, e diretta da Pietro Fedele.⁴⁸ Lo strumento tecnico

⁴⁵ Cfr. Morghen, *La crisi degli studi medioevali e l'opera dello Stato*, cit.; su Morghen cfr. ora L. Gatto-E. Plebani (a c. di), *Raffaello Morghen e la storiografia del Novecento*, Roma, Università degli Studi di Roma La Sapienza, 2005.

⁴⁶ Su Croce e gli studi medievali cfr. O. Capitani, *Croce e il Medioevo*, in «La Cultura», XXXI, 1993, pp. 263-282; P. Cavina, *Di un 'sottile equivoco': Benedetto Croce e la medievistica*, in «Annali dell'Istituto Italiano per gli Studi Storici», XIV, 1997, pp. 445-494.

⁴⁷ Cfr. Egidi, *La storia medioevale*, cit., p. 16.

⁴⁸ Della riorganizzazione fascista degli istituti di ricerca storica offre un breve e lucido profilo F. De Giorgi, *Deputazioni e società di storia patria*, in C. Pavone (a c. di), *Storia d'Italia nel secolo ventesimo. Strumenti e fonti. II, Istituti, musei e monumenti, bibliografia e periodici, associazioni, finanziamenti per la ricerca*, Roma, Ministero per i beni e le attività culturali –Dipartimento per i beni archivistici e librari– Direzione generale per gli archivi, 2006, pp.

adottato per reclutare i 'quadri', il personale scientifico addetto al lavoro promosso dall'Istituto e dalla Scuola era quello del 'comando': insegnanti di scuola secondaria, e più tardi funzionari di archivio ed altri funzionari qualificati, potevano essere assegnati alla Scuola, sulla base di una selezione, per un triennio; il passaggio all'interno della Scuola diveniva così una significativa esperienza di formazione scientifica post-universitaria, ed una importante occasione di accesso alla carriera universitaria. Nel corso degli anni Trenta, come si accennerà brevemente, il fascismo avrebbe intensificato, con una serie di ulteriori articolazioni, questa politica di sostegno che sarebbe stata al tempo stesso di inquadramento e di controllo –anche se con più di una dissonanza di temi, atteggiamenti, comportamenti concreti a seconda delle diverse personalità politiche ed intellettuali coinvolte–. Morghen, nel 1927, aveva valutato positivamente la creazione della Scuola storica nazionale, affidata a quel Fedele che aveva seguito i suoi studi dal tempo della tesi di laurea; non aveva però parlato dell'istituzione, nel 1925, e sempre a Roma, della Scuola di storia moderna e contemporanea –ministro era divenuto nel frattempo Fedele, e direttore della Scuola fu nominato Volpe–, sullo stesso modello della Scuola storica nazionale, incaricata di curare la pubblicazione delle fonti per la storia nazionale dal XVI secolo in avanti, e collegata al Comitato nazionale per la storia del Risorgimento, esistente dal 1906. Inoltre, Morghen non aveva menzionato il fatto che nel 1925 era stato bandito il primo concorso per una cattedra universitaria di storia del Risorgimento.⁴⁹ Nel giro di pochi anni, insomma, il panorama istituzionale era venuto modificandosi in maniera non irrilevante.

Come è stato osservato anche di recente, le tappe successive di questo processo vanno collegate ad alcuni mutamenti di notevole rilievo nella politica del fascismo, come il Concordato con la Chiesa cattolica del 1929, e l'avvio di una più decisa linea di intervento nei confronti del mondo universitario,⁵⁰ che trovò nella nuova formula del giuramento

99-114; cfr. poi A. Saitta, *L'organizzazione degli studi storici*, e R. De Felice, *Il fascismo e gli storici*, in Vigezzi (a c. di), *Federico Chabod*, cit., pp. 511-519, 559-618 –sullo sfondo, per alcune considerazioni svolte più avanti nel testo, cfr. M. Mastrogregori, *Sulla 'collaborazione' degli storici italiani durante il fascismo*, in «Belfagor», LXI, 2006, pp. 151-168–; modesti i volumi di U. M. Miozzi, *La scuola storica romana (1926-1943). I. Profili di storici 1926-1936. II. Maestro ed allievi, 1937-1943*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1982 e 1984.

⁴⁹ Cfr. sul punto, con molte utili informazioni anche sul riassetto istituzionale degli istituti storici, M. Baioni, *Risorgimento in camicia nera. Studi, istituzioni, musei nell'Italia fascista*, Torino-Roma, Comitato di Torino dell'Istituto per la storia del Risorgimento italiano-Carocci, 2006.

⁵⁰ Sulla politica universitaria del fascismo cfr. almeno A. Vittoria, *L'Università italiana durante il regime fascista: controllo governativo e attività antifascista*, in J. J. Carreras Ares, M. Á. Ruiz Carnicer (a c. di), *La Universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza 1991, pp. 29-61, ed E. Signori, *Università e fascismo*, in G. P. Brizzi, P. Del Negro, A. Romano (a c. di), *Storia delle Università in Italia*, Sicania, Messina 2007, 3 voll., vol. I, pp. 381-423.

imposto ai docenti nel 1931 la sua manifestazione più eloquente e nota. Così, mentre la creazione, nel 1928, di un Comitato nazionale di scienze storiche fu in sostanza un atto reso necessario dalla presenza italiana all'interno del *Comité international des sciences historiques*, la vera svolta venne fra il 1934 ed il 1935, nell'ambito della dura linea di «bonifica» fascista della cultura messa in atto dal ministro dell'educazione nazionale De Vecchi di Val Cismon.⁵¹ Tecnicamente, si trattò di misure di ricomposizione e di accentramento, che recuperavano anche le innovazioni degli anni Venti, ma in un diverso equilibrio d'insieme. La legge 20 dicembre 1934, n. 2124, trasformava l'Istituto storico italiano in Istituto storico italiano per il medioevo, e gli affiancava un Istituto storico italiano per l'età moderna e contemporanea; il primo avrebbe avuto alle sue dipendenze la Scuola storica nazionale, che diventava Scuola nazionale di studi medievali, il secondo la Scuola di storia moderna e contemporanea. Veniva inoltre creata una Giunta centrale per gli studi storici, con il compito di riordinare il quadro delle esistenti deputazioni e società di storia patria, e di coordinarne le future attività. Nel febbraio 1935, per decreto, venne abolito il Comitato nazionale di scienze storiche, e le sue funzioni trasferite alla Giunta; con un secondo decreto veniva fondato l'Istituto italiano per la storia antica, e tutti gli Istituti storici nazionali venivano posti sotto il controllo della Giunta. Infine, con un decreto del giugno 1935, la Società nazionale per la storia del Risorgimento era trasformata in Istituto per la storia del Risorgimento italiano, con finalità dichiarate non solo scientifiche e di studio, ma anche di «salvaguardia della tradizione del Risorgimento».⁵²

Non è possibile, in questa sede, inquadrare questi provvedimenti nell'ambito della politica culturale del fascismo, né indicare, anche solo per accenni, tutte le questioni relative al ruolo, alle posizioni, agli scontri, degli intellettuali –Gentile, Volpe, Fedele, Francesco Ercole, Federico Chabod, e vari altri– coinvolti nel governo di queste istituzioni e nei dibattiti culturali del tempo. Un aspetto andrà però sottolineato: la specificazione tecnico-istituzionale dello spazio medievistico ne comportava anche una marcata relativizzazione, con ovvie implicazioni di tipo intellettuale e storiografico. Se nelle università italiane di fine Ottocento e di inizio Novecento l'apprendistato medievistico coincideva di fatto con l'apprendistato storiografico *tout court* –anche per il peso, nelle fa-

⁵¹ Sulla politica di De Vecchi, sui dibattiti a proposito del Risorgimento, su polemiche e intrecci fra De Vecchi, Volpe, Gentile, cfr. Baioni, *Risorgimento in camicia nera*, cit. pp. 105-197; si veda anche A. Pedio, *Cesare Maria De Vecchi. Il "quadrumviro" scomodo tra Risorgimento ed educazione nazionale*, in «Giornale critico della filosofia italiana», LXXXI, 2002, pp. 449-485.

⁵² Così G. Talamo, *L'Istituto per la storia del Risorgimento italiano*, in Pavone (a c. di), *Storia d'Italia nel secolo ventesimo*, cit., pp. 81-98, p. 85.

coltà di lettere, degli insegnamenti letterario-filologici–,⁵³ questa centralità venne necessariamente, e lentamente, depotenziandosi nel corso dei decenni centrali del XX secolo.

L'osservazione, in sé, è banale; sollecita comunque alcuni approfondimenti ed alcune precisazioni di contorno. La prima riguarda la dimensione accademica. Il primo concorso a cattedra specificamente intitolato alla storia medievale fu bandito nel 1929, dalla facoltà di lettere di Firenze; fino agli anni della guerra ci fu solo un secondo concorso per storia medievale, quello aperto nel 1938 per l'università di Palermo.⁵⁴ Il dato non è però indicativo dell'effettiva presenza di insegnamenti di storia medievale nelle facoltà italiane; dai singoli concorsi potevano infatti allora uscire fino a tre candidati idonei,⁵⁵ che avrebbero potuto essere nominati in università diverse da quella per la quale il posto era stato chiesto, ed anche su insegnamenti affini. Inoltre le facoltà di magistero –per la preparazione di insegnanti– avevano un'unica cattedra, generale, di storia, e quindi i concorsi richiesti da quelle facoltà potevano produrre terne di vincitori storiograficamente piuttosto composite. Il dato accademico, in sé molto significativo, non è, specie in questa prima fase, sufficiente a fissare le coordinate di un processo che potrebbe essere meglio esaminato facendosi carico di un inventario accurato, un repertorio bibliografico degli storici italiani di metà Novecento, per fornire sostanza e più precise scansioni cronologiche a vicende che non possono essere interpretate solo sulla base di testimonianze ed impressioni singole. Quel che voglio dire è che se si guarda, per citare un caso, alla produzione di un Giorgio Falco⁵⁶ –questioni metodologiche, rapporto con il pensiero di Croce, ed altre simili tematiche messe da parte– si scorge ancora nettamente la traccia di una tradizione cronologicamente generalista, che aveva del resto un suo preciso radicamento, si è detto, proprio nelle intitolazioni delle cattedre; d'altra parte, non solo Federico Chabod, cosa ovvia, ma anche, più tardi, Rosario Romeo avrebbero avuto un loro specifico *training* medievistico. Mi pare, insomma, che sarebbe utile cercare di mettere a fuoco la progressiva definizione di un nuovo 'profilo' di

⁵³ Si pensi al ruolo, anche accademico, svolto da personaggi come Ernesto Monaci o Francesco Novati, che professori di storia non erano, a Roma e a Milano; per un profilo d'insieme cfr. G. Lucchini, *Le origini della scuola storica. Storia letteraria e filologia in Italia (1866-1883)*, Bologna, il Mulino, 1990, che ora appare in edizione rivista ed ampliata, Pisa, ETS, 2008.

⁵⁴ Cfr. C. Dolcini, P. Cavina, F. Raspanti, *La coda di Minosse. I. Concorsi e cattedre di storia medievale, 1929-1948*. Gioacchino Volpe, *Giorgio Falco, Raffaello Morghen e tutti gli altri medievisti*, in «Pensiero politico medievale», V, 2007 (in corso di stampa).

⁵⁵ Sulle 'regole del gioco' universitario in Italia cfr. I. Porciani-M. Moretti, *Il reclutamento accademico in Italia. Uno sguardo retrospettivo*, in «Annali di storia delle università italiane», I, 1997, pp. 11-39.

⁵⁶ Per un profilo d'insieme cfr. G. Arnaldi, *Giorgio Falco, la scelta e il periodizzamento*, in «La Cultura», XXXII, 1994, pp. 497-512.

medievista, tenendo conto di vari fattori: di quelli tematici, metodologici e tecnici, certamente, ma anche di altre variabili, come, fra l'altro, la geografia scientifica ed accademica italiana. Fra anni Venti e Trenta, ad esempio, si era prodotto un effettivo rafforzamento della centralità istituzionale romana nel campo degli studi storici; oltre a quanto si è detto in precedenza, basterà pensare al ruolo dell'*Enciclopedia italiana*,⁵⁷ con i molti intrecci, nelle biografie individuali, fra il lavoro 'enciclopedico' e la presenza nelle Scuole storiche. In questo senso, per la medievistica, proprio il caso di Morghen potrebbe essere a suo modo rappresentativo, anche se il suo percorso universitario fu tutt'altro che semplice e lineare, e la definitiva 'conquista' di Roma piuttosto tardiva e controversa.

Un secondo approfondimento dovrebbe riguardare il peso specifico della storia medievale all'interno del discorso pubblico, dei progetti culturali, della mitopoiesi del fascismo. Proprio a causa del grande rilievo istituzionale ed intellettuale acquisito e mantenuto nei decenni precedenti, i medievisti non si trovarono certo ai margini della politica culturale –e non solo– del fascismo, anche se su posizioni di volta in volta differenti, e variamente configurate a seconda dei molti volti del fascismo, e delle diverse fasi del governo fascista delle istituzioni culturali. Al di là del caso Volpe, comunque fondamentale, si pensi al già citato Pietro Fedele, ministro, ed a personaggi come Francesco Ercole o Arrigo Solmi. D'altro canto, sul versante degli oppositori, o degli studiosi colpiti dalle leggi razziali, vanno citati Gaetano Salvemini, esule nel 1925, Gino Luzzatto, antifascista, ed allontanato dalla cattedra in seguito alle disposizioni antisemite del 1938 così come Giorgio Falco, ed il più giovane Roberto Sabatino Lopez, costretto a lasciare l'Italia –e Marc Bloch gli scriveva, il 6 luglio 1939:

Je ne puis croire que dans votre pays, auquel la civilisation européenne doit tout, dans ce pays de raison et de *gentillesza*, l'obscurantisme dont vous êtes, avec bien d'autres savants, la victime, doive longtemps triompher. Mais qui peut aujourd'hui prophétiser sur l'avenir du monde, sinon pour prévoir une catastrophe dont nul ne sait ce qui sortira, sinon beaucoup de ruines?⁵⁸

⁵⁷ Nella ricca bibliografia sull'argomento cfr. G. Turi, *Il mecenate, il filosofo e il gesuita. L'«Enciclopedia Italiana» specchio della nazione*, Bologna, il Mulino, 2002.

⁵⁸ M. Bloch a R. S. Lopez, 6 luglio 1939, edita da M. Aymard, *Luzzatto, le 'Annales' e il rinnovamento della storia economica europea nella prima metà del '900*, in P. Lanaro (a c. di), *Gino Luzzatto storico dell'economia, tra impegno civile e rigore scientifico*, numero monografico di «Ateneo Veneto», CXCI, s. III, 4, 2005 (Venezia, 2006), pp. 11-33, p. 33; e si ricordi anche, sull'atteggiamento antifascista di Luzzatto, la bella lettera di M. Bloch ad H. Pirenne, 2 ottobre 1934, in B. and M. Lyon, *The birth of Annales history: the letters of Lucien Febvre and Marc Bloch to Henri Pirenne (1921-1935)*, Bruxelles, Académie royale de Belgique – Commission royale d'histoire, 1991, p. 163.

Esiste naturalmente, ed andrebbe verificato caso per caso, uno scarto potenzialmente anche ampio fra personale militanza e concreti indirizzi di studio; rispetto al corto circuito fra l'attualizzazione della tradizione classica e l'enfasi posta sulla più stretta contemporaneità, fra la Roma di Augusto e quella di Mussolini, alcune tematiche care alla medievistica italiana potevano indubbiamente godere del vantaggio di una minore esposizione.⁵⁹ Non conosco, sul tema, studi approfonditi ai quali fare riferimento; indicare la possibilità di uno stacco non significa, del resto, negare strumentalità e contaminazioni. Rispetto ad un settore di studi già rilevante fra fine Ottocento e primo Novecento, ad esempio, Erminia Irace ci ha esposto l'importanza delle celebrazioni centenarie di S. Francesco d'Assisi, nel 1926 –di seguito, quindi, all'anno santo del 1925–, nel determinare, anche sul terreno delle pubbliche manifestazioni e delle reciproche concessioni, il clima dell'ormai prossimo riavvicinamento fra Stato e Chiesa– il ministro della pubblica istruzione, Pietro Fedele, incontrò ad Assisi il cardinale Merry del Val, legato *a latere* del papa–;

sotto il segno di Francesco e nella comune adozione di un discorso pubblico impregnato di accenti mistici il fascismo e la Chiesa trovarono due connotati distintivi della volontà di qualificarsi quali ideologie alternative ai condivisi avversari, il materialismo occidentale e il comunismo.⁶⁰

Implicazioni non troppo dissimili mi sembrano avere gli studi di storia economica e di storia delle dottrine economiche medievali del giovane Amintore Fanfani, confutazioni della 'tesi' di Max Weber sull'etica protestante svolte in chiave di cattolicesimo tradizionalistico, organico e risolutamente antiliberali;⁶¹ si è già accennato alla questione dell'origine delle signorie, e di certo l'elencazione tematica potrebbe essere proseguita. Vale però la pena evocare, in conclusione, un ultimo aspetto che, nel senso appena indicato, e considerando i nessi fra retorica 'romana' e fascismo, meriterebbe qualche ulteriore riflessione. Nel 1922 Volpe pubblicava un breve opuscolo contenente il *Programma e orientamenti per una Storia d'Italia in collaborazione e per una Collana di volumi storici*. L'idea di una storia nazionale composta accostando contributi di diversi autori aveva, in Italia, degli illustri precedenti editoriali; Volpe mirava però

⁵⁹ Parla di medievistica «sulla difensiva» G. Giarrizzo, *Il Medioevo tra Otto e Novecento*, in G. Cavallo, C. Leonardi, E. Menestò (a c. di), *Lo spazio letterario del Medioevo. I. Il Medioevo latino*, vol. IV, *L'attualizzazione del testo*, Roma, Salerno, 1997, pp. 223-260, p. 259.

⁶⁰ Cfr. E. Irace, *Itale glorie*, Bologna, il Mulino, 2003, p. 222 –ma si vedano le pp. 209-236–.

⁶¹ Cfr. M. Moretti, *L'Italia e l'«Etica protestante»: un'annosa questione storiografica*, in «Contemporanea», IX, 2006, n. 4, pp. 777-785.

ad una ricostruzione possibilmente organica e integrale della storia nostra. Organica e integrale, diciamo. Quindi, siamo di avviso che debbano restringersi i termini cronologici di tale Storia. E lasceremo in disparte la preistoria e la storia delle prime genti della Penisola, e la storia di Roma e del suo impero, che non sono la “Storia d’Italia”, anche se molti elementi di esse si ritrovano in questa [...] come non vedere e sentire che la storia d’Italia non è più storia di Roma e la storia di Roma non è ancora storia d’Italia, intesa l’”Italia” come entità spirituale e la “Storia d’Italia” come storia di un determinato popolo o nazione giunti ad un certo grado di unità spirituale? Anzi, da tal punto di vista, la stessa storia delle invasioni e dei successivi domini barbarici e dell’età feudale è da considerarsi più come lontano annuncio di una Storia d’Italia che non come Storia d’Italia vera e propria, la quale trova il suo inizio col sorgere di una coltura italiana (cioè non più romana, non più germanica), di una lingua letteraria comune in cui essa si esprime, di un qualche spirito italiano, di una sia pure rudimentale consapevolezza negli Italiani di siffatto loro nuovo essere.⁶²

Si tratta di una pagina molto densa, nella quale si avverte distintamente l’eco di un dibattito secolare –giusto cent’anni prima la questione era stata posta in un testo di rilievo assoluto nella storia degli studi medievali italiani, il *Discorso sopra alcuni punti della storia longobardica in Italia* di Alessandro Manzoni–;⁶³ dibattito non rimasto confinato nei libri di storia, ma che si era tradotto anche in atti molto concreti, come i programmi scolastici del regno d’Italia, centrati sullo studio della tradizione linguistica e letteraria a partire dal medioevo come elemento che contraddistingueva la nazionalità italiana.⁶⁴ In queste pagine Volpe rimaneva fedele ad una prospettiva storiografica che aveva già caratterizzato i suoi scritti medievistici giovanili; ed ancora nel 1968, ripercorrendo le molte polemiche che avevano fatto séguito all’apparizione del *Programma*, Volpe sarebbe tornato sull’immagine dell’Italia «che si fa» durante i secoli dell’alto medioevo.⁶⁵ Nazione medievale, o nazione romana? Que-

⁶² Il testo è ora riprodotto in Di Rienzo, *Storia d’Italia e identità nazionale*, cit., pp. 207-219; la citazione è alle pp. 207-208. Sugli scrupoli del Volpe responsabile delle voci storiche dell’*Enciclopedia italiana*, volti ad evitare grossolani e strumentali anacronismi, un esempio in Di Rienzo, *Un dopoguerra storiografico*, cit., pp. 92-94.

⁶³ A. Manzoni, *Discorso sopra alcuni punti della storia longobardica in Italia*, ora in edizione critica a c. di I. Becherucci, premessa di D. Mantovani, Milano, Centro nazionale di studi manzoniani, 2005.

⁶⁴ Cfr. A. Ascenzi, *Tra educazione etico-civile e costruzione dell’identità nazionale. L’insegnamento della storia nelle scuole italiane dell’Ottocento*, Milano, Vita e Pensiero, 2004; M. Moretti, *Le lettere e la storia. Di alcuni aspetti dell’istruzione secondaria classica nell’Italia unita, fra vecchi programmi e nuove ricerche*, in P. L. Ballini e G. Pécout (a c. di), *Scuola e nazione in Italia e in Francia nell’Ottocento. Modelli, pratiche, eredità. Nuovi percorsi di ricerca comparata*, Venezia, Istituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti, 2007, pp. 279-306.

⁶⁵ Cfr. G. Volpe, *Introduzione alla storia d’Italia* (1968), in Di Rienzo, *Storia d’Italia e identità nazionale*, cit., pp. 242-251, p. 248.

sti testi sono stati riconsiderati anche di recente;⁶⁶ né l'interrogativo mi sembra irrilevante, nel quadro di una storia 'larga', assieme culturale e disciplinare, della medievistica italiana nella prima metà del XX secolo. Nel corso degli anni Trenta, anche Volpe, fra gli altri, avrebbe ripreso questo punto; e mi sembrano significative, anche se certo non possono essere addotte a smentita delle tesi in precedenza sostenute, alcune osservazioni contenute in un articolo del 1935 a proposito dell'«intimo legame, come fra figlia e madre, che l'Italia ricostruisce tra sé e Roma per cui la romanità appare non più un frutto universale ma italiano».⁶⁷

⁶⁶ Cfr. Di Rienzo, *Storia d'Italia e identità nazionale*, cit., pp. 79-106, 136-165.

⁶⁷ Cfr. G. Volpe, *Stato, Nazione e storia* (1935), in Di Rienzo, *Storia d'Italia e identità nazionale*, cit., pp. 237-241, p. 240.

LAS METAMORFOSIS DE UN HISTORIADOR: El tránsito hacia el contemporaneísmo de José María Jover Zamora¹

Ignacio Peiró Martín
Universidad de Zaragoza

Somos, en verdad, un pueblo completamente distinto. Nuestro espíritu, imperiosamente trágico, está en contradicción con lo razonable y con lo corriente. Nuestra obsesión es el Destino, sea cual fuere, aunque sea el inscrito en el cielo enrojado del ocaso de los dioses.

Thomas Mann, *Doktor Faustus*.

Invitado por la *Cátedra «General Palafox»*, el 8 de febrero de 1958, José María Jover Zamora disertó en el Paraninfo de la Universidad de Zaragoza sobre «La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de Liberación (1808-1814)». El texto que fue bastante ampliado por el autor para su publicación, ofrecía un nivel de argumentación desconocido hasta entonces en aquel vivero de pensamiento arqueológico y militarista que había organizado un ciclo de conferencias para conmemorar el CL Aniversario de los Sitios de Zaragoza.² Y, en este orden de transformación renovadora, el mismo título de la conferencia anunciaba un paso importante en la metamorfosis contemporaneísta del catedrático de *Historia Universal Moderna y Contemporánea* de Valencia.³

¹ Este artículo se inscribe en el Proyecto HUM2005-04651/HIST, «Espacio Público y culturas políticas en la España Contemporánea», subvencionado por el Ministerio de Educación y Ciencia. En el texto todas las citas literales de José María Jover están en cursiva. Agradezco a Miquel A. Marín Gelabert, compañero de investigaciones y colaborador cercano, su inestimable ayuda con la bibliografía de la historiografía alemana contemporánea.

² JM. Jover, «La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de Liberación, 1808-1814», *La guerra de la Independencia española y los Sitios de Zaragoza*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1958, pp. 41-165. El análisis de la conferencia así como un breve apunte sobre la *Cátedra «General Palafox» de Cultura militar, de la Universidad de Zaragoza*, el programa y los doce participantes invitados en el ciclo, en el capítulo III, «Los Sitios de Zaragoza», de mi libro *El espectáculo de la Historia. Imágenes del pasado y representaciones del oficio de historiador*, Salamanca, Prensas Universitarias de Salamanca, 2008 (en prensa).

³ José María Jover Zamora, nació en Cartagena (5-6-1920) y falleció en Madrid el 14 de noviembre de 2006. Fue catedrático en Valencia desde diciembre de 1949 hasta 1963 en

Jover tenía treinta y ocho años y estaba considerado un historiador modernista, un «westfaliano» que sólo ocasionalmente había dado muestras de cierta inclinación o *desvío por la historia contemporánea*.⁴ De hecho, el primer aviso *ponderado y medido* del cambio lo había dado con «Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea», la conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid, el 30 de abril de 1951.⁵ Allí había anunciado que estaba pensando *hacer –no ahora, claro está– una biografía del pueblo español en la época contemporánea, manejando las fuentes con la misma ecuanimidad que todos suponemos en el que investiga la política exterior del siglo XVIII o los orígenes del reino asturleonés*.⁶ Desde entonces y hasta su participación en el curso zaragozano sobre *La guerra de la Independencia*, el horizonte de expansión historiográfica joveriano se había ampliado a medida que se aceleraban sus reflexiones temáticas y de contenido sobre la historia y el sentido de su vocación de historiador. Relacionadas con los cambios de la historiografía internacional y la coyuntura política española, en los siete años transcurridos entre ambas intervenciones públicas se conjugaron varias razones para dar forma a un enfoque diferente a su práctica historiográfica e impulsar su transformación en un *historiador del siglo XIX español*.

En efecto, la necesidad generacional de superar los estrechos enfoques políticos del modernismo e introducir nuevas interpretaciones de los siglos XVIII y XIX le habían llevado a plantearse las *coordenadas europeas* de la historia nacional española en una serie de trabajos

que pasó a la cátedra de *Historia de España en la Edad Moderna* de Madrid. En 1974, ocupó la de *Historia Universal Contemporánea* de la misma universidad. Una noticia sobre su trayectoria académica en la voz que le dedican I. Peiró y G. Pasamar, *Diccionario Akal de Historiadores Españoles Contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, Akal, 2002, pp. 337-338 (en adelante *DHEC*); las necrológicas de J.P. Fusi, «José María Jover: La pulcritud moral de un historiador», *ABC* (15-11-2006); M^a.V. López-Cordón, «En memoria de un maestro», *El País* (15-11-2006), p. 48; y la semblanza de E. Hernández Sandoica, «José María Jover Zamora. *In memoriam*», *Ayer*, 68 (2007, 4), pp. 9-24.

⁴ J.M^a. Jover, «Corrientes historiográficas en la España contemporánea», *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, RAH, 1999, p. 284 (en su primera edición este artículo formaba parte del libro colectivo *Once ensayos sobre la Historia*, Madrid, Fundación Juan March, 1975, pp. 217-247).

⁵ J.M^a. Jover, *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea*, Madrid, Ateneo, 1952 (con una segunda edición en 1956, sería reproducida en *Política, diplomacia y humanismo popular. Estudios sobre la vida española en el siglo XIX*, Madrid, Ediciones Turner, 1976, pp. 45-82). En la presentación de éste último libro, Jover recordaba que el tema de la conferencia resultaba entonces *lo suficientemente resbaladizo e inusitado como para que las palabras y los conceptos debieran ser ponderados y medidos*. Y, también que, la conferencia se publicó como número 6 de la colección «O crece o muere» del Ateneo dirigida por Florentino Pérez Embid (op. cit., pp. 11 y 15).

⁶ *Ibidem*, p. 49 (cit. por M. Baldó, «Biobibliografía del profesor José María Jover Zamora», en J. M^a. Jover, *Historia y civilización. Escritos seleccionados*, València, Universitat de València, 1997, p. 44).

que, en su momento, causaron impacto como el dedicado a la *Política mediterránea y política atlántica en la España de Feijóo*.⁷ Esta orientación se reveló inseparable de la impresión vital que le produjeron los Acuerdos con los Estados Unidos firmados el 26 de septiembre de 1953, *que evidentemente venían a marcar un hito histórico en la trayectoria político-internacional de España –y que confieso haber sido uno de los aspectos de la época histórica vivida por mí, desde la guerra civil acá, que más hondamente me han preocupado*–.⁸ Y, a la vez, se acompañaba de la recepción profesional de las ideas expresadas por el gran especialista francés en la Primera Guerra Mundial, padre conceptual de las *forces profondes* y profeta de *l'histoire des relations internationales*, Pierre Renouvin.⁹

De manera directa, su intervención en la cátedra «General Palafox» se nutría de algunas de las conclusiones del profesor de la Sorbona. Pero también su idea acerca de que *la guerra de la Independencia española forma parte de un proceso más amplio protagonizado por «los españoles de ambos hemisferios»*,¹⁰ parecía estar inspirada en el deba-

⁷ J.M^a. Jover, *Política mediterránea y política atlántica en la España de Feijóo*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1956 (el texto ampliado de esta conferencia impartida el 6 de mayo de 1955 en la Cátedra Feijoo de Oviedo, sería reproducido como «España y la paz de Utrecht», en su libro *España en la política internacional. Siglos XVIII-XX*, Madrid, Marcial Pons, 1999, pp. 13-83). El impacto que le produjo la lectura de este trabajo lo recordaría Vicente Cacho Viu, «Los supuestos del contemporaneísmo en la historiografía de posguerra», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 9 (1988), p. 24. Y en general, M.A. Marín Gelabert, *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio de la patria*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2005, p. 222.

⁸ J.M^a. Jover, «Presentación al lector», *Política, diplomacia y humanismo popular...*, *op. cit.*, pp. 16-17.

⁹ Para Renouvin el concepto de «fuerzas profundas» abarcaba, de un lado, elementos materiales (factores geográficos, condiciones demográficas, dinámicas económicas y cuestiones financieras) y, de otro, elementos psicológicos (sentimientos y pasiones colectivas, intereses nacionales y toda clase de concepciones morales que proporcionan cohesión a los pueblos de los Estados, y las distintas imágenes que cada pueblo se forman de sus vecinos). Frente a la «historia diplomática» tradicional que estudiaba las iniciativas o las gestas de los gobernantes, el concepto será la base en la construcción del armazón teórico y metodológico de su concepción de la «historia de las relaciones internacionales». Sobre P. Renouvin (París, 1893-1974), se mantiene como una de sus mejores semblanzas la escrita por la mejor su sucesor en la Sorbona J.-B. Duroselle, «Pierre Renouvin et la science politique», *Revue Française de Science Politique*, 25/3 (1975), pp. 561-57; que podemos completar con el capítulo de A. y J.-J. Becker, en V. Sales (coord.), *Les historiens*, Paris, Armand Colin, 2003, pp. 104-118; la voz que le dedica Ch. Charle en *Les professeurs de la Faculté des Lettres de Paris. Dictionnaire biographique 1909-1939*, 2, Paris, Institut National de Recherche Pédagogique-Éditions du CNRS, 1986, pp. 181-183, y la firmada por P. Barral en Ch. Amalvi (dir.), *Dictionnaire biographique des historiens français et francophones. De Grégoire de Tours à Georges Duby*, Paris, La Boutique de l'Histoire, 2004, pp. 274-276.

¹⁰ J. Jover Zamora, «La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas...», *op. cit.*, pp. 162-163.

te generado por la cuestión de las revoluciones «atlánticas». Después de todo, hacía tres años que había asistido al X Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Roma donde el conocido historiador italiano Federico Chabod fue elegido presidente del ICHS¹¹ y en una de cuyas sesiones el francés Jacques Godechot y el norteamericano Robert R. Palmer presentaron su controvertido informe «Le problème de l'Atlantique du XVIII^{ème} au XIX^{ème} siècle». ¹² Y se trataba de una visión de la nación española ilustrada como patria atlántica que, desde Sevilla, estaba desarrollando Vicente Rodríguez Casado y otros miembros de su escuela americanista como Guillermo Céspedes del Castillo. ¹³

¹¹ Sin duda, Jover conocía a F. Chabod (1901-1960) por sus investigaciones sobre el emperador Carlos V (junto a diferentes libros, recordaremos que fue el traductor de K. Brandi al italiano). Y más adelante, tuvo oportunidad de tratarlo personalmente al coincidir con él en el ciclo de conferencias celebrado en Granada donde el famoso historiador italiano disertó sobre «¿Milán o los Países Bajos...? Las Discusiones en España sobre la «Alternativa» de 1544» (*Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada*, Granada, Universidad, Imp. Urania, 1958, pp. 331-372). Interesado en sus inicios por Maquiavelo, después de estudiar con F. Meinecke en 1925-1926, había trabajado en el Archivo de Simancas, en 1927 (donde coincidió con Braudel). Cuando fue elegido presidente del Comité Internacional de Ciencias Históricas (ICHS), era catedrático de la Universidad de Roma (desde 1946) y estaba considerado como uno de los más grandes historiadores de su país. Director de la *Rivista storica italiana* y del Instituto Italiano de Estudios Históricos de Nápoles, había evolucionado hacia el contemporaneísmo y publicado su segunda obra maestra: *Storia della politica estera italiana dal 1870 al 1896. I. Le premesse*, Bari, Laterza, 1951. Para su elección en Roma, *vid.* K. D. Erdmann, *Toward a Global Community of Historians. The International Historical Congresses and the International Committee of Historical Sciences, 1898-2000*, New York-Oxford, Berhahn Books, 2005, pp. 234-240 y 364. Su trayectoria de historiador en *infra* nota 82.

¹² *Vid.* Ch.-O. Carbonell, «Godechot, Jacques (Lunéville, 1907–Toulouse, 1989)», en Ch. Amalvi (dir.), *Dictionnaire biographique des historiens français et francophones...*, *op. cit.*, pp. 132-133. Sobre el Congreso de Roma celebrado en marzo de 1955, al que asistieron 33 historiadores españoles, en una de cuyas sesiones P. Renouvin se encargó del informe acerca de las tendencias en la historiografía contemporánea y donde el análisis de Godechot y Palmer acerca de una Revolución «occidental» o más exactamente «atlántica» serían criticadas, entre otros, por el marxista británico E.H. Hobsbawm, *vid.* K. D. Erdmann, *Toward a Global Community of Historians...*, *op. cit.*, pp. 220-243. En los siguientes años, Godechot daría forma a su tesis en *La Grand Nation*, Paris, Aubier, 1956, y *Les révolutions (1770-1799)*, Paris, PUF, 1963. Por su parte, Robert Roswell Palmer lo hizo en *The age of the democratic revolution: a political history of Europe and America, 1760-1800. I. The challenge; 2. The struggle*, Princeton, Princeton University Press, 1959 y 1964. Una noticia sobre la representación española en el Congreso de Roma en M.A. Marín Gelabert, *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975...*, *op. cit.*, pp. 251-253.

¹³ *Vid.* V. Rodríguez Casado, *De la Monarquía Española del Barroco*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1955; y G. Céspedes del Castillo, «La sociedad colonial española en los siglos XVI y XVII», en J. Vicens Vives (dir.), *Historia social y económica de España y América, 3. Imperio, aristocracia, absolutismo*, Barcelona, Teide, 1958, pp. 387-578. Sobre estos americanistas, *vid.* su voz en *DHEC*, pp. 535-537 y 185-186, respectivamente; y M. Lucena Giraldo, «Pioneros de la Historia Atlántica», *ABC. Las Artes y las Letras*, 789, semana del 17 al 23 de marzo de 2007, p.6. En la actualidad, la perspectiva amplia e internacional de las «Revoluciones en el mundo hispánico»: «aquella que se atreva

Por otro lado, la reseña de Jacques Droz acerca de «Les tendances actuelles de l'historiographie allemande» publicada en la *Revue Historique*,¹⁴ le había servido de guía bibliográfica en la preparación de la conferencia de Zaragoza al darle a conocer, entre otras, la *Historia de Alemania en el siglo XIX* escrita por el historiador católico Franz Schnabel¹⁵ y las investigaciones de Gerhard Ritter.¹⁶ Influido por las opiniones del especialista francés, Jover no dudaría en expresar la sorpresa que le producía *el viraje en la valoración tradicional de la guerra alemana de Liberación* reflejado en el volumen primero de la gran obra sobre el militarismo prusiano de Ritter (*La ciencia del Estado y la técnica militar*).¹⁷

a lanzar una mirada comparativa, euroamericana y hasta en cierta medida posnacional a un pasado común a numerosos pueblos de ambas orillas del Atlántico», la defienden, entre otros, J. Fernández Sebastián, «Cádiz y el primer liberalismo español. Sinopsis historiográfica y reflexiones sobre el bicentenario», en J. Álvarez Junco y J. Moreno Luzón (eds.), *La Constitución de Cádiz: historiografía y conmemoración. Homenaje a Francisco Tomás y Valiente*, Madrid, Centros de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006, pp. 47 y 50.

¹⁴ J. Droz, «Les tendances actuelles de l'historiographie allemande», *Revue Historique*, CCXV (Janvier-Mars 1956), pp. 1-24. Como veremos a lo largo de las siguientes páginas esta reseña no sólo fue una guía bibliográfica para Jover, sino que se convirtió en el texto cuyos contenidos y opiniones le servirían de base para la preparación de la *Memoria de la Fundación Juan March* de 1961. Sobre el papel de intermediario cultural con la historiografía alemana ejercido por este historiador francés en España, el mismo Jover nos proporciona un primer dato al explicar que *Tomo el párrafo que antecede de la glosa de Jacques Droz a la obra de Ritter* («La guerra de la Independencia española en el marco...», *op. cit.*, p. 121, n. 56). Por tratarse de una cuestión que mencionaremos más adelante, recordaremos que Droz fue uno de los divulgadores de la controversia Fischer en Francia y que, a través del país vecino, la obra del historiador alemán que centraba las causas de la guerra en la Alemania imperial encontrará un eco temprano en la bibliografía de manuales universitarios españoles. Más adelante, Droz escribiría *Les causes de la Première Guerre mondiale, essai d'historiographie* (Paris, Seuil, 1973). La trayectoria del profesor francés en A. Prost, «Droz, Jacques (Paris, 1909-Paris, 1998)», en Ch. Amalvi, *Dictionnaire biographique des historiens français...*, *op. cit.*, 84-85.

¹⁵ Después de dedicarle un largo pasaje de casi dos páginas, Jover citaba repetidas veces párrafos del tomo I de *Deutsche Geschichte im 19 Jahrhundert*, Freiburg, Herder, 1948⁴ («La guerra de la Independencia española en el marco...», *op. cit.*, pp. 85-87, 95, ns. 24 y 25, 147, n. 83, 153, n. 85, 158, n. 88, y 160, n. 89). Las referencias muy positivas de Schnabel por parte de Droz en *op. cit.*, pp. 5 y 23. Sobre este historiador, *vid. infra* notas 98, 99 y 100.

¹⁶ A G. Ritter también pudo conocerlo en el Congreso de Roma, donde el historiador alemán realizó una defensa de la historia política y de la tradición del «historicismo alemán», frente a la amenaza de los *Annales* (*vid.* K. D. Erdmann, *Toward a Global Community...*, *op. cit.*, pp. 233-235). Junto a lo señalado en la siguiente nota, para las ideas y trayectoria de Ritter, *vid. infra* notas 98 y 100.

¹⁷ J.M^a. Jover, «La guerra de la Independencia española en el marco...», *op. cit.*, p. 120. La frase la acompañaba con la nota 55 donde, después de citar el volumen primero de su gran obra, *Staatskunst und Kriegshandwerk; das Problem des «Militarismus» in Deutschland* (München, R. Oldenburg, 1954-1968, 4 vols.), añadía: *La revisión de la Historia Moderna alemana a la luz de la catástrofe resultante de la segunda Guerra Mundial, fue planteada por el mismo autor en un libro sobre Europa und die deutsche Frage. Betrachtungen über die geschichtliche Eigenart des deutschen Staatsdenkens*, München, Münchner Verlag, 1948. Las críticas de Droz a Ritter en *op. cit.*, pp. 16-19.

Ni tampoco en introducir un comentario que, en cierto sentido, era un avance de las preocupaciones que intentaría resolver en su posterior viaje a Alemania:

¿Va demasiado lejos la crítica de Ritter en su revisión de lo que viene siendo, desde Häusser y Droysen, un dogma no sólo de la historiografía, sino de toda la conciencia nacional de inspiración prusiana?. La materia es opinable; tal vez Ritter –el hombre y la obra– quede demasiado cerca de la catástrofe europea en que ha venido a desembocar, siglo y medio después de su aparición, la aludida concepción maniquea de la guerra, de filiación romántica y revolucionarias, como para que su visión del problema y su juicio puedan ser imparciales. La operación histórica, la fuerza sugestiva de las guerras de Liberación tuvo indudablemente, según se apunta más arriba, anverso y reverso. Ahora bien, el testimonio de Ritter es bastante significativo para ilustrar el reverso.¹⁸

Paralelamente, a partir del IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado en París en 1950 y una vez concluido el período de aislamiento internacional que siguió, en España, a la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, el espíritu alerta del catedrático de Valencia había seguido con atención la tumultuosa y victoriosa penetración de «otras» corrientes de la historiografía europea:

Estas corrientes –escribiría en 1961– tienen su biblia: el libro de Braudel sobre El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II; tiene por credo la «historia económico-social», tal y como se define en el grupo de la revista Annales; por misioneros, un reducido pero muy selecto grupo de historiadores españoles, que va a inyectar nueva savia y un nuevo interés por lo preciso, por lo expresable numéricamente, por lo biológico, en el tronco de la historiografía española. El influjo de esta corriente ha sido y es resueltamente positivo; Braudel había iniciado nuevos caminos para acercarse a una historia nacional; los historiadores españoles advertíamos que, en lo sucesivo, al estudiar «las ideas» o la vida espiritual de una época sería preciso arraigarlas en un paisaje, en unas sociedades. Desde el punto de vista de mi trabajo personal, la obra de Braudel fue decisiva. No sólo algunos de mis mejores alumnos (Castillo) figura actualmente entre los mejores alumnos de Braudel, sino que mi misma labor docente y mi obra escrita llevan, a partir de entonces, la impronta de una revolución historiográfica irreversible.¹⁹

¹⁸ J.M^a. Jover, «La guerra de la Independencia española en el marco...», *op. cit.*, p. 121.

¹⁹ Vid. J.M^a. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana en el campo de la Historia Contemporánea», *Memoria Beca Fundación Juan March*, 1961, p. 2. El valenciano Álvaro Castillo Pintado fue uno de sus alumnos que asistió a los seminarios

Sin embargo, el interés por la obra de Braudel no se correspondía con una incondicional adhesión. Antes bien la tensión con el modelo del historiador francés estaba marcada, entre otras razones, por la ambivalencia y el malestar como sinónimo y efecto derivado de su condición de historiador *español y cristiano*. Este último componente se había visto reforzado mediante el *reconocimiento y estudio de la obra* de Herbert Butterfield, *Christianity and History*.²⁰ De aquella *fase de mi evolución intelectual*, Jover había dado cuenta en la «Introducción» a la lección inaugural del curso de 1960-1961 de la Universidad de Valencia. Un texto donde sus especulaciones acerca de las aplicaciones de la «verdad» y la «libertad» cristianas a la praxis histórica le hicieron apuntar los diferentes niveles del problema y establecer las soluciones (derivadas de los principios éticos y las técnicas historiográficas) que, de manera irreductible, deberían desembocar en:

decir siempre la verdad, venciendo la tentación de callarla cuando decir-la pudiese resultar incómodo; saber distinguir en todo momento –nadie como el historiador está en condiciones de hacerlo– entre unos principios morales a la luz de los cuales resulta posible la distinción entre el bien y el mal, y el grado de miopía inherente a la propia inserción en una situación histórica concreta; mantener a toda costa, para poder llenar la función

de Braudel en la EHPE (VI Section), donde investigaba la «Structure et conjoncture de l'Espagne sous Philippe II». Más tarde llegaría a ser profesor adjunto de *Historia Moderna* en la Universidad de Madrid (*vid. infra* nota 169). De la abundante bibliografía dedicada a la recepción de la escuela de *Annales* y la obra de Braudel en España, mencionaremos las páginas que le dedica P. Ruiz Torres en su colaboración «De la síntesis histórica a la historia de Annales. La influencia francesa en los inicios de la renovación de la historiografía española», en B. Pellistrandi (ed.), *La historiografía francesa del siglo XX y su acogida en España. Coloquio internacional (noviembre de 1999)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2002, pp. 97-104 (83-107); y F. J. Caspístegui, «Medio siglo de historia, medio siglo de vida: Valentín Vázquez de Prada y la escuela de *Annales*. Un testimonio personal», en J.M^a. Usunáriz Garayoa, *Historia y Humanismo. Estudio en honor del profesor Dr. D. Valentín Vázquez de Prada. I. El profesor Vázquez de Prada y su obra científica. Felipe II y su tiempo. Varia*, Pamplona, EUNSA, 2000, pp.13-32.

²⁰ Profesor de historia moderna en la Universidad de Cambridge y Master del Peterhouse, el college más antiguo de dicha universidad, Herbert Butterfield era un reconocido historiador político e historiador de la historiografía británica, crítico con la interpretación liberal –escribió *The Whig Interpretation of History* (London, Bell, 1931), y, entre otros, un estudio sobre *Lord Acton* (1948)–. En 1949, dio a la imprenta dos obras que le harían famoso a nivel internacional *The Origins of Modern Science 1300-1800* (traducida en Madrid, Taurus, 1958), y *Christianity and History* (traducida como *El cristianismo y la historia*, Buenos Aires, Lohlé, 1957). Sobre este historiador *vid.*, la voz que le dedica K. Jantzen, «Butterfield, Herbert, 1900-1979», en K. Boyd (ed. lit.), *Encyclopedia of Historians and Historical Writing*, London, Fitzroy Dearborn, 1998, I, pp. 158-159; y los estudios de C.T. McIntire, *Herbert Butterfield. Historian as dissenter*, New Haven, Yale University, Press, 2004; y K.C. Sewell, *Herbert Butterfield and the Interpretation of History*, Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2005.

*que le está reservada, la libertad interior, cualquiera que sea la presión del ambiente. Decir la verdad, saber encontrarla y, sobre todo, buscarla, no sólo en las res gestae o en esas estructuras económicas, políticas y culturales con las cuales la historia universal se forja su propia andamiaje, sino en la acción humana, en el esfuerzo humano, en el sufrimiento humano, cualquiera que sea el credo, la raza o la condición social de un hombre que es, en cualquier caso, protagonista de la historia, en cualquier caso, nuestro hermano.*²¹

Un año después, todas estas ideas y lecciones aprendidas iban a encontrar su formulación más acabada en la memoria confidencial que, firmada en Valencia el 23 de octubre de 1961, dirigió a la comisión de becas de la Fundación Juan March. El descubrimiento de éste informe que permanece inédito –conservado en la Biblioteca Española de Música y Teatros Contemporáneos que la citada Fundación posee en Madrid–, permite precisar adecuadamente el camino recorrido y los dispositivos metodológicos empleados por éste historiador para programar como un proyecto de trabajo intelectual –y de vida– su definitiva metamorfosis contemporaneísta.²²

Desde esta perspectiva, el comentario crítico del texto, y de sus fuentes, que realizo en estas páginas es de índole sobre todo historiográfica ya que intento «historiar» a José María Jover en un momento significativo de su personal itinerario de historiador. Mi propósito es el de ofrecer la información de un tránsito profesional, de la fase joveriana modernista a la fase contemporaneísta. Un largo paso realizado en el contexto de crisis institucional y «fatiga generacional» del modernismo español y en el marco extraterritorial de una historiografía europea marcada por la rapidez en la absorción de nuevas corrientes y la profundidad de sus reconversiones paradigmáticas. Algo que me ha llevado a evitar, de entrada, un tema tan complejo y potencialmente inabarcable en un artículo como es el de las transferencias culturales

²¹ J.M^a. Jover, «Sobre la situación actual del historiador», *Saitabi*, XI (1961), pp. 237-238 (reproducido en *España en la política internacional. Siglos XVIII-XX, op. cit.* pp. 257-269). Este texto era la introducción a *Carlos V y las formas diplomáticas del Renacimiento, 1535-1538. Lección inaugural del curso 1960-61 en la Universidad de Valencia*, Valencia, Universidad de Valencia, 1960 (reproducida en *Anales de la Universidad de Valencia*, XXXIV (1960-61), pp. 19-182).

²² La primera noticia de la existencia de esta *Memoria* la dio la becaria de investigación María José Solanas Bagües en su comunicación «Historiadores españoles en Europa: política de becas de la Fundación Juan March (1957-1975)», *VI Encuentro de Investigadores del Franquismo, Zaragoza, 15, 16 y 17 de noviembre de 2006*, Zaragoza, Fundación Sindicalismo y Cultura, CC.OO.-Aragón, 2006, pp. 465-480. Agradezco la amabilidad de esta historiadora que realizó la transcripción de la misma y me facilitó su consulta. Las citas de José María Jover que utilizamos en el texto están paginadas en base a esta copia mecanuscrita.

entre las historiografías alemana, francesa y española en las décadas de 1950 y 1960.²³

En todo caso, al realizar un ejercicio descriptivo de la experiencia y afirmaciones de Jover, he intentado subrayar la ineludible realidad de su condición de historiador «testigo» en el entorno inmediato de una comunidad histórica nacional marcada por el valor de la «acomodación». De hecho, aunque en los años señalados, la historiografía española había sufrido algunas transformaciones metodológicas su desarrollo continuaba seriamente afectado por las interferencias de la dictadura franquista y unas condiciones culturales que, además de limitar su comunicación con las culturas históricas europeas, dificultaban cualquier posibilidad real de cambio más allá de aisladas tentativas y ambivalentes evoluciones personales. Realizadas por un puñado de catedráticos integrados en el poderoso entramado de la historia oficial cuyas estrategias individuales e intereses historiográficos les hacía sentirse «diferentes» en tanto que «innovadores», esto no sólo es un hecho que debemos juzgar positivamente, sino que también debe ser motivo de reflexiones críticas.

De ahí que, finalmente, no he podido dejar de prestar atención al escenario historiográfico alemán reconstruido por Jover en su informe. Y eso porque, si resulta innegable que el viaje a Alemania le ayudó a cambiar su forma de pensar la historia y precisar el futuro de su actividad como historiador de la España contemporánea, no es menos evidente que sus referentes alemanes estuvieron circunscritos por las convenciones culturales, prudencias ideológicas y divergencias interiores modeladas por su universo intelectual de origen. Después de todo, con mayor o menor intensidad, las condiciones impuestas por aquel mundo, no sólo definieron la lógica del comportamiento de toda una generación de historiadores españoles, sino que también estableció en una parte de aquella comunidad científica una compleja secuencia de tensiones personales que marcaron su diálogo disciplinar con la historia.

En efecto, directamente vinculadas con las mutaciones experimentadas en la percepción de sus identidades como historiador y la búsqueda de espacios propios (donde los valores derivados de la imitación y los sentimientos de competitividad entre personalidades representaron un papel relevante), éstas actitudes se proyectaron en las actividades profesionales, impulsando la dirección de sus preocupaciones intelectuales y transformaciones historiográficas.²⁴ En el tema que nos ocupa,

²³ Para la reincorporación de la comunidad española a su entorno europeo, *vid.* M.A. Marín Gelabert, *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975...*, *op. cit.*, pp. 243-280. Por otra parte, a la espera de la lectura de la tesis doctoral de M^a. José Solanas sobre «El viaje de los historiadores españoles», esta autora tiene anunciado un trabajo donde la *Memoria* de Jover se analiza desde la perspectiva de las transferencias culturales.

²⁴ Para las mutaciones en la identidad de los historiadores españoles generados en la dé-

es imposible pasar por alto la conocida animosidad entre Jaume Vicens Vives y José María Jover que, databa de 1949.²⁵ Y es que, recordada una y otra vez por el segundo –en la conferencia zaragozana le dedicaría una expresiva nota a pie de página–,²⁶ en cierta medida, la *Memoria* de 1961 aparece ante nuestros ojos como una respuesta de Jover –y no sería la última– a las acusaciones de «ideologista puro» que, a lo largo del decenio, le había lanzado el recientemente fallecido catedrático de Barcelona.²⁷ Aunque eso sí, negando la mayor representada, en este caso, por la obra del historiador francés Fernand Braudel y la *historia* «económica-social-biologista» de la escuela de *Annales*.²⁸

No quisiera que nadie malentendiese mis palabras. Ni son un reproche personal, ni pretenden ser una acusación a una trayectoria historiográfica. Antes al contrario, como revela la *Memoria* está muy claro que la personalidad de José María Jover se sitúa en la línea excepcional del reducido grupo de historiadores que, atravesados por el sentimiento de inquietud profesional, se atrevieron a sostener con continuidad la práctica del trabajo historiográfico en base a problemas metodológicos

cada de 1950, *vid.* en M.A. Marín Gelabert, *Los historiadores españoles en el franquismo...*, *op. cit.*, pp. 79-82.

²⁵ *Vid.* M.A. Marín Gelabert, «La fatiga de una generación. Jaume Vicens Vives y su *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*», prólogo a J. Vicens Vives, *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*, Zaragoza, Cortes de Aragón-Institución «Fernando el Católico», 2006, p. LXVI, n. 115; y J.M^e. Muñoz i Lloret, *Jaume Vicens i Vives. Una biografia intel.lectual*, Barcelona, Edicions 62, 1997, 175, 178, n.23 y 204 n.63. Para rastrear el origen de esta tensión en las oposiciones de 1949 es interesante la lectura de la carta de Felipe Ruiz Martín a Vicens fechada el 21 de diciembre de 1949 (recogida en J. Sobrequés i Callicó, *Història d'una amistat. Epistolari de Jaume Vicens i Vives i Santiago Sobrequés i Vidal (1929-1960)*, Barcelona, Ajuntament de Girona-Editorial Vicens Vives, 2000, pp. 617-619. La aparición, ese mismo año, de 1635. *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, suscitó la crítica de Vicens que consideraría esta obra como la cima de la retórica imperial desarrollada por la historiografía española durante los años cuarenta.

²⁶ Después de citar su conferencia «Conciencia burguesa y conciencia obrera», Jover añadía: *El autor de este breve trabajo, recientemente reimpresso, ratifica gustoso en 1958 cuanto allí escribiera siete años atrás, incluso las reservas y los límites formulados en el prólogo. El autor se ve obligado a hacer esta expresa manifestación de contumacia ante la intempestiva inclusión de su opúsculo en el Índice que con tanto celo como energía dirige desde Barcelona el Prof. Vicens* («La guerra de la Independencia española en el marco...», *op. cit.*, p. 126, n.59). En 1956, se reeditó la citada conferencia.

²⁷ Todavía en 1958, en una reseña sobre la bibliografía hispana de los siglos XVI y XVII, Vicens Vives no había dudado en volver a poner la tesis de Jover como ejemplo y modelo del conjunto de obras en las que: «On n'y voit guère abordés des sujets plus complexes ni les grands problèmes de structure ou de dynamique; mais on y trouvera les polémiques idéologiques habituelles que appartiennent nettement au XIXe siècle» (J. Vicens Vives, J. Reglá y J. Nadal, «L'Espagne aux XVIe et XVIIe siècles. L'Époque des souverains autrichiens. Tendances, problèmes et perspectives de travail de la recherche historique en Espagne», *Revue Historique*, CCXX (Juillet-Septembre 1958), p. 6, n. 2. Jaume Vicens Vives falleció en Lyon el 28 de junio de 1960

²⁸ *Vid. infra* nota 36 y 74.

y elaboraciones teóricas reales. El anuncio que abre el texto acerca de su disposición intelectual *a enfrentarse con la historia del siglo XIX español* permite reforzar esta consideración acompañada por la evidencia histórica de que, en las siguientes cuatro décadas, el profesor de Cartagena cumpliría con creces su compromiso al convertirse en uno de los primeros y más activos participantes en el complejo proceso de «normalización historiográfica» de la historia contemporánea en nuestro país. En este sentido, la lectura de la *Memoria* aparece como una fuente esencial para la comprensión del taller del historiador, es decir, de su «práctica histórica».²⁹ Una pieza arqueológica especialmente interesante para estudiar con detalle la emersión de una intención subyacente transformada en la toma de conciencia plena de un destino, *identificado con su oficio de profesor de Historia Contemporánea*.³⁰

La Universidad de Friburgo de Brisgovia: un lugar apropiado para un historiador «español y cristiano»

El motivo de la *Memoria* era dar cuenta de los resultados obtenidos a la Fundación que le había dotado con una beca de estudios en Alemania. Con una amplia introducción de casi diez páginas en la que resume los temas centrales de su reflexión metodológica durante los últimos diez años, Jover comienza la narración justificando el viaje por *la necesidad de intentar resolver algunos problemas concretos planteados a mi actividad como docente y como investigador. El primero y más acuciante de estos problemas era –y es–, sin duda, el de la selección y ordenación de los hechos constitutivos del relato historiográfico*.³¹ Y también por el descontento interior que le producían las *experiencias y meditaciones* expresadas doce meses antes en «Sobre la situación actual del historiador» que:

si bien fecundas y formativas para mi condición de historiador, estaban destinadas sin embargo a restar claridad y coherencia a mi trabajo como profesor de Historia, obligado material y moralmente a explicar un programa concreto. El cual programa, si bien por una parte debía ser trasunto honesto de la posición historiológica profesada por su autor, debía, por otra, tener

²⁹ Tanto el concepto de *normalización historiográfica* como el de *práctica histórica* –distinto del de *práctica historiográfica*– en M.A. Marín Gelabert, *Los historiadores españoles en el franquismo...*, *op. cit.*, pp. 41-42 y pp. 174-205. Para este autor, «El historiador en su práctica histórica, piensa un objeto, delimita sus contornos, establece las cuestiones relevantes a las que dar respuesta, asume un método, acude a las fuentes, aplica técnicas y obtiene información. Es en su práctica histórica en la que el historiador asume explícita o implícitamente su adscripción familiar, disciplinar, epistemológica, metodológica, se imagina a sí mismo, imagina a sus iguales o sus antagonistas» (*op. cit.*, p. 175).

³⁰ J.M^a Jover, «La guerra de la Independencia española...», *op. cit.*, p.164.

³¹ J.M^a Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 1.

*la unidad interna y la coherencia de líneas obligada en todo instrumento de conexión intelectual entre un profesor y unos alumnos. A la concepción de la historia a que yo había llegado a mediados del año pasado le faltaba la concreción y la unidad que no debe faltar en todo aquellos que aspira a ser transmitido por vía intelectual.*³²

Acto seguido, la defensa del centro elegido, porque *cuatro meses en Friburgo de Brisgovia (ciudad universitaria caracterizada por su Facultad de Teología católica, por su relativa especialización en temas españoles, por su atención a los problemas culturales, por su vecindad con Francia y Suiza)*, la acompaña con una consideración acerca de que el corto período –de marzo a julio de 1961– podía *bastar, en principio, para colocar mi problema metodológico ante perspectivas de claridad*, al permitirle estudiar *Las tendencias actuales de la historiografía alemana en el campo de la Historia Contemporánea*, verdadero *–objeto de mi beca–*.³³

A partir de ahí, Jover refuerza el sentido de su intención de *mejorar mi conocimiento del «modus operandi» de los historiadores europeos puestos al trabajo, no ya de «investigar» un determinado punto o campo histórico, sino de «agrupar», de «construir» el relato histórico, utilizando para ello elementos de campos de investigación diversos: económico, político, cultural y moral*,³⁴ mediante la realización de un ejercicio de «autocomprensión» profesional. Desde este punto de vista, utiliza la experiencia subjetiva de la rememoración para establecer una continuidad narrativa entre el pasado y el futuro: desde que *comencé mi actividad de historiador (1946/1948) perteneciendo a una generación especialmente atraída por la llamada «historia de las ideas» hasta su posición como historiador dispuesto a enfrentarse con la historia del siglo XIX español*.³⁵ Este mecanismo de indagación interior le permite concretar sus principales preocupaciones historiográficas y resaltar, des-

³² *Ibidem*, p. 4.

³³ *Ibidem*, pp. 5 y 6. El subrayado en el original. En la página 6 advierte que: *Los informes mensuales remitidos a la Fundación mencionada a comienzos de Abril, de Mayo, de Junio y de Julio, me relevan de la tarea de hacer aquí lo que allí quedó hecho: una reseña circunstanciada de mis actividades durante mi permanencia en aquella ciudad*. Precizando que el objeto fundamental de la *Memoria* es consignar los resultados obtenidos de su estudio de la historiografía alemana.

³⁴ *Ibidem*, p. 4.

³⁵ *Ibidem*, pp. 1 y 8. Su adscripción a la «historia de las ideas» la explicaba mediante la siguiente aclaración: *quiere esto decir que, tanto al elegir sus temas de investigación como al seleccionar y ordenar, en razón de su relevancia relativa, los hechos componentes del relato histórico, las corrientes espirituales, los conflictos ideológicos, gozaban de franca predilección. Una serie numerosa de artículos, un libro sobre la polémica ideológica hispano-francesa en plena guerra de Treinta Años (1635. Historia de una polémica, Madrid, CSIC, 1949, 565 pp.) dan fe de mi incorporación a aquella fase en la evolución de la historiografía contemporánea española (op. cit., p. 1, n. 1).*

de el primer momento, su *personal insatisfacción ante este cisma en nuestra historiografía –historiadores «económico-sociales-biologistas» frente a historiadores «políticos» o «ideologistas»*–, creado por la recepción en España de la obra del presidente de la Sexta Sección de la École Pratique des Hautes Études de París.³⁶

La causa de este malestar la explicaba, por una parte, porque *mi formación, mis preferencias de método y mi obra me inclinaban hacia la historia cultural y espiritual; y por otra no podía menos que valorar positivamente el esfuerzo renovador de una tendencia que venían a centrar la atención sobre estratos del pasado bastante descuidados por nuestra más reciente historiografía.*³⁷ Por eso, se declaraba convencido de que no era posible *volver la espalda a cualquiera de las dos tendencias señaladas*, ni a los métodos braudelianos *–utilísimos e insustituibles con miras a una reconstrucción del siglo XIX español en que vengó trabajando desde hace 10 años–*, ni a los hechos histórico-culturales. La importancia esencial de éstos últimos los vinculaba, de un lado, con el conocimiento de la historiografía alemana de postguerra que, *en vez de lanzarse unánimemente por las rutas de la historia económico social*, mantenía *viva y pujante la doble orientación tradicional en las escuelas germánicas: historia del estado, historia de las ideas*. Y, de otro, con el hecho de que algunas de las más significativas y extraordinarias muestras de la historiografía española actual (Sánchez Albornoz, Castro, por vía de ejemplo), se mantuvieran igualmente fieles a una vigorosa corriente historiográfica nacional que busca, entre nosotros, la determinación de la cultura española a través de los momentos decisivos en su gestación (Reconquista, Siglo de Oro).³⁸

En directa conexión con este punto, había un segundo gran aspecto que José María Jover no dejaba de considerar en su relación entre el enfoque original nacional y las equivalencias paradigmáticas de la histo-

³⁶ *Ibidem*, p. 3. De los numerosos trabajos dedicados al autor de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*, mencionaremos el de la italiana G. Gemelli, *Fernand Braudel*, València, Prensas Universitarias de València, 2005. Con una primera edición francesa en 1949, *El Mediterráneo* fue traducido por Wenceslao Roces en México, Fondo de Cultura Económica, 1953. Como señala en la nota 2 de la segunda página de la Memoria ésta era la edición utilizada por Jover. Pero no sólo eso, además de apuntar que su *postura como historiador ante la obra de Braudel* la había definido en *Política mediterránea y política atlántica en la España de Feijoo*. (vid. en *España en la política internacional...*, *op. cit.*, p. 70) y definirla como determinista y poco humanista, al señalar la bibliografía específica *Acercas de la penetración en España de la historia «económica-social-biologista»*, no pudo evitar introducir el siguiente comentario: *el documentado, aunque parcial, estudio de J. Vicens Vives, J. Reglá y J. Nadal, «L'Espagne aux XVIe et XVIIe siècles. L'Époque des souverains autrichiens...»*, *op. cit.*, pp. 1-42.

³⁷ J.Mª. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p.3.

³⁸ *Ibidem*.

riografía internacional: los principios éticos y morales de *los historiadores que nos llamamos cristianos*.³⁹ A los efectos la *lectura y manejo de distintas fuentes literarias referentes al período de la Segunda Guerra Mundial* le habían introducido en un *orden de experiencias radicalmente nuevo* como era el del «sufrimiento de extensas colectividades humanas. Y según Jover, esto colocaba en un plano preferente ante la atención del historiador, el problema del «bien» y del «mal» en la historia.⁴⁰ La consideración de esta cuestión como *materia necesariamente historiable*, le permitía a un tiempo señalar las limitaciones establecidas por la *descripción de determinadas formas históricas convenidas* (economicistas o ideologistas) y apuntar la importancia de completarlas con un *contenido ético cristiano, al cual no fuera ajeno nada humano –ni siquiera el sufrimiento de las que pasivamente sufren la «gran historia»–*.⁴¹

En el plano internacional, la demostración de que *mi postura no estaba huérfana de altos magisterios en los cuadros oficiales de la historiografía europea*, la había encontrado en *El cristianismo y la historia* de Butterfield cuya lectura había sido determinante, por *las preocupaciones levantadas en mi ánimo*, para trazar el plan de trabajo que pensaba desarrollar en Friburgo.⁴² Por eso, en *cuanto se refiere a la integración de elementos religiosos y morales en el relato historiográfico*, consideraba especialmente fructífero su actividad en la Facultad de Teología Católica de la Universidad alemana donde Johannes Vincke *me introdujo en los diferentes seminarios, y me guió en un primer contacto con las más importantes fuentes documentales*⁴³ y el profesor Karl

³⁹ A partir de la p. 4, Jover se definirá como historiador cristiano repetidas veces en distintos párrafos y notas de su informe.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 3.

⁴¹ *Ibidem*, p. 3-4. Sobre la importancia que otorgaba Butterfield a los asuntos humanos en el curso de la historia, *vid.* K. C. Sewell, *Herbert Butterfield...*, *op. cit.*, pp. 130-147. La importancia del factor humano otorgada por este autor en oposición a las interpretaciones economicistas y el materialismo de los marxistas, sin duda influyó en Jover quien a lo largo de la memoria sólo citará una vez *el marxismo*, asimilándolo en algunos aspectos a la *reciente escuela francesa* (*op. cit.*, p. 7).

⁴² *Ibidem*, p. 10. Las relaciones entre la ética y la religión en Butterfield que entroncaban directamente con el pensamiento de San Agustín las estudia M. Bentley en «Herbert Butterfield and the Ethics of Historiography», *History and Theory*, 44 (February 2005), pp. 55-71.

⁴³ *Ibidem*. J. Vincke (1892-1975) era uno de los hispanistas alemanes que desde los dos años que pasó en Barcelona investigando en el Archivo de la Corona de Aragón (1928-1930) más relaciones había establecido con los primeros historiadores profesionales españoles. Sacerdote desde 1917, se había especializado en la historia medieval y en las relaciones entre la Iglesia y los estados de la Corona de Aragón. Habilitado en la Universidad de Friburgo (1930), tras su estancia en la Gregoriana de Roma (1932-1934), ocupó diversos puestos de profesor de *Derecho Canónico* e *Historia de la Iglesia* en la citada universidad alemana (fue Rector entre 1951 y 1952). En 1940, sustituyó a Heinrich Finke en la dirección de los *Spanische Forschungen* de la Sociedad Görres,

Deuringer puso a mi disposición las bibliotecas del Instituto más directamente proyectado sobre mi propósito: el Institut für Caritas Wissenschaft, cuyos fondos, en una parte considerable, dan noticia de «la caridad cristiana a través de la Historia».⁴⁴ Con todo, Jover apunta las dificultades que tuvo para encontrar «monografías-piloto» que le permitieran resolver el problema metodológico de incorporar a la historia los sentimientos religiosos, explicando con detalle que *la obra que quedó más cerca de mi designio, y a la cual hube de dedicar numerosas jornadas de trabajo no era alemana, sino francesa, aunque solo en aquel Instituto tuve ocasión de manejarla. Me refiero a la monumental Histoire littéraire du sentiment religieux en France*, del sacerdote y académico francés Henri Brémond.⁴⁵

Al cabo, durante la inmediata primera posguerra europea fueron los literatos que lanzaban su mirada sobre el mundo actual o los historiadores de la literatura que no renunciaban a la reflexión metafísica, como Brémond, quienes se hicieron cargo de este dominio, adelantándose en la búsqueda del «espíritu cristiano» que impregnaba al conjunto de las concepciones morales, efectos de la vida humana y sentimientos religiosos de una época.⁴⁶ En la versión española, cristiana y

restableciendo sus contactos con los historiadores del franquismo. Emérito en 1960, los principales historiadores españoles le rindieron un homenaje en Madrid el 11 de mayo de 1962 (*Homenaje a Johannes Vincke*, Madrid, CSIC-Görres-Gesellschaft zur Pflege der Wissenschaft, 1962-1963, 2 vols.) y la Universidad de Barcelona lo nombró doctor *honoris causa* (1968).

⁴⁴ J.M^a. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 10. Sobre la consideración de la caridad cristiana en la explicación histórica en Butterfield, *vid.* el capítulo 9, «The Three Ways or Levels of History» de K. C. Sewell, *Herbert Butterfield and the Interpretation of History*, *op. cit.*, pp. 148-164 (especialmente p. 152). Por lo demás, el teólogo de Friburgo K. Deuringer, era conocido en España por sus prólogos y reediciones de las obras de Francisco Suárez.

⁴⁵ H. Brémond, *Histoire littéraire du sentiment religieux en France, depuis la fin des guerres de religion jusqu'à nos jours*, Paris, Bloud et Gay, 1916-1936, 11 vols. + 1 de índices. Jover continuaba la frase señalando: *cuyos 12 vols. contienen, sin duda, la más considerable cantera de material que tuve la fortuna de encontrar al efecto aludido, si bien la limitación cronológica de la obra (1580 – final Antiguo Régimen) recorta considerablemente sus posibilidades de utilización en un proyecto de historia ochocentista. Desde un punto de vista metodológico, sin embargo, este estudio ha sido fundamental (Ibidem, p. 10)*. Con esta gran obra el historiador de la literatura y crítico literario, H. Brémond (1865-1933) había intentado abandonar el relato histórico para desarrollar «una síntesis propiamente doctrinal, una teoría, una metafísica del espíritu cristiano» (especialmente en los vols. VII y VIII dedicados a *La Métaphysique des saints*, 1928).

⁴⁶ *Vid.* A. Prost y J. Winter, *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*, Paris, Seuil, 2004, pp. 110-113. Estos aspectos, habían sido desdeñados por la historia hecha de acontecimientos y por unos historiadores profesionales que, hasta la década de los sesenta, permanecieron fieles al modelo establecido por Renouvin. Como recuerdan estos autores, el vol. XIX de la colección «Peuples et Civilisations», *La Crise européenne et la Grande Guerre (1914-1918)*, Paris, Félix Alcan, 1934 (reed. en 1939 y 1948), escrito por el catedrático francés se había convertido en un «clásico» y la obra de referencia sobre el

contemporaneísta de Jover, este intento de reconciliación de las intenciones subjetivas con el espíritu objetivo de la investigación histórica lo salpimentaba con una amplia bibliografía de época y el recordatorio de su especial interés por estudiar las fuentes para el conocimiento de la mentalidad de los católicos alemanes ante la Primera Guerra Mundial. Para él, el análisis de la polémica sostenida con sus homónimos franceses ilustraba de manera ejemplar la problemática derivada de la impostación de la mentalidad cristiana sobre las formas políticas propias de la fase final del imperialismo. Y bastaba para hacerse idea del papel desempeñado por Friburgo en la alineación de unos argumentos religiosos a favor de Alemania de 1914-1918, y del carácter básico de las fuentes de su Facultad de Teología para un estudio de la implicación de las ideas religiosas en la mentalidad bélica de los años citados.⁴⁷

Por lo demás, en tanto a la necesidad de considerar la crisis de la conciencia histórica del hombre europeo surgida en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial y las responsabilidades de los historiadores occidentales y cristianos, no parece desacertado pensar que fueran sus amigos católicos alemanes quienes le alertaron sobre la novedad editorial de la *Propyläen Weltgeschichte*. Un proyecto cuya edición original había dirigido el historiador de Weimar Walter Goetz.⁴⁸ Años

tema. Y si en la primera edición se trataba de una historia política, militar y diplomática donde las «causas profundas», apenas estaban apuntadas; en las sucesivas reediciones incorporaría a la explicación, el movimiento económico, social, la vida intelectual o religiosa. Por lo demás, recordaremos que Renouvin fue el director de la magna *Histoire des relations internationales (du Moyen Âge à 1945)*, publicada por la parisina editorial Hachette entre 1954 y 1958, para la que redactó el t. VI, *Le XIX^e Siècle. II. De 1871 à 1914: l'apogée de l'Europe* (1955), y el t. VII, *Les Crises du XX^e siècle. I. De 1914 à 1929* (1957). La obra fue traducida al español en Madrid, Aguilar, 1960-1964, 3 vols.).

⁴⁷ J.M^a. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 10, n. 19.

⁴⁸ Historiador especialista en la historia del Renacimiento italiano, Walter Goetz (1867-1958) fue colaborador de K. Brandi y profesor en Tubingia (1905), Strasburgo (1913) y Leipzig (1915). Considerado uno de los principales historiadores de la República de Weimar, fue parlamentario del Partido Democrático Alemán y, en 1933, se retiró de la docencia y de cualquier actividad intelectual pública iniciando un «exilio interior» (vid. D. Tobler, «Walter Goetz: Historian for the Republic», en W. Laqueur y G.L. Mosse (eds.), *Historians in Politics*, London, Sage Publications, 1974, pp. 223-251; y su carrera académica en W. Weber, *Biographisches Lexikon zur Geschichtswissenschaft in Deutschland, Österreich und der Schweiz. Die Lehrstuhlinhaber für Geschichte von den Anfängen des Faches bis 1970. 2., Auflage*, Frankfurt am Main, Peter Lang Verlag, 1987, p. 180. En 1925, la editorial Ullstein Verlag lanzó el proyecto de la *Historia Mundial Propylea*, nombrando a Goetz presidente de la comisión (vid. las páginas que le dedica M. Middell en el volumen 2 de *Weltgeschichtsschreibung im Zeitalter der Verfälschung und Professionalisierung. Das Leipziger Institut für Kultur- und Universalgeschichte, 1890-1990*, Leipzig, Akademische Verlaganstalt, 2005, pp. 637-649). En esta misma obra, se estudia la práctica de la historiografía mundial y el Instituto de Historia Cultural y Universal de Leipzig (II, capítulo 19, pp. 590-649).

más tarde, esta clásica *Historia Universal* sería recordada por Jover en un párrafo introductorio significativo, en sí mismo, como testimonio personal y conocimiento de época:

Hace un cuarto de siglo, las grandes enciclopedias del saber histórico no eran tan relativamente abundantes como lo son ahora, y los universitarios que preparamos nuestra licenciatura en Historia por los años inmediatos a la conclusión de la guerra de España, sabemos bien la deuda que tenemos contraída con la HISTORIA UNIVERSAL dirigida por Walter Goetz, traducida al castellano por Manuel García Morente y puesta en manos del lector de lengua española por Espasa-Calpe en los años que precedieron de cerca de la aludida contienda, a través de un esfuerzo editorial brillante y fecundo. Los gruesos tomos verdes de la obra de Walter Goetz, visibles siempre en las estanterías frecuentadas por los entonces aprendices de historiador, llegaron a ser para muchos de nosotros uno de los más familiares instrumentos de trabajo. Los capítulos finales del último volumen—La época del imperialismo—, al cual viene a añadirse hoy este undécimo volumen suplementario, narraban una historia tan viva que enlazaba directamente con recuerdos de una niñez entonces no demasiado lejana; y allí, la espléndida ilustración de toda la obra perdía el carácter arqueológico de los añejos documentos y grabados reproducidos en volúmenes anteriores, para convertirse en un repertorio de fotografía recientes, testimonio de una historia presenciada.⁴⁹

En todo caso, a lo largo de 1960 y editados por Golo Mann,⁵⁰ habían

⁴⁹ J.M^a. Jover, «Introducción», *En los umbrales de una nueva Edad*, t. XI de la *Historia Universal. Desarrollo de la Humanidad en la sociedad y el estado, en la economías y la vida espiritual*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, p.3. Espasa-Calpe inició la publicación de los X volúmenes originales en 1932.

⁵⁰ Golo Mann (1909-1994), era el tercer hijo del novelista Thomas Mann. Escritor, historiador y publicista político, estudió Filosofía e Historia en Munich, Berlin y Heildelberg, donde se doctoró con Karl Jaspers. Emigrado en 1933 y privado de su nacionalidad alemana por los nazis, fue lector de *Historia y Literatura* Alemana en la Escuela Normal Superior de París (1933-35) y en la Universidad de Rennes (1935-37). Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial se alistó como voluntario en la unidad checa integrada en el ejército francés. Prisionero e internado en el campo de concentración de Les Milles, en el otoño de 1940, consiguió huir a través de la frontera española y llegar a Estados Unidos. Lector de *Historia* en el Olivet College (1942-43), sirvió como oficial de inteligencia del ejército norteamericano en Londres, Luxemburgo y Alemania (1943-1946). Licenciado del ejército fue contratado como profesor asistente y asociado de *Historia* en el Claremont Men's College de la Universidad de California (1947), hasta su regreso a Alemania en 1958. Sobre este autor vid. la voz que le dedica C. Epstein, *A Past Renewed. A Catalog of German-Speaking Refugee Historians in the United States after 1933*, Washington, D.C.-Cambridge, German Historical Institute-Cambridge University Press, 1993, pp. 206-209; y las biografías de J. Koch, *Golo Mann und die deutsche Geschichte. Eine intellektuelle Biographie*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 1998; y U. Bitterli, *Golo Mann, Instanz und Außenseiter. Eine Biographie*, Hamburg, Rowohlt Taschenbuch Verlag, 2005. Sus diarios se han publicado recientemente bajo el título *Briefe, 1932-1992*, Göttingen, Wallstein, 2006.

aparecido los tres volúmenes dedicados a la historia mundial de los siglos XIX y XX de la nueva *Historia Universal Propilea*, redactados por un selecto grupo de los más reconocidos historiadores de la «Alemania libre» y del civilizado «mundo atlántico» (desde Robert R. Palmer a Geoffrey Barraclough, pasando por Pierre Bertaux, Raymond Aron, Karl Dietrich Bracher, Alfred Weber, Hans Freyer, Hans Herzfeld o Carl Schmid).⁵¹

Para entonces el escritor y publicista político Golo Mann se había convertido en un historiador de éxito por la *Historia alemana de los siglos XIX y XX*.⁵² Se trataba de una obra en dos tomos escritos por encargo del círculo de lectores de los sindicatos alemanes y dirigidos, en buena medida, a refutar las afirmaciones vertidas por el historiador británico A.J.P. Taylor en *The Course of German History* (1945) que veía el nacionalsocialismo como una consecuencia lógica de la historia alemana desde 1800.⁵³ Con una parte central dedicada a Weimar donde se mostraba crítico con la burguesía alemana de 1919 a 1933, Mann concebía Alemania y el nazismo como dos realidades diferentes. A su modo de ver, la verdadera Alemania se había exiliado huyendo de los nazis, siendo el Führer el responsable único del III Reich y de toda la violencia que se abatió sobre el país. La «demonización» de Hitler, la conversión de los nazis en extranjeros

⁵¹ Los volúmenes fueron publicados en Frankfurt an Main por la editorial Ullstein GmbH. Como recordaba el propio G.Mann, los franceses P. Bertaux y R. Aron eran sus amigos desde su época de estudiante universitario. También, intentó que colaborara su maestro K. Jasper con un artículo «sobre la filosofía –o sobre la religión, o sobre ambas cosas– de las últimas décadas», pero no aceptó por no estar de acuerdo con los honorarios (*Una juventud alemana. Memorias*, Barcelona, Plaza&Janés Editores, 1989, pp. 174-177, 236, 364-365 y 368). El nombramiento como editor y su relación con algunos colaboradores como G. Barraclough en U. Bitterli, *Golo Mann, Instanz und Außenseiter...*, op. cit., pp. 200-208. Con más de 25 años de retraso, la madrileña editorial Espasa-Calpe publicó los 20 tomos de la *Historia Universal Propilea* bajo el título *Historia Universal* dirigida por Golo Mann y Alfred Heuss. Los volúmenes de contemporánea eran: *El siglo XIX-1* y *El siglo XIX-2* (1985); *El siglo XX-1* y *El siglo XX-2* (1986); *El mundo de hoy-1* y *El Mundo de Hoy-2* (1987). La edición española estuvo al cuidado del catedrático de *Historia Antigua* de Granada, José Manuel Roldán Hervás.

⁵² G. Mann, *Deutsche Geschichte des 19. und 20. Jahrhunderts*, Frankfurt am Main, S. Fischer, 1958. En «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», Jover, mencionará la obra y a su autor como un *prestigioso historiador de Alemania en los últimos 150 años*, (op. cit. p. 15, n.28).

⁵³ A.J.P. Taylor, *The Course of German History*, London, Routledge, 1945. Un amplio comentario a *The Course of German History* en Ch. Wrigley, *A.J.P. Taylor. Radical Historian of Europe*, London, I.B. Tauris, 2006, pp. 155-173; y las críticas a Taylor en U. Bitterli, *Golo Mann, Instanz und Außenseiter...*, op. cit., pp. 254-257. De manera sintética, las tesis y el éxito popular en el mundo anglosajón obtenido por Alan John Percival Taylor (1906-1900), profesor de *Historia Moderna* en Oxford y divulgador televisivo, que seguiría publicando libros del período hasta los años setenta en A. Prost y J. Winter, *Penser la Grande Guerre...*, op. cit., p. 36, 63-63 y 268. Y en general, la biografía de K. Burk Troublemaker, *The life and history of A.J.P. Taylor*, New Haven, Yale University Press, 2000.

influidos por impulsos y fuerzas exteriores –incluida la violencia–, le permitían sostener la tesis de que las responsabilidades fueron de los «otros» y, de esta manera, disculpar a la inmensa mayoría del pueblo alemán.⁵⁴ La reputación obtenida con este libro le abrió las puertas del mundo académico⁵⁵ e impulsó su elección para codificar la moderna *Historia Universal Propilea*. Una empresa cuyo plan definió como el estudio de «la gran aventura del hombre» desde la idea kantiana de la «moralidad» y el precepto pasado por el tamiz de la filosofía de la historia jaspersiana que antepone «la verdad a la doctrina».⁵⁶

No tiene, por tanto, nada de extraño que José María Jover reconociera aspectos innovadores en un proyecto característico de la historiografía internacional de la Guerra Fría.⁵⁷ Y que alguno de estos fascinara

⁵⁴ Un análisis completo de la obra en U. Bitterli, *Golo Mann, Instanz und Außenseiter...*, *op. cit.*, pp. 208-248; y una síntesis de sus ideas en E. Husson, *Comprendre Hitler et la Shoah. Les historiens de la République fédérale d'Allemagne et l'identité allemande depuis de 1949*, Paris, PUF, 2000, pp. 30-35. El propio G. Mann las presentaba resumidas en *Una juventud alemana*, *op. cit.*, pp. 338-341 y 381-386.

⁵⁵ Fue profesor invitado en la Universidad de Münster (1958-59 y 1959-60), profesor de *Ciencias Políticas* en el Technischen Hochschule de Stuttgart (1960-1964) y catedrático honorario de *Historia* en la Universidad de Stuttgart, hasta su dimisión a finales de 1964. Desde entonces, situado al margen de la corporación académica, cultivó la historia por libre impartiendo cursos y conferencias. En 1971, y publicó la obra que le dio fama mundial: *Wallenstein, Relato de su vida* (traducida al español, con prólogo de Manuel Fraga Iribarne, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1978). Participó en las diferentes querrelas de los historiadores alemanes (polemizando, entre otros, con Hannah Arendt por la cuestión de la «banalización» del mal) y como analista político sus artículos sobre el terrorismo en Alemania le llevaron a anunciar el comienzo de «nueva guerra civil europea». *Vid.* en U. Bitterli, *Golo Mann, Instanz und Außenseiter...*, *op. cit.*, pp. 197-542.

⁵⁶ G. Mann, «Introducción» a *El siglo XIX-1. Historia Universal*, Madrid, Espasa-Calpe, 1985, p. 12, y «Conclusión» a *El Mundo de Hoy-2*, Madrid, Espasa-Calpe, 1987, p. 711. Sobre el concepto de «moralidad» de G. Mann, *vid.* G.G. Iggers, *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Middletown, Conn., Wesleyan University Press, 1983², p. 251. La influencia de Karl Jaspers en la formación de su pensamiento histórico en G. Mann, *Una juventud alemana*, *op. cit.*, pp. 219-245 (especialmente p. 243).

⁵⁷ G. Mann escribirá que «No es casual que los últimos tres tomos de nuestra obra estén presididos por el *leitmotiv* de la «modernización», de la liberalización del pasado, de la autoridad, de la tradición. Esto supone la democracia, pues cuando ya no existen otras fuentes de legitimidad, el poder tiene que apoyarse en la voluntad del presente» («Conclusión»..., *op. cit.*, p. 701). En 1968, G.G. Iggers consideraba a Golo Mann como un ejemplo aislado de historiador democrático dentro del grupo de científicos sociales que regresaron de la emigración (*The German Conception of History...*, *op. cit.*, p. 238). Quizás sea conveniente recordar que con la toma del poder de los nazis una veintena de historiadores se exiliaron de Alemania para escapar de las persecuciones políticas o racistas del régimen. La mayor parte de ellos se instaló en Estados Unidos. A partir de 1945, junto al citado Golo Mann, sólo una minoría regresó a las universidades alemanas: Hans Rothfels, Hans-Joachim Schoeps y Hans Rosenberg. Un estudio de estos autores que completa el citado catálogo de C. Epstein, en las distintas colaboraciones reunidas en el libro colectivo editado por H. Lehmann y J.J. Sheehan (eds.), *An Interrupted Past*.

muy especialmente a quien procedía de una historiografía donde sólo había originalidad en los detalles. Éste sería el caso de los principios morales de un trabajo historiográfico pensado desde:

La verdad, no como algo alcanzado, algo poseído con seguridad, sino como aspiración. Establecer todo tipo de relaciones de causa y efecto cuando es posible hacerlo, no omitir ningún dato desagradable, contrario a la propia interpretación, no estar seguro de lo que no se puede estar seguro, se modestos ante los enigmas..., estos son los principios sobre los que coincidimos todos sin dificultad. ¿Se pueden llamar principios «liberales»? El término, que calificó a un partido político históricamente superado, no está de moda y provoca antipatías. Pero «liberal», significa, en última instancia, aspiración a la libertad. Libertad y verdad se implican mutuamente.⁵⁸

Así las cosas, «frente a la fuerza de atracción del comunismo», para el hijo más «instintivamente conservador» del famoso novelista la concepción histórica de la libertad debía ser muy distinta a la manejada por los «liberales ingleses y norteamericanos».⁵⁹ «Nosotros sabemos –explicaría en una de sus conferencias– que libertad y orden, libertad y autoridad deben ser los polos de una misma verdad que, tal y como el ser humano ha sido estructurado, el uso de la libertad no puede ser ni pleno ni seguro».⁶⁰ En un contexto de reflexiones generalizadas sobre la

German-Speaking Refugee Historians in the United States after 1933, Washington D.C.-Cambridge, German Historical Institute- Cambridge University Press, 1991, en especial el artículo de W. Schulze, «Refugee Historians and the German Historical Profession between 1950 and 1970», pp. 206-225.

⁵⁸ G. Mann, «Introducción», *El siglo XIX-1*, op. cit., p. 12. Para hacernos una idea de la imagen negativa que el liberalismo tenía entre los pensadores europeos de la posguerra, *vid.*, junto a la lúcida explicación histórica realizada por T. Judd acerca de la debilidad de la tradición liberal francesa y la escasa consideración que gozaba entre sus intelectuales de los años cuarenta y cincuenta (*Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses 1944-1956*, Madrid, Taurus, 2007, pp. 259-277); los debates que se sucedieron en Alemania hasta bien entrada la década de 1960 sobre el liberalismo como una tradición extranjera (*vid.* E. Husson, *Comprendre Hitler et la Shoah. Les historiens de la République fédérale d'Allemagne et l'identité allemande depuis de 1949*, Paris, PUF, 2000, pp. 85-91).

⁵⁹ Cercano a los círculos socialdemócratas en su época de estudiante universitario, pero «instintivamente conservador» y atraído por el «Bayerische Volkspartei, predecesor del actual CSU» (G. Mann, *Una juventud alemana...*, op. cit., p. 316), a su regreso a Alemania sus posiciones políticas oscilaron desde su apoyo inicial al canciller Adenauer que, momentáneamente, varió por el de Willy Brandt hasta su respaldo, a principios de los ochenta, al polémico líder del CSU bávaro, Franz-Josef Strauss. Su toma de posición a favor de Brandt estaba en relación con la polémica sobre la reunificación alemana iniciada por Karl Jaspers y sus declaraciones a favor de una «nueva *Ostpolitik*», una nueva política alemana con el este de Europa, cuyas formulaciones recogería exactamente el político socialdemócrata (*vid.* J. Koch, *Golo Mann und die deutsche Geschichte...*, op. cit., pp. 391-301; U. Bitterli, *Golo Mann, Instanz und Außenseiter...*, op. cit., pp. 356-542).

⁶⁰ G. Mann, *Libertad e historia*, Madrid, Editora Nacional, 1967, pp. 18-19.

naturaleza de lo nuevo (de la República Federal Alemana, de la Europa surgida tras 1945 y del mundo contemporáneo), la «modernización» del concepto «podría enunciarse así: la libertad no es hacer todo lo que podemos hacer, sino el poder preguntarnos, primero, si en sus consecuencias esto que vamos a hacer es bueno, si es el fas o es el nefas».⁶¹

En el plano interior, en el de las estrategias individuales que introducen elementos de diferenciación como investigador dentro de la comunidad científica de origen, Jover acomodaría estos *juicios de valor* a la retórica de la razón historiográfica y a las expectativas receptoras de una intelectualidad española que «flotaba libremente en los espacios de libertad» permitidos por la dictadura franquista. En sus pasajes de aquel entonces no hay dimensión política, ni lenguaje democrático, ni visiones de un futuro utópico liberal. Evitando cualquier afirmación que pudiera parecer heterodoxa o crítica, la postura moral y la categoría intelectual de José María Jover es la del profesor que decide abandonar su cómodo refugio en las puras esferas de la «historia de las ideas» del modernismo para convertirse en un historiador «humanista, cristiano y español» de la Edad Contemporánea. Un catedrático universitario que mantiene permanentemente abiertos sus objetos históricos, percibe el oficio como una profesión y, sin contraposiciones, explica su personal mapa de problemas historiográficos en ámbitos socio-culturales precisos y ante públicos académicos muy determinados.⁶²

⁶¹ *Ibidem*, p. 37.

⁶² En el juego de las paradojas que utilizo para describir la dura realidad del espacio político-ideológico en el que desarrollaban su actividad los historiadores oficiales del franquismo en los años de 1950 y 1960, el término «Freischwebende Intelligenz» («intelectualidad que flota libremente») procedía de Alfred Weber y fue popularizado por el sociólogo del conocimiento Karl Mannheim. De entrada, se opone a la concepción «verwurzelt» de la intelectualidad, esto es, una intelectualidad arraigada en su cultura o su clase, defendida por el marxismo. Y, dentro de la concepción manheimiana de la «crisis de la cultura», lo utilizaba para distinguirse de las diversas variantes de la teoría que en la última fase de la Primera Guerra Mundial insistió en la politización de los intelectuales (incluidos los historiadores políticamente comprometidos en su lucha contra el fascismo y el nacionalsocialismo) (*cit.* como nota del traductor en D. Claussen, *Theodor W. Adorno. Uno de los últimos genios*, València, Universitat de València, 2006, p. 235). Sobre el concepto «free spaces» (espacios libres) –acuñado inicialmente por la politología norteamericana– y su aplicación a los cambios operados en la historiografía académica española de los años 60, *vid.* M.A. Marín Gelabert, «*Subtilitas Applicandi*. El mito en la historiografía española del Franquismo», *Alcores*, 1 (2006), p. 134, n. 61. En el caso de José María Jover y sus compañeros de generación estos espacios de libertad disciplinares abarcaban desde la Universidad y el Ateneo de Madrid hasta la Real Academia de la Historia, pasando por las mismas cátedras institucionales como la «General Palafox» de Zaragoza, las revistas de estos centros o el entorno generado alrededor de editoriales como Teide donde publicaría sus primeros manuales universitarios.

Historia nacional e historia de las relaciones internacionales: el encuentro con Ludwig Dehio

A partir de estos planteamientos auto comprensivos y diferenciadores, la segunda parte de la *Memoria*, digamos la más metodológica, se consagra a los problemas de la Historia Contemporánea. Desde el punto de vista de la enseñanza, su compromiso en esta dirección ya lo había manifestado en la conferencia zaragozana al referirse a la crisis del concepto «*Edad Contemporánea*» y explicar que: *El término mismo de «Edad Contemporánea» aplicado a ese siglo y medio que nos separa de los hombres que hicieron la revolución burguesa, constituiría hoy un mero recuerdo de tiempos perdidos si el actual plan de estudios de nuestras Facultades de Letras, tan rico en supervivencias arqueológicas, no garantizara su vigencia oficial. No es extraño que los más recientes y solventes manuales de Historia Moderna coloquen la Revolución y el Imperio en el sitio que efectivamente corresponde a ambos: en la culminación del siglo XVIII.*⁶³ Siguiendo el mismo registro en el informe volvería a introducir la cuestión desde la incómoda posición teórica de un profesor español encargado de dos asignaturas denominadas oficialmente «*Historia Universal en la Edad Contemporánea*» e «*Historia de España en la Edad Contemporánea*», en tanto el concepto «*Edad Contemporánea*» deja en absoluto de tener vigencia fronteras afuera.⁶⁴

Desde esta perspectiva, Jover contempla precisamente los pasos seguidos para resolver su primer gran problema: *la consistencia teórica de una disciplina universitaria llamada Historia Contemporánea.*⁶⁵ Y, de entrada, señala que en Friburgo su respuesta tomó la vía de la absorción de las orientaciones metodológicas y teóricamente renovadas de la historiografía alemana en su comparación discordante con la francesa cuyo conocimiento *era relativamente extenso y satisfactorio.*⁶⁶ Como ilustración del clima de resistencia general bien arraigada, por parte de los historiadores alemanes, hacia el mensaje braudeliano, recordará:

una conversación con el profesor Clemens Bauer en torno al método de Braudel, que tuvo para mí la virtud de precisar, en muy pocas palabras, la actitud de los historiadores alemanes ante las corrientes «económico-sociales»

⁶³ J.M^a. Jover, «La guerra de la Independencia española en el marco...», *op. cit.*, p. 46.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 5.

⁶⁵ *Ibidem*. El subrayado en el original.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 4. Después de apuntar las resistencias de la historiografía alemana *al torrente impetuoso de «lo científicamente nuevo»: la historia «económico-social-biológica»*, apuntará en nota que: *Un panorama completo de los sectores de trabajo abarcados por la actual escuela francesa –montados sobre la primacía aludida en el texto–, en Schneider, Braudel, Labrousse, Renouvin, «Les orientations de la recherche historique. Enquête du CNRS», en Revue Historique, CCXXII (Juillet-Septembre 1959), pp. 19-51 (op. cit., p. 8, n.13).*

que en el campo de la historiografía actual representa este último. «El Estado –vino a decirme– configura la actividad económica del un país, a través de su política económica de una manera más imperativa que el paisaje en sí mismo considerado; es claro, pues, que el relato histórico debe ostentar la primacía la referencia del Estado mismo, incluso cuando de problemas económicos se trate», y así de lo demás. En una frase tal vez no rigurosa, pero coloquial y expresiva, el profesor Bauer se refirió al hecho de que el relativo «determinismo» supuesto por la obra de Braudel «hubiera sido superado por la historiografía alemana 50 años atrás». ⁶⁷

Con todo, en este proceso de apropiación, parece evidente que la mirada alemana de Jover contó con el referente de algunos autores ingleses, entre los que destacaba junto a Butterfield, el medievalista y germanista británico Geoffrey Barraclough. ⁶⁸ No en vano, *mi conocimiento de la historiografía anglosajona, si bien bastante menos sólido, era, a mi juicio, suficiente por el momento*. ⁶⁹ Traducida al español poco antes de su estancia en Alemania, la lectura atenta de *La historia desde el mundo actual* escrita por el sucesor de Arnold J. Toynbee en la cátedra de *Historia Internacional* de la Universidad de Londres, sin duda, le puso sobre la pista de uno de los historiadores que más le influirían en su reinterpretación de la historia de las relaciones internacionales de la España contemporánea: Ludwig Dehio. En este sentido, al comienzo de un largo pasaje de casi dos páginas, el presidente de la *Historical Association of Great Britain* decía:

El historiador alemán Ludwig Dehio, en un libro que probablemente es el estudio de la historia moderna más sobresaliente y presciente que se haya publi-

⁶⁷ *Ibidem*, p. 7. En nota 12 aclarará: *Se entiende el sentido convencional en que me refiero al sentir de los «historiadores alemanes». Estamos hablando de historiadores alemanes occidentales arraigados en la tradición historiográfica alemana. En otras universidades alemanas (Colonia, v.gr.) no es difícil encontrar huellas del fuerte influjo de los métodos económico-sociologistas franceses y norteamericanos. En la Universidad de Friburgo, sin embargo, tal influjo carece en absoluto de relevancia. Sobre Clemens Bauer, teólogo, historiador católico y Rector de Friburgo (1961-1962), vid. la voz que le dedica W. Weber, *Biographisches Lexikon...*, op. cit., p. 25; y la necrológica de H. Ott, «Clemens Bauer (16.12.1899 – 1.1.1984)», *Historisches Jahrbuch*, 107 (1987), pp. 219-224.*

⁶⁸ Sobre este historiador medievalista, profundo conocedor de la historia y la cultura alemana contemporánea que había estudiado en Oxford y en la Universidad de Munich, vid. la voz que le dedica F. Lifshitz, «Barraclough, Geoffrey, 1908-1984», en K. Boyd (ed.), *Encyclopedia of Historians...*, op. cit., I, pp. 76-77. Y para su metamorfosis de historiador, sus cambios de intereses y metodológicos que ejemplifican la reorientación de la historiografía en la posguerra, vid. K.C. Dewar, «From historicism to historical science», *Historian*, 56, 3 (Spring 94), 16 pp. (en red: www.encyclopedia.com/doc/1G1-17199153.html).

⁶⁹ J.M^a. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», op. cit., p. 4.

cado desde la guerra, ha demostrado cómo –y por qué etapas– el viejo «núcleo histórico» de Europa (como se la llama a veces) fue avasallado, parvificado, y se halla ahora virtualmente repartido entre las dos grandes potencias que le franquean a oriente y a occidente. Como el análisis de Dehio pone en claro, la lucha de una potencia tras otra para conquistar la hegemonía en Europa, obligó a los defensores de la libertad europea a llamar en su auxilio a potencias extra-europeas o a movilizar para su propia defensa recursos no-europeos o extra-europeos...⁷⁰

Y también le pudo abrir los ojos a la dialéctica pasado-presente del historiador en un mundo en transformación marcado por las experiencias de la Segunda Guerra Mundial y a una historiografía internacional firmemente anclada en los problemas del presente. De hecho, preocupado por la función social del historiador, el conocimiento científico de la historia, la metodología y la periodización de la historia universal, Barraclough fue uno de los primeros historiadores de prestigio que se acercó al «problema alemán» tras la contienda. En *The Origins of Modern Germany*, escrito durante sus años de servicio en la *Royal Air Force*, defendía la tesis que la cuestión alemana debía enmarcarse en un contexto europeo desde los inicios de la modernidad, cuya dinámica explicaría las raíces de la reacción operada a partir 1870. Barraclough recuperaba así las ideas de una conferencia dictada, en 1933, por el entonces profesor de la Universidad de Friburgo Hermann Heimpel⁷¹ y las ofrecía como un «intento de consolidar una perspectiva sólida sobre la historia alemana, con la esperanza y el convencimiento de que perspectivas más amplias arrojan una luz más clara sobre las perplejidades y los problemas del

⁷⁰ G. Barraclough, *La historia desde el mundo actual*, Madrid, Revista de Occidente, 1959, p. 257 (1ª ed. en inglés, *History in a Changing World*, Oxford, Basil Blackwell, 1955). A lo largo del libro las referencias a Dehio en pp. 172, 174, 190, 257-258 y 271. En la *Memoria*, Jover sólo mencionará una vez a Barraclough (*op. cit.*, p. 13). Sin embargo, en «Sobre la situación actual del historiador», lo había citado hasta 4 veces, dedicándole elogiosos párrafos a raíz de las reflexiones que le habían sugerido sus «sugestivos artículos» (*op. cit.*, pp. 234, 235, 236-237). Tras el éxito obtenido con esta obra, el profesor inglés publicaría *An Introduction to Contemporary History* (1964) que sería rápidamente traducida al español (*Introducción a la historia contemporánea*, Madrid, Gredos, 1965). En este libro, establecía que los años transcurridos entre 1890 (después de la retirada de Bismarck de la política) y 1961 (con la llegada de Kennedy a la presidencia de EEUU), constituían una vertiente cronológica entre dos edades: la Moderna (marcada por el Renacimiento, la Enciclopedia y la Revolución Francesa) y la Contemporánea (caracterizada por la mundialización). En sus últimos años, fue el editor de *The Christian World: A Social and Cultural History* (1981). Con todo, parece probable que Jover recogiera las primeras noticias sobre Dehio de la reseña de J. Droz, donde aparece mencionado dos veces («Les tendances actuelles de l'historiographie allemande», *op. cit.*, pp. 6, n.1, y 15, n.3).

⁷¹ H. Heimpel, *Deutschlands Mittelalter, Deutschlands Schicksal*, Universität Freiburg im Breisgau, 1933. *Vid infra* nota 144.

presente. Ha habido un «problema alemán», en cualquier caso, desde los inicios del siglo dieciséis; y aunque, inevitablemente, en el contexto del siglo veinte el problema se ha revestido de un cariz diferente, es innegable que ningún intento de solución puede tener éxito si, tratándolo simplemente desde el contexto actual, ignore las causas y los factores permanentes que han gobernado su historia».⁷²

Pero antes de nada, desde la *posición de independencia* y la *disponibilidad* estratégica de un historiador español en la frontera de los años sesenta, Jover subrayará la importancia del modelo germano en la reconversión metodológica y reequilibrios temáticos que determinaron, *a mi regreso de Friburgo, mi posición como historiador dispuesto a enfrentar con la historia del siglo XIX español*⁷³ e impulsaron su viejo proyecto de realizar una *Historia de España concebida como Historia del pueblo español*. Por lo que se refiere a su identidad de historiador insistía en el fortalecimiento de su *visión humanista y cristiana de la Historia* destacando, a sus efectos interpretativos, dos ideas –no recientes–, la primera, acerca de la necesidad de *salvaguardar, en el relato historiográfico, la autonomía de la esfera histórico-cultural*. Y la segunda, sobre la urgencia de *evitar la pura «historia de las ideas», arraigando socialmente cada fenómeno cultural. De manera que en el grupo social, más o menos amplio e individualizado, tenga su conexión y su explicación tanto los hechos nacidos de una actividad económica, como los propios de una actividad política o espiritual*.

En su opinión, la base humanista contenida en el último aspecto, no sólo lo colocaba *en la buena línea prescrita por Febvre –sacar, en todo caso, al hombre entero–*, sino que le permitía enfrentarse a lo que *de proclividad determinista* pudiera haber tanto en *llamada escuela «económico-social-biologista»* como en *las «historias de las ideas» de importación hegeliana*.⁷⁴ Esta argumentación la completaba con la proyección de una ilusión: el carácter «cosmopolita» de la historiografía actual. En su análisis, Jover se apoyaba en su experiencia alemana y la tendencia que parecían representar los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas para definir la práctica historiográfica internacional como una práctica común:

Es evidente –escribía– que la Ciencia Histórica tiene hoy unos moldes de validez general, o al menos convenidos con la suficiente amplitud como para

⁷² G. Barraclough, *The Origins of Modern Germany*, Oxford, Blackwell, 1946, p. X.

⁷³ J.M^a. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 8.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 8 y n. 14. Al principio de la *Memoria*, Jover había utilizado la *vieja orientación humanista de Lucien Febvre – «es lícito tirar de cualquier parte del hombre, a condición de sacar al hombre entero»–* para criticar el *reverso negativo* de la obra de Braudel (*su resistencia a integrar los hechos espirituales en el campo de la historia científica*) (*op. cit.*, p. 2).

que pueda aduirse a su generalidad; el sistema de preguntas, v.gr., que utilizaría estudiosos de diferentes países para interrogar sectores contemporáneos y homogéneos del pasado de sus respectivas patrias, presentarían, evidentemente, muchos rasgos unitarios.⁷⁵

Así las cosas, el proyecto de escribir la *Historia de España* del siglo XIX la deducía, fundamentalmente, de su convencimiento de que la existencia de una cultura nacional heredada y viva en el siglo XIX español requería un tratamiento sustantivo.⁷⁶ Un trabajo cuya orientación estaría basada en la unificación de la historia bajo la bandera de la sólida tradición, no lejama, que pesa sobre los historiadores españoles de la época contemporánea y la unidad de método y de interpretación de los elementos históricos arraigados en la misma vieja península mediterránea.⁷⁷ Ligados a la sensibilidad colectiva, [la] cultura y [las] formas de religiosidad, esto era algo, por lo demás, que le permitía anunciar el inmediato futuro de su práctica historiográfica donde los problemas de la investigación⁷⁸ estarían directamente conectados con los objetivos renovadores de la enseñanza de la historia universitaria española:

De acuerdo con este designio, un grupo de trabajo de la Universidad de Valencia en que figuran, además del autor, otros dos profesores numerarios de la misma, prepara actualmente la redacción de un «Manual de Historia de España» cada una de cuyas partes o períodos desarrolla sucesivamente 4 aspectos del mismo: «Paisaje-Economía-Sociedad», «El Estado», «Cultural-sensibilidad colectiva-Religión», «Relaciones Internacionales». De esta forma se pretende reconstruir una unidad del relato historiográfico que ni en la obra de Braudel ni en las de los culturalistas se encuentra lograda.⁷⁹

⁷⁵ *Ibidem*, p. 9 y n. 15. El Congreso de Estocolmo que Jover fecha en 1961, se celebró en una atmósfera de gran tensión política del 21 al 28 de agosto de 1960 (vid. K.D. Erdmann, *Toward a Global Community of Historians...*, op. cit., pp. 244 ss.).

⁷⁶ J.M^a. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», op. cit., p. 8.

⁷⁷ *Ibidem*. A lo largo de tres páginas, establece las distintas posibilidades metodológicas dirigidas a restablecer la unidad entre la historia política, de las ideas, la historia cultural y la social (de los elementos religiosos y morales, de los hechos económicos y sociales) (op. cit., pp. 8-11).

⁷⁸ Una relación comentada de sus investigaciones contemporaneístas en M^a. T. Menchén Barrios, «El profesor José María Jover y la historia del siglo XIX», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 9 (1988), pp. 47-52.

⁷⁹ J.M^a. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», op. cit., p.9, n.17. Jover anunciaba la *Introducción a la Historia de España*, Barcelona, Teide, 1963, el manual cuya primera edición estaba preparando con el catedrático de *Historia de España Antigua y Media*, Antonio Ubieto, y el de *Historia de España de las Edades Moderna y Contemporánea*, Juan Reglá, cuyos contenidos se habían pensado desde «la problemática actual de la ciencia histórica, buscando un equilibrio expositivo entre los aspectos económicos y sociales, políticos y culturales y de relación con el exterior que definen, en su conjunto, cada período de nuestra historia» («Pórtico a la primera edición», reprodu-

Conviene indicar también que estos juicios se relacionaban con su pregunta acerca del desarrollo de la historia de las relaciones internacionales en Alemania. Ante esta cuestión, las respuestas de Jover incluidas en la *Memoria* eran de dos tipos: una genérica, explicando que por su relativa impermeabilidad a las corrientes sociológicas internacionales más vivas, por su fidelidad a los viejos esquemas heredados de Ranke⁸⁰ y por mantener la *primacía del Estado*,⁸¹ los modelos alemanes *son menos directamente inspiradores* que los brindados por la historiografía francesa representada por Renouvin y la italiana orientada por la *aleccionadora y magistral obra* de Federico Chabod, *Storia della política estera italiana dal 1870 al 1896*.⁸² Y una más

cido en la 10 ed. de 1974, p. VII). A partir de la segunda edición (1965) se incorporó a la relación de autores el catedrático de *Historia General de España* en Barcelona, Carlos Seco Serrano, encargado de escribir la cuarta parte dedicada «a los períodos más cercanos a nosotros» bajo el título de «Nuestro tiempo». En colaboración con Reglá, Seco y Emilio Giral –encargado del apéndice documental–, Jover había colaborado en otro manual: *España moderna y contemporánea*, Barcelona, Teide, 1964.

⁸⁰ Traduciendo directamente de la reseña citada de J. Droz, explica: *El hecho esencial (de la tradición historiográfica alemana) sigue siendo la influencia persistente de Ranke, cuyo mérito estriba, a los ojos de los alemanes, en haber demostrado la primacía de la política exterior en la vida de los Estados, y en haber opuesto al ideal cosmopolita del siglo XVII, las exigencias de la guerra que obligan a los pueblos a tensar sus energía y a acrecer su poderío* (J. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 11, n. 20; y Droz, *op. cit.*, p. 1). El subrayado en el original. Por lo demás, el legado de Ranke en la historiografía alemana tras 1945 en E. Schulin, «Universalgeschichte und Nationalgeschichte bei Leopold von Ranke», W.J. Mommsen (ed.), *Leopold von Ranke und die moderne Geschichtswissenschaft*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1988, pp. 37-71 (en particular 68-71).

⁸¹ En el texto del informe señala que la obra de Hans Herzfeld de una excepcional difusión en los medios universitarios como tratado orientador, constituye un excelente «specimen» de hasta qué punto la historiografía alemana continúa fiel a la idea del «sistema de Estado» como objeto de todo estudio de las relaciones internacionales (*op. cit.*, p. 11). En nota 21, cita su libro *Die Moderne Welt, 1789-1945* (t. I, *Die Epoche der bürgerlichen Nationalstaaten, 1789-1890*, Braunschweig, Georg Westermann Verlag, 1952; el segundo tomo se publicó en 1960). Se trata, sigue escribiendo, de la tercera parte de la *Geschichte der Neuzeit* dirigida por Gerhard Ritter y cuyo primer volumen era la obra de Erich Hassinger, *Was Werden des Neuzeitlichen Europa, 1300-1600*, Braunschweig, Georg Westermann Verlag, 1959. Sobre el profesor de la universidad de Berlín, Hans Herzfeld, *vid.* la voz que le dedica W. Weber, *Biographisches Lexicon...*, *op. cit.*, pp. 236-237.

⁸² J.M.^a Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, pp. 11-12. Sin abandonar sus investigaciones sobre el Renacimiento italiano, desde mediados de los años treinta, Chabod se había dedicado al estudio de la política exterior, dando a la luz su fundamental estudio sobre la cultura política y la vida moral de la clase dirigente italiana postunitaria. Sobre este historiador que fue un opositor intelectual al fascismo, miembro de la Resistencia y del Partido de Acción, *vid.* A. Dupront, «Federico Chabod», *Revue Historique*, 85, 225 (1961), pp. 261-294; G. Sasso, *Il guardiano della storiografia. Profilo di Federico Chabod e altri saggi*, Napoli, Guida, 1985; y S. Soave, *Federico Chabod politico*, Bologna, Il Mulino, 1989. A juicio de Jover, tras la lectura de la obra de Chabod, el historiador español está obligado, por la fuerza misma de los hechos que

concreta, al apuntar como una referencia innovadora el libro *Gleichgewicht o der Hegemonie (Igualdad de poderes y Hegemonía)* escrito por el archivero de Margburgo, Ludwig Dehio.⁸³ Estas valoraciones se correspondían perfectamente con la evolución de la trayectoria de Jover en esta temática. Esta partió del hundimiento en Westfalia del designio hispánico de organizar la política continental, para pasar a tratar el papel desempeñado de los *confines atlántico y oriental de Europa* en la crisis de la política imperial de Carlos V, y plantear a continuación el tema de la ordenación del equilibrio europeo en la Paz de Utrecht de 1713. Y, en buena medida, se corresponderá con su esfuerzo por aportar un enfoque original de la historia de las relaciones internacionales españolas en los siglos contemporáneos: desde la dislocación del imperio ultramarino hispano decidido en el Congreso de Viena hasta la *catástrofe de 1898* y principios del siglo XX.⁸⁴

En su efectos cognitivos permanentes, los conceptos adquiridos y las certezas cautivadoras de la historiografía internacional, le permitirán superarse a sí mismo, clarificar sus ideas expresadas en la conferencia zaragozana dedicada a «La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras de Liberación (1808-1814)» y ofrecer un verdadero programa de trabajo, que él mismo desarrollaría mediante la superposición de textos escritos en diferentes épocas. Sobre el resumen de algu-

estudia a repartir su atención entre la sociedad y el Estado cuando trata de las relaciones internacionales de España en época contemporánea.

⁸³ L. Dehio, *Gleichgewicht o der Hegemonie. Betrachtungen über ein Grundproblem der neueren Staatengeschichte*, Krefeld, SchepeVerlag, 1948 (traducida al inglés como *The Precarious Balance. Four Centuries of European Power Struggle*, New York, 1962). Hijo del famoso historiador del arte Georg Dehio, había nacido en Königsberg en 1888 y murió en Margbur en 1963. Estudió Historia, Filosofía, Economía e Historia del Arte, doctorándose en Filosofía en 1933 y sirviendo como oficial en el ejército durante la Primera Guerra Mundial. Archivero del estatal de Berlín y en el de los servicios secretos prusianos, en 1933, fue relegado por el gobierno nazi (tenía un antepasado judío), iniciando un exilio interior (*innere emigration*) hasta 1946, sin ninguna actividad pública, aunque sí intelectual. Director del archivo estatal de Marburg (1946-1954), en sus últimos años, fue nombrado profesor honorario de *Historia Medieval y Moderna* en Marburgo, convirtiéndose en el editor de las *Obras* de Freidrich Meinecke de cuyo círculo había formado parte en los años veinte y treinta. La bio-bibliografía de este historiador en T. Schieder, «Ludwig Dehio zum Gedächtnis 1888-1963», *Historische Zeitschrift*, 201 (1965), pp. 1-12; Volker R. Bergahn, «Ludwig Dehio», en H.-U. Wehler (ed.), *Deutsche Historiker. IV, op. cit.*, 1972, pp. 97-116; y T. Beckers, *Abkehr von Preußen. Ludwig Dehio un die deutsche Geschichtswissenschaft nach 1945*, Aichach, 2001. Su depuración por los nazis en H. Beck, «Between the Dictates of Conscience and Political Expediency: Hitler's Conservative Alliance Partner and Antisemitism during the Nazi Seizure of Power», *Journal of Contemporary History*, 41, 4 (2006), p. 630.

⁸⁴ Junto a la recopilación de trabajos, incluidos en su libro *España en la política internacional. Siglos XVIII-XX, op. cit.*; la relación de sus obras de esta temática en R. de la Torre del Río, «José María Jover y la historia de las relaciones internacionales de las últimas décadas del siglo XIX y de las primeras del XX», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 9 (1988), pp. 53-58.

nos temas centrales de la reflexión metodológica de Jover apuntados en la *Memoria*, podemos observar el despliegue de este «efecto palimpsesto» en los cuatro capítulos de la «Edad Contemporánea» que redactó para el manual *Introducción a la Historia de España*.⁸⁵ También, en su excelente contribución al homenaje rendido por los historiadores franquistas a Johannes Vincke titulada «Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX».⁸⁶ Y, unos pocos años más tarde, en la obertura al volumen IX de la edición española de la *Historia del Mundo Moderno de la Universidad de Cambridge* donde escribió:

Esta referencia del proceso histórico peninsular entre 1789 y 1834 a unas coordenadas europeas, occidentales, se nos manifiesta como especialmente necesaria si recordamos que, siendo el período referido uno de aquellos en que la presión de la «gran historia» –continental y atlántica– interfiere de manera más decisiva el desarrollo de las sociedades peninsulares, haya sido y sea también uno de los que vienen recibiendo desde siempre un tratamiento más «casticista» por parte de nuestra historiografía. Es decir, un tratamiento más desconectado de procesos y modelos de ámbito más ancho al peninsular. De cómo las limitaciones de un método han contribuido a crear ideología, y de cómo la ignorancia –invencible o aceptada– de unas sólidas líneas de referencia que operan a escala occidental han contribuido a forjar el cómodo y útil tópico de la «España diferente», son motivos de reflexión que bastará apuntar aquí.⁸⁷

En tal sentido, junto a las *meditaciones* culturalistas del británico Barraclough, fueron las *concepciones* de Dehio (la historia de las po-

⁸⁵ Los capítulos redactados por Jover fueron: «La gran crisis bélica (1808-1843)», «La era isabelina y la revolución (1843-1875)», «La época de la Restauración (1875-1902)» y «La época de la violencia» (*Introducción a la Historia de España*, *op. cit.*, 1965², pp. 417-765).

⁸⁶ J.M^a. Jover, «Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX», en *Homenaje a Johannes Vincke*, Madrid, CSIC-Görres-Gesellschaft zur Pflege der Wissenschaft, 1962-1963, II, pp. 751-794 (reproducido en *Política, diplomacia y humanismo...*, *op. cit.*, pp. 83-138; y en *España en la política internacional. Siglos XVIII-XX*, *op. cit.*, pp. 111-172). En la presentación de *Política, diplomacia y humanismo popular* señalaba que la conferencia, *con destino al homenaje ofrecido al profesor Johannes Vincke*, era la *Mínima correspondencia, por cierto, a las atenciones recibidas del sabio hispanista alemán durante mi estancia en Friburgo de Brisgovia durante el año 1961* (*op. cit.*, p.17). La idea del «efecto palimpsesto» la recojo de L. Gemelli, *op. cit.*, p. 90-95.

⁸⁷ J.M^a. Jover, «España en la transición del siglo XVIII al XIX», introducción al volumen IX de la edición española de la *Historia del Mundo Moderno de la Universidad de Cambridge, Guerra y paz en tiempos de revolución, 1793-1830*, Barcelona, Editorial Ramón Sopena, 1971, pp. V-LXXXII (reproducido en *Política, diplomacia y humanismo popular...*, *op. cit.*, pp. 141-227; la cita en p. 143). En origen las ideas aquí expuestas se encontraban esbozadas en su conferencia «La guerra de la Independencia española en el marco...», *op. cit.*

tencias europeas en su búsqueda de la hegemonía, la ampliación de las fronteras históricas de Europa al Atlántico y Asia, la ruptura de los equilibrios de poder y la situación de dependencia europea en la historia internacional creado por la hegemonía norteamericana), las que para Jover venían a *renovar las posibilidades de integración de la historia española contemporánea en el marco de una historia mundial*.⁸⁸

En el terreno de la investigación, esta toma de posición se comprendía mejor al confrontar las conclusiones obtenidas siguiendo el modelo de Ranke con el inspirado en Dehio. A la altura de 1961, el primero le parecía muy distante después de evaluar los resultados obtenidos por *un alumno nuestro, Salom, al que fue dado con anterioridad conocer a fondo la historiografía germánica*. Preparada desde la metodología rankeana que reducía la historia de la política exterior española a términos «*histórico-mundiales*», *entendiendo como tales los que se identifican la Historia Universal con la historia del sistema europeo de Estados centrado en los pueblos del Norte*, la tesis doctoral *España en el sistema europeo de Bismarck (1871-1888)*, confirmaba la *marginalidad de facto de la Península y el aislamiento español*.⁸⁹ Mientras tanto, siguiendo a Dehio, la consideración de tres espacios estratégicos diferentes (el Mediterráneo occidental, el mar de las Antillas y el mar de China meridional), hacía que cobrara sentido la hipótesis de España como una *pequeña potencia mundial*, pues, como es sabido, *el centro de gravedad de la política exterior de España en el siglo XIX estaba en el segundo de los tres espacios mencionados*.⁹⁰

De esta suerte, en la primera de las conclusiones de su informe resaltarán *in extenso* los valores para la práctica histórica del modelo establecido por el historiador alemán:

Dentro de la «Edad Moderna», el siglo XIX español muestra una fisonomía particularmente diferenciada de las precedentes centurias españolas de modernidad. En efecto, la realidad de una «Monarquía española» asentada sobre ambos hemisferios, con clara fisonomía de comunidad atlántica, tiene su liquidación a comienzos del siglo XIX. La fragmentación de la comunidad hispánica en una veintena de comunidades autónomas supone, para aquéllas, un hecho histórico de relevancia excepcional. Si en la historiografía francesa han podido subrayarse las líneas de continuidad que ligan la historia francesa anterior a la Revolución con la dialéctica misma del XIX francés (y éste proceso «esencial» de la historia del pueblo francés en las últi-

⁸⁸ J.M^a. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 13.

⁸⁹ Dirigida por Jover, la tesis de Julio Salom Costa se leyó en la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia en 1960 (en libro apareció como *España en la Europa de Bismarck. La política exterior de Cánovas (1871-1881)*, Madrid, CSIC-Escuela de Historia Moderna, 1967). *Vid.* también *infra* notas 168 y 169.

⁹⁰ J.M^a. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 13.

mas centurias), el proceso «esencial» de la historia del pueblo español en los tiempos modernos –la población del continente americano y la articulación de una comunidad atlántica cultural y política– experimenta su crisis más decisiva en los lustros en que la «nación española», definida en nuestra primera Constitución escrita como «reunión de todos los españoles de ambos hemisferios», pasa a confirmarse en numerosas Comunidades Autónomas de las cuales una sola (la peninsular) continuará, a efectos historiográficos, la protagonización de esa realidad histórica que llamamos «España». En consecuencia, el período de crisis bélicas que se tiende entre 1808 y 1840 (guerra de la Independencia, guerras de Emancipación, guerra carlista) constituye, en nuestra historia nacional, una «frontera de tiempo» tan peculiar y decisiva, que permite segregarse de los tiempos modernos nuestro siglo XIX con harta mayor tranquilidad de conciencia que cuando se opera con otra historia nacional de Occidente. La diferencia entre una Monarquía española concebida, política, económica e internacionalmente como una comunidad peninsular-indiana (ss. XVI, XVII y XVIII) y un Estado español concebido como potencia europea periférica se segundo orden (ss. XIX y XX) constituye el más acusado contraste estructural que cabe contraponer dentro de la historia española de los últimos cuatro siglos. Ahora bien, es evidente que los moldes histórico-universales en que cabe insertar tal distinción, tal principio de periodificación, sólo son inteligibles a través de un recurso a la obra de Dehio.⁹¹

Sin embargo, las certezas apremiantes de estos análisis no bastan para disipar las ambivalencias y acomodaticias disponibilidades de José María Jover en el tránsito definitivo de su fase modernista a la contemporaneísta. En este último caso, las ambivalencias afectan a los sectores más críticos y progresistas de los historiadores alemanes –que Jover no menciona–. Para estos círculos que respiraban la singular atmósfera heidelbergeriana dominada por la figura de Hans-Georg Gadamer y los aires traídos desde Norteamérica por Karl Löwith o los exiliados francfortianos,⁹² Ludwig Dehio era un miembro de la tradición historiográfica del

⁹¹ *Ibidem*, pp. 17-18. Es muy significativo del impacto que le produjo la obra de Dehio el siguiente dato: de todos los historiadores que cita en las 23 páginas de la memoria, L. Dehio aparece mencionado 7 veces (5 en la página 13) y siempre elogiosamente. Ya en la introducción a lección inaugural del curso de 1960-61 le había dedicado el siguiente párrafo: *Ha sido el historiador alemán Dehio el que, valerosamente, se ha puesto a la tarea de sustituir los viejos esquemas heredados de Ranke por otros más objetivos, más realistas, en los que cabe insertar sin violencia la magna experiencias histórica de nuestro propio tiempo* («Sobre la situación actual del historiador», *op. cit.*, p. 235; y p. 237).

⁹² Vid. la breve pero enjundiosa «Nota preliminar» escrita por J.A. Pardos a la traducción española de la tesis doctoral de R. Koselleck leída en noviembre de 1954 en Heidelberg, *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, Madrid, Editorial Trotta-Universidad Autónoma de Madrid, 2007, pp. 11-16; y D. Claussen, *Theodor W. Adorno...*,

período prehitleriano. Un *outsider* dentro del gremio al estar considerado un archivero que había producido una historia de las relaciones internacionales de tinte conservador y ajenas a los progresos de una historiografía en plena reconfiguración de la interpretación histórica.⁹³

De cualquier modo, mientras aquellos grupos comenzaron a relegarlo intelectualmente,⁹⁴ la defensa realizada por el ex-editor de la *Historische Zeitschrift*⁹⁵ de la continuidad entre la historia de la gran Prusia y el III Reich vista desde la *primacía del equilibrio europeo*, le confirió gran predica-

op. cit., pp. 199 ss. Quizás convenga advertir que en Heidelberg estaba Werner Conze y en Colonia, Theodor Schieder. Ambas universidades se convertirán en centros de escuelas de historiadores. Con el último de los catedráticos citados se habilitará el cabeza de filas de la escuela de Bielefeld, Hans-Ulrich Wehler. Por su parte, un análisis de la adaptación del pensamiento del historiador Conze a la nueva situación académica, en la colaboración de Th. Etztemüller, «Kontinuität und Adaption eines Denkstils. Werner Conzes intellektueller Übertritt in die Nachkriegszeit», en el volumen colectivo editado por B. Weisbrod, *Akademische Vergangenheitspolitik*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2002, pp. 123-146. Con la mirada puesta en el telón de fondo de 1945, para estos temas y los que siguen *vid.* la visión panorámica que ofrecía J.J. Carreras en su artículo «La historiografía alemana en el siglo XX: la crisis del historicismo y las nuevas tendencias» *Razón de Historia. Estudios de historiografía*, Madrid, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000, pp. 58-72 (especialmente pp. 58-67).

⁹³ Junto a las páginas que le dedica G.G. Iggers, *The German Conception of History...*, *op. cit.*, pp. 230, 259-260, 263 y 268; *vid.* W. Schulze, *Deutsche Geschichtswissenschaft nach 1945*, München, 1989, pp. 87-109.

⁹⁴ El propio F. Fischer en el contexto de la Fischer-Kontroverse desarrollada al atribuir la culpa de la Primera Guerra Mundial sólo a Alemania, primero, en un artículo de 1959 y luego en su libro *Der Griff nach der Weltmacht. Die Kriegszielpolitik des kaiserlichen Deutschland* (Düsseldorf, 1961), le atacó duramente tachándolo de historiador desfado por olvidar las interrelaciones entre la política exterior, los intereses económicos y los aspectos sociales interiores (*vid.* G.G. Iggers, *New Directions in European Historiography*, Middletown, Conn., Wesleyan University Press, 1984², p. 91; y Th. Beckers, «Das Geschichtsbild des Historikers Ludwig Dehio und die Fischer-Kontroverse», en Th. Beckers, Th. Gerhards y Ch. Rooff (eds.), *Zur Erkenntnis der Gegenwart prägenden Faktoren der Vergangenheit...*, *Projekte zur deutschen und europäischen Geschichte in Düsseldorfer Magister- und Examensarbeiten*, München, Neuriel, 2001, pp. 301-327. Junto a la referencia que le dedica H. Mommsen en su clásico artículo «Historical Scholarship in Transition: the Situation in the Federal Republic of Germany», *Daedalus*, 2, C (1971), pp. 485-508 (especialmente pp. 492-493), una exposición sintética de las tesis Fischer, un historiador modernista, hasta entonces, conocido por sus trabajos de historia de la religión, en E. Husson, *Comprendre Hitler...*, *op. cit.*, pp. 69-104; y A. Prost y J. Winter, *Penser la Grande Guerre...*, *op. cit.*, pp. 66-69.

⁹⁵ L. Dehio, fue el editor, «refundador» de la *Historische Zeitschrift* desde 1949 hasta 1956. En la historia de la publicación por excelencia de la comunidad de historiadores alemanes al director casi perpetuo F. Meinecke le había sustituido Karl Alexander von Müller que adaptó la revista al curso del nazismo hasta que, en 1945, fue interrumpida su publicación. A Dehio le sucedió en la dirección el antiguo nazi, Theodor Schieder. Sobre las «continuidades» y rupturas en la revista, *vid.* B. Faulenbach, «Die Historische Zeitschrift. Zur Frage geschichtswissenschaftlicher Kontinuität zwischen Kaiserreich und Bundesrepublik», *Tijdschrift voor Geschiedenis* 99 (1986), pp. 517-529; y W. Schulze, «Zur Geschichte der Fachzeitschriften. Von der "Historische Zeitschrift" zu den "zeitenblicken"», *Historical Social Research*, 29, 1 (2004), pp. 123-137.

mento entre los historiadores católicos alemanes. No por casualidad, estos últimos intentaron aprovechar la oportunidad de la postguerra para superar la marginación intelectual en la que los había situado, primero, la Alemania bismarckiana y, más tarde, el nacionalsocialismo, transformándose en los portadores historiográficos de la idea de «Reich».⁹⁶ En aquel contexto y dentro de la «continuidad rupturista» que se produjo en la tensionada historiografía alemana después de 1945,⁹⁷ las afinidades intelectuales con Dehio se veían justificadas al tratarse de un historiador que, si bien su reinterpretación de la historia diplomática lo situaba en los márgenes de la escuela historicista, los resultados de su investigación lo vinculaban con los sectores neo-rankeanos encabezados por el anciano historiador liberal, guardián del historicismo, Friedrich Meinecke, y la autoridad dominante del nacionalista Gerhard Ritter.⁹⁸ Un grupo del que formaban parte, entre otros, Hans Rothfels, Hans Herzfeld o el mismo Fritz Fischer, en tanto principales representantes de la ética de la «catástrofe» con la que la historiografía prusiana «restaurada» había comenzado a revisar su pasado más reciente.

Dando vueltas, una y otra vez, al laberinto bismarckiano, estos historiadores planteaban el problema de las responsabilidades argumentando por elevación, es decir, «contemplando el régimen nacional socialista como un episodio más, si bien extremo, de una crisis general europea

⁹⁶ Vid. O. Heilbronner, «The Place of Catholic Historians and Catholic Historiography in Nazi Germany», *History*, 88, 290 (April 2003), pp. 280-293; y «From Ghetto to Ghetto: The Place of German Catholic Society in Recent Historiography», *The Journal of Modern History*, 72 (June 2000), pp. 453-495). Un apunte sobre los comportamientos de la historiografía católica en los momentos de cambio político en M.A. Marín Gelabert, «Els Simposia d'història social de la religió, 1998-2004», en M.A. Marín Gelabert (ed.), *VI Simposium d'Historia Social de la Religió*, Palma de Mallorca, Bisbat de Mallorca, 2005, pp. 9-20.

⁹⁷ Vid. la opinión de L. Gall, «Aber das sehen Sie mir nach, wenn ich die Rollen des Historikers un die Staatsanwalts auch heute noch als die am stärksten auseinanderliegenden ansehe... Interview mit...», en R. Hohls, K.H. Jarausch y T. Bathmann (eds.), *Versäumte Fragen: deutsche Historiker im Schatten des Nationalsozialismus*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 2000, pp. 306-308.

⁹⁸ El luterano Ritter (1888-1967), estudió en Munich, Leipzig, Heidelberg y Berlín, doctorándose en 1912 con la tesis «Die preußischen Konservativen und Bismarcks deutsche Politik, 1858-1876». Profesor en Heidelberg (1918-1923), Hamburgo (1923-1925) y Friburgo (1925-1956), perteneció a la oposición conservadora al nazismo (fue encarcelado en 1944-1945) y, hasta su muerte a los setenta y nueve años se convirtió en la autoridad dominante en el mundo académico alemán. Una primera aproximación a la bio-bibliografía de G. Ritter, en el artículo de A. Dorpalen, «Gerhard Ritter», en la gran obra colectiva coordinada por H.-U. Wehler, *Deutsche Historiker. Band I*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1971, pp. 86-99; W. Weber, *Biographisches Lexikon...*, op. cit., pp. 476-477; y J.J. Carreras, «La historiografía alemana en el siglo XX:...», op. cit., pp. 60-62. Jover resaltará la importancia de la obra de Ritter, dedicándole una amplia nota bibliográfica en la *Memoria*, recordando que la biografía de Stein, *encaja en el conjunto de la obra ritteriana encaminada al estudio de las grandes figuras y las grandes corrientes de la tradición prusiana* (op. cit., p. 22, n. 41).

incubada desde finales del siglo XIX». ⁹⁹ De hecho, alrededor de Gerhard Ritter, se desarrolló una verdadera empresa de salvamento del II Reich mediante la construcción de una representación bipolar de la historia alemana. ¹⁰⁰ En esta lectura maniquea de oposiciones radicales, a Bismarck se le veía como el último héroe del Antiguo Régimen enfrentado al genio del mal, Hitler, considerado la personificación de todas las tendencias destructivas de la modernidad que, como una aberrante fatalidad, se habían abatido sobre Alemania. A veces, el argumento seguía viajando hacia el pasado y solía decirse que «los orígenes del mal nos llevaban hasta la Reforma o al Renacimiento, y en estos sitios, como en los años treinta, se topaba inevitablemente con la Edad Media, una Edad Media incontaminada de todos los males de nuestro tiempo. En este recorrido habrían ido quedando atrás todas las incómodas preguntas sobre la responsabilidad del propio presente». ¹⁰¹ Y, en ciertos casos, como en el de Dehio, los razonamientos se extendían por el espacio geopolítico de las relaciones internacionales y adoptaban una perspectiva europea global para demostrar que todas las naciones que trataron de imponer su hegemonía en el continente estuvieron abocadas a la «catástrofe» (España en los siglos XVI y XVII o Francia a principios del siglo XVIII y durante el XIX). La «catástrofe» alemana del siglo XX se produjo al concentrarse en su grado mayor el instinto «demoníaco» de la hegem-

⁹⁹ J.J. Carreras Ares, «Edad Media, instrucciones de uso», en E. Nicolás y J.A. Gómez (coords.), *Miradas a la Historia. Reflexiones historiográficas en recuerdo de Miguel Rodríguez Llopis*, Murcia, Universidad de Murcia, 2004, p. 26. En este mismo sentido, *vid.* los comentarios a las obras de Meinecke, pero sobre todo a las de G. Ritter y H. Rothfels, en G.G. Iggers, *The German Conception of History...*, *op. cit.*, pp. 252-268 (especialmente 254-258); y E. Husson, *Comprender Hitler...*, *op. cit.*, pp. 145-146.

¹⁰⁰ Las dos obras e Ritter citadas por Jover *Europa y la cuestión alemana* (1948) y *La ciencia del Estado y la técnica militar* (1954) (*vid. supra* nota 17), serían comentadas, años más tarde, por J.J. Carreras explicando con claridad que la primera ofrecía el programa de trabajo que el historiador alemán desarrollaría en la segunda, «para hacer frente a las simplificaciones históricas propiciadas por la propaganda aliada y por el desamparo intelectual de muchos de sus compatriotas. Ritter reivindica a Prusia como encarnación de una racionalidad política que se manifestaría en personalidades como Federico II, Clausewitz y Bismarck, una Prusia que sería víctima después de una ideología de expansionismo guerrero de origen extranjero: el nacionalismo a la francesa, el darwinismo a la inglesa, el racismo de los pueblos danubianos. El nacionalsocialismo, en fin, sería un producto de la historia más reciente, pero no de la alemana, sino de la europea, de la era de las masas» («La historiografía alemana en el siglo XX: la crisis del historicismo...», pp. 60-61).

¹⁰¹ J.J. Carreras Ares, «Edad Media, instrucciones de uso», *op. cit.*, p. 26. Por supuesto que en la creación de esta imagen, existían matices y discrepancias. Así, conectando con lo señalado por Heilbronner, recordaremos al historiador católico y federalista Franz Schnabel quien desde su concepción de que la «verdadera Alemania» se encontraba en el Reich medieval sostuvo una opinión crítica contra Bismarck al considerar que, el período dominado por el canciller, representaba un momento importante en el proceso de destrucción de la cristiandad medieval que aseguraba la unidad de Europa (*vid. E. Husson, Comprender Hitler...*, *op. cit.*, pp. 42-47).

nía en la figura de Hitler, era su más compleja conclusión y el resultado lógico de su trabajo.¹⁰²

Jover buscó el sentido que podía tener éste «diluvio de publicística» (Ritter) dedicado a estudiar la *historia viva* de Alemania y, de entrada, lo halló al explicar que:

Ante el compromiso de toda una visión histórica heredada en la gran derrota alemana de 1942-45; más aún, ante el compromiso/comportamiento de toda una serie de mitos nacionales levantados por la gran escuela de historiadores prusianos (Prusia, Federico II, Las guerra de Libertad, Bismarck, etc.) en el «pathos» nacional que constituyó la fuerza del nacional-socialismo, los historiadores alemanes de posguerra han tenido que partir de una revisión de los puntos-clave de la historiografía germánica a la luz de una nueva ética. No se trataba, ya, de valorar como éticamente positivo todo engrandecimiento y fortalecimiento del Estado –herencias, más o menos explícitamente formulada, de la tradición prusiana–, sino de conformar los juicios de valor a los postulados de un humanismo germánico referible a la tradición goethiana y, en cierto modo, al racionalismo del Aufklärung. Al mismo tiempo, una fuerte tendencia «meridionalizante» a la que se ha aludido más arriba reasumía la tradición católica de la Germania austríaca, bávara y «alemana» en sentido estricto, para fundamentar en ella sus juicios de valor.¹⁰³

Pero, además, la obras de todos estos historiadores respondían, no sólo a una íntima vocación de claridad, de examen de conciencia colectivo al día siguiente de la catástrofe provocada por un poder demoníaco arraigado por otra parte en las tradiciones históricas del propio país, sino también a un patriótico afán de responder a la injusticia de quienes consideraban culpable de la ruina de 1945, no ya al nazismo y sus raíces, sino al entero pueblo alemán como realidad histórica y cultural.¹⁰⁴ Con estos avales éticos, históricos, patrióticos y espirituales no hay pues nada de sorprendente en que el catedrático de Valencia se aferrara a la obra de Dehio. Una vez determinada sus posibilidades de aplicación y verificada su validez explicativa, en el sistema histórico de Jover se trató de una orientación de la investigación de la historia de la política exterior del Estado español que, hasta entonces, había encontrado sus principales puntos de apoyo en los modelos de Chabod y Renouvin.

Más allá de su clave interpretativa, el relativo malestar expresado por Jover en relación con *Annales* permite establecer una línea de

¹⁰² Un análisis de los argumentos de Dehio y su comparación con los de G. Mann, G. Ritter y otros historiadores en E. Husson, *Comprender Hitler...*, op. cit., pp. 29-47 (las dedicadas a Dehio, pp. 39-40).

¹⁰³ J.M^a. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», op. cit., pp. 21-22.

¹⁰⁴ *Ibidem*.

comparación entre la posición en el seno de la historiografía alemana de Ludwig Dehio y la de Pierre Renouvin colocado en el grupo de los «marginados» por la escuela dirigida por Braudel en Francia.¹⁰⁵ También, lo autorizan las afirmaciones de Jacques Thobie, uno de sus discípulos franceses más críticos quien, después de resaltar el estatuto impreciso de las «fuerzas profundas» –incapaces por si mismas de proporcionar un fundamento para una comprensión general de la evolución de la historia de las relaciones internacionales–, concluía que la acción del Estado era la que realmente se insertaba en el centro de este tipo de estudios. La primacía por lo tanto seguía en lo político y mantenía como elemento esencial de la explicación «la voluntad de un hombre o de un grupo de hombres».¹⁰⁶ Algo que para Jover, de ninguna manera, había pasado desapercibido, pues, *Llegamos así a un punto en que la investigación de las fuerzas profundas (...), desemboca en un campo de investigación harto más complejo y sutil: la biografía*. Pero, para él, todo estaba pensado. Al estudiar la figura de Carlos V, la paradoja aparente entre las decisiones personales y la política imperial se podía, y hasta se debía, resolver mediante el recurso a Ortega y la reconstrucción de *la «circunstancia» de un hombre concreto –la situación histórica del mismo, diríamos mejor–*. Solución que, sin ninguna duda, ayudaría a alcanzar la meta de la *humanización* de la historia, solicitada *en nuestros días* por autores como Butterfield o Barraclough.¹⁰⁷ En último término, consiente nuestro ejercicio comparativo el hecho de que Renouvin hubiera sido uno de los primeros en abandonar la delimitación cronológica usual en Francia para demarcar el campo de la ciencia política del de la historia.¹⁰⁸ Mientras en Alemania fueron los historiadores de la «catástrofe»

¹⁰⁵ Vid. H. Coutau-Begarie, *Le phenomene «Nouvelle Histoire». Stratégie et idéologie des nouveaux historiens*, Paris, Economica, 1983, pp. 301-302. Desde el principio, la escuela de *Annales* volvió la espalda a la vieja historia diplomática y por extensión a la historia de las relaciones internacionales de Renouvin. Por lo demás, Renouvin fue uno de los mas feroces adversarios de Braudel y que en el panorama universitario francés de los años 50 y 60, ejerció un magisterio incomparable en la disciplina, controlando las tesis de grado leídas en la Sorbona y disponiendo de un poder académico que el propio Braudel nunca tuvo. Sobre el origen, en 1932, de la consagración académica de Renouvin y la hostilidad hacia Braudel, *vid.* G. Gemelli, *op. cit.*, pp. 58-59, 156-157, 243 y 352.

¹⁰⁶ J. Thobie, «La dialectique forces-profondes-decision dans l'histoire des relations internationales», *Relations Internationales*, 41 (1985), pp. 29-38 (*cit.* por G. Martínez de Espronceda, «Imaginación y relaciones internacionales», *Hispania*, LVI/3, 194 (1996), pp. 1102-1103). Thobie explicaba que en los casos particulares puede dosificarse la parte adjudicada a cada una de las «fuerzas profundas»: «ici un peu de nationalisme, la plûtôt de la démographies, ailleurs encore de l'économie», y así sucesivamente. Renouvin dirigió su tesis dedicada a los *Intérêts et Impérialisme français dans l'Empire ottoman, 1895-1914*, Lille, Service de reproduction des thèses, 1973.

¹⁰⁷ J.M^a. Jover, «Sobre la situación actual del historiador», *op. cit.*, p. 233-234.

¹⁰⁸ Vid. J.-B. Duroselle, «Pierre Renouvin et la science politique», *op. cit.* Por lo demás, Renouvin fue director del Instituto de Estudios Políticos desde 1945, presidente de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas (1959-1972).

quienes replantearon las relaciones entre la historia y la ciencia política a partir de la «historia del tiempo presente».¹⁰⁹

Historia Universal e Historia Contemporánea: las metamorfosis del tiempo histórico

Por eso es muy revelador que el interrogante metodológico inicial lo conectara con una segunda gran pregunta: *¿Cómo delimitar y especificar el contenido de la llamada entre nosotros «Historia Contemporánea»?.*¹¹⁰ En estas páginas, Jover se enfrenta de inmediato al problema de la delimitación en el espacio de la historia universal del marco temporal contemporáneo que, en su doble vertiente teórica y pedagógica, había aludido al comienzo de la *Memoria*:

El problema para un profesor español de «Historia Moderna y Contemporánea» tiene una importancia teórica relevante; pero, sobre todo, levanta una serie de problemas nada despreciables cuando se trata de articular, de periodificar los hechos de la historia española en los siglos XIX y XX en forma tal que las líneas maestras de tal periodificación sean referible a unos patrones europeos y universales generalmente aceptados de fronteras afuera. El problema teórico se concreta pues, también aquí, en un problema expositivo, técnico, de primera magnitud para el profesor encargado de dictar unas lecciones, de redactar capítulos de un manual universitario.¹¹¹

Desde la insatisfacción que le supone tanto la definición francesa de *Edad Contemporánea*, que acuñó el término como *comprensivo de los hechos ocurridos «desde la Revolución francesa hasta nuestros días»*, como la *versión castellana («desde la invasión francesa hasta nuestros días»)*,¹¹² la experiencia de la historiografía alemana le permite señalar sus deficiencias en la construcción conceptual y analítica de la noción. En efecto, después de confesar su *perplejidad* al observar cómo el *viejo esquema de Cellarius mantiene, tres siglos después, su vigencia*,¹¹³ el historiador representante de la cultura histórica española, opinaba acerca de la situación de abandono en el que se encontraba el concepto: subsumido en el desarrollo de los llamados *Tiempos Modernos («Neuzeit»)*

¹⁰⁹ Vid. G.G. Iggers, *The German Conception of History...*, op. cit., pp. 265-266.

¹¹⁰ J.M^e. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», op. cit., p. 14.

¹¹¹ *Ibidem*, p. 5.

¹¹² *Ibidem*.

¹¹³ *Ibidem*, p.16. Se refiere a Christophorus Cellarius, nombre latinizado de Christoph Keller (1638-1707), profesor de *Retórica e Historia* de la Universidad de Halle y autor de un compendio de cronología (1688) en el que establecía la división de la Historia en tres Edades (Antigua, Media y Moderna). Según éste autor, la Edad Media abarcaba desde la muerte del emperador Constantino (337 d.C.) hasta la toma de Constantinopla por los turcos (1453) que iniciaba la Edad Moderna.

y delimitado por las fronteras de la actualidad y el *sentido puramente empírico* del término *historia reciente* («Zeitgeschichte») –la *Contemporary History* de los historiadores anglosajones–.¹¹⁴

Sin embargo, la constatación de esta *ausencia* –que Jover extiende a toda la historiografía internacional–, no le impide advertir ciertos síntomas indicativos de la *quiebra de la periodificación tradicional*. De entrada, se refiere a la aparición del nombre *neueste Geschichte* (Nueva Historia) aplicado al período de 1789 a 1917 para destacar los efectos de presencia y diferenciación del Ochocientos y primeros años del Novecientos *en el seno de los tiempos modernos*. De ese modo, observa que la inserción de esta *peculiaridad* en la práctica historiográfica ha servido para homogeneizar el discurso histórico de los escritores de historia universal al agrupar el último siglo y medio siguiendo la más convencional y *simplista terminología* de la historiografía europea (*El siglo XIX, El siglo XX, El mundo de hoy*).¹¹⁵ Con el *precedente inmediato* de la *Histoire Générale des Civilisations*, publicada por el francés Crouzet,¹¹⁶ considera que el mejor ejemplo lo proporcionaba la *nueva Propyläen Weltgeschichte, dirigida por Golo Mann*. Elaborada desde la *doble preocupación de conceder autonomía al siglo XIX, y de acercar el comienzo de la «Zeitgeschichte» hasta el fin de la II Guerra Mundial*, para Jover, la visión global difundida en los tres volúmenes publicados otorgaba un valor interpretativo autónomo a los períodos históricos contemporáneos *de duración aproximadamente secular*.¹¹⁷ Y esto era algo

¹¹⁴ En páginas anteriores había explicado: *La historiografía inglesa, que se manifiesta siempre impermeable a la concepción aludida* (la francesa y la española), *reserva el término de «Contemporary History» para los hechos recientes, próximos al historiador que escribe, cualquiera que sea el concreto emplazamiento cronológico de este último* (*Ibidem*, p. 5).

¹¹⁵ J.M.^a Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, pp. 15-16.

¹¹⁶ Maurice Crouzet (1895-1973), fue secretario de la *Revue Historique*, dirigida por P. Renouvin (desde 1942) e Inspector general de Instrucción Pública. Director de la *Historia General de las Civilizaciones* publicada por la parisina Prensas Universitarias de Francia. En la nota 32 de la *Memoria* al plantear el tema de la continuidad del siglo XVIII francés a través de la Revolución y el Imperio, Jover señala que era el hilo conductor del tomo V de la colección, *Le XVIII Siècle. Révolution intellectuelle, technique et politique (1715-1815)*, realizado por el «herético» R. Mousnier, E. Labrousse y la colaboración de M. Bouloiseau (1953). Y *más concretamente con la idea del texto, vid. Labrousse, «1848, 1830, 1789: Comme naissent les Révolutions», en Actes du Congrès historique du Centenaire de la Révolution de 1848, Paris, 1948*. El resto de los volúmenes de la obra dirigida por Crouzet a los que hace referencia Jover eran *Le XIXe Siècle. L'apogée de l'expansion européenne (1815-1914)*, escrito por Robert Schnerb (1955); y *L'époque contemporaine. A la recherche d'une civilisation nouvelle* redactado por Crouzet (1957). La obra se vertió tempranamente al castellano por la barcelonesa editorial Destino, siendo los traductores Juan Reglá y David Romano del siglo XVIII (1958), Santiago Sobrequés Vidal del XIX (1960) y José María Espinás del XX (1961).

¹¹⁷ J.M.^a Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 15. Para

que ya lo había detectado en la *objetivamente admirable* obra de Franz Schnabel, *Historia de Alemania en el siglo XIX*, de la que anota:

*1808 como comienzo de una nueva época en la historia europea está bastante arraigada en la historiografía alemana. Considerando la Guerra de liberación alemana contra Napoleón como arranque del nacionalismo romántico alemán que desembocará en el movimiento de Unidad, las guerras de liberación como categoría histórica genérica cobraban un valor definitivo. Ahora bien, nuestra guerra de la Independencia fue la primera, en el tiempo, de las guerras nacionales de Liberación frente al Imperio Napoleónico. La idea de que ésta entrañaba el comienzo de una nueva época, explícitamente en Schnabel.*¹¹⁸

Por lo demás, dentro de los significados equívocos en que se mantenía el término *contemporáneo*, le parece evidente que la transposición del *carácter transitivo de nuestra propia época* a la historiografía ha impulsado la tendencia a *proyectar los focos de la investigación histórica, más que en los períodos logrados, nítidamente caracterizados, en las fases de transición de período a período.*¹¹⁹ Y, a la vez, ha extendido entre los historiadores el escepticismo cultural hacia *las periodificaciones rígidas*. Profundizando algo más, después de rechazar las imágenes

Jover, la *Historia Universal Propiea* muestra, como no podía menos de ser después de la experiencia de las últimas décadas y después de la labor de Dehio, una tendencia a la universalización, a la no confusión entre «historia europea» e «historia mundial» que se acusa en el mero título de los volúmenes. De éstos, he tenido la ocasión de manejar los tres últimos que eran, según mi información, los tres únicos publicados hasta hoy.

¹¹⁸ *Ibidem* p.19, n. 34; y «La guerra de la Independencia española en el marco...», *op. cit.*, pp. 85-87. Con una primera edición en 1929-1937, la *Historia de Alemania* de Schnabel se distinguía de la escuela histórica nacional de su época por tratarse de un trabajo innovador al incluir aspectos económicos, sociales y culturales (desde el desarrollo científico, técnico e industrial hasta la evolución de las creencias religiosas y las transformaciones de la sociedad alemana). F. Schnabel (1887-1966), estudió Heildelberg y Berlín, inició su carrera como archivero (1911), fue *Privatdozent* en Baden (1920) y profesor de *Historia* en la Escuela Técnica de Karlsruhe (1922-1936). Militante y parlamentario por el partido del Zentrum, fue depurado por los nazis (1936-1945), permaneciendo en Alemania. Encargado por las autoridades de ocupación americanas de reorganizar el sistema escolar de Bade-Wüttemberg, en 1947, fue nombrado profesor de historia social en la Universidad de Munich. La trayectoria de este historiador en la voz «Schnabel, Franz» en W. Weber, *Biographisches Lexikon...*, *op. cit.*, p. 527; el artículo de K.-E. Lönne recogido en H.-U. Wehler, *Deutsche Historiker. IX*, *op. cit.*, 1982, pp. 81-101; y la monografía de Th. Hertfelder, *Franz Schnabel und die deutsche Geschichtswissenschaft. Geschichtsschreibung zwischen Historismus und Kulturkritik (1910-1945)*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1998.

¹¹⁹ J.M^a. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 16. El subrayado en el original. En la nota a pie de página Jover utiliza como referencia las últimas páginas del capítulo V, «Problemas de la Historia de la Cultura» del libro de J. Huizinga, *El concepto de la historia y otros ensayos*, México, FCE, 1946, pp. 71-83.

cíclicas de la historiografía clásica para defender una concepción de la historia como *proceso y no sucesión de virajes en redondo*,¹²⁰ Jover expresará sus certezas acerca de *que estamos accediendo a una nueva Edad, todavía sin nombre, y que esta fase de acceso no comienza hoy, sino que pudo comenzar en 1945, en 1917, en 1870, tal vez en 1789*.¹²¹ Esta afirmación resultaba en buena medida comprensible si se tenía en cuenta las ideas del teólogo católico alemán de origen italiano Romano Guardini, cuyo libro más renombrado se llamaba precisamente *El ocaso de la Edad Moderna* (1950).¹²²

Para un historiador *humanista, cristiano y español*, la cita de Guardini era algo más que una mera demostración erudita o una revisión bibliográfica específica. De hecho, el voluntario doble sentido de la frase con la que califica la obra *—es significativa, pero no revolucionaria—*,¹²³ revela muy bien su universo intelectual de procedencia y el hondo arraigo de los pensadores católicos europeos en la cultura histórica española. Los libros de estos autores (el ortodoxo ruso Nicolás Berdiaeff o el medievalista católico inglés Christopher Dawson son ejemplos conocidos de otros muchos) habían alcanzado un gran éxito en la Europa de entreguerras como parte de la abundante literatura surgida sobre la decadencia y la crisis que remitía a una resurrección de lo premoderno, esto es de la Edad Media.¹²⁴ Lógicamente estos referentes y sus tesis acerca de la trascendencia de los tiempos históricos eminentemente religiosos, los orígenes cristianos de Europa y el hundimiento de la modernidad *—entendida como el proceso de disolución de los valores renacentistas hasta llegar a la Revolución francesa y sus nefastas consecuencias—*, fueron de curso legal en la historiografía del primer y segundo franquismo.

¹²⁰ *Ibidem*, p. 16. Señala que en la Historia hay un «proceso» *ininterrumpido, en el seno del cual no es legítimo, ni siquiera convencionalmente a efectos expositivos, cortar segmentos de esa triple fase en que instintivamente tendía la historiografía clásica a cifrar la trayectoria de todo período, de toda Edad: «orígenes», «auge», «decadencia».*

¹²¹ *Ibidem*, p. 17.

¹²² Romano Guardini (1885-1968), era hijo del cónsul italiano en Maguncia. Nacido en Verona pero educado desde niño en Alemania, fue profesor de filosofía católica en Berlín desde 1925 hasta la supresión de la cátedra por los nazis en 1939. En 1945 volvió a enseñar en Tubinga y, desde 1948, en Munich hasta su jubilación en 1964. Sobre el pensamiento de este autor, *vid.* las páginas que le dedica Th. Schreijäck, *Corrientes modernas en el siglo XX*, vol. 3 de la obra editada por E. Coreth, W.M. Neil, G. Pfligersdorffer, H.M. Schmidinger y B. Braun, *Filosofía cristiana en el pensamiento católico de los siglos XIX y XX*, Madrid, Encuentros, 1997, pp. 189-203.

¹²³ J.M^a. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 17.

¹²⁴ Como nos advirtió J.J. Carreras, en el período de entreguerras «La nostalgia de la Edad Media ahora podía encontrarse compartiendo nada menos que con los fascismos su lucha contra la razón y la ideología ilustrada y la búsqueda de una tercera vía entre el materialismo capitalista y el materialismo comunista. De esta manera, lo que en algunos países se bautizó de «revolución conservadora» o «antimodernismo utópico», terminó contaminado y manejado por el fascismo («Edad Media, instrucciones de uso», *op. cit.*, pp. 20).

Así lo demuestran, por ejemplo, los capítulos sobre el ocaso y la crisis que salpican la temprana *Historia General Moderna* de Vicens Vives.¹²⁵ También, la elección realizada por los impulsores de la *Biblioteca del Pensamiento Actual* de la Editorial Rialp de un texto de Guardini para abrir la colección.¹²⁶ O las citadas notas a pie de página de Jover donde comenta sus lecturas de obras católicas y su predilección muy particular por estudiar en las bibliotecas de la Universidad de la Selva Negra.¹²⁷ A fin de cuentas, en contra de lo que podía pensarse, tampoco en la Europa occidental de la segunda posguerra, las obras de estos pensadores perdieron su valor de uso. Antes bien, sufrieron una actualización coincidiendo entre otras cosas con la reformulación de la decimonónica teoría de la «tradicción cultural heredada» que combinaba el legado clásico con el legado cristiano y la historia de los pueblos latinos y germánicos. Esta teoría, diría Barraclough, obtuvo una gran difusión, «desprendida de su marco histórico, transformada en un dogma, en un artículo de fe».¹²⁸

No es necesario advertir que al final de este tipo de discurso de nuevo estaba la Edad Media y, sobre todo, el crepúsculo de la Moderna. Y tampoco que, en la década de los cincuenta y primeros sesenta, estas formas metafísicas de pensar el pasado de la civilización cristiana mantenían su impacto, cuando menos en el terreno de la especulación moral, en los círculos de intelectuales españoles que llevaban unos pocos años mirando a Europa y seguían los debates acerca del lugar que ocupaba el catolicismo en los asuntos de la humanidad.¹²⁹ Con oportunidad,

¹²⁵ J. Vicens Vives, *Historia General Moderna. Del Renacimiento al siglo XX*, Barcelona, Montaner y Simón, 1942 (baste recordar el comienzo del capítulo «El ocaso de los valores renacentistas», pp. 511-512, o las páginas 605-609 dedicadas a la crisis de la actualidad). Respecto a N. Berdiaeff que había abandonado el marxismo para convertirse al cristianismo ortodoxo quizás sea conveniente recordar que redactó su libro *Una nueva Edad Media* en Berlín, donde fue discípulo de Max Scheler, antes de su traslado definitivo a París. Editada la obra en francés en 1928, obtuvo un gran éxito de público y se tradujo a casi todas las lenguas europeas. En castellano tuvo ocho ediciones sólo de 1931 a 1938, una de ellas en la editorial derechista de Cultura Española. Dos breves noticias sobre la recepción de Berdiaeff por la historiografía del primer franquismo en G. Pasamar, *Historiografía e ideología en la postguerra española...*, op. cit., pp. 104 y 189-190.

¹²⁶ R. Guardini, *El mesianismo en el mito, la revolución y la política*, Madrid, Rialp, 1948 (con prólogo de Alvaro D'Ors). En esta obra avanzaba alguna de las ideas que desarrollaría en *El ocaso de la Edad Moderna*, como su condena al nazismo por su paganismo, anticristiano y antieuropeo que conducía al fin de Europa. La elección fue realizada por R. Calvo Serer, F. Pérez Embid y Alvaro D'Ors (cit. por G. Pasamar, *Historiografía e ideología...*, op. cit., p. 105).

¹²⁷ Vid. *supra* notas 42-47.

¹²⁸ G. Barraclough, «La continuidad de la tradición europea», en *La historia desde el mundo actual*, op. cit., p. 47-48.

¹²⁹ Por la participación en las mismas de importantes intelectuales del régimen e historiadores como L. Díez del Corral o J.A. Maravall, recordaremos las «Conversaciones católicas de Gredos», celebradas entre 1951 y 1969 y promovidas por el sacerdote Alfonso Querejazu; también las «reuniones Maldonado», tuteladas por los jesuitas y dirigidas a

en 1957, Julián Marías escribió la presentación a *El espíritu europeo*, el libro colectivo que recogía las intervenciones del grupo de intelectuales reunidos en los primeros *Rencontres Internationales de Ginebra* (1946), donde el escritor católico francés Georges Bernanos había reclamado una «Europa libre, Europa cristiana».¹³⁰ Y al año siguiente, la misma editorial Guadarrama inauguraba su colección «Cristianismo y Hombre Actual» con la traducción de *Das ende der Neuzeit* de Romano Guardini.¹³¹ Al respecto, la frase de José María Jover, *Nadie duda tampoco que esta Edad Moderna ha venido a hacer crisis precisamente en nuestro propio tiempo*,¹³² llama la atención no por su originalidad, ni por basarse en el diagnóstico extraído de un título de la publicística alemana católica posterior a 1945, sino por quién la proclama y desde dónde la defiende en 1961.

Como resultado y continuación de la primera de sus tres conclusiones sobre las variantes españolas de las *fronteras del tiempo* moderno y contemporáneo, Jover resumió este conjunto de argumentos internacionales para precisar el lugar de aparición de un pasado distinto que, situado entre 1808 y 1840, particularizaba el estudio de *nuestra historia nacional*:

No hay inconveniente –razonaba– en seguir llamando Historia Contemporánea a nuestra historia nacional de los últimos siglo y medio; es mejor el mantenimiento de un término sólidamente establecido por el uso de nuestra historiografía nacional, que la equívoca vacilación que da la tónica, en el sentido apuntado, a las historiografías continentales. Ahora bien, es necesaria limpiar el adjetivo «Contemporánea» aplicado a la historia española de

«desentrañar algunos de los problemas que tiene planteados el hombre cristiano» (vid., F. J. Caspístegui, «La Teoría del saber histórico en la historiografía de su tiempo», prólogo a José Antonio Maravall Casesnoves, *Teoría del saber histórico*, Pamplona, Urgoiti editores, 2007, pp. XCVII-CI).

¹³⁰ J. Benda, F. Flora, J. R. Salis, J.-M. Guéhenno, D. de Rougemont, G. Lukács, S. Spender, G. Bernanos y K. Jaspers, *El espíritu europeo*, Madrid, Guadarrama, 1957. Como recuerda J.J. Carreras, con alguna excepción, como la del marxista G. Lukács o el suizo von Salis, todos los reunidos estaban de acuerdo en la conclusión de que el «espíritu europeo», es decir Europa, era inocente de lo que acababa de ocurrir: los pecadores habían sido los europeos («Edad Media, instrucciones de uso», *op. cit.*, pp. 25).

¹³¹ R. Guardini, *El ocaso de la Edad Moderna: un intento de orientación*, Madrid, Guadarrama, 1958. Una Edad Moderna, la de Guardini, agotada por el proceso de secularización iniciado en 1789, cuya negatividad venía definida por las falaces certezas de la razón difundidas a través de la cultura y por la disolución, en definitiva, de los valores del humanismo cristiano. Por lo demás, la necesaria actualización de sus ideas tras la experiencia nazi y la segunda guerra mundial, hicieron que Guardini ampliara los conocidos efectos nefastos de la modernidad con la condena igualitaria al «totalitarismo pagano nazi» y al «ateísmo comunista».

¹³² J.M^a. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 17. Por modo afirmativo, volverá a citar el libro de Guardini en la p. 20.

los siglos XIX y XX de algunas gangas que, a la luz de las tendencias actuales de la historiografía continental, resultan anacrónicas y, lo que es peor, falsas. En primer lugar, esta «Historia contemporánea» forma parte de los tiempos modernos, de la «Edad Moderna»; no hay una «Edad Contemporánea». En segundo lugar, la frontera que separa nuestra «historia contemporánea» de nuestra «historia moderna» no es el mero hecho histórico del levantamiento nacional contra los franceses; sino la época de transición que entonces se abre, para cerrarse un tercio de siglo más tarde.¹³³

Estaba, por último, el problema urgente de examinar el límite entre la «Edad Moderna» (*Neuseit*) —en la cual queda integrada nuestra «historia contemporánea»— y la «Época actual» (*Zeitgeschichte*).¹³⁴ Consciente de que no existen respuestas sencillas, la solución joveriana pasa por resaltar las diferencias existentes entre la historiografía alemana y nuestra historiografía donde tal problema carece en absoluto, hasta la fecha, de un planteamiento científico.¹³⁵ La primera de las incógnitas del dilema la despejaba fijando por arriba el año de 1898 como la fecha que parte en dos etapas diferenciadas el conjunto de la «historia contemporánea» de España.¹³⁶ Para ello, siguió sacando partido a las referencias teóricas de Dehio y las orientaciones teológicas de Guardini al establecer taxativamente que: *Desde el punto de vista del «nomos» mundial, 1898 es no solamente la fecha que presencia la definitiva «peninsularización» de la historia nacional, privada en lo sucesivo de su parte antillana, sino la fecha que representa la versión española de un proceso europeo y mundial: la decadencia política de Europa como centro de la historia mundial.* Y eso, después de haber desechado tanto el confín de 1917, subrayado en su justo valor por el historiador Antonio Ramos Oliveira,¹³⁷ como la *mentalidad* restauracionista que permitía adelantar la línea divisoria de esta etapa hasta la década de 1880. En ambos casos las razones del descarte eran similares: el primero, por no

¹³³ *Ibidem*, pp. 18-19.

¹³⁴ *Ibidem*, p. 19.

¹³⁵ *Ibidem*, pp. 19-24.

¹³⁶ *Ibidem*, p. 20.

¹³⁷ El escritor socialista A. Ramos Oliveira (1907-1973), había publicado en su exilio mexicano *Historia de España*, México, Compañía General de Ediciones, 1952, 3 vols. La parte dedicada a la contemporánea estaba escrita en base al texto que había publicado en inglés, *Politics, Economics and Men of Modern Spain* (London, Víctor Gollanczy, 1946). En esta obra, los siglos XIX y XX se veían como un alternativa de «períodos revolucionarios y contrarrevolucionarios» de una «guerra civil general» que iniciada con el revolucionario de 1808-1814 alcanzaba hasta el contrarrevolucionario de 1939. La centralidad que otorga a 1917 en el tomo II, pp. 434 ss. y en el III, pp. 10-13. Sobre este autor, *vid.* la voz «Ramos Oliveira, Antonio» en *DHEC*, pp. 514-515. Unos pocos años más tarde, un discípulo de Jover, el valenciano Juan Antonio Lacomba, resaltará la importancia de ese año en la historia española en su libro *La crisis española de 1917*, Madrid, Ciencia Nueva, 1970.

mostrar en nuestra historia nacional el carácter definitivo que tiene en la historia mundial; y, la segunda, por su difícil adaptación a los moldes histórico-universales.

No obstante, esta fórmula elaborada a base de constataciones empíricas recogidas de la historiografía alemana y propuestas integradoras en el sistema histórico universal no tenía efectos historiográficos cuando se trataba de considerar en la historia española los hechos posteriores a 1939 como «historia viva» —es decir, como *Zeitgeschichte*—. ¹³⁸ En acusado contraste con sus homólogos alemanes, los historiadores españoles se encontraban aislados en esta convicción distintiva del tiempo histórico que definía el presente contemporáneo de la historia nacional. A su modo de ver, con ser evidente que *existe de hecho* una diferencia entre lo anterior y posterior a 1939, ésta quedaba oscurecida por la presencia del prejuicio o el presentimiento de que tal «historia viva» escapa, por su proximidad a nosotros, a la intendencia de los historiadores de profesión. ¹³⁹ Sobre esta cuestión, más que sobre cualquier otra, sólo podía dar una respuesta genérica y, en cierto sentido, tautológica:

En cuanto a 1939 como jalón inicial de una «historia viva», es decir, como una «Zeitgeschichte», caracterizada por su coetaneidad con el historiador posible que hoy se pusiera al trabajo, plantea, ante todo, en la historiografía española, el problema de su no elaboración historiográfica. Los historiadores españoles no estamos psicológicamente preparados para considerar «historia factible», es decir, escribible, a la de los lustros que quedan demasiado cerca de nosotros. El prejuicio de la difícil objetividad ha obstaculizado siempre —antes y después de la guerra civil—, entre los historiadores españoles, el cultivo de la historia inmediata, de la «Zeitgeschichte». ¹⁴⁰

De hecho, para un *observador español* era la mera pertenencia a la cultura histórica española la que reducía al mínimo el papel explicativo de las variables temporales, marcaba las distancias con la historiografía alemana y provocaba la *Sorpresa por el choque que resulta entre, por una parte, el prestigio de solidez y objetividad que justamente tiene ante nosotros toda obra científica tudesca; y por otra, ese sutil pre-*

¹³⁸ J.M^a. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 19. Desde la perspectiva de la explicación empírico-positivista Jover planteaba las dificultades de la práctica historiográfica de la historia del tiempo presente en la España del momento. Su planteamiento, en este caso, era bien diferente de la reflexión teórico-filosófica acerca de la idea de contemporaneidad de toda la historia realizada por «otro» historiador «innovador» español: la conferencia de J.A. Maravall, *La historia y el presente*, Madrid, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1955 (reelaborada en el capítulo V, «La Historia en su relación con el presente», de su libro *Teoría del saber histórico*, *op. cit.*, pp. 141- 166).

¹³⁹ *Ibidem.*

¹⁴⁰ *Ibidem*, p. 20.

*juicio de ligereza y de falta de seriedad científica que la historiografía académica ha creado, entre nosotros, contra aquellos que osan aplicar el oficio de historiador a temas que los políticos tienen por suyos, alegando derechos de primer ocupante.*¹⁴¹

Sin embargo, no era éste un prejuicio excluyente o que indujera a la marginación de una tendencia cuyo cultivo en la RFA de la guerra fría, de la democracia adenaueriana y su política de anclaje de Alemania en Occidente, era *extraordinario, se diría que preferente*.¹⁴² Antes al contrario, en un amplio comentario de casi tres páginas Jover subrayará, con asombro contenido y una pizca de envidia profesional, la imagen ética destilada por una comunidad cuyos miembros habían asumido la responsabilidad de *purgar* y salvar la tradición histórica del país transformando la «catástrofe» –la de la política y la de la cultura alemana–, en objeto de la historia misma. En su doble operación de conjura y, al mismo tiempo, rescate de la verdadera historia de la Alemania occidental, éste *vigoroso esfuerzo de comprensión del pasado a la luz de la terrible experiencia presente* constituía para el historiador español *a la vez, el punto de partida necesario para entender el cultivo de la «Zeitgeschichte» por parte de los historiadores alemanes de posguerra, y una de las más extraordinarias muestras de vitalidad que es dado ofrecer a una historiografía nacional*.

Por si fuera poco este contraste, el desarrollo de esta tendencia estaba en relación con la coyuntura política alemana apuntada más arriba. En efecto, impulsado por el primer gobierno de Adenauer y ligado, desde entonces, a los círculos y partidos conservadores, a finales de 1950 se había constituido el *Institut für Zeitgeschichte* de Munich que empezó a funcionar al año siguiente dirigido por Walter Goetz y el poderoso patrocinio académico que proporcionaba la figura central de Gerhard Ritter. Junto a la labor de asesoramiento oficial en el tema de los crímenes nazis y el proceso de des-nazistización, el Instituto nació como un centro de investigación autónomo dedicado al período nazi y, en general, al estudio de las fuerzas políticas desarrolladas en el mundo contemporáneo, a partir de los críticos años de 1917-1918 que marcaron la pérdida de la hegemonía mundial de Europa. Allí *se encuentra* –escribirá Jover– *el Instituto Alemán para el Estudio de la Época Nacional-socialista, que constituye un verdadero modelo de organización científica volcado al conocimiento histórico de un pasado reciente y vivo*.¹⁴³ Por otra parte,

¹⁴¹ *Ibidem*.

¹⁴² *Ibidem*, p. 21. Como texto de referencia Jover utilizó los párrafos que dedica Droz a esta tendencia, *vid.* «Les tendances actuelles de l'historiographie allemande», *op. cit.*, pp. 12-19.

¹⁴³ J.M^a. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 22. Junto a las páginas que le dedica G.G. Iggers, *The German Conception of History...*, *op. cit.*, pp. 265-266, los orígenes historiográficos de la *Zeitgeschichte* que pueden rastrearse en autores como Treitschke y la fundación del Instituto, en el capítulo de H. Möller, «Das

los privilegios concedidos a esta corriente, tanto por parte de las autoridades de ocupación occidentales como por el gobierno federal y los de los distintos *Länder*, no sólo habían fomentado la creación de otros grandes centros de *historia actual* –el *Instituto de Ciencia Política de Berlin-Dahlen* o el *Centro de Investigaciones de la Historia de Hamburgo entre 1933 y 1945*–. También favorecieron la circulación y afirmación de la *Zeitgeschichte* como una disciplina que intentaba buscar su espacio en el sistema universitario haciendo hincapié precisamente en el vínculo entre conocimiento objetivo y la aplicación de las formas teóricas a las investigaciones en equipo.¹⁴⁴

Ante esta situación imposible para la historiografía española, el comentario final de Jover lleva la impronta defensiva de una generación cuyos referentes se vieron seriamente afectados no sólo por la dictadura franquista, sino también por las aceleradas transformaciones de las disciplinas históricas ligadas, entre otras cosas, a la evolución de la coyuntura política internacional. De aquí que para explicar esta deficiencia bastara con reconocer las asimetrías institucionales y describir la escala más doméstica del problema:

Fácilmente se echa de ver la profunda diferencia de condicionamiento entre la historiografía germánica y la española, puestas a la tarea de hacer «historia de la época actual». Diferencia de problemática, diferencia de infraestructura, ya que una de las condiciones esenciales que exige el trabajo

Instituto für Zeitgeschichte und die Entwicklung der Zeitgeschichtsschreibung in Deutschland», en H. Möller y U. Wengst, *50 Jahre Institut für Zeitgeschichte. Eine Bilanz*, München, 1999, pp. 1-67. Las contribuciones de Rothfels al desarrollo del Instituto y el debate sobre la consideración de la *Zeitgeschichte* como una disciplina histórica en las distintas colaboraciones que componen el monográfico coordinado por K. Borgmann, «Hans Rothfels und die Zeitgeschichte», *Historisches Forum*, 1 (2004) (principalmente las de Th. Etzemüller y M. Beer, pp. 27-34 y 47-52, respectivamente). Con algunas imprecisiones, un apunte sobre el período del Instituto dirigido por Martin Broszat (1972-1989), en F. M. de Toro, «Historia social de la resistencia alemana al nazismo», *Historia Social*, 26, 1996, pp. 129-140 (especialmente pp. 133 ss.)

¹⁴⁴ En este sentido, es paradigmática la conferencia de H. Heimpel, *Über Geschichte und Geschichtswissenschaft in unserer Zeit*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1959. Evangelista luterano y discípulo de H. Fincke, el medievalista Heimpel (1901-1988), fue profesor en Friburgo (1928), Leipzig (1934) y en la *Reichuniversität* de Estrasburgo creada por los nazis (1941). Entre 1947 y 1966 fue catedrático de *Historia de la Edad Media y Moderna* en Gotinga, Rector de la Universidad y director del Instituto Max-Planck de Historia de la misma (1954-1971), perteneció al comité directivo de *los Monumenta Germaniae Histórica*. Su carrera académica en W. Weber en *Biographischen Lexikon...*, *op. cit.*, pp. 221-222. Para la lucha que sostuvo con su pasado y el esfuerzo que realizó para combinar la historia reciente con su trabajo de historiador –fue uno de los primeros en desarrollar el concepto «superación del pasado»–, *vid.* la reseña de R.P. Ericksen, «Nicolas Berg's Reflections on Göttingen, Siegfried Kaehler and Herman Heimpel», en el monográfico «Der Holocaust und die westdeutschen Historiker», *Historisches Forum*, 2 (2004), pp. 79-86.

*histórico sobre una época tan extraordinariamente abundante en fuentes, es el uso de técnicas de equipo para las cuales carecemos en absoluto de recursos, de instalaciones y de personal.*¹⁴⁵

Y de ahí también que considerara suficiente con mantener el nivel de la información en el plano de la «pura historiografía nacional» y la responsabilidad del oficio de historiador. Así las cosas, Jover no encontraba nada de lo que disenter en esta forma de hacer historia, por tratarse de una corriente asociada directamente a la abnegación intelectual de la comunidad historiográfica alemana y a la fuerza de convicción extraída del argumento político-moral, según el cual, *los historiadores, que rehusan juzgar, «no logran abstenerse de emitir juicio. Logran simplemente, ocultarse a sí mismos los principios en que sus propios juicios se basan»*.¹⁴⁶ Una historia del tiempo presente que, desde la fidelidad *al axioma según el cual cada generación tiende a montar la problemática de su historiografía en relación con aquellos temas que le apasionan en la viva actualidad*, hacía patente en su práctica histórica *el inusitado lugar conferido al desarrollo científico de nuestro tiempo*, como se demostraba en el tomo del siglo XX de la nueva *Propyläen Weltgeschichte*.¹⁴⁷ Y, además, permitía destacar los progresos de la práctica historiográfica en tres grandes ámbitos de investigación, pues, *Si, por encima de la congestión bibliográfica existente, buscamos lo significativo, tal vez haya que referirse a los estudios dedicados a la resistencia antihitleriana, así como a un afán de analizar históricamente las más características instituciones de la Alemania actual: partidos políticos y empresas industriales*.¹⁴⁸

Pero lo más importante de todo es que eran los mismos autores que iniciaron el examen de conciencia sobre la «catástrofe» alemana quienes

¹⁴⁵ J.M^a. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 23.

¹⁴⁶ *Ibidem*. En este punto, las palabras de Jover se veían reforzadas con una cita recogida de H. Butterfield, *Christianity and History*, *op. cit.*, pp. 196-197.

¹⁴⁷ *Ibidem*, p. 23. El subrayado en el original.

¹⁴⁸ *Ibidem*, p. 23, ns. 42, 43 y 44. En la nota 42 mencionaba la edición alemana de la obra de H. Rothfels, *Die deutsche Opposition gegen Hitler*, Frankfurt am Main, Fischer, 1951, *ampliamente divulgada por su publicación en una colección popular*, apuntando que *La relación, muy larga, podría prolongarse indefinidamente*. El libro se había publicado originalmente en inglés como *The German Opposition to Hitler*, Hinsdale, IL, Regnery, 1947. Un comentario reciente sobre la bibliografía de la resistencia a Hitler, donde se comentan las obras las clásicas obras de Meinecke, Ritter o Rothfels, en I. Kershaw, «Hitler and the Uniqueness of Nazism», *Journal of Contemporary History*, 39/2 (2004), pp. 239-254. Por otra parte, en la nota 43, Jover señalaba que el núcleo de los estudios sobre los partidos políticos alemanes del siglo XX se encontraba en Bonn (*también en un sentido de «sociología electoral», más cercano a la historiografía francesa*). Mientras que el principal centro de actividad de las investigaciones sobre *empresas industriales* lo localizaba en Colonia. *Vid.* los pasajes que dedica Droz al interés en Alemania por la sociología electoral de origen francés y la historia de los partidos políticos («Les tendances actuelles de l'historiographie allemande», *op. cit.*, pp. 8-9 y 22).

se habían puesto a la *tarea de escribir la historia actual*. Aunque, eso sí, después de acordar la fecha de 1917 como inicio del nuevo período¹⁴⁹ y concluir con claridad que «un grupo de estafadores y asesinos había estado dirigiendo a un pueblo alemán engañado...».¹⁵⁰ No era casual, por tanto, que la principal referencia en positivo de Jover fuera el historiador neo-conservador y abiertamente anticomunista Hans Rothfels, *gran propugnador de esta tendencia*.¹⁵¹ En su libro *The German Opposition to Hitler*, escrito en el exilio norteamericano, había consagrado la memoria de los «militares del 20 de julio de 1944» como el modelo de la resistencia de la Alemania tradicional, la heredera de Bismarck, frente a todo tipo de totalitarismos (el estalinista y el nacionalsocialista). Para Rothfels, la lucha contra el totalitarismo nazi se enmarcaba naturalmente en el combate contra el «otro» totalitarismo (el comunista) que había comenzado a librarse mucho antes de 1945.¹⁵² Por lo demás, al centrar su tesis en la resistencia conservadora de los militares (representantes de las élites tradicionales), excluía del marco de su explicación a los medios obreros considerados, por el contrario, la verdadera vanguardia de la resistencia al nazismo por los historiadores de la República Democrática Alemana cuyo régimen se presentaba como la auténtica continua-

¹⁴⁹ Sobre las razones historiográficas y políticas esgrimidas por este grupo de historiadores para hacer comenzar la *Zeitgeschichte* no en 1914, sino en 1917 (año de la revolución rusa y de la entrada en guerra de los Estados Unidos, es decir dos acontecimientos exteriores a la historia de Alemania –el primero visto en negativo y el segundo en positivo– que daban por terminado el predominio universal de Europa), *vid.* E. Husson, *Comprendre Hitler...*, *op. cit.*, p. 46; y la breve referencia que le dedica W. L. Bernecker en «La investigación histórica del «tiempo presente» en Alemania», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 20 (1998), pp. 87-88.

¹⁵⁰ H. Rothfels, *Die deutsche Opposition gegen Hitler*, *op. cit.* (cit. por J.J. Carreras, «La historiografía alemana en el siglo XX: la crisis del historicismo y las nuevas tendencias», *op. cit.*, p. 60).

¹⁵¹ J.M^a. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 22. El historiador nacionalista Hans Rothfels (1891-1976), estudio en Friburgo, Munich, Berlín y Heidelberg, donde se doctoró con Hermann Oncken (1918). Sirvió en el ejército alemán durante la Primera Guerra Mundial e inició su carrera como archivero en Potsdam (1920-1924), *Privatdozent* en la Universidad de Berlín (1924-1926), sirvió como profesor de *Historia Moderna de Europa* en la de Königsberg hasta 1934 en que fue separado de la cátedra por tener un abuelo judío. En 1939, se exilió en Inglaterra y dio clases en el St. John's College de Oxford, hasta su internamiento en la Isla de Man en 1940. Emigrado a Estados Unidos, fue profesor visitante en la Brown University de Providence (1940-1946) y profesor de *Historia de Europa* en la Universidad de Chicago (1946-1956). Su estancia en Norteamérica le sirvió para eliminar alguno de sus prejuicios antidemocráticos. Los datos de este autor en H. Mommsen, «Hans Rothfels», en H.-U. Wehler, *Deutsche Historiker. IX*, *op. cit.*, 1982, pp. 127-147; la voz que le dedica C. Epsstein, *A Past Renewed...*, *op. cit.*, pp. 282-284; G.G. Iggers, *The German Conception of History...*, *op. cit.*, pp. 257-258; y la biografía de J. Eckel, *Hans Rothfels. Eine intellektuelle Biographie im 20. Jahrhundert*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2005.

¹⁵² *Vid.* E. Husson, *Comprendre Hitler...*, *op. cit.*, pp. 46 y 146.

ción de la «Alemania antifascista».¹⁵³ A su regreso a la República Federal, una vez reinstalado en la Universidad de Tubinga, el empuje presentista de Rothfels se hizo sentir al fundar, en 1953, los *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* (*Cuadernos trimestrales de Historia Actual*).¹⁵⁴ Desde el manifiesto programático que introducía el primer número de la publicación impuso la línea de temas y problemas selectivos de esta corriente de investigación. Una tendencia cuya suerte encadenaba, a la vez, a una visión ética de la historia y la ocupación de un territorio estrictamente moral expresado en la consigna: *Escribir la historia de nuestra propia época es un deber*.¹⁵⁵

Por todas estas razones, la presentación de José María Jover de la historia del tiempo presente alemana era una reseña, en buena medida, entusiasta y honesta. En su itinerario intelectual, la importancia de la misma la debemos ver como un punto de articulación entre el sistema de valores profesionales –donde el total interés por la ética y la moralidad como categorías de comportamiento se asociaban a la libertad interior, la objetividad o la verdad– y la afirmación de algunos rasgos propios de su «personalidad» de historiador como fueron la apertura de miras, los impulsos de actualización científica y la confianza en el desarrollo de la historiografía española como una posibilidad de futuro. En este sentido, inmediatamente después de haber calibrado el peso de las dificultades y

¹⁵³ Vid. A. Dorpalen, *German History in Marxist Perspective. The East German Approach*, Detroit-London, Wayne State University Press-Tauris, 1985, pp. 418-428. Un análisis de la historiografía de la DDR tras 1945 en el libro editado por M. Sabrow, *Geschichte als Herrschaftsdiskurs. Der Umgang mit der Vergangenheit*, Köln-Weimar-Wien, Böhlau, 2000. En este volumen dedicado a «Historia como discurso de dominio», destaca el artículo sobre la manipulación del pasado de J. Petzold que trata de la nueva creación de un doble discurso académico acerca de la historia: en la Universidad y en la enseñanza inferior («Meinungstreit» im Herrschaftsdiskurs», pp. 287-314). Desde la perspectiva prosopográfica, vid. dos magníficas visiones generales de esta historiografía en las obras póstumas de L. Mertens, *Lexikon der DDR Historiker. Biographien und Bibliographien zu den Geschichtswissenschaftlern aus der Deutschen Demokratischen Republik* (München, 2006), y *Priester der Klio oder Hofchronisten der Partei? Kollektivbiographische Analyse zur DDR-Historikergesellschaft* (München, 2006).

¹⁵⁴ Vid. G.G. Iggers, *The German Conception of History...*, *op. cit.*, p. 355). En origen los coeditores de la publicación fueron Hans Rothfels y Theodor Eschenburg. Rothfels regresó a Alemania a finales de 1950, compaginando su cátedra de Chicago con la de *Historia Moderna* en la Universidad de Tubinga (1951-1956). Desde 1956 hasta su fallecimiento fue profesor emérito de ésta última.

¹⁵⁵ Recogida por J.M^a. Jover en «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», *op. cit.*, p. 22. El artículo-manifiesto de Rothfels al que se refiere era «Zeitgeschichte als Aufgabe», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 1 (1953), pp. 1-8. Una panorámica historiográfica sobre las tres generaciones de historiadores alemanes que, desde Rothfels, han practicado historia del tiempo presente la realiza W.L. Bernecker, «La historiografía del «tiempo presente» en Alemania: ¿una ciencia histórica republicana?», en el libro colectivo coordinado por R. Quirosa-Cheyrouze y Muñoz, *Historia de la transición en España. Los inicios del proceso democratizador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 77-85.

destacar los factores de incomunicabilidad entre ambas historiografías, Jover se apresuró a añadir: *Y sin embargo, también para nosotros es válida la consigna de Rothfels: es un deber de los historiadores españoles el escribir la historia de nuestra época. Si no la escriben los historiadores, la improvisarán los publicistas, de manera harto más precaria y precipitada de lo que corresponde a la más difícil y cargada de responsabilidades entre las reconstrucciones del pasado. Es evidente que, cuando nos dispongamos a la tarea de abordar nuestra historia reciente, los cuadros de trabajo habrán de configurarse previo estudio de esos grandes centros de historia actual.*¹⁵⁶

Ahora bien, una cosa son las declaraciones realizadas en el terreno de los principios y otra las respuestas reales aplicadas a la práctica historiográfica. Y, ciertamente, en el clima político de la España de los primeros años sesenta la prudencia metodológica y la cautela intelectual seguían aconsejando que el efecto potencial de la *historia de nuestra época*, quedara oculto en el limbo de las informaciones académicas y las expectativas de un futuro que tardaría casi tres décadas en llegar.¹⁵⁷ En este punto, la contemporaneidad no bastaba para establecer un intercambio de influencias entre dos historiografías tan distantes e intermitentes.¹⁵⁸ Ni tampoco para que la lógica del discurso histórico «cosmopolita» de Jover pudiera imponerse a la dura realidad social y los ritmos intelectuales marcados por la temporalidad histórica del franquismo.¹⁵⁹

¹⁵⁶ *Ibidem*, p. 23.

¹⁵⁷ El futuro llegaría en la década de 1990, primero, con el libro de J. Cuesta Burillo, *Historia del presente*, Madrid, Eudema, 1993. Y, cinco años después, con la celebración en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense del seminario, «Historia del Presente. Un nuevo horizonte de la Historiografía contemporaneísta», cuyos textos serían recogidos en el dossier, presentado y coordinado por J. Aróstegui, de *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 20 (1998), pp. 15-98 (con colaboraciones de F. Bédarida, M. Trebitsch, M. P. Díaz Barrado, M. Vilanova, J.-P. Rioux y W.L. Bernecker). Punto de arranque para el desarrollo disciplinar de esta forma de hacer historia, junto a libros como el de J. Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza Editorial, 2004 (se ocupa de definir la historia de lo coetáneo como historia del presente en pp. 63-107 y 143-193), su «normalización historiográfica» ha impulsado el fenómeno del asociacionismo y la aparición de publicaciones periódicas como *Historia del Presente* (2002) o la *Revista de historia actual* (2003).

¹⁵⁸ Como ejemplo de estas distancias *vid.* W.L. Bernecker, «La historiografía alemana sobre la Guerra Civil y el franquismo», y las últimas páginas de J.J. Carreras, «Distante e intermitente: España en la historiografía alemana», ambos incluidos en el monográfico editado por I. Saz, «España: la mirada del otro», *Ayer*, 31 (1998), pp. 237-265 y 267-277, respectivamente.

¹⁵⁹ De las dificultades y del variado arco de reacciones de repulsa que generaban este tipo de trabajos (desde las acusaciones ideológicas y amenazas personales hasta las virulentas críticas de algunos hispanistas), pueden servir como ejemplo las palabras de Carlos Seco Serrano en el prólogo de 1968 a la segunda edición de *Época Contemporánea (La Segunda República-La Guerra Civil-La España actual)*, t. VI de *la Historia de España. Gran Historia General de los pueblos hispanos*, dirigida por Luis Pericot García, Barcelona Instituto Gallach, 1961 (reproducido en la 3ª edición de 1971, pp. 8-9). Con este

Y es que en una dictadura la desconfianza no sólo era una obligación para un catedrático de historia contemporánea, sino casi una virtud. En realidad, olvidados los tiempos de la República en que se implantaron en la Facultad de Letras de Madrid dos asignaturas cercanas a la «historia del mundo actual», con programas dedicados a estudiar la *Historia Contemporánea Universal y de España* a partir de 1917,¹⁶⁰ desde 1939, los encargados oficiales de poner en su sitio la historia reciente de la nueva España eran los cronistas uniformados del Servicio Histórico Militar, acompañados por los eruditos adeptos de las «cátedras institucionales» de cultura militar.¹⁶¹ Y por si las cosas no estaban suficientemente claras, en 1965, el ministro de Información y Turismo Manuel Fraga Iribarne sintió la necesidad de crear la «Sección de Estudios sobre la Guerra de España», poniendo al frente de la misma al químico y funcionario del ministerio, Ricardo de la Cierva y Hoces. A partir de entonces, metamorfoseado en historiador contemporaneísta, de la Cierva se convertirá en el guardián de las esencias «nacionales» de la guerra civil y del franquismo.¹⁶²

Cabe observar, no obstante, que siete años después de su regreso de Friburgo, el catedrático y director del *Departamento de Historia Moderna* de Madrid volvería sobre estas cuestiones en la «Introducción» al volumen *En los umbrales de una nueva Edad*, presentado como un suplemento a la clásica *Historia Universal* de Goetz.¹⁶³ Como había ocurrido en otras ocasiones y sucedería en no pocas de sus obras, mientras en el primer epígrafe del prólogo redefinía los polos de «equilibrio» y «hegemonía» del nuevo sistema mundial de Estados (incluidos sus caracteres ideológicos

trabajo Carlos Seco se convirtió en uno de los primeros historiadores profesionales que escribieron historia de «nuestro tiempo» en España, desde la objetividad de la «simpatía universal» y la imparcialidad del «espíritu cristiano». Tras la aparición del volumen, Jover convenció a Seco para que adaptara estas páginas a los contenidos de un manual universitario (vid. *supra* nota 79).

¹⁶⁰ Vid. *Anuario de la Universidad de Madrid, 1932-1933*, Madrid, Universidad de Madrid, 1933, pp. 120-124. Dentro de la cátedra de *Historia Contemporánea de España* regida por Pío Zabala y Lera, la asignatura la impartía el auxiliar Luis de Sosa Pérez.

¹⁶¹ A lado del Servicio Histórico Militar, se crearon varias cátedras institucionales de historia militar. La primera fue la del «Gran Capitán» de la Universidad de Madrid (1954), seguida de la «General Palafox», entre cuyas actividades se trataban cuestiones cercanas a la «historia del presente». Vid. en general, M.A. Marín Gelabert, *La historiografía española de los años cincuenta. Las escuelas disciplinares en un ambiente de renovación teórica y metodológica, 1948-1965*, Tesis doctoral, Universitat de les Illes Balears, 2008, pp. 238-245 (consultada gracias a la amabilidad del autor). Y para el caso de la zaragozana, I. Peiró, «Los Sitios de Zaragoza», *op. cit.*

¹⁶² Vid. la voz «Cierva y Hoces, Ricardo», en *DHEC*, pp. 189-190. También la breve nota que le dedica J. Aróstegui, *La historia vivida...*, *op. cit.*, p. 24, n.11. Manuel Fraga Iribarne ocupó el Ministerio de Información y Turismo desde el 10-7-1962 al 29-10-1969 (vid., J. R. Urquijo Goitia, *Gobiernos y ministros españoles (1808-2000)*, Madrid, CSIC, 2001, pp. 127-128 y 215).

¹⁶³ J.M.^a Jover, «Introducción», *En los umbrales de una nueva Edad...*, *op. cit.*, pp. 1-58.

y morales),¹⁶⁴ la segunda parte del texto presenta el «efecto palimpsesto» producido por la reelaboración de sus ideas sobre las transiciones entre edades y las metamorfosis del tiempo histórico contenidas en la *Memoria de la Fundación Juan March*.¹⁶⁵ Pero lo más interesante a retener es que, por primera y única vez en su trayectoria ampliada de historiador, Jover se enfrentaba a la tarea de dirigir un proyecto de historia de *la edad novísima* que abarcaba el período crítico de 1935 a 1965.

Fue un trabajo de encargo de la editorial Espasa-Calpe y como tal lo solucionó de manera tan sutil que, de ningún modo, desdice nuestra afirmación anterior sobre el peso nada desdeñable de las interferencias políticas en las transformaciones intelectuales de los historiadores del franquismo y, quizá en mayor medida que en ninguna otra área, en la constitución de la comunidad historiográfica contemporaneísta. De manera estratégica, Jover realizaría una variación del conocido pensamiento de Ortega y Gasset para advertir, de entrada, que los autores de un libro de estas características lo abordan, *según la circunstancia histórica en que les sea dado escribir*.¹⁶⁶ Sobre todo si se consideraba el contexto de una historiografía donde, y así lo subrayaba al final del siguiente párrafo, *Es innegable que el oficio de historiador no cuenta con parcela más resbaladiza que la de la historia contemporánea, colocado sobre la cual el trabajador de la historia ha de partir de una inteligente desconfianza hacia unos criterios de selección y jerarquización necesariamente desasistidos de la fuerza que confiere a estos últimos una tradición historiológica establecida. ¿Qué decir de la historia contemporánea cuando ésta une a sus riesgos intrínsecos el de versar sobre una época esencialmente transitoria, el de versar sobre un rápido cambio, en el cual nosotros mismos –historiadores de esa contemporaneidad– nos encontramos inmersos?*¹⁶⁷

A este propósito no tuvo ninguna dificultad para organizar, siguiendo criterios de credibilidad profesoral, los contenidos del volumen en seis grandes apartados y seleccionar un equipo de colaboradores de su plena confianza. Y esto último lo hizo con el cuidado y esmero propios de un estilo de conducta cauteloso. Sin sitio apenas para las concesiones a la galería de intelectuales de éxito del franquismo y compañeros cate-

¹⁶⁴ *Ibidem*, pp. 9-30. El epígrafe lo titula «Un nuevo sistemas de estados mundiales»

¹⁶⁵ *Ibidem*, pp. 31-39. Este capítulo llevaba el título general del volumen: «En los umbrales de una nueva Edad» (pp. 31-58)

¹⁶⁶ *Ibidem*, p. 4.

¹⁶⁷ *Ibidem*, p. 5. En esta década de 1960 las declaraciones de Jover sobre el tema fueron constantes. Para la historia del siglo XIX, sirva como ejemplo las palabras que escribió al comienzo del prólogo, fechado en noviembre de 1963, al mencionado libro de Jaime Salom: *Historia Contemporánea: he aquí la parcela menos roturada, más desconocida, más poblada de inconsistentes fantasmas, en la conciencia histórica de los españoles (España en la Europa de Bismarck..., op. cit., p. X).*

dráticos, mandarines de la época, éste se regía fundamentalmente por las garantías que le ofrecían personajes de su entorno más cercano. De ese modo, convenció a su amigo, Juan Reglá, modernista de reconocido prestigio pero con una larga experiencia en la traducción y realización de manuales universitarios para escribir el capítulo «De la Gran crisis a la Segunda Guerra Mundial (1933-1945)».¹⁶⁸ A sus dos discípulos valencianos, Julio Salom Costa, entonces catedrático de *Geografía e Historia* en el Instituto «Miguel Servet» de Zaragoza, y Álvaro Castillo Pintado, antiguo becario con Braudel y ahora adjunto de *Historia Moderna* en Madrid, les confió respectivamente las partes dedicadas a «La pugna de la hegemonía mundial (1945-1965)» y «La emancipación de los países afroasiáticos».¹⁶⁹ Al profesor de su misma Facultad, Mario Hernández Sánchez-Barba, le encargó del capítulo «Iberoamérica»¹⁷⁰ y, para elaborar las «Tablas cronológicas», contó con la colaboración de un interino de su cátedra, el también cartagenero José Urbano Martínez Carreras.¹⁷¹ Jover completó la lista con el historiador beneditino vasco Luis María de Lojendio, autor de las páginas sobre la «Guerra y neutralidad en España (1936-1945)». Significativamente, este monje de Leyre y futuro abad del monasterio del Valle de los Caídos, aparecería en los títulos de la contraportada en su calidad de antiguo «Oficial de prensa extranjera durante la guerra en el cuartel general del Generalísimo y organizador y primer jefe de la oficina de información diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores».¹⁷² El grupo lo cerraba el sacerdote, musicólogo y rector de la Iglesia de la ciudad universitaria de Madrid, Federico Sopena Ibáñez, que se mostró dispuesto a trazar el «Panorama espiritual de nuestro tiempo».¹⁷³

¹⁶⁸ J. Reglá Campistol, «De la Gran crisis a la Segunda Guerra Mundial (1933-1945)», en J.M^a. Jover (dir.), *En los umbrales de una nueva Edad...*, op. cit., pp. 59-154. Reglá acababa de publicar *Comprende el mon. Reflexions d'un historiador*, Barcelona, Ed. Ac, 1967 (la versión castellana aparecería como *Introducción a la Historia. Socioeconomía, política y cultura*, Barcelona, Teide, 1970; red. en Madrid, Fundación Española de Historia Moderna, 2007). Para la amistad entre ambos historiadores *vid. infra* nota 185.

¹⁶⁹ J. Salom Costa, «La pugna por la hegemonía mundial (1945-1965)», y A. Castillo Pintado, «La emancipación de los países afroasiáticos», en J.M^a. Jover (dir.), *En los umbrales de una nueva Edad...*, op. cit., pp. 271-668 y 583-668.

¹⁷⁰ M. Hernández Sánchez-Barba, «Iberoamérica», en J.M^a. Jover (dir.), *En los umbrales de una nueva Edad...*, op. cit., pp. 669-737.

¹⁷¹ J.U. Martínez Carreras, «Tablas cronológicas», en J.M^a. Jover (dir.), *En los umbrales de una nueva Edad...*, op. cit., pp. 821-850. Jover fue el director de su tesis doctoral, *Relaciones entre España y la Santa Sede durante la minoría de Isabel II*, Madrid, Universidad Complutense, 1973. Una semblanza de su trayectoria académica en J.C. Pereira Castañares, «La personalidad y la obra del profesor José Urbano Martínez Carreras», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, número extraordinario (2003), pp. 7-10.

¹⁷² Fr. L. M^a. de Lojendio, O.S.B., «Guerra y neutralidad en España (1936-1945)», en J.M^a. Jover (dir.), *En los umbrales de una nueva Edad...*, op. cit., pp. 155-269.

¹⁷³ Mons. Federico Sopena Ibáñez, «Panorama espiritual de nuestro tiempo», en J.M^a. Jover (dir.), *En los umbrales de una nueva Edad...*, op. cit., pp. 739-820.

No está ni mucho menos claro en qué grado ideológico y medida estrictamente política José María Jover era el liberal que unos años más tarde diría haber sido. De hecho, a estas alturas de la década, las preocupaciones y modelos de investigación que conformaban su vida intelectual eran las de un historiador contemporaneísta cuyas experiencias no sólo culturales sino también universitarias e institucionales seguían enraizadas en la concepción *humanista y cristiana de la Historia*. Acomodadas sus certezas a los cambios de los tiempos, pues, el Concilio Vaticano II clausurado el 8 de diciembre de 1965, *marcaba la puesta al día del catolicismo, podría decirse del cristianismo entero, cara a un viraje de la historia universal que comporta, para el horizonte religioso, un condicionamiento enteramente nuevo*,¹⁷⁴ la presencia de esta dimensión de su pensamiento resultaba inconfundible en la frase final de la introducción a *En los umbrales de una nueva Edad*. Allí, una vez más, Jover recordaba a sus lectores la actualidad y vigencia de *una visión del mundo donde hay lugar para unas cuantas nociones –Dios, pecado, juicio– sin las cuales, como ha demostrado lúcidamente Butterfield en un libro profundo y sincero, queda algo de ininteligible, en última instancia, en lo más hondo de los cambios y de los eventos que presencia la historia universal*.¹⁷⁵

Por supuesto, no era éste un comentario aislado dentro de la historiografía española de la década de 1960. En un tiempo donde los primeros historiadores «marxistas» ocupaban una posición marginal en un mundo universitario, más o menos hostil, y los catedráticos «camisas viejas», envejecidos escépticos o quisquillosos, lo seguían viendo como un territorio ajeno, las visiones de este tipo formaban parte del «espíritu cristiano» que constituían la cultura histórica española. Conectadas con el nacionalismo y el hispanocentrismo –elementos considerados obvios, y nunca distintivos–, las cualidades morales del cristianismo ocupaban una posición central en el estudio de la historia contemporánea. En este aspecto sólo existían diferencias de grado entre los historiadores que, pronto –ahora, todavía no–, se considerarían a sí mismos como «liberales», y los que eran conocidos por sus ideas religiosamente conservadoras. Sin tener en cuenta este hecho parece imposible explicar los fundamentos éticos de la metamorfosis profesional de Jover, el carácter de su humanismo y la decisión que tomó a su regreso de la universidad católica de Friburgo de emprender *una aventura sin retorno* por los inciertos territorios del contemporaneísmo español.¹⁷⁶

¹⁷⁴ J.M.^a Jover, «Introducción», *En los umbrales de una nueva Edad...*, op. cit., p. 56.

¹⁷⁵ *Ibidem*, p. 58.

¹⁷⁶ Utilizo las tres palabras de Juan Pablo II con las que Jover cerraba su trabajo «En el ocaso del siglo XX: unas reflexiones sobre la guerra», en AA.VV., *Homenaje académico*

El ocaso de la Edad Moderna en José María Jover

En todo caso, Jover no emprendió el camino con apresuramiento, ni fue el fruto de una conversión paulina. Su tránsito fue el resultado de un largo proceso de reflexión interior sobre las fuentes de la historia destinada a superar su condición de historiador en el marco de la *circunstancia histórica* de la historiografía española. Entre 1951 y 1961, éste quedó plasmado en la elaboración de un proyecto «objetivamente innovador» en el que el efecto de su contacto parcial con las tendencias actuales de la historiografía alemana quedó reflejado, por un lado, en dar valor a sus nuevos itinerarios (historia contemporánea, de las relaciones internacionales, estudios de carácter historiográfico o manuales universitarios) y, por otro, en dar por definitivamente consumada la fase de sus investigaciones modernistas.

Probablemente, Jover no hubiera necesitado viajar a Alemania para que esto último ocurriera. Sin embargo, resulta innegable que Friburgo, además de un laboratorio de innovación metodológica fundamental para el sedimento de su maduración intelectual, fue el lugar en cuyo horizonte se inscribe el particular ocaso de la Edad Moderna joveriano. De hecho, las escasas referencias que dedica en la *Memoria* a su «especialidad» modernista –apenas dos párrafos y un par de notas a pie de página–, revelan con claridad su cambio de perspectiva al plasmar, desde el principio, la limitada importancia que otorgaba a estas actividades: *El tercer problema tenía un alcance mucho más concreto. Unas publicaciones sobre la política exterior de España en tiempos de Carlos V, unas conferencias en la Universidad de Valencia sobre la actitud de Luis Vives ante la mencionada política exterior, han conducido al autor de esta Memoria al planteamiento de un tema –«La paz y la guerra en la sensibilidad del renacimiento español»– que, si bien no está llamado a cuajar en ninguna publicación inmediata, si lo está a serlo de acumulación de material para los próximos años. Determinadas zonas de la bibliografía vivesiana, y la totalidad del planteamiento de la política mundial de Carlos V, requería un manejo de fuentes y libros alemanes, que una estancia en Friburgo me permitiría llevar a cabo.*¹⁷⁷

Y demuestran, en definitiva, el esfuerzo realizado por desprenderse de los modelos culturales anteriores cuya coherencia implicaba paradójicamente el arraigo en su identidad modernista original. Así pues, escribiría: *Sólo me resta, para concluir esta Memoria, que referirme*

a don Emilio García Gómez, Madrid, Real Academia de la Historia, 1993, pp. 207-216 (reproducida en *España en la política internacional...*, op. cit., 269-279, la cita en p. 279).

¹⁷⁷ J.M^a. Jover, «Las tendencias actuales de la historiografía alemana...», op. cit., p. 6. El subrayado en el original.

al tercero de los problemas que quedó aludido en la introducción. En la Biblioteca de la Universidad de Friburgo tuve ocasión de manejar algunas obras de Vives que no había encontrado en España y que han sido decisivas para mi investigación. Por lo demás, mi conocimiento de la época de Carlos V fue lo único que pude ofrecer a tantos amigos alemanes –profesores, asistentes y estudiantes de la Universidad de Friburgo– como se esforzaron en todo momento por ayudarme en mi trabajo. Solicitada y obtenida de la Fundación Juan March la necesaria autorización, pronuncie (20/VI/61) una conferencia sobre «La Península Ibérica en la política mundial de Carlos V», en la Universidad, bajo el patrocinio de la Goerresgesellschaft y del Seminario Histórico de la Universidad misma.¹⁷⁸

Realmente, se trataba de la serie de pequeños trabajos carolinos que, como una rémora de su inmediato y cada vez más distante pasado historiográfico, coexistían con la práctica histórica del presente que se revelaba precisamente contemporáneo. En efecto, en 1957, Jover había asistido al VI Congreso de Historia de la Corona de Aragón celebrado en Cagliari con la comunicación «Reino, frontera y guerra en el horizonte político de la emperatriz Isabel».¹⁷⁹ Al año siguiente, coincidiendo con las celebraciones menores del 150 aniversario del comienzo de la Guerra de la Independencia, disertó «Sobre la política exterior de España en tiempos de Carlos V», en el ciclo de conferencias promovidas por la universidad de Granada, con ocasión del cuarto centenario de la muerte del César hispano.¹⁸⁰ En 1960, en la Facultad de Letras de Valencia impartió, en febrero, un curso sobre «La paz en Vives»¹⁸¹ y, en octubre, dedicó la lección inaugural del año universitario a «Carlos V y las formas diplomáticas del Renacimiento (1535-1538)».¹⁸² No obstante, como él mismo

¹⁷⁸ *Ibidem*, pp. 23-24. Es muy significativo de lo señalado en el texto que frente a la abundante bibliografía con que acompaña su exposición sobre la historia contemporánea, sobre el período modernista sólo mencionaba un libro a lo largo del informe: *Particularmente, una obra decisiva para mi trabajo: Inés Thürlemann, Erasmus von Rotterdam und Joannes Ludovicus Vives als Pazifisten, Freiburg (Schweiz), St. Paulusdruckerei, 1932. La obrita es demasiado breve (se trata de una «Inaugural-Dissertation») y no aborda más que superficialmente el problema de referencia de Vives; pero constituye la bibliografía más directamente atinente al trabajo que tengo emprendido, y su consulta me era indispensable (op. cit., p. 24, n. 46)*

¹⁷⁹ J.M^a. Jover, «Reino, frontera y guerra en el horizonte político de la emperatriz Isabel», en *Actas del VI Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Madrid, 1957, pp. 803-829.

¹⁸⁰ J.M^a. Jover, «Sobre la política exterior de España en tiempos de Carlos V», en *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada*, op. cit., pp. 111-208.

¹⁸¹ La noticia de este curso la proporcionaba el mismo Jover en la *Memoria de 1961* (op. cit., p. 7, n. 9).

¹⁸² J.M^a. Jover, *Carlos V y las formas diplomáticas del Renacimiento, 1535-1538. Lección inaugural del curso 1960-61 en la Universidad de Valencia*, Valencia, Universidad de Valencia, 1960 (reproducida en *Anales de la Universidad de Valencia*, XXXIV (1960-61), pp. 19-182. Esta lección, junto a la comunicación «Reino, frontera y guerra en el

explicaría en la *Memoria* de 1961, lejos de seguir la estela oportunista que marcaba el termómetro de la actualidad historiográfica del primero de los Austrias,¹⁸³ los temas tratados por Jover en el pórtico introductorio a ésta última intervención venían a anunciar el final de una *fase de mi evolución intelectual*.¹⁸⁴ Y podemos deducir también que eran la expresión de su forma académica de despedirse del período. Un gesto elegante que le permitió, a la vez, cumplir con las obligaciones docentes de la institución dictando una gran lección y ofrecer con amistosa corrección el ámbito disciplinar de la Edad Moderna al nuevo catedrático recién llegado a Valencia. Este no era otro que Juan Reglá, el catalán del grupo de Vicens Vives, candidato protagonista en las oposiciones de 1949 y, desde entonces, el historiador cuya metamorfosis profesional le había llevado a transformar sus primigenios intereses medievalistas en una brillante especialidad modernista. En adelante, su amistad sería sólida y duradera.¹⁸⁵

De todos modos, el adiós definitivo de Jover se produjo con la publicación de *Carlos V y los españoles* que reunía los textos de Cagliari, Valencia y Granada.¹⁸⁶ Sin poder explicar los méritos literarios que justificaban que el libro fuera premiado con el *Nacional de Literatura* de 1963 –al margen claro está de los derivados de las relaciones subterráneas de amistad o de la «banca de intercambio de favores» que suponía el acceso a una cátedra de historia madrileña–,¹⁸⁷ lo cierto es que con esta edición dejaba atrás su

horizonte político de la emperatriz Isabel», presentada al VI Congreso de Historia de la Corona de Aragón celebrado en Cagliari en 1957 (las actas publicadas en Madrid, 1957, pp. 803-829), y la conferencia impartida en Granada, formaron el libro *Carlos V y los españoles*.

¹⁸³ El termómetro de la actualidad carolina había subido muchos grados con la celebración en París del coloquio internacional *Charles V et son temps*, del 30 de septiembre al 3 de octubre de 1958 (*Charles V et son temps*, Paris, CNRS, 1972; 1ª ed. 1959). Vid. I. Peiró, «La fortuna del Emperador», en *El espectáculo de la Historia*, Salamanca, Prensas Universitarias de Salamanca, 2008 (en preparación).

¹⁸⁴ Vid. J.Mª Jover, «Sobre la situación actual del historiador», *op. cit.*

¹⁸⁵ J. Reglá (1917-1973), fue el único de los discípulos de Vicens que se hizo con las oposiciones a la cátedra de *Historia Moderna* de Santiago de Compostela (1958), antes de fallecer el maestro catalán (vid. M.A. Marín Gelabert, «La fatiga de una generación. Jaume Vicens Vives...», *op. cit.*, p. LXVI). Trasladado a Valencia, el historiador ampurdanés desempeñó la cátedra de *Historia de España de las Edades Moderna y Contemporánea* desde 1959 hasta 1970 en que pasó a ocupar la de *Historia Moderna* de la Universidad Autónoma de Barcelona (vid. su voz en *DHEC*, pp. 518-519). La importancia de Reglá en el desarrollo de la historiografía valenciana la destaca P. Ruiz Torres en «Consideraciones críticas sobre la nueva historiografía valenciana de los años 60 y 70», en J. Azaña, E. Mateu y J. Vidal (eds.), *De la sociedad tradicional a la economía moderna. Estudios de historia valenciana contemporánea*, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert-Diputación Provincial de Alicante, 1996, pp. 15-33.

¹⁸⁶ J.Mª. Jover, *Carlos V y los españoles*, Madrid, Rialp, 1963 (reed., Madrid, Rialp, 1987).

¹⁸⁷ Hasta 1981 no recibiría el premio que realmente se merecía, el *Nacional de Historia*, que le fue concedido por el extraordinario «Prólogo» y la coordinación de *La era isabelina y el sexenio democrático, 1834-1874*, t. XXXIV de la *Historia de España de Ramón*

afán juvenil por el Emperador, arrinconando el proyecto *inmediato* de editar la *totalidad de la serie carolina del epistolario* entre Carlos V y la Emperatriz Isabel¹⁸⁸ o los materiales recogidos sobre «La paz y la guerra en la sensibilidad del renacimiento español».¹⁸⁹ Por lo demás, al margen de las reediciones de obras de los cincuenta aparecidas en los postreros años de su trayectoria vital, Jover sólo volvería a tratar cuestiones relativas a los siglos XVII y XVIII en el horizonte de su jubilación y plena emeritez, siempre con brevedad o en colaboración con alguna de sus discípulas de última hora.¹⁹⁰ Siendo muy reticente hasta el final de sus días a dar su permiso para volver a editar *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación*, el libro de 1949 producto de su tesis doctoral, dirigida por Cayetano Alcázar y premiado con el *Menéndez Pelayo* del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que le había convertido en un historiador modernista «westfaliano» y en el catedrático de *Historia Universal Moderna y Contemporánea* de la Universidad de Valencia.¹⁹¹

En este caso, la rememoración historiográfica chocaba directamente con el compromiso histórico de un momento sobre el cual hacía muchos años había pasado el autor. Y es que, desde 1961 en adelante, se produjo la aparición de un nuevo José María Jover: el Jover contemporaneísta, considerado en el contexto nacional por su papel innovador en el estudio de la historia de España del siglo XIX. El competente profesor asentado en el mercado cultural de la capital que dirige la sección de *Historia social* en el Instituto Balmes de Sociología del CSIC, pertenece al consejo de redacción de la revista *Hispania*, inicia su colaboración con la editorial Espasa-Calpe, imparte clases de relaciones internacionales en la Escuela de Diplomática y forma a un amplio grupo de investigadores universitarios. Y surge, también, el historiador de la historiografía cuya posición objetiva apuntada en su pequeña contribución al número especial dedicado a España por los *Cuadernos de Historia Mundial* de la UNESCO,¹⁹² le llevaría a obtener el reconocimiento de la profesión:

Menéndez Pidal, Madrid, Espasa-Calpe, 1981.

¹⁸⁸ J.M^a. Jover, *Carlos V y los españoles...*, *op. cit.*, p. 18.

¹⁸⁹ En el futuro, estos materiales los utilizaría como información erudita para ilustrar alguna de sus reflexiones contemporaneístas, *vid.*, por ejemplo, «En el ocaso del siglo XX: reflexiones sobre la guerra», *op. cit.*, pp. 274-275 y 276-277.

¹⁹⁰ *Vid.* M. Baldó, «Bibliografía del profesor José María Jover Zamora», *op. cit.*, pp. 53-54. Jover fue jubilado en 1986, siendo nombrado profesor emérito de la Universidad Complutense el 1 de enero de 1987, impartiendo cursos de doctorado hasta el 1 de octubre de 1994.

¹⁹¹ Su discípula M^a. Victoria López-Cordón se encargaría de editar y prologar la edición facsímil de *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación*, Madrid, CSIC [Fundación española de Historia Moderna], 2003.

¹⁹² J.M^a Jover, «Panorama of Current Spanish Historiography», *Cahiers d'Histoire Mondiale* (1961, 4), pp. 1023-1038. Con una introducción a cargo de Ramón Menéndez Pidal, el especial ocupaba las páginas 671 a 1038 y estaba dividido en tres grandes partes: «Orígenes y Edad Media» (con colaboraciones de L. Pericot, A. Truyol y Sierra, G. Menéndez

primero, al argumentar acerca de la mejor tradición historiográfica liberal decimonónica que avanzando en el XX cobraba fuerza con el reconocimiento brindado a los historiadores del exilio.¹⁹³ Y, en segundo lugar, al insertar oportunamente en la historiografía universitaria franquista una corriente «liberal» contemporaneísta en la que, sin ningún tipo de contradicciones, se verían representados alguno de sus amigos, compañeros de vivencias académicas y metamorfosis historiográficas de no menor envergadura.

En concreto, esto último se produciría a partir de 1974, momento en que Jover alcanzaría su plenitud como catedrático de *Historia Universal Contemporánea* de la Universidad Complutense. Al año siguiente, le llegaría la oportunidad de desplegar sus ideas, de forjar en la práctica su discurso de «historiador liberal» al aceptar la dirección de la prestigiosa *Historia de España* fundada por Ramón Menéndez Pidal y editada por Espasa-Calpe. Apenas unos meses después, el 20 de noviembre de 1975, murió Franco, y los historiadores de su generación, la de 1948, que sufrieron los efectos provocados por la primera «hora cero» de la historiografía nacional española pudieron perder el miedo al presente y el temor a un pasado perfilado en el horizonte de la dictadura.¹⁹⁴ Catedráticos formados en un mundo tal como fue y no como se disponía a ser, para unos pocos el «destino» –esa «palabra tan alemana y tan poco

Pidal, J. Millás Vallierosa, R. Menéndez Pidal y M. de Riquer), «Tiempos Modernos» (a cargo de J.A. Maravall, A. Barón de Castro, A. Tovar, el jesuita R. Ceñal, D. Alonso y A. Valbuena Prat) y «Síntesis» (con estudios de L. Díez del Corral, P. Laín Entralgo y J.M^a López Piñero, C. Clavería, E. Lafuente Ferrari, J. Marías y J.M^a Jover). En una de las últimas cartas escritas por J. Vicens Vives se disculpaba ante J. Maravall (miembro del comité español de la «Commission Internationale pour une Histoire du développement scientifique et culturel de l'humanité» de la UNESCO) por no poder participar en este número, recomendando que se hiciera cargo de la parte dedicada a la «cultura catalana» al padre M. Batllori («Carta de Jaume Vicens Vives a José Antonio Maravall, Lyon, 27 de abril de 1960», en J. Clara, P. Cornellá, F. Martina y A. Simon, *Epistolari de Jaume Vicens*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1994, pp. 161-163).

¹⁹³ Al respecto, es significativo y una manifestación de la generosidad admirativa de Jover el hecho de que, con salvando la nota dedicada a Vicens, en la *Memoria de la Fundación Juan March* los tres únicos historiadores mencionados en el texto fueran Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro y Antonio Ramos Oliveira. Por otra parte, desarrollando el esquema trazado en su artículo para la UNESCO, los dos artículos seminales que le valieron el reconocimiento de la profesión fueron: «El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)», en *El siglo XIX en España. Doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974, pp. 9-151 (reproducido como «El siglo XIX en la historiografía española de la época de Franco (1939-1972)», *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999, pp. 45-49); y «Corrientes historiográficas en la España contemporánea», *op. cit.*

¹⁹⁴ Sobre el significado y efectos de la primera «hora cero» de la memoria profesional de la historiografía española, *vid.* I. Peiró, «“Ausente” no quiere decir inexistente: La responsabilidad en el pasado y el presente de la historiografía española», presentación al dossier editado por I. Peiró Martín, «La(s) Responsabilidad(es) del Historiador», *Alcores. Revista de Historia Contemporánea*, 1 (2006), pp. 13-15.

cristiana»—¹⁹⁵ puso en sus manos la posibilidad de adaptar sus diferentes trayectorias a los nuevos tiempos, de pensar en «libertad» la larga *historia de nuestra época* y vivir la «segunda hora cero» de la profesión surgida de «la transición»; *proceso político, moral y mental –en el sentido de «mentalidad»– que estamos viviendo y cuya fisonomía y cuyo porvenir estamos todos contribuyendo, día tras día, a configurar*.¹⁹⁶ En tal sentido, la «historia del destino» de todos ellos juntos vendría definida por la diversidad de sus transformaciones ideológico-profesionales que ejemplificarían, en gran medida, las reorientaciones de la historiografía franquista desde principios de 1960.¹⁹⁷

En su prudente madurez, la identidad profesional de José María Jover se afirmaría como uno de los historiadores que había sido capaz de superar el pasado personal con honestidad y la ayuda de la ciencia histórica. Después de todo, en sus distintos niveles (los textos de la obra historiográfica, el espacio disciplinar académico y el de las actitudes ante la política), los orígenes de su gran transformación se encontraban en la *Memoria de la Fundación Juan March* cuyo legado aún estaba vivo, oculto, pero no apagado. Con el paso del tiempo, los efectos de aquella elección moral (alumbrada en la distancia por el ejemplo ético de los historiadores alemanes de la «catástrofe»), le pudieron llevar a adoptar las formas y experimentar las sensaciones de un «historiador liberal». Y han venido a demostrar, en definitiva, que el pensamiento original de la obra joveriana fue, en muchos sentidos, el fruto de su arraigo en las inquietudes de su tiempo, inquietudes a las cuales intentó dar una respuesta constructiva llevando a la página escrita la historia contemporánea española.

¹⁹⁵ Th. Mann, *Doktor Faustus*, Barcelona, Edhasa, 2004, p. 421.

¹⁹⁶ J.M^a. Jover, «A qué llamamos España», en *Historiadores españoles de nuestro siglo...*, *op. cit.*, p. 377 (Encuentro con Pedro Laín Entralgo, celebrado en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, en junio de 1996. Texto inédito, si bien un parte del mismo fue publicado en *Ínsula*, 616 (abril 1998), pp. 17-19). Sobre la «segunda hora cero» de la profesión, *vid.* I. Peiró, «Ausente» no quiere decir inexistente:..., *op. cit.*, pp. 16-21. Y de M.A. Marín Gelabert, verdadero introductor del concepto, su artículo «Historiadores locales e historiadores universitarios: la transición de la historiografía española, 1948-1975», en C. Frías Corredor y M.A. Ruiz Carnicer (coords.), *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España. Actas del II Congreso de Historia Local de Aragón (Huesca, 7 al 9 de julio de 1999)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001, pp. 478-490; y, especialmente, las «Conclusiones» de su tesis doctoral, *La historiografía española de los años cincuenta...*, *op. cit.*

¹⁹⁷ Planteada como una alternativa a la prosopografía, la experiencia de la emigración y el exilio como un elemento fundamental en la «historia del destino» de toda una generación de historiadores alemanes, en C. Epstein, «*Schicksalgeschichte: Refugee Historians in the United States*», en H. Lehmann y J. J. Sheehan (eds.), *An Interrupted Past. German-Speaking Refugee Historians in the United States after 1933...*, *op. cit.*, pp. 134-135.

MISCELÁNEA

**Historia socio-cultural.
El tiempo de la historia de la cultura**

JESÚS MARTÍNEZ MARTÍN



Las cuatro barras: de bandera a señora

PERE ANGUERA



HISTORIA SOCIO-CULTURAL

El tiempo de la historia de la cultura

Jesús Martínez Martín

Universidad Complutense de Madrid

Las formas de historia socio-cultural. La historia de la cultura

Estamos en el tiempo de la historia de la cultura. La denominada crisis de los paradigmas y la fragmentación de la historia, entendida como el cuestionamiento de los grandes referentes de la historia explicativa de las estructuras y de los grandes procesos, ha desplazado el centro de interés hacia otros ámbitos como la historia cultural que adquiere sentido en sí misma y no como categoría dependiente de otros niveles de análisis. Ello implica una historia interpretativa que reordena sus relaciones con la historia social, para acabar fundiéndose en una historia socio-cultural que se aleja del concepto de cultura basado en historia de las ideas como creación intelectual de la elites para ser tributaria y heredera de una cultura entendida como «la vida cotidiana de la gente en común, los objetos materiales de los que ésta se rodea, y las diversas formas de percibir e imaginar el mundo».¹ Las variables culturales adquieren así una nueva dimensión, frente a las sociológicas o económicas cuantificables, para preocuparse, por los significados, las acciones simbólicas, las representaciones, las practicas culturales. Así el análisis de la cultura desde la antropología, no consistiría en una ciencia experimental en busca de leyes, sino en una ciencia interpretativa en busca de significaciones.²

El retorno al sujeto es producto de esa prioridad del estudio del sentido y de la acción simbólica, por una ciencia entendida como de lo singular y de la experiencia vivida. Así, la historia analítica y cuantitativa de las estructuras y de los procesos sociales, de lo colectivo y numeroso, basada en leyes universales, queda cuestionada para dar paso a una historia de lo singular, narrativa, de los peque-

¹ P. Burke, «La nueva historia socio-cultural». *Historia Social*, 11 (1993).

² C. Geertz, *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa, 1992, p. 20.

ños grupos con sus redes, interrelaciones y estrategias singulares. Pero la historiadora norteamericana Zemon Davis no sitúa sólo las diferencias entre dos grandes formas de entender la historia social y cultural entre el estudio de las clases y grandes grupos, con variables sociológicas cuantificables y en un espacio de Estados o naciones, por un lado, y el estudio de otras divisiones sociales (costumbres, edad, sexo...) con variables culturales de naturaleza simbólica y en marcos locales, por otro, sino en que la primera, la historia social de las estructuras y grandes procesos, pretende explicar estableciendo leyes, y la otra, la nueva historia socio-cultural, interpretar estableciendo significados.³

Todo ello ha abierto nuevas perspectivas de análisis y ha dotado a la historia de la cultura no solo de nuevos ingredientes, sino de la definición misma que juega en la historiografía⁴. Pero lo que ha abierto sobre todo es un proceso de reflexión después que quedaran cuestionados algunos lugares comunes de la historia social y de la historia de las ideas. Por lo mismo no hay caminos únicos y sólidos, y la nueva historia socio-cultural forma parte de continuos replanteamientos y está sometida a discusión, como para que la hipnosis del converso lo convierta en un nuevo dogma metodológico despreciando lo anterior. No es necesario sumarse sin más a la antropología simbólica o a la crítica literaria, o caer en sus propuestas seductoras, sino rescatar prudentemente algunas de sus reflexiones, sin abandonar el método histórico, es decir atendiendo a algunas de las sugerencias que han realizado Darnton en Estados Unidos, con su *historia con espíritu etnográfico* o Medick en Alemania en su debate con Kocka.

Las distintas formas de entender la historia socio-cultural –«la historia desde abajo», «la historia de lo cotidiano», la «microhistoria», «historia de las representaciones»– ha estrechado su campo de interés hacia la cultura popular, apoyadas en una dimensión antropológica sobre todo.

Existe una notoria dificultad en definir características comunes de la nueva historia sociocultural, porque posiblemente no existan según categorías de escuela historiográfica y porque los referentes que la alimentan son tan dispares que llegarían a planteamientos contradictorios. Kelley se ha apoyado en la existencia de tres «giros» que han orientado la práctica investigadora en esa dirección: el «giro lingüístico» –construcción de sentido ligada a un funcionamiento lingüístico automático más allá de toda intención subjetiva–, «giro hacia adentro» –exploración

³ N. Zemon Davis, *Historia Social*, 10 (1991), pp. 177-183.

⁴ Sobre el debate teórico y reflexiones sobre el asunto véase el trabajo de J. Aróstegui, «Símbolo, palabra y algoritmo. Cultura e Historia en tiempo de crisis» en *Cultura y Culturas en la Historia*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1995, pp. 205-234.

de los sentimientos— y «giro hacia el «otro cultural» en su sentido antropológico⁵.

La nueva historia socio cultural no es sólo un aportación temática, sino la incorporación de una perspectiva de análisis que al ocuparse de las representaciones, símbolos y prácticas de los individuos de una época y como éstos dan sentido a la realidad construyendo su discurso, pretende evitar una historia teleológica y coherente elaborada de forma abstracta en el discurso del historiador.

La nueva historia socio-cultural, pues, no es una escuela historiográfica, ni una corriente, ni una forma unívoca de hacer historia. Se manifiesta en tantas versiones como autores, con distancias y contradicciones entre ellos, pero que comparten una dimensión cultural de la sociedad, rescatando la cultura como marco de comprensión de una sociedad compleja y cambiante que construye símbolos y representaciones y les permite una interpretación más que la búsqueda de categorías generales. La nueva historia socio-cultural es, también, algo más que un diálogo más fluido con la lingüística o la antropología, para situarse en la lógica del fraccionamiento de la historia y de la crisis del determinismo, albergando las respuestas de un universo historiográfico con menos certidumbre, pero no menos científico, con falta de grandes referencias pero animado en la búsqueda de marcos de comprensión más abiertos, fluidos y dinámicos para el conocimiento del pasado. Aunque la vuelta al sujeto, a lo singular y a lo narrativo sean las variables más recurridas por estas formas de hacer historia, la perspectiva central se sitúa en la interpretación de la realidad construida por los sujetos a través de sus prácticas, discursos y representaciones y como dan sentido a la realidad social.

La historia de la cultura no sólo ha ido desligándose de sus dependencias estructurales de otros niveles de análisis, sino que ha buscado un espacio propio invirtiendo los términos a partir de los cuales los historiadores de lo social llegaban a las realidades culturales, esto es una «nueva historia cultural» que, atravesada por múltiples, y a veces contradictorias, posiciones de otras disciplinas, recoge el denominador común de la cultura como fórmula de entender e interpretar la realidad social.⁶ La obra colectiva editada en 1989 por la norteamericana Lynn Hunt recogió los debates en torno a una nueva historia cultural, distinguiendo varios modelos y caminos con nuevas aportaciones. Resume cuatro modelos propuestos para la historia de la cultura que, en modo alguno, re-

⁵ D.R. Kelley, «El giro cultural en la investigación histórica», en I. Olabarri y F.J. Capistegui (dirs.), *La nueva historia cultural: la influencia del posestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Editorial Complutense, 1996.

⁶ Lynn Hunt (ed.), *The New cultural history*, Berkeley, University California Press, 1989. P. Karsten-J. Modell (eds.), *Theory, method and practice in social and cultural history*, New York, New York University Press, 1992.

presentan categorías cerradas, sino que han actuado de referentes y de inspiración en la nueva forma de entender la historia de la cultura. Por un lado presenta la influencia de Foucault en la trayectoria seguida por la historiografía francesa desde la historia de las mentalidades hacia una historia que rechaza la dependencia de las estructuras mentales respecto de las determinaciones materiales para plantear las representaciones del mundo social, como recogen Chartier o Revel. Foucault, al señalar la inexistencia de objetos «naturales» intelectuales y al negar el reduccionismo de la relación entre las formaciones discursivas con sus contextos socio-políticos, abrió las espitas para reformular la trayectoria hasta entonces seguida por la historia social y cultural. En segundo lugar, aborda la influencia de la perspectiva antropológica, y la noción de comunidad, con sus rituales, en las obras de E.P. Thompson y Natalie Zemon Davis. En tercer lugar los trabajos de la antropología simbólica representados por Geertz, y la proyección que ha tenido en historiadores como Darn-ton, al interpretar los significados que daban los contemporáneos a los hechos. Por último, los historiadores asociados a la teoría literaria, al criticismo literario y la historia imaginada, en las obras de Hyden White o Dominick LaCapra. Lynn Hunt concluye que la diversidad teórica, lejos de la inseguridad que amenaza a los historiadores de la cultura, es un elemento que enriquece la nueva fase en la que otras ciencias sociales están descubriendo en la historia nuevas posibilidades, que ven sus objetos de estudio capturados en la «tela de araña de la historia», de tal forma que la cultura estudiada por historiadores cuajará en estudios histórico culturales más que una cultura con perspectiva histórica⁷. En esta obra destacaba que las características comunes de este modo de hacer historia estaba en la dedicación a los lenguajes, las representaciones y las prácticas, en la importancia dada a los modelos de inteligibilidad propios de otras disciplinas y en tercer lugar en una historia que atiende más a los casos que a la teorización global que ha llevado a los historiadores a reflexionar sobre sus propias prácticas. En la actualidad la diversidad de objetos y métodos conduce a hacer más compleja la coherencia que Hunt daba a los distintos modelos y sobre todo el interrogante de cómo definir el objeto de la historia cultural.

La llegada a los temas y enfoques nuevos de naturaleza cultural procedía de la historia social por extensión, es decir una historia social de la cultura que entendía en respuestas y contenidos de los agentes sociales, y situaba producción, consumo, formas de difusión, pero ha tendido a acentuar la autonomía de una historia de la cultura que ha redefinido sus propios objetos y métodos acogiendo pautas lingüísticas y antropológicas, formas más descriptivas y prácticas más interpretativas, hasta plantearse una valoración cultural de lo social.

⁷ *Ibidem*, p. 22.

Historia y antropología simbólica en Estados Unidos: N.Z. Davis y la historia con espíritu etnográfico de Darnton

El acercamiento entre historia y antropología había empezado a tomar entidad durante la década de los años sesenta⁸ y adquirió mayor proyección a partir de la década siguiente, sobre todo de la mano de la antropología simbólica: Marshall Sahlins, en Estados Unidos, Victor Turner en Gran Bretaña o Dan Sperber en Francia, pero sobre todo es el simbolismo de Clifford Geertz el que se acerca, con su «descripción densa», a las ciencias sociales y a la historia, en particular, con un antropología entendida como acto interpretativo. Esta orientación se alejaba de la antropología científica, basada en el método estructural de Lévi-Strauss.

Para Geertz, uno de los impulsores de la antropología simbólica o interpretativa, la cultura, entendida como sistema de interacción de símbolos, no es una entidad, algo a lo que puedan atribuirse de manera causal acontecimientos sociales, modos de conducta, instituciones o procesos sociales; la cultura es un contexto dentro del cual pueden describirse todos esos fenómenos de manera inteligible, es decir, densa.⁹ La cultura aparece así como norma de significados transmitidos históricamente, personificados en símbolos, un sistema de concepciones heredadas, expresadas en formas simbólicas por medio de las cuales los hombres se comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento de la vida y sus actitudes con respecto a ésta. La tarea central de la historia cultural está, pues, en la descripción del significado y no en la interferencia de leyes causales de explicación. Es una propuesta seductora pero sobre la que se proyecta una crítica central: el concepto de universalidad simbólica de la antropología, para una comunidad que comparte vivencias y se expresa en símbolos. Pero la historia es conflicto, crítica y dinámica, y no estática.

En Francia fue significativa la evolución de historiadores vinculados a *Annales* y cultivadores de la historia cuantitativa como Le Goff, Jean-Claude Schmitt, o Le Roy Ladurie, se han acercado a la antropología.¹⁰ Pero mientras esta orientación antropológica de los historiadores franceses de las mentalidades tiene una mayor apoyatura en los sistemas de relaciones, de carácter estructuralista o funcionalista, la antropología norteamericana ha acudido a los sistemas de significados, a su aspecto simbólico, como Taylor, Boas o el propio Geertz.

⁸ Keith Thomas, «History and Antropology», *Past and Present*, 24 (1963), pp. 3-24 y E.E. Evans-Pritchard, «Anthropology and History», en *Essays in social anthropology*, Londres, Faber and Faber, 1962.

⁹ p. 27.

¹⁰ Sobre esta trayectoria de la historiografía francesa R. Chatier, «Intellectual or socio-cultural history? The French trajectories», en D. La Capra y S.L. Kaplan (comps.), *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New perspectives*, Ithaca, 1982, pp. 13-46.

Los planteamientos de lo que ahora se denomina genéricamente «nueva historia socio-cultural» no son nuevos, como consecuencia del cuestionamiento de los grandes paradigmas y su nacimiento como alternativa, sino que han sido recuperados y elevados a esa categoría de alternativa historiográfica cuando en realidad sus cultivadores ya habían desplegado las semillas por el campo historiográfico en la década de los años setenta, sobre todo desde el mundo anglosajón, como Zemon Davis y Burke, además de las aportaciones ya descritas de E.P. Thompson. La primera con *El regreso de Martin Guerre*, reconstruyendo un universo mental desde la perspectiva microhistórica con fuentes judiciales –como haría el italiano Ginzburg con su molinero de Friuli– y el segundo con su *Cultura popular en la Europa Moderna*, se afanaron en la búsqueda de significados en claves interpretativas, con estudio de rituales y acciones simbólicas de individuos y el pueblo como categoría alejada de clases sociales cerradas.

Natalie Z. Davis, inspiradora de la redefinición de la historia cultural en Estados Unidos desde las variables antropológicas, acopló en su pionero estudio *Society and Culture in Early Modern France* conceptos tomados de Max Glukman, Mary Douglas y Victor Turner, también del antropólogo francés Arnold Van Gennep, para prestar atención a la fuerza motriz de la «comunidad», cuyos valores se podían perpetuar con la vida festiva o a los ritos de la violencia de las guerra de religión.

En los años setenta Robert Darnton desde Estados Unidos desplegó su interés por el siglo XVIII francés acerca de su historia cultural, en la época de la Ilustración y la revolución, y su inquietud primera desde la historia de las mentalidades –expresión que cataloga de «francesa» para buscar una traducción aproximada en inglés de «historia cultural»– se fue transformando en un debate entre historia y antropología por influencia de C. Geertz con el que compartía enseñanzas en Princeton. Alejado de la historia intelectual o de la historia tradicional de las ideas, llega a una historia con «*espíritu etnográfico*», cuyo objetivo principal es el de investigar la forma de pensar en Francia, «no sólo lo que la gente pensaba sino *cómo pensaba*, cómo construyó su mundo, cómo le dio significado y cómo le infundió emociones», es decir cómo la gente entiende el mundo a través de las fuentes de archivo. En *La gran matanza de gatos*,¹¹ estudia un relato de una matanza de gatos en una imprenta de París, una versión antigua de «*Caperucita Roja*», una extraño archivo dirigido por un inspector de policía en sus actividades de espionaje hacia los escritores, una rara descripción de una ciudad tratando de extraer la visión del mundo de distintos individuos y grupos de la época, a través

¹¹ R. Darnton, *The Great Cat Massacre and the other episodies in French Cultural History*, New York, Basic Books, 1984 (Versión traducida en Fondo de Cultura Económica, 1984).

de unos documentos que «no pueden usarse para tipificar el pensamiento del siglo XVIII pero sirven para adentrarnos en él», buscando significados con un tipo de historia cultural que forma parte de las ciencias interpretativas: «no comprendo porqué la historia cultural debe evitar lo raro y preferir lo común, porque no puede calcularse el término medio de los significados o reducir los símbolos a su mínimo común denominador... El género antropológico de la historia tiene su propio rigor... Esto se apoya en la premisa de que la expresión individual se manifiesta a través del idioma en general, y que aprendemos a clasificar las sensaciones y a entender el sentido de las cosas dentro del marco que ofrece la cultura. Por ello debería ser posible que el historiador descubriera la dimensión social del pensamiento y que entendiera el sentido de los documentos relacionándolos con el mundo circundante de los significados, pasando del texto al contexto, y regresando de nuevo a éste hasta lograr encontrar una ruta en un mundo mental extraño»¹². En sus propuestas de método llega a otra conclusión: el cuestionamiento de cultura de elite y cultura popular, puesto que la gente común de una época se enfrenta al mismo tipo de problemas.

Crítico con la forma francesa de la historia cultural –mentalidades– de tercer nivel, con un tratamiento cuantificado y serial, Darnton insiste en que los objetos culturales no son fabricados por el historiador, sino por la gente de la época y le dan significados, por lo que necesitan ser interpretados y no contados, y que, en vez de cuantificar la cultura, se debe interesar por los elementos simbólicos de las relaciones sociales. Pero también se refiere a los problemas de la historia de la cultura en la tradición historiográfica anglosajona en que los antecedentes sociales del sujeto se completan con la cultura, es decir a partir de una estructuración de trabajos en que los sistemas culturales se derivan de los órdenes sociales. Por ello debería orientarse la historia cultural hacia la antropología, en una idea que no es nueva, ya que se había abierto el diálogo desde los años sesenta en un proceso de convergencia, que dista mucho todavía de lograrse. Para Darnton, «los antropólogos no tienen una método común, ni una teoría que lo abarque todo. Si les preguntaran una definición de cultura, probablemente iniciarían una guerra de clanes. Pero a pesar de sus desacuerdos, comparten una orientación general en sus diferentes formas de trabajar con sus diferentes tribus, generalmente tratan de ver las cosas desde el punto de vista del nativo, para comprender lo que quiere decir, y buscar las dimensiones sociales del significado. Trabajan suponiendo que los símbolos son compartidos, como el aire que respiramos, o, para adoptar su metáfora favorita, el lenguaje que hablamos».¹³ Siguiendo una antropología interpretativa, Darnton quiere

¹² *Ibidem*, pp. 12-13.

¹³ *Ibidem* p. 264.

reunir los mundos simbólicos que desaparecieron hace mucho tiempo. La contrapartida crítica de esta metodología la sitúa en el problema de las pruebas y el problema de la representatividad. Respecto al primero aduce que es complejo reconstruir un mundo simbólico mediante pruebas, sobre todo con testimonios vagos, pero la idea es la búsqueda de las partes oscuras de los textos para entrar en una mentalidad extraña. En segundo lugar no se pueden extraer conclusiones generales, pero tampoco la finalidad es establecer tipologías como un tratado sistemático.

Preocupado por la lectura y la difusión Darnton ha realizado múltiples trabajos como los lectores de Rousseau –y los cambios que a través de la correspondencia entre ellos y el filósofo se muestra una nueva forma de pensar y de sentir– o la literatura clandestina en el siglo XVIII.¹⁴ La perspectiva central del estudio de la lectura la sitúa no en *quién* y *qué* se leía, sino *porqué* y *cómo*, esto es, la interpretación del proceso por el que los lectores dan sentido a las palabras, en un contexto donde los lectores y los textos varían según circunstancias sociales y tecnológicas, pero el nudo central del problema se sitúa en la pregunta de «cómo construyen los lectores cambiantes textos mudables», para concluir que si se entiende el *cómo* se ha leído se podría aproximar el conocimiento a cómo se daba sentido a la vida.¹⁵

Acciones simbólicas y cultura popular. Burke en Gran Bretaña

Entre las más importantes obras de Burke, *La cultura popular en la Edad Moderna*,¹⁶ se expone sin parquedad la idea de cultura como «sistema de significados, actitudes y valores compartidos, así como de formas simbólicas a través de las cuales se expresa o se encarna», y cultura popular entendida en términos de exclusión: la cultura no oficial, la cultura de los grupos que no formaban parte de la élites, las clases subordinadas.¹⁷ Una búsqueda de significados que lleva al folclore, los rituales, los carnavales... y la transmisión de la cultura popular a través de sus protagonistas –artistas, fabricantes de utensilios populares, charlatanes, actores itinerantes, predicadores...– y escenarios –granero, iglesia, taberna o plazas de los mercados...–.

Para Burke las grandes líneas que han alimentado la nueva historia, impulsada sobre todo desde los años setenta pero presentes de forma diversa y matizada en épocas anteriores, se han producido por contraste con el paradigma rankeano y las sitúa en el interés cultivado por todas las

¹⁴ R. Darnton, *Edition et Sédition. L'Univers de la littérature clandestine au XVIII siècle*, Paris, Gallimard, 1991.

¹⁵ R. Darnton, «Historia de la lectura», en P. Burke, *Formas...*, op. cit., pp. 177-208.

¹⁶ Versión original de 1978. Traducida en 1991, Madrid, Alianza. También *El Renacimiento italiano*, Madrid, Alianza, 1993.

¹⁷ Sobre el concepto de cultura popular las posiciones de varios autores en «¿Qué es la historia de la cultura popular?», *Historia Social*, 10 (1991), pp. 151-163.

actividades humanas, en una temporalidad más allá del acontecimiento en su sentido tradicional, en una voluntad de construir una historia «desde abajo», de la gente corriente y de su experiencia en el cambio social, en el empleo de fuentes diversas, en el detenimiento en un amplio número de causas en su complejidad y tratamiento interdisciplinar y en la aceptación de la subjetividad implícita en la percepción por el historiador de una realidad entendida como construcción socio-cultural.¹⁸ Burke sitúa en la cultura el centro de interés capaz de soldar muchas de las piezas fragmentadas a las que ha conducido la nueva historia, valorando las posibilidades de las nuevas formas de hacer historia.¹⁹

Según Burke desde Burckhardt la cultura no ha sido entendida como un conjunto referido a una época –unidad cultural de una época–, sino parcelada en muchas especialidades de la producción intelectual (arte, ciencia, educación...), y con más de doscientas definiciones recogidas en Estados Unidos. Frente a la valoración marxista de la cultura, Burke se refiere al enriquecimiento de la disciplina histórica con el interés por la vida cotidiana y la gente corriente y la manera en que ésta percibe e imagina el mundo, de la mano de los nuevos historiadores de la cultura que, inspirados en la antropología, han ampliado el campo hacia las prácticas y las representaciones. Estos cambios también han provocado fragmentación intelectual. Burke reconoce que no es posible volver a la forma en que Burckhardt entendió la unidad cultural, pero propone un nuevo modelo de planteamiento de la historia de la cultura que contemple la unidad sin negar la diversidad y recurre al *encuentro cultural*. Se trata de proyectar sobre la historia de Europa, sobre la cultura de Europa y sus países, modelo, conceptos y métodos para escribir la historia de otros escenarios, a través de la interacción entre diversas culturales, la de los europeos con otras, en procesos de aculturación, préstamos, apropiación, asimilación, intercambio... y las visiones de unos sobre otros, es decir las conexiones entre culturas y subculturas sin negar su diversidad. Pero además una interacción contemplada desde dos lados, comunicación y no comunicación, apropiación y resistencia..., es decir también la historia de Europa como un proceso de interacción de culturas y subculturas y no como algo cerrado.²⁰

¹⁸ P. Burke, «La nueva historia: su pasado y su futuro», en *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1993, p. 11-37.

¹⁹ En uno de sus últimos trabajos *Los avatares de El cortesano*, de 1995 (Barcelona, Gedisa, 1998) desvela como esta obra característica del espíritu renacentista ha dado lugar desde su aparición a diversas interpretaciones según los lectores de cada época en función de percepciones y valores sociales diversos.

²⁰ El modelo de «encuentro» en P. Burke, *Formas de historia cultural*, Madrid, Alianza, 2000. En esta traducción reúne además una serie de trabajos sobre los orígenes de la historia cultural, la historia cultural de los sueños, la memoria colectiva, el lenguaje de los gestos, los viajeros, los carnavales en varias culturas. También se ha ocupado de la dimensión social del lenguaje en varios ensayos recogidos en *Hablar y callar: Funciones*

Los microenfoques. La microhistoria en Italia: C. Ginzburg

En la estela de la fragmentación de Annales se ensayaron una serie de iniciativas de método hacia lo singular, la cultura de las clases subalternas y la gente corriente, y hacia la reducción de la escala de análisis en espacios más precisos, que configuraron los enfoques de la microhistoria, como quedó ejemplificado páginas atrás con el modelo de Ginzburg. La microhistoria, en este contexto de fragmentación protagonizada por la tercera generación de Annales y de las propuestas de la nueva historia socio-cultural, es una respuesta metodológica e historiográfica en su origen en Italia, pero universalizada, de forma heterogénea y en múltiples variables, en el oficio del historiador. Se trata de una práctica historiográfica con resultados muy plurales y con diversas referencias teóricas, que tiene como objeto de interés los procedimientos concretos y detallados. Se sitúa en la estela de las fisuras que cuestionaron la idea de progreso, con largas etapas y situaciones predecibles y uniformes, y forma parte de las alternativas de una historia interpretativa, plural y atenta a lo simbólico, según se recogía en el prefacio de *El queso y los gusanos*. Esta obra pionera fue escrita en 1976 —en ese contexto intelectual de los ecos del 68 y de la disolución de la historia total— y se ha convertido en una de las más representativas de esta forma de hacer historia, de hacer microhistoria, que, a través de la narrativa, se aventura en la mentalidad de una época con el análisis denso de una situación particular. Ginzburg indagó en la documentación judicial, procedente de dos procesos inquisitoriales, para reconstruir el mundo mental de «Menochio», el ya célebre molinero Friuli, la pequeña localidad del norte de Italia, y las consecuencias heréticas que extrae de la lectura distorsionada de unos libros que llegan a sus manos, y deducir su representación del mundo —«un queso con gusanos»— en contraste con la cosmogonía de la época. Con ello reconstruye modos de vivir y pensar del siglo XVI. Un microanálisis que construye con huellas e indicios un caso, y de él un ambiente con su contexto histórico, retratando un conjunto a partir de sus piezas.²¹ En su última obra más reciente reúne una serie de ensayos sobre el mito y el sentido del término, la representación, las imágenes y los ídolos relacionados con la distancia y la tradición cultural.²² Los microanálisis de Ginzburg han establecido las distancias con las pretensiones de la teoría literaria o la semiología, y sus versiones de disolución

sociales del lenguaje a través de la historia, Barcelona, Gedisa, 1977 (Traducción de *The art of conversation*).

²¹ Otras obras de Ginzburg: *Pesquisa sobre Piero*, Madrid, Muchnik, 1984; *Mitos, emblemas, indicios*, Barcelona, Gedisa, 1989; *Historia nocturna*, Madrid, Muchnik, 1993; *El juez y el historiador*, Madrid, Anaya-Muchnik, 1993.

²² C. Ginzburg, *Ojazos de madera. Nuevas reflexiones sobre la distancia*, Barcelona, Península, 2000.

de la historia, o con las perspectivas de Foucault.²³ Otras obras, también pioneras de la renovación de la historia socio-cultural, han sido consideradas como ejercicios de microhistoria, como las ya comentadas de Zemon Davis –*El regreso de Martin Guerre*– o de Le Roy Ladurie –*el Montaillou*–, o *La herencia inmaterial* de G. Levi.

También las propuestas de Grendi en los años setenta tuvieron una notable influencia en la depuración de la práctica microhistórica, entendida en el contexto historiográfico que fue posible, el de la disolución de la geohistoria braudeliana. Es la vertiente de la *microhistoria* que Grendi ha explorado: «Las propuestas de Edoardo Grendi desentonaban de algunas de las certidumbres que este paradigma historiográfico [se refieren a los planteamientos braudelianos] asumía en aquellas fechas. Frente a la historia total propugnada por Braudel, aquello que Grendi defendía era un modelo de análisis más modesto que permitiera reducir el objeto de investigación. En realidad, su posición no hacía sino trasladar al ámbito de la historia las demandas que podían surgir de los nuevos planteamientos que se estaban produciendo, y se habían dado con anterioridad, en otras disciplinas, tanto en la economía como, en especial, en la antropología.»²⁴

Que la microhistoria se pueda acoplar con mayor frecuencia a un individuo, a una localidad o a momentos precisos, no quiere decir que se asocie a la biografía, la historia local o el acontecimiento –aspectos todos expresivos de versiones tradicionales de hacer historia–, sino que el cambio es metodológico, la entrada desde lo singular y desde lo particular para proyectar marcos interpretativos más amplios. Es una reducción de escala como procedimiento de análisis independientemente de las dimensiones del objeto analizado. Se trata, pues, de una «reducción de la escala de observación, en un análisis microscópico y en un estudio intenso del material documental».²⁵ En la práctica se ha centrado en hechos singulares, acciones individuales, espacios concretos, en el análisis social de los pequeños indicios, pero sin renunciar a fenómenos más generales y sentidos más amplios; es la atención a lo «excepcionalmente normal».²⁶

²³ Un reciente estudio sobre el método de Ginzburg y la microhistoria en A. Pons y J. Serna, *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Madrid, Cátedra-Universidad de Valencia, 2000.

²⁴ A. Pons y J. Serna, «El ojo de la aguja. ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?», *Ayer* 12 (1993).

²⁵ G. Levi, «La microhistoria», en P. Burke, *Formas...*, op. cit., p. 122.

²⁶ E. Grendi, «Microanálisis e storia social», *Quaderni Storici*, 7 (1972), pp. 506-520.

El debate entre la antropología cultural y la historia social en la historiografía alemana: Medick y Kocka

Desde mediados de los años setenta hasta la actualidad la historiografía alemana acogió el denominado «nuevo movimiento de historia», con estatutos científicos muy distintos, que cuestiona la historia social alemana hasta entonces acostumbrada a las críticas de historicistas y neomarxistas anglosajones. Este nuevo frente, la *Tendenzwendey* de la «historia cotidiana», la versión en Alemania de la «historia desde abajo», o de la «antropología cultural», tenía en común la interrogación de cómo las estructuras y los grandes procesos eran vividos y aceptados por los hombres corrientes, para acudir como preocupación central las experiencias de los pequeños mundos vitales, los sentimientos y la vida cotidiana. La cuestión de fondo no era tanto los temas de esta naturaleza que, en parte, ya habían aparecido, sino del estatuto que los había adjudicado la historia social.

Por un lado, la *historia alternativa* a la historia académica que proclama una historia real, apeada de la metodología, que abría la participación individual –«obreros de la memoria»– fuera de los círculos académicos presionando a los historiadores profesionales. Reclamaba la importancia de las fuentes orales y de los testimonios directos, no entendidos como propiedad del historiador sino de sus protagonistas. La contestación de la historia social, liderada por Kocka, situó como argumento en que la experiencia individual no permite el acceso a los procesos históricos, y con ello se legitimarían actitudes individuales prescindiendo de las situaciones que lo explican, y acude al ejemplo del antisemitismo, para concluir que las experiencias personales no sirven por sí solas para construir la historia.

Otra gran apuesta era la procedente de la antropología cultural y sus críticas a los historiadores sociales que alimentó la polémica entre Medick y Kocka.²⁷

Los planteamientos de la antropología cultural y las respuestas de la historia social abrieron un rico debate en la historiografía alemana plasmado sobre todo en la década de los años ochenta. La argumentación central de los antropólogos se situaba en la crítica a la subordinación de la experiencia a las estructuras, a los macroprocesos frente a un mundo simbólico que carecería de autonomía, y proponen la incorporación a esos grandes procesos de lo hermenéutico, como un método de conocimiento distinto. Medick, siguiendo al antropólogo anglosajón Geertz,

²⁷ Este debate fue recogido, según referencias de Juan José Carreras, en el número 10 de la revista *Geschichte und Gesellschaft* (1984) por H. Medick «Missionare im Euderboot? Ethnologische Erkenntnisweisen als Herausforderung an die Sozialgeschichte», pp. 295-319 y J. Kocka «Zürück zur Erzählung? Plädoyer für historische Argumentation», pp. 295-408.

señaló a unos historiadores anclados en sus preocupaciones por el Estado y la sociedad que habían hecho desaparecer al individuo de la historia social, mientras que la ventaja de la antropología, sin dimensión estatal permitía entender al individuo y a la sociedad. La antropología cultural, de esta forma, sitúa el centro de interés en el estudio de las relaciones entre los individuos, sus costumbres y valores simbólicos. Medick representa esa historia con dimensión antropológica que pretende una nueva relación teoría-realidad a través de la descripción densa, de las formas simbólicas para llegar a la teoría general que las explique, puesto que la historia social proyectaría teorías o procesos sobre individuos que sólo conocen los historiadores. Por ello, sin deducir nada como lógico, debía observarse lo extraño de la sociedad. La cuestión metodológica de fondo se situó entre los historiadores alemanes en que si ello suponía una teoría distinta de conocimiento, y si servía como marco general que permitía sustituir a las pautas y procesos de la historia social.

La respuesta de la historia social estuvo protagonizada por Kocka, cuyo argumento residía en que el estudio no se podía limitar a experiencias concretas de los actores sociales porque había *sistemas* que recogían experiencias más allá de una generación y, por tanto, las vivencias de una pequeña parte mutilaban las posibilidades del análisis social. Además, en defensa de su modelo de historia social, Kocka planteaba que el modelo no se puede aplicar libremente, sino limitado por los espacios que permitían las fuentes documentales y de ahí contrastar fuentes y experiencias. En estas observaciones se desvelaba la crítica a la perspectiva de los antropólogos de la ilusión de suponer que se llega al conocimiento desde el interior de la realidad, por lo que Kocka concluye que no había nueva teoría del conocimiento, porque incluso los antropólogos llegaban a él desde fuera. Quedaba, además, sin explicar desde la perspectiva antropológica el paso de lo individual a lo general.

En la actualidad, la historiografía alemana se mueve en cuatro grandes marcos de actuación, con sus posiciones respecto al conocimiento histórico y su metodología: neohistoricismo, asentado en la demanda social de la narración y la demanda política de la identidad nacional; los antropólogos alternativos con sus pretensiones de historia con el abandono de metodología y teoría, alimentados como historia alternativa frente a la historia académica; la antropología científica, simbólica y comprensiva, sin llegar a tener modelos que sustituyan a los del historiador, y la historia social que ha protagonizado un largo proceso de flexibilidad en sus diálogos y formas de entender la historia, con un objeto de conocimiento fundamentado en la atención a los procesos sociales.²⁸

²⁸ Las referencias, aportadas por Juan José Carreras, proceden de W. Schulze *Deutsche Geschichtswissenschaft nach 1945, Beiheft 10 del Historische Zeitschrift*, Munich, 1989; H. Walter Blanke *Historiographiegeschichte als Historik*. Stuttgart, 1991, pp. 638-751;

La historia cultural de lo social. Chartier en Francia: Prácticas y representaciones

Roger Chartier, partiendo de la rica tradición de *Annales* y la Nueva Historia en Francia, ha dialogado con las apuestas norteamericanas hacia la historia cultural con entidad propia, y ha integrado la relectura de Foucault, y las aportaciones sobre el discurso y la narración de Michel de Certeau y Paul Ricoeur, para situar la historia cultural en el punto de partida para el estudio de lo social. Una historia de la cultura que se desprende de su determinación social y las variables seriales para establecer la singularidad de las practicas culturales.

Para Chartier la historia de los años sesenta y setenta entendió la historia cultural retomando problemas y metodologías de la historia social y económica, como una «historia serial del tercer nivel», con datos homogéneos y comparables, piezas metodológicas con las que se construyó la historia de las mentalidades en Francia. Esto es, una historia distinta de la historia de las ideas tradicional, con nuevos objetos de otras disciplinas (antropología, sociología, semántica,..) pero con principios de la historia social y económica y sus tratamientos cuantitativos, con cifras y series, categorías socio-profesionales y de larga duración. Pero Chartier sitúa el centro de su crítica en una «primacía tiránica de los social», a partir de redes sociales y profesionales previas que construyen sistemas culturales y de pensamiento, lo que llevaba a una dependencia de la historia cultural. Los análisis se fundamentaban en un historia considerada como totalidad social, una definición territorial y unas divisiones sociales aptas para medir distancias culturales. Chartier abunda en la necesidad de un punto particular para descifrar las sociedades, a partir de hechos, relatos o redes de prácticas específicas, biografías,... recurriendo a otras diferenciaciones sociales (edad, generación, sexo, tradiciones educativas, costumbres de profesión, adhesiones religiosas, creencias, sexo...), y, por ello, en vez de realizar traducciones culturales de las diferencias sociales desde la sociografía, la alternativa sería partir de los objetos y no de las clases, es decir, estudiando los objetos y campo social donde circulan los textos, impresos, la producción o las normas culturales.

En segundo lugar, la historia social de la lectura ha asociado configuraciones culturales con materiales específicos, pero el nudo central significa comprender como los mismos objetos, textos en formas impresas diferentes pueden ser captados, manejados y comprendidos de forma

W. Weber *Biographisches Lexikon zur Geschichtswissenschaft in Deutschland, Österreich und der Schweiz*. Frankfurt-Nueva York, 1987; Vom Bruch y R. Müller *Historiker Lexikon*. Munich, 1991. Carreras ha reunido buen número de trabajos, y entre ellos los referentes a la historiografía alemana en J.J. Carreras, *Razón de Historia. Estudios de Historiografía*, Madrid, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000.

muy diferente, los usos y significados que se hacen de las ideas transmitidas en los mismos textos en materiales diferentes. Por eso es preciso estudiar redes de prácticas que organizan los modos diferenciados en relación con los textos. La lectura no es sólo una operación abstracta de intelección sino gestos, espacios, y costumbres, es decir se trataría de reconstruir formas particulares de leer. Y, finalmente, es preciso acudir a las formas de recepción y apropiación, ya que no existe texto fuera del soporte que lo contiene y no hay comprensión que no dependa de las formas en las que llega a su receptor. Con todo ello Chartier propone metodológicamente el campo de análisis que une texto, libros y lecturas, para articular una forma nueva de diferencias sociales y prácticas culturales. Así se incorporan bajo forma de representaciones colectivas las divisiones de la organización social, se establece el sentido de las formas y los usos del libro para dibujar diferencias culturales como efecto de procesos dinámicos, y se presta atención a las reglas que gobiernan la producción de obras y organización de las prácticas.

Esta idea de las diferentes apropiaciones y usos de las formas culturales, le lleva a una distanciamiento y a una posición crítica también en la forma en la que la antropología simbólica de Geertz ha entendido las formas simbólicas organizadas en un universo compartido y unificado. Esto es, alejarse de una teoría reduccionista de la cultura como una reflexión de la realidad social, no significa abrazar otra teoría reduccionista que propone asunción de rituales y acciones simbólicas como un significado central, coherente y comunitario, ya que los documentos que describen acciones simbólicas del pasado fueron escritos por autores con variadas intenciones y estrategias, y los historiadores de la cultura deben proyectar sus propias estrategias para leerlos.

Para Chartier, pues, la penetración en la sociedad a través de la cultura se realiza por la representación por la que los individuos y colectivos dan sentido a su mundo. El concepto de representación enlaza tres grandes realidades: las representaciones colectivas en las que los individuos incorporan las divisiones del mundo social y organización las pautas de percepción y apreciación; formas de exhibición del ser social o poder político, a través de ritos o símbolos; y representación de una identidad social o poder dotados de estabilidad. Chartier plantea pues una historia de las representaciones cruzadas con las prácticas sociales, es decir, con una noción de apropiación consistente en las operaciones para dotar de sentido al mundo.

La gran pregunta para la historia social y la historia cultural la sitúa Chartier, en cómo articular las percepciones, los lenguajes y las racionalidades propias de los actores con las interdependencias desconocidas por ellos, pero que limitan y gobiernan sus estrategias. Y, concluye con su propuesta, de articular estructuras objetivas y representaciones

subjetivas, como ejemplo del campo de trabajo que relaciona la crítica textual, con la historia del libro (formato) y la sociología cultural, para comprender como la libertad del lector que asume y se apropia del texto es limitada por las coacciones del propio texto, las formas del objeto escrito y las normas de lectura de su comunidad.²⁹

El «tiempo de la historia de la cultura» no es relevo natural de grandes áreas temáticas de interés después del dominio de la economía o la sociología, ni de la existencia de nuevos temas, que, de hecho, vienen de muy antiguo, sino que la cultura se ha situado en el centro mismo de una práctica investigadora que se ha alejado de principios de inteligibilidad que habían dominado las formas de hacer historia como categorías universalizadoras. La crisis de las grandes teorías explicativas, racionales y absolutas, ha provocado, ciertamente, nuevos planteamientos del análisis cultural, pero eso no significa que deba atribuirse la idea de crisis en términos de dispersión teórica e investigadora. La cuestión no está, por tanto, en los temas, ni en las valoraciones antropológicas, sociológicas o semióticas, sino el marco cultural de entendimiento de la sociedad pasada a partir de la representación de un discurso historiográfico que se proyecta con enunciados científicos sobre lo que «*un día fue*». Lo que ha cambiado han sido los instrumentos de análisis y los valores desde los que se estudia, «la cultura no puede ser de nuevo sino el aparato histórico compuesto de simbologías, palabras y medidas. Nunca puede pretenderse la uniformidad universal e histórica de esos elementos, pero sí la homologación de sus funciones. Una historia de la cultura en nuestro tiempo no puede construirse sino sobre la interconexión y la permeabilidad de los sistemas culturales como todos. Y, además, debe prestar atención tanto a nuestras formas de representación como a los objetos representados».³⁰ La insuficiencia de las grandes explicaciones tradicionales ha provocado la importancia de la cultura en las conductas individuales y colectivas, en las reflexiones y trabajos de historiadores como E. P. Thompson y Chartier. Y es que el estudio de la cultura ha reclamado el protagonismo de la historia, pero no como la incorporación de apéndices de otras disciplinas, sino como pieza central del trabajo del historiador. La contribución de la historia cultural ha sido el de consolidar el objeto de la historia.

²⁹ Son numerosas las traducciones de R. Chartier en los años noventa. Sus reflexiones se encuentran sobre todo en *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992, *El orden de los libros*, Barcelona, Gedisa, 1994, *Entre poder y placer*, op. cit. y *Las revoluciones de la cultura escrita*, Barcelona, Gedisa, 2000.

³⁰ J. Aróstegui, «Símbolo...», art. cit., p. 233.

LAS CUATRO BARRAS: de bandera a señera

Pere Anguera

Universitat Rovira i Virgili, Tarragona

En 1934, Josep Maria Miquel Vergés escribía que «el proceso lírico de resurgimiento de la idea catalana, del sentimiento patriótico catalán» se había plasmado «en las cabeceras simbólicas de los periódicos renacentistas: las montañas de Montserrat, el Sol naciente de la Patria, la hoz, la barretina, el payés catalán, las gavillas, el porrón, las espigas, etc.», y «por encima de todos ellos, queda el símbolo principal, las cuatro barras, sello inmortal de la Cataluña íntegra».¹ Es el primer catálogo de la simbología catalana que, desde hacía unas décadas, se había ido configurando al mismo tiempo en un sentido positivo (la construcción de la propia imaginaria) y en otro negativo (el rechazo a la estatal). Ya en 1906, Alejandro Lerroux manifestaba que «existe una aspiración separatista que se manifiesta en explosiones de odio contra las exterioridades del poder central o contra sus instrumentos, la bandera, la marcha real, el Ejército».² Y unas líneas más abajo añadía: «no creo calumniar a nadie sosteniendo que de verdad existe aquí, en el seno del catalanismo, una aspiración separatista». Lerroux, como siempre, exageraba, pues no sólo eran los separatistas, escasos en número e incidencia, salvo en contadas ocasiones emocionales que apenas llegaban a cruzar por lo general las fronteras de su entorno, los únicos que sentían poca simpatía y atracción por los símbolos estatales, considerados ajenos, sino que esta percepción era compartida por buena parte, por no decir la mayoría, de la población. Eran muchos los catalanes que se sentían más cercanos anímicamente a unos símbolos propios, asumidos sin ningún tipo de presión im-

¹ Josep Maria Miquel Vergés, «El simbolisme patriòtic a través de los capçaleres dels periòdics renaixentistes», *Revista de Catalunya*, 81 (1934), p. 428. Renacentistas alude a los publicados en la etapa del renacimiento literario. Para facilitar la lectura se traducen al castellano, sin hacerlo constar, todas las citas originariamente en catalán. El título de las referencias indicará al lector la lengua en que fueron escritas.

² Alejandro Lerroux, *Mi evangelio*, [Barcelona, 1906], p. 4.

positiva, de creación y, sobre todo, con un arraigo reciente, como recientes eran también, con una cronología desigual, los de la mayoría de estados europeos. Sin lugar a dudas, la tarea de sensibilización de los propagandistas del catalanismo se vio favorecida por la debilidad y las contradicciones del gobierno español en la creación de sus referentes simbólicos.

La creación de los símbolos catalanes y el rechazo a los españoles fue el resultado de un proceso, más bien corto en el tiempo aunque intenso y exitoso. El catalanismo, desde su fase regionalista, supo unas veces recuperar y otras inventar una tradición y hacerla asumir por amplios sectores de la sociedad, consiguiendo así hacer creer, en una maniobra semejante a la de los estados pero sin contar con el poder coercitivo del que éstos disponen (el ejército y la policía con el palo siempre preparado en la mano y los juzgados aplicando una legislación penalizadora) o con el sistema educativo alienador a su servicio (la escuela y los medios de comunicación con fines instrumentalizadores), que sus símbolos eran eternos, al menos, en la primera parte de la premisa, esto es, que no tenían origen o que éste se perdía en la noche de los tiempos.

Los signos son importantes, pero no lo son todo; lo señalaba Pere Aldavert, catalanista de primera hora, cuando establecía la diferencia entre los convencidos, quienes no necesitaban exhibiciones externas («como los catalanistas convencidos, que no se creen más catalanistas por llevar un lacito en la solapa de la americana que sin él»³) y aquellos que centraban su activismo en alguna ostentación ornamental. En este artículo me propongo establecer la cronología, no la historia completa, de la conversión de las cuatro barras en elemento reivindicativo, tras superar los componentes puramente sentimentales o los referentes neutros identitarios sin connotaciones políticas inmediatas. Es decir, especificar las fechas del proceso que las convertirán en unos breves años en el emblema de la reivindicación nacional interclasista e interideologista, proceso que no supo hacer ni el nacionalismo ni el patriotismo español.⁴

Las cuatro barras⁵ constituyen en realidad el primero de los símbolos más de Cataluña que no del catalanismo por su importancia y la an-

³ Pere Aldavert, *Dels anys de la Fàccia*, La Renaixensa, Barcelona, 1907, p. 102-103.

⁴ Carlos Serrano, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, Taurus, Madrid, 1999, pp. 16-17 esp. para la falta de consenso en el himno y la fiesta nacional.

⁵ Para los orígenes y principales representaciones antiguas, Lluís Domènech Montaner-Fèlix Domènech Roura, *Ensenyes nacionals de Catalunya*, Costa Brava, Barcelona, 1936 y Armand de Fluvià, *Els quatre pals. L'escut dels comtes de Barcelona*, Dalmau, Barcelona, 1994. En 1872, de manera temprana, J. R[oca] F[erreras] estudió «Las armas dels escuts de Catalunya y Barcelona, consideradas en antigas monedas», *La Renaixensa*, 1872, pp. 181-182, 192-193, 206-208, 219-221, 244 y 263-264, con el fin de establecer las fechas y usos de las cuatro barras y de la cruz de San Jorge en la numismática. Para la visión aragonesa sobre el origen de la bandera compartida Guillermo Fatás y Guillermo Redondo, *La bandera de Aragón*, Zaragoza, Guara, 1978 y *Blasón de Aragón: el escudo y la bandera Zaragoza*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1995 y Alberto Montaner Frutos, *El señal real del rey de Aragón: historia y significado*. Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1995.

tigüedad en que fueron asumidas. Las cuatro barras, a la vez la bandera y el escudo, lo fueron sin restricciones ni discusiones y de manera rápida por todos los sectores, con independencia del grado de compromiso ideológico y de las reivindicaciones políticas, incluso por muchos que no cuestionaban su sentimiento de identidad. Una primera consideración se impone: son uno de los blasones «más antiguos de Europa»,⁶ y el que cuenta con una identificación más constante y una vida más larga. La bandera española, por el contrario, proviene de un decreto de Carlos III con fecha de 28 de mayo de 1785 y de sobras son conocidas las discusiones y vacilaciones protagonizadas por los partidarios de la bicolor y la tricolor a lo largo de los siglos XIX y XX, periodo en el que arraigan y toman fuerza las banderas nacionales; de hecho, hasta el 1908 se empleó básicamente como bandera militar y fue sólo a partir de entonces cuando, a instancias de Maura y seguramente presionado emocionalmente por la fuerza emergente del catalanismo, se decretó la obligatoriedad de su exhibición en todos los centros oficiales.⁷ El diseño actual de la Union Jack británica data de 1801, aunque su primer antecedente se encuentra en 1606. La bandera francesa nació en los años de la revolución: el 17 de julio de 1789 los colores blanco, azul y rojo, fueron adoptados para las escarapelas de las milicias parisinas a propuesta de La Fayette; en 1790, y a instancias de Mirabeau, la tricolor pasó a convertirse en la bandera de la armada y en 1812 Napoleón regularizó su uso.⁸ La bandera italiana ondeó por primera vez el 7 de enero de 1797 como «bandera de Estado de la República Cispadana, posteriormente de la Cisalpina»⁹ a propuesta de Giuseppe Compagnoni, quien justificó la elección de sus colores;¹⁰ después, fue adoptada por Giuseppe Mazzini y por la Joven Italia, y como consecuencia de esta decisión, por el futuro reino italiano.¹¹

A diferencia de la bandera francesa, de la española, de la inglesa o de la italiana, e incluso de la vasca,¹² todas ellas con un promotor y un

⁶ Martí de Riquer, *Llegendes històriques catalanes*, Quaderns Crema, Barcelona, 2000, p. 14; en la p. 13 confirma que está documentado en el 1150, que es el cuarto de los documentados y el más antiguos de los actualmente en uso. La fecha ya la había avanzado Fluvia, *op. cit.*, p. 51.

⁷ C. Serrano, *op. cit.*, pp. 77-105 y especialmente 77 y 85 para los dos decretos. Las dudas y vicisitudes de su oficialización y las dificultades para conseguir la identificación popular en pp. 77-105.

⁸ «Bandera» en la *Gran Enciclopedia Catalana*, III, Barcelona, 1971, p. 137. El 16 de julio de 1789 Luis XVI se colocó en el gorro una escarapela tricolor aceptándola como «signo distintivo de los franceses», Michelet, *Histoire de la Révolution française*, I, Robert Laffon, París, 1979, p. 165.

⁹ S. la Salvia, «La Bandiera e l'Italia», *Mostra Storica del Tricolore. 1797-1997*, Viviani Editore, Roma 1998, p. 11.

¹⁰ L. Rossi, «Origini della Bandiera tricolore italiana», *Mostra*, p. 21.

¹¹ G. Luseroni, «La Bandiera tricolore dal 1831 al 1849», *Mostra*, pp. 23-24.

¹² Para la creación, divulgación y simbología de la bandera vasca, Iñaki Egaña, *Ikurriña. Cien años*, Txalaparta, Tafalla, 1994.

año de nacimiento perfectamente conocidos, el origen de la bandera catalana se pierde en las nieblas del tiempo, lo que permite tejer todo tipo de leyendas en torno suyo.¹³ Fue en sus orígenes el estandarte familiar de la casa condal de Barcelona. El primer conde que utilizó su diseño actual, «oro con cuatro palos de gules», fue Ramón Berenguer IV en 1150, casado ya entonces con Petronila de Aragón; no obstante, existen sólidos indicios que llevan a suponer que «el linaje condal de Barcelona tenía como emblema palos rojos sobre un fondo dorado antes de que apareciese la heráldica en Europa y antes de la unión condal con el reino de Aragón», en realidad «quizá desde el siglo XI».¹⁴ Posteriormente, fue asumida por las instituciones catalanas, en especial, por la Diputación del General o Generalidad, para acabar dando el paso definitivo y pasar a representar al conjunto de la comunidad, el Principado de Cataluña. Es evidente que su uso por parte de la Generalidad era algo más que puro ornamento; lo confirma la actitud de la monarquía la segunda mitad del siglo XVII, al intentar sustituirlo con argumentos que ponen en evidencia su popularidad, como por ejemplo que la insignia era «tan vulgar que los jurados de cualquiera de las villas y lugares de Cataluña la utilizaban». La verdadera razón era que las cuatro barras «estaban introducidas y en la común estimación de la Provincia y reconocidas como muy propias de su representación».¹⁵

Si damos un voto de confianza al bibliófilo Pau Font de Rubinat, tras la unión dinástica de las coronas de Aragón y Castilla, la fidelidad emotiva del pueblo ante el emblema condal se mantuvo viva en todo momento: «Cataluña (...) siguió utilizando su propio escudo de los cuatro palos, apropiándose el pueblo que siempre ha tenido fuerte devoción por su enseña nacional.»¹⁶ La contundencia de esta afirmación podría ser discutida ya que Pujades, que dedica unas cuantas páginas a la historia del blasón, no hace referencia alguna al componente identitario,¹⁷ a pesar de que estudios más recientes han evidenciado que sí que tenía una fuerte carga política reivindicativa a lo largo de los siglos XVI y XVII, cuando era utilizada por los que querían eludir las servidumbres feudales y pasar a depender directamente de la corona. A principios del siglo XVII, la tentativa de las autoridades reales para hacer alternar las cuatro barras con los leones y castillos originó un alboroto en Barcelona, en la misma

¹³ M. Riquer, *op. cit.*, pp. 28-47 y A. de Fluvià, *op. cit.*, pp. 17-46.

¹⁴ M. Riquer, *op. cit.*, pp. 14-16 y 18, para las citas. Para la última, véanse, las apreciaciones de A. de Fluvià, *op. cit.*, pp. 72-75.

¹⁵ Para las citas Eva Serra, «El pas de rosca en el camí de l'austriacisme», a *Del patriotisme al catalanisme*, Eumo, Vic 2001, p. 81 y más detalles en «Catalunya després de 1652», *Pedralbes*, 7 (1997), pp. 204-207.

¹⁶ Pau Font de Rubinat, «Pròleg» a Domènec-Domènec, *Ensenyes*, p. [3].

¹⁷ Gerónimo Pujades, *Crónica Universal del Principado de Cataluña escrita a principios del siglo XVII*, VI, Barcelona, 1830, pp. 289-294.

época en la que los embajadores catalanes ante la corte de Madrid colgaban «en las casas de su habitación (...) el escudo con las cuatro barras y corona real». ¹⁸ Todavía una exposición de la Real Audiencia de Cataluña, del 30 de agosto de 1755, se refería a «las armas de Cataluña (...), las cuatro barras de gules o rojas en campo de oro». ¹⁹ El texto dice «eran», aunque el uso del pasado se justifique por el contexto descriptivo y porque Cataluña había dejado de existir como entidad con personalidad reconocida. Repasar el uso y la adhesión a lo largo de la época moderna nos llevaría demasiado lejos; aquí, lo que quiero es establecer el momento en el que las cuatro barras dejan de ser consideradas un mero símbolo histórico, más o menos sentimental u ornamental después de la derrota de 1714, para convertirse en símbolo nacional en el sentido actual de la palabra, sobre todo, teniendo en cuenta las palabras de Font de Rubinat que, sin embargo, albergan cierta contradicción con respecto a su cita anterior: «el renacimiento literario precedió al renacimiento político, y en conjunto, produjeron la resurrección de la bandera catalana, que en realidad nunca había sido del todo olvidada en el periodo de decadencia de Cataluña» iniciado con el compromiso de Caspe. ²⁰ Cabe pues preguntarse: cuándo, dónde, qué y quién provocó su «resurrección» nacionalizadora y la dotó de pleno sentido político.

Quizá la primera referencia pública moderna con voluntad de identificar, a manera de bandera nacional, el antiguo emblema con el referente de la comunidad política, se encuentre en la propuesta formulada por Blondel en 1810 de crear una Guardia Nacional catalana propia, con un «Pabellón Nacional» donde «bajo la protección del águila imperial se hiciera reaparecer este antiguo escudo de armas cedido en otro tiempo por un nieto de Carlomagno al conde de Barcelona». ²¹ La idea no cuajó y la evolución política posterior no fue demasiado favorable a la resurrección de elementos simbólicos identitarios, que solo podían ser vistos como sediciosos al ser identificados con instituciones abolidas. En mayo de 1822, en pleno debate sobre la división provincial, la diputación de Barcelona propuso que las cuatro diputaciones catalanas utilizasen el mismo escudo, el sello de la antigua Diputación del General de Cataluña, con el nombre de cada provincia debajo, como único elemento distinti-

¹⁸ Núria Sales, *Els botiflers*, Dalmau, Barcelona, 1999, pp. 92-93 y 24.

¹⁹ A. de Fluvià, *op. cit.*, p. 109.

²⁰ P. Font, *op. cit.*, p. [I].

²¹ Maties Remisa, *Els catalans i l'imperi napoleònic*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995, pp. 88-89. Un uso más ambiguo juega la ornamentación de 1802 en Barcelona con motivo de la visita de la familia real: en una de las alegorías de arquitectura efímera estaba la «corona Real enlazada con la del conde» y en otra «los escudos de Aragón y Castilla», *Noticia individual de la entrada de los reyes nuestros señores y real familia en la ciudad de Barcelona, la tarde del once de setiembre del presente año de mil ochocientos dos*, Barcelona, 1802, pp. 9 y 12. De «Aragón» quiere decir los cuatro palos.

vo. La propuesta fue rechazada de forma tajante por el gobierno,²² que debía temer un resurgimiento de la catalanidad. Nada hace pensar que los pelotones carlistas, ni tampoco las tropas mercenarias de apoyo a los liberales, los cuerpos francos, y todavía menos los batallones del ejército, bautizados con nombres de ciudades catalanas, las utilizaran durante la primera guerra carlista; que se veía en las cuatro barras un símbolo politizado, y si la última palabra parece anacrónica, con contenidos reivindicativos identitarios más allá del sentimentalismo ucrónico, lo parece evidenciar la orden de cerrar la ceca de Barcelona a fines de 1836 por haber acuñado monedas con el escudo de Cataluña, lo que el gobierno interpretó como una muestra de secesionismo.²³ La interpretación la parecían corroborar diversos episodios, como por ejemplo, el comentario del diario *El Vapor* del 20 de septiembre de 1835 dedicado precisamente a desmentir la voluntad independentista, en el que sin embargo, se podía leer que «razones de alta política había que pesar (...) antes de enarbolar las gloriosas barras de nuestros condes»,²⁴ frase que da a entender que la insignia era lo suficientemente conocida y que en el caso de proclamar la independencia, o de reivindicarla de manera decidida, se convertiría en la bandera del nuevo estado al tenerla asimilada la población como la de tiempos pasados más gloriosos.

En 1839, Pablo Piferrer atribuía el logro de la independencia de Cataluña a Wifredo el Velloso y se hacía eco de la leyenda del origen de los cuatro palos: «aunque muchos sabios anticuarios afirman y prueban la falsedad de aquella tradición (...); sin embargo, siempre es grato escuchar las tradiciones de nuestros mayores y las hazañas de aquellos tiempos llevan consigo un sello tan sano por el decurso de los siglos, son tan poéticos, que el ánimo se complace en leerlas y contarlas, aunque venga luego la razón a manifestarnos su falsedad evidente».²⁵ Así pues, la fábula era conocida y apreciada por parte de la población culta. La popularidad de las cuatro barras se ve confirmada en la confusa acta de acusación de A. J. Serradilla contra la junta carlista de Bergá, sospechosa del asesinato del conde de España. Serradilla quería investigar qué había de verdad en el rumor de que, en confabulación con los cristinos, habían querido acuñar unas monedas sin las «armas de Castilla», lo que permite por eliminación suponer que, de acuerdo con la tradición, figurarían las de Cataluña; también quería investigar con especial interés, qué había de verdad en la propuesta por parte de antiguos combatientes carlistas

²² Ramon Arnabat, *Revolució i contrarrevolució en Catalunya durant el Trienni Liberal (1820-1823)*, tesis doctoral, Universidad Pompeu Fabra, 1999, p. 169.

²³ Pere Anguera, *Els precedents del catalanisme. Catalanitat i anticentralisme: (1808-1868)*, Empúries, Barcelona, 2000, pp. 135-136

²⁴ P. Anguera, *Ibidem*, p. 148.

²⁵ Pablo Piferrer, *Recuerdos y bellezas de España. Cataluña*, Barcelona, 1839, pp. 18-19. La referencia no la recoge ni Fluvà, ni Riquer.

de alzarse de nuevo en 1840 al «grito de independencia, presentando las barras de sus antiguos condes».²⁶ No tiene mucha relevancia, aquí, la veracidad de esta información más que dudosa; lo que resulta sintomático, tanto en el caso liberal como en el absolutista, es que todos los conflictos se estructuran en torno a la presencia de las cuatro barras y del recelo que las mismas generaban en las autoridades, fueran liberales o carlistas.

En 1843, *Lo Verdader Català*, la primera revista publicada en catalán, adornaba su cabecera con un campesino recostado sobre una piedra con las cuatro barras grabadas en ella. El mismo año, un anónimo comentarista político madrileño mencionaba «las Barras de Aragón»,²⁷ al hablar de la pluralidad de los símbolos heráldicos españoles. Por ello, sorprende que un agitador profesional tan bien informado como Tomàs Bertran Soler se refiriese en 1848, en una de las proclamas de la fantasmagórica Diputación General de Cataluña, al «blanco pendón (...) empuñado por nuestros condes»,²⁸ que sólo puede ser explicado como un lapsus retórico, por ser el blanco el color de los Borbones, puesto que por aquellos años se estaba incubando ya la voluntad de proyección moderna del símbolo, a pesar de las renuencias y de las vacilaciones. Moderna, pero todavía estrictamente simbólica, no reivindicativa. Así, en 1857, «escudos de Cataluña y de Montserrat» adornaban la tienda de campaña que se había montado en la explanada delante del santuario con motivo de la fiesta para ofrendar a la Virgen los diferentes regalos ofrecidos por la familia real.²⁹ Lo que se ha de destacar en esta ocasión es que la presencia de los símbolos catalanes no obedecía a un ingenuo decorativismo o a una concesión folklórica, sino todo lo contrario: respondía a una consciente voluntad testimonialista. El decorador Rigalt³⁰ «trabajó con ahínco para que entre los adornos no se echasen a faltar los recuerdos de nuestro país, y a él es debido el que en todas partes donde figuraban las torres, los castillos y los leones, hallan brillado de par con ellos la cruz de San Jorge, las gules barras y el monte cortado por la sierra». Estas insignias propias de Cataluña no estaban previstas en un principio por las autoridades organizadoras del acto y fue la presencia de los otros símbolos, de los castellano-españoles, lo que provocó, por así decirlo, la reacción de reivindicación catalana del decorador. Al menos esto es lo que deja entender Víctor Balaguer: «él [Rigalt] es quien, improvisándose los co-

²⁶ P. Anguera, *op. cit.*, pp. 179-180.

²⁷ P. Anguera, *Ibidem*, pp. 225.

²⁸ Joan Camps Giró, *La guerra dels matiners i el catalanisme polític*, Curial, Barcelona, 1978, p. 245.

²⁹ Víctor Balaguer, *Guía de Montserrat y de sus cuevas*, Barcelona, 1857, p. 119. En otros lugares del monasterio había «escudos de armas catalanes», *id.*, p. 121.

³⁰ Puede tratarse del escenógrafo Josep Rigalt Fargas.

lores y procurándose brochas, pintó dichos escudos, cuya ausencia en tal solemnidad hubiera sido imperdonable».³¹

Se podría pensar que si en 1860 «pendones ostentando las armas de Cataluña» eran llevados en manifestación por estudiantes barcelonenses al lado de banderas españolas, o figuraban en los elementos ornamentales de arquitectura efímera levantados con motivo de la recepción de los Voluntarios Catalanes en la guerra de África, lo hacían sin ningún afán reivindicativo,³² sobre todo, cuando se desconoce su procedencia, ya que podían formar parte del guardarropas del Liceo, de donde los mismos estudiantes sacaban los pendones indiscriminados que paseaban por la calle tras oír las noticias de una nueva victoria española;³³ el testimonio de Tubino, a menudo distorsionado por los recelos ante las muestras de catalanidad: «el predominio de las banderas con lemas y escudos catalanes (...) mostraba los vuelos del catalanismo o respondía a sus esperanzas»,³⁴ parece desmentir la hipótesis de gratuidad en la exhibición. Que Tubino exageraba al valorarlas, parece que se puede deducir de la actitud de Víctor Balaguer, que tras explicar el mismo año la leyenda «de esas cuatro barras de sangre» trazaba de ellas un encendido elogio limitado solamente al pasado medieval, sin hacer ninguna referencia al presente, ni tampoco al sentimiento que podían despertar entre los ciudadanos;³⁵ limitación al menos sorprendente en alguien que, tres años antes, había alabado la actitud de Rígalta en Montserrat.

En 1863, Eusebi Pasqual denunciaba y lamentaba la voluntad de asimilación gubernamental, que imponía los símbolos de Castilla en todos los lugares como los cánones representativos de la identidad española, acusando a aquellos que preferían otros emblemas de provincialistas. Pasqual reclamaba poder ver en los escudos «entre sus leones y sus torres, nuestras heroicas y gloriosas barras».³⁶ Se podría pensar que el lamento reivindicativo formulado delante del auditorio de los Juegos Florales tan sólo afectaba a los literatos o a una minoría; sin embargo, la popularidad del símbolo parece evidente cuando en 1865 permitía hacer bromas basadas en el juego de palabras. Una revista satírica, bastante sensible al hecho catalán, lo que elimina connotaciones peyorativas en el comentario, preguntaba: «¿En qué se parece el escudo de Cataluña a dos hombres?», y la respuesta, que, se supone al alcance de todo el

³¹ V. Balaguer, *Guía de Monserrat...*, op. cit., p. 133.

³² Víctor Balaguer, *Reseña de los festejos celebrados en Barcelona en los primeros días de mayo de 1860, con motivo del regreso de los voluntarios catalanes y tropas del ejército de África*, Barcelona-Madrid, 1860, pp. 15,18, 51-52 y 58.

³³ Conrad Roure, *Anys enllà*, La Ilustración Catalana, Barcelona, s.a., p. 34.

³⁴ Francisco María Tubino, *Historia del renacimiento literario contemporáneo en Cataluña, Baleares y Valencia*, Madrid, 1880, pp. 331-33.

³⁵ Víctor Balaguer, *Historia de Cataluña*, t. I, Barcelona, 1860, pp. 285-286.

³⁶ Eusebi Pascual, «Discurs», *Jochs Florals de Barcelona 1863*, Barcelona, 1863, p. 25.

mundo, era: «En que tiene cuatro barras».³⁷ Tres años más tarde, en 1868, Enric Claudi Girbal formulaba su glorificación: «Pendón de las rojas barras, / pendón de los bravos catalanes, / nunca como tú se ha visto ningún otro, / más temido ni respetado».³⁸ Por el contrario, todo induce a creer que la bandera de las cuatro barras estuvo completamente ausente en las manifestaciones federales del Sexenio.³⁹ La situación resulta comprensible por la falta de carga política ideológica, aun a pesar de haberse mantenido viva la simbólico-emotiva. Algunos coetáneos denunciaron la situación. El último domingo de noviembre de 1869 tuvieron lugar dos manifestaciones en Barcelona, una monárquica y otra republicana. La monárquica iba encabezada por una bandera tricolor donde «al lado de nuestros, amarillo y rojo, aparecía el morado» en honor a Castilla.⁴⁰ Días después, el mismo periódico se preguntaba: «¿Permitirá Dios que (...) tengamos que ver hoy también excluido del escudo de la nacionalidad española los flamantes colores de la antigua, y tanto como antigua liberal, nacionalidad catalana?».⁴¹ Ni los federalistas más radicales asumieron las cuatro barras: «el estandarte federal de 1873», reproducido por Granier Barrera, es bastante elocuente. En el anverso, encima de dos triángulos concéntricos, se leía «Estado Catalán», en el centro del triángulo pequeño «Club de los Federalistas», entre las dos figuras geométricas «Libertad. Igualdad. Fraternidad» y debajo «Pacto». En el reverso, mucho más simple, «República/ Democrática/ Federal», siempre en letras rojas.⁴²

En 1883, el tratamiento dado por una revista satírica revela que el conocimiento del símbolo estaba arraigado. Al criticar un programa festivo de Tarragona, escribían: «las últimas fiestas y ferias de Santa Tecla han creado un entusiasmo diabólico por los cuernos, en una de las

³⁷ *Un tros de paper*, 30-VII-1865, p. 4. En catalán, barra significa tanto barra (palo) como mandíbula. Id. 12-XII-1865, p. 3, al comentar la «Exposició de pinturas, medallas, esculturas, etc.», Pau Bunyegàs describe una: «figura el origen de nuestras cuatro barras de sangre. El heroísmo de Wifredo, con la herida abierta en un costado, el entusiasmo del voluntario catalán, la admiración del veterano, y la impasibilidad del guerrero tuerto, están retratados en distintas figuras del cuadro. ¿Quién es aquel que al mirarse aquella mano encima del escudo, no exclama: esta mano es a propósito para hacer barras?».

³⁸ Enric Claudi Girbal, *Follies*, Gerona 1868, p. 21. En otra cuarteta señala: «Regidores que sobre el pecho / lucís púrpuras bandas, / recordad aquellos prohombres / de las rojas gramallas», p. 25.

³⁹ Véase el grabado de la proclamación de la primera república en Barcelona, reproducido en *Cent anys de catalanisme*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1993, p. 35. A. id. p. 36 no se ve ninguna bandera con las cuatro barras en la manifestación federal de Barcelona de 1868; parece ser el mismo grabado francés que comenta C. Serrano, *op. cit.*, p. 90, destacando la sola presencia de banderas españolas bicolors.

⁴⁰ «Novas», *Lo Gay Saber*, 1-XII-1869.

⁴¹ «Novas», *Lo Gay Saber*, 15-XII-1869.

⁴² Granier-Barrera, «Reliquia histórica. La bandera de l'Estat Català de 1873», *Mirador*, 30-IV-1931. Como señala el autor del artículo, todo el texto estaba en castellano.

cuatro capitales de Cataluña. Se ha edificado allí un nuevo templo a la barbarie y, si muchas poblaciones de Cataluña siguiesen el ejemplo, es probable que las cuatro barras de sangre del velloso Wifredo, llegarían a ser remplazadas en el escudo de Cataluña por las barreras taurinas». ⁴³ La definitiva politización, la voluntad de exhibir la bandera como un claro exponente ideológico de reivindicación, tomaría fuerza en los años siguientes, a lo largo de la década de 1880. Una muestra contundente de la nueva percepción la ofrece Josep Narcís Roca Ferreras; «nuestros ideales nos llevarán a que un día nuestras barras catalanas resplandezcan solas, sin leones, castillos, cadenas ni granadas, sobre las puertas de embajadas catalanas en Madrid, Lisboa, París, Roma, Londres, Berlín, Viena, Washington, Lima, Quito, etc. Y sobre los portales de cientos de consulados catalanes; que el pendón de nuestras barras, cuatro, no dos, se desplegara al viento sobre casas de embajadores y cónsules de Cataluña en todas partes». ⁴⁴ Palabras que repitió de forma casi literal medio año más tarde en un mitin multitudinario. ⁴⁵

En los años 1880, las cuatro barras se convirtieron progresivamente en el símbolo militante del catalanismo todavía en fase de cristalización, en detrimento de la cruz de San Jorge que podía haberle hecho la competencia. «Banderas catalanas» decoraban «rincones, paredes y el techo de la sala» donde la Associació Catalanista de Reus celebró la fiesta inaugural de curso el 9 de enero de 1886. ⁴⁶ En marzo del mismo año, abundaban en el teatro del Centre Catalanista Provencalense durante el acto de la lectura de los poemas premiados en su certamen. ⁴⁷ En mayo, la Associació Catalanista de Reus celebró la fiesta de San Jorge, aplazada por coincidir el 23 de abril con la Semana Santa, y nuevamente en el salón, «la bandera catalana ondeaba en techos y rinconeras», de la misma manera que había engalanado la nave de la prioral de San Pedro, lugar donde se celebró el acto religioso, «con cinco grandes pendones, dos de Cataluña, dos de San Jorge y otro de Reus». ⁴⁸ En julio, los socios de la misma entidad fueron a recibir a la estación a los delegados que habían asistido en Barcelona al acto organizado por el Centre Català contra el acuerdo comercial con Inglaterra. Cuando regresaron a la sede social encontraron «la bandera de las barras cubierta con un lazo negro». ⁴⁹ En

⁴³ *Lo Garbell*, Lérida 14-X-1883, p. 2. Burla de los aficionados a los toros en Catalunya, El Oncle, «Un aficionat a toros», *Lo noy de la mare*, 17-VI-1866.

⁴⁴ J. N. Roca, «L'ensenyansa y estudi del català», *L'Arch de Sant Martí*, 25-XII-1885, p. 1009.

⁴⁵ J. N. Roca, «Carta d'en J. Narcís Roca», *L'Arch de Sant Martí*, 25-VII-1886, p. 722. Fue leída en un mitin del Centre Català en el teatro Novetats de Barcelona.

⁴⁶ *La Veu del Camp*, 7-I-1886, p. 138 del facsímil publicado por la Associació d'Estudis Reusencs, Reus 1993, a partir del cual siempre cito.

⁴⁷ *La Veu del Camp*, 28-III-1886, p. 226.

⁴⁸ *La Veu del Camp*, 16-V-1886. pp. 287-288.

⁴⁹ *La Veu del Camp*, 1-VIII-1886. p. 402.

el mes de octubre, un artículo periodístico establecía la plena identificación de la bandera de las cuatro barras con el sentimiento reivindicativo catalanista: «el movimiento regionalista se ha extendido para liberar a nuestra patria, Reus ha sido una de las primeras ciudades en alzar bien alto la bandera de las cuatro barras». ⁵⁰ Además, la exhibición iba ganando terreno, saliéndose del estricto círculo cerrado de la militancia. El 27 de junio de 1887, con motivo de la inauguración del tren de vía estrecha que unía la ciudad con Salou, se celebró en Reus una fiesta cívica en la que se engalanaron los balcones «y en algunos de ellos, se veían las armas de Cataluña», al igual que «las locomotoras iban adornadas con banderas catalanas y guirnaldas de flores». ⁵¹ Parece, pues, que éstas eran las únicas banderas que lucían.

El uso público creciente, festivo y reivindicativo, podía provocar los primeros encontronazos con aquellos que se sentían molestos por la progresiva nitidez simbólica de la exhibición. Puede ser que por eso, el presidente de la Associació Catalanista de Reus, Bernat Torroja, recordase que «el pendón nacional [español] lleva los mismos colores que el glorioso pendón que con las rojas barras de Cataluña, consiguió tantos laureles (...), es la misma bandera que Fernando el Católico llevó cuando la unión de los dos reinos», aunque pronto cambiaba el registro del discurso al recordar que «lo lógico era que aquel pendón (...), con los colores de la casa aragonesa-catalana (...) fuese conocido como (...) la bandera española. Pues bien, cuando se habla de nuestra bandera tierras adentro, e incluso cuando se habla de ella de manera oficial (...), no se le llama la bandera o estandarte español, no, que eso sería desairar a los castellanos, sino que se le llama la bandera o pendón de Castilla». ⁵² En 1889, al comentar la campaña contra la reforma del código civil, un ciudadano anónimo de Reus, justificaba la campaña como una reacción de los «buenos catalanes de corazón», que «juraron trabajar en torno al pendón catalán para no sufrir en adelante ninguna afrenta más de los hombres que viven en el trastocado *cerebro* de España». ⁵³ La radicalización del símbolo iba en aumento. Así, Jaume Novellas de Molins lo equiparaba con «el roble de Guernica» en un poema provocador con incitaciones subliminales a la lucha armada: «nosotros, ya hace días, / bajo el escudo de los cuatro palos, / juramos por nuestros abuelos / hacer a la patria libre y grande.» ⁵⁴ Con todo, según J. Riera Bertran, que habla con unos referentes cronológicos imprecisos, ya en los años sesenta los miembros de la generación que impulsó la *Renaixença* y los Juegos

⁵⁰ *La Veu del Camp*, 31-X-1886, p. 529.

⁵¹ *La Veu del Camp*, 30-VI-1887, p. 735.

⁵² *La Veu del Camp*, 30-VIII-1887, pp. 781-782.

⁵³ *La Veu del Camp*, 1-XI-1889, vol. IV, p. 120. La cursiva en el original.

⁵⁴ «Als fills de Basconia», dedicado a Fidel de Sargaminaga, de *Ratllas curtas. Poesías*, Barcelona, s.a. [1892], p. 23.

Florales, ante la postración de Cataluña, «sintiéndose agraviados y ardorosos en ella y por ella, subieron a uno y otro Montserrat de la tierra e hicieron ondear el pendón de las cuatro barras de sangre, paseándolo posteriormente de una hondonada a otra.»⁵⁵

F. Ubach y Vinyeta la presentaba en 1888 como una bandera gloriosa, aunque anacrónicamente al servicio de una España todavía inexistente, al asegurar que las gestas bélicas medievales de los catalanes convirtieron en «mojones del poderío español las rojas barras de su triunfante y libertadora enseña»,⁵⁶ en cualquier lugar del Mediterráneo. Josep Pin y Soler, en los borradores de la inacabada novela *Kildo*, escritos entre 1889 y 1892, que tenía que dar fin al ciclo narrativo de los Garrigas, describe como muestra de buen gusto las vigas de una casa nueva, «embragadas por unas fajas de un palmo de anchura con los escudos catalanes pintados en ellas», imitando la decoración del palacio del abad de Santes Creus.⁵⁷ Por aquellos años, ya había quien se sentía completamente identificado con la bandera como un símbolo insuperable de la patria, aunque, debían de ser pocos; no obstante, puede ser que precisamente el ser pocos les permitiera tener planteamientos combativos explícitos. En 1889, Àngel Guimerà recordaba emocionado, confiriéndole un tono de lógica excepción, a «aquel Marian Maspons bajado a la fosa cubierto con nuestra bandera, aquella que hoy no pudiéndose desplegar a los besos de la libertad, se consuela abrazándose como madre a los despojos de sus amantísimos hijos».⁵⁸

En 1893, la consagración de la basílica restaurada de Ripoll permitió «el uso popular y a la vez institucional del escudo y la bandera». Al ser allí trasladados los restos de Ramón Berenguer III desde Barcelona, la locomotora que los llevaba «fue engalanada con banderas catalanas», la bandera presidía también el arco triunfal construido en Vic para reci-

⁵⁵ Joaquim Riera Bertran, «Memoria critico-biográfica», p. 10, *Travalls llegits en la sessió necrològica dedicada por la Lliga de Catalunya a la memoria del mestre en gay saber Francesch Pelay Briz (15 de desembre de 1889)*, Barcelona, 1890. Con todo, por ejemplo, el pendón de la Associació Catalanista de Reus parece liso y sus miembros no llevan ninguna bandera con las cuatro barras en la excursión de 1884; véanse las fotografías en Pere Anguera – Josep María Ribas, *Catalunya i Reus en els orígens del catalanisme*, Agrupació Fotogràfica de Reus, Reus, 1993, p. 53.

⁵⁶ Francisco Ubach Vinyeta, *Discursos leídos ante la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona en la pública recepción de D...*, Barcelona, 1888, p. 9.

⁵⁷ Josep Pin Soler, *Esborranyes de Kildo*, Tarragona, 1994, p. 86.

⁵⁸ Àngel Guimerà, «Discurs del president D. Àngel Guimerà», p. 7, *Travalls llegits en la sessió necrològica dedicada por la Lliga de Catalunya a la memoria del mestre en la gay saber Francesch Pelay Briz (el 15 de desembre de 1889)*, Barcelona, 1890. Lo más curioso es que la *Sessió necrològica pera honrar la memoria de Don Mariano Maspons y Labrós celebrada en lo Centro Catalá lo día 27 de novembre de 1885. 2ª Edició amb la traducció castellana*, Barcelona, 1886, no aparece la anécdota de su entierro envuelto con la bandera de las cuatro barras.

birlas colgaba en la nave central del monasterio restaurado.⁵⁹ Ante esta constatación, no deja de sorprender la ausencia de banderas catalanas en la presidencia de las asambleas de la Unió Catalanista en Manresa (1892) y en Reus (1893), aunque puede deberse al hecho de haberse celebrado ambas en establecimientos oficiales.⁶⁰ Sea como se quiera las cuatro barras se habían consolidado como un símbolo indiscutible del catalanismo y al mismo tiempo, de todos los catalanes. El 23 de abril de 1898, con motivo del día de San Jorge «nuestra venerada bandera de las barras sangrantes ondeó» en la sede de la Associació Catalanista de Reus.⁶¹ En el Aplec Patriòtic de Sitges, celebrado con motivo de la «fiesta inaugural de la Agrupació Catalanista de Sitges» se formó en las calles de la ciudad una larga comitiva al frente de la cual iba «una gran bandera con las cuatro barras» mientras, «todos los balcones y ventanas que daban a la marcha estaban adornados con damascos»,⁶² planteando la duda de si la gente no tenía banderas, si no había surgido todavía la tradición de colgarlas en los balcones de las casas particulares o si se estimaba más respetuoso poner en ellos los ornamentos tradicionales. En abril de 1899, se organizó en Tous una fiesta catalanista el día de Pascua; entre otros actos, los miembros de la coral, todos con la barretina puesta, tenían que cantar *Els Segadors* y pasearían «una gran bandera catalana (...) por las calles y plazas (...) y por las casas de campo de los alrededores».⁶³ El 7 de junio de 1899, en conmemoración del levantamiento del Corpus de Sangre de 1640, el Centre Catalanista de Gerona colgó una bandera en su fachada.⁶⁴ Con motivo de la inauguración de la Associació Catalanista de Sallent en el mes de julio, al llegar a la localidad una «numerosa representación de la Associació Obrera Catalanista de Manresa (...) se desplegó la bandera nacional catalana al grito de ¡Viva Cataluña!»⁶⁵

El año de 1899 marca un hito en su consolidación simbólica. Con motivo de la visita de la escuadra francesa a la ciudad, «un industrial de Barcelona» imprimió unos abanicos que llevaban «en una cara los colores nacionales franceses con el canto popular *Los Segadors* y en la otra cara las barras catalanas con el himno *La Marsellesa*. Una buena idea

⁵⁹ A. de Fluvià, *op. cit.*, pp. 121-122. Más detalles en F. Carreras Candi, *Crònica del trasllat de les despulles de Ramon Berenguer lo Gran, comte sobirà de Barcelona en 1893*, Centre Excursionista de Catalunya, Barcelona, 1893.

⁶⁰ Los grabados de las presidencias se pueden ver en la cubierta de *Cent anys* y en la p. 93 respectivamente.

⁶¹ *Lo Somatent*, 23-IV-1898.

⁶² *Lo Somatent*, «Aplech Patriòtic de Sitges», 14-III-1899. Copiado de *La Renaixensa*.

⁶³ J. L. Marfany, «Al damunt dels nostres cants... nacionalismo, modernisme i cant coral a la Barcelona del final de segle», *Recerques*, 19 (1979), p. 86.

⁶⁴ *Lo Somatent*, 11-VI-1899.

⁶⁵ *Lo Somatent*, «Inauguració de la Agrupació Catalanista de Sallent», 27-VI-1899. Copiado de *La Renaixença*.

que seguramente proporcionará al empresario grandes beneficios». ⁶⁶ Es cierto que Els Segadors se presentan como canto popular y no como un himno, pero el juego de identificaciones parece claro: ambos cantos son equiparables como lo son las banderas y lo es el deseo de futuro, una república catalana. El radicalismo que se desprende de la iniciativa, en la línea de Roca Ferreras, lo confirma un suelto de *Lo Somatent* con motivo del 11 de Septiembre; en él se habla de la pérdida de Cuba como resultado de la espoliadora gestión gubernamental que el diario compara con la derogación de las libertades catalanas, para concluir asegurando «mas como la razón y la justicia siempre se imponen tal vez no vengan días como la fecha que conmemoramos, pero estamos convencidos de que no tardará mucho que en días, como el de mañana, ondeé en todos los edificios la bandera que ni en Cavite ni en Santiago cobijaba a nadie y que ha quedado limpia de toda mancha». ⁶⁷

Todo induce a creer que el primero en exhibirla con plena voluntad de reivindicación pública desde un cargo político institucional fue Pau Font de Rubinat, nombrado alcalde de Reus por el gobierno de Silvela-Polvieja. Font siempre reivindicó su catalanidad, ejemplificada con el hecho de mandar imprimir, en tanto que alcalde constitucional de la ciudad, unas tarjetas en catalán, siendo así la primera autoridad política en servirse de esta lengua en la representación de un cargo. El catalanismo militante lo exhibió de manera más nítida durante las Fiestas de Octubre de 1899. Una de las novedades del alcalde, «famoso en toda Cataluña (...) por su exagerado amor al regionalismo» fue su decisión de colgar la señera en la parte más alta del campanario de la prioral de San Pedro: «su atrevimiento en esta materia llegó hasta el punto de izar durante unas fiestas la bandera catalana en la torre de la iglesia»; ⁶⁸ era una «bandera catalana y bien larga y visible» que al ser izada fue saludada «con el impacto de 35 morteros». ⁶⁹ Según *Lo Somatent*, durante aquellas fiestas tan sólo los escudos de Reus y de Cataluña, los de las cuatro provincias y el de Aragón adornaron la fachada de las Casas Consistoriales. Una novedad que «todos, o al menos la mayoría aplaudirá». ⁷⁰ Durante las

⁶⁶ *Lo Somatent*, 12-VII-1899.

⁶⁷ *Lo Somatent*, «11 de Setembre 1714», 10-IX-1899.

⁶⁸ F. Soldevila, *La opinión en Cataluña. Información llevada a cabo en las provincias catalanas por encargo y en representación de «El Imparcial»*, Madrid, 1900, p. 133, donde insiste en calificarlo de «furiabundo regionalista» que «siente con tal violencia su despego, por no decir su odio a todo lo castellano» que no le importaba «nada el peligro del separatismo por no sufrir la ignominia de estar unido a Castilla». La cursiva en el original. La tarjeta la reproduzco a Pere Anguera, *Pau Font de Rubinat (Reus 1860-1948). Vida i actuacions d'un bibliòfil catalanista*, Museu Comarcal Salvador Vilaseca, Reus, 1997, p. 33.

⁶⁹ *Lo Somatent*, 27-X-1899, Los morteros no son los del ejército, sino los de la Tronada (salva de morteretes) tradicional, en señal de respeto y de fiesta.

⁷⁰ Font no puso la bandera española. Anguera-Ribas, *Catalunya*, p. 34, con fotografía incluida.

mismas fiestas se celebró un «concurso de bicicletas adornadas», la mayoría de las cuales, «ostentaban nuestras banderas mientras esparcían papeles con los lemas de ¡Viva Cataluña!»⁷¹ El 3 de diciembre de 1899, una bandera catalana, al lado de otra española, presidía en el Teatro Fortuny de Reus el mitin a favor del concierto económico convocado por el Fomento del Trabajo Nacional.⁷²

La politización de las cuatro barras se vio favorecida por dos hechos: por el proceso identitario impulsado por las entidades catalanistas que las habían convertido en el símbolo y emblema político de sus reivindicaciones nacionales, y por las prohibiciones gubernativas que favorecían, potenciándola, esta identificación. 1899 se confirma como el año clave.⁷³ El 9 de abril, el Orfeó Català realizó un concierto en Mataró donde la «Agrupació Catalanista (...) para más honrarnos y para hacer más pública ostentación de su simpatía para con nosotros, izó en su edificio social el sagrado emblema de nuestra bienaventurada Patria».⁷⁴ La tarde del 20 de mayo, el Orfeó se embarcó hacia la isla de Mallorca «con el buque completamente engalanado y con nuestra bandera nacional, presidiendo a todas las otras, ondeando en el punto más alto».⁷⁵ En el mes de agosto, los orfeonistas hicieron un alto en la localidad de Camprodon donde los habitantes del pueblo y una colonia de veraneantes hicieron, en su homenaje, «ondear durante los tres días que permanecemos allí, la gloriosa bandera de nuestra Patria en los cerros más altos y cercanos».⁷⁶ No eran forzosamente frases retóricas las que, llenas de emoción agradecida, acompañaban el reconocimiento por recibirles con las banderas al viento; no en vano la gente iba a los conciertos del Orfeó «ansiosa (...) de saturarse de la atmósfera catalana y patriótica que caracteriza todas nuestras fiestas y de gozar del cálido momento que resulta de los incendios de amor y adoración a nuestra idolatrada Cataluña, producidos por los cantos de nuestros coristas.»⁷⁷ Un elemento popularizador de las cuatro barras pudo ser la masiva difusión de los sellos de la Unió

⁷¹ Anguera-Ribas, *op. cit.*, p. 37. con fotografías y P. Anguera, *Pau Font, op. cit.*, p. 31.

⁷² P. Anguera, *Pau Font, op. cit.*, p. 32.

⁷³ La encrucijada del uso simbólico de las cuatro barras y su expansión entre los años 1898-1899 se ve confirmada con los datos que aporta J.L. Marfany, *op. cit.*, pp. 101-102.

⁷⁴ F. Viñas y Cusí, *Orfeó Català. Memoria administrativa y artística corresponent al any 1899*, Barcelona, 1900, p. 25.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 29.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 40.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 7. El Orfeó tenía el reglamento original en catalán y para poderlo presentar ante el gobierno civil para su aprobación, Ramon Arabia Solanas certificó gratuitamente la traducción, *id.*, p. 8. Manifestaciones encendidas de catalanismo, pp. 12, 17, 52. El director Lluís Millet, no se quedaba corto y presentaba al Orfeó «destacando en el cielo de nuestro renacimiento como astro que ilumina los corazones catalanes todavía medio adormilados por la mentira, que desnaturaliza, de la España centralizada», «Parlament», en *id.*, p. 55.

Catalanista, donde figuraban, puesto que, tan sólo del primer modelo, se distribuyeron 2.018.045 ejemplares.⁷⁸

El día de San Jorge de 1900, con motivo de la celebración organizada por la Associació Catalanista de Reus, se dispuso la decoración de la ermita del Rosario «con mucho gusto, con flores y tapices de los colores de nuestra bandera»;⁷⁹ el 11 de septiembre de ese mismo año, ondeó la bandera a media asta en el local de la Lliga Catalana de Reus⁸⁰ y el 8 de septiembre, recibió una aclamación popular en las calles de Cambrils tras haberse prohibido un mitin catalanista.⁸¹ Ese año, J. Martos y J. Amado denunciaron en un panfleto anticatalanista la difusión de las cuatro barras con voluntad reivindicativa: «el uso de banderas, escudos, insignias, emblemas, etc., con las armas y los colores que simbolizan la región catalana, es otra de las manifestaciones catalanistas más en boğa y no se perdona ocasión de fiesta pública o privada para exhibir aquellos objetos en lugar preferente a los símbolos nacionales, cuando, no pueden prescindir de éstos.»⁸² Como ejemplo, recordaban que en el mitin de rechazo a la actuación anticatalanista de Martos como gobernador civil de Lérida, los asistentes llegados de Barcelona en un tren especial «exhibían pequeños lazos con las barras catalanas».⁸³ En su réplica, Manuel Roger de Llúria, les recordó en un tono sarcástico que el escudo de Cataluña formaba parte del de España, «arriba de todo y a la derecha, es decir, en un lugar preferente», y que por lo tanto, se encontraba en todos los lugares oficiales.⁸⁴ Martos destacó por su afición a perseguirla; al enterarse de que en la mañana del 1 de octubre de 1900, miembros de la Associació Catalunya navegaban por el Segre «en un gran bote, llevando enarbolada en la popa una bandera catalana y dando vivas a Cataluña» decidió detener la excursión mediante la intervención de la policía, aunque fracasó en el intento. Los catalanistas desembarcaron en Torres de Segre «donde les aguardaba el pueblo en masa, fraternizando con los expedicionarios y uniéndose a ellos para recorrer en manifestación anti-patriótica el pueblo con la bandera desplegada y dando vivas a Cataluña, que eran respondidos por la multitud con entusiasmo delirante». Martos los denunció ante los tribunales que sobreseyeron la causa.⁸⁵ Todavía en

⁷⁸ Pere Anguera, «Modernitat i contundència de la primera propaganda catalanista», *L'Avenç*, 179 (1994), pp. 10-15.

⁷⁹ *Lo Somatent*, 24-IV-1900.

⁸⁰ *Lo Somatent*, 11 y 12- IX-1900.

⁸¹ *Lo Somatent*, 11-IX-1900.

⁸² J. Martos O'Neale-J. Amado Rey Gondaud, *El peligro nacional. Estudios e impresiones sobre el catalanismo*, Madrid, 1901, p. 19.

⁸³ Martos-Amado, *Ibidem*, p. 33.

⁸⁴ M. Roger de Lluria, *L'As de Bastos. Jaco, tacó, tunda o filípica al follet Peligro Nacional escrit á mitjencia de bon pajés per...*, Lérida, 1901, p. 22.

⁸⁵ Martos-Amado, *op. cit.*, p. 41-42 y M. Roger de Lluria, *op. cit.*, pp. 47-51. Una fotografía de la expedición fluvial, sin identificar el episodio, en *Cent anys*, p. 90.

1900, durante el transcurso de un accidentado viaje por Cataluña del ministro Dato, «aparecieron en las calles de la capital de Cataluña algunos faroles del alumbrado público cubiertos por banderas catalanas y los transeúntes, sin distinción de clases ni edades, formaban grupos frente a ellos aplaudiendo frenéticamente».⁸⁶

La actuación de Martos no fue aislada. El capitán general de Barcelona, «un general catalán desarraigado llamado Bergés,» que utilizaba «el más inflexible rigor contra los catalanistas», envió al consistorio, el mismo día de los Juegos Florales de 1902, la orden de «suspender inmediatamente la fiesta si no figuraba en la sala, como mínimo, una bandera española». El encargado de decorarla, el escritor Emili Vilanova, manifestó su estupor ya que «por tratarse de un acto casi familiar debido a su carácter marcadamente catalán y literario (...) nunca a lo largo de su historia, había figurado ninguna bandera ni blasón de otras regiones que no fuesen la nuestra». De nada sirvió el intento mediador del alcalde y el presidente del consistorio de los Juegos, Francesc Matheu, tuvo que ordenar que se colocase de prisa y corriendo una bandera española en el estrado; al interpretarlo los asistentes como la imposición que era fue recibida con «silbidos multitudinarios y ensordecedores», lo que comportó la suspensión del acto.⁸⁷ La intempestiva reacción del capitán general se explica por la politización de la bandera; mientras había permanecido como un estricto símbolo de identificación afectiva regional, no generó ningún altercado con la autoridad. Actuaciones como ésta explican la escasa exhibición de la bandera de las cuatro barras por el Orfeó Català en 1902; tan sólo se recuerda su uso cuando se menciona al «laurel y las siemprevivas enlazadas con el crespón y la bandera catalana» depositados en la tumba de Jacint Verdaguer.⁸⁸ La reducción de exhibiciones no se debía a ningún distanciamiento patriótico, sino a las circunstancias externas. El final del texto de la memoria, entre otras citas posibles, es lo bastante elocuente: «así pues, a la lucha (...), a la lucha por elevar a Cataluña y su enseña barrada hasta las nubes», al mismo tiempo que se pedía a los orfeonistas que dirigiesen sus cantos a Dios, «que el os dará santa inspiración para cantar un grandioso hosanna por la Redención de Cataluña».⁸⁹

En julio de 1904, tras tener conocimiento el comandante de marina de Tarragona que «un distinguido catalanista veraneante en Torredembarra, había levantado en la playa una casita de baño coronada por una

⁸⁶ Martos-Amado, Barcelona, 1903, p. 135.

⁸⁷ Narcís Oller, *Memòries literàries*, en *Obres completes*, II, Selecta, Barcelona, 1985, pp. 943-945 y p. 944 para las citas. Una versión tergiversada por la prensa madrileña es recogida por C. Serrano, *op. cit.*, p. 98.

⁸⁸ F. León Luque, *Orfeó Català. Memoria-ressenya corresponent al any 1902*, Barcelona, 1903, p. 6.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 24.

bandera catalana», ordenó la retirada de la misma. El veraneante, «el señor Macaya», hizo caso omiso de la orden transmitida por el cabo de la Guardia Civil del pueblo y, finalmente, fueron los carabineros quienes le obligaron a acatar la orden de retirar la bandera. Al enterarse de esto, «el Ayudante [de marina] de Sant Feliu de Guíxols» publicó un edicto en el que ordenaba retirar «del asta de bandera de popa de algunas embarcaciones» todos «los distintivos que no fuesen banderas nacionales». ⁹⁰ Si el episodio de Torredembarra pudo ser una anécdota aislada surgida a consecuencia de una iniciativa personal, la orden dada en Sant Feliu admite indirectamente que eran más de uno los que colocaban la bandera catalana en sus barcos, que se trataba en definitiva, de un hecho reiterado.

De la misma manera, Fuentes, gobernador de Barcelona, prohibió que el lunes 11 de septiembre de 1905 se colgasen en los balcones banderas catalanas e hizo arriar el domingo 17 la que había en el edificio del Foment Autonomista Català. Como protesta el día 19 fueron izadas en numerosas sociedades. Esta actitud provocó unas palabras airadas de Lerroux, que no tendrían sentido alguno si, como el agitador populista pretendía hacer creer, se tratase simplemente de un hecho anecdótico: «hoy salen al sol las banderas catalanas, gualdas, rojas, flamígeras al ondear del viento, como llamarada de un fuego provocador, amenazador. No son una injuria y lo parecen. No son una amenaza porque detrás no hay nadie, ni corazones, no corajes, ni hombres, ni nada; y si acaso hay algo es la bandera blanca que pide clemencia, o la bandera sucia que pide intervención». Las entidades catalanistas acordaron hacer un colgamiento masivo de banderas el domingo 24; tras conocer la decisión, el gobernador declaró que no se opondría y que si anteriormente había hecho arriar la del Foment Autonomista Català fue porque «había sido izada en son de protesta por su anterior mandato». Al ser izada en el Aplec Catalanista, donde se había tenido que arriar por orden gubernativa el miércoles anterior, «una gran multitud de personas que se había estacionado en la Portaferrija estalló en fervorosos aplausos y en vivas a Cataluña». Según la revista *¡Cu-cut!*, fueron pocos los particulares que la colgaron; esto, sin embargo, no tenía mucha relevancia puesto que «el acto del domingo tan sólo pretendía reivindicar el derecho de los catalanes a izar la bandera en sus asociaciones» y «todas las entidades catalanistas izaron el domingo su bandera, dispuestas a no a arriarla costase lo que costase». Los particulares no estaban vinculados a la protesta, ya que el mismo gobernador había afirmado que «estaban en su derecho de

⁹⁰ Lleixiu, «Llista de bogadera», *¡Cu-cut!*, 18-VIII-1904, pp. 530-531. En la 531 facsímil de la nota del cabo de Torredembarra llena de faltas de ortografía. En la portada un chiste sobre los hechos del pueblo.

izar la bandera catalana».⁹¹ La persecución de ésta no se limitaba a Cataluña. En noviembre de 1907, el embajador español en Chile consiguió del gobierno de la república americana «que se arriase la bandera catalana que, junto con la chilena, figuraba en el balcón del *Centre Català* de aquella capital con motivo de las fiestas de la independencia de aquel país». Ante las protestas chilenas se produjo «por parte del Gobierno de Madrid la declaración explícita de que la bandera de las cuatro barras no es española».⁹²

El tránsito de la bandera de las cuatro barras de la emotividad al emblema reivindicativo tuvo una rápida consolidación. En junio de 1905, trabajadores «cansados de la fábrica o mareados del escritorio (...), muchachas y muchachos y hombres» de Terrassa, miembros de la Agrupació Regionalista se reunieron en la romería de la Mata de Mura. Acudieron en «más de 200 carros, tartanas, coches, automóviles, bicicletas, montados en caballos adornados con banderas catalanas». Al llegar al hostel de la Barata, les esperaban un coro y gente de Castellar del Vallès «llevando barretina encarnada y banderas catalanas». Poco después cruzaron la riera de las Arenas precedidos por el Orfeó de la misma agrupación «que enarbolaba su bandera catalana»; finalmente, pasaron por debajo de Puig-Castellar en cuya cima «ondeaba una grandiosa bandera catalana».⁹³ Sobra decir que la euforia que acompañó la eclosión de Solidaridad Catalana fue el detonante que acabó de consolidar la simbología política reivindicativa. En 1908, la Associació Obrera Nacionalista de Gràcia convocó con notable éxito «la fiesta de las banderas en el Tibidabo».⁹⁴

En resumen: tras una etapa de recuperación simbólica entre las décadas de 1840 y 1880, dio comienzo una etapa de uso reivindicativo de la bandera como componente identificador impulsado por los centros catalanistas y las entidades excursionistas durante la década de 1880. Al final de la década de 1890, con la ayuda de diversos orfeones en sus giras, su difusión alcanzó a toda Cataluña. La persecución gubernativa y el éxito de las campañas de Solidaridad Catalana, entre 1905 y 1907, acabó convirtiendo la *senyera* en el símbolo de todos los catalanes y no sólo de los catalanistas.

⁹¹ Resumen las notas publicadas en *Cu-cut!*, 28-IX-1905, pp. 615 y 620-621.

⁹² «La bandera catalana arriada en Xile», *Cu-cut!*, 14-XI-1907, p. 741.

⁹³ «L'Aplech de la Mata de Mura», *La Veu de Catalunya*, 13-VI-1905.

⁹⁴ *Cu-cut!*, 1-X-1908, p. 635. Se publicó una postal reproduciendo una fotografía, Anguera-Ribas, *op. cit.*, p. 68.

LIBROS

La guerra civil europea

A ferro e fuoco. La guerra civile europea 1914-1945 de Enzo Traverso.

JAVIER RODRIGO



Napoleón y la Iglesia

Napoleón et les cultes. Les religions en Europe à l'aube du XIX^e siècle
de Jacques Olivier Boudon.

FRANCISCO JAVIER RAMÓN SOLANS



La guerra civil europea

Enzo Traverso, *A ferro e fuoco. La guerra civile europea 1914-1945*, Bolonia, Il Mulino, 2007, 273 pp.

No fueron sencillas las tareas de la Segunda República española o la de la República de Weimar. A finales de los años Treinta, lo raro en Europa era el régimen liberal democrático, y lo normal las dictaduras de corte fascista o autoritario, el régimen predominante en la violenta época de Entreguerras: dictaduras dirigidas a aniquilar los derechos del hombre y del ciudadano para crear una «nueva civilización» basada en la militarización de la política, la sacralización del Estado y la primacía absoluta de la nación como comunidad étnicamente homogénea. Dominado por lo que George Mosse denominó la «brutalización» de la política, en el período entre las dos guerras mundiales Europa vivió su mayor y más generalizada crisis de dominación, legitimidad y representatividad. Una crisis que trajo, fundamentalmente, violencia. Una violencia masiva, supraindividual, que jalonó los intentos de ascensión y mantenimiento en el poder en toda Europa y que, desde la disolución de las fronteras entre civil y militar durante la Gran Guerra hasta el intento de exterminio sistemático de toda una raza durante la Segunda Guerra Mundial, hizo de la primera mitad del siglo XX en Europa el tiempo histórico más brutal, sangriento y,

en consecuencia, fundacional del anterior milenio.

Esa crisis de Entreguerras es la que Enzo Traverso atraviesa en *A ferro e fuoco*, traducción al italiano del original francés al que deberá, por fuerza, seguirle versión en castellano. El historiador piemontés afincado en Francia lleva demostrando en los últimos años, en torno a los temas que nutren su obra (los genocidios nazis y su comparatividad y/o singularidad, los totalitarismos, la memoria colectiva europea, la responsabilidad de la historiografía como catalizadora del pasado para el presente) una pericia narrativa y un rigor interpretativo demoledores. Traverso se ha convertido, sobre todo tras *La historia desgarrada*, en punto de referencia para los debates en torno al pasado, sus violencias, sus lastres y sus usos públicos. Con esta obra pone un nuevo jalón en la interpretación, con mucho de historia cultural, del Novecientos europeo como una «guerra civil», una época de guerras y revoluciones en la que, como señala el autor, la simbiosis entre cultura, política y violencia modeló profundamente las mentalidades, las ideas, las prácticas y las representaciones de sus protagonistas. A Traverso, más que perderse en un debate nominativo bastante estéril, le interesa explorar las complejas continuidades y discontinuidades culturales que hicieron de ese período el tiempo histórico más violento, y de su memoria (o mejor, de parte de ella) el más vivo emblema y tabú moral contemporáneo.

Y es que no es casual que un autor que se ha enfrentado a lo largo de

muchos años al genocidio durante la Segunda Guerra Mundial tenga la necesidad de recapitular y contextualizar, de observar cómo la violencia llegó a convertirse en la fundadora de una sociedad en la que aún hoy convivimos, de analizar desde arriba abajo y, también, de abajo arriba (ahí está la historia de Gavi, su localidad natal, que reúne casi todos los elementos característicos de esta guerra civil europea) cómo fascismo y antifascismo han sido las ideas generadoras, en su dialéctica, de la sociedad contemporánea. El análisis de Traverso no es presentista pero parte del presente, de la percepción actual del siglo XX como siglo del terror y de la violencia, donde el repudio de los verdugos va paralelo a la entronización de sus «víctimas inocentes», algo que no hace sino elevar a categoría histórica lo que es, en realidad, una categoría ético-política. El historiador no puede sustituir con la condena moral el análisis y la interpretación de la violencia. Y, por eso, este es un libro que, como señala el autor, sin ignorar a sus víctimas, se interesa sobre todo por sus actores. Y que parte también de la necesidad de analizar la aversión miope, esquematizadora y homogeneizadora que, a su juicio, despiertan en el presente por igual fascismo y antifascismo, interpretados como las dos caras de la misma moneda totalitaria. En la distinción de ambas culturas e identidades políticas Traverso incide y amplía notoriamente la que otros hicieran entre comunismo y nazismo a raíz de su fundición *noltiana* bajo el epígrafe totalitario. En la descrip-

ción, digamos *arendtiana*, del período como una cadena de conflictos entre dos grandes explosiones de violencia, una segunda guerra de los Treinta Años atravesada por la lucha entre revolución y contrarrevolución y hecha fundamentalmente *contra* la población civil, que convirtió la Europa de las dictaduras en un gigantesco matadero humano, el historiador italiano ofrece una dimensión rica, compleja y completamente diferente a la propuesta por Nolte para la noción de guerra civil europea. Pues, como se pone en evidencia en este libro, las regularidades son más que las diferencias, incluso cuando se ha de hablar del genocidio y, sobre todo, de la «religión civil» del Holocausto, convertido en el deformante espejo donde se miran las violencias de cualquier tiempo y latitud, aunque sobre todo las europeas del siglo XX.

A hierro y fuego era como Bismarck pensaba que habría de crearse el estado-nación alemán. Pero a hierro, y sobre todo a fuego, es como al final acabó construyéndose Europa. Bajo el metal de las armas, y sobre los rescoldos de los fuegos de dos guerras, que dejaron entre sus cenizas a millones de soldados y civiles, y los cuerpos calcinados de las víctimas del gran emblema histórico y moral contemporáneo, el campo de concentración. Sin presentismos ni estandarizaciones, como el propio autor se encarga de recordar, Europa debe mucho a quienes lucharon, y murieron, por preservar en ella la democracia.

Javier RODRIGO
Universidad de Zaragoza

Napoleón y la Iglesia

Jacques Olivier Boudon, *Napoléon et les cultes. Les religions en Europe à l'aube du XIX^e siècle*, Paris, Fayard, 2002.

En 1999, Natalie Petiteau¹ se mostraba esperanzada de que la conmemoración del bicentenario del Imperio enriqueciera las investigaciones de una manera parecida a la que generó la potente dinámica historiográfica desarrollada durante el bicentenario de la Revolución francesa. Este optimismo no fue óbice para que su reflexión fuera un tanto escéptica al observar el escaso interés que después de 1989 y hasta ese momento habían tenido las investigaciones sobre temas napoleónicos. Es innegable que la ausencia de una fecha tan potente por su carácter fundacional como 1789 puede conducir a la dispersión de publicaciones y congresos a lo largo de las diversas conmemoraciones del Imperio. Afortunadamente, podemos calificar este momento de *bypass* historiográfico antes de la renovación a la que darían lugar sus propios estudios² así como los de historiadores de la talla de Antoine Casanova,³ Louis Mascilli Migliorini,⁴ Annie Jourdan⁵ o Jacques-Olivier Boudon. Otra razón que invita al optimismo es el desarrollo durante los últimos años de nuevos enfoques analíticos como pueden ser los estudios vinculados a las identidades en el contexto de los diversos centenarios de las guerras napoleónicas.⁶

Probablemente, junto a Natalie Petiteau, el gran renovador de los estudios napoleónicos sea Jacques Olivier Boudon. No obstante, sus investigaciones no se han limitado a este período y ha destinado una parte importante de su producción historiográfica al segundo imperio con obras tan originales como *Paris, capitale religieuse sous le Second Empire*. De otro lado, el enfoque prosopográfico de las elites religiosas le ha permitido abarcar períodos bastante amplios como en *L'épiscopat français à l'époque concordataire (1802-1905): origines, formation, nomination*, obra que recibió el premio de la *Académie des Sciences morales et politiques* en 1997. En tercer lugar, el estudio de elites, heredero de trabajos como *Les Masses de Graciles. Cent mille notables du premier Empire* dirigida por Louis Bergeron y Guy Chaussinand-Nogaret, ha recibido un claro impulso con las obras de Boudon y Petiteau.⁷

En todo caso, el año 2002 fue muy importante en su trayectoria ya que a la publicación de la obra que aquí se reseña, se añade la creación de un instrumento de trabajo muy útil para el investigador, *Les élites religieuses à l'époque de Napoléon. Dictionnaire des évêques et vicaires généraux du Premier Empire*. Todos estos méritos le llevaron a entrar en 2003 como profesor en Paris IV (*Sorbonne*) y en 2004 a dirigir el *CIES-Sorbonne*, cargos que se añaden al de Presidente del *Institut Napoléon* y de su revista tras suceder en 1999 a Jean Tulard.

Napoléon et les cultes se presenta como un estudio general sobre la

cuestión religiosa durante el período 1800-1815. Con ello, Boudon extiende su espacio de reflexión a otras religiones como el protestantismo y judaísmo, y a pesar de que privilegie su mirada sobre Francia, potencia como marco de análisis el Imperio. Además, aunque se centra fundamentalmente en el comportamiento de las elites, su enfoque no sólo se limitará a las relaciones Iglesia-Estado sino que también tendrá en cuenta los nuevos estudios sobre prácticas de piedad, congregaciones religiosas o la construcción de la imagen del poder monárquico.

El libro consta de cinco grandes apartados. La primera, segunda y quinta parte se centran en el proceso de consecución del Concordato de 1801 y la ley de 18 de Germinal del año X, la puesta en marcha de dicha política religiosa y su crisis a partir del enfrentamiento con el Papa. La cuarta está dirigida al análisis de la exportación del modelo concordatario a otros países y las limitaciones que tiene su aplicación. En la tercera parte se incluyen las cuestiones que no estaban contempladas en el Concordato ni en la ley de Germinal como la coronación de Napoleón, el impulso a las congregaciones religiosas femeninas y a algunas masculinas, la democratización del clero o la cuestión judía, así como las primeras formas de oposición al Concordato de *la Petite Église*.

Partiendo de la reconstrucción de la Iglesia tras el decenio revolucionario, este libro destaca las tres ideas fundamentales sobre las que se articula la política religiosa napoleónica:

pluralismo, consolidación del orden y reforma. La pacificación religiosa que deseaba Napoleón contribuyó a definir los dominios propios del Estado y de la Iglesia, introduciendo en Europa un modelo de pluralismo religioso de inspiración ilustrada que acabaría siendo el de la laicidad. A la vez que creaba un marco de tolerancia religiosa, Napoleón privilegió sus relaciones con la Iglesia católica para consolidar su régimen sacralizándolo mediante su coronación, catecismos u otros elementos. La restauración de la religión necesitaba que ésta fuera reformada para que su desarrollo dentro del estado no ocasionara problemas y reafirmara el orden.

Al margen de la puesta en marcha del Concordato y la estructuración de las diferentes religiones, uno de los puntos en los que más resalta este libro es el «autocouronnement» (p.129) de Napoleón. Este aspecto le sirve para describir cómo se articulan las relaciones del papado con el emperador ya que todo el ritual estaba acordado por ambas partes demostrando que la toma de la corona de manos de Pío VII no fue un acto espontáneo. Napoleón había borrado todo rastro de sumisión de la ceremonia y además había incluido el juramento de fidelidad a la Revolución francesa y la libertad de cultos. Con ello, no sólo impone su voluntad a la del Papa sino que además instaura un ritual monárquico que imita al «sacre» (pp.125-136) de los antiguos reyes creando todo un aparato de corte, instituye la fiesta de Napoleón, restaura el antiguo cargo de Gran Limosnero, establece una capilla en las

Tullerías o rehabilita una neerópolis real en Saint Denis.

Boudon ilustra muy bien el complejo juego de resistencias y conflictos que sugiere esta política religiosa. Así, por ejemplo, en su apartado destinado a la exportación del modelo concordatario al resto de Europa expone las dificultades que plantea su aplicación en países como España o Polonia. La crisis con el Papa le enfrentará con una fuerza de resistencia que no sospechaba y que si bien no provocará su caída si alimentará las corrientes de oposición al Imperio y deslegitimará muchos puntos de su política religiosa, como por ejemplo el nombramiento de obispos sin recibir sanción de Roma. Esta crisis condujo a que se reforzaran las medidas represivas contra cualquier forma de disidencia y a que aumentara el control sobre la Iglesia. La anexión de Roma rompe prácticamente cualquier posibilidad de entendimiento. No obstante, Napoleón no deseaba la detención del Papa sino simplemente imponer su voluntad, el arresto del papa es fruto de una confusión provocada por una carta del Emperador a Murat comentando la bula de excomunión *Quum memoranda*. Así, a pesar de todas estas dificultades, hasta el final del imperio Napoleón intentará lograr su proyecto religioso como muestra Boudon con la negociación del concordato de Fontainebleu abortado por la retractación del Papa tras su liberación.

Debido a la importancia que Napoleón concedió a sus relaciones con la Iglesia católica, el espacio dedicado al análisis del judaísmo y el protestantis-

mo es mucho menor. Boudon estudia como se articula la religión judía y protestante en el marco del Imperio con la intención de consolidar la paz religiosa. Al igual que con el catolicismo, Napoleón pretende delimitar de una manera muy precisa lo que corresponde al Estado y con este fin, crea una serie de estructuras para su control y desarrollo.

Sin embargo, la selección de fuentes es más bien limitada a la hora de analizar otros países y religiones. Fuera del marco de su especialización, Boudon recurre básicamente a fuentes secundarias, muy insuficientes para algunos países, por el desconocimiento de sus historiografías nacionales. Así pues, tanto en la cuestión del análisis de estas religiones como en la del marco del Imperio, la falta de referencias le hace depender excesivamente de fuentes secundarias lo que unido al reducido espacio que se les concede hace que estén menos integradas en el conjunto de la obra y que por tanto, pierda solidez argumentativa.

En cualquier caso, a pesar del carácter sintético de la obra, Boudon descende armoniosamente desde las reflexiones de carácter general hasta los más pequeños detalles, ilustrando con ellos a la perfección sus argumentaciones. Así, por ejemplo, cuando resalta la importancia que tiene el ritual para Napoleón, utiliza la reflexión que éste le hace a Chaptal tras asistir a misa en Rouen: «Este hombre no me ha rendido los honores que se rinden a los soberanos, no me ha ofrecido la patena para besarla: no es que yo me burle de su patena, pero quiero que le

den al Cesar lo que es del Cesar» (p. 129).

Para terminar, las limitaciones de su trabajo no son obstáculo para que el libro describa de una manera muy clara las relaciones de Napoleón con los diversos cultos en Europa. Además, Jacques Olivier Boudon logra construir un discurso coherente con él que interpretar el papel que jugó Napoleón en la articulación del fenómeno religioso en un período de limitación del impulso revolucionario y consolidación de muchos de sus logros. Así pues, por su carácter sintético y su escritura ágil hace que esté destinado no sólo a un público especializado sino a cualquiera que se interese en la articulación de las relaciones Iglesia-Estado durante el periodo napoleónico. Por todo ello, *Napoleón et les cultes* se convertirá en uno de los grandes referentes para analizar la cuestión religiosa en el primer cuarto de siglo europeo.

Francisco Javier RAMÓN SOLANS
Universidad de Zaragoza

Notas

- ¹ N. Petiteau, *Napoléon, de la mythologie à l'histoire*, Paris, Seuil, 2004 (primera edición de 1999), p. 186.
- ² N. Petiteau, *Élites et mobilités. La noblesse d'Empire au XIX^e siècle (1808-1914)*, Paris, La Boutique de l'Histoire Éditions, 1997; (dir.) *Voies nouvelles pour l'histoire du Premier Empire. Territoires, pouvoirs, identités. Actes du colloque d'Avignon, 7-8 mai 2000*, Paris, La Boutique de l'Histoire Éditions, 2003 y *Lendemain d'empire: les soldats de Napoléon dans la France du XIX^e siècle*, Paris, La Boutique de l'Histoire, 2003.
- ³ A. Casanova, *Napoléon et la pensée de son temps. Une histoire intellectuelle singulière*, Paris, La Boutique de l'Histoire Éditions, 2000.
- ⁴ L. Mascilli Migliorini, *Le mythe du héros. France et Italie après la chute de Napoléon*, Paris, Nouveau Monde Éditions/Fondation Napoléon, 2002.
- ⁵ A. Jourdan, *Napoléon, héros, imperator et mécène*, Paris, Aubier, 1998.
- ⁶ J.C. Martín (dir.), *Napoléon et l'Europe. Colloque de La Roche-sur-Yon*, Rennes, PUR, 2002.
- ⁷ N. Petiteau, *Élites et mobilités...*, *op. cit.*

RESÚMENES/ABSTRACTS

JUAN JOSÉ CARRERAS ARES: **Edad Media, instrucciones de uso**

El artículo –uno de los últimos del que fuera maestro de historiadores, Juan José Carreras– analiza el uso político de diversas representaciones de la Edad Media construidas por eruditos e historiadores profesionales desde los postulados ilustrados del siglo XVIII y el romanticismo decimonónico, hasta mediados del siglo XX, mostrando especial atención a la literatura «medievalizante» generada durante la primera mitad del siglo pasado (Landsberg, Berdiaieff, Dawson, etc.). De igual manera, el artículo analiza la presencia y persistencia de una imagen mitificada de la Edad Media centrada en la reivindicación de los valores jerárquicos y espirituales medievales que, puesta al servicio de diversas ideologías, concitó anhelos, nostalgias e hipotéticas soluciones para los problemas políticos y sociales del agitado siglo XX.

Palabras clave: historiografía, medievalismo, construcción nacional, fascismo, Alemania.

This paper –one of the latest from the master of historians, Juan José Carreras– analyses the political use of several representations of Middle Ages built up by amateurs and professionals since illustrated positions in the XVIIIth and the XIXth Century romanticism to the middle decades of XXth Century, paying particular attention to ‘medievalizing’ literature generated during the first half of the Century (Landsberg, Berdiaieff, Dawson, etc.). Equally, concerns the extent and scope of a mythical image from Middle Ages focused on the vindication of hierarchy spiritual values which, set under ideological purposes, raised longings and hypothetical solutions directed to current political and social matters.

Keywords: historiography, medievalism, nation-building, fascism, Germany.

ESTEBAN SARASA SÁNCHEZ: **El medievalista en el franquismo**

El «medievalista» en el franquismo, se movió entre la identificación de algunos con el régimen, la consentida indiferencia de otros, la manifiesta oposición al sistema o simplemente la discreción. Así como también desde la reivindicación del pasado medieval cristiano reconquistador con el movimiento nacional, a la identificación de revueltas, conflictos o luchas de clases en la España medieval con los casos que promovieron en la dictadura la represión física o intelectual de los contrarios al régimen en la calle o de los alentadores de la oposición al mismo. Y sin acudir a la mención de unos y otros protagonistas de las actitudes señaladas, cabe precisar que en buena parte los medievalistas representaron

un discreto magisterio, controlando, no obstante, cargos académicos, direcciones de centros de estudios y cátedras que, en muchos casos, fueron semilleros del medievalismo de los últimos años del franquismo en adelante.

Palabras clave: historiografía, medievalismo, Historia de España, franquismo, historiadores.

The «medievalist» under Franco's regime swinged between the straight political engagement, the allowed indifference, the open opposition to the system, or simply, the carefulness. In the same way, put the (re)conqueror Christian medieval past before the mirror of the current national movement; or the riots and the class struggle in medieval Spain, before the repression (physic or intellectual) of all those who stood in front of the regime. Besides the aforementioned, it is to be remarked that medievalists played mainly a discrete teaching. Nevertheless, they managed academic jobs, tenures, and Research Centers, where in many cases grew the seed of the new medievalism after Franco's regime.

Keywords: historiography, medievalism, Spanish History, Franco's regime, historians.

MIQUEL À. MARÍN GELABERT: La formación de un medievalista: José María Lacarra, 1907-1940

José María Lacarra (Estella, Navarra, 1907-Zaragoza, 1987) es probablemente el responsable de la profesionalización del medievalismo en Aragón y Navarra. Desde su cátedra de la Universidad de Zaragoza desarrolló todo un programa de promoción institucional a través del Centro de Estudios Medievales de Aragón; publicística, a través de las revistas Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón y Príncipe de Viana. Congregó a su alrededor un numeroso grupo de discípulos y dinamizó la investigación y las dinámicas de intercambio. Con motivo del centenario de su nacimiento, este trabajo presenta, desde la perspectiva de la historia de la historiografía, los años de su formación hasta su llegada a la cátedra en 1940. Con el año 1934 como punto de inflexión, se analiza la construcción de su identidad profesional medievalista en el marco de la historiografía europea, principalmente la francesa y la alemana, de los años veinte y treinta.

Palabras clave: Siglo XX, España, Historia de la historiografía, disciplinas, medievalismo, historiadores, José María Lacarra (1907-1987).

Probably the man who fostered the professionalization of medievalism in Aragon and Navarre, José María Lacarra (Estella, Navarra, 1907-Zaragoza, 1987) developed, beyond his tenure at the University of Zaragoza, a whole program which institutionalized the field of knowledge, its research and its practices. On the way of his birth's centennial, this paper focuses on his formation years up to 1940. Hence, with 1934 as turning, it is analyzed the making of his professional identity framed by the development of European tendencies on medievalism, mainly France and Germany, in the twenties and thirties.

Keywords: *20th Century, Spain, History of Historiography, disciplines, medievalism, historians, José María Lacarra (1907-1987).*

FRANCISCO JAVIER CASPISTEGUI: **José Antonio Maravall entre el medievalismo cultural y el historiográfico**

José Antonio Maravall desarrolló una parte de su obra historiográfica sobre la Edad Media, en parte como resultado de la influencia de José Ortega y Gasset y del medievalismo cultural europeo, pero también como fruto de su búsqueda de referentes para su trabajo como modernista. Resultado de ello es un conjunto de trabajos que fueron respetados por los especialistas, pero que no le hicieron ingresar en esa parcela de la profesión histórica, en parte por la interpretación política y polémica de que fueron objeto a mediados de los años cincuenta.

Palabras clave: José Antonio Maravall, medievalismo, historiografía, historia cultural, España.

Jose Antonio Maravall developed some of his historiographical work on the Middle Ages, partly as a result of the influence of José Ortega y Gasset and the European cultural medievalism, but also as a result of their quest of fundamentals to his modernist research. The result is a collection of texts that were appreciated by specialists, but did not enter this historical community of medievalism, partly because of the political and controversial interpretation of his work at the mid-fifties.

Keywords: *José Antonio Maravall, medievalism, historiography, cultural history, Spain.*

DIETER BERG: **Medieval studies as a state-supporting power. Basic problems of German medieval studies in the German Empire until the Republic of Weimar**

El siguiente artículo analiza el desarrollo de los estudios medievales y la evolución de la comunidad de medievalistas desde finales del siglo XVIII hasta el advenimiento del nacional-socialismo en Alemania. A su vez, aborda cómo las diversas imágenes idealizadas de la Edad Media alemana, especialmente vinculadas al Sacro Imperio Germánico, fueron utilizadas de manera recurrente en el proceso de construcción del estado nacional alemán, fundamentalmente desde postulados conservadores y excluyentes. De manera paralela, el autor incide en la configuración de la comunidad de historiadores medievalistas alemanes que ofreció como resultado la consolidación de un cuerpo funcional de historiadores de carácter elitista, conservador y profundamente nacionalista, en el que las propuestas innovadoras y políticamente divergentes como la «Kulturgeschichte» de Lamprecht fueron marginadas.

Palabras clave: historiografía, medievalismo, construcción nacional, nacional-socialismo, Alemania.

The present paper concerns the development of medieval studies and the evolution of medievalists' community in Germany since 18th Century to the advent of National Socialism. At the same time, shows how the images of

medieval Germany, in particular those of Empire, were recurrently used in the nation-state building, mainly from conservative ad exclusive positions. According to Dr. Berg, the shape of medievalists' community resulted the consolidation of a historians' functionaries corps strongly elitist, conservative, and nationalist, whose innovative (and politically divergent) proposals as Lamprecht Kulturgeschichte were thrown to the periphery.

Keywords: *Historiography, medievalism, nation building, national socialism, Germany.*

MAURO MORETTI: *Appunti sulla storia della medievistica italiana fra Otto e Novecento: alcune questioni istituzionali*

El medievalismo italiano observó en la primera mitad del siglo XX una profunda transformación. Se modificó la concepción de la «materia de la historia medieval» y del método histórico, las instancias de la investigación a través de la pauta marcada por el Istituto Storico Italiano y la estructura universitaria a través de una nueva descentralización y la desvinculación de las cátedras de medieval y moderna. Además, se produjeron dos fenómenos de igual relevancia: el cambio en la función política del discurso medievalista y el paso de un grupo relevante de medievalistas al cultivo de la historia contemporánea. En este artículo, el profesor Mauro Moretti analiza la evolución del medievalismo a partir de las observaciones de dos coetáneos: Pietro Egidi y Raffaello Morghen ampliando y matizando sus aportaciones.

Palabras clave: Italia, siglo XX, medievalismo, historiografía, historiadores, Morghen, Egidi.

Italian medievalism during the first half of 20th Century illustrated the path of a deep transformation. The shifts embraced the `matter of medieval history' as well as the method of the guild, the spheres of research, upon the leading role of the Istituto Storico Italiano, and scholarship, including a new polycentric structure, and the segregation of academic medieval and modern tenures. Besides, the historian attended substantial changes political function and discursive uses. Hence, a relevant group passed to the practice of contemporary history. In this paper, professor Moretti focuses on the evolution of medievalism from the analysis reached by two prominent specialists of the moment: Raffaello Morghen and Pietro Egidi, while widening and puzzling their contribution.

Keywords: *Italy, XXth Century, medievalism, historiography, historians, Morghen, Egidi.*

IGNACIO PEIRÓ MARTÍN: *Las metamorfosis de un historiador: El tránsito hacia el contemporaneismo de José María Jover Zamora*

El texto intenta «historiar» al catedrático José María Jover Zamora en un momento significativo de su personal itinerario de historiador. Se trata de ofrecer la información de un tránsito profesional: de la fase joveriana modernista a la fase contemporaneísta. Un largo paso realizado en el contexto de crisis institu-

cional y «fatiga generacional» del modernismo español y en el marco extraterritorial de una historiografía europea marcada por la rapidez en la absorción de nuevas corrientes y la profundidad de sus reconversiones paradigmáticas. Por otra parte, la *Memoria* escrita por Jover, en 1961, sobre su estancia en Alemania se ha utilizado como ejemplo y modelo del reducido grupo de historiadores medievalistas y modernistas que, en las décadas de 1950 y 1960, participaron en el complejo proceso de «normalización historiográfica» de la historia contemporánea en España.

Palabras clave: Siglo XX, España, Historia de la historiografía, disciplinas, contemporaneísmo, historiadores, José María Jover (1920-2006).

This paper concerns the historicisation of J. M. Jover Zamora on a shift phase in his professional path. It is the aim to offer brief information about the transition between the practice of history as a modernist historian into a practice as a contemporary age historian. All together, a broad step accomplished in a context of «generational fatigue» among the modernists, and in the framework of a European historiography branded by new developments and deep paradigmatic reviving. The Report written by Jover on his time spent in Germany in 1961 has been remarked as a pattern in the analysis of the scarce group of medievalists and modernists which, in the Fifties and Sixties, engaged in a multifaceted process of «historiographical normalisation» in the field of Spanish contemporary history.

Keywords: Twentieth Century, Spain, history of Historiography, fields, contemporary history, historians, José María Jover (1920-2006).

JESÚS MARTÍNEZ MARTÍN: **Historia socio-cultural. El tiempo de la historia de la cultura**

La puesta en cuestión de las grandes explicaciones del pasado ha proporcionado a la historia cultural una autonomía de la que no había disfrutado en el pasado, redefiniendo su posición en el campo de la historiografía. Su disposición al estudio de lo individual y lo concreto, a interpretar la experiencia, lo simbólico o el sentido de las acciones, así como su diálogo con la historia social, la antropología o la sociología, la han situado en el centro de algunas de las propuestas más interesantes llevadas a cabo en las últimas décadas. Historiadores como Natalie Zemon Davis, Robert Darnton, Carlo Ginzburg, Peter Burke, Hans Medick o Roger Chartier son algunos de los responsables de estos valiosos proyectos que hoy se presentan como fundamentales en la tarea de consolidar la historia.

Palabras clave: Historiografía, historia cultural, historia de la historiografía, historiadores.

The reconsideration of past's great explanations has proportioned autonomy, as ever before, to cultural history. It has helped to redefine its position in the field of historiography. It has been allocated on the centre of some new interesting proposals in the late decades thanks to a new disposition in front of the individual and the concrete, the interpretation of experiences, the symbolic matters or the agency sense, as well as its dialog with social history, anthropology or sociology. Historians as Natalie Zemon Davis, Robert Darnton,

Carlo Ginzburg, Peter Burke, Hans Medick or Roger Chartier are responsible of such precious projects, today presented as substantial in the task of consolidating history.

Keywords: *Historiography, cultural history, history of Historiography, fields, historians.*

PERE ANGUERA: **Las cuatro barras**

El autor describe el proceso seguido por las cuatro barras, la insignia medieval en su origen blasón de la casa condal de Barcelona y después enseña de la Generalitat catalana hasta convertirse a partir de la última década del siglo XIX en la bandera identificadora del sentimiento catalán y en el símbolo político por excelencia del catalanismo, asumido desde fechas muy tempranas por la inmensa mayoría de la población, desde todas las ideologías y por miembros de las distintas clases sociales. En su consolidación simbólica se sumaron el activismo de los sectores politizados del catalanismo y diversas entidades culturales, en especial los orfeones, y el hostigamiento de las diversas autoridades civiles y militares. El proceso se puede dar por finalizado durante la Solidaritat Catalana.

Palabras clave: Cataluña, nacionalismo, historia cultural, símbolos, política.

The author is describing the process followed by the four bars, the middle age sign, which in his origin is shield of the count house of Barcelona and, later on, symbol of the Catalan Generalitat until becoming since the last decade of XIXth century in the identification flag of the Catalan feeling and, by excellence, in the political symbol of Catalanism, assumed since very early dates by the huge majority of the population, from all the ideologies and by members of different social classes. In its symbolic consolidation were added the activism of the politicised sectors of Catalanism and several cultural bodies, specially the choruses and the harassment of various civil and military authorities. The process could be given as ended during the Solidaritat Catalana.

Keywords: *Catalonia, nationalism, cultural history, symbol, politics.*



C. S. I. C.

Jerónimo Zurita

REVISTA DE HISTORIA

Edad Media, Instrucciones de uso. En la historia de la percepción burguesa de los siglos XIX y XX, el Medievo fue una experiencia del pasado inexcusable en la elaboración de las culturas nacionales. Referencia intelectual para el amplio arco de las culturas políticas contemporáneas, la Edad Media fue utilizada social y políticamente por los liberales y los conservadores, los republicanos o los contrarrevolucionarios. Un uso público de la historia y su deriva en políticas del pasado que fue usado y llenado de nuevos contenidos por los fascismos europeos (incluido el franquismo español). Como objeto de la historia y disciplina especial del conocimiento histórico, el medievalismo y los medievalistas se convirtieron en un elemento pautador del proceso de profesionalización de la historiografía.